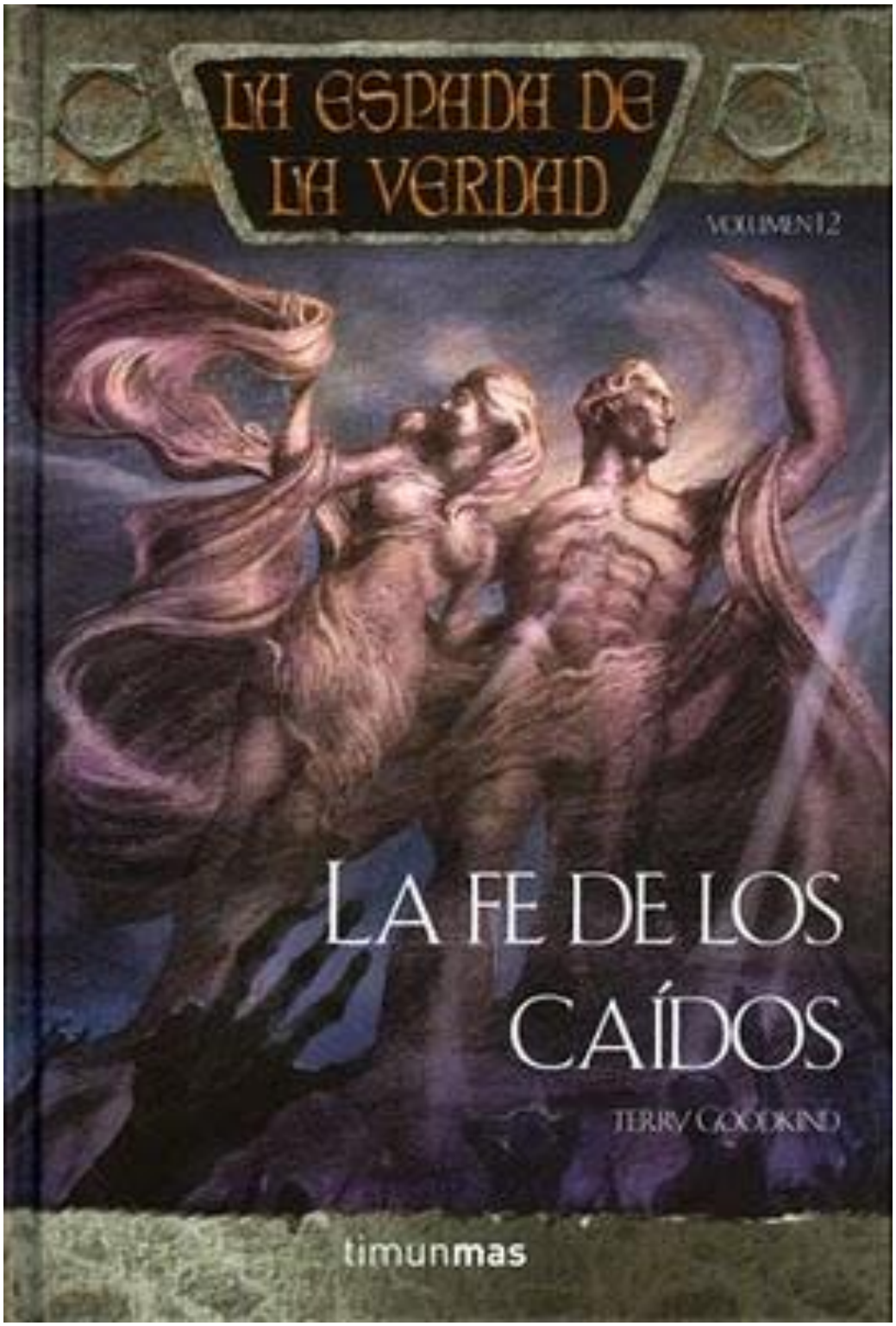

LA ESPADA DE LA VERDAD
VOLUMEN 12
LA FE DE LOS CAÍDOS
TERRY GOODKIND
timunmas

LA ESPADA DE LA VERDAD 12

LA FE DE LOS CAÍDOS

1

Kahlan bostezó a la vez que se frotaba los ojos. Bizqueando, arqueó la espalda y estiró los músculos doloridos. Los terribles y desesperados recuerdos se abatieron sobre ella desde la bruma del sueño de su mente, dejando pocas oportunidades de supervivencia a cualquier otra clase de pensamientos.

Se encontraba más allá de la angustia despiadada y el llanto; había penetrado en el reino soberano de la ira desenfrenada.

Sus dedos encontraron la fría vaina de acero de la espada de Richard yaciendo junto a ella. La funda parecía animada por una cólera glacial. Eso, la talla de *Espíritu* y sus recuerdos eran casi todo lo que le quedaba de él.

No había demasiada leña, pero puesto que no necesitarían mucha más de todos modos, Kahlan añadió otro leño de los que quedaban al fuego. Se acuclilló, acercando las manos a lo alto de las débiles llamas, con la esperanza de devolver la sensibilidad a sus entumecidos dedos. El viento cambió ligeramente y un humo acre se alzó hacia su rostro, haciéndola toser. El humo se deslizó por un lado y resiguió el saliente de roca, hacia arriba, fuera del refugio.

Cara no estaba, así que Kahlan volvió a colocar la pequeña olla de agua sobre el fuego para calentarla y tener té preparado cuando regresara la mord-sith. Probablemente Cara estaba visitando el improvisado retrete. O tal vez comprobaba las trampas que habían colocado la noche anterior para atrapar conejos. Kahlan no se hacía ilusiones de que pudieran atrapar un conejo con aquel tiempo. En cualquier caso, tenían provisiones suficientes.

A través de rendijas en las nubes, la luz carmesí de un frío y vigorizante amanecer penetró entre las ramas recubiertas de nieve de los árboles para descender oblicuamente bajo el saliente de roca, iluminando el pequeño campamento con un resplandor colorado. Las dos habían intentado en vano localizar un pino refugio. La cortina de árboles, junto con una pared de ramas entrelazadas que Cara y ella habían cortado y colocado la noche antes para protegerse del viento, tal como Richard les había enseñado, resguar-

daban el apartado albergue. Gracias a esto, el lugar había demostrado ser un refugio adecuado. Habían tenido suerte de encontrarlo en la violenta nevada. Fuera, la nieve era muy espesa, pero en el refugio habían pasado una noche relativamente seca, aunque fría. Kahlan y Cara se habían acurrucado juntas bajo mantas y sus gruesos mantos de piel de lobo para calentarse mutuamente.

Kahlan se preguntó dónde estaría Richard, y si también él estaría pasando frío. Esperó que no. Probablemente, puesto que se había puesto en marcha unos cuantos días antes, había tenido suerte y conseguido descender ya a las tierras bajas, evitando la nieve.

Cara y Kahlan habían permanecido en su hogar, como les había pedido, durante tres días. La nieve había llegado la mañana siguiente de su partida, y Kahlan había estado tentada de aguardar a que cambiara el tiempo antes de ponerse en marcha, pero había aprendido una amarga lección de la hermana Nica: no esperes, actúa. Cuando Richard no regresó, Kahlan y Cara se pusieron inmediatamente en camino.

La marcha había sido difícil al principio. Tuvieron que avanzar penosamente entre ventisqueros, llevando a los caballos de las riendas en ocasiones, montando en dios de vez en cuando. No podían ver muy lejos, y la mayor parte del tiempo tenían que mantener el viento del oeste en su hombro derecho ya que era la única pista para saber en qué dirección iban. Era peligroso viajar por pasos de montaña en aquellas condiciones. Durante un tiempo, temieron haber cometido una grave equivocación al abandonar la seguridad de su casa.

A través de una brecha en las nubes, justo antes de oscurecer la noche anterior, mientras recogían ramas para su refugio, habían vislumbrado las colinas más bajas; éstas aparecían verdes y marrones, no blancas. Estarían por debajo de la línea de nieve dentro de poco. Kahlan tenía la seguridad de que habían dejado atrás lo peor.

Mientras introducía un brazo en una manga, colocándose otra camisa sobre las dos que ya llevaba, Kahlan escuchó el crujir de nieve al ser pisada. Cuando advirtió que eran más de un par de pisadas, se puso en pie a toda prisa.

Cara se abrió paso entre las ramas de los árboles que las resguardaban.

—Tenemos visita —anunció con voz severa, y Kahlan vio que su puño sostenía el agiel.

Una mujer achaparrada, toda abrigada, salió de entre los árboles pisándole los talones a Cara. Bajo capas de mantos y bufandas, a Kahlan le sorprendió reconocer a Ann, la vieja Prelada de las Hermanas de la Luz.

Detrás de Ann iba una mujer más alta, sus canosos cabellos castaños descendían hasta sus hombros. Poseía una intensa mirada calculadora que le había valido una imperecedera red de finas arrugas que surgían de las comisuras de sus ojos hundidos. Su frente era menos firme, crispándose varias veces en dirección a la prominente nariz. Parecía la persona que usa una vara para enseñar a los niños.

—¡Kahlan! —Ann se precipitó al frente y agarró los brazos de la joven—. ¡Querida mía, me complace tanto verte! —Miró a su espalda cuando Kahlan lanzó una ojeada detrás de ella—. Esta es una de mis Hermanas, Alessandra. Alessandra, te presento a la Madre Confesora... y esposa de Richard.

La mujer se adelantó y sonrió. La agradable sonrisa alteró por completo su rostro, trocando al instante su severidad por una franca afabilidad. Fue una transformación que desorientaba un tanto, pues hacía que parecieran dos personas distintas compartiendo un mismo rostro. O, se dijo Kahlan, tal vez una persona con dos caras.

—Madre Confesora, me alegro tanto de conocerte... Ann me lo ha contado todo sobre ti, y sobre lo maravillosa que eres. —Sus ojos abarcaron el campamento con una rápida ojeada—. Me alegro por vos y por Richard.

Los ojos de Ann giraron a derecha e izquierda, buscando. Su mirada se clavó en la espada.

—¿Dónde está Richard? Cara no quiso decir una palabra. —Alzó la mirada, hacia los ojos de Kahlan—. ¡Querido Creador! —musitó—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está Richard?

Kahlan consiguió por fin despegar los labios.

—Una de vuestras Hermanas se lo llevó.

Ann apartó hada atrás las bufandas de sus cabellos grises y volvió a agarrar el brazo de Kahlan. La parte superior de la cabeza de Ann alcanzaba sólo el pecho de la Confesora, pero la mujer parecía al menos el doble de ancha.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué quieres decir con que una Hermana se lo llevó? ¿Qué Hermana?

—Nicci —gruñó ella.

Ann retrocedió.

—Nicci...

La hermana Alessandra lanzó una exclamación ahogada.

—¿La hermana Nicci? —Cruzó ambos manos sobre el corazón—. La hermana Nicci no es una de las Hermanas de Ann. Nicci es una Hermana de las Tinieblas.

—Lo sé perfectamente —respondió Kahlan.

—Hemos de ir a recuperarlo —dijo Ann—. Inmediatamente. No está a salvo con ella.

—A saber lo que Nicci podría... —La boca de la hermana Alessandra se cerró bruscamente.

El viento arrojó a sus rostros una ráfaga de nieve centelleante, blanqueando momentáneamente el rojo amanecer. Kahlan parpadeó para eliminar la nieve de sus ojos. Cara no le prestó la menor atención. Las otras dos mujeres se pasaron los gruesos mitones de lana por los ojos.

—Kahlan, todo irá bien —dijo Ann en tono tranquilizador—. Cuéntanos, ¿qué sucedió? Cuéntanoslo todo. ¿Está herido?

Kahlan tragó saliva para contener su creciente ira.

—Nicci usó conmigo lo que llamó un hechizo de maternidad.

Ann se quedó boquiabierta. La hermana Alessandra volvió a lanzar una exclamación ahogada.

—¿Estás segura? —preguntó Ann con tono cauteloso—. ¿Estás segura de que era eso? ¿Cómo puedes estar segura?

—Me lanzó alguna clase de magia. Nunca había oído hablar de tal hechizo. Todo lo que sé es que era magia potente, sin la menor duda, y ella dijo que se llamaba «hechizo de maternidad». Dijo que nos conecta, de algún modo, a través de esa magia.

—Eso no lo convierte en un hechizo de maternidad —indicó Alessandra, dando un paso al frente.

—Cuando Cara usó su agiel con Nicci —siguió Kahlan—, caí de rodillas igual que si Cara hubiera usado el agiel contra mí.

Ann y Alessandra intercambiaron una silenciosa mirada.

—Pero... pero si ella lo... —tartamudeó Ann.

Kahlan expresó en palabras lo que Ann intentaba decir.

—Si así lo deseara, Nicci podrís cortar ese cordón de magia, y yo moriría. Ése fue el medio que usó para capturar a Richard. Prometió que yo viviría si Richard se iba con ella. Richard dejó que lo convirtiera en un esclavo para salvar mi vida.

—No puede ser —dijo Ann, llevándose una mano cubierta por mitones a la barbilla—. Nicci no sabría cómo utilizar un hechizo tan poco corriente; es demasiado joven. Además, un hechizo tan excepcional requiere gran poder. Debe haber hecho otra cosa y haber dicho que se trataba de un hechizo de maternidad. Nicci no podría realizar un hechizo de maternidad.

—Sí, podría —replicó la hermana Alessandra—. Posee el poder y la habilidad. Sólo hubiera necesitado que alguien con ese conocimiento concreto le hubiera enseñado. Nicci no siente una gran pasión por la magia, pero es tan hábil como cualquiera.

—Lidmila —murmuró Ann a Alessandra, comprendiendo de repente—. Jagang tiene a Lidmila.

Kahlan dirigió una iracunda mirada a la hermana Alejandra.

—¿Y cómo es que tú sabes mucho mis de la habilidad de Nicci que la misma Prelada?

La hermana Alessandra volvió a ajustarse la capa. Su rostro perdió su calidez y compuso una mueca de desagrado. En esa ocasión, el gesto de su boca era amargo.

—Yo llevé a Nicci al Palacio de los Profetas cuando no era más que una niña. Yo fui responsable de su educación, y guié su adiestramiento en el uso de su don; la conozco mejor que nadie. Conozco sus siniestros poderes porque también yo fui una Hermana de las Tinieblas. Yo la conduje al Custodio.

Kahlan se sintió tambalear ante la fuerza con que le martilleaba el corazón.

—Así que tú también eres una Hermana de las Tinieblas.

—Fue —indicó Ann, alzando una mano admonitoria ante Kahlan.

—La Prelada entró en el campamento de Jagang y me rescató. No sólo de Jagang, sino del Custodio también. Vuelvo a servir a la Luz. —La brillante sonrisa volvió a transformar el rostro de Alessandra—. Ann me llevó de vuelta al Creador.

A Kahlan aquella afirmación le traía sin cuidado.

—¿Cómo nos encontrasteis?

Ann hizo caso omiso de la pregunta.

—Debemos darnos prisa. Tenemos que liberar a Richard de Nicci antes de que lo entregue a Jagang.

Kahlan mantuvo la feroz mirada fija en Alessandra mientras contestaba a Ann.

—No lo lleva a Jagang. Dijo que no actuaba en nombre de su Excelencia, sino en nombre propio. Esas fueron sus palabras. Dijo que se había quitado el aro de Jagang del labio y que no le tenía miedo.

—Dijo, en ese caso, ¿por qué se llevaba a Richard? —preguntó Ann—. O al menos ¿adónde?

Kahlan volvió a examinar a la Prelada.

—Dijo que te lo llevaba al olvido.

—¡El olvido! —exclamó Ann.

—Os he hecho una pregunta —dijo Kahlan, la ira filtrándose en su voz—. ¿Cómo nos encontrasteis?

Ann se dio un golpecito en la cintura.

—Tengo un libro de viaje. Lo usé para comunicarme con Verna, que está con nuestras fuerzas. Verna me habló de los mensajeros que os venían a ver. Así supe dónde encontraros. Es una suerte que viniera tan pronto, por poco no os encontramos. No puedo expresarte lo feliz que me siento al verte recuperada. Kahlan. Estibamos tan preocupados...

Kahlan vio que Cara, detrás de las dos mujeres, empuñaba aún su agiel. Kahlan no necesitaba un agiel. Su poder de Confesora hervía, listo para actuar. No volvería a cometer un error por exceso de cautela.

—El libro de viaje. Por supuesto. Entonces Verna te habrá hablado sobre la visión de Richard de que no debe conducir nuestras tropas contra la Orden.

Ann asintió de mala gana, al parecer no muy ansiosa por discutir tal visión.

—Luego, hace unos pocos días. Verna envió un mensaje cuando casi estábamos aquí. Decía que los d'haranianos se encuentran muy inquietos porque, de improviso, han perdido la guía de Richard. Dijo que siguen protegidos del Caminante de los Sueños por el vínculo con lord Rahl, pero que ya no perciben dónde se encuentra.

—Nicci nos ocultó el vínculo —dijo Cara con un gruñido.

—Bien, tendremos que encontrado —declaró Ann—. Tenemos que arrebatárselo a Nicci. Él es nuestra única posibilidad. Piense lo que piense, es una tontería y tendremos que hacerle ver las cosas con claridad. Pero primero hemos de recuperarlo. Tiene que conducir a nuestras fuerzas contra la Orden Imperial. Él es quien aparece mencionado en las profecías.

—Por eso estáis aquí —musitó Kahlan para sí—. Os enterasteis por Verna de que había declinado conducir el ejército o incluso dar Órdenes. Viajasteis hasta aquí con la esperanza de obligarlo a pelear.

—Debe hacerlo —insistió Ann.

—No debe hacerlo —replicó Kahlan—. Se ha dado cuenta de que, si nos conduce a la batalla, perderemos la causa de la libertad durante generaciones. Dijo que se dio cuenta de que la gente aún no comprende qué es la libertad y no luchará por ella.

—Simplemente debe demostrar su valía ante la gente. —El rostro crispado de Ann enrojeció—. Debe demostrar que es su líder, lo que ya ha empezado a hacer, y ellos lo seguirán.

—Richard dice que ha llegado a la conclusión de que no es él quien debe demostrar su valía a la gente, sino la gente la que debe demostrarle su valía a él.

—Pero eso es una estupidez —dijo Ann, parpadeando atónita.

—¿Lo es?

—Desde luego que sí. Él fue identificado por las profecías hace siglos. He estado aguardando cientos de años a que naciera para que nos liderara en este conflicto.

—¿De veras? Entonces, ¿quién eres tú para revocar una decisión de Richard... si estás tan resuelta a seguirlo? Ha tomado su decisión. Si él es el líder que queréis, debéis ateneros a su guía, y por lo tanto a su decisión.

—¡Pero eso no es lo que exige la profecía!

—Richard no cree en profecías. Cree que nos labramos nuestro propio destino. Empiezo a ver por qué afirma que la creencia en las profecías altera los acontecimientos. Es la fe depositada en la profecía, en algún resultado místico, lo que daña las vidas de la gente.

Los ojos de Ann se abrieron de par en par, consternados, y luego se entrecerraron.

—Richard es la persona mencionada en la profecía que nos conducirá contra la Orden Imperial. Esta es una lucha por la existencia misma de la magia en este mundo... ¡no lo comprendes! Richard nació para librar esta batalla. ¡Debemos conseguir que regrese!

—Esto es todo culpa vuestra —murmuró Kahlan.

—¿Qué? —La expresión de enojo de Ann cambió a una sonrisa tolerante—. Kahlan, ¿de qué hablas? —Su voz retomó el aire cordial—. Me conoces, conoces nuestra lucha por la supervivencia de la libertad de la magia. Si Richard no nos lidera, no tenemos ninguna posibilidad.

Kahlan lanzó el brazo al frente y sujetó a la sobresaltada hermana Alessandra por la garganta. Los ojos de la mujer se desorbitaron.

—No te muevas —ordenó Kahlan, rechinando los dientes—, o desataré mi poder de Confesora.

Ann alzó las manos en actitud de súplica.

—Kahlan, ¿has perdido el juicio? Suéltala. Tranquilízate.

Con la otra mano, Kahlan señaló el fuego.

—El libro de viaje... arrójalo al fuego...

—¿Qué? No pienso hacer tal cosa.

—Ahora —dijo Kahlan entre los apretados dientes—, o la hermana Alessandra será mía. Cuando termine con ella, Cara se ocupará de que arrojes ese libro de viaje al fuego, aunque tengas que hacerlo con los dedos rotos.

Ann dirigió una veloz mirada a la mord-sith, que se alzaba amenazadora junto a su hombro.

—Kahlan, sé que estás alterada, y lo comprendo perfectamente, pero estamos en el mismo bando. También nosotras amamos a Richard. También nosotras deseamos impedir que la Orden Imperial se apodere de todo el mundo. Nosotras...

—¿Nosotras? Si no fuera por ti y tus Hermanas, nada de esto estaría sucediendo. Esto es todo culpa vuestra. No es culpa de Jagang, ni de la Orden Imperial, sino vuestra.

—¿Has perdido el...?

—Tú sola eres responsable de lo que le ocurre al mundo. Del mismo modo que Jagang atraviesa el labio de sus esclavos con un aro, tú te has colocado el tuyo en tu nariz... ¡Richard! Tú sola eres responsable de las vidas que ya se han perdido, y las que se perderán en sangrientas carnicerías que asolarán el territorio. ¡Tú, no Jagang, lo has provocado!

A pesar del frío, gotas de sudor perlaban la frente de Ann.

—En nombre del Creador, ¿de qué estás hablando? Kahlan, tú me conoces. Estuve en tu boda. Siempre he estado de tu lado. Sólo he seguido las profecías para ayudar a la gente.

—¡Tú creas las profecías! Sin tu ayuda no se habrían realizado. ¡Sólo suceden porque tú las has cumplido! ¡Tú tiras del aro que Richard lleva en la nariz!

Ann mostró su rostro de calma ante la ira de Kahlan.

—Kahlan, sólo puedo imaginar cómo debes sentirte, pero ahora sí que realmente estás perdiendo la capacidad de razonar.

—¿Lo hago? ¿Lo hago. Prelada? ¿Por qué tiene la hermana Nicci a mi esposo? Contéstame. ¿Por qué?

La expresión de Ann se crispó en una mirada cada vez más colérica.

—Porque es malvada.

—No. —La mano de Kahlan se cerró con más fuerza sobre la garganta de Alessandra—. Es por tu culpa. Si, para empezar, no hubieras enviado a Verna al Nuevo Mundo, ordenándole que llevara de vuelta a Richard a través de la barrera al Viejo Mundo...

—¡Pero las profecías dicen que la Orden se alzará para tomar el mundo y extinguir la magia si no conseguimos detenerla! ¡Las profecías dicen que Richard es el único que puede liderarnos! ¡Richard es el único que tiene una posibilidad!

—Y tú resucitaste esa profecía extinta. Tú solita. Todo debido a tu fe en palabras muertas en vez de tomar decisiones razonadas. Estás aquí hoy, no para respaldar las elecciones del líder que has proclamado, no para razonar con él, sino para obligarlo a acatar la profecía... Si no hubieras enviado a Verna a recuperar a Richard, ¿qué habría sucedido, Prelada?

—Pues, pues, la Orden...

—¿La Orden? La Orden seguiría atrapada allá, en el Viejo Mundo, tras la barrera. ¡No es cierto! Durante tres mil años esa barrera creada por los magos ha resistido invencible la presión de la Orden..., o de los que son como ellos..., y su deseo de llegar hasta el Nuevo Mundo, dispuestos a conquistarlo.

»Debido a que hiciste capturar a Richard, en contra de su voluntad, y ordenaste que lo llevaran de vuelta al Viejo Mundo, todo en servil homenaje a unas palabras muertas en viejos libros polvorientos, él se vio forzado a destruir la barrera, y de ese modo la Orden puede ahora entrar a su antojo en el Nuevo Mundo, en la Tierra Central, mi Tierra Central, masacrando a mi gente y llevándose a mi esposo, ¡todo debido a ti y tu intromisión!

»¡Sin ti nada de esto estaría sucediendo! No habría guerra, ni montones de personas asesinadas en ciudades del Nuevo Mundo, ni miles de hombres, mujeres y niños muertos a manos de los matones de la Orden Imperial... ¡nada de ello!

»Debido a ti y tus preciosas profecías, el velo se rasgó y se desató una plaga sobre el mundo. Jamás habría sucedido sin tus acciones para "salvarnos" a todos. No me atrevo ni a recordar todos los niños que vi sufriendo y muriendo de la peste por tu culpa. Niños que me miraban a los ojos y me preguntaban si se pondrían bien, y yo tuve que decirles que sí cuando sabía que no sobrevivirían a aquella noche.

»Nadie sabrá nunca el número exacto de muertos. No queda nadie para recordar todos los pequeños lugares que esa plaga borró del mapa. Sin tu intromisión, esos niños estarían vivos, sus madres sonreirían

contemplándoles jugar, sus padres les estarían enseñando cómo funciona el mundo... ¡un mundo que tú les negaste debido a tu fe en el arte de la profecía!

»Dices que esto es una batalla por la existencia misma de la magia en este mundo; sin embargo tu deseo de que se cumplan las profecías puede haber sentenciado ya a la magia. Sin tu intervención, los repiques jamás habrían sido lanzados sobre el mundo. Sí, Richard consiguió desterrarlos, pero ¿qué daño irreversible no se cometió? Puede que hayamos recuperado nuestro poder, pero durante el tiempo en que los repiques sacaron la magia de este mundo, criaturas mágicas, cosas que dependían de la magia para su propia existencia, se extinguieron. La magia requiere un equilibrio para existir. El equilibrio de la magia en este mundo fue alterado. La destrucción irrevocable de la magia puede haberse iniciado ya. Todo debido a tu servil proceder ante la profecía.

»De no haber sido por ti. Prelada, el ejército de la Orden Imperial, y todas tus Hermanas estarían al otro lado de la barrera, y nosotros estaríamos aquí, a salvo y en paz. Atribuyes la culpa a todas partes menos al lugar que corresponde. Si la libertad, si la magia, si el mundo resultan destruidos, será todo por tu culpa, Prelada.

Al instante, el quedo gemido del viento fue el único sonido e hizo que el repentino silencio resultara mucho más angustiosa Ann alzó los ojos llenos de lágrimas hacia Kahlan. La nieve centelleó en los rayos del frío amanecer.

—No es así, Kahlan. Tú lo ves así sólo debido a tu dolor.

—Es como digo —declaró ella con tono irrevocable.

La boca de Ann se movió, pero en esa ocasión no pronunció ninguna palabra.

Kahlan alargó la mano, con la palma hacia arriba.

—El libro de viaje. Si crees que no destruiría la vida de esta mujer, es que no sabes absolutamente nada sobre mí. Es una de esas Hermanas tuyas, que ayuda a destruir el mundo en el nombre del bien, o, de lo contrario, es, todavía, una de las Hermanas del Custodio, que ayuda a destruir el mundo en nombre de la muerte. En cualquier caso, si no me das el libro de viaje, y ahora mismo. Richard perderá la vida.

—¿Qué crees que conseguirás con eso? —musitó Ann, desesperada.

—Será un comienzo para detener vuestra intromisión en las vidas de las gentes de la Tierra Central, y del resto del Nuevo Mundo..., en mi vida, en la vida de Richard. Es lo único que se me ocurre que puedo hacer, aparte de mataros a ambas; cosa que me tienta mucho. Ahora, dame el libro de viaje.

Ann bajó la mirada para clavarla en la mano de Kahlan abierta ante ella. Parpadeó para eliminar las lágrimas y, finalmente, extrajo el pequeño libro de detrás de su cinturón. Se detuvo un momento, contemplándolo con veneración, pero al final lo depositó en la palma de Kahlan.

—Querido Creador —murmuró Ann—, perdona a esta pobre criatura doliente por lo que está a punto de hacer.

Kahlan arrojó el libro al fuego.

Con rostros cenicientos, Ann y la hermana Alessandra se quedaron contemplando el libro en las siseantes llamas.

Kahlan agarró la espada de Richard.

—Cara, pongámonos en marcha.

—Los caballos están listos. Los estaba ensillando cuando estas dos aparecieron.

Kahlan arrojó el agua caliente al sudo mientras Cara empezaba a recoger rápidamente sus pertenencias. Ambas llenaron sus alforjas. El resto se lo echaron a los hombros y lo llevaron hasta los caballos para volverlo a sujetar a las sillas de montar.

Sin volver la mirada hada Ann o Alessandra, Kahlan montó de un salto en su fría silla. Con una Cara de aspecto sombrío a su lado, hizo girar la montura y se perdió a medio galope entre la arremolinada nieve.

2

En cuanto vio a Kahlan y Cara desaparecer como espíritus vengativos en la blancura, Ann cayó de rodillas e introdujo las manos en el fuego para extraer el libro de viaje de las llamas.

—¡Prelada! —Chilló Alessandra—. ¡Te quemarás!

Estremeciéndose ante la ferocidad del dolor, Ann hizo caso omiso del nauseabundo hedor a carne quemada y volvió a introducir las manos en el ondulante calor del fuego. Vio, más que sintió, que tenía el preciado libro de viaje en los dedos.

El rescate del libro en llamas duró sólo un segundo, pero, a través del prisma del dolor, pareció una eternidad.

Mordiéndose el labio para soportar el sufrimiento, Ann rodó a un lado. Alessandra regresó corriendo con las manos llenas de nieve, que arrojó sobre los ensangrentados y ennegrecidos dedos de la Prelada y el libro de viaje que aferraban.

La mujer profirió un sordo gemido cuando la nieve húmeda entró en contacto con sus quemaduras. Alessandra se dejó caer junto a Ann. Y tomó sus manos por las muñecas mientras jadeaba entre lágrimas de temor.

—¡Prelada! ¡Oh, Prelada, no debías haberlo hecho!

Ann se encontraba en estado de shock debido al dolor. La voz aguda de Alessandra parecía un zumbido distante.

—¡Ann! ¡Por qué no usaste tu magia, o incluso un palo!

A Ann le sorprendió la pregunta. En su pánico ante la idea de que el preciado libro de viaje ardiera en el fuego, sólo pensó en sacarlo antes de que fuera demasiado tarde. Sabía que su temeraria acción la había precipitado su amarga angustia por las acusaciones de Kahlan.

—Quédate quieta —le dijo Alessandra entre lágrimas—. Quédate quieta y deja que vea qué puedo hacer para curarte. Todo irá bien. Sólo quédate quieta.

Ann se sentó en el suelo nevado, aturdida por el dolor, y por las palabras que todavía repiqueteaban en el interior de su cabeza, mientras dejaba que Alessandra se ocupara de curar sus manos.

La Hermana no podía curar su corazón.

—Estaba equivocada —dijo Alessandra, como si leyera los pensamientos de Ann—. Estaba equivocada, Prelada.

—¿Lo estaba? —inquirió Ann con voz atontada una vez que el dolor abrasador de sus dedos empezó a disminuir, reemplazado por el desagradable hormigueo de la magia corriendo bajo la carne, haciendo su trabajo—. ¿Lo estaba, Alessandra?

—Sí. No sabe tanto como cree. Es una niña..., no debe ni tener tres míseras décadas aún. La gente no puede aprender ni a limpiarse la nariz en ese tiempo.

Alessandra parloteaba, comprendió Ann, parloteaba para quitar importancia a su preocupación por el libro de viaje, y a su preocupación por la angustia que le habían provocado las palabras de Kahlan.

—No es más que una criatura estúpida que no sabe nada de nada. Esto es más complejo. Mucho más. No es tan sencillo como cree. No es nada sencilla.

Ann ya no estaba tan segura. Todo le parecía muerto. Quinientos años de trabajo... ¿había sido todo una tarea disparatada, empujada por deseos egoístas y una fe insensata? De haber estado en el lugar de Kahlan, ¿no lo habría visto ella del mismo modo?

Hileras interminables de cadáveres yacían ante ella en el juicio que se celebraba en su mente. ¿Qué se podía decir en su defensa? Tenía un millar de respuestas a las acusaciones de la Madre Confesora, pero en aquel momento, todas parecían vacías. ¿De qué modo podía Ann excusarse ante los muertos?

—Tú eres la Prelada de las Hermanas de la Luz —siguió divagando Alessandra durante una pausa en su trabajo—. Debería haber mostrado más respeto por b persona a la que hablaba. No sabe todo lo que está involucrado. Es mucho más que sólo esto. Mucho más. Al fin y al cabo, las Hermanas de la Luz no eligen a su Prelada a la ligera.

Ni tampoco las Confesoras elegían a la ligera a su Madre Confesora.

Transcurrió una hora, y luego otra, antes de que Alessandra terminara por fin la difícil y tediosa tarea de curar las quemaduras de Ann. Las quemaduras eran heridas difíciles de cicatrizar. Resultó una experiencia agotadora, permanecer impotente y helada mientras la magia chisporroteaba a través de ella, mientras la palabras de Kahlan le penetraban hasta el alma.

Ann flexionó los dedos doloridos una vez que Alessandra hubo finalizado. Un vestigio del dolor persistía durante un largo período de tiempo. Pero estaban curados, y volvía a disponer de sus manos.

No obstante, al sopesar la cuestión, temió haber perdido mucho más de sí misma de lo que había recuperado.

Agotada y helada, ante la inquietud de Alessandra, Ann se tumbó junto a los restos siseantes del fuego que tanto daño le había hecho. En aquel momento, la Prelada no tenía ganas de volver a levantarse jamás. Sus años, casi mil, parecían haberla alcanzado todos a la vez.

En aquel momento, echaba terriblemente en falta a Nathan. Sin duda el profeta habría tenido algo sensato, o estúpido, que decir. Cualquiera de esas cosas la habría confortado. Echaba en falta su voz jactanciosa, sus ojos amables, infantiles y cómplices. Echaba en falta el contacto de su mano.

Llorando en silencio, Ann se durmió entre lágrimas, pero sus sueños impidieron que su descanso fuera apacible o profundo. Despertó entrada la mañana, sintiendo la mano reconfortante de Alessandra en el hombro. La Hermana había añadido más leña al fuego, de modo que éste proporcionaba calor.

—¿Te encuentras mejor, Prelada?

Ann le mintió, asintiendo con la cabeza. Su primer pensamiento fue para el libro de viaje. Lo vio colocado bajo la protección del regazo de Alessandra. Se incorporó en el suelo y levantó con cuidado el ennegrecido libro.

—Prelada, estoy tan preocupada por ti.

Con un adusto movimiento de la mano, Ann desechó tal preocupación.

—Mientras dormías, he examinado el libro.

—Tiene mal aspecto —gruñó Ann.

—Eso es lo que pensé —respondió ella—. No creo que pueda salvarse.

Ann usó un leve y suave flujo de su han para mantener unidas las páginas —apenas poco más que cenizas— mientras las pasaba con cuidado.

—Ha resistido tres mil años. De tratarse de papel corriente, no se podría hacer nada por él, estaría destruido, pero es un objeto mágico. Alessandra, forjado en el fuego de la magia, por magos con un poder como no se ha conocido en todos esos tres mil años... hasta la llegada de Richard.

—¿Qué podemos hacer? ¿Conoces un modo de restaurarlo?

Ann movió negativamente la cabeza mientras inspeccionaba el ondulado y carbonizado libro de viaje.

—No sé si puede restaurarse. Sólo digo que es un objeto mágico. Donde hay magia, hay esperanza.

Sacó un pañuelo de un bolsillo, luego depositó el ennegrecido libro en el centro del pañuelo y dobló la tela con precaución para mantenerlo unido. Tejió un hechizo alrededor de todo ello para protegerlo.

—Tendré que hallar un modo de restaurarlo..., si puedo. Si es que se puede restaurar.

Alessandra se restregó las manos.

—Hasta entonces, hemos perdido nuestro contacto con el ejército.

Ann asintió.

—No sabremos si la Orden Imperial decide finalmente abandonar su puesto en el sur y avanzar al interior de la Tierra Central. No puedo aconsejar a Verna.

—Prelada, ¿qué crees que sucederá si la Orden decide por fin atacar... y Richard no está allí, con ellos? ¿Qué harán? Sin el lord Rahl para guiarlos...

Ann hizo todo lo posible por dejar el terrible peso de las palabras de Kahlan a un lado mientras consideraba la perentoria situación.

—Verna es la Prelada ahora..., al menos por lo que respecta a las Hermanas que están con el ejército. Las guiará con sabiduría. Y Zedd está con dios, ayudando a las Hermanas a prepararse para la batalla, en el caso de que se produzca. No pueden tener mejor asesoramiento que disponer de un mago con la experiencia de Zedd. Como Primer Mago, ya ha pasado por grandes guerras.

»Tendremos que poner nuestra fe en el Creador, en que El cuidará de ellos. No puedo aconsejarlos a menos que pueda restaurar el libro de viaje. A menos que pueda hacer eso, ni siquiera conoceré su situación.

—Podrías ir allí, Prelada.

Ann se quitó nieve del costado sobre el que había estado tumbada en el suelo, mientras consideraba esa posibilidad.

—Las Hermanas de la Luz creen que estoy muerta. Han depositado su fie en Verna como su Prelada. Sería hacerle algo horrible a Verna, y al resto de las hermanas, volver a la vida en medio de unas circunstancias tan difíciles. Indudablemente, muchas se sentirían aliviadas al tenerme de vuelta, pero ello también sembraría las semillas de la confusión y la duda. Una batalla es muy mal momento para que broten tales semillas.

—Pero todas se sentirían alentadas por tu...

Ann negó con la cabeza.

—Verna es su líder. Algo así podría socavar para siempre la confianza de las Hermanas en su autoridad. No deben perder su fe en su liderazgo. Debo poner el bienestar de las Hermanas de la Luz por encima de todo lo demás. Ahora debo pensar en lo que es mejor para sus intereses.

—Pero, Ann, tú eres la Prelada.

La mujer miró al vacío.

—¿Qué bien ha hecho eso a nadie?

Los ojos de Alessandra se posaron en el suelo. El viento gemía pesaroso entre los árboles. Ráfagas de aire levantaban ristras de nieve y azotaban con ellas el campamento. El sol había desaparecido tras nubes lóbregas. Ann se limpió la nariz en el borde de su helada capa.

Alessandra posó una mano compasiva en su brazo.

—Me rescataste del Custodio, me trajiste de vuelta a la Luz del Creador. Estaba en las manos de Jagang, y te traté de un modo horrible cuando te capturaron, sin embargo nunca me diste por perdida. ¿Qué otra persona lo habría hecho? Sin ti, mi alma se habría perdido para toda la eternidad. Dudo que puedas comprender mi gratitud por lo que hiciste, Prelada.

A pesar del aparente retorno de Alessandra a la Luz del Creador, la mujer había engañado a Ann antes. Años atrás, Alessandra se había inclinado hacia el Custodio, convirtiéndose en una Hermana de las Tinieblas, y Ann no lo había sabido. ¿Cómo podía alguien tener fe en una persona tras una traición así?

Ann alzó la mirada para escudriñar los ojos de Alessandra.

—Eso espero, Hermana. Rezo para que sea cierto.

—Lo es, Prelada.

Ann levantó una mano en dirección al sol envuelto en nubes.

—Y quizá cuando vaya a la Luz del Creador, en el otro mundo, ¿esa buena acción borrará las miles de vidas perdidas por mi causa?

Alessandra desvió la mirada, frotándose los brazos. Se dio la vuelta y colocó dos trozos de madera en el fuego.

—Deberíamos comer algo caliente. Eso te hará sentir mejor, Prelada. Nos hará sentir mejor a ambas.

Ann permaneció sentada en el suelo, contemplando cómo Alessandra preparaba una sustanciosa sopa, aunque dudaba de que el agradable aroma de la sopa pudiera despertar su apetito.

—¿Por qué crees que Nicci se apoderó de Richard? —preguntó Alessandra mientras echaba hongos secos de una bolsa dentro de la sopa.

Ann estudió el rostro perplejo de Alessandra.

—No puedo imaginarlo. Quizá mintió y lo lleva a Jagang.

Alessandra partió carne seca y la dejó caer en el hirviente puchero.

—¿Por qué? Si lo tenía, y él estaba obligado a hacer lo que le pidiera... ¿por qué mentir? ¿Cuál sería el propósito?

—Es una Hermana consagrada al Custodio —Ann alzó las manos y volvió a dejarlas caer sobre el regazo—. Esa es excusa suficiente para mentir, ¿no es cierto? Mentir está mal. Es perverso. Es razón suficiente.

Alessandra meneó la cabeza.

—Prelada, yo fui una Hermana de las Tinieblas. ¿Recuerdas? Yo sé lo que es. No funciona de ese modo. ¿Siempre dices la verdad porque estás consagrada a la Luz del Creador? No. Una miente por el Custodio igual que tú mentirías por el Creador..., para cumplir sus propósitos, sí mentir fuera necesario. ¿Por qué tendría Nicci que mentir sobre eso? Controlaba la situación y no tenía necesidad de mentir.

—No puedo imaginarlo.

A Ann le costaba interesarse lo suficiente para considerar la pregunta. Su mente era un embrollo de pensamientos imposibles. Era culpa suya que Richard estuviera en manos del enemigo, no de Nicci.

—Creo que lo hizo para sí misma.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Ann, alzando la mirada.

—Creo que Nicci todavía busca algo.

—¿Busca algo? ¿A qué demonios te refieres?

Con un dedo. Alessandra arrojó unas especias al puchero desde un papel encerado que había desdoblado.

—Desde el primer día que la saqué de su casa y la llevé al Palacio de los Profetas, Nicci no dejó de volverse cada vez más... distante, en cierto modo. Siempre hacía todo lo que podía por ayudar a la gente, pero siempre fue una niña que me hacía sentir como si yo no satisficiera adecuadamente sus necesidades.

—¿Cómo cuáles?

—No lo sé —respondió ella, moviendo la cabeza—. Siempre me pareció que buscaba algo. Pensé que necesitaba encontrar la Luz del Creador. La presioné sin piedad, esperando que ello abriera sus ojos al Creador y llenara su necesidad interior. No le concedí margen para pensar en nada más. Incluso la mantuve alejada de su familia. Su padre era un egoísta amante del dinero y su madre..., bueno, su madre era bienintencionada, pero siempre me hizo sentir incómoda. Creí que el Creador llenaría ese vacío de Nicci. —titubeó—. Y luego pensé que era al Custodio a quien necesitaba.

—De modo que crees que se llevó a Richard para llenar alguna... ¿necesidad interior? ¿Qué sentido tiene eso?

—No lo sé. —Alessandra lanzó un profundo suspiro de contrariedad, y removió la sopa al mismo tiempo que la espolvoreaba con una pizca de sal—. Prelada, creo que le fallé a Nicci.

—¿En qué modo?

—No lo sé. Quizá no supe hacerle ver adecuadamente las necesidades de los demás..., le proporcioné demasiado tiempo para pensar en ti misma. Siempre pareció dedicada al bienestar del prójimo, pero a lo mejor debería haberle hecho tomar más conciencia de los problemas de los demás, para enseñarle el camino de la virtud del Creador, y que dejara de preocuparse por tus propias necesidades egoístas.

—Hermana, me cuesta creer que pudiera ser eso. En una ocasión me pidió un disparatado vestido negro para lucirlo en el funeral de su madre, y desde luego me negué a tal despilfarro, ya que era impropio de una novicia que necesitaba aprender a anteponer a los demás a sus deseos, pero aparte de esa ocasión, jamás supe que Nicci pidiera ni una vez nada para sí. Hiciste un trabajo admirable con ella, Alessandra.

Ann recordó que, después de aquello, Nicci empezó a llevar vestidos negros.

—Recuerdo eso. —Alessandra no levantó los ojos—. Cuando su padre murió, fui con ella al funeral. Siempre lamenté apartarla de tu familia, pero le expliqué que poseía un gran talento para ayudar a otros y no debía malgastarlo.

»Siempre es duro llevar a jóvenes al palacio. Es difícil separar a una criatura de unos padres que la quieren. Algunas se adaptan mejor que otras.

»Ella me dijo que lo comprendía. Nicci siempre fue buena en ese aspecto. Jamás puso objeciones a nada, a ningún deber. Tal vez presupuse demasiado porque ella siempre se volcó en ayudar a otros, sin quejarse ni una vez.

»En el funeral de su padre, quise ayudarla a superar su pena. Aunque en apariencia mostraba la misma indiferencia de siempre, yo la conocía, sabía que sufría en su interior Intenté consolarla diciéndole que no recordara a su padre de aquel modo, sino que intentara recordarlo como era cuando estaba vivo.

—Ésas son palabras bondadosas para quien padece una pena así. Hermana. Le ofreciste un consejo sensato.

Alessandra alzó los ojos.

—No se sintió consolada. Prelada. Me miró con esos ojos azules suyos. .., sin duda recuerdas sus ojos azules...

—Los recuerdo —asintió Ann.

—Bien, me miró con esos penetrantes ojos azules, como si quisiera odiarme, pero incluso esa emoción estaba fuera de su alcance, y dijo en esa voz apagada suya que no podía recordarlo cómo era cuando estaba vivo, porque nunca le había conocido cuando estaba viva ¿No es extraño?

—Suena muy propio de Nicci —respondió Ann, suspirando—. Siempre decía las cosas más extrañas en los momentos más inusitados.

Debería haberle ofrecido más orientación en su vida. Debería haber puesto más interés en ella..., pero había tantísimos asuntos que requerían mi atención...

—No. Prelada, ésa era mi tarea. Fracasé con ella. En cierto modo, le fallé a Nicci.

Ann se arrebujó en su capa para protegerse de una fría ráfaga de viento. Tomó el cuenco de sopa cuando Alessandra se lo tendió.

—Peor. Prelada, la conduje a la oscuridad del Custodio.

Ann miró por encima del borde del cuenco mientras tomaba un sorbo, luego depositó con cuidado el recipiente en su regazo.

—Lo que está hecho, hecho está. Alessandra.

Mientras Alessandra sorbía su sopa, la mente de Ann erró hacia las palabras de Kahlan. Eran palabras pronunciadas en un momento de ira, y como tales debían perdonarse. ¿O quizá tenían el germen de la verdad?

Temía decir que las palabras de Kahlan estaban equivocadas; temía que fueran ciertas. Durante siglos, Ann había trabajado con Nathan y las profecías, intentando evitar los desastres que veía, y los que él le señalaba. ¿Y si Nathan había estado señalando cosas que no eran más que palabras muertas, como dijo Kahlan? ¿Y sí él sólo las había señalado para provocar su propia huida?

Al fin y al cabo, lo que Ann había puesto en marcha con Richard también había provocado la huida del profeta. ¿Y si la habían embaucado para ser la que ocasionara todos aquellos terribles resultados?

¿Podía ser cierto? La pesadumbre amenazó con abrumarla.

Empezaba a sentir el temor de que por haber estado tan inmersa en lo que creía que sabía, había actuado siguiendo suposiciones falsas.

Kahlan podía tener razón. La Prelada de las Hermanas de la Luz podría ser responsable de más sufrimiento del que cualquier monstruo nacido en el mundo había ocasionado jamás.

—Alessandra —dijo Ann en un tono quedo una vez que terminó su cuenco de sopa—, debemos marchar y encontrar a Nathan. Es peligroso para el profeta estar ahí fuera, en el mundo que está indefenso ante él.

—¿Dónde buscaremos?

Ann sacudió la cabeza, desalentada ante la enormidad de la tarea.

—Un hombre como Nathan no pasa desapercibido en el mundo. Debo creer que si ponemos nuestras mentes a ello, podemos encontrarlo.

Alessandra observó el rostro de la Prelada.

—Bueno, como dices, es peligroso para el profeta andar suelto por el mundo.

—Ya lo creo que lo es. Tenemos que encontrarlo.

—Verna tardó veinte años en encontrar a Richard.

—Así es. Pero parte de ello fue por designio mío. Oculté datos a Verna. Por otra parte, Nathan, sin duda, nos está ocultando datos. No obstante, tenemos una responsabilidad. Verna está con las Hermanas, y con el ejército. Harán lo que puedan. Nosotras debemos ir tras Nathan. Esa parte depende de nosotras.

—Prelada —repuso Alessandra, depositando su cuenco a un lado—, comprendo por qué crees que hay que encontrar al profeta, pero, del mismo modo que crees que debes encontrarlo, yo creo que debo encontrar a Nicci. Soy responsable de haberla conducido al Custodio. Puede que yo sea la única persona capaz de reconducirla a la Luz. Poseo una comprensión única de ese viaje. Temo lo que le sucederá a Richard si no detengo a Nicci.

»Peor —añadió—, temo lo que le sucederá al mundo si Richard muere. Kahlan se equívoca. Creo en aquello para lo que has trabajado todos estos años. Kahlan hace que algo complejo suene sencillo porque tiene el corazón roto, pero sin lo que hiciste, ella jamás habría conocido a Richard.

Ann consideró las palabras de su compañera. La absolución que le ofrecía era muy atrayente.

—Pero, Alessandra, no tenemos ni la menor idea de adónde fueron. Nicci es lista como ninguna. Si, como dice, ha obrado en propio interés, actuará con habilidad para no ser localizada. ¿En qué modo iniciarías tal búsqueda?

»Nathan es un profeta suelto en el mundo. Ya recordarás los problemas que provocó en el pasado. Podría acarrear calamidades tales como el mundo no ha conocido jamás. Nathan alardea cuando está rodeado de gente: sin duda dejará tales rastros por donde pase. Con Nathan, creo que por lo menos tenemos una posibilidad de éxito. Pero ir en busca de Nicci...

Alessandra miró a Ann con sombría determinación.

—Prelada, si Richard muere, ¿qué posibilidades tenemos el resto de nosotros?

Ann desvió la mirada. ¿Y si Alessandra tenía razón? ¿Y si Kahlan tenía razón? Tenía que atrapar a Nathan. Era el único modo de descubrirlo.

—Alessandra...

—No confías en mí por completo, ¿verdad. Prelada?

Ann devolvió la mirada a la otra mujer, en esta ocasión con autoridad.

—No, Alessandra, admito que no. ¿Cómo puedo hacerlo? Me engañaste. Me mentiste. Le diste la espalda al Creador y te entregaste al Custodio del inframundo.

—Pero he regresado a la Luz, Prelada.

—¿Lo has hecho? ¿No mentiría por él alguien que actuara a favor del Custodio, como tú misma has sugerido hace unos instantes?

Los ojos de Alessandra se llenaron de lágrimas.

—Por eso debo encontrar a Nicci, Prelada. Debo probar que tu fe en mí no estaba equivocada. Necesito hacer esto para demostrártelo.

—¿O necesitas ayudar a Nicci y al Custodio?

—Sé que no soy digna de confianza. Lo sé. Dijiste que debemos encontrar a Nathan.... pero también debemos ayudar a Richard.

—Dos tareas de la mayor importancia —repuso Ann—, y sin un libro de viaje para pedir ayuda.

Alessandra se secó los ojos.

—Por favor, Prelada, deja que ayude. Soy responsable de que Nicci fuera hacia el Custodia Deja que intente reparar el daño hecho. Deja que intente traerla de vuelta. Sé cómo es el viaje de regreso. Puedo ayudarla. Por favor, deja que intente salvar su alma eterna.

La mirada de Ann se clavó en el suelo. ¿Quién era ella para cuestionar la valía de otra persona? ¿Para qué había servido su vida? ¿Había sido ella misma el mejor aliado del Custodio?

—Hermana Alessandra —dijo, aclarándose la garganta—, debes escucharme y escucharme con atención. Soy la Prelada de las Hermanas de la Luz y es tu deber hacer lo que yo ordene —Agitó un dedo ante la mujer—. No aceptare discusiones, ¿lo oyes? Debo ir en busca del profeta antes de que haga algo que vaya más allá de la insensatez.

»Richard es de la mayor importancia para nuestra causa..., lo sabes. Yo me hago vieja y sólo retrasaría su búsqueda y la de su captora. Quiero que vayas tras él. Sin discusiones. Tienes que encontrar a Richard Rahl, y hacer que nuestra díscola hermana Nicci vuelva a mostrarse temerosa del Creador.

Alessandra rodeó con sus brazos a Ann, dándole las gradas entre sollozos. Ann palmeó la espalda de la Hermana, sintiéndose desdichada por perder su compañía, y temerosa de haber perdido la fe en todo aquello que representaba. Alessandra se apartó.

—Prelada, ¿podrás viajar sola? ¿Estás segura de ser capaz de hacer esto?

—Bah, puede que sea vieja, pero no soy una inútil. ¿Quién crees que llegó al centro del ejército de Jagang y te rescató, criatura?

Alessandra sonrió entre las lágrimas.

—Tú lo hiciste, Prelada, tú sola. Nadie excepto tú podría haber hecho tal cosa. Espero poder hacerlo la mitad de bien con Nicci, cuando la encuentre.

—Lo harás. Hermana. Lo harás. ¡Qué el Creador te lleve en su palma durante tu viaje!

Ann sabía que ambas emprendían viajes difíciles que podían durar años.

—Nos esperan tiempos duros —dijo Alessandra—. Pero el Creador tiene dos manos, ¿no es cierto? Una para mí, y una para ti, Prelada.

Ann no pudo por menos que sonreír ante aquella imagen.

3

Adelante —refunfuñó Zedd ante el persistente carraspeo en el exterior de su tienda.

Vertió agua del aguamanil en la olla abollada que le servía de lavamanos, colocada en lo alto de un tronco, y lanzó una sonora exclamación al echarse un poco de agua al rostro. Le asombró que un agua tan fría fuera capaz de fluir.

—Buenos días, Zedd.

Jadeando todavía, Zedd se secó el glacial líquido de los ojos. Miró a Warren con ojos entrecerrados.

—Buenos días, muchacho.

Warren enrojeció. Zedd se recordó que tal vez no debería llamar «muchacho» a alguien que le doblaba la edad. Era culpa del propio Warren; ¡si el muchacho dejara de una vez de parecer tan joven! Suspiró mientras se inclinaba en afanosa busca de una toalla en medio del revoltijo de mapas, platos sucios, compases oxidados, tazas vacías, mantas, huesos de pollo, cuerda, un huevo que habla perdido en plena lección semanas atrás, y más parafernalia que parecía acumularse con el paso del tiempo en el rincón de su pequeña tienda de campaña.

Warren se dedicaba a retorcer su túnica a la altura de la cadera.

—Vengo de la tienda de Verna.

Zedd interrumpió su búsqueda y volvió la cabeza.

—¿Alguna noticia?

Warren movió negativamente su cabeza de rizados cabellos rubios.

—Lo siento, Zedd.

—Bien —respondió en tono burlón—, eso no significa nada. Esa anciana tiene más vidas que un gato que tuve en una ocasión al que alcanzó un rayo y cayó a un pozo, ambas cosas en el mismo día. ¿Te he hablado alguna vez de ese gato, muchacho?

—Bueno, sí, lo cierto es que sí. —Warren sonrió—. Pero si quieres, no me importaría volver a escucharlo.

Zedd dejó de lado la historia con un ademán y se puso más serio.

—Estoy seguro de que Ann está perfectamente. Verna conoce a Ann mejor que yo, pero sé que es rematadamente difícil hacerle daño a esa anciana.

—Verna dijo algo parecido. —Warren sonrió otra vez—. Ann siempre fue capaz de hacer retroceder una tormenta con sólo fruncir el ceño.

Zedd gruñó su asentimiento mientras volvía a revolver en el montón de cosas.

—Es más dura que la carne pasada, ya lo creo.

Arrojó dos mapas obsoletos por encima del hombro.

—¿Qué buscas? —quiso saber Warren, inclinándose un poco al frente—, si no te importa que lo pregunte.

—Mi toalla. Sé que tenía...

—Justo ahí —indicó Warren.

Zedd alzó la mirada.

—¿Qué?

—Tu toalla. —Warren volvió a señalar—. Justo ahí, en el respaldo de la silla.

—Vaya.

Zedd agarró la esquiva toalla y se secó el rostro, ya seco. Dedicó una mirada torva a Warren.

—Tienes los ojos de un ladrón.

Arrojó la toalla al montón, con todo lo demás, adonde pertenecía.

—Tomo eso como un cumplido —dijo Warren, y su sonrisa regresó.

—¿Oyes eso? —preguntó Zedd, ladeando la cabeza.

La sonrisa de Warren se esfumó mientras se unía a Zedd para escuchar los sonidos del exterior. Caballos que golpeaban el duro sudo con pasos lentos, hombres que conversaban pasando junto a su tienda, otros que gritaban órdenes, hogueras que chisporroteaban, carros que crujían y equipos que tintineaban y repiqueteaban...

—Oír ¿qué?

El rostro de Zedd se contrajo con una vaga inquietud.

—No lo sé... Algo como... quizás un silbido.

Warren alzó un pulgar por encima de su hombro.

—Los hombres silban de vez en cuando, para atraer la atención de sus caballos y cosas así. En ocasiones es necesario.

Todos hacían lo posible por limitar los silbidos y otros ruidos. Los silbidos, especialmente, se oían a mucha distancia en un terreno tan despejado. Era difícil mantener oculto algo del tamaño del campamento de los d'haranianos, así que lo trasladaban de vez en cuando para impedir que el enemigo estuviera demasiado seguro de su ubicación.

Zedd sacudió la cabeza.

—Debe de haber sido eso. El silbido de alguien.

—Pero, de todos modos, Zedd —prosiguió Warren—, hace ya mucho que Ann debería haber enviado un mensaje a Yerna.

—Hubo ocasiones, cuando estaba con Ann, en que ella no podía enviar mensajes. —Zedd agitó un brazo—. ¡Córcholis!, hubo una ocasión en que no quise dejarle usar ese condenado libro de viaje. Esa cosa me daba escalofríos. No sé por qué no podía limitarse a enviar cartas, como la gente normal. —Su rostro, lo sabía, delataba su preocupación—. Condenados libros de viaje. Es un modo demasiado fácil de hacer las cosas. Yo llegué a Primer Mago y jamás necesité un libro de viaje.

—Podría haberlo perdido. Eso es lo que Verna sugirió.

Zedd alzó un dedo.

—Eso es. Podría muy bien ser eso. Es pequeño..., podría haber caído de su cinturón y no darse cuenta hasta que ella y Alessandra acamparon, jamás encontraría el libro en circunstancias como ésas. —Agitó el dedo—. Confirma lo que yo decía. Uno no debería depender de estos juguetitos mágicos Te vuelve holgazán.

—Eso es también lo que pensó Verna. Lo de que se le cayera del cinturón, quiero decir —Warren lanzó una risita divertida—. O se lo podría haber comido un gato.

Por debajo de su frente fruncida, Zedd miró detenidamente a Warren.

—¿Un gato? ¿Qué gato?

—Cualquier gato —Warren carraspeó—. Sólo quería decir..., vaya, olvídalo. No se me dan bien los chistes.

La frente arrugada de Zedd se relajó.

—Ah, comprendo. Un gato se lo podría haber comido... Sí, sí, ya veo. —No entendía nada, pero forzó una risita por el muchacho—. Muy bien, Warren.

—En cualquier caso, posiblemente lo ha perdido. Lo más probable es que sea algo tan simple como eso.

—Si ése es el caso —discurrió Zedd—, acabará por venir aquí, para hacemos saber que se encuentra bien, o al menos enviará una carta, o un mensajero. o algo. Sin embargo, lo más probable aún es que no tenga nada que contarnos y sencillamente no vea necesidad de enviar un mensaje en su libro de viaje.

Warren mostró una expresión escéptica.

—Pero no hemos tenido un mensaje suyo durante casi un mes.

Zedd agitó la mano en ademán displicente.

—Bueno, estaba muy al norte, casi tan arriba como Richard y Kahlan. la última vez que tuvimos noticias. Si perdió el libro e inició inmediatamente el regreso aquí, no aparecerá en otra semana o dos. Si vio a Richard, entonces aún pasará más tiempo, imagino. Ann no viaja tan rápido, ya sabes.

—Lo sé —repuso Warren—. Está envejeciendo. Pero ésa es justo otra razón por la que estoy preocupado.

Lo que realmente preocupaba a Zedd fue el modo en que el libro de viaje calló justo cuando Ann estaba a punto de llegar hasta Richard y Kahlan. Zedd había estado esperando con ansiedad saber que Richard y Kahlan estaban a salvo, que Kahlan se había curado por completa Quizás incluso que Richard estaba listo para regresar. Ann sabía lo ansiosos que estaban de tener noticias y sin duda tendría algo de que informar. A Zedd no le gustaba la coincidencia de que el libro de viaje callara justo en ese momento. No le gustaba ni pizca.

Todo el asunto le producía ganas de rascarse como si le hubiera picado un mosquito albino.

—Bueno mira, Warren, un mes no es tanto tiempo para estar sin noticias de ella. En el pasado, han transcurrido a veces semanas y semanas entre sus mensajes. Es demasiado pronto para empezar a preocupamos. Además, tenemos asuntos que requieren nuestra atención.

Zedd no sabía qué podían hacer si Ann se hallaba en un aprieto en alguna parte. No tenían ni idea de cómo encontrarla.

Warren le lanzó una sonrisa contrita.

—Tienes razón, Zedd.

El anciano movió un mapa y encontró media hogaza de pan que había sobrado de la noche anterior. Tomó un buen bocado, una excusa para masticar en lugar de hablar. Cuando hablaba, temía estar revelando el auténtico alcance de su preocupación no sólo respecto a Ann, sino también respecto a Richard y Kahlan.

Warren era un mago capaz, y más listo que cualquiera que Zedd hubiese conocido nunca. A Zedd a menudo le costaba encontrar algo sobre lo que hablar que el otro no hubiera oído mencionar ya, o con lo que no estuviera muy familiarizado. Había algo de placentero en compartir información con alguien que asentía con conocimiento de causa ante cuestiones de magia esotérica que nadie más sería capaz de comprender, alguien capaz de llenar los huecos en algún que otro hechizo, o que se sentía encantado de que

sus propios pequeños huecos se llenaran gracias a los conocimientos de Zedd. Warren guardaba más información sobre el arte de la profecía de lo que Zedd pensaba que nadie tenía derecho a saber.

El muchacho era una mezcla fascinante de anciano testarudo y joven inmaduro. Tenía por un lado costumbres muy arraigadas, y al mismo tiempo era abierta, infinita e inocentemente curioso.

Lo único que hacía que Warren se quedara silencioso era discutir la «visión» de Richard. El rostro del joven se tomaba inexpresivo y permanecía sentado, sin hacer comentarios, mientras los demás disputaban sobre lo que Richard había dicho en sus cartas y sobre si era válido. Siempre que Zedd estaba a solas con Warren y le preguntaba qué pensaba, éste se limitaba a decir «Sigo a Richard; es mi amigo, y es el lord Rahl». Warren no quería discutir las instrucciones de Richard... o, más específicamente, la negativa de éste a dar instrucciones. En opinión de Warren, Richard había dado sus órdenes y había que aceptarlas, no analizarlas.

Zedd advirtió que Warren volvía a retorcer su túnica y agitó el pan en su dirección.

—Pareces un mago con los pantalones llenos de hechizos que desean salir. ¿Hay algo que necesitas dejar salir, Warren?

Warren sonrió tímidamente.

—¿Tan mal disimulo?

—No. Warren —respondió él, palmeándole la espalda—, es que yo soy muy bueno.

Warren lanzó una carcajada ante la chanza de Zedd, y éste indicó con el pan en dirección a la silla plegable de lona. Warren miró a la silla, pero negó con la cabeza. Zedd supuso que debía ser importante si el otro necesitaba estar en pie para decirlo.

—Zedd, con el invierno a las puertas, ¿crees que la Orden Imperial atacará, o aguardará hasta la primavera?

—Bueno, claro, eso es siempre un motivo de preocupación. El no saber te deja el estómago hecho un nudo. Pero todos habéis trabajado duro. Todos os habéis entrenado. Lo harás perfectamente, Warren. También las Hermanas.

Warren no parecía interesado en oír lo que Zedd decía. Se dedicaba a rascarse la sien, aguardando su turno para hablar.

—Sí, bueno, gracias. Zedd. Hemos trabajado duro.

»Humm, el general Leiden cree que el invierno es nuestro mejor amigo en estos momentos. El, sus oficiales keltas y algunos de los d'haranianos creen que sería una insensatez por parte de Jagang iniciar una campaña con la llegada del invierno. Kelton no está tan al norte de aquí, de modo que el general Leiden está familiarizado con la dificultad de una campaña bélica invernal en este terreno. Está convencido de que la Orden espera a la primavera.

—El general Leiden es un buen hombre, y puede que sea el segundo en el mando, tras el general Reibisch —dijo Zedd en tono ecuánime mientras observaba los ojos azules de Warren—, pero no estoy de acuerdo con él.

—¡Vaya!

Warren parecía abatido.

El general había traído a su división kelta al sur un par de meses antes para reforzar el ejército de D'Hara, a petición del general Reibisch. Como consideraban a Kahlan su reina, puesto que Richard así la había nombrado, las fuerzas keltas tenían aún una Verna independentista, incluso aunque fueran ahora parte del «Imperio d'haraniano», como todo el mundo había empezado a llamarlo.

Zedd no hacía nada para poner freno a tal forma de hablar. Era mejor ser una fuerza poderosa que una colección de tribus. En opinión de Zedd, Richard había tenido una intuición correcta respecto a aquello. Una guerra de aquella magnitud habría sido ingobernable de no ser el Nuevo Mundo una sola cosa. Hacer que todos se consideraran a sí mismos como parte del Imperio d'haraniano sólo podía ayudar a conseguirlo.

—Pero eso es sólo una conjetura, Warren —indicó Zedd, carraspeando—. Podría equivocarme. El general Leiden es un hombre con experiencia, y no es estúpido. Podría equivocarme.

—Pero también podría equivocarse Leiden. Imagino que eso te pone en el bando del general Reibisch. Ha estado paseando por su tienda cada noche durante los últimos dos meses.

Zedd se encogió de hombros.

—¿Hay algo importante para ti, Warren, que dependa de lo que haga la Orden Imperial? ¿Esperas a que ellos decidan por ti en algo?

El otro alzó las manos como si quisiera rechazar la mera idea.

—No..., no, desde luego que no. Es sólo que..., es sólo que sería un mal momento para pensar en tales cosas, es todo... Pero si fueran a mantenerse inactivos durante el invierno... —Empezó a toquetearse la manga—. Eso es todo lo que quería decir... Si pensaras que iban a esperar hasta la primavera, o algo así... —Su voz se apagó.

—¿Y si lo hicieran?

Warren clavó los ojos en el suelo mientras retorcía la túnica a la altura del estómago.

—Si crees que podrían moverse este invierno, entonces no sería correcto que yo..., que nosotros..., pensáramos en tales cosas.

Zedd se rasco la barbilla y cambió de enfoque.

—Digamos que creo que la Orden va a quedarse tan tranquila durante el invierno. Entonces ¿qué podrías hacer, en ese caso?

Warren alzó las manos.

—Zedd, ¿Quieres casamos a Verna y a mí?

La frente de Zedd se enarcó a la vez que éste echaba la cabeza atrás.

—¡Recorcholis! muchacho, eso sí que es un notición.

Warren dio dos zancadas para acercarse mis.

—¿Lo harás, Zedd? Quiero decir, sólo si realmente piensas que la Orden se quedara en Anderith a pasar el invierno. Si lo van a hacer, entonces, bueno, entonces podría ser, quiero decir, podríamos perfectamente...

—¿Amas a Verna, Warren?

—Claro que sí.

—¿Y te ama Verna?

—Pues, claro que sí.

—Entonces os casaré —respondió el encogiéndose de hombros.

—¿Lo harás? Zedd, eso sería maravilloso. —Warren se dio la vuela, alargando una mano hacía la abertura de la tienda mientras alzaba la otra atrás, en dirección a Zedd—. Espera. Espera ahí un momento.

—Bueno, estaba a punco de agitar los brazos y volar a la luna, pero si quiera que espere...

Warren había abandonado ya la tienda. Zedd oyó voces ahogadas que llegaban de fuera. Warren volvió a entrar... justo pisándole los talones a Verna.

Verna sonreía de oreja a oreja, lo que Zedd encontró perturbador a su manera, al ser tan insólito.

—Gracias por ofrecerte a casamos, Zedd. ¡Gracias! Warren y yo queríamos que tú celebraras la ceremonia. Le dije que lo harías, pero Warren quería pedírtelo y darte una oportunidad de decir «no». No se me ocurre nada mejor que ser casados por el Primer Mago.

Zedd pensó que era una mujer encantadora. Un poco quisquillosa en lo referente a normas y cosas así, en ocasiones, pero bien intencionada. Trabajaba duro. No retrocedió ante algunas de las cosas que Zedd le había pedido. Y, evidentemente, sentía una gran estimación por Warren, además de respetarlo.

—¿Cuándo? —preguntó Verna—. ¿Cuándo crees que sería un momento apropiado?

Zedd hizo una mueca.

—¿Creéis que podéis esperar hasta que haya tomado un desayuno como es debido?

Ambos sonrieron ampliamente.

—Pensábamos en algo parecido a una boda nocturna —indicó Venta—. Tal vez podríamos dar una fiesta, con música y baile.

Warren hizo un gesto desenfadado.

—Pensábamos en algo que significara un descanso agradable a tanto adiestramiento.

—¿Un descanso?¿Cuánto tiempo creéis que necesitaréis estar apartados de vuestros deberes...?

—¡Oh, no, Zedd! —Warren se había puesto rojo—. No queríamos decir que... Quiero decir que seguiremos haciendo..., sólo nos gustaría...

—No queremos tiempo libre, Zedd —intervino Verna, poniendo fin al avergonzado balbuceo de Warren—. Simplemente pensamos que sería una bonita oportunidad para que todos disfrutaran de una bien merecida fiesta durante una noche. No abandonaremos nuestros puestos.

Zedd rodeó los hombros de Venia con un huesudo brazo.

—Los dos podéis tomaros todo el tiempo de descanso que queráis, todos lo comprenderemos. Me alegro por los dos.

—Eso es fantástico, Zedd —dijo Warren con un suspiro—. Realmente nosotros...

Un oficial de rostro colorado irrumpió en la tienda sin anunciarse.

—¡Mago Zorander!

Dos Hermanas entraron de estampida justo detrás de él.

—¡Prelada! —llamó la hermana Philippa.

—¡Ya vienen! —gritó la hermana Phoebe.

Las dos mujeres estaban pálidas y parecían a punto de echar el desayuno. La hermana Phoebe temblaba como un perro mojado en invierno. Zedd advirtió que los cabellos de la hermana Philippa estaban chamuscados en un lado y el hombro del vestido ennegrecido. Ella era una de las que se ocupaban de la vigilancia en puntos alejados, para detectar a los enemigos con el don.

En ese momento Zedd supo qué era el silbido que creía haber oído. Eran chillidos muy distantes.

A lo lejos resonaron las trompas de alarma de los puestos secundarios. Zedd percibió el tenue hormigueo de magia entretejida a través de ellas, de modo que supo que la alarma era auténtica. Fuera de la tienda, los sonidos apagados del campamento se convirtieron en un estruendo de actividad. Se cogían armas de los lugares en los que estaban, las hogueras siseaban a medida que las extinguían con agua, se sujetaban espadas a los cintos, se desenvainaban otras, y los caballos relinchaban.

Warren agarró el brazo de la hermana Philippa y empezó a dar órdenes.

—Coordina la línea. No dejes que los vean..., manteneos detrás de la tercera cresta. Colocad las trampas cerca unas de otras. Tenemos que hacer que el enemigo se confíe. ¿Caballería?

La mujer asintió.

—Vienen en dos alas —intervino el oficial—. Pero todavía no cargan..., no quieren adelantarse demasiado a su infantería.

—Iniciad el primer fuego detrás de ellos..., una vez que hayan dejado atrás el punto de explosión..., tal como hicimos en los entrenamientos —dijo Warren a la hermana Philippa mientras ésta asentía a sus instrucciones.

La intención era atrapar cualquier carga de caballería entre muros de violenta magia; pero había que enfocarla adecuadamente para tener alguna esperanza de perforar los escudos del enemigo.

—Prelada —dijo la hermana Phoebe, jadeante aún—, no puedes imaginar cuantos son. Querido Creador, da la impresión de que se mueve todo el suelo, de que las colinas son una multitud de hombres que corren hacia nosotros.

Verna posó una mano consoladora en el hombro de la joven Hermana.

—Lo sé, Phoebe. Lo sé. Pero todos sabemos qué hacer. Verna escoltaba ya a los dos Hermanas al exterior y llamaba al mismo tiempo a sus otras ayudantes, mientras más oficiales y exploradores que regresaban descabalgaban de un salto.

Un fornido soldado barbudo, con el sudor corriendo por su rostro, irrumpió en la tienda sin resuello.

—Todo el maldito ejército... Todos ellos...

—Caballería con lanzas..., suficientes para abrirse paso entre nuestras líneas... —gritó otro hombre al interior de la tienda desde lo alto de un caballo empapado de sudor, deteniéndose sólo el tiempo suficiente para transmitir la información a Zedd antes de marchar al galope.

—¿Arqueros? —preguntó Zedd a los dos soldados que seguían en su tienda.

El soldado de la barba negó con la cabeza.

—Están demasiado lejos para poderlo saber. —Tragó aire—. Pero apostaría mi vida a que están justo detrás de los escudos de los piqueros.

—Sin duda —coincidió Zedd—. Cuando estén lo bastante cerca, se dejarán ver.

Warren sujetó al soldado barbudo de la manga y lo condujo fuera de la tienda.

—No os preocupéis, cuando se dejen ver tendremos algo con lo que sacarles los ojos.

El otro hombre marchó corriendo a sus deberes, y en un instante Zedd se quedó solo en su tienda, iluminada desde el exterior por el sol invernal de primeras horas de la mañana. Era un amanecer frío. Auguraba un día sangriento.

Fuera de la tienda, el barullo devino un tumulto caótico. Todo el mundo tenía una tarea, y la conocía bien; eran en su mayoría d'haranianos que ya habían combatido antes. Zedd se había acercado a hurtadillas y visto lo temibles que parecían las tropas de la Orden Imperial, pero los d'haranianos estaban a su altura. Durante generaciones, los d'haranianos se habían enorgullecido de ser los luchadores más temibles del mundo. Durante una buena parte de su vida. Zedd había combatido a d'haranianos que habían demostrado que no alardeaban en vano.

Zedd oyó que alguien gritaba: «Moveos, moveos, moveos». Parecía el general Reibisch, así que se fue hacia la abertura de la tienda. Se detuvo frente a un río de hombres que pasaban por delante en una masa arremolinada.

El general Reibisch se detuvo con un patinazo justo delante de él.

—Zedd..., teníamos razón.

Zedd asintió para indicar su decepción por haber deducido los planes del enemigo. Aquélla era una ocasión en la que habría deseado equivocarse.

—Levantamos el campamento —dijo el general Reibisch—. No tenemos mucho tiempo. Ya he ordenado a la guardia avanzada que muevan sus posiciones al norte, para cubrir los carros de suministros.

—¿Son todos ellos... o sólo una avanzadilla para ponemos a prueba?

—Es el puto grueso de su ejército.

—¡Queridos espíritus! —musitó Zedd.

Al menos había hecho planes para cubrir aquella eventualidad. Había entrenado a los que poseían el don para esperar aquello, de modo que no se desconcertarían. Llegarían tal como Zedd les había prevenido; eso les daría seguridad en sí mismos y valor. El día dependía de los que poseían el don.

El general Reibisch se pasó la rolliza mano por la boca y la mandíbula mientras miraba al sur, hacia un enemigo que no podía ver todavía. El sol de primeras horas de la mañana daba a su cabello un tono rojo, y la cicatriz que discurría desde la sien izquierda a la mandíbula destacaba como un relámpago blanco congelado.

—Nuestros centinelas retrocedieron junto con las líneas exteriores. De nada sirve que se mantengan en sus puestos, puesto que se trata del ejército de la Orden Imperial al completo.

Zedd se apresuró a asentir.

—Seremos la magia contra la magia, general.

El hombre mostraba un vigoroso destello en sus ojos.

—Y nosotros el acero, Zedd. Hoy les daremos a esos bastardos un buen muestrario de ambas cosas.

—No les muestren demasiado, demasiado pronto advirtió Zedd.

—No pienso cambiar nuestros planes ahora —respondió el otro por encima del barullo.

—Estupendo. —Zedd agarró del brazo a un soldado que pasaba corriendo—. Tú. Necesito tu ayuda. Recoge mis cosas de ahí dentro, ¿quieres, muchacho? Tengo que reunirme con las Hermanas.

El general Reibisch hizo una seña al joven soldado para que entrara en la tienda del mago, y el joven se puso inmediatamente a la tarea.

—Los exploradores dicen que todos ellos permanecen en este lado del rio Drun, tal como esperábamos.

—Bien. No tendremos que preocuparnos de que nos ataquen por los flancos. —Zedd pasó la vista por el campamento que se estaba desmontando rápidamente. Luego volvió la mirada hacia el rostro curtido del general—. Lleve a nuestros hombres al interior de esos valles a tiempo, general, de modo que no nos puedan rodear. Los que poseen el don cubrirán la retaguardia.

—Nos hacemos fuertes en los valles, no os preocupéis.

—El río no está congelado aún, ¿verdad?

El general Reibisch negó con la cabeza.

—Quizá lo está lo suficiente para que una rata patine sobre él, pero no para el lobo que va tras día.

—Eso debería impedirles cruzar. —Zedd bizqueó mirando al sur—. Tengo que ir a comprobar cómo les va a Adie y a sus Hermanas. Que los buenos espíritus os acompañen, general. No nos cubran las espaldas..., nosotros lo haremos.

El general Reibisch agarró el brazo de Zedd.

—Son más de los que pensamos. Quizá el doble. Si mis exploradores exageran, hasta podrían ser tres veces ese número. ¿Podéis conseguir que ese número afloje la marcha al mismo tiempo que los mantenéis concentrados en mi espalda?

El plan era atraer al enemigo al norte a la vez que se permanecía fuera de su alcance; lo bastante cerca como para que se le hiciera la boca agua pero no lo bastante como para que pudieran asestar un buen mordisco. Cruzar el rio en aquella época del año resultaría impracticable para un ejército de aquel tamaño y, con el río a un lado y las montañas en el otro, un ejército del tamaño como el de la Orden Imperial no podría rodear y aplastar fácilmente a las tropas del Imperio d'haraniano.

El plan también estaba diseñado para tener presente la admonición de Richard sobre no atacar directamente a la Orden. Zedd no estaba seguro de la validez de la advertencia de Richard, pero no era tan estúpido como para arriesgarse al desastre.

Se esperaba que, una vez atraído el enemigo a aquel terreno mis alto, un terreno mis defendible, la Orden perdiera parte de su ventaja y detuviera su avance. Una vez paralizado el ejército de la Orden Imperial, los d'haranianos podían trabar combate con el enemigo. A los d'haranianos no les preocupaba que los superaran en número. Eso simplemente les proporcionaba la posibilidad de demostrar su valía.

Zedd imaginó las laderas de las colinas oscurecidas por un enemigo que avanzaba a borbotones, y los poderes letales que él iba a desatar.

También sabía que en las batallas las cosas raras veces salen tal como se han planeado.

—No os preocupéis general, hoy la Orden Imperial empezará a pagar un precio terrible por su agresión.

El sonriente general palmeó el hombro de Zedd.

—Magnífico.

El general Reibisch salió de estampida, pidiendo a gritos a sus ayudantes y a su caballo, y reuniendo a su alrededor a un creciente número de hombres antes de emprender la marcha.

La batalla había empezado.

4

Con los brazos apoyados en los muslos, Richard se acuclilló en el vientre de la bestia.

—¿Bien? —preguntó Nicci desde lo alto de su caballo.

Richard se puso en pie junto a unas costillas que se alzaban a más del doble de su altura. Se resguardó los ojos de la dorada luz solar mientras escudriñaba el vacío horizonte. Volvió a mirar a Nicci, cuyos cabellos brillaban bajo el sol que descendía.

—Yo diría que era un dragón.

Cuando su yegua empezó a brincar, intentando poner distancia entre ella y el montón de huesos, Nicci tensó las riendas.

—Un dragón —repitió con voz apagada.

Aquí y allá había pedazos secos de carne adheridos a los huesos. Richard asestó un manotazo a la nube de moscas que zumbaban a su alrededor. El tenue olor de la descomposición flotaba sobre el lugar. Mientras salía de la caja torácica de costillas gigantes, señaló la cabeza, recostada en un lecho de hierbas marrones. Había espacio suficiente para andar entre las costillas sin que éstas le tocaran los hombros.

—Reconozco los dientes. Tuve un diente de dragón una vez.

—Bueno —Nicci parecía escéptica—, sea lo que sea, si has visto suficiente, sigamos nuestro camino.

Richard se frotó las manos para limpiárselas. El semental resopló y se apartó de él cuando se acercó. Al caballo no le gustaba el olor de la muerte, y no confiaba en Richard después de que éste hubiera estado cerca de ella. Richard acarició el lustroso cuello negro del bruto.

—Quieto, chico —le dijo con voz tranquilizadora—. Tranquilo.

Cuando vio a Richard finalmente sobre su montura, Nicci hizo girar su yegua pinta y volvió a ponerse en marcha. La luz de media tarde proyectaba largas sombras engarfiadas de las costillas hacía el joven, como si intentaran alcanzarlo, llamándolo a algún terrible final. Richard volvió la vista a los restos óseos, extendidos en medio de unos pastos que se ondulaban con suavidad, antes de lanzar a su caballo a un trote para alcanzar a Nicci. El caballo no necesitó que lo animasen mucho para alejarse de aquel lugar de muerte, e inició alegremente un tranquilo galope largo.

En el mes aproximadamente que Richard había pasado con el animal, los dos se habían acostumbrado el uno al otro. El caballo se mostraba bien dispuesto, aunque nunca realmente amistoso, y Richard no sentía interés suficiente como para tomarse la molestia de hacer más; trabar amistad con un caballo era poco menos que la última de sus preocupaciones. Nicci no había sabido si los caballos tenían nombres, y no parecía interesada, así que Richard se limitó a llamar Chico al semental negro, y chica a la yegua pinta de Nicci, y lo dejó así. Nicci no pareció ni contenta ni disgustada porque él les pusiera nombre a los caballos, simplemente lo aceptó.

—¿Realmente crees que son los restos de un dragón? —preguntó la mujer cuando él la alcanzó.

El semental aminoró el paso y, contento de estar de vuelta, acarició con el hocico los flancos de la yegua. Chica se limitó a girar la oreja mis próxima hacia él a modo de agradecimiento.

—Es del tamaño correcto, según recuerdo.

Nicci agitó la cabeza para echar sus cabellos tras los hombros.

—No bromeas, ¿verdad?

Richard frunció el entrecejo para mostrar su perplejidad.

—Lo viste, ¿Qué otra cosa podía ser?

—Simplemente pensaba que eran los huesos de alguna bestia extinguida hace mucho —dijo ella con un suspiro.

—¿Con moscas zumbando aún a su alrededor? Todavía tenía algunos trozos de tendón reseco pegado a los huesos. No es algo antiguo. No podría tener más de seis meses..., posiblemente mucho menos.

Ella lo observaba por el rabillo del ojo, otra vez.

—Así que, ¿realmente tienen dragones en el Nuevo Mundo?

—En la Tierra Central, por lo menos. Donde yo me crié no había ninguno. Los dragones, según tengo entendido, poseen magia. No había magia en la Tierra Occidental. Cuando vine aquí... vi un dragón rojo. Por lo que oí, son muy raros.

Y en aquellos momentos había uno menos como mínimo.

A Nicci le preocupaban poco los restos de un animal, aunque se tratara de un dragón. Richard había decidido hacía tiempo que, no obstante lo mucho que deseaba aplastarle el cráneo, tendría más posibilidades de hallar un modo de salir de su situación si no provocaba su hostilidad. Combatir a otra persona minaba su propia resistencia, dificultando la capacidad de razonar, así que mantenía la mente concentrada en lo que era más importante para él.

No podía obligarse a fingir que se hacía amigo de Nicci, pero intentaba no darle motivos para enojarse lo suficiente como para lastimar a Kahlan. Hasta el momento, la estrategia había tenido éxito. De todos modos, Nicci no parecía demasiado predispuesta al enojo. Cuando se sentía descontenta, volvía a sumergirse en una indiferencia que parecía sofocar sus sentimientos.

Finalmente alcanzaron la calzada desde la que habían divisado la mancha blanca que había resultado ser los restos del dragón.

—¿Cómo fue crecer en un lugar sin magia?

—No lo sé —Richard se encogió de hombros—. Las cosas eran así. Para mí fue normal.

—¿Y tú eras feliz?¿Creciendo sin magia, quiero decir?

—Sí. Muy feliz —La expresión de desagrado regresó a su rostro—. ¿Por qué?

—Y sin embargo, peleas por mantener la magia en el mundo, para que otros niños tengan que crecer con ella. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—La Orden desea librar al mundo de la magia, para que la gente crezca feliz, sin la niebla ponzoñosa de la magia. —Le echó un vistazo—. Quiere que los niños crezcan de un modo muy parecido a como lo hiciste tú. Y sin embargo tú luchas contra eso.

No era una pregunta, de modo que Richard decidió no responder. Lo que la Orden decidiera hacer no era asunto suyo. Dirigió sus pensamientos a otras cosas.

Viajaban por una calzada transitada por algún que otro mercader. Habían sonreído y saludado con la cabeza a dos aquel día. La calzada, a medida que tomaba la ruta más fácil a través de las ondulantes colinas, había empezado a girar más al sur aquella tarde. Cuando coronaron una elevación, Richard divisó un rebaño de ovejas en la lejanía. Un poco más adelante, les habían dicho, había una población en la que podrían conseguir las provisiones que necesitaban. A los caballos tampoco les iría mal un poco de grano.

Por encima de su hombro izquierdo, al nordeste, montañas nevadas que se tornaban rosas bajo el sol del atardecer se erguían surgiendo de las estribaciones. A la derecha, el terreno se perdía en territorios

salvajes. Una vez dejada atrás la ciudad, no tendrán que viajar mucho antes de cruzar el rio Kern. No se encontraban nada lejos de lo que antes había sido el páramo donde se alzaba la gran barrera.

Estaban a punto de cruzar al Viejo Mundo.

Incluso aunque ya no existía una barrera que impidiera su regreso, se sentía desmoralizado por tener que abandonar el Nuevo Mundo. Era como abandonar el mundo de Kahlan. Como abandonada un poco más. Pese a lo arrebatadamente que la amaba, sentía cómo se perdía más y más en la distancia.

Los cabellos rubios de Nicci revolotearon en la brisa cuando la mujer giró la cabeza hacia él.

—Se dice que también hubo dragones en el Viejo Mundo.

Richard abandonó sus cavilaciones.

—¿Ya no? —preguntó, y ella negó con la cabeza—. ¿Cuánto hace de eso?

—Mucho tiempo. Nadie vivo ha visto nunca uno..., y eso incluye a las Hermanas que vivían en el palacio.

Richard reflexionó sobre ello mientras cabalgaba, escuchando el rítmico golpeteo de los cascos. Nicci se había mostrado comunicativa, así que preguntó:

—¿Sabes por qué no?

—Sólo puedo contarte lo que me enseñaron, si quieres oírlo. — Cuando Richard asintió, continuó—: Durante la gran guerra, en la época en que la barrera entre el Viejo y el Nuevo Mundo se levantó, los magos del Viejo Mundo trabajaron para anular la magia del mundo. Los dragones no podían existir sin magia, de modo que se extinguieron.

—Pero todavía existían aquí.

—En el otro lado de la barrera. Es posible que la supresión de la magia por parte de los antiguos magos, en su lado, tuvieran sólo un efecto local o temporal. Al fin y al cabo, la magia aún existe, de modo que es evidente que no consiguieron sus fines.

Richard empezó a tener una sensación molesta mientras consideraba tanto las palabras de Nicci como los huesos que había visto.

—Nicci, ¿puedo hacerte una pregunta, una pregunta seria sobre magia?

La mujer le dedicó una mirada mientras refrenaba su montura a un paso tranquilo.

—¿Qué deseas saber?

—¿Cuánto tiempo crees que podrá vivir un dragón sin magia?

Nicci reflexionó unos momentos, pero al final soltó un suspiro.

—Sólo conozco la historia de los dragones del Viejo Mundo. Como sabes, las palabras escritas hace tanto tiempo no siempre son fiables. Serían sólo conjeturas. Yo diría que podrían ser simples instantes, posiblemente días... o incluso un poco más, pero no mucho más, Es como preguntar cuánto tiempo puede vivir un pez fuera del agua. ¿Por qué lo preguntas?

Richard se pasó los dedos por los cabellos.

—Cuando los repiques estuvieron aquí, en este mundo, se llevaron la magia. Toda la magia o casi toda desapareció durante un tiempo.

Ella devolvió los ojos a la calzada.

—Mi opinión es que la magia desapareció por entero durante un tiempo, al menos.

Eso era lo que él había temido. Richard consideró sus palabras junto con lo que sabía.

—No todas las criaturas mágicas dependen de ella. Nosotros, por ejemplo: somos, en cierto modo, criaturas mágicas, pero también podemos vivir sin ella. Me preguntaba si las criaturas que dependían de la magia para su existencia no podrían haber conseguido sobrevivir hasta que se desterraron los repiques y se restauró la magia.

—No se restauró la magia.

Richard frenó su caballo de golpe.

—¿Qué?

—No del modo en que lo crees. —Nicci hizo que el caballo describiera un círculo para colocarse de cara a él—. Richard, si bien no tengo conocimiento directo de exactamente qué sucedió, un acontecimiento así no podría carecer de consecuencias.

—Dime lo que sabes.

—¿Por qué tienes ese aspecto tan preocupado? —inquirió ella, frunciendo el entrecejo con expresión curiosa.

—Nicci, por favor, sólo dime lo que sabes.

La mujer cruzó las muñecas sobre el pomo de la silla de montar.

—Richard, la magia es una cuestión compleja, de modo que no puede existir una certera. —Alzó una mano para anticiparse a su cascada de preguntas—. Esto, no obstante, es seguro. El mundo no permanece igual. Cambia continuamente.

»La magia no es simplemente parte de este mundo, la magia es el conducto entre mundos. ¿Comprendes?

Richard pensó que tal vez podría.

—Utilicé magia un querer para hacer aparecer el espíritu de mi padre desde el inframundo. Lo desterré de regreso al inframundo con el uso de la magia. La gente barro, por ejemplo, usa magia para comunicarse con los espíritus de sus antepasados. Tuve que ir al Templo de los Vientos en otro mundo, cuando Jagang envió a una Hermana para que iniciara una plaga que ella trajo consigo de ese mundo.

—Y ¿qué tienen todas esas cosas en común?

—Utilizaron magia para franquear la brecha entre mundos.

—Sí; pero hay más. Esos mundos existen, pero dependen de éste para que los defina, ¿no es así?

—¿Quieres decir que la vida se crea en este mundo, y tras la muerte, los espíritus van con Custodio al inframundo?

—Sí; pero hay más, ¿ves la conexión?

Richard empezaba a perderse. Había crecido sin saber nada de magia.

—¿Estamos atrapados entre los dos reinos?

—No, no exactamente.

Los ojos azules de Nicci centellearon y aguardó hasta que la mirada de él fue a inmovilizarse en la suya, luego alzó un dedo para indicar la importancia de sus palabras.

—La magia es un conducto entre mundos. A medida que la magia disminuye, esos otros mundos no sólo se tornan más distantes para nosotros, sino que el poder de esos mundos, en este mundo, disminuye. ¿Entiendes?

A Richard se le empezaba a poner la carne de gallina.

—Te refieres a que los otros mundos tienen menos influencia, como... como un niño que ha crecido y se independiza de sus padres poco a poco.

—Sí —En la luz que se desvanecía sus ojos parecían más azules que de costumbre—. A medida que los mundos se separan más, sucede algo parecido. Pero aún es más complejo que eso.

Se inclinó al frente sobre la silla.

—Verás, se puede decir que esos otros mundos existen sólo por su relación con la vida..., con este mundo. —En aquel momento, ella no le parecía más que lo que era en realidad: una hechicera de ciento ochenta años—. Puede decirse incluso —musitó con una voz que sonó como si hablaran las sombras—, que sin magia para unir esos otros mundos a éste, esos otros mundos dejan de existir.

Richard tragó saliva.

—Quieres decir, igual que cuando el niño crece y deja el hogar, los padres se vuelven menos importantes para su existencia. Cuando éstos finalmente envejecen y mueren, incluso aunque en una ocasión

estuvieron vinculados a él de un modo poderoso y vital, una vez que dejan de existir, él sigue viviendo sin ellos.

—Exactamente —siseó ella.

—El mundo cambia —dijo él casi para sí mismo—. El mundo no permanece igual. Eso es lo que quiere Jagang. Quiere que la magia, y todos esos otros mundos, dejen de existir de modo que pueda tener éste para él.

—No —repuso ella con voz queda—. Lo desea no para él, sino para la humanidad.

Richard hizo amago de discutirlo, pero ella le atajó.

—Conozco a Jagang. Te digo lo que él cree. Tal vez le atraigan los botines, pero en su corazón cree que hace esto por la humanidad, no para sí mismo.

Richard no la creía pero no vio de qué serviría pelear con ella. En cualquier caso, debido a los cambios que tenían lugar, criaturas tales como los dragones podrían haberse extinguido ya. Aquellos huesos blancos podrían muy bien haber sido los restos del último dragón rojo.

—Debido a acontecimientos como los repiques, el mundo puede haber cambiado ya irrevocablemente, hasta un punto en el que criaturas mágicas hayan desaparecido —dijo ella mientras miraba al crepúsculo—. En un mundo en evolución como el que describo, la magia, incluso una como la nuestra, no tardaría en extinguirse, también. ¿Lo ves, ahora? Sin ese conducto a otros mundos, mundos que tal vez ya no existan, la magia no nacerá cuando nazcan los hijos de los que poseen el don.

Una cosa era segura: cuando llegara el momento, él iba a hacer que Nicci fuera una especie extinguida.

Mientras seguían cabalgando, Richard volvió la cabeza para mirar aquellos huesos que ya no podía ver.

Era bien entrada la noche cuando penetraron en la población. Cuando Richard preguntó a un lugareño, le informó de que el pueblo, Ondina, recibía su nombre de las ondulantes estribaciones. Era un lugar tranquilo, situado en un rincón casi olvidado de la Tierra Central, que daba la espalda a lo que en un tiempo había sido el páramo, del que nadie regresaba jamás. Muchos de los habitantes cultivaban trigo y criaban ovejas para disponer de bienes con los que comerciar, a la vez que criaban animales y cultivaban huertos.

Había un camino que llegaba allí desde el sudoeste, desde Renwold, y otros que partían en dirección norte. Ondina era un cruce de caminos para el comercio entre Renwold, las gentes de las zonas inhóspitas que comerciaban en aquella población fronteriza y los asentamientos situados al norte y el este. En aquel momento, desde luego, Renwold no existía; la Orden Imperial había saqueado la ciudad. En aquellos momentos, los fantasmas habitaban las calles de Renwold, y las gentes de las zonas salvajes que intercambiaban sus mercancías allí lo sufrían. Las gentes de ciudades y pueblos que iban a Ondina lo sufrían también. Ondina vivía malos tiempos.

Richard y Nicci causaron sensación. Que unos forasteros cruzaran por allí era un acontecimiento ahora que Renwold había desaparecido. Los dos estaban cansados, y había una posada, pero en el lugar se estaba bebiendo en medio de un gran barullo, y Richard no quería tener que vérselas con problemas. Había un establo bien cuidado en el extremo opuesto del pueblo, y su propietario les ofreció que se quedaran en el pajar por un penique de plata cada uno. La noche era fría y se estaría mis caliente en el pajar que al raso, bajo el viento, así que Richard pagó al hombre un penique por cada uno de ellos, y tres más para que atendiera y alimentara a los caballos. El taciturno propietario del establo se sintió tan complacido que dijo a Richard que se ocuparía de las herraduras de los caballos mientras estaban allí.

Cuando Richard le dio las gracias y le dijo que estaban cansados, el hombre sonrió por vez primera y dijo:

—Espero que vos y vuestra esposa durmáis bien. Buenas noches, pues.

Richard siguió a Nicci en la ascensión por la tosca escala de madera de la parte trasera del establo. Tomaron una cena fría, sentados en el heno mientras escuchaban cómo el propietario del lugar iba en busca de grano y agua para sus caballos. Richard y Nicci intercambiaron sólo unas pocas palabras antes de envolverse en sus capas y dormirse. Cuando despertaron un poco después del amanecer, se encontraron con una pequeña concurrencia de niños flacos y adultos de mejillas hundidas, que habían acudido a contemplar a los tipos «ricos» que cruzaban por allí. Al parecer, sus caballos, mejores que cualquier otro que se hubiera hospedado en el establo desde hacía mucho tiempo, habían sido motivo de chismorreos y especulación.

Cuando Richard los saludó, recibió sólo miradas ausentes. Cuando él y Nicci fueron al almacén de víveres, situado no muy lejos, más allá de unos edificios de aspecto deslustrado, toda la gente los siguió como si fueran un rey y una reina de visita en la ciudad, y todos quisieran ver a qué dedicaban el día gentes de tan alta alcurnia. Las cabras y gallinas que deambulaban por la calle principal de Ondina se desperdigaron ante la procesión. Una vaca lechera que pastaba la hierba reseca tras la tienda del talabartero hizo una pausa para mirar. Un gallo en lo alto de un tocón de madera agitó las alas, molesto.

Cuando los niños mis descarados preguntaron quiénes era. Nicci les contó que eran sólo viajeros, marido y mujer, en busca de trabajo. Tal noticia fue recibida con escépticas risitas ahogadas. Con su hermoso vestido negro, la gente tomaba a Nicci por una reina en busca de un reino. A Richard lo consideraron sólo un poco menos importante.

Cuando un muchacho de más edad preguntó a dónde iban a buscar trabajo, ya que apenas si lo había en Ondina. Nicci les dijo que se dirigían al Viejo Mundo. Unos cuantos adultos agarraron a algunos niños y se alejaron corriendo. Con todo, fueron más los que permanecieron pegados a los talones de Richard y Nicci.

En cuanto estuvo dentro del almacén de provisiones, Richard observó que la gente se envalentonaba y empezaba a manosear a Nicci, pidiendo dinero, medicinas, comida. Nicci permaneció fuera con la gente, preguntándoles sobre sus problemas y necesidades. Se movió por entre la multitud, inspeccionando a los niños. Mostraba aquella expresión ausente que a Richard no le gustaba nada.

—¿Que os puedo proporcionar? —preguntó el propietario del establecimiento.

—¿Que es toda esa gente? —pregunto Richard.

Echo una mirada al exterior por la pequeña y limpísima ventana y descubrió a Nicci en medio de un grupo de gentes andrajosas, hablando del amor que el Creador sentía por ellos. Todos escuchaban como si fuera un espíritu bondadoso venido a confortarlos.

—Bueno, hay de todo —dijo el propietario de la tienda—. La mayoría aparecieron procedentes del Viejo Mundo cuando cayó la barrera. Algunos son simplemente gentes de por aquí, nada recomendables, borrachos y cosas así, que antes prefieren mendigar o robar que trabajar. Cuando algunos forasteros del Viejo Mundo llegaron aquí, algunas de las personas del lugar adoptaron su forma de actuar. Pasan comerciantes por aquí, y hombres de esos, con mercancías que proteger, que descubren que tienen menos problemas sin son generosos con los de esa calaña. Algunos de los que están ahí fuera son gente que han tenido problemas: viudas con hijos que no encuentran esposo... Unos pocos están dispuestos a trabajar para mí, cuando tengo trabajo, pero la mayoría no quiere.

Richard estaba a punto de dar al hombre una lista de sus necesidades cuando Nicci entró por la puerta.

—Richard necesito dinero.

Antes que discutir con ella, prefirió pasarle la alforja con el dinero, y ella introdujo la mano y sacó un puñado de oro y plata. Los ojos del propietario de la tienda se abrieron de par en par al ver cuánto tenía la mujer en el puño. Ella no le prestó atención y Richard se quedó boquiabierto, contemplando como Nicci, de vuelta a la multitud, regalaba todo el dinero. Innumerables brazos se agitaron y alargaron hacia ella, la gente chilló. Unos pocos corrieron con lo que les había dado.

Richard abrió la alforja, atisbando en su interior para ver cuánto les quedaba. No era mucho. No podía creer lo que Nicci acababa de hacer. No tenía sentido.

—¿Que tal un poco de harina de cebada, un poco de aVerna, algo de arroz, tocino, lentejas, galletas y sal? —preguntó al propietario, que aguardaba.

—No tengo aVerna, pero si el resto ¿Cuánto quería?

Richard hacía ya cálculos. El viaje era largo, y Nicci acababa de regalar la mayor parte de su dinero.

El hombre recogió las monedas y suspiró al pensar en el dinero que había estado a punto de ganar. Empezó a sacar los artículos de un estante y a colocarlos dentro de la mochila. Mientras trabajaba, Richard pidió unas cosas de poca importancia que recordó mientras el otro satisfacía el pedido. Se desprendió de otro penique.

Richard tenía solo unos pocos peniques y dos coronas de plata, y nada de oro Nicci había repartido más dinero del que la mayoría de aquellas gentes había visto en toda su vida. Preocupado por lo que iban a hacer en el futuro para obtener provisiones, Richard se colgó la mochila a la espalda una vez que el tendero hubo acabado, y salió a toda prisa para ver si podía conseguir que Nicci se tomara las cosas con más calma.

Ésta estaba dando un sermón sobre el amor del Creador por los hombres y pidiendo a la gente que perdonara la crueldad de los desalmados e indeseables, a la vez que entregaba la última moneda de oro a un hombre desdentado y sin afeitar. El hombre le dio las gracias con una sonrisa de oreja a oreja y luego se relamió los labios resecos. Richard supo cómo pensaba humedecerlos. Aun había más manos suplicantes que se alargaban hacia la mujer.

Preocupado, Richard agarro el brazo de Nicci y tiro de ella. La mujer se volvió hacía él.

—Tenemos que regresar al establo —dijo.

—Eso es lo que pienso yo —respondió él, conteniendo su enojo—. Esperemos que el caballerizo haya terminado con los caballos ya para que podamos salir de aquí.

—No —replicó ella, con una expresión de inflexible irrevocabilidad en los ojos—: necesitamos vender los caballos.

—¿Qué? —Richard parpadeo en un asombro de enojo—. ¿Puedo al menos preguntar por qué?

—Para compartir lo que tenemos con aquellos que no tienen nada.

Richard estaba más allá de las palabras. El solo la miro. ¿Cómo iban a viajar? Considero interrogarla brevemente, y decido que realmente no le importaba que tan pronto llegaran a donde sea que ella lo estaba. Pero tendrían que cargar con todo. Él era un guía de bosque, y estaba acostumbrado a caminar con una mochila, así que supuso que podría caminar. Dejo salir un suspiro y se dirigió a los establos.

—Necesitamos vender los caballos —Richard le dijo al propietario del establo.

El hombre frunció el ceño, miro a los caballos parados en sus puestos, y de regreso a Richard. Se veía atónito.

—Esos son caballos muy finos, señor. Nosotros no tenemos caballos como esos por aquí.

—Ahora los tienen, —dijo Nicci.

Él la miro de reojo incómodo. La mayoría de las personas miraban inquietos a Nicci, ya fuera por su alarmante belleza, o por su frialdad, a menudo denunciadora, presencia.

—No puedo pagar lo que valen caballos como estos.

—No se lo pedimos —dijo Nicci en una voz apagada—. Solo pedimos vendérselos. Necesitamos venderlos. Tomaremos lo que pueda darnos.

El hombre miraba a los ojos de Richard y de Nicci y de vuelta. Richard diría que el hombre estaba incomodo acerca de engañarlos de esa forma, pero no podían imaginarse como rechazar tal oferta.

—Todo lo que puedo pagar son cuatro piezas de plata por ellos.

Richard sabía que valían diez veces eso.

—Y los arreos —dijo Nicci.

El hombre se rasco la barbilla.

—Creo que podría agregar otra pieza de plata, pero eso es todo lo que tengo. Lo siento, sé que valen más, pero si están obligados y decididos a vendérmelos, eso es todo lo que tengo.

—¿Hay alguien en el pueblo que pudiera comprarlos por más? —pregunto Richard.

—No lo creo, pero por decirte la verdad, hijo, no heriría mis sentimientos si preguntaras en los alrededores. No me gusta estafar gente, sé que no podrían reclamar cinco piezas de plata por los caballos y los arreos si no en una estafa.

El hombre seguía mirando de reojo a Nicci, al parecer sospechaba que esta transacción estaba más allá del control de Richard. Sus firmes ojos azules podían inquietar a cualquier hombre.

—Aceptamos su oferta —dijo Nicci sin ninguna indecisión o incertidumbre—. Estoy segura es absolutamente justa.

El hombre suspiro descontento ante su ganancia inesperada.

—No tengo todo ese dinero conmigo. Iré a casa —levanto un pulgar sobre su hombro, señalando fuera del granero— y lo consigo, si son tan amables de esperar un minuto.

Nicci asintió y él se apresuró en su salida, no por consumar el trato, pensó Richard, sino por estar fuera de la mirada de Nicci.

Richard volteo hacia ella, sintiendo su cara enrojecer.

—¿Que es todo esto? —Vio a través de las puertas parcialmente abiertas del establo que la multitud de personas que los habían seguido, todavía estaban ahí.

Ella ignoro su pregunta.

—Recoge tus cosas y lo que puedas cargar. Tan pronto como regrese, continuaremos nuestro camino.

Richard aparto su mirada de ella. Miro entre sus cosas, sentado afuera del establo de Chico, y comenzó a rellenar su mochila con todo lo que pudo. Sujetó el odre para el agua alrededor de su cintura y colgó sobre sus hombros las alforjas. Estaba seguro que el dueño del establo no se quejaría por no tener las alforjas con el resto de los arreos. Richard pensó que cuando llegaran a un pueblo más próspero, al menos podría vender las alforjas. Mientras trabajaba, Nicci puso sus pertenencias dentro de una mochila que podría cargar.

Cuando el hombre regreso con el dinero, se lo ofreció a Richard. Nicci tendió su mano.

—Yo lo cogeré—, dijo ella.

Miro a Richard a los ojos de una vez y entones entregó el dinero a Nicci.

—Agregue los peniques de plata que me pagaron la última noche. Eso es todo lo que tengo, lo juro.

—Gracias —dijo Nicci—. Fue muy generoso de su parte compartir lo que tiene. Ese es el modo del Creador.

Sin decir palabra, Nicci se giró y avanzo a pasos agigantados a través del débilmente iluminado establo hacia la puerta.

—Ese es mi modo —murmuro el hombre a su espalda—. El Creador no tiene nada que ver.

Afuera a la luz del sol, Nicci empezó a repartir el dinero que acababa de obtener por tos caballos. La gente competía por obtener su favor mientras andaba entre ellos, hablándoles, haciendo pregunto, hasta que se perdió de vista.

Richard dio a Chico un veloz masaje en la mancha de la frente, se echó las alforjas al hombro, y se volvió hacia la expresión atónita del rostro del propietario. Richard y él intercambiaron una mirada de impotencia.

—Espero que sea una buena esposa —dijo el hombre por fin.

Richard quiso responder que Nicci era una Hermana de las Tinieblas, y que él era su prisionero, pero al final decidió que no serviría de nada. Nicci le había dejado claro que él era Richard Cypher, su esposo, y que ella era Nicci Cypher, su esposa. Le había indicado que se atuviera a aquella historia... por el bien de Kahlan.

—Sencillamente es generosa —respondió—. Por eso me casé con ella. Es buena con la gente.

Richard oyó el chillido de una mujer, y gritos. Salió disparado por la puerta parcialmente abierta y corrió a la brillante luz del sol. No vio a nadie. Dio la vuelta a toda prisa hacia el lateral del establo, donde oyó un forcejeo.

Media docena de hombres habían derribado a Nicci al suelo, algunos dándole puñetazos mientras ella intentaba rechazarlos con las manos desnudas. Otros la toqueteaban, en busca de una bolsa de dinero. Peleaban por el dinero incluso antes de que lo hubiera soltado de sus manos. Una muchedumbre de mujeres y niños, y otros hombres permanecían en círculo alrededor de la escena, como buitres aguardando para descamar los huesos.

Richard se abrió paso violentamente entre el círculo de personas, agarró al hombre más cercano por el cuello de la camisa y tiró de él. Era flacucho y voló por los aires, estrellándose contra la pared del establo. Todo el edificio se estremeció. Richard pateó a otro en las costillas, haciéndolo rodar fuera de Nicci y por el polvo. Un tercer hombre giró en redondo e intentó asestar un potente puñetazo a Richard, pero éste sujetó el puño y lo dobló hacia abajo hasta percibir un chasquido mientras el hombre gritaba. Ante aquello, los hombres se dispersaron en todas direcciones.

Richard hizo intención de ir tras uno de ellos, pero Nicci se abalanzó repentinamente sobre él, conteniéndolo.

—¡Richard! ¡No!

En su furia por alcanzar a los hombres, Richard estuvo a punto de golpearle el rostro, pero, cuando advirtió que era ella, bajó los puños a los costados mientras contemplaba iracundo a la multitud.

—Por favor, milord, por favor, milady —gimoteó una de las mujeres—, tened misericordia de nosotros, gentes desgraciadas. Tened misericordia de nosotros.

—¡Sois una panda de ladrones! —chilló Richard—. ¡Robarle a alguien que intentaba ayudaros!

Hizo un intento de ir tras todos ellos, pero Nicci le inmovilizó los puños.

—¡Richard, no!

La gente desapareció igual que ratones ante un gato enfurecido.

Nicci dejó caer los puños de Richard, y él vio que tenía sangre en la boca.

—¿Qué te pasa?¿Por qué das dinero a tales indeseables?

—Ya basta. No pienso quedarme aquí quieta y escuchar cómo insultas a las criaturas del Creador. ¿Quién eres tú para juzgar? ¿Quién eres tú, que tienes la panza llena, para decir qué es correcto? No tienes ni idea de por lo que han pasado esas pobres gentes, y sin embargo te apresuras a juzgar.

Richard inspiró hondo para mantener el control. Se recordó una vez mis lo que debía tener presente por encima de todo. En realidad no era a Nicci a quién había estado protegiendo.

Estiró la manga de una camisa de una esquina de la mochila, la humedeció con agua de un odre que colgaba de su cintura, y lavó con cuidado la ensangrentada boca y barbilla de la mujer. Esta hizo una mueca de dolor mientras él trabajaba, pero le dejó examinar la herida sin protestar.

—No es grave —le dijo él—. Sólo un corte en la comisura de la boca. Quédate quieta, ya está.

La mujer permaneció sin moverse mientras él sostenía su cabeza en una mano y le limpiaba la sangre del resto de la cara con la otra.

—Gracias. Richard —Vaciló—. Estaba segura de que uno de ellos iba a cortarme la garganta.

—¿Por qué no usaste tu han para protegerte?

—¿Lo has olvidado? Para hacer eso, tendría que extraer poder del vínculo que mantiene a Kahlan con vida.

—Supongo que lo olvidé —la miró a los ojos—. Es ese caso, gracias por dominarte.

Nicci no dijo nada mientras abandonaban a pie el pueblo de Ondina, cargando con todas sus posesiones. A pesar de lo frío que era el día, no pasó mucho tiempo antes de que la frente de Richard se perlara de sudor.

Finalmente, ya no pudo aguantar mis y le dijo:

—¿Te importaría decirme de qué iba todo eso?

La frente de la mujer se contrajo.

—Esas personas eran menesterosos.

Richard se pellizcó el puente de la nariz, haciendo una pausa, en un esfuerzo por mantener la cortesía.

—¿Y por eso les diste todo nuestro dinero?

—¿Tan egoísta eres que no compartirías lo que tienes? ¿Tan egoísta eres que pedirías a los hambrientos que murieran de hambre, a los que carecen de ropa que se helaran y a los enfermos que murieran? ¿Significa más el dinero para ti que las vidas de las personas?

Richard se mordió la mejilla por dentro para controlar su furia.

—¿Y los caballos? Prácticamente los regalaste.

—Era todo lo que podíamos obtener. Esas personas estaban necesitadas. En esas circunstancias, era lo mejor que podíamos hacer. Actuamos con la mis noble de las intenciones. Era nuestro deber no ser egoístas y dar con alegría a esas personas lo que necesitaban.

No existía un camino que fuera en su dirección, ese camino que llevaba a un páramo del que nadie regresaba.

—Necesitábamos lo que diste —dijo él.

Nicci le dirigió una veloz mirada a los ojos.

—Hay cosas que necesitas aprender. Richard.

—¿De verdad?

—Has tenido suerte en la vida. Has dispuesto de oportunidades que la gente corriente jamás tiene. Quiero que veas cómo se ve obligada a vivir la gente corriente, cómo deben esforzarse simplemente para sobrevivir. Cuando vivas como ellos, comprenderás por qué la Orden es tan necesaria, por qué la Orden es la única esperanza para la humanidad.

»Cuando lleguemos a donde vamos, no tendremos nada. Seremos exactamente como el resto de los infelices de este desdichado mundo..., con pocas posibilidades de salir adelante por nosotros mismos. No tienes ni idea de lo que es eso. Quiero que aprendas cómo la compasión de la Orden ayuda a la gente corriente a vivir con la dignidad a la que tienen derecho.

Richard devolvió la mirada al vacío territorio que se extendía ante ellos. Una Hermana de las Tinieblas que no podía usar su poder, y un mago al que se le prohibía utilizar el suyo. Supuso que no podían volverse más corrientes que eso.

—Pensaba que eras tú quien queda aprender —comentó.

—También soy tu maestra. Los maestros a veces aprenden más que sus alumnos.

5

Zedd alzó la cabeza al oír las lejanas trompas. Se esforzó por recuperar la compostura. Se encontraba más allá del pavor, dentro de un mundo en el que existía poco más que una consciencia aturdida. El toque de las trompas indicaba la aproximación de fuerzas amigas. Probablemente patrullas de reconocimiento, o mis heridos que conducían hasta allí.

Se dio cuenta de que estaba desplomado en el suelo, las piernas extendidas, y vio que había estado durmiendo con la cabeza sobre el fornido pecho de un cadáver helado. Abatido, recordó que había estado probando todo lo que conocía para curar a aquel hombre terriblemente malherido. Con pesarosa repugnancia, se apartó del frío cuerpo y se sentó en el suelo.

Se frotó los ojos para eliminar la oscuridad interior, así como la de la noche. Era ya incapaz de sentirse dolorido. Un humo acre flotaba espeso como niebla y el aire apestaba con el hedor asfixiante de la sangre. En varios puntos a su alrededor, veía la neblina iluminada con los focos anaranjados de b luz de las hogueras. Los gemidos de los heridos se alzaban del sudo empapado en sangre para flotar a través del glacial aire nocturno. A lo lejos, unos hombres gritaban de dolor. Al pasarse una mano por b frente, Zedd advirtió que llevaba las manos enguantadas en sangre reseca de aquellos que había intentado curar. Era una tarea interminable.

No muy lejos, el sudo estaba lleno de troncos destrozados de árboles, reventados por los enemigos que poseían el don. Había hombres tendidos en el suelo, hechos pedazos o atravesados por aquellos árboles. Lo habían hecho dos de las Hermanas de Jagang, justo antes de oscurecer, mientras las fuerzas de D'Hara se reunían en el valle, pensando que la batalla había terminado. Zedd y Warren abatieron a aquellas dos Hermana, mediante fuego de mago.

A juzgar por el sordo dolor de su cabeza, Zedd supo que no había dormido más de un par de horas, como máximo. Tenía que ser plena noche. La gente que pasaba por su lado le había dejado dormir..., o tal vez pensaron que era uno de los muertos.

El primer día había ido tan bien como podía esperarse. La batalla se había alargado durante toda la primera noche con escaramuzas, y luego había estallado en toda su fuera al amanecer del segundo día. Al caer la noche de la segunda jornada, los combates habían finalizado. Mirando a su alrededor. Zedd pensó que así parecía... al menos por el momento.

Habían alcanzado el valle y conseguido atraer a la Orden tras ellos, lejos de las otras entradas a la Tierra Central, pero con un coste en vidas terrible. No tenían dónde escoger si querían enfrentarse al enemigo con cierta posibilidad de éxito. Por el momento, al menos, la Orden estaba paralizada. Zedd no sabía por cuanto tiempo.

Por desgracia, la Orden era la que había salido mejor parada de la batalla, con diferencia.

Zedd escrutó los alrededores. No era tanto un campamento como un lugar donde todos se habían desplomado agotados. Aquí y allí, flechas y lanzas sobresalían del suelo. Habían caído como lluvia mientras Zedd trabajaba a lo largo de la noche, intentando curar soldados heridos. Durante el día. en los com-

bates, había dado rienda suelta a todo lo que tenía. Lo que se había iniciado como un uso diestro, calculado y centrado de sus habilidades había degenerado al final en el equivalente mágico de una reyerta.

Zedd se puso en pie, tambaleante, preocupado por el lejano retumbo de caballos. Unas trompas más próximas al campamento repitieron la advertencia de no disparar flechas y lanzas. Eran fuerzas amigas. Por el ruido, parecían demasiados caballos para ser una patrulla. En el fondo de su mente, Zedd intentó recordar si había percibido la punzada mágica que indicaba que las trompas eran amigas. Debido a la fatiga, había olvidado prestar atención. Y así la gente acababa muerta, lo sabía..., por la falta de atención a tales detalles.

Los hombres corrían de un lado a otro, transportando provisiones, agua y telas para hacer vendajes, o llevando mensajes e informes. Aquí y allí Zedd vio a alguna Hermana ocupada en tareas de curación. Otros hombres se clonaban por reparar carros y equipos por si debían partir a todo correr. Algunos hombres permanecían sentados, mirando a la nada. Unos pocos deambulaban como aturdidos.

Era difícil ver en la débil luz, pero Zedd podía distinguir que el suelo estaba cubierto de cadáveres, heridos o simplemente gentes agotadas A los fuegos, tanto fueran las llamas anaranjadas y amarillas de los carromatos incendiados como las llamaradas verdes de los vestigios de magia, se les dejaba arder hasta que se apagaban por sí mismos. Caballos, al igual que hombres, yacían por todas partes, inmóviles, sin vida, desgarrados por heridas espantosas. Los campos de batalla cambiaban, pero la batalla en sí no. Aquel momento era de impotente conmoción. Recordó de su juventud el hedor a sangre y muerte mezclado con humo grasiento. Seguía siendo igual. Recordaba haber pensado en batallas pasadas que el mundo se había vuelto loco. Seguía pareciéndolo.

El retumbo de caballos se acercaba Oyó un gran alboroto, pero no pudo identificar nada. A lo lejos, a su derecha, divisó a una mujer encorvada que avanzaba hacia él arrastrando los pies. Reconoció la familiar cojera de Adie. Una mujer intentaba alcanzar a Adie, probablemente era Verna. Un poco más allá. Zedd vio al capitán Meiffert recibiendo un sermón del general Leiden. Ambos hombres se giraron para mirar en dirección al retumbo de los cascos.

Zedd bizqueó y vio a lo lejos a soldados que se desperdigaban ante una masa de jinetes que se acercaban. Los hombres agitaban los brazos como si saludaran. Unos pocos profirieron débiles virotes. Muchos señalaron en dirección a Zedd, encauzando a los jinetes hacia él. Como Primer Mago se había convertido en el punto focal para todo el mundo. Los d'haranianos, en ausencia de Richard, confiaban en Zedd para que su magia luchara contra la magia. Las Hermanas confiaban en su experiencia en el repugnante arte de la magia de guerra.

En el resplandor oscilante de los fuegos que ardían aún sin control. Zedd observó a la columna de jinetes avanzando implacable, con puntos luminosos destellando en corazas y armas, en cotas de malla y botas enlustradas. La atronadora columna no se detenía por nada, esperando que fueran los demás los que se apartaran de su camino. A su cabeza, largas banderolas ondeaban en lo alto de lanzas perfectamente verticales. Estandartes y banderines aleteaban en el frío aire nocturno. El suelo retumbaba con el avance de los caballos sobre el suelo empapado en sangre. Avanzaban sin pausa, como una compañía fantasma surgida de la tumba.

Humo naranja y verde, iluminado por las luces fantasmagóricas de los fuegos, ascendía en espiral a cada lado mientras la columna de jinetes avanzaba por la parte central al campamento con un galope.

Entonces, Zedd vio quién iba en cabeza.

—Queridos espíritus... —musitó.

Sentada muy erguida en lo alto de un caballo enorme, a la cabeza de la columna, iba una mujer ataviada con una coraza de cuero con un manto de piel ondulando tras ella como un banderín enfurecido.

Era Kahlan.

Incluso a aquella distancia. Zedd distinguió, sobresaliendo por detrás de su hombro izquierdo, el reflejo de la luz en la empuñadura de plata y oro de la *Espada de la Verdad*.

La carne se le heló.

Notó una mano sobre el brazo y al girar se encontró con Adie, sus ojos totalmente blancos, paralizados por la visión que contemplaba únicamente a través de su don. Verna seguía abriéndose paso entre los heridos. El capitán Meiffert y el general Leiden se apresuraron a seguir los pasos de Verna.

La columna se extendía por detrás de Kahlan hasta donde alcanzaba la vista de Zedd Avanzaban veloces, reuniendo hombres que los aclamaban a su paso. Zedd agitó los brazos, de modo que Kahlan advirtiera su presencia, pero pareció como si ella hubiese tenido puestos los ojos en él todo el tiempo.

Los caballos se detuvieron ante él, resoplando y pateando. Volutas de vaho surgieron de sus ollares. Las poderosas musculaturas de los caballos se flexionaron bajo sus pieles lustrosas mientras pateaban el suelo. Los impacientes animales estaban listos para entrar en acción, las colas moviéndose de un lado a otro, azotando sus flancos igual que látigos.

Kahlan escudriñó la escena con una mirada meticulosa. De todas direcciones corrían hombres hacia allí, y los que se reunían a su alrededor parecían atónitos. Los jinetes eran galeanos.

Kahlan había ocupado provisionalmente el lugar de su hermanastra, Cyrilla, como reina de Galea, hasta que Cyrilla se recuperara..., si eso sucedía alguna vez. El hermanastro de Kahlan, Harold, era el comandante en jefe del ejército gaicano, y no quería la corona, ya que se consideraba más apto para servir a su país llevando una vida de soldado. Kahlan llevaba sangre galeana en las Vernas, aunque, para una Confesora, las cuestiones de sangre eran irrelevantes. No lo eran tanto para los galeanos.

Kahlan levantó la pierna derecha por encima del cuello del caballo y saltó al suelo. Sus botas resonaron como un martillazo. Cara, con el traje de cuero rojo y cubierta de igual modo por un manto de piel, saltó asimismo de su caballo. Hombres agotados por b batalla permanecieron a su alrededor en extasiado silencio. Era la esposa de lord Rahl.

Durante apenas un instante, mientras clavaba la mirada en sus ojos verdes, Zedd pensó que la mujer se echaría a sus brazos y prorrumpiría en lágrimas de impotencia. Se equivocaba.

—Informa —dijo Kahlan, quitándose los guantes.

Llevaba una armadura ligera de cuero negro para pasar desapercibida en la oscuridad, una espada real galeana sobre la cadera izquierda y un cuchillo largo en la derecha. Su espesa melena descendía llamativa por encima de su manto de piel de lobo. En la Tierra Central, la longitud de la cabellera de una mujer denotaba su rango y su posición social. Ninguna mujer de la Tierra Central llevaba el cabello tan largo como Kahlan. Pero era la empuñadura de la espada que sobresalía por detrás del hombro lo que retuvo la mirada de Zedd.

—Kahlan —murmuró cuando ella se acercó mis—. ¿Dónde está Richard?

Cualquier dolor que hubiese visto durante ese instante desapareció. La Confesora dirigió una breve mirada iracunda en dirección a Verna, mientras la joven Prelada seguía avanzando presurosa hacía ellos entre los heridos, luego devolvió la mirada de Zedd con unos ojos que eran como fuego verde.

—Los tiene el enemigo. Informa.

—¿El enemigo? ¿Qué enemigo?

Una vez mis la mirada iracunda de Kahlan se deslizó hacía Verna, y su fuerza provocó que la Prelada irguiera la espalda y se acercara mis despacio.

Kahlan devolvió su atención a Zedd. Sus ojos se suavizaron con un vestigio de lástima ante la angustia que veía en su rostro.

—Una Hermana de las Tinieblas se lo llevó. Zedd. —La tregua de calidez en su voz y ojos desapareció a medida que su semblante recuperaba el rostro frío de una Confesora—. Me gustaría tener un informe, por favor.

—¿Se lo llevó? Pero ¿está... está bien? ¿Te refieres a que se lo llevó prisionero? ¿Quieren un rescate? ¿Sigue aún bien?

Ella se tocó junto a la boca y Zedd vio que tenía un corte inflamado.

—Está bien por lo que yo sé.

—Bien, ¿qué sucede? —Zedd alzó los flacos brazos al cielo—. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué pretende esa hermana?

Verna consiguió por fin llegar al lado del mago. El capitán Meiffert y el general Leiden se acercaron corriendo a la derecha de Zedd.

—¿Qué Hermana? —Inquirió Verna, recuperando aún el aliento—. Has dicho que una Hermana se lo llevó. ¿Qué Hermana?

—Nicci.

—Nicci... —jadeó el capitán Meiffert—. ¿La Señora de la Muerte?

Kahlan trabó la mirada con él.

—Esa misma. Ahora, ¿alguien me va a dar un informe?

No cabía la menor duda sobre el tono de mando, o rabia, que emanaba de su voz. El capitán Meiffert alzó un brazo en dirección sur.

—Madre Confesora, las fuerzas de la Orden Imperial, todas ellas, finalmente abandonaron Anderith —se frotó la frente mientras intentaba pensar—. Fue ayer por la mañana, supongo.

—Queríamos atraerlos aquí arriba, a la zona de los valles —intervino Zedd—. Nuestra idea era sacarlos a todos de la pradera, donde no podíamos contenerlos, y hacer que vinieran aquí, donde teníamos una mejor posibilidad.

—Sabíamos —prosiguió el capitán Meiffert— que sería un error fatal dejar que penetraran en la Tierra Central sin oposición. Teníamos que obligarles a entrar en acción para impedir que descargaran su poder contra la población. Había que enfrentarse a ellos y dejarlos atascados. El único modo de hacerlo era hostigarlos para que nos siguieran, abandonando el campo abierto, donde tenían la ventaja, para penetrar en un terreno que ayudara a igualar las posibilidades.

Kahlan asintió mientras escudriñaba la deprimente escena.

—¿Cuantos hombres perdimos?

—Yo diría que tal vez quince mil —respondió el capitán Meiffert—. Pero eso es sólo una conjetura. Podrían ser más.

—Os rodearon, ¿no?

—Así es. Madre Confesora.

—¿Qué salió mal?

Las tropas galeanas situadas detrás de ella formaron un tétrico muro de cuero, cotas de malla y acero. Oficiales de ojos penetrantes observaban y escuchaban.

—¿Qué no salió mal? —gruñó Zedd.

—Da la impresión de que —explicó el capitán— sabían lo que planeamos. Aunque, imagino que no sería tan difícil de deducir, puesto que cualquiera sabría que era nuestra única posibilidad dado su número. Confiaban en que podrían derrotarnos, pasara lo que pasase, de modo que siguieron nuestro plan.

—Por segunda vez, ¿qué salió mal?

—¡Qué salió mal! —Interrumpió el general Leiden con indignación—. ¡Nos superaban más allá de toda posibilidad! ¡Eso es lo que salió mal!

Kahlan posó *su* fría mirada en el hombre, que pareció contenerse e hincó una rodilla en tierra.

—Mi reina...—añadió usando el tratamiento formal antes de quedar en silencio.

La mirada de Kahlan perdió un poco de su amenaza mientras regresaba al capitán Meiffert.

Zedd advirtió que el capitán apretaba los puños mientras proseguía con su informe:

—Madre Confesora, por lo que podemos deducir, consiguieron llevar a una división al otro lado del río. Estamos seguros de que no usaron el terreno abierto situado al este..., habíamos hecho preparativos por sí intentaban eso.

—Así que —dijo Kahlan— ellos pensaron que lo consideraríais imposible y por lo tanto enviaron a una división a través del río..., probablemente mucho más que eso, dispuestos a soportar las bajas que sufrirían al cruzar..., fueron hacia el norte por las montañas, sin que sospechara, sin ser vistos ni detectados, y volvieron a cruzar a este lado del río. Cuando llegasteis aquí, os estaban esperando, defendiendo el terreno que habíais planeado defender vosotros. Con la Orden pegada a los talones, no teníais ningún otro lugar al que ir. La Orden quería aplastaros entre la división que defendía este terreno y su ejército, situado a vuestra retaguardia.

—Eso es, en esencia, lo que sucedió —confirmó el capitán Meiffert.

—¿Qué le sucedió a la división que aguardaba aquí? —preguntó ella.

—La aniquilamos —respondió el capitán con fría rabia—. En cuanto nos dimos cuenta de lo que había sucedido, supimos que era nuestra única baza.

Kahlan inclinó la cabeza. Sabía perfectamente el tremendo esfuerzo que había supuesto lo que contaba.

—¡Nos destrozaron por detrás mientras lo hacíamos! —El general Leiden empezó a exacerbarse—. No tuvimos ninguna posibilidad.

—Al parecer sí la tuvisteis —respondió ella—. Ganasteis el valle.

—¿Y qué? No podemos luchar contra un ejército de su tamaño. Fue una locura lanzar hombres a esa picadora de carne. ¿Para qué? Ganamos el valle, pero a un coste terrible. ¡No podremos contener a unas fuerzas tan enormes! Hicieron lo que quisieron con nosotros desde el principio. No los detuvimos, simplemente se cansaron de hacernos pedazos por esta noche.

Los hombres desviaron las miradas. Algunos las clavaron en el suelo. Sólo se oyó el crepitar de fuegos y el gemir de los heridos.

Kahlan volvió a mirar a su alrededor.

—¿Que hacéis aquí parados, ahora?

La frente de Zedd se elevó, junto con su cólera.

—Llevamos con esto dos días enteros, Kahlan.

—Perfecto. Pero yo no voy a permitir que el enemigo se acueste con la victoria. ¿Queda eso claro?

El capitán Meiffert se golpeó el corazón con el puño.

—Claro, Madre Confesora.

El oficial miró hacia atrás. Los puños de los hombres se dirigieron también hacia sus corazones.

—Madre Confesora —dijo el general Leiden, abandonando el título de <<reina»—, los hombres llevan en Pie dos días.

—Lo comprendo —respondió Kahlan—. Nosotros hemos cabalgado sin descanso durante tres días. Nada de ello o cambia lo que debe hacerse.

A la luz del reflejo de las llamas, las arrugas del rostro del general Leiden parecieron profundos cortes inflamados. Apretó los labios e hizo una reverencia ante su reina, pero cuando se alzó, volvió a hablar.

—Mi reina. Madre Confesora, no podéis esperar en serio que llevemos a cabo un ataque nocturno. No hay luna, y las nubes ocultan las estrellasen su mayor parte. En la oscuridad un ataque así sería un desastre. ¡Una locura!

Kahlan apartó la fría mirada iracunda del general kelta y paseó la vista por entre los congregados a su alrededor.

—¿Dónde esa el general Reibisch?

—Me temo que ése es el —dijo Zedd, tragando saliva.

Miro al lugar que indicaba el mago, al cadáver sobre el que este se había quedado dormido mientras intentaba curarlo. La barba color óxido estaba salpicada de sangre seca. Sus ojos de color verde grisáceo miraban fijamente sin ver, sin mostrar ya dolor. Había sido una tarea imposible, Zedd lo sabía, pero no pudo evitar intentar curarlo, dándole todo lo que le quedaba. No había sido suficiente.

—¿Quién es el siguiente al mando? —preguntó Kahlan.

—Ése sería yo, mi reina —respondió el general Leiden a la vez que daba un paso al frente—. Como oficial al mando, no puedo permitir que mis hombres...

Kahlan alzó una mano.

—Eso será todo, Teniente Leiden.

—General Leiden, mi reina.

Ella clavó en él su mirada implacable.

—Cuestionarme una vez es una equivocación, teniente. Hacerlo dos veces, traición. Y a los traidores se les ejecuta.

El agiel de Cara giró hacia arriba.

—Hágase a un lado, teniente.

Incluso bajo la inquietante luz naranja y verde de los fuegos. Zedd vio cómo el hombre palidecía, daba un paso atrás y, sabiamente, aunque un poco tarde, enmudecía.

—¿Quién es el siguiente al mando? —volvió a preguntar la Madre Confesora.

—Kahlan —dijo Zedd—, me temo que la Orden usó a sus miembros con el don para seleccionar a los oficiales No obstante nuestros esfuerzos, creo que perdimos a todos nuestros oficiales superiores. En todo caso, al enemigo le salió muy caro.

—Entonces ¿quién es el siguiente en el mando?

El capitán Meiffert miró a su alrededor y finalmente alzó la mano.

—No estoy seguro. Madre Confesora, pero creo que debo de ser yo.

—Muy bien, general Meiffert.

El hombre inclinó la cabeza.

—Madre Confesora —dijo en voz baja—, eso no es necesario.

—Nadie ha dicho que lo fuera, general.

El nuevo general se golpeó el corazón con el puño. Zedd vio que Cara sonreía con tétrica aprobación. Entre los miles de rostros que observaban, ese fue el único que compuso una sonrisa. No era que los hombres lo desaprobaran, más bien se sentían aliviados por tener a alguien tan firme al mando. Los d'haranianos respetaban la autoridad férrea. Sí no podían tener a lord Rahl, aceptarían a su esposa, y una esposa que además era de hierro. Tal vez no sonrieron, pero Zedd comprendió que se sentirían complacidos.

—Como he dicho, no permito que el enemigo se acueste con la victoria —Kahlan escudriñó las caras que la contemplaban—. Quiero una incursión de la caballería lista en una hora.

—¿Y a quiénes pensáis atacar, mi reina?

Todos supieron qué quería decir el antiguo general Leiden con esa pregunta. Preguntaba a quiénes enviaba a morir.

—Habrá dos alas. Una rodeará sin ser vista el campamento de la Orden para entrar desde el lado sur, donde ellos no lo habrán previsto; y otra ala se mantendrá a la espera, hasta que la primera esté en su puesto, y luego atacará desde el norte. Tengo intención de derramar un poco de su sangre antes de acostarme.

Miró a los ojos del nuevo teniente Leiden y respondió a su pregunta.

—Yo iré a la cabeza del ala sur.

Todo el mundo, excepto el nuevo general, empezó a expresar objeciones. Leiden fue el que protestó con voz más sonora.

—Mi reina, ¿por qué queréis a nuestros hombres para esa incursión de la caballería? —Señaló el muro de hombres, todos a caballo detrás de ella; todos galeanos..., adversarios tradicionales de los keltas, la tierra de Leiden—. Cuando tenemos a éstos.

—Estos hombres reforzaran este ejército, relevando a aquellos que necesiten descanso, ayudando a cavar zanjas de defensas y actuando allí donde se les necesite. Los hombres cuya sangre se derramó son los que necesitan acostarse con el dulce sabor de la venganza. No me atrevería a negar a los d'haranianos aquello a lo que tienen derecho.

Se alzaron vítores.

Zedd pensó que si la guerra era una locura, la locura había encontrado a su señora.

El general Meiffert se acercó un paso más a ella.

—Tendré a mis mejores hombres listos en una hora, Madre Confesora. Todos querrán ir. Tendré que rechazar a muchos voluntarios.

El rostro de Kahlan se suavizó cuando asintió.

—Escoges vuestros hombres para el ala del norte, general.

—Yo mandare el ala norte, Madre Confesora.

—Muy bien —repuso ella con una sonrisa.

Envió a las tropas galeanas a sus deberes y ordenó retirarse a todo el mundo, excepto al grupo más cercano, al que indicó que se aproximara más.

—¿Qué pasa con la advertencia de Richard de no atacar directamente a la Orden? —preguntó Verna.

—Recuerdo perfectamente lo que Richard dijo. No voy a atacar directamente a su fuerza principal.

Ella había estado allí con Richard..., ellos no. Zedd sacó entonces a relucir un tema delicado.

—La fuerza principal estará en el centro, bien protegida. En los extremos habrá *defensas,* desde luego, pero principalmente serán gentes que siguen al ejército en el sur, principalmente.

—Lo cierto es que no me importa —repuso ella con fría cólera—. Si están con la Orden, son el enemigo. No habrá misericordia. —Miraba a su nuevo general mientras daba las órdenes—. No me importa sí matamos a sus furcias o a sus generales. Quiero ver muertos a todos sus panaderos y cocineros tanto como a todos los oficiales y arqueros. Cada simpatizante que matemos lo privará de las comodidades de que disfrutan. Quiero despojarlos de todo, incluidas sus vidas. ¿Comprendido?

El general Meiffert asintió.

—Sin misericordia. Nadie os discutirá eso, Madre Confesora. Ése es el código de guerra de los d'haranianos.

Zedd sabía que, en una guerra, la forma de actuar de Kahlan era por lo general el único modo de triunfar. El enemigo no ofrecería misericordia... y no necesitaría ninguna de no haberlos invadido. Cada prostituta y vendedor ambulante había elegido ser parte de aquella invasión, para sacar lo que pudieran de la sangre y los botines derivados de los ataques de la Orden.

—Madre Confesora —Verna tomó la palabra—. Ann iba de camino a verte a ti y a Richard. La última vez que recibimos noticias suyas fue hace un mes. ¿La has visto?

—Sí.

Verna se lamió los labios cautelosamente ante la mirada acerada de Kahlan.

—¿Se encontraba bien?

—La última vez que la vi, sí.

—¿Sabes por qué no nos ha enviado noticias?

—Arrojé su libro de viaje al fuego.

Verna se adelantó, haciendo intención de agarrar a Kahlan del hombro. El agiel de Cara se alzó como el rayo, impidiéndole el paso.

—Nadie toca a la Madre Confesora. —Los impasibles ojos azules de Cara eran tan mortíferos como sus palabras—. ¿Queda claro? Nadie.

—Tienes aquí a una mord-sith y a una Madre Confesora, las dos de muy malhumor —*dijo* Kahlan con calma—. Te sugeriría que no nos des una excusa para perder la paciencia, o puede que no sigas con vida cuando volvamos a recuperarla.

Los dedos de Zedd encontraron el brazo de Verna y la instaron suavemente a retroceder.

—Todos estamos cansados —dijo el Primer Mago—. Ya tenemos suficientes problemas con la Orden. —Lanzó a Kahlan una mirada severa—. Aunque, sin importar lo cansados o consternados que estemos, hay que recordar que todos estamos en el mismo bando.

Los ojos de Kahlan le indicaron que ponía en entredicho tal declaración, pero la mujer no dijo nada.

—Reuniré a unas cuantas personas con el don para que os escolten durante la incursión —indicó Verna, cambiando de tema.

—Gracias, pero no llevaremos personas con el don.

—Pero los necesitarás para que os ayuden a encontrar el camino en la oscuridad.

—Tendremos las hogueras enemigas para mostramos el camino.

—Kahlan —intervino Zedd, esperando poner algo de razón—, la Orden tendrá gente con el don... incluidas Hermanas de las Tinieblas. Necesitareis protección contra ellas.

—No, no quiero a nadie con el don entre nosotros. Esperan que cualquier ataque vaya acompañado por tales personas. Si no llevamos escudos mágicos es más fácil que pasemos inadvertidos. Podremos adentrarnos más y hacer más daño si no llevamos con nosotros a gentes con el don.

Verna suspiró ante lo que consideraba una estupidez, pero no discutió.

Al general Meiffert le gustó el plan. Zedd sabía que tenía razón pero también que salir sería más difícil, una vez que el enemigo cayera sobre ellos.

—Zedd, si querría un poquitín de magia.

El mago se rascó la frente.

—¿Qué quieres que haga?

Kahlan indicó el suelo.

—Haz que ese polvo brille. Quieto que se vea en la oscuridad, y quiero que sea pegajoso.

—¿Durante cuánto tiempo?

Ella se encogió de hombros.

—El resto de la noche sería suficiente.

Una vez que Zedd hubo tejido una telaraña sobre el polvoriento trozo de terreno, dándole un brillo verde. Kahlan se inclinó y se restregó la mano en él. Fue luego hacia la grupa de su caballo y dio una palmada a cada flanco, dejando una reluciente huella verde de su mano sobre cada cuarto trasero.

—¿Qué haces? —preguntó Zedd.

—Está oscuro. Quiero que puedan verme. No pueden ir tras de mi si no pueden localizarme en la oscuridad.

Zedd suspiró ante aquella locura.

El general Meiffert se acuclilló y frotó su mano en el brillante polvo. A mí tampoco me gustaría que no me vieran en la oscuridad.

—Aseguraos de lavaros bien la mano antes de nuestra partida —dijo ella.

Tras haber explicado su plan al nuevo general, Kahlan, Cara y el general Meiffert partieron a llevar a cabo sus distintas tareas.

Antes de que pudieran llegar muy lejos, Zedd detuvo a Kahlan con una pregunta en voz baja.

—Kahlan, ¿tienes alguna idea de cómo podemos recuperar a Richard?

La mujer lo miró valientemente a los ojos.

—Sí, tengo un plan.

—¿Te importaría compartirlo conmigo?

—Es sencillo. Me propongo matar a todo hombre, mujer y niño de la Orden Imperial hasta acabar con el último que quede vivo, y si entonces ella no lo devuelve, la mataré también a ella.

6

Kahlan se concentró en los puntos brillantes que eran las hogueras mientras se inclinaba al frente, sobre la cruz del galopante caballo, instándolo a seguir, cada vez a mayor velocidad. Los músculos de sus muslos se tensaron mientras hacía recaer su peso sobre los estribos y presionaba las piernas contra el enorme cuerpo rítmicamente, de un modo incesante, flexionando y estirando, mientras sentía cada martilleo de los cascos del animal contra el suelo. En sus oídos resonaban los latidos de su corazón y el tronar de muchos más cascos detrás de ella. Era vagamente consciente del peso de la *Espada de la Verdad* guardada en su vaina, un omnipresente recordatorio de Richard.

Sujetó las riendas con una mano y con la otra alzó bien alta su espada real galeana. Las luces estaban cerca. Inesperadamente, la primera surgió de la nada y estalló ante su vista.

Pasando como una exhalación junto a lo que parecía la luz de una única vela, se encontró finalmente allí. Chillando con el repentino poder de emociones que ya no podían contenerse, descargó la espada hacía abajo, sobre la figura oscura de un hombre. El impacto de la hoja contra el hueso hizo vibrar su muñeca. La empuñadura se le clavó en la palma.

A su paso, los hombres que la seguían desencadenaron su furia contra los otros centinelas del puesto avanzado. Kahlan se sujetó con fuerza, sabedora de que aún no había llegado el momento de desencadenar del todo su necesidad de matan.

Las hogueras de los bordes exteriores del campamento volaron hacia ella. Tenía la musculatura rígida debido a la expectación. Se sentía al límite del control. Y entonces se encontró sobre ellos. Por fin estaba allí. Se enfrentó al enemigo con todas sus fuerzas. La espada descendía una y otra vez, azotando los cuerpos, acuchillando a cualquiera que se pusiera a su alcance. Las hogueras exteriores pasaron junto a los costados de su caballo a una velocidad vertiginosa, jadeaba.

Con un tirón de riendas hizo girar a su enorme caballo en un círculo cerrado, No era un animal tan ágil como a ella le habría gustado pero estaba bien adiestrado y serviría, la montura relinchó con la excitación de la batalla.

Había tiendas y carros desperdigados por todas partes, sin orden aparente. Kahlan oyó las alegres carcajadas de aquellos que aún no habían advenido que tenían al enemigo entre ellos. La Madre Confesora había traído a una pequeña fuerza de ataque, manteniéndolos a todos en estricta formación y muy juntos en el camino hasta allí para no provocar la alarma, que provocaría un ataque generalizado. Había fun-

cionado. Vio a otros alrededor de fogatas llevándose botellas a los labios o comiendo carne en brochetas. Vio hombres durmiendo con los pies sobresaliendo de tiendas y también a un hombre que paseaba con el brazo alrededor de la cintura de una mujer. En la débil luz vio a hombro sobre las piernas de mujeres.

La pareja cogida del brazo estaba cerca. El hombre estaba a la izquierda de la mujer cuando Kahlan llegó corriendo por detrás. Con un poderoso mandoble cercenó la cabeza de la mujer. El estupefacto hombre apretó contra si el cuerpo decapitado, que empezaba a caer. El jinete que iba justo detrás de Kahlan abatió al sorprendido soldado.

Kahlan clavó los talones y lanza su enorme caballo sobre una hilera de tiendas al azar. Notó cómo los enormes cascos aplastaban huesos. Sonaron alaridos alrededor de ella y su montura.

Un soldado con una pica se paró con las piernas separadas. Al pasar junto a él, Kahlan le arrebató la pica de la mano y la clavó en una tienda pequeña. La retorció, haciendo que la lona se enredara en sus púas, y luego hizo retroceder el caballo, arrancándoles la rienda de encima a un hombre y una mujer. Los hombres que la seguían acuchillaron a la pareja que había quedado al descubierto mientras Kahlan pasaba los restos de la tienda a través de una hoguera. En cuanto prendió, arrastró la lona en llamas hasta un carromato y luego arrojó los restos en llamas a otro carro lleno de provisiones,

Con un golpe del revés de su espada, Kahlan aplastó el rostro de un hombre fornido que corrió hacia ella para derribarla del caballo. Tuvo que dar un fuerte tirón para liberar la hoja del cráneo. Antes de que más hombres pudieran intentar agarrarla, volvió a clavar los talones y salió disparada hacia otra hoguera, donde los soldados justo empezaban a incorporarse. El caballo derribó a varios, y su espada acabó con otro, A aquellas alturas, los chillidos de las mujeres transmitían ya la alarma, y los hombres se precipitaban fuera de las tiendas y los carromatos empuñando las armas. Toda la escena era un caos desatado.

Kahlan hizo girar en redondo a su montura, acuchillando a todo el que se le ponía por delante. Muchos no eran soldados. Su espada también derribó a talabarteros, carreteros y furcias. Alzando las patas delanteras a una orden suya, el caballo pisoteó una fila de grandes tiendas en las que se atendía a los heridos. Junto a una lámpara, Kahlan distinguió a un cirujano con aguja e hilo que trabajaba en la pierna de un hombre e hizo dar la vuelta a su caballo para que pisoteara al cirujano y al hombre al que cosía. El cirujano alzó los brazos ante el rostro, pero eso no sirvió para protegerlo del peso del enorme caballo.

Kahlan hizo señas a sus hombres para que fueran allí. Los cirujanos del ejército eran valiosos. Los d'haranianos mataron a todos los que vieron. La Madre Confesora sabía que matar a cada uno era igual que matar a muchos soldados enemigos. Kahlan y sus hombres causaron estragos entre las tiendas de las prostitutas, volcaron carros que eran cocinas de campaña y abatieron a soldados y civiles por igual. Cuando sus hombres veían lámparas, saltaban de los caballos y se hacían con ellas para prender ruegos. Kahlan acuchilló a un cocinero enfurecido que se abalanzó sobre ella con un cuchillo de carnicero. Necesitó tres tajos para acabar con él.

A su izquierda, el caballo de Cara cortó el paso a un hombre que estaba a punto de arrojar una lanza. La mord-sith, con una total sangre fría, procedió a matarlo a él y a todo el que se puso a su alcance. Un giro de su agiel por lo general paralizaba sus corazones, y si no era así, Kahlan oía al menos el crujir de huesos al partirse. Sus gritos de muerte y dolor parecían lo bastante espantosos como para estremecer

las espinas dorsales de los muertos, y aumentaban también la confusión y pánico generales. A los oídos de Kahlan sonaba a música celestial.

El agiel sólo funcionaba a través del vínculo con el lord Rahl y, puesto que funcionaba, ella y Cara sabían que Richard estaba vivo. Eso por sí solo daba ánimos a Kahlan. Era casi como si él estuviera a su lado. La espada de Richard, sujeta a su espalda era como su mano tocándola, animándola a lanzarse a la batalla, diciéndole que matara.

La naturaleza indiscriminada de la matanza confundía a los soldados enemigos y aterrorizaba a las gentes que, por lo general, se creían inmunes a la violencia de la que en última instancia se alimentaban. En aquellos momentos, más que ser los buitres que limpian los huesos de los cadáveres, eran la desventurada presa. La vida en el campamento de la Orden Imperial jamás sería lo mismo; Kahlan se ocuparía de ello. Los soldados enemigos tampoco disfrutarían ya de las comodidades que proporcionaban aquellas personas, que ahora sabrían que eran tan objetivo como los oficiales. Conocerían el precio de su participación. El precio era una muerte despiadada, y había llegado el momento de pagar.

Abriéndose paso a cuchilladas entre la multitud que huía chillando despavorida, Kahlan mantenía un ojo, puesto en un gran grupo de caballos de la Orden Imperial. Algunos soldados arrojaban sillas de montar sobre ellos. Condujo a su caballo por encima de hombres y tiendas, acercándose, hasta estar segura de que aquellos soldados de caballería que ensillaban a sus caballos podían oírla.

Kahlan se irguió sobre los estribos, agitando la espada bien alta, y los hombres interrumpieron su tarea para mirarla.

—¡Soy la Madre Confesora! ¡Por el crimen de invadir la Tierra Central, os condeno a todos a muerte! ¡A cada uno de vosotros!

El centenar de hombres que la acompañaba lanzó una aclamación. Sus voces se unieron en un cántico.

—¡Muerte a la Orden! ¡Muerte a la Orden! ¡Muerte a la Orden!

Kahlan y sus soldados hicieron cargar a sus caballos lateralmente describiendo un círculo cada vez más amplio, pisoteando a todo el que podían, acuchillando a los que tenían a su alcance, incendiando cualquier cosa capaz de arder. Aquellos soldados d'haranianos eran los mejores, y hacían su trabajo con brillante efectividad. Cuando encontraban un carro cargado de queroseno, abrían los barriles a golpes y arrojaban troncos encendidos que recogían con lanzas de las hogueras. La noche se transformó en día en medio de un rugir de llamas. Todos podían ver con claridad a Kahlan, ahora, mientras atacaba pasando entre ellos, sin dejar de gritar sus dictámenes de muerte Kahlan vio que la caballería de la Orden montaba, extrayendo sus lanzas de armeros, desenvainando las espadas, e hizo que su caballo se alzara a la vez que levantaba la espada bien alta.

—¡Sois todos unos cobardes! ¡Jamás me atraparéis ni venceréis! ¡Todos moriréis como los cobardes que sois a manos de la Madre Confesora!

Cuando el caballo descendió, ella le golpeó las costillas con las botas, a animal salió disparado, con Cara a su vera, su centenar de hombres pisándole los talones y unos pocos miles de enfurecidos soldados de caballería de la Orden Imperial tras ellos.

Puesto que se hallaban en el extremo del campamento de la Orden, no tendrían mucho terreno que recorrer antes de volver a estar en campo abierto. Mientras corrían veloces, Kahlan aprovechó la oportunidad para matar a todo el que se le ponía por delante. Estaba demasiado oscuro para saber si eran hombres o mujeres, y tampoco importaba. Los quería a todos muertos. Cada vez que su espada acuchillaba un músculo o rompía un hueso, resultaba una liberación deliciosa.

Corriendo a toda velocidad, pasando al lado de las últimas fogatas, se sumieron de improviso en el oscuro vacío de la noche. Kahlan se inclinó al frente sobre el musculoso cuello de su caballo, mientras galopaban al oeste, esperado que no hubiese agujeros en el terreno. Si daban con uno, todo terminaría, no sólo para su montura, sino, muy probablemente, también para ella.

Conocía bien aquel territorio, las suaves colinas, los riscos situados al frente. Sabía dónde estaba y sabía adónde iba. Contaba con que el enemigo no lo sabría. En la desorientadora oscuridad, se obsesionarían con seguir las brillantes huellas de manos de la grupa de su caballo, pensando que uno de los que poseían el don había conseguido acercarse lo suficiente para marcar su caballo. Se sentirían jubilosos ante la expectativa de tenerla expuesta a sus espadas.

Kahlan usó la hoja plana de su espada para azotar los flancos de su caballo, instándolo a seguir, azuzándolo a un estado de desenfreno. Habían abandonado ya la excitación de la batalla y estaban en la solitaria amplitud de la campiña. Los caballos temían los mordiscos de depredadores en la oscuridad, y ella lo animaba a pensar que unos dientes intentaban morder sus cuartos traseros.

Sus hombres iban justo detrás de ella, pero, tal como les habían ordenado, cabalgaban a ambos lados, de modo que quedara una brecha que permitiera al enemigo ver las brillantes marcas de su caballo. Cuando Kahlan temió hallarse lo más cerca que podían atreverse a llegar, lo indicó con un silbido. Volviendo la cabeza, contempló como sus nombres, su protección, abandonaban la formación y se perdían en la noche. No volvería a verlos hasta que regresara al campamento d'haraniano.

Con la ventaja de tener los lejanos ruegos del campamento de la Orden a la espalda de sus perseguidores, Kahlan pudo distinguir la silueta de la caballería enemiga muy cerca de ella, aproximándose al galope tendido, con sus miradas ávidas fijas sin duda en las brillantes huellas de manos de los flancos de su caballo.

—¿Cuánto falta? —gritó Cara, situada muy cerca de ella.

—Debería...

Las palabras de Kahlan se interrumpieron cuando distinguió brevemente lo que estaba justo allí, ante ella.

—¡Ahora, Cara!

Kahlan alzó la pierna justo a tiempo cuando Cara la embistió con su caballo. Los dos enormes animales se empujaron peligrosamente. Kahlan echo el brazo alrededor de los hombros de Cara y el brazo de la mord-sith agarro su cintura y tiro de ella, levantándola de su caballo. Kahlan asestó a su caballo un último manotazo con la hoja plana de la espada. En animal resoplo aterrorizado a la vez que se lanzaba a galope tendido hacia la oscuridad.

Kahlan pasó la pierna por encima de la grupa de la montura de Cara, envino la espada, y luego se sujetó con fuerza a la cintura de la mujer mientras la mord-sith tiraba de la cabeza del animal hacia la izquierda, obligándolo a dar la vuelta justo a tiempo.

Por un instante, a través de un claro de las nubes. Kahlan avistó la apagada mancha de la luz de las estrellas reflejándose en las revueltas y gélidas aguas del río Drun.

Sintió una punzada de pena por su desconcertado y aterrado caballo mientras este volaba por encima del borde del precipicio. El animal daba su vida para llevarse muchas más con él, aunque probablemente jamás lo sabría.

Tampoco lo sabría la caballería de la Orden Imperial mientras seguían las brillantes huellas al interior de las tinieblas. Aquello era la Tierra Central de Kahlan. Ella sabía qué había allí. Ellos eran invasores y no lo sabían. Incluso sí vieran lo que se les venía encima en el último instante de sus vidas, a toda velocidad en medio de una oscuridad total, jamás tendrían la menor posibilidad de evitar su fatal destino.

Esperó, no obstante, que aquellos hombres si se dieran cuenta de lo que sucedía... justo antes de dar boqueadas en las negras aguas gélidas o antes de que sus pulmones estallaran por la necesidad de aire mientras el despiadado río los arrastraba a su fondo con su oscuro abrazo. Esperó que cada uno de aquellos hombres tuviera una muerte horripilante en las oscuras profundidades de aquellas corrientes traicioneras.

Kahlan desvío los pensamientos del ardor de la batalla. Las fuerzas del imperio d'haraniano podían dormir, ya, con una victoria sobre el enemigo y con el dulce sabor de la venganza. Sin embargo, descubrió que eso no servía de mucho para sofocar el fuego de su furiosa ira.

Tras un breve espacio de tiempo, el caballo de Cara aminoró la marcha a un medio galope, y luego se puso al paso. No oyeran ruido de cascos tras ellas, sólo el vasto silencio del invierno. Tras la aglomeración de gente, el ruido y la turbulencia del campamento de la Orden Imperial, el aislamiento de las vacías praderas parecía casi opresivo. Kahlan se sintió como si fuera una mota de nada en medio de ninguna parte.

Helada y exhausta, Kahlan se arrebujó en su manto de piel. Las piernas le temblaban por el esfuerzo y se sentía rendida. Desplomó la cabeza al frente para descansar sobre la espalda de Cara, y percibió el peso de la espada de Richard descansando sobre sus hombros.

—Bien —dijo Cara volviendo el rostro después de que cabalgaran durante un tiempo por la silenciosa extensión de terreno—, hacemos esto cada noche durante un año o dos. y seguro que nos libramos de casi todos ellos.

Por primera vez en lo que parecía una eternidad, Kahlan casi lanzó una carcajada. Casi.

7

Para cuando Kahlan y Cara entraron a caballo pasando entre las heridas, las agotadas y las dormidas tropas d'haranianas, faltaban sólo pocas horas para que amaneciera. Kahlan había pensado que tendrían que encontrar un lugar seguro en las praderas donde dormir y aguardar la luz del día para poder hallar el camino de vuelta, pero habían tenido suerte; una brecha en el manto de nubes había permitido que las estrellas les mostraran el camino. Sólo con la iluminación proporcionada por las estrellas, habían podido ver la negra corana de montañas en el horizonte. Con aquella guía, pudieron seguir avanzando muy al interior del vacío territorio para poder rodear sin peligro a la Orden imperial y luego dirigirse de vuelta al norte, hacia sus propias tropas.

Un grupo de bienvenida los aguardaba. Los hombres se abalanzaron hacia ellas formando hileras que las aclamaban a medida que penetraban en el campamento. Kahlan sintió una sensación de orgullo por haber dado a aquellos hombres lo que más necesitaban: una recompensa. Desde el lomo del caballo de Cara, Kahlan alzó una mano para saludar a los hombres ante los que pasaba. Sonrió sólo por ellos.

Cerca de la zona donde se guardaban los caballos, el general Meiffert, que había oído los vítores, aguardaba impaciente y trotó a su encuentro. Junto a la entrada del corral, uno de los soldados tomó las riendas del caballo cuando Kahlan y luego Cara saltaron al suelo. Kahlan hizo una mueca ante el dolor de sus músculos tras los recientes días de duras cabalgadas y el combate de la noche. Sentía un dolor punzante en el hombro derecho debido a los golpes que había asestado, y se dijo que el brazo con el que empuñaba la espada nunca le había dolido así durante las prácticas con Richard. En consideración a cualquiera que observara, se obligó a andar como si acabara de disfrutar de tres días de descanso.

El general Meiffert, al que no parecía haber afectado negativamente la batalla que había librado esa noche, se llevó el puño al corazón.

—Madre Confesora, no os podéis imaginar lo aliviado que me siento de veros.

—Y yo a vos, general.

El hombre se inclinó.

—Por favor, Madre Confesora, ¿no vais a hacer nada tan temerario otra vez, verdad?

—No fue temerario —dijo Cara—. Yo estaba con ella, protegiéndola.

El oficial miró a Cara con el entrecejo fruncido, pero no discutió con ella. Kahlan se preguntó cómo se podía librar una guerra sin hacer algo temerario. Toda guerra era temeraria.

—¿Cuántos hombres perdimos? —preguntó.

Una sonrisa de oreja a oreja apareció en el rostro del general Meiffert.

—Ninguno, Madre Confesora. ¿Podéis creerlo? Con la ayuda del Creador, todos ellos regresaron.

—No recuerdo haber visto al Creador empuñando una espada junto a nosotros —dijo Cara.

Kahlan se quedó atónita.

—Esa es la mejor noticia que me podían dar, general.

—Madre Confesora, no puedo deciros qué gran estímulo fue eso para los hombres. Pero, por favor, no volveréis a hacer nada parecido, ¿verdad?

—No estoy aquí para sonreír, saludar y aparecer emperifollada ante los hombres, general. Estoy aquí para ayudarlos a enviar a esos bastardos a los brazos eternos del Custodio.

El hombre suspiró resignado.

—Tenemos una tienda para vos. Estoy seguro de que estáis cansadas.

Kahlan asintió y dejó que el general las condujera a Cara y a ella por el ahora silencioso campamento. Los hombres que no dormían se pusieron en pie y saludaron en silencio llevándose el puño al corazón. Kahlan intentó sonreír para ellos. Veía en sus ojos lo mucho que valoraban lo que había hecho para cambiar el rumbo de la sombría batalla. Probablemente pensaban que lo había hecho por ellos. Eso sólo era cierro en parte.

Tras llegar a un grupo bien custodiado de media docena de tiendas, el general Meiffert indicó la situada en el centro.

—Ésta era la tienda del general Reibisch, Madre Confesora. Hice que pusieran vuestras cosas en el interior. Pensé que debíais tener la mejor tienda. Si no queréis dormir en su tienda, no obstante, haré que trasladen vuestras pertenencias a cualquier sitio que deseáis.

—Estaré perfectamente, general.

Kahlan evaluó el joven rostro del hombre, advirtiendo la sombra del pesar. Se recordó que tenía aproximadamente la misma edad que ella,

—Todos le echamos en falta.

La expresión del oficial mostró únicamente una parte del dolor que ella se dijo que debía sentir.

—No puedo reemplazar a un hombre así. Madre Confesora. No sólo era un gran general, también un gran hombre. Me enseñó muchísimo y me honró con su confianza. Fue el mejor oficial bajo el que he servido jamás. No quiero que os hagáis ninguna ilusión sobre mi capacidad para reemplazarlo. Sé que no puedo.

—Nadie os pidió que lo hicierais. Vuestro mejor esfuerzo es todo lo que esperamos y nos hará un buen servicio, estoy segura.

El hombre sonrió ante su generosidad.

—Lo tendréis, Madre Confesora. Os prometo que lo tendréis, —Se volvió hacia Cara y cambió de tema—. Hice que colocaran vuestras cosas en esta tienda de aquí, ama Cara.

Era la situada justo al lado de la de Kahlan.

Cara escudriñó la escena, tomando nota de los guardias que patrullaban. Cuando Kahlan le dijo que iba a acostarse, y que también ella debía dormir un poco. Cara estuvo de acuerdo y deseó buenas noches a ambos antes de desaparecer en el interior de su tienda.

—Me vino muy bien vuestra ayuda, esta noche, general. También vos deberíais dormir un poco.

El inclinó la cabeza, se dio la vuelta para marchar, pero luego se giró otra vez.

—Sabéis, siempre esperé llegar a ser general algún día. Desde que era un chiquillo he soñado con ello. Imaginaba... —Desvió la mirada de los ojos de Kahlan—. Supongo que imaginaba que me haría sentir orgulloso y feliz.

Introdujo los pulgares en los bolsillos y miró a lo lejos, al oscuro campamento, tal vez viendo todos aquellos sueños de su pasado, o tal vez viendo todos sus nuevos deberes.

—No me hizo sentir feliz en absoluto —dijo finalmente.

—Lo sé —respondió ella con sincera simpatía—. Éste no era el modo a el que un buen hombre querría adquirir un rango, pero en ocasiones aparecen desafíos, y debemos enfrentarnos a ellos. —Profirió un silencioso suspiro e intento imaginar cómo debía sentirse él—. Algún día, general, el orgullo y la satisfacción llegarán. Son producto de hacer bien el trabajo y saber que las acciones de uno cuentan.

—Sé que resultó muy agradable esta noche, Madre Confesora —dijo él, asintiendo—, cuando os vi sobre el lomo del caballo de Cara, regresando sana y salva al campamento. Espero con ansia el día en que vea a lord Rahl entrar a caballo en el campamento. —Empezó a alejarse—. Dormid bien. Amanecerá en un par de horas. Entonces averiguaremos qué nos trae el nuevo día. Tendré los informes preparados para vos.

Dentro de su tienda, Zedd estaba sentado solo, aguardando. Kahlan gimió interiormente.

Estaba exhausta y no quería en enfrentarse al interrogatorio del viejo mago. En ocasiones, en especial si uno estaba cansado, sus irritantes preguntas podían resultar fastidiosas. Sabía que él lo hacía con buena intención, pero no estaba de humor. Ni siquiera creía poder mostrarse cortes con él si daba rienda suelta a su costumbre de hacer mil preguntas. Era tan tarde, y ella estaba tan cansada, que simplemente deseaba que la dejara en paz.

Se quedó de pie en el interior, sin decir nada, observándolo mientras se ponía en pie. Su ondulada melena blanca estaba más alborotada que de costumbre. Sus gruesas vestiduras estaban sucias y salpicadas de sangre. Alrededor de las rodillas la túnica estaba ennegrecida con sangre reseca.

Él le dedicó una prolongada mirada, y luego la rodeó con sus brazos enjutos. Ella sólo quería dormir. Él le sujetó en silencio la cabeza contra su hombro. Pensó que ella podría estar a punto de echarse a llorar, pero no parecían quedarle lágrimas. Kahlan se sentía entumecida. Supuso que se debía a la furia constante, pero sencillamente ya no podía llorar. Sólo parecía capaz de sentir rabia.

Zedd la sostuvo finalmente ante sí con los brazos extendidos, oprimiendo sus hombros con sus manos sorprendentemente fuertes.

—Sólo quería aguardar hasta que estuvieras de vuelta, y a salvo, antes de acostarme. Quería que mis ojos te contemplaran. —Sonrió de un modo triste—. Me siento tan aliviado de que estés a salvo... Duerme bien, Kahlan.

El saco de dormir de la Confesora, atado todavía con sus correas de cueto, descansaba encima de un camastro. Unas alforjas estaban echadas sobre su mochila, que habían depositado en la esquina. Enfrente de la cama había una pequeña mesa y una silla plegables. Junto a ellas, un cesto con mapas enrollados, Otra pequeña mesa plegable sostenía un aguamanil y una palangana. Una toalla limpia estaba echada sobre la barra que tensaba las patas de la mesa.

La tienda era espaciosa, según los criterios del ejército, pero seguía resultando pequeño. La lona parecía lo bastante gruesa como para mantener a raya el viento y la lluvia. Unas lámparas, colgadas a cada extremo de la tienda de una barra, proyectaban un resplandor cálido. Kahlan intentó imaginar al corpulento general Reibisch paseando por aquel espacio tan reducido, tarándose de la barba rojiza, mientras se preocupaba por los problemas que causaba un ejército más grande que muchas ciudades.

Zedd parecía agotado. Unas arrugas dibujaban su angustia interior en su rostro huesudo. Kahlan se recordó que acababa de enterarse de que su nieto, su única familia que le quedaba en el mundo, estaba en las crueles manos del enemigo.

Además de eso, Zedd había estado combatiendo durante dos días y curando soldados por la noche. Lo había visto, a su llegada, incorporándose tambaleante junto al cadáver del que resultó ser el general Reibisch. Sabía que si Zedd no pudo salvarlo fue porque nada se podía hacer por él.

Kahlan se peinó los cabellos con los dedos y luego indicó la silla.

—¿Puedes sentarte un minuto, Zedd?

El miró la silla y luego el saco de dormir de ella.

—Un minuto, mientras te preparas la cama. Necesitas descansar.

Kahlan no podía discutírselo. Advirtió que su cabeza parecía a punto de estallar. Las pasiones de la batalla enmascaraban pequeñas cosas, como un fuerte dolor de cabeza. El colchón relleno de paja le parecía tan bueno como un lecho de plumas en aquel momento. Arrojó el manto de piel de lobo y la capa sobre la cama. La mantendrían caliente.

Sin hacer comentarios, Zedd observó mientras ella soltaba las correas de la Espada la Verdad y se la quitaba de la espalda. Él le había dado el arma a Richard. Kahlan había estado allí, y rogado a Zedd que no lo hiciera, pero él dijo que no tenía elección, que Richard era quien debía tenerla. Zedd había tenido razón, Richard era la persona indicada.

Sintió que se ruborizaba cuando, justo antes de depositar la espada, besó la parte superior de la empuñadura, donde la mano de Richard había descansado tan a menudo. Zedd si llegó a advertirlo, no dijo nada, y ella colocó las relucientes vaina y espada junto al colchón.

En el incómodo silencio, Kahlan se quitó la espada real galeana. Vio que había sangre en la vaina. Soltó las correas y se quitó la ligera coraza de cuero que llevaba y la colocó junto a la mochila. Al apoyar la espada real y la vaina contra las placas de la coraza de cuero, observó que también estaban salpicadas de sangre.

También advirtió que el protector de cuero de la pierna mostraba sanguinolentas huellas de manos aquí y allí, y que había largos surcos en el cuero hechos por uñas. Recordó que algunos hombres intentaron agarrarla, derribarla del caballo, pero no recordaba que sus manos la arañaran. Las imágenes que empezaron a regresar en tropel amenazaban con provocarle nauseas, así que dirigió los pensamientos a otras cosas.

—Cara y yo cruzamos por las montañas Rang'Shada, al norte de las Fuentes del Agaden, y descendimos por Galea —dijo para rompa el embarazoso silencio.

—Eso deduje —respondió el.

Kahlan señaló el campamento circundante con un gesto.

—Pensé que lo mejor sería que trajera algunas tropas conmigo.

—No nos vienen mal.

Kahlan alzó la mirada hacia los ojos color avellana del anciano.

—Traje todo lo que pude reunir en el momento. No quería esperar.

—Eso fue sensato —dijo Zedd, asintiendo.

—El príncipe Harold quería venir, pero le pedí que reuniera una fuerza más numerosa y la trajera. Si queremos defender la Tierra Central, necesitaremos más tropas. Lo consideró una buena idea.

—Lo parece.

—El príncipe Harold estará aquí en cuanto pueda reunir a su ejército.

Zedd volvió a asentir. Ella se aclaró la garganta y dijo:

—Ojala hubiésemos llegado aquí antes,

—Vinisteis tan deprisa cómo fue posible —repuso el, encogiéndose de hombros—. Y ya estáis aquí, ahora.

Kahlan se dio la vuelta en dirección al lecho. Se arrodilló e inició tarea de desatar las correas de cuero que mantenían firmemente enrollada la ropa de cama. Por algún motivo, los nudos parecían borrosos: Supuso que se debía a que estaba muy cansada.

Miró hacia atrás brevemente bajo la tenue luz de la lámpara y luego volvió a trabajar en el nudo.

—Supongo que querrás saber cómo se las arregló esa Hermana de las Tinieblas para capturar a Richard.

Él permaneció en silencio por un momento, pero finalmente su vos surgió, queda y dulce:

—Hay tiempo para eso, Kahlan, No es necesario esta noche.

Mientras intentaba deshacer el obstinado nudo, sus cabellos le cayeron al frente y tuvo que echarlos hacia atrás para poder ver lo que hacía. La estúpida correa de cuero estaba muy apretada. Kahlan quiso chillarle a la persona que la había anudado, pero lo había hecho ella misma y no tenía a nadie más a quien culpar,

—Usó un hechizo de maternidad conmigo. Nos vincula. Dijo que podía... que podía matarme si Richard no hacia lo que decía y se marchaba con ella.

Ante la información, Zedd se limitó a soltar un suspiro afligido.

—Richard no puede matarla, o yo también moriré.

Aguardó a que la voz de Zedd sonara a su espalda. Finalmente lo hizo:

—Sólo he leído sobre tales hechizos, pero por lo que sé, parece que os contó la verdad sobre él.

—Tengo un corte en el labio. No me lo hice yo. Sucedió el otro día..., a través de ese vínculo. Lo que le sucede a ella me sucede a mí. Espero que Richard la golpeara. Si fue así, valió la pena.

—No creo que Richard hiciera eso.

Ella sabía que no lo había hecho. Era sólo un deseo. Una de las pequeñas lámparas titilaba, haciendo que las sombras oscilaran. La otra siseaba. Kahlan se limpió la nariz en la manga.

—Richard renunció a su libertad para mantenerme con vida. Desearía morir, para liberarlo, pero me hizo prometerle que no lo haría.

Kahlan sintió una mano reconfortante en el hombro. Zedd no dijo nada. Fue el mayor favor que podía haberle hecho en aquel momento.... no abrumar aún más el corazón de la joven con una avalancha de preguntas. Disfrutando del efecto calmante de la mano del anciano, Kahlan consiguió por fin deshacer el nudo. Zedd volvió a sentarse en su silla mientras ella desplegaba la cama. La talla de Espíritu estaba en el interior, para que no se dañara. Su altura era la justa para encajar transversalmente en su lecho portátil. Kahlan la alzó y la sostuvo contra el corazón un instante. Se giró, y luego depositó a Espíritu sobre la mesita.

Zedd se puso en pie lentamente. El anciano era una colección de ángulos huesudos bajo su túnica granate. Con el brazo, señalaba boquiabierto a Espíritu, que se erguía orgullosa encima de la mesita. su cuerpo larguirucho parecía tan rígido como un árbol cenceño en invierno.

—¿En qué otra parte te detuviste de camino aquí? —Lanzó una mirada suspicaz en dirección a la Confesora—. ¿Has estado robando tesoros de palacios?

Ella cayó en la cuenta entonces de que su mirada no era tanto suspicaz como socarrona. Kahlan deslizó un dedo por las ondulantes vestiduras de Espíritu, dejando que su mirada siguiera la fuerza que emanaba de las líneas de la firme pose de la mujer. Había algo que resultaba muy digno en el modo en que tenía la cabeza echada hacia atrás, con los puños a los costados y la espalda arqueada, resistiendo al poder invisible que intentaba someterla.

—No —Tragó saliva —; Richard la talló para mí.

La frente de Zedd se frunció más. Contempló fijamente la talla durante un tiempo antes de alargar un dedo delgado como un palito para tocarla, como si fuera una antigüedad de valor incalculable.

—Queridos espíritus...

Kahlan fingió una sonrisa.

—Casi. Se llama Espíritu. Richard la talló para mí cuando yo me sentía como si nunca fuera a recuperarme. Me ayudó...

En el atroz silencio que sobrevino, Zedd apartó la mirada de la estatua y escudriñó el interior de los ojos de Kahlan. Torció el gesto de un modo de lo más extraño.

—Eres tú —dijo medio para sí—. Queridos espíritus..., el muchacho talló una estatua de tu espíritu. Lo reconozco. Está claro como la luz del día.

Zedd no un sólo era el abuelo de Richard..., también era el de ella, ahora. No era tan sólo simplemente el Primer Mago; era también el hombre que había ayudado a educar a Richard. A Zedd no le quedaba más familia que Richard.

Aparte de una hermanastra y un hermanastro con los que no tenía en común más que la sangre que corría por sus Vernas, a ella tampoco le quedaba nadie. Estaba tan sola en el mundo como lo estaba Zedd.

Ahora, a través de Richard. Zedd era su familia, pero incluso aunque no lo fuera, comprendió que no podría ser menos importante para ella.

—Lo recuperaremos, querida —murmuró él con tierna compasión, y su mano, que parecía un conjunto de finos palitos, sostuvo con reverencia su rostro—. Lo recuperaremos.

Todo parecía dar vueltas. Kahlan cayó en sus brazos protectores y se deshizo en lágrimas.

8

Warren apartó con cuidado la rama de pino cargada de nieve. Kahlan atisbó por la abertura.

—Ahí —dijo él en voz baja—. ¿Lo ves?

Kahlan asintió mientras entornaba los ojos para observar el estrecho valle situado muy abajo. La escena estaba totalmente helada: árboles blancos, rocas blancas, prados blancos... Las tropas enemigas

que avanzaban por el lejano valle parecían una línea oscura de hormigas marchando sobre azúcar en polvo.

—No creo que sea necesario que susurres, Warren —dijo Cara desde detrás del otro hombro de Kahlan—. No pueden oírte a esta distancia.

Los ojos azules de Warren se volvieron hacia la mord-sith, El traje de cuero rojo de Cara habría resaltado igual que un faro, de no estar envuelta esta con el manto de piel de lobo, que hacía que se confundiese con el fondo de matorrales espolvoreados de nieve. A Kahlan su propio manto le resultaba suave y cálido sobre las mejillas. En ocasiones, puesto que Richard lo había confeccionado para ella, el contacto con su piel evocaba la dulce caricia de su esposo, protegiéndola y manteniéndola caliente.

—Ah, pero los poseedores del don que van con ellos pueden oírnos, Cara, incluso desde esta distancia, como si vociferamos.

La nariz de Cara se arrugó.

—¿Qué significa eso?

—Hablar alto —susurró Kahlan en un modo que parecía sugerir que Cara debía mostrar un poco más de cautela y permanecer más silenciosa.

El rostro de la mord-sith se torció en señal de desagrado ante la idea de la presencia de la magia. Cambió el peso del cuerpo al otro pie, reanudó la vigilancia de la hilera de tropas que se deslizaban lentamente por el valle y se mantuvo callada.

Una vez que vio suficiente, Kahlan hizo una seña, y los tres iniciaron el regreso a través de la nieve, que les llegaba hasta los tobillos. En su puesto elevado en las montañas, rodeados por opresivas nubes grises, tenían la impresión de que miraban abajo desde otro mundo. Y no les gustaba el mundo que habían visto.

Ascendieron penosamente por la ladera repleta de coníferas y álamos desnudos, hasta la cima densamente arbolada de la cordillera, donde el espinazo de roca se abría paso entre la nieve como unos huesos medio enterrados. Los caballos les esperaban a una buena distancia, fuera de la rocosa ladera. Montaña abajo, donde Warren y Kahlan estaban seguros de que no la podría detectar ninguna persona con el don que pudiera estar protegiendo a las tropas de la Orden, esperaba una escolta de guardias d'haranianos que el general Meiffert había elegido personalmente para proteger a Kahlan y a las dos personas que la acompañaban.

—¿Lo ves, pues? —preguntó Warren en lo que era poco más que un susurro—. Siguen con ello..., haciendo que más y mis hombres suban por este camino, intentando rodearnos sin que nos demos cuenta.

Kahlan alzo la piel para protegerse el rostro cuando una brisa arrastró una cortina de nieve por su lado. Al menos no volvía a nevar, todavía.

—No lo creo, Warren.

El apuesto rostro inquisitivo del joven se volvió en su dirección.

—Entonces, ¿qué?

—Creo que quieren que parezca que envían tropas por detrás de nosotros para que enviemos hombres tras ellos.

—¿Una distracción?

—Eso creo. Tiene lugar justo lo bastante cerca de nosotros para que sea probable que lo descubramos, si bien a una distancia suficiente y por terreno lo bastante abrupto como para requerir que dividamos nuestras fuerzas si queremos hacer algo. Además, todos nuestros exploradores regresaron.

—¿No es eso bueno?

—Desde luego que lo es. Pero ¿y si tienen a personas con el don entre ellos, cómo crees? ¿Cómo es que ni uno solo de nuestros exploradores dejo de regresar para informar sobre ese movimiento de tropas?

Warren lo meditó un momento mientras los tres franqueaban con sumo cuidado una zona elevada. Resbalaron sobre sus traseros por el lado opuesto de la resbaladiza pendiente rocosa.

—Creo que van de pesca —dijo Cara mientras sus botas golpeaban ruidosamente el suelo firme—. Sus gentes con el don no intentan pescar a los peces de poca monta. Quieren atraer a peces más grandes.

—Como nosotros —indico Kahlan, sacudiéndose la nieve del trasero.

Warren se mostró escéptico.

—¿Piensas que eso es sólo una trampa para atrapar oficiales o a los que tienen el don?

—Bueno, no —respondió Kahlan—. Eso sólo sería una prima adicional para ellos. Creo que su principal intención es espolearnos para que dividamos nuestros efectivos.

Warren se rascó la cabeza. Sus ojos azules giraron en la dirección que las tres habían seguido para descender de la cresta, como si intentan volver a mirar lo que no podía ver.

—Pero si envían gran número de tropas al norte.... incluso aunque sea para alejar a algunos de nuestros efectivos... ¿no debería inquietarnos eso? —Desde luego que debería —repuso Kahlan—. Si fuera cierto...

Warren le dirigió una veloz mirada mientras avanzaban penosamente por nieve más gruesa bajo unos riscos. A la Confesora le pesaban las piernas por el esfuerzo. Warren extendió la mano para ayudarla a superar una elevación del terreno. Hizo lo mismo con Cara. Cara indicó con una seña que no lo necesitaba, pero tampoco le dirigió una mueca despectiva. A Kahlan siempre le complacía ver pruebas de que Cara estaba aprendiendo que los ofrecimientos de ayuda eran simplemente una cortesía y no necesariamente una acusación de debilidad.

—Entónese me siento confuso —dijo Warren a la vez que jadeaba. Kahlan se detuvo para permitir que todos recuperaran el resuello. Alzó un brazo atrás, en dirección a las tropas enemigas.

—Sí, de ser verdad que un gran número de tropas marchan rodeándonos y en dirección al norte, eso debería preocuparnos. Pero no creo que lo hagan.

Warren se apartó un mechón rubio de la frente.

—¿No crees que todos esos hombres se dirigen al norte? ¿Adónde, entonces?

—A ninguna parte —replicó Kahlan.

—¿Tantos hombres? Debes estar de broma.

Ella sonrió ante la expresión de tu rostro.

—Creo que es un truco. Creo que no es más que un pequeño número de hombres.

—¡ Pero los exploradores han estado informando de que grandes efectivos se dirigen al norte desde hace tres días!

—¡Chist! —advirtió Cara, desquitándose con una fingida regañina.

Warren se tapó la boca con ambas manos al darse cuenta de que había gritado.

Habían recuperado el aliento, así que Kahlan volvió a ponerse en marcha, conduciéndolos por una pequeña elevación hasta terreno más llano.

—¿Recuerdas lo que los exploradores dijeron ayer?, —preguntó a Warren—. Intentaron pasar a las montañas del otro lado para echar un vistazo a la disposición del terreno situado más allá y a las tropas enemigas que avanzaban hacia el norte, pero los pasos estaban demasiado custodiados.

—Lo recuerdo.

—Creo que se me acaba de ocurrir el motivo. —Hizo que su mano girara en redondo mientras proseguía—. Creo que lo que vemos es un grupo relativamente pequeño de los mismos hombres, que se limitan a dar vueltas en un amplio círculo. Sólo los vemos cuando ascienden por ese valle. Vemos tropas marchando por ahí continuamente durante días y damos por supuesto que están moviendo a una gran cantidad de hambres, pero creo que no son más que los mismos hombres que dan vueltas y más vueltas.

Warren se detuvo para contemplarla, atónito. Su rostro se tomó serio ante lo que implicaba eso.

—Así que, si consiguen engañarnos para que pensemos que están trasladando a un ejército por aquí arriba, nosotros dividiremos a nuestro ejército como respuesta y enviaremos a una parte en pos de esa fuerza fantasma,

—Ya nos superan en número —añadió Cara mientras asentía para si—, pero poseemos la ventaja de defender un terreno que se adapta a nuestros propósitos. No obstante, si pudieran reducir nuestro numera de un modo sustancial consiguiendo que enviásemos a un gran porcentaje lejos, todo su ejército podría aplastar a los efectivos que siguieran aquí.

—Tiene sentido. —Warren se acarició la barbilla pensativo, volviendo la mirada hacia la cresta—. ¿Y si estáis equivocadas?

También Kahlan se dio la vuelta para volver a mirar a la cresta.

—Bueno, si me equivoco, entonces...

La Confesara contempló con el entrecejo fruncido a un gordo arce situado a menos de tres metros. Le pareció que la corona se movía. La fina capa de nieve de la escamosa corteza gris llena de surcos empezó a desaparecer, fundiéndose en una zona que cada vez era más amplia. Igual que impurezas flotando en la superficie de un caldero hirviendo, la corteza se movía.

Kahlan lanzó una exclamación ahogada cuando Warren agarró a ella y a Cara por el cuello del vestido y las arrojó de espaldas contra el suelo.

Sin aliento debido al golpe. Kahlan intento sentarse en el suelo, pero Warren se lanzó al suelo entre ella, inmovilizándolas.

Antes de que Kahlan tuviera una posibilidad de recuperar el aliento o preguntar que sucedía, una luz cegadora centelleó en el silencioso bosque. Un retumbo ensordecedor desgarro el aire y sacudió el suelo. Madera astillada, desde fragmentos del tamaño de un palillo a secciones del tamaño de un poste de cerca, pasaron aullando a pocos centímetros por encima de la cara de Kahlan. Grandes trozos de madera retumbaron al rebotar contra rocas; otros giraron, efectuando carambolas con troncos de árboles. Esquirlas de madera que caían al suelo los acribillaron. El aire quedó blanco cuando la explosión proyectó una pared de nieve hacia las alturas.

De haber estado en pie alguno de ellos, habría quedado hecho pedazos.

En cuanto los ultimas trozos de madera humeante, chocaron contra el suelo, Warren rodó hacía ella.

—Gente con el don —murmuró.

Kahlan lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Qué?

—Gente con el don —volvió a murmurar él—. Concentraron su poder en hacer entrar en ebullición el interior del árbol y conseguir que explorara. Así perdimos a muchos hombres cuando volvimos a reunimos en aquel valle, durante la primera batalla, justo antes de que vinieras a nosotros. Nos sorprendieron.

Kahlan asintió. Atisbó hacia lo alto, pero no vio a nadie, luego echó una mirada para ver si Cara estaba bien.

—¿Dónde está Cara? —inquirió con un susurro apremiante.

Warren escudriñó el entorno, examinando el vacío paraje. Kahlan se incorporó un poco sobre un codo y sólo vio nieve removida donde había estado Cara.

—¡Querido Creador! —dijo el joven— ¿No se la habrán llevado, verdad?

Kahlan vio huellas donde no había habido ninguna antes, que se alejaban hacia un lado.

—Creo...

Un alarido que habría hecho palidecer a un hombre valiente resonó entre los árboles y se apagó en forma de angustioso eco.

—¿Cara? —inquirió Warren.

—No lo creo.

Kahlan se sentó en el suelo y vio que se había abierto un agujero en la tupida vegetación del bosque, permitiendo que una cruda luz penetrara en el sombrío santuario boscoso. E1 terreno de los alrededores estaba repleto de madera astillada, trozos de ramas, ramas enormes caídas al suelo y partes arrancadas a otros árboles. Estrías abiertas en la blanca capa de nieve en dirección al interior del oscuro suelo del bosque irradiaban de una depresión irregular, en el lugar que había ocupado el árbol. Por todo el suelo había fragmentos de madera y raíces, incluso los había en los árboles circundantes.

Warren posó una mano en el hombro de Kahlan, instándola a permanecer tumbada mientras él se acuclillaba. Ella se incorporó con cautela.

—Ahí —dijo Kahlan.

Por entre los árboles, vio a Cara. La mord-sith conducía ante ella a un hombre pequeño que daba evidentes muestras de dolor. Cada vez que este daba un traspié o caía, ella le pateaba en las costillas, haciéndole rodar en la nieve. El hombre chillaba, sus palabras eran unos gritos gimoteantes que Kahlan no podía comprender debido a la distancia. De todos modos, no era difícil imaginarlas.

Cara había capturado a uno de los que poseían el don. Para tareas como aquélla se habían creado las mord-sith. Para alguien que tuviera el don, intentar usar la magia contra una mord-sith era un error que le costaba el control sobre su propia habilidad.

Kahlan se sacudió las ropas. Warren, con la vestimenta violeta recubierta por una costra de nieve, se levantó junto a ella, petrificado por la visión. Aquél era uno de los magos responsables de la muerte de muchos d'haranianos en el valle, después de que la Orden empezara a avanzar hacia el norte. Aquél era el sanguinario animal que cumplía los mandatos de Jagang. No parecía un ser sanguinario en aquel momento, mientras lloraba y suplicaba ante la implacable captora que lo conducía ante ella.

Era un manojo de harapos, que se agitaron a su alrededor al rodar por la nieve tras una última y potente patada que lo depositó a los pies de Kahlan y Warren. Permaneció caído boca abajo, lloriqueando como un niño.

Cara se inclinó, lo agarré por la enmarañada mata de cabellos oscuros y la puso en píe con un violento tirón.

Era un niño.

—¿Lyle? —Warren le miró fijamente, incrédulo—. ¿Lyle? ¿Fuiste tú?

Las lágrimas manaban de sus ojos glaciales. Se limpió la nariz con el revés de una manga hecha jirones mientras dirigía una feroz mirada a Warren.

El joven Lyle parecía un chico de unos diez o doce años, pero puesto que Warren lo conocía, Kahlan comprendió que probablemente procedía también del Palacio de los Profetas. Lyle era un joven mago.

Warren alargó la mano para sostener la barbilla ensangrentada del muchacho, pero Kahlan le agarró la muñeca. El muchacho se abalanzó al frente para morder la mano de Warren. Cara fue más rápida. Tiró hacia atrás de él, agarrándolo por los cabellos a la vez que presionaba violentamente el agiel contra la espalda. Con un alarido de dolor, el muchacho cayó al suelo hecho un ovillo. La mord-sith pateó al herido en las costillas.

Warren extendió las manos, implorando.

—Cara, no...

Los gélidos ojos azules de la mujer se alzaron para desafiarlo.

—Intentó matarnos. Intento matar a la Madre Confesora.

Rechino los dientes, mientras miraba a Warren a los ojos, volvió a patear al lloriqueante muchacho.

Warren se pasó la lengua por los labios.

—Lo sé...pero...

—Pero ¿qué?

—Es tan joven. No es correcto.

—¿Sería mejor si simplemente dejáramos que nos matara? ¿Eso sería correcto para ti?

Kahlan sabía que Cara tenía razón. No obstante lo difícil que resultaba presenciarlo. Cara tenía razón. ¿Si ellos morían, a cuántos hombres, mujeres y niños seguiría masacrando la Orden Imperial? A pesar de ser un niño, era un instrumento de la Orden.

Con todo, Kahlan hizo una seña a Cara para indicar que era suficiente. La mord-sith volvió a agarrar la mata de cabellos enmarañados en su puño y tiró de él para ponerlo en pie. Con los muslos de Cara a su espalda, se puso en píe, tiritando, con la sangre manando por su rostro y respirando con boqueadas cortas e irregulares.

Mientras contemplaba con fijeza aquellos castaños ojos aterrorizados y llorosos, adoptó su rostro de Confesora, el rostro que su madre le había enseñado cuando no era más que una niñita, el rostro que ocultaba su conmoción interior.

—Sé que estás ahí, Jagang —dijo con una voz pausada y carente de emoción.

La boca ensangrentada del muchacho se curvó haca arriba en una sonrisa que no era la suya.

—Cometiste un error, Jagang. Pronto tendremos refuerzos para detenerlos.

El muchacho mostró una ensangrentada sonrisa ausente, pero no dijo nada.

—Lyle —dijo Warren, la voz crispada por la angustia—, puedes liberarte del Caminante dé los Sueños. Sólo debes jurar lealtad a Richard y serás libre. Créeme, Lyle. Inténtalo. Yo sé lo que es. Inténtalo, Lyle, y juro que te ayudaré.

Kahlan pensó que, con Warren allí, un hombre al que conocía, tal vez se arrojaría hacia la inesperada luz que se le ofrecía en su calabozo El muchacho, con aquella sonrisa que no era la suya, observó a Warren con un anhelo que poco a poco cuajó en forma de aversión. En un niño que había visto que la lucha por la libertad traía horror y muerte y que sabía que la obediencia servil conllevaba recompensas y la vida. No tenía edad suficiente para comprender qué más conllevaba.

Con un suave roce de los dedos, Kahlan instó a Warren a retroceder. Este obedeció de mala gana.

—Este no es el primero de los magos de Jagang que hemos capturado —dijo, como si tal cosa, a Warren; pero sus palabras, no obstante, no iban dirigidas a éste.

Kahlan alzó la mirada hacia los severos ojos azules de Cara y luego la desvió a un lado, esperando que la mord-sith comprendiera la orden.

—Marlin Pickard —dijo Kahlan, como sí recordara el nombre para Warren, pero sus palabras seguían estando dirigidas a Cara—. Era adulto, e incluso con este pomposo emperador de mentirijillas dirigiéndolo, Marlin no consiguió causamos demasiados problemas.

Marlin en realidad sí que les había causado muchísimos problemas. Había estado a punto de matar tanto a Cara como a Kahlan. Kahlan esperó que la mord-sith recordara lo endeble que en su control sobre alguien poseído por el Caminante de los Sueños.

La atmósfera en el callado bosque siguió silenciosa y tensa cuando el muchacho alzó una mirada iracunda hacía Kahlan.

—Descubrimos tu estratagema a tiempo, Jagang. Cometiste un error al pensar que tus tropas lograrían pasar inadvertidas a nuestros exploradores. Espero que estés con esos hombres, de modo que cuando los eliminemos te podamos cortar el cuello.

La ensangrentada mueca se ensanchó.

—Una mujer como tú se desperdicia en el bando de los débiles—dijo el muchacho con la voz amenazadora de un hombre—. Disfrutarías más sirviendo a la fuerza, y a la Orden.

—Me temo que a mi esposo le gusta que esté donde estoy.

—¿Y dónde está tu esposo, cariño? Esperaba poder saludarlo.

—Está por ahí —respondió Kahlan con la misma voz serena.

Vio que Warren, cuando hubo pronunciado las palabras, se movía de un modo que era demasiado parecido a la sorpresa.

—¿Lo está? —Los ojos del muchacho se apartaron de Warren, de vuelta a Kahlan—, ¿Por qué será que no te creo?

Deseo hundirte los dientes al muchacho de una patada mientras con templaba su cruel mueca. Kahlan pensó con rapidez, intentando averiguar qué podía saber Jagang. y qué internaba descubrir.

—No tardarás en verlo; cuando llevemos a esta pobre criatura al campamento. Estoy segura de que Richard Rahl querrá reírse en tu rostro de cobarde cuando le diga cómo descubrimos el plan del gran emperador para enviar tropas a hurtadillas al norte. Querrá decirte personalmente lo estúpido que eres.

El muchacho intentó dar un paso en dirección a ella, pero la mano de Cara que sujetaba sus cabellos lo retuvo. Era como un puma que ponía a prueba sus cadenas. La sonrisa ensangrentada permaneció, pero no era tan complaciente como antes. En los ojos castaños, a Kahlan le pareció ver vacilación.

—Ya, pero no te creo —dijo el, como si perdiera el interés—. Ambos sabemos que no está allí, ¿Verdad, querida?

Kahlan decidió arriesgarse.

—Lo verás por ti mismo, muy pronto.

Hizo que diera la impresión de que iba a dar media vuelta, pero se volvió de nuevo hacia él en su lugar y dejó que una sonrisa sarcástica mancillara sus labios.

—Ah... ¿sin duda te refieres a Nicci?

La sonrisa desapareció del rostro del muchacho. La frente se crispó, pero se las arregló para mantener todo enojo fuera de su voz.

—¿Nicci? No sé de qué me estás hablando, querida.

—¿Una Hermana de las Tinieblas? Buena figura... Rubia... Ojos azules... Vertido negro... Deberías recordar a una mujer de una belleza tan perturbadora. O, ¿además de tus otras deficiencias, también eres un eunuco?

Los ojos del muchacho observaban vigilantes, y en ellos Kahlan distinguió que sopesaba cada una de sus palabras. Pero eran las palabras de Nicci sobre Jagang lo que Kahlan recordaba.

—Sé quién es Nicci. Conozco cada íntimo centímetro suyo. Un día, te conoceré tan íntimamente como conozco a Nicci.

Una amenaza tan obscena era en cierto modo más escalofriante al provenir de labios de un chiquillo. A Kahlan le revolvió el estómago escuchar de un niño los repugnantes pensamientos de Jagang. El brazo del muchacho gesticuló.

—Nicci es una de mis beldades, y una dama absolutamente letal, además,

A Kahlan le pareció que detectaba en el gruñido áspero de Jagang un atisbo de la falsa bravata. Casi como una ocurrencia tardía, éste añadió:

—En realidad no la has visto.

Kahlan percibió en la aseveración la sombra de una pregunta que el otro no se atrevía a formular, y eso le indicó que había algo más. Deseó saber qué.

Volvió a encogerse de hombros.

—¿Es letal...? No podría decirte...

Él se lamió la sangre de los labios.

—Eso es lo que pensé.

—No sabría decirte porque no pareció tan letal. No consiguió hacernos daño a ninguno de los dos.

La sonrisa burlona regresó.

—Mientes, querida. Si realmente viste a Nicci, ella habría matado al menos a alguno de vosotros, incluso aunque no consiguiera mataros a todos. No se la podría vencer sin que primero le arrancara los ojos a alguien.

—¿De veras? ¿Tan seguros estamos?

El muchacho lanzó una risotada.

—Querida, conozco a Nicci. Estoy seguro.

Kahlan sonrió su desprecio a los ojos castaños del chiquillo.

—Sabes que te digo la verdad.

—¿De veras?, —replicó él, riendo entre dientes—. ¿Cómo es eso?

—Sabes que es la verdad porque es una de tus esclavas, de modo que deberías poder penetrar en su mente. Sin embargo, no puedes. Sé por qué no puedes. Incluso aunque no eres demasiado listo, supongo que no tendrás que pensar durante demasiado tiempo para imaginar por qué no.

Una cólera feroz encendió los ojos del muchacho.

—No te creo.

—Como gustes —repuso ella, encogiéndose de hombros.

—Si la viste, entonces ¿dónde está ahora?

Mientras le daba la espalda, Kahlan le contó la brutal y amarga verdad y dejó que él la interpretara como quisiera.

—La última vez que la vi, iba de camino al olvido.

Oyó el bramido a su espalda. Giró en redondo y vio que Cara intentaba detenerlo con el agiel. Kahlan oyó como se partía un hueso del brazo del chiquillo, pero eso ni siquiera le hizo ir más despacio. El niño, presa de una furia salvaje, con las manos crispadas y mostrando los dientes, se abalanzó sobre Kahlan.

Medio vuelta hacia él, Kahlan alzó la mano para contener todo el peso del muchacho, que se lanzaba sobre ella en un salto hacia su garganta. El pequeño pecho entró en contacto con la mano. Sus pies no tocaban el suelo. Lo sintió no como si se arrojara contra ella, sino como si se tratara de una pelusa de diente de león, florando hacia ella en un soplo de aire.

Pero Kahlan tenía las de ganar.

No necesitó invocar su derecho de nacimiento, sino simplemente dejar de reprimirlo. Sus sentimientos no podían proporcionarle un refugio seguro. Solo la verdad le serviría ahora.

Aquel no era un niño, herido, solo, asustado.

Era el enemigo.

La violencia interior de la fría fuerza de su poder saliéndose de sus límites fue pasmosa. Brotó incontenible desde aquel oscuro núcleo de su interior, inundando obedientemente cada fibra de su ser. Pudo contar cada pequeña costilla bajo sus dedos. No había en ella odio, cólera, horror... ni pena. En aquella infinitesimal chispa de tiempo, su mente estaba en un vacío en el que no existía emoción, sólo la devoradora embestida del tiempo en suspenso. El muchacho no tenía ninguna posibilidad, le pertenecía a ella. Kahlan no vaciló. Liberó su poder.

Desde el estado etéreo de su esencia más íntima, aquel poderse transformó en uno y en todo.

Un trueno mudo sacudió el aire: delicado, violento, y durante aquel momento inmaculado, soberano.

El rostro del niño estaba contorsionado por el odio del hombre que lo había controlado. En aquel raro momento, si ella era la ausencia de emoción, él era la personificación de ésta. Kahlan volvió a mirar con fijeza el rostro de aquel niño perdido, sabiendo que él sólo veía sus ojos implacables.

Su mente, quién era, quién había sido el chiquillo, ya había desaparecido.

Los árboles a su alrededor temblaron con la fuerza de la sacudida y cayó nieve de las ramas. El terrible impacto alzó un anillo de nieve alrededor de los dos.

Kahlan sabía que Jagang podía deslizarse dentro y fuera de la mente de una persona. No tuvo otra elección que hacer lo que había hecho. No podía vacilar. Con Jagang en la mente de una persona, ni siquiera Cara podía controlarla.

Jagang había quemado sus puentes tras él mientras abandonaba la joven mente.

El chiquillo cayó muerto a los pies de Kahlan.

9

Kahlan se tambaleó junto al cuerpo desplomado del muchacho, sus emociones regresaron como un torrente. Como sucedía siempre, usar su poder de Confesora la dejaba agorada. Tras lo sucedido, el bosque permanecía en silencio. La nieve que rodeaba el pequeño cuerpo exhibía su roja huella.

Sólo entonces se dignó Kahlan hacer una pausa para considerar si habría matado también a Cara.

Una mord-sith no viviría mucho tiempo tras el contacto con una Confesora. No había habido elección. Había hecho todo lo posible por advertir a Cara, para indicarle que se apartara, pero al final Kahlan no podía permitir que su decisión se viera influida por cualquier otra consideración que no fuera lo que debía hacerse. La vacilación habría significado el desastre.

Ahora que había terminado, no obstante, el temor hizo irrupción.

Kahlan miró en derredor y, a la derecha, vio a Cara, rendida en la nieve. Si había estado tocando al muchacho cuando Kahlan liberó su poder...

Cara gimió. Kahlan avanzó a trompicones hacia ella y se dejó caer sobre una rodilla. Agarró el manco de piel a la altura del hombro de la mord-sith y con un violento tirón dio la vuelta a la mujer.

—Cara, ¿estás bien?

La mujer frunció el ceño mirando a lo alto con una expresión de indignación abriéndose paso entre el dolor.

—Pues desde luego que estoy bien. ¿No pensaríais que sería lo bastante estúpida como para no soltarlo, verdad?

Kahlan sonrió en agradecido alivio.

—No, por supuesto que no. Sólo pensé que podrías haberle partido el cuello al saltar.

—Casi lo hice —dijo ella, escupiendo nieve y tierra.

Warren ayudó a ambas a ponerse en pie. Con una mueca de dolor, se frotó los hombros y luego los codos. Por lo que a menudo habían contado a Kahlan, estar demasiado cerca de una Confesora que libera su poder era una experiencia dolorosa, que provocaba una descarga de dolor en todas las articulaciones. Por suerte, no producía un daño autentico y el sufrimiento desaparecía con rapidez.

Cuando Warren echó una mirada al chiquillo muerto, Kahlan comprendió que existía otro dolor que no se iría tan deprisa.

—¡Querido Creador! —musitó Warren para sí y volvió a mirar a Kahlan y Cara—. No era más que un muchacho. ¿Era realmente necesario...?

—Sí —dijo Kahlan en tono enérgico—; estoy segura. Cara y yo nos hemos encontrado en esta situación antes... con Marlin.

—Pero Marlin era adulto. Lyle era tan pequeño..., tan joven. Qué daño...

—Warren, no empieces con eso de lo que podría haber sido. Jagang controlaba su mente, igual que controlaba la de Marlin. Sabemos lo que es. Era una amenaza mortal.

—Sí yo no podía contenerlo —dijo Cara—, nada podía.

Warren suspiró afligido y cayó de rodillas junto al muchacho. Murmuró una plegaria mientras sus dedos acariciaban la sien de la criatura.

—Supongo que, en justicia, la culpa la tiene sólo Jagang. —Warren se puso en pie y se sacudió la nieve de las rodillas—. En última instancia, fue Jagang quien provocó todo esto.

Kahlan distinguió las figuras lejanas de sus hombres, ascendiendo a toda prisa por la ladera. Inició el descenso hacia ellos.

—Si te gusta pensarlo así...

Cara se fue con ella. Warren se abrió paso penosamente entre la nieve para alcanzarlas. Agarró a Kahlan del brazo y la obligó a detenerse.

—Te refieres a Ann, ¿verdad?

Kahlan contuvo su cólera mientras estudiaba los ojos azules del otro.

—Warren, tú también fuiste una víctima de esa mujer. Te llevaron al Palacio de los Profetas cuando eras muy joven, ¿no es cierto?

—Supongo que sí pero...

—Pero nada. Vinieron y se te llevaron. Vinieron y se llevaren a ese pobre niño muerto allí — las uñas de Kahlan se clavaron en sus palmas—. Vinieron y se llevaron a Richard.

Warren presionó con suavidad el brazo de Kahlan.

—Sé lo que parece. La profecía a menudo...

—¡Ahí! —Kahlan, furiosa, señaló el cadáver que tenían detrás—. ¡Ahí está la profecía! Muerte y aflicción... ¡Todo en el sagrado nombre de la profecía!

Warren no quiso responder a su cólera.

Kahlan pudo controlar su voz, aunque no la emoción que había tras ella.

—¿Cuántos van a morir innecesariamente debido a una enfermiza devoción por las profecías? Si Ann no hubiese enviado a Verna aquí, en busca de Richard, nada de esto estaría sucediendo.

—¿Cómo lo sabes? Kahlan, puedo comprender cómo te sientes, pero ¿cómo puedes estar segura?

—La barrera resistió durante tres mil años. Sólo podía derribarla un mago nacido con los dos lados del don. No ha habido ninguno hasta Richard. Ann envió a Verna a buscarlo. De no haberlo hecho, la barrera seguiría ahí. Jagang y la Orden estarían en el otro lado. La Tierra Central estaría a salvo. Ese chiquillo estaría jugando a la pelota en alguna parte.

—Kahlan, no es tan simple. —Warren abrió las manos—. No quiero discutir esto contigo, pero quiero que comprendas que la profecía se cumple de muchas maneras. A menudo busca su propio cumplimiento. Podría ser que, de no haber enviado Ann a buscar a Richard, él se habría aventurado, por alguna otra razón, aquí abajo y derribado la barrera. ¿Quién puede saber el motivo? ¿No lo ves? Podría ser que estaba destinado a suceder, y Ann fue simplemente el medio. De no ser ella, habría sido otro.

Kahlan respiraba enfurecida entre los apretados dientes.

—¿Cuánta sangre más, cuantos cadáveres más, cuanta más aflicción se necesitará antes de que veas el daño que la profecía ha infligido al mundo?

—Yo soy un profeta. —Warren sonrió con tristeza—. Siempre he querido ser un profeta para ayudar a la gente. No confiaría en ella si realmente creyera que provoca perjuicios. —Sonrió con más animación ante un recuerdo—. No lo olvides, sin la profecía, jamás habrías conocido a Richard. ¿No eres más feliz después de que el entrara en tu vida? Yo lo soy.

La mirada de gélida furia de Kahlan le borró la cálida sonrisa del rostro.

—Antes habría preferido verme condenada a una vida solitaria sin amor, que saber que le ha ocurrido algún daño porque entró en mi vida. Preferiría no haberlo conocido nunca, a haber conocido su valía y saber que esa valía se está haciendo añicos contra las rocas de esa fe demencial en la profecía.

Warren introdujo las manos en las mangas de su túnica morada mientras su mirada se clavaba en el suelo.

—Comprendo el motivo de que te sientas así. Por favor, Kahlan, habla con Verna.

—¿Por qué? Ella fue quien llevó a cabo las órdenes de Ann.

—Sólo habla con ella. Yo casi perdí a Verna porque ella se sentía igual que tú ahora.

—¿Verna?

Warren asintió.

—Llegó a creer que Ann la había usado de un modo malicioso. Durante veinte años realizo una búsqueda infructuosa de Richard, cuando todo ese tiempo Ann sabía exactamente dónde estaba él. ¿Puedes imaginar cómo se sintió Verna al descubrirlo? Hubo otras cosas, también. Ann nos engañó haciéndonos creer que estaba muerta. Se las ingenió para que Verna fuera Prelada. —Sacó una mano de la manga y mantuvo el índice y el pulgar a dos centímetros de distancia—. En una ocasión estuvo así de cerca de atrojar su libro de viaje al fuego.

—Debería haberlo hecho.

La sonrisa triste de Warren regresó.

—Sólo digo que hablar con ella podría hacer que te sintieras mejor. Comprenderá cómo te sientes.

—¿Qué bien me hará eso?

Warren se encogió de hombros.

—Incluso aunque tengas razón, ¿qué va a suceder? Lo que está hecho, hecho está. No podemos deshacerlo. Nicci tiene a Richard. La Orden Imperial está aquí, en el Nuevo Mundo. Sea lo que sea lo que provocó los acontecimientos, los tenemos encima y ahora debemos ocuparnos de esa realidad.

Kahlan evaluó sus centelleantes ojos azules.

—¿Aprendiste esto estudiando profecías?

—No. —Su sonrisa ahora iba de oreja a oreja—; eso fue lo que Richard me enseñó. Y una mujer hermosa e inteligente que conozco me acaba de decir que no pensara en lo que podría haber sido.

A pesar de lo muy inclinada que estaba a aferrarlo con violencia, Kahlan sintió que su enojo se esfumaba.

—No estoy tan segura de lo inteligente que puedo ser.

Warren hizo señas a las tropas que se acercaban colina arriba con las espadas desenvainadas, indicando que había pasado el peligro. Los hombres aminoraron la marcha, pero no envainaron las armas.

—Bueno —dijo Warren—, fue lo bastante inteligente como para adivinar el plan de Jagang, y parar, en pleno ataque de uno de sus secuaces poseedores del don, mantener la serenidad y engañarlo para que creyera que se había tragado su ardid.

Kahlan frunció el rostro en una expresión malhumorada.

—¿Cuántos años tienes, Warren?

El hombre pareció sorprendido ante la pregunta.

—Cumplí ciento cincuenta y ocho no hace mucho.

—Eso lo explica —refunfuñó Cara, iniciando el descenso de la colina— Deja de mostrarte tan joven e inocente todo el tiempo, Warren. Resulta francamente irritante.

Cuando Kahlan, Cara, Warren y su escolta volvieron al campamento varias horas más tarde, éste era un escenario de actividad frenética. Se cargaban carros, se enganchaban caballos y se preparaban armas. Aún no se habían desmontado las tiendas, pero los soldados, con sus corazas de cuero y cotas de malla, y comiendo aún los restos de sus comidas, estaban reunidos alrededor de los oficiales, escuchando instrucciones para cuando se diera la orden de enviar efectivos a interceptar al enemigo que avanzaba hacia el norte. Otros oficiales instalados en riendas, ante las que Kahlan pasaba, estaban inclinados revisando mapas.

El aroma a estofado que flotaba en el aire de la tarde le recordó lo hambrienta que estaba. El día en invierno era muy corto, y el cielo encapotado hacía que pareciera ya casi de noche. Los interminables días nublados empezaban a resultar deprimentes. No había demasiadas posibilidades de ver mucho el sol; pronto, fuertes nevadas empezarían a caer también en aquella zona situada tan al sur.

Kahlan desmontó y dejó que un soldado joven se hiciera cargo de su caballo. Ya no montaba en su enorme caballo de batalla. Ella, y la mayoría de los hombres de la caballería, habían cambiado a monturas más pequeñas y ágiles. Para un en enfrentamiento entre unidades de gran tamaño, los grandes caballos de batalla añadían peso a una carga pero, puesto que a las fuerzas del Imperio d'haraniano las superaban tanto en número, habían decidido que era mejor cambiar el peso por la velocidad y la maniobrabilidad.

Al cambiar a esa táctica, Kahlan y el general Meiffert habían conseguido desconcertar a la Orden durante semanas. Dejaban que el enemigo montara un gran operativo para efectuar un ataque aplastante, y luego lo esquivaban justo a tiempo para salvarse, a la vez que dejaban que la Orden, situada exasperantemente cerca, se agotara. Cuando la Orden se cansaba del esfuerzo que significaba organizar tales ataques y hacía una pausa para descantar, el general Meiffert lanzaba ataques indirectos para provocarlos y hacerles reaccionar. Una vez que la Orden se atrincheraba para responder a los esperados ataques, Kahlan retiraba las tropas a un punto más lejano, convirtiendo en inútil el esfuerzo de la Orden para construir defensas.

Si la Orden intentaba la misma estrategia otra vez, los d'haranianos volvían a hostigarlos día y noche, zumbando a su alrededor como avispones enfurecidos, pero manteniéndose fuera del alcance de su fuerte manotazo. Si la Orden Imperial se cansaba de no poder clavar los dientes en el enemigo y volvía sus efectivos para atacar núcleos poblados, entonces Kahlan hacía que sus hombres les asaltaran por la espalda. Al final, el enemigo se veía obligado a olvidar toda idea de saqueo y a volver su atención a la amenaza.

Las constantes tácticas mortificantes de los d'haranianos volvían loca a la Orden Imperial. Los hombres de Jagang se sentían insultados por aquel modo de pelean creían que los auténticos hombres se enfrentaban cara a cara en el campo de batalla e intercambiaban golpe por golpe. Huelga decir que no encontraban indigno que superaran enormemente en número a los d'haranianos. Kahlan sabía que un encuentro así sería sangriento y beneficiaría únicamente a la Orden. No le importaba lo que pensaran, sólo que murieran.

Cuanto más enojada y frustrada se sentía la Orden, más temerario era su modo de comportarse, lanzando impetuosos ataques contra defensas perfectamente ordenadas, o enviando irresponsablemente a hombres a ataques predestinados al fracaso en un intento de hacerse con terreno que era imposible obtener de aquel modo. A veces, a Kahlan la dejaba anonadada contemplar a tantos soldados enemigos ponerse a tiro de sus arqueros y caer abatidos, tolo para ser reemplazados por más hombres que avanzaban justo detrás de ellos, añadiendo continuamente más cadáveres a un campo de batalla repleto de muertos y agonizantes. Era demencial.

Los d'haranianos había tenido varios miles de muertos o heridos graves, pero por otra parte, Kahlan y el general Meiffert calculaban que ellos habían matado o herido a más de cincuenta mil enemigos. Era el equivalente de pisar una hormiga mientras la colonia salía en tropel del hormiguero. A la Confesora no se le ocurría qué otra cosa hacer aparte de seguir con lo mismo. No tenían elección.

Kahlan, acompañada de Cara, cruzo un río de hombres para alcanzar las tiendas de mando, que lucían tiras azules. A menos que uno supiera el código de color del día, encontrar las tiendas de mando resultaba casi imposible. Debido al temor de que un infiltrado con el don encontrara y matara a un grupo de oficiales superiores, se reunían en tiendas sin ninguna otra característica distintiva. Tiras de tela de color marcaban muchas de las tiendas —los hombres las usaban como sistema para localizar sus unidades al tener que trasladarse, sin previo aviso y tan a menudo— de modo que a Kahlan se le ocurrió usar el mismo sistema para identificar las tiendas del mando. Cambiaban el código de color con frecuencia para que ningún color concreto llegara a ser conocido como el color de las tiendas de los oficiales.

En el interior de la angosta tienda, el general Meiffert alzó la vista de una mesa con un mapa desplegado en ángulo. El teniente Leiden, de Kelton, estaba allí junto con el capitán Abernathy, el comandante de las fuerzas galeanas que Kahlan habla traído con ella semanas antes.

Adie estaba sentada en silencio en una esquina, como representante de los poseedores del don, observando lo que sucedía con sus ojos totalmente blancos. Cegada cuando era una joven. Adie había aprendido a ver usando su don. Era una hechicera de un talento extraordinario y muy diestra usando ese talento para hacer daño al enemigo. En aquel momento se encontraba allí para ayudar a coordinar las habilidades de las Hermanas con las necesidades del ejército.

A la pregunta de Kahlan, la mujer respondió:

—Zedd está abajo, en las líneas meridionales, comprobando los detalles.

Kahlan le dio las gracias con un movimiento de cabeza.

—Warren ha ido también ahí para ayudar.

La Madre Confesora encogió varias veces los congelados dedos de los pies dentro de sus botas, intentando devolverles la sensibilidad. Sopló aire a sus manos ahuecadas y luego volvió su atención al general.

—Necesitamos reunir una fuerza de gran tamaño.... puede que unos veinte mil hombres.

El general Meiffert lanzó un suspiro de contrariedad.

—De modo que están moviendo un ejército hacia arriba, por delante de nosotros.

—No —respondió ella—, es una estratagema.

Los tres oficiales fruncieron el entrecejo, desconcertados, mientras aguardaban una explicación.

—Me tropecé con Jagang...

—¿Qué vos qué? —gritó el general Meiffert con un pánico incontenible.

Kahlan agitó una mano, disipando sus censores.

—No como vos pensáis. Fue a través del cuerpo de uno de sus esclavos —Introdujo las manos bajo los brazos para calentarlas—. Lo importante es que le seguí el juego a Jagang con su treta, para que piense que vamos a dejarnos embaucar por su plan.

Explicó cómo se llevaba a cabo el supuesto movimiento de tropas de Jagang, y que su auténtica intención en atraer una fuerza de buen tamaño para que los que quedaran atrás resultaran más vulnerables. Los oficiales escucharon mientras ella exponía todos los detalles a la vez que señalaba puntos en el mapa.

—Si enviamos fuera a tantos hombres —preguntó el teniente Leiden—, ¿no es justo eso lo que quiere el emperador Jagang?

—Lo sería —le dijo Kahlan—, pero no es eso lo que vamos a hacer. Quiero que esos hombres cabalguen fuera del campamento, que hagan que parezca que hacemos lo que él espera.

Se inclinó sobre el mapa, usando un pedazo de carboncillo para bosquejar algunas de las montañas cercanas por las que acababa de pasar, y lo mostró un paso en las tierras bajas que rodeaba a varias de ellas. El capitán Abernathy tomó la palabra.

—Tenemos mis tropas galeanas; son aproximadamente el número que necesitáis como señuelo.

—Eso era lo que yo pensaba —indicó el general Meiffert.

—Hecho —repuso Kahlan, y señaló el mapa—. Dad la vuelta alrededor de estas montañas que hay aquí, capitán, de modo que cuando la Orden ataque nuestro campamento, pensando que va a aplastamos, sus hombres puedan atacarlos en su punto débil, justo aquí, donde no lo estarán esperando.

El capitán Abernathy, un hombre bien parecido con un espeso bigote canoso que hacía juego con sus cejas, asintió mientras observaba cómo Kahlan señalaba la ruta en el mapa.

—No os preocupéis. Madre Confesara, la Orden creerá que nos hemos ido, pero estaremos listos para perforarles las costillas cuando vengan a por vosotros.

Kahlan devolvió entonces su atención al general.

—También necesitaremos hacer salir paulatinamente del campamento a otro grupo de hombres para que aguarde en el lado opuesto del valle al del capitán Abernathy, de modo que, cuando la Orden penetre en el valle por la parte central, podamos, aplastarle las costillas desde ambos lados a la vez. No querrán permitir que aislemos y atrapemos a parte de sus tropas, de modo que darán media vuelta. Entonces nuestro ejército principal puede hundir su acero en sus vulnerables espaldas, Los tres oficiales consideraron su plan en silencio, mientras fuera seguía la ruidosa confusión. Pasaban caballos al galope, circulaban carros entre chirridos y brincos, la nieve crujía bajo los pasos pesados de los soldados y se oía a hombres gritando órdenes.

Los ojos del teniente Leiden se volvieron hacia Kahlan,

—Madre Confesora, mis keltas podrían ser esa otra fuerza. Todos llevan tiempo sirviendo juntos, y trabajan bien en las unidades que están bajo mi mando. Podríamos empezar por salir del campamento de inmediato y reunimos ahí abajo para esperar el ataque. Podríais enviar a una Hermana con nosotros para

dar una señal acordada de antemano, y luego podría llevar a mis hombres dentro, cuando el capitán Abernathy ataque desde el lado opuesto.

Kahlan comprendió que el hombre quería redimirse ante sus ojos. También deseaba establecer un grado de autonomía para Kelton dentro del Imperio d'haraniano.

—Ese será un punto peligroso, teniente. Si algo sale mal, no podemos acudir en vuestra ayuda.

El oficial asintió.

—Pero mis hombres están familiarizados con la zona y estamos acostumbrados a atravesar terreno montañoso en invierno. La Orden Imperial procede de un territorio más cálido. Tenemos la ventaja del clima y el terreno. Podemos llevar a cabo el trabajo, Madre Confesora.

Kahlan se irguió, soltando aire mientras evaluaba al hombre. Al general Meiffert, lo sabía, le gustaría la idea. Al capitán Abernathy, también; Galea y Kelton era rivales tradicionales, de modo que los dos preferirían pelear a su modo, y por separado.

Richard había unido los territorios, para que todos acabaran sintiendo que eran uno. Eso era vital si tenían que sobrevivir. Supuso que peleaban por el mismo objetivo, de modo que en ese aspecto trabajaban juntos: tendrían que coordinar sus ataques. Además, lo que decía el teniente Leiden tenía sentido; sus tropas eran luchadores de montaña.

—De acuerdo, teniente.

—Gracias, Madre Confesora.

Kahlan decidió añadir alguna garantía.

—Si desempeña esta misión bien, teniente, podría ascenderlo en el mando.

El teniente Leiden se llevé el puño al corazón.

—Mis hombres harán que su reina se sienta orgullosa.

Kahlan respondió a la promesa con el movimiento afirmativo de cabeza y luego se dirigió a todos:

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

El general Meiffert gruñó su conformidad.

—Esta será una buena oportunidad de reducir sus efectivos. Sólo con que salga bien a medias, esta vez les haremos una buena sangría. —Se volvió hacia los otros oficiales—. Empecemos. Necesitamos tener a vuestros hombros en movimiento inmediatamente para darles tiempo suficiente para estar en posición por la mañana. No sabemos cuánto podrían esperar para atacar, pero si el ataque llega con el amanecer, os quiero en posición y listos.

—A la Orden le gusta atacar al amanecer —dijo el capitán Abernathy—. Podemos estar en marcha en una hora. Estaremos en posición y listos al amanecer, por si aparecen tan temprano.

—Igual que nosotros —añadió el teniente Leiden.

Los dos oficiales hicieron una reverencia y se dispusieron a marchar.

—Capitán —llamó Kahlan.

Los hombres se dieron la vuelta.

—¿Madre Confesora?

—¿Tenéis alguna idea de que podría estar demorando al príncipe Harold y al resto de vuestro ejercito? Debería haber llegado aquí hace tiempo. Nos vendría muy bien disponer de ellos.

El pulgar del capitán Abernathy jugueteo con un botón de hueso de la pechera de su oscuro sobretodo.

—Lo siento. Madre Confesora. También yo pensaba que debería estar ya aquí a estas alturas. No se me ocurre qué puede estar reteniendo al príncipe.

—Ya debería estar aquí —repitió ella entre dientes, luego alzó los ojos hacia el capitán—. ¿El tiempo?

—Tal vez, Madre Confesora. Si hay tormentas, eso podría haberlo retrasado. Esa es probablemente la razón, y en ese caso imagino que no tardará mucho ya. Nuestros hombres entrenan en las montañas en tales condiciones.

—Esperemos que este pronto aquí, entonces —suspiró Kahlan. El capitán Abernathy la miró con confianza.

—Sé con segundad que el príncipe estaba ansioso por reunir a sus hombres y venir a ayudar. Galea se extiende sobre el valle del Callisidrin. El príncipe en persona me dijo que iba en nuestro propio beneficio detener a la Orden Imperial aquí abajo y no permitir que avanzara más al interior de la Tierra Central, donde se hallan nuestros territorios y familias.

Kahlan podía ver en los ojos del teniente Leiden que éste pensaba que si el príncipe Harold había decidido oponer resistencia en el valle del Callisidrin, para egoístamente proteger Galea, su tierra natal, tal obstáculo podía muy bien obligar a la Orden a virar hacia el nordeste en su avance, alrededor de las montañas intermedias, y pasar a la llanura del Kern; directamente hacia Kelton, que era el país de Leiden. Si el teniente Leiden imaginaba tal traición, éste tuvo el buen sentido de no expresarlo en voz alta.

—Sé que el tiempo era malo cuando bajé —indicó Kahlan—. Es invierno, al fin y al cabo. Estoy segura de que el príncipe Harold no tardará en estar aquí para ayudar a su reina y los otros miembros del Imperio d'haraniano.

La Confesora les dedico una sonrisa para suavizar la sutil amenaza.

—Gracias, caballeros. Será mejor que vayan a sus tareas. Que los buenos espíritus protejan sus espaldas.

Después de que los hombres saludaran y marcharan rápidamente a llevar a cabo el trabajo encomendado. Adíe se llevó las manos a las rodillas y se impulsó para ponerse en pie.

—Si no me necesitas, debo ocuparme de informar a las Hermanas, a Zedd y a Warren de nuestros planes.

Kahlan asintió cansinamente.

—Gracias. Adíe.

Adié, cuyos ojos eran totalmente blancos, veía con la ayuda de su don, y Kahlan sintió esa mirada puesta en ella.

—Has usado tu poder —dijo la anciana hechicera—. Puedo verlo en tu rostro. Debes descansar.

—Lo sé —respondió Kahlan—. Pero hay cosas que necesitan hacerse.

—No se harán si enfermas, o algo peor.... lo que podría suceder. —Los delgados dedos de Adíe agarraron el brazo de Cara—, Ocúpate de que dejen tranquila a la Madre Confesora durante un rato, para que pueda descansar la cabeza sobre la mesa, al menos.

Cara dio la vuelta a la silla plegable y la colocó detrás de la mesa. La señaló con la mano a la vez que dirigía una mirada severa a Kahlan.

—Sentaos. Yo montaré guardia.

Kahlan estaba exhausta. Usar su poder como Confesora minaba sus energías, Necesitaba tiempo para recuperarse. La dura cabalgada de vuelta no había hecho más que empeorar las cosas. Rodeó la mesa y se dejó caer en la silla plegable. Abrió el manto de piel y se arrebujó en él. La espada de Richard seguía sujeta a su espalda, la empuñadura sobresaliendo por encuna del hombro. No se molestó en retirar el arma.

Adíe, tras ver que Kahlan obedecía sin protestar, sonrió para sí y prosiguió su camino. Cara fue a montar guardia en la entrada mientras la cabeza de Kahlan se hundía sobre sus brazos cruzados a modo de almohada. Intentando no permitir que los terribles acontecimientos del día la abrumaran, se puso a pensar en Richard, recordando su hermosa sonrisa, sus penetrantes ojos grises, su suave caricia. Sus ojos se cerraron. En su cansancio, la silla y la mesa daban la impresión de estarla haciendo girar en redondo. Al cabo de unos instantes, sin embargo, mientras mantenía sus pensamientos en Richard fijos, sintió que se dormía lentamente.

10

—¿Madre Confesora?

Kahlan alzó la cabeza y miró con ojos entornados una figura oscura situada junto a ella. Pestañeo, aclarando su visión, y vio que se trataba de Verna. El anillo de oro en forma de sol de la Prelada de las

Hermanas de la Luz reflejaba un destello de la luz de la lámpara. Detrás de ella, el crepúsculo teñía la lona de la tienda con un resplandor rojizo.

Kahlan se restregó el sueño de los ojos. Verna llevaba un largo vestido gris de lana y una capa marrón oscuro. A la altura de la garganta, el vestida renta un encaje blanco que suavizaba la austeridad del conjunto. Los cabellos castaños de Verna tenían una ondulación desenfadada, pero los ojos castaños mostraban una expresión atribulada.

—¿Qué sucede, Verna?

—Si tienes un momento, me gustaría hablar contigo.

Sin duda, Verna había estado hablando con Warren. Siempre que Kahlan los veía juntos, las miradas íntimas compartidas, ese contacto furtivo le recordaban lo que Richard y ella sentían el uno por el otro. Suavizaba los sentimientos de Kahlan respecto al severo exterior de Verna, saber que ésta estaba enamorada; saber, bien mirado, que era capaz de sentir ternura. Kahlan sabía que, también a ella debían contemplarla con la misma clase de curiosidad, si no asombro, en lo referente a esos sentimientos tiernos. Suspiró, preguntándose si aquello iba a ser una «conversación» sobre Ann y el arte de la profecía. No estaba de humor para ello.

—Cara, ¿cuánto tiempo he dormido?

—Un par de horas. Pronto será de noche.

A pesar de lo tensos y doloridos que tenía los hombros y el cuello por haber dormido con la cabeza sobre la mesa, lo avanzado de la hora no le resultó una sorpresa. Se desperezó y entonces vio a la hechicera de aspecto frágil sentada en un banco. Tenía una manta oscura sobre el regazo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Adíe.

—Estoy perfectamente. —Kahlan vio el vaho de su aliento en el aire gélido—. ¿Qué noticias hay de los hombres que enviarnos?

—Ambos grupos se pusieron en camino, hace más de una hora —dijo Adíe—. El primer grupo, los galeanos, marcharon todos juntos en grandes columnas. Los keltas fueron escabulléndose en grupos pequeños, para que no los vieran los espías.

—Magnífico —dijo Kahlan, bostezando.

Sabía que debían temer un ataque de la Orden Imperial en cuanto llegara la mañana. Eso al menos debería dar tiempo suficiente a sus hombres para llegar a sus posiciones y estar listos. Aguardar un ataque le atenazaba el estómago, y sabía que también los hombres estarían en tensión y no era muy probable que durmieran demasiado.

Adié movió ociosamente un dedo delgado de un lado a otro a lo largo de las cuentas rojas y amarillas del escote de su humilde túnica.

—Regresé después de que los galeanos partieran, para ayudar a Cara a mantener a la gente alejada, de modo que no te molestaran mientras descansabas.

Kahlan le dio las gracias con la cabeza. Al parecer, o bien Adíe creía que Kahlan había descansado suficiente o bien consideraba que la visita de Verna era importante.

—¿Qué sucede, pues, Verna?

—Hemos... descubierto algo. No tanto descubierto, como tenido una idas.

—¿Quién es «hemos»?

Verna carraspeó. Entre dientes suplicó el perdón del Creador antes de proseguir.

—En realidad, Madre Confesora, se me ocurrió a mí. Algunas de mis Hermanas me ayudaron, pero fui yo quien lo ideó. La culpa recae sobre mí.

Kahlan se dijo que era un modo curioso de expresarlo. Pensó que Verna no parecía muy satisfecha con su propia idea, fuera la que fuese. Aguardó en silencio a que la otra prosiguiera.

—Bien, verás, es un problema para nosotras conseguir hacer pasar cosas sin que las detecten los dotados que están con el enemigo. Tienen Hermanas de la Luz, pero cambien de las Tinieblas, y nosotros no poseemos los poderes de estas últimas. Cuando intentamos enviar cosas...

—¿Enviar cosas?

—Armas —dijo Verna, frunciendo la boca.

Cuando la frente de Kahlan se crispó en una expresión interrogante.

Verna se inclinó y recogió algo del suelo. Extendió la mano abierta, mostrado a la Confesora una colección de guijarros.

—Zedd nos mostró cómo convertir cosas sencillas en armas devastadoras. Podernos usar nuestro poder para arrojarlas o enviarlas a mayor velocidad que cualquier flecha o saeta. Los guijarros que arrojamos de este modo abatieron a oleadas de soldados que avanzaban; iban tan deprisa que a veces cada uno atravesaba los cuerpos de media docena de hombres.

—Recuerdo esos informes —dijo Kahlan—. Pero eso dejó de funcionar porque sus dotados comprendieron cuál era el artificio y ahora se defienden de tales cosas.

Kahlan reconoció la expresión del peso de la responsabilidad en los ojos castaños de Verna.

—Así es. La Orden aprendió a buscar cosas mágicas o incluso cosas impulsadas por la magia. La mayoría de nuestros conjuros que son en algún modo similares se han convertido en inútiles.

—Eso es lo que Zedd me contó..., que en la guerra la magia a menudo sólo logra mantener el equilibrio con el enemigo.

—Así es —repuso Verna, asintiendo—. Hacemos lo mismo contra ellos. Cosas que usaron al principio, ahora nosotros sabemos cómo contrarrestarlas, de modo que podemos proteger a nuestros hombres. Nuestras trompas de alarma, por ejemplo. Aprendimos que debemos añadirles un ápice de magia para saber que son las nuestras.

Kahlan se subió el manto de piel alrededor del cuello. Estaba helada hasta el tuétano y no conseguía calentarse. No era sorprendente, teniendo en cuenta que se pasaba todo el tiempo al aire libre. Era de locos llevar adelante una guerra en tales condiciones. Supuso que la guerra con buenas condiciones climáticas tampoco era más cuerda. Con todo, se moría de ganas por permanecer entre cuatro paredes, junto a un buen fuego.

—Así pues, ¿qué es eso que se te ha ocurrido?

Como si se acordara de que hacía frío, Verna se ciñó más la capa alrededor de los hombros.

—Bueno, tuve la idea de que si los dotados del enemigo están, en cierto sentido, efectuando un filtrado en busca de cualquier cosa mágica o incluso cualquier cosa impulsada mágicamente, entonces lo que necesitamos es algo que no sea mágico.

Kahlan dedicó a Verna una lúgubre sonrisa.

—Lo tenemos. Se les llama «soldados».

Verna no sonrió.

—No. Me refería a algo que los que poseemos el don podamos hacer para inutilizar las tropas enemigas sin riesgo para nuestros hombres.

Adié avanzó arrastrando los pies para colocarse detrás del hombro izquierdo de Kahlan mientras Verna introducía la mano en su capa y sacaba una bolsa de cuero cerrada con un cordón. La arrojó sobre la mesa, delante de Kahlan, luego depositó un trozo de papel a su lado.

—Viene un poco en el papel, por favor. —Verna se sujetaba el estómago como si padeciera de indigestión—, Pero ten cuidado de no tocarlo con los dedos ni dejes que entre en contacto con tu piel..., y hagas lo que hagas, no soples encima. Ten cuidado de no respirar encima siquiera.

Adíe se inclinó adelante para observar mientras Kahlan vertía con cuidado una pequeña cantidad de un polvo centelleante desde la boba al pedazo de papel. Empujó el pequeño montón con la bolsa. Había indicios de colores pálidos, pero era en su mayor parte blanquecino, con un tenue brillo gris verdoso.

—¿Qué es? ¿Alguna especie de polvo mágico?

—Vidrio.

Los ojos de Kahlan se alzaron.

—Vidrio. ¿Lo que se te ha ocurrido es vidrio?

Verna emitió un chasquido para sí «al ver» lo estúpida que debía de haber soñado su explicación.

—No, Madre Confesora, se me ocurrió romperlo. Como ves, esto es simple vidrio que se ha roto y triturado en finos pedazos.... casi polvo. Pero usamos nuestro han para que nos ayudara cuando trituramos el vidrio en un almirez con una mano de mortero. Al usar nuestro don, conseguimos romper el vidrio en fragmentos muy diminutos, pero de un modo especial.

Verna se inclinó sobre la mesa, el dedo flotando por encima del pequeño montoncito gris verdoso. Cara se inclinó al frente, junto a ella, para echar una mirada al peligroso objeto que había sobre el pedazo de papel.

—Este vidrio..., cada pedazo..., es afilado e irregular, incluso a pesar de que cada pedazo es muy diminuto. Cada trozo es apenas más grande que una mota de polvo, de modo que no pesa nada, casi como…

—Queridos espíritus —dijo Adíe antes de musitar una plegaria en su propio idioma.

Kahlan carraspeó.

—No comprendo.

—Madre Confesora, no podemos hacer que nuestra magia supere las defensas de los dotados de la Orden. Están preparados para la magia, incluso si se trata de un simple guijarro arrojado mediante magia contra sus tropas.

»El vidrio, no obstante, a pesar de que usamos magia para romperlo, carece de propiedades mágicas..., no tiene ninguna. Es simple material inerte, lo mismo que el polvo que levantan los pies. No pueden detectarlo como magia, porque no es mágico. A través de su don, percibirán esto como simple polvo, o neblina, o pasiblemente niebla, dependiendo de las condiciones atmosféricas del momento.

—Pero ya les enviamos nubes de polvo antes —dijo Kahlan—. Polvo para enfermarlos y cosas así. En su mayor parte lo contrarrestaron.

Verna alzo un dedo para dar énfasis a lo que quería decir mientras mostraba una lúgubre sonrisa.

—Pero esas eran nubes de polvo que contenían magia. Madre Confesora, esto no la contiene. ¿No lo ves? Es tan liviano que flota en el aire durante mucho tiempo. Podríamos usar magia sencilla para arrojarlo al aire, y luego retirar la magia, o simplemente podríamos arrojarlo a la brisa, bien mirado. En cualquier caso, sólo debemos lanzarlo a sus tropas.

—De acuerdo. —Kahlan se rascó una ceja—. ¿Qué les hará?

—Se introducirá en sus ojos —dijo Adié con su voz chirriante desde detrás del hombro de Kahlan.

—Es cierto —repuso Verna—. Se introduce en sus ojos, igual que haría cualquier polvo. Al principio, parecerá como polvo en sus ojos e intentaran quitárselo parpadeando. Sin embargo, puesto que los fragmentos son todos irregulares y afilados como cuchillas, se les incrustarán al instante en los tejidos del cuerpo. Se clavará en sus ojos y se acumulará bajo los párpados, donde efectuara miles de cortes diminutos en los ojos con cada pestañeo. Cuanto más parpadeen, más destrozará sus delicados ojos. —Verna se irguió y se envolvió en la capa—. Los dejará ciegos.

Kahlan permaneció sentada en petrificada incredulidad ante aquella locura.

—¿Estás segura? —Preguntó Cara—. ¿No podría simplemente irritarlos, como mero polvo o arena?

—Lo sabemos con seguridad —replicó Verna—, Tu... tuvimos un accidente, y sabemos muy bien lo que hace. Puede causar más daño cuando penetra en la garganta, los pulmones, y el estómago; no sabemos nada sobre eso, aún, pero sí sabemos con seguridad que ese vidrio especial, si lo trituramos hasta obtener partículas del tamaño correcto, flotará en el aire la gente que pase a través de la nube de vidrio quedará ciega con extraordinaria rapidez. Si conseguimos cegar a un hombre, éste no puede combatir. Tal vez no la mate, pero si se quedan ciegos no pueden matarnos, ni defenderse mientras los matamos.

Cara, por lo general jubilosa ante la perspectiva de matar al enemigo, no lo parecía tanto en aquel momento.

—No tendríamos más que ponerlos en fila y masacrarlos.

Kahlan hundió la cara entre las manos, cubriéndose los ojos.

—Quieres que apruebe su utilización, ¿verdad? Por eso estas aquí.

Verna no dijo nada. Kahlan alzó finalmente la mirada.

—Eso es lo que quieres, ¿no?

—Madre Confesora, no necesito decirte que las Hermanas de la Luz aborrecen lastimar a las personas. No obstante, ésta es una guerra por nuestra propia existencia, por la existencia de la gente libre. Sabemos que debe hacerse. Si Richard estuviera aquí... Simplemente pensé que querrías estar al tanto de esto, y ser quien diera tal orden.

Kahlan contempló fijamente a la mujer, comprendiendo entonces por qué presionaba su mano contra el estómago.

—¿Sabes, Prelada —dijo Kahlan en lo que era casi un susurro—, que maté a un niño hoy? No por accidente, sino a propósito. Lo haría otra vez sin una vacilación. Pero eso no me hará dormir mejor.

—¿Un niño? ¿Era realmente necesario... matar a un niño?

—Su nombre era Lyle. Creo que lo conocías. Era otra de las víctimas de las Hermanas de la Luz de Ann.

Verna, cuyo rostro se había vuelto ceniciento, cerró los ojos ante la noticia.

—Imagino que si puedo matar a un niño —dijo Kahlan—, puedo dar sin problemas las órdenes necesarias para que uséis vuestro vidrio especial contra los monstruos que fueron capaces de usar a un niño como arma. He jurado no tener misericordia, y pienso cumplirlo.

Adié posó una mano nudosa sobre el hombro de Kahlan.

—Kahlan —repuso Verna con voz dulce—, puedo comprender cómo te sientes. También Ann me utilizó, y yo no comprendí el motivo. Pensé que usaba a todo el mundo para sus fines egoístas. Durante un tiempo, la consideré una persona despreciable. Tienes razones de peso para creer lo que crees.

—Pero ¿estaría equivocada, Verna? ¿Es eso lo que ibas a añadir? Yo no estaría tan segura, de estar en tu lugar. No tuviste que matar a un niño hoy.

Verna asintió comprensiva pero no objetó.

—Adié —preguntó Kahlan—, ¿crees que habría algo que pudieras hacer por la mujer que quedó ciega por accidente? ¿Tal vez podrías ayudar?

—Ésa es una buena idea —respondió ella, asintiendo—. Verna, llévame hasta ella, y veamos qué puedo hacer.

Kahlan ladeó la cabeza mientras las dos mujeres se encaminaban a la abertura de la tienda..

—¿Oísteis eso?

—¿La trompa? —preguntó Verna.

—Sí. Suena como las trompas de alarma.

Verna entrecerró los ojos, concentrándose Giró la cabeza, escuchando con atención.

—Sí, suena como las trompas de alarma —declaró finalmente—, pero carece del eco de la magia. El enemigo hace eso a menudo.... da falsas alarmas. Cada vez hemos tenido más últimamente.

Kahlan frunció el entrecejo.

—¿Las hemos tenido? ¿Por qué?

—¿Por qué... qué?

Kahlan se puso en pie.

—Si sabemos que son falsas alarmas, y no funcionan, entonces ¿por qué incrementaría la Orden sus intentonas? Carece de sentido.

La mirada de Verna recorrió la rienda como si buscara en vano una respuesta.

—Bueno, no lo sé. No se me ocurre nada. No soy experta en tácticas de guerra.

Cara giró para salir a echar una mirada.

—Tal vez sean algunos exploradores de regreso. Kahlan volvió la cabeza, escuchando. Oyó caballos que corrían, pero eso no era tan insólito. Podía tratarse, como sugería Cara, de exploradores que regresaban con informes. Pero, por el sonido de los cascos, los caballos parecían ser grandes.

Oyó hombres que chillaban. Resonó el entrechocar del acero... junto con gritos de dolor.

Kahlan desenvainó su espada real galeana a la vez que empezaba a rodear la mesa. Antes de que ninguna de ellas pudiera dar más de un paso, la tienda se estremeció violentamente al estrellarse algo contra sus paredes. Durante un instante, coda ella se inclinó en un ángulo imposible; luego lanzas con puntas de acero se abrieron paso a través de la lona. En medio de una ráfaga de viento la rienda se desplomó.

La gruesa lona derribó a Kahlan al suelo. La Confesora no consiguió agarrarse a nada sólido mientras la rienda la hacía rodar sobre sí misma y empezaba a arrastrarla. Tronaron cascos por su lado, golpeando el suelo junto a su cabeza.

Kahlan olió el aceite de la lámpara extendiéndose a lo largo de la lona, Con un rugido, el aceite y la tienda se incendiaron. El humo hizo toser a Kahlan. Oía el crepitar dé las llamas, pero no veía nada. Estaba atrapada, enrollada en la tienda que resbalaba por el suelo dando tumbos.

11

Amortajada en la rígida lona, Kahlan no veía nada, y tosía y daba boqueadas por el espeso humo acre que le abrasara los pulmones. Tiró con frenesí de la lona, intentando zafarse, pero mientras rodaba por el suelo, no conseguía hacer progresos para liberarse. El calor de las llamas, cerca de su rostro, le provocó una sensación de pánico. Pateó y forcejeó violentamente mientras intentaba llevar airéalos pulmones.

—¿Dónde estáis?

Era la voz de Cara. Sonaba próxima, como si también ella estuviera siendo arrastrada y estuviera enzarzada en su propia lucha por vivir. Cara era lo bastante lista como para no gritar el nombre de Kahlan o su título escando rodeadas por el enemigo. Era de esperar que Verna cambien lo fuera.

—¡Aquí! —gritó Kahlan en respuesta a Cara.

Kahlan estaba atrapada por la lona enrollada, pero la Confesora se las arregló para deslizar la mano izquierda hasta el cuchillo sujeto a su cinturón. Lo soltó de un tirón. Tenía que volver el rostro para intentar mantenerlo lejos del calor de las grasientas llamas. La ceguera provocada por el sofocante humo resultaba aterradora.

Con furiosa determinación, Kahlan acuchilló la lona, traspasándola con el cuchillo. Justo entonces, la tienda chocó contra algo y se vieron lanzadas por los aires. El violento aterrizaje la dejó sin respiración. Un grito ahogado le hizo tragar humo. De nuevo, Kahlan hundió el cuchillo en la gruesa lona y abrió una abertura a la vez que toda la mortaja se incendiaba.

Volvió a chillar a Cara.

—No puedo...

La tienda golpeó contra algo sólido. Su hombro chocó contra lo que parecía el tocón de un árbol y se vio arrojada hacia lo alto. De no haber llevado su rígida coraza de cuero, el golpe le habría roto el

hombro sin lugar a dudas. Al estrellarse contra el suelo, Kahlan quedó libre y cayó sobre la nieve. Extendió los brazos para no rodar.

Kahlan vio que el general Meiffert alzaba el brazo y descabalgaba al hombre que había estado arrastrando la tienda. Los ojos del hombre brillaban desde detrás de unos cabellos largos, rizados y grasientos; su fornido cuerpo estaba cubierto de cuero y pieles por encima de una cota de malla y una coraza de cueto. Le faltaban los dientes superiores y, cuando se abalanzó sobre el general, perdió también la cabeza.

Más tropas de la Orden hicieron girar en redondo sus enormes caballos de batalla, abatiendo a los d'haranianos que corrían tanto para escapar de los golpes como para montar una defensa. Uno de los caballos de batalla cargó en dirección a Kahlan, el jinete inclinado a un lado, balanceando un mayal. Kahlan envainó el cuchillo y la espada, y se hizo con la lanza del hombre que había estado arrastrando la tienda. Alzó la larga arma y se giró en redondo, justo a tiempo de clavar la punta de acero en el pecho del caballo.

Mientras saltaba de su montura, el soldado del mayal desenvainó la espada. Kahlan no esperó; el hombre no había posado aún los pies en el suelo cuando ella ya se giraba y sacaba su propia espada. Le asestó un violento golpe de revés en toda la parte izquierda del rostro.

Sin pausa, se metió bajo las patas de otro caballo para esquivar una espada con la que el jinete intentaba acuchillarla. Se irguió de un salto en el otro lado y asestó dos tajos a la pierna del jinete, que dejaron el hueso al descubierto. Acto seguido se dio la vuelta, justo a tiempo para clavar la espada hasta la empuñadura en el pecho de otro caballo que intentaba aplastada contra el primero. Mientras el animal se alzaba sobre los cuartos traseros con un relincho salvaje, Kahlan liberó la espada de un violento tirón y rodó lejos antes de que el enorme caballo cayera desplomado al suelo. La pierna del jinete quedó atrapada, y el hombre se encontró en un ángulo complicado para poder defenderse. Kahlan aprovechó la oportunidad. Por el momento, la zona inmediata estaba despejada, lo que le permitió gatear hasta donde estaba el general. Más miembros de la caballería de la Orden pasaban atronadores junto a ellos, amenazando con pisotear a Verna, Adie y Cara, que seguían atrapadas en su tienda. Al menos la sección en llamas se había desprendido.

Kahlan y el general Meiffert tiraron de la lona y la cortaron, liberando a Adie y a Verna. Las dos mujeres estaban casi abrazadas. La cabeza de Adie sangraba, pero apartó con energía las preocupadas manos de Kahlan. Verna emergió de aquella especie de capullo y se irguió con un traspié, aturdida aún por el violento viaje.

Kahlan ayudó a Adie a ponerse en pie. El rasguño de la frente no parecía demasiado grave. El general Meiffert tiró frenéticamente de la lona. Cara seguía dentro, en alguna parte, pero ya no la oían.

Kahlan agarró a Verna del brazo.

—¡Creía que eran falsas alarmas!

—¡Lo eran! —insistió ella—. Evidentemente, nos engañaron.

A su alrededor, los soldados estaban enzarzados en una batalla campal con la caballería de la Orden Imperial. Los hombres chillaban enfurecidos mientras se arrojaban al combate; algunos aullaban al ser heridos o abatidos; otros proferían órdenes, disponiendo una defensa, mientras los enemigos a caballo proseguían el ataque.

Algunos miembros de la caballería de la Orden se dedicaban a incendiar carros, tiendas y suministros. Otros pasaban al galope, pisoteando hombres y tiendas. Parejas de jinetes se asociaban para seleccionar soldados y acabar con ellos, luego buscaban otra víctima.

Usaban la misma táctica que los d'haranianos. Hacían lo que Kahlan les había enseñado.

Cuando un soldado, cubierto de pieles mugrientas y armas, gritó una bravata a la vez que se lanzaba sobre ella blandiendo en alto una maza tachonada de relucientes púas ensangrentadas, Kahlan le cercenó la mano con un mandoble veloz como el rayo. El hombre se detuvo tambaleante y la contempló fijamente con expresión sorprendida. Sin perder ni un segundo, Kahlan le hundió la espada en el vientre y la retorció violentamente antes de sacarla, luego volvió su atención a otra parte, mientras él caía encima de una hoguera. Los alaridos del hombre se confundieron con todos los demás.

Kahlan volvió a caer de rodillas para ayudar al general Meiffert a liberar a Cara. Éste la había encontrado en medio de la maraña de la lona. De vez en cuando uno de los dos tenía que girarse para deshacerse de esporádicos atacantes. Kahlan vio las botas rojas de Cara sobresaliendo de debajo de la lona, pero no se movían.

La mord-sith tenía cuerdas de la rienda enredadas en las piernas. Kahlan y el general cortaron sogas y consiguieron finalmente desenrollarla. Esta se cogió la cabeza mientras gemía. No estaba inconsciente, pero sí aturdida, incapaz de orientarse. Kahlan localizó un bulto en sus cabellos, en el lado derecho de la cabeza, pero no sangraba.

Cara intentó sentarse en el suelo, pero Kahlan la obligó a permanecer tumbada.

—Quedare ahí. Te golpeaste en la cabeza. No quiero que te levantes todavía.

Kahlan volvió la cabeza y vio a Verna, a poca distancia, efectuando un ataque selectivo contra las tropas de la Orden Imperial. Cada torsión de sus manos proyectaba un hechizo abrasador para hacer que salieran despedidos de sus caballos o un concentrado ramalazo de aire tan afilado como cualquier espada, aunque más veloz y certero. Dado que los atacantes no poseían el don y, por lo visto, no los acompañaba ningún dotado para protegerlos, sus simples armaduras no eran suficiente.

Kahlan atrajo la atención de Verna y le hizo una seña pidiendo ayuda. Agarrando la capa de la mujer a la altura del hombro, Kahlan atrajo a Verna para hablarle al oído, de modo que pudiera oiría por encima del ruido de la batalla.

—Comprueba como está, ¿quieres? Ayúdala.

Verna asintió y luego se acurrucó junto a Cara mientras Kahlan y el general iban a enfrentarse a una nueva carga de caballería. Cuando un hombre se acercó al galope, blandiendo su lanza, el general Meiffert lo esquivó y a continuación saltó sobre el costado del caballo, agarrándose al pomo de la silla.

Con un gruñido de encolerizado esfuerzo, hundió la espada en el jinete. El sorprendido soldado intentó agarrar la hoja clavada en su zona central. E1 general liberó el arma de un tirón, luego agarró al hombre por los cabellos y lo tiró de la silla. Mientras el moribundo caía, el general Meiffert se sentó en la silla, en su lugar. Kahlan se apoderó de la lanza del caído.

El fornido general d'haraniano hizo girar al enorme caballo para cortar el paso de la caballería enemiga, protegiendo a Verna y a Cara. Kahlan envainó la espada y utilizó la lanza con gran efectividad contra los caballos de batalla. A los caballos, incluso a caballos de batalla bien adiestrados, les asustaban las lanzas dirigidas a su pecho. Muchas personas los consideraban simplemente bestias tontas, pero tos caballos eran lo bastante listos como para comprender que lanzarse sobre una lanza puntiaguda era un peligro, y reaccionaban en consecuencia.

A medida que los caballos corcoveaban y ce alzaban sobre los cuartos traseros cuando Kahlan los acuchillaba con su lanza, muchos de sus jinetes fueron cayendo. Algunos resultaron heridos por la caída, pero la mayoría murieron bajo el ataque irrefrenable de los d'haranianos.

Desde lo alto de su caballo de batalla de la Orden Imperial, el general Meiffert ordenó a sus hombres que formaran una línea defensiva. Tras indicarles el lugar, salió de estampida, rugiendo una retahíla de órdenes a su paso. No dijo a sus nombres a quien proteger, para no delatar a Kahlan al enemigo, pero ellos vieron enseguida qué quería que hiciesen. Los d'haranianos agarraron lanzas enemigas o llegaron corriendo con sus propias picas, y pronto hubo una erizada línea de puntas de acero presentando un mortífero obstáculo a cualquier jinete que se aproximara.

Kahlan gritó órdenes a unos hombres y, mientras se unía a la línea les indicó que se pusieran en posición para impedir el paso a la unidad de caballería de la Orden Imperial, de alrededor de doscientos hombres, que intentaba huir. Puede que el enemigo estuviera emulando los ataques que la caballería de d'haraniana había efectuado en el campamento de la Orden Imperial, pero Kahlan no estaba dispuesta a permitir que tuvieran éxito. Estaba decidida a que fracasaran.

Los caballos enemigos se plantaron al encontrar una sólida línea de picas que blandían hombres que lanzaban gritos de combate. Unos soldados que llegaron por detrás de la caballería de la Orden lanzaron una lluvia de flechas. Los d'haranianos sacaron a los jinetes atrapados de sus sillas, arrastrándolos al sangriento combate mano a mano en tierra.

—¡No quiero que ni uno de ellos escape con vida! —chilló Kahlan a sus hombres—. ¡Sin piedad!

—¡Sin piedad! —gritaron en respuesta todos los d'haranianos situados lo bastante cerca como para que los oyera.

El enemigo, tan seguro de sí mismo y arrogante en la carga contra el campamento, saboreando la perspectiva de derramar sangre d'haraniana, no era en aquellos momentos más que hombres patéticos en las torpes garras de la desesperación mientras sus adversarios lo masacraban.

Kahlan dejó a los soldados de las lanzas y picas ahora que se había establecido una línea de defensa y el enemigo estaba atrapado, y corrió por entre los fuegos y el humo asfixiante en busca de Verna, Adié y Cara, esquivando como podía a soldados heridos de ambos ejércitos en el suelo. Los atacantes caídos

que aún conservaban el espíritu de lucha intentaban agarrarla por los tobillos, y tuvo que acuchillar a varios que trataron de alzarse para sujetarla. A otros a pie, que aparecieron de improviso, tuvo que abatirlos.

El enemigo sabía quién era ella, o al menos estaban bastante seguros. Jagang la había visto, y sin duda había descrito a la Madre Confesora a sus nombres. Kahlan estaba segura de que habían puesto un alto precio a su cabeza.

Parecía haber hombres de la Orden Imperial desperdigados por todo el campamento, aunque dudó que hubiese habido un ataque de soldados de infantería; probablemente eran soldados de caballería que habían perdido las monturas. Los caballos eran a menudo blancos más fáciles de alcanzar con flechas y lanzas que los hombres. En la creciente oscuridad resultaba difícil distinguir a los soldados enemigos, que podían escabullirse por el campamento sin ser vistos mientras perseguían blancos valiosos, como oficiales, o tal vez incluso la Madre Confesora.

Cuando el enemigo al acecho divisaba a Kahlan abriéndose paso entre el caos, salía de su escondite para ir tras ella con salvaje desenfreno. A otros adversarios se los encontró ella misma. Recordando no sólo el adiestramiento recibido de su padre, sino también las lecciones de Richard. Kahlan se abrió paso con ferocidad entre los soldados enemigos. No les dio tregua. Ni oportunidad ni misericordia.

El adiestramiento con su padre había sido una buena base para los preceptos tácticos avanzados que Richard le había enseñado mientras ella se recuperaba de sus heridas. El sistema de Richard le había parecido extraño entonces; ahora, parecía lo más natural. De un modo muy parecido a como un caballo más ligero podía ser más maniobrable que un enorme caballo de batalla, el peso más ligero de Kahlan se convirtió en su ventaja. No se enfrentaba al enemigo del modo tradicional, que era el que esperaban. Era un colibrí, que flotaba fuera de su alcance y se abatía entre sus pesados movimientos para repartir muerte con suma eficiencia.

Tales movimientos no estaban en desacuerdo con el modo de luchar que su padre le había enseñado, sino que lo complementaban. Richard la había entrenado no con una espada, sino con una vara de sauce, una sonrisa traviesa y un brillo peligroso en los ojos. En aquellos momentos, la espada de Richard, sujeta detrás de su hombro, era un omnipresente recordatorio de aquellas lecciones que habían sido no tan sólo implacables, sino terriblemente serias.

Finalmente encontró a Verna, inclinada sobre Cara, pero no vio al general por ninguna parte. Agarró la manga de la Prelada.

—¿Cómo está?

—Vomitó, pero eso pareció haberla ayudado. Probablemente estará atontada durante un rato, pero creo que está bien.

—Tiene la cabeza dura —dijo Adié—. No se ha roto, pero debería permanecer quieta un tiempo..., al menos hasta que recupere el equilibrio.

Las manos de Cara se movieron a tientas como si tuviera dificultades para encontrar el suelo bajo ella. No obstante su evidente mareo, maldecía a la Prelada e intentaba ponerse en pie. Kahlan, acuclillada junto a Cara presionó los hombros de la mord-sith contra el suelo.

—Cara, estoy aquí. Y estoy perfectamente. Quédate quieta unos minutos

—¡Quiero acabar con ellos!

—Más tarde —repuso Kahlan—. No te preocupes, tendrás tu oportunidad. —Vio que la frente de Adíe estaba limpia de sangre—. Adié, ¿cómo estás? ¿Cómo está tu cabeza?

La anciana hechicera le quitó importancia a su rasguño con un ademán.

—¡Bah! Estoy estupendamente. Mi cabeza es más dura que la de Cara.

Se habían congregado soldados, formando una muralla protectora de acero. Verna, Adíe y Kahlan se agacharon sobre Cara, sin perder de vista la zona circundante, pero los combates de sus inmediaciones parecían haber finalizado. Incluso aunque quedaran bolsas de combates, con el gran número de soldados d'haranianos que habían cerrado filas para protegerlas, las cuatro mujeres se hallaban a salvo por el momento.

El general Meiffert regresó por fin, avanzando a través de la línea de defensores d'haranianos, que se separaron para dejarle paso. Saltó del caballo de batalla enemigo. El animal sacudió la cabeza ante la indignidad de ser moneado por el adversario y huyó. El joven general d'haraniano se agachó en el lado opuesto de Cara. Sin resuello, empezó a hablar.

—He estado haciendo comprobaciones con las primeras líneas. Esto es una incursión muy parecida a lo que les hemos estado haciendo a ellos. Parecía más grande de lo que realmente era. Cuando divisaron a la Madre Confesora, hicieron venir a los hombres a esta zona, de modo que los daños se concentraran principalmente en esta sección.

—¿Por qué no nos enteramos? —preguntó Kahlan—. ¿Qué pasó con la alarma?

—No estoy seguro. —Negaba con la cabeza mientras seguía intentando recuperar el aliento—. Zedd cree que aprendieron nuestros códigos, y que cuando dimos la alarma, debieron usar Magia de Resta para alterar la magia entretejida en el sonido que indica a nuestra gente con el don que es un ataque real.

Kahlan soltó un resoplido furioso. Todo empezaba a tener sentido.

—Por eso ha habido tantas falsas alarmas. Nos estaban insensibilizando a ellas para que, cuando atacaran, no nos preocupáramos, y creyéramos equivocadamente que nuestras propias alarmas eran simplemente otra falsa alarma que hacía sonar el enemigo.

—Imagino que tienes razón.

Flexionó el puño, contrariado. Luego miró al suelo y advirtió que Cara lo miraba con cara de pocos amigos.

—Cara. ¿Estáis bien? Estaba tan..., quiero decir, pensábamos que podrías estar malherida.

—No —respondió ella, dirigiendo una fría mirada a Verna y a Kahlan, que le sostenían los hombros contra el suelo A continuación Cara cruzó los tobillos como si tal cosa—. Simplemente pensé que tú podrías ocuparte de todo, así que decidí echar una cabezadita.

—El general Meiffert le dedicó una sonrisa y luego volvió un rostro serio en dirección a Kahlan.

—La cosa empeora. Este ataque de la caballería fue una distracción. Esperaban poder hacerse con vos, estoy seguro, pero la intención era hacernos creer que no era más que una incursión.

Kahlan sintió que el miedo le helaba la carne.

—Vienen hacia aquí, ¿verdad?

—Todo el ejército —dijo él, asintiendo—. Aún se encuentran lejos, pero tenéis razón, vienen hacia aquí. Esto fue sólo para provocar la confusión y mantenernos entretenidos.

Kahlan se le quedó mirando, anonadada. La Orden nunca antes había atacado al ponerse el sol. La perspectiva del asalto de cientos y cientos de miles de soldados de la Orden Imperial cayendo sobre ellos en la oscuridad helaba la sangre.

—¡Han cambiado su táctica! —exclamó Kahlan—. Es un alumno que aprende deprisa. Pensaba que lo había engañado, pero fui yo la engañada.

—¿Qué farfulláis? —preguntó Cara, con los dedos entrecruzados sobre el estómago.

—Jagang. Contó con que no me dejaría engañar por esas tropas que avanzan en círculo. Quería que pensara que había sido más lista que él. Me tomó el pelo.

Cara hizo una mueca.

—¿Qué?

Kahlan sintió náuseas ante las implicaciones. Se llevé una mano a la frente mientras comprendía la horrible verdad.

—Jagang quería que pensara que había adivinado su estratagema, de modo que fingiéramos que nos la creíamos y enviábamos a nuestras tropas. Probablemente se figuró que no serían enviadas tras ese señuelo, sino que te usarían contra su auténtico plan de ataque. De todos modos, eso no le importaba. Todo el tiempo tuvo pensado cambiar de táctica. Aguardaba sólo a que nuestras tropas partieran para poder atacar antes de que estuvieran en posición y mientras nuestro número era reducido.

—¿Queréis decir —preguntó Cara— que todo el tiempo que estuvisteis hablando con él sabía que fingíais?

—Me temo que sí. Fue más listo que yo.

—Puede que sí, puede que no —dijo el general Meiffert—. Aún no ha triunfado. No tenemos que permitir que se salga con la suya. Podemos mover nuestras fuerzas antes de que él pueda caer sobre nosotros.

—¿Podemos hacer regresar a los hombres que enviamos fuera? —preguntó Verna—. Sus efectivos nos ayudarían.

—Están a horas de camino —respondió el general—, viajando por zonas alejadas, dirigiéndose a las posiciones asignadas. Jamás regresarían a tiempo para ayudamos esta noche.

Más que pensar demasiado en lo crédula que había sido, Kahlan puso su mente a ocuparse del problema inmediato.

—Necesitamos movernos deprisa.

El general asintió.

—Podríamos recurrir a nuestros otros planes... lo de separamos y desperdigamos al interior de las montañas.

Kahlan pasó los dedos hacia atrás por sus rubios cabellos. El gesto de frustración hizo que pensara inopinadamente en Richard.

—Pero si hacemos eso, tendremos que abandonar la mayoría de las provisiones. En invierno, sin provisiones, nuestros hombres no durarían mucho. En cualquier caso, muertos en combate o pereciendo de hambre y frío..., estamos muertos igualmente.

—Divididos de ese modo, resultaríamos presa fácil —convino Kahlan—. Eso es un último recurso. Puede que funcione más adelante, pero ahora no. Por el memento, tenemos que mantener el ejército junto si queremos sobrevivir al invierno... y si queremos desbaratar los planes de la Orden.

—No podemos permitirles entrar sin oposición en una ciudad. No sólo sería un baño de sangre, sino que, si eligieran la ciudad apropiada, podría ser una tarea casi imposible sacarlos de allí —El general meneó la cabeza—. Podría acabar siendo el fin de nuestras esperanzas de arrojarlos de vuelta al Viejo Mundo.

Kahlan indicó por encima del hombro.

—¿Qué hay de ese valle del que hablamos, ahí atrás? El paso elevado es agosto; dos hombres y un perro pueden defenderlo si es necesario.

—Eso era lo que yo pensaba —repuso él—. La solución del valle mantiene junte al ejercito... y mantiene a la Orden teniendo que lidiar con nosotros, en lugar de que pueda volver su atención sobre cualquier ciudad. Si intentan rodearnos para ascender al interior de la Tierra Central, existen fáciles rutas septentrionales que parten del valle desde las que podemos atacar. Tenemos más hombres de camino, y podemos enviar a por otros. Es necesario que permanezcamos juntos y mantengamos el combate con el ejército de la Orden hasta que lleguen esas fuerzas.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —preguntó Verna—. Pongámonos en movimiento.

El oficial le dedicó una mirada preocupada.

—El problema en estos momentos es que, si queremos llegar al valle antes de que la Orden pueda saltar sobre nosotros, vamos a necesitar más tiempo. El paso es demasiado angosto para los carromatos. Los caballos pueden pasar, pero no los carros..., habrá que desmantelarlos. La mayoría de nuestro equipo

está pensado para desmontarse de modo que se puedan acarrear las piezas, si es necesario. Tendremos que abandonar unas pocas cosas que no se desmontan. No se tardará mucho en iniciar la marcha, pero necesitaremos tiempo para hacer pasar a todos los hombres y las provisiones al otro lado de ese paso estrecho.... especialmente en la oscuridad.

—Las antorchas funcionarían bien con una fila uniforme de hombres —observó Adíe—. Sólo deben seguir al que tienen delante, e incluso aunque la luz sea pobre…

Kahlan recordó la huella de la mano hecha con polvo brillante.

—Los que poseen el don podrían colocar un rastro iluminado para guiar a los hombres.

—Eso ayudaría —dijo el general—. Pero seguirnos con nuestro problema básico. Mientras nuestros hombres mientan desmontar y trasladar todo nuestro equipo y suministros, y aguardan su turno para cruzar el paso, la Orden llegará. Nos encontraremos en una batalla campal intentando defendernos a la vez que retrocedemos. Una retirada requiere la capacidad para moverse más deprisa que el enemigo, o al menos mantenerlo a raya mientras te retiras. El paso no nos lo proporciona.

—Ya nos hemos mantenido por delante de ellos antes —indicó Verna—. Este no es el primer ataque.

—Tenéis ratón —El oficial indicó a su izquierda—. Podríamos intentar retirarnos a lo alto de ese valle pero en la oscuridad y con la Orden atacando, creo que eso sería un error. La oscuridad es un problema. Llegarán sin pausa. A la luz del día, podríamos montar defensas y rechazarlos..., pero no de noche.

—Ya tenemos defensas instaladas, aquí —dijo Cara—. Podríamos quedarnos donde estamos y luchar contra ellos de frente.

El general Meiffert se mordió el labio inferior.

—Esa fue mi primera idea. Cara, y sigue siendo una opción, pero no me gustan nuestras posibilidades en una confrontación frontal, y menos de noche, cuando pueden hacer llegar a muchos hombres cerca de nosotros.

No podríamos usar a los arqueros de un modo fiable en la oscuridad.

No podemos ver su número ni sus movimientos con precisión, de modo que no podríamos situar a nuestros hombres adecuadamente. Es un problema de números; el suyo es casi ilimitado, el nuestro no.

Carecemos de suficientes personas con el don para cubrir todas las posibilidades; y en la guerra, allí donde no te cubres, allí te atacan. El enemigo podría penetrar por una abertura, colocarse a nuestra espalda en la oscuridad, sin que nos diéramos cuenta, y entonces estaríamos acabados.

Todos permanecieron en silencio mientras caían en la cuenta de las implicaciones de todo ello.

—Estoy de acuerdo —dijo Kahlan—. El paso es la única posibilidad que tenemos de impedir que se pierda una batalla importante esta noche.... junto con un gran número de nuestros hombres. Arriesgarse sin un beneficio real a quedarse y pelear es una elección poco recomendable.

El general escudriñó sus ojos.

—Eso todavía nos deja con el problema de cómo vamos a cruzar ese paso antes de que nos aniquilen.

Kahlan se giró hacia Verna.

—Necesitamos que obligues al enemigo a avanzar mis despacio para darnos el tiempo que necesitamos para llevar al ejército al otro lado.

—¿Qué deseas que haga?

—Usa tu vidrio especial.

El general hizo una mueca.

—Su ¿qué?

—Un arma mágica —dijo Cara—. Para cegar a las tropas enemigas.

Verna pareció estupefacta.

—Pero no estoy preparada. Sólo hemos preparado una cantidad reducida. No estoy preparada.

Kahlan se volvió de nuevo hacia el general.

—¿Qué dijeron los exploradores sobre cuánto tiempo tenemos antes de que la Orden caiga sobre nosotros?

—La Orden podría estar aquí dentro de una hora como muy pronto, dos como muy tarde. Si no los retrasamos, jamás conseguiremos salir de este valle con nuestros hombres y suministros. Si no podemos hallar un modo de demorarlos, no podemos hacer más que huir hacia las colinas o permanecer aquí y pelear. Ninguna de ellas es una elección que yo haría excepto en un situación desesperada.

—Si nos limitarnos a huir a las colinas —dijo Adíe—, podemos darnos por muertos. Juntos, estaremos vivos y al menos seremos una amenaza para el enemigo. Si nos desperdigamos, la Orden aprovechará la oportunidad para atacar y capturar ciudades. Si nuestra única opción es desperdigarnos o no ceder terreno y pelear, mejor intentar lo último que morir uno a uno en las montañas.

Kahlan se pasó los dedos por la frente mientras intentaba pensar. Jagang había cambiado su táctica y decidido entablar combate con ellos por la noche. Nunca antes lo había hecho debido al coste en vidas que significaría, pero con el gran número de sus efectivos, al parecer eso no le preocupaba. Jagang sentía muy poco respeto por la vida.

—Si tenemos que enfrentarnos a él, en una batalla total, aquí, ahora —dijo Kahlan con resignación—, probablemente perderemos esta guerra al amanecer.

—Estoy de acuerdo —dijo finalmente el general—. Tal como lo veo, no tenemos elección. Debemos actuar rápidamente y conseguir llevar al otro lado del paso a tantos hombres como podamos. Perde-

remos a todos lo que no hayan cruzado antes de que llegue la Orden, pero conseguiremos conservar a muchos.

Los cuatro permanecieron en silencio un instante, cada uno considerando el horror de aquella realidad, de quiénes quedarían atrás para morir. La furiosa actividad proseguía a su alrededor. Los hombres corrían de un lado a otro, extinguiendo fuegos, reuniendo caballos aterrorizados, ocupándose de los heridos y combatiendo a los pocos invasores que aún quedaban. Los soldados de la Orden se veían terriblemente superados en número. Aunque no por mucho tiempo.

Kahlan pensaba a toda velocidad. No podía evitar sentirse furiosa consigo misma por haberse dejado embaucar. Las palabras de Richard resonaban en su mente; «Piensa en la solución no en el problema». La solución era lo único que importaba en aquellos momentos. Volvió a mirar a Verna.

—Tenemos una hora antes de que caigan sobre nosotros. Tienes que intentarlo, Verna. ¿Crees que tienes alguna posibilidad de fabricar tu vidrio especial y luego hacer uso de él antes de que el enemigo llegue?

—Haré todo lo que pueda. Tienes mi palabra. Ojala pudiera prometer más. —Se irguió apresuradamente—. Necesitaré a las Hermanas que se ocupan de los heridos, desde luego. ¿Qué hay de las que trabajan en las primeras líneas? ¿Las que contrarrestan la magia del enemigo? ¿Puedo disponer de alguna de ellas?

—Tómalas a todas —indicó Kahlan—. Si no funciona, nada más importará.

—Me las llevaré a todas, entonces. A todas ellas —dijo Verna—. Es la única posibilidad que tenemos.

—Ponte en marcha —dijo Adié a Verna—. Acércate a las líneas del frente. En ese lado del valle estarás contra el viento cuando ataquen. Empezaré a reunir a las Hermanas para enviártelas y que te ayuden.

—Necesitamos vidrio —dijo Verna al general—. Cualquier clase. Al menos unos cuantos barriles llenos.

—Enviaré a algunos hombres con el primer barril inmediatamente. ¿Podemos al menos ayudar a romperlo?

—No; no importará si lo que arrojáis en los barriles se rompe, pero aparte de eso, deben hacerlo los que poseen el don. Simplemente traed cualquier clase de vidrio que podáis reunir, eso será iodo lo que podéis hacer

El general le prometió que se ocuparla de ello. Sosteniendo en alto el repulgo del vestido para no tropezar con él. Verna corrió a llevar a cabo su tarea. Adié la siguió pegada a sus talones.

—Pondré a los hombres en marcha ya —dijo el general a Kahlan mientras se incorporaba—. Los exploradores pueden marcar el sendero; luego podemos empezar a trasladar los suministros.

Si funcionaba, podrían escabullirse de las garras de Jagang.

Kahlan sabía que si Verna fracasaba, era probable que todos perdieran la vida, y la guerra. El general Meiffert se detuvo con una última mirada vacilante, una última oportunidad para que ella cambiara de idea.

—Hacedlo —le dijo al general—. Cara..., tenemos trabajo.

12

Kahlan detuvo su caballo en seco. Sentía el calor de la sangre fluyendo a su rostro.

—¿Qué haces? —inquirió Cara cuando Kahlan pasó la pierna por encuna del cuello del caballo y saltó al suelo.

La luna iluminaba una capa de nubes finas como encaje que cruzaban raudas el ciclo, proporcionando una tenue iluminación al territorio circundante. La fina capa de nieve recogía la luz apagada de la luna para volverla más luminosa.

Kahlan señaló hacia la figura que a duras penas podía distinguir. La flacucha niña, seguramente de poco más de diez años, estaba de pie ante un barril, golpeando con una barra de metal su interior para hacer añicos el vidrio del fondo. Kahlan entregó las riendas a Cara.

La Confesora avanzó a grandes zancadas hacia las Hermanas que trabajaban. Dispuestas en una hilera irregular, para mantener el viento a la espalda, había más de un centenar de mujeres, todas concentradas en la tarea que tenían ante ellas.

No mucho más allá, Kahlan se inclinó, pasó una mano por debajo del brazo de la Prelada y la puso en pie, Consciente de la naturaleza del trabajo que se realizaba, Kahlan mantuvo la voz baja, aunque no consiguió darle un tono amistoso.

—Verna, ¿qué hace Holly ahí abajo?

La mujer echó una ojeada por encima de las cabezas de una docena de Hermanas arrodilladas ante una tabla larga, con la brisa a sus espaldas, que trituraban con suma cuidado pedazos de vidrio con manos de mortero en el interior de almireces. Puesto que no había suficientes, muchas de las mujeres del otro lado usaban rocas y piedras redondeadas para aplastar los trocitos de vidrio. La concentración era patente en el rostro de cada mujer. El accidente que había cegado a una Hermana había ocurrido cuando a viento había cambiado y una ráfaga le había lanzado el producto de su trabajo a la cara. Lo mismo podía suceder otra vez en cualquier momento, aunque, con la llegada de la oscuridad, el viento había amainado hasta convertirse en una brisa.

Holly estaba envuelta en un abrigo descomunal y mostraba una mueca decidida mientras alzaba la barra v luego la dejaba caer en el barril colocado lejos del peligroso trabajo de las Hermanas. Kahlan vio que la barra mostraba un tenue brillo verdoso

—Está ayudando, Madre Confesora.

—¡Es una niña!

Verna señaló a lo lejos en la oscuridad, a algo que Kahlan no había visto.

—También lo son Helen y Valery.

Kahlan apretó el caballete de su nariz entre el índice y el pulgar y aspiró profundamente.

—¿Qué locura se ha adueñado de ti para que tengas criaturas cerca del frente ayudando a... a dejar ciega a la gente?

Verna echó un vistazo a las mujeres que trabajaban a poca distancia, luego sujetó el brazo de Kahlan por el codo y la condujo a donde las demás no pudieran oírlas. Una vez a solas, donde era menos probable que las oyeran, juntó las manos ante ella a la vez que asumía el semblante severo que parecía ser algo natural en ella.

—Kahlan, puede que Holly sea una niña, pero es una niña con el don, y no es ni mucho menos estúpida. Eso también va por Helen y Valery. Holly ha visto más en su joven vida de lo que cualquier criatura debería ver. Sabe lo que está sucediendo esta noche, con ese ataque, y con el ataque que se avecina. Estaba aterrada..., todos los niños lo estaban.

—¿De modo que la traes aquí... a la zona de mayor peligro?

—¿Qué querías que hiciera? ¿Enviarla a alguna parte allí atrás para que la custodiaran soldados? ¿Deseas que la obligue a estar sola en un momento como este para que sólo pueda temblar de terror?

—Pero esto es...

—Tiene el don. No obstante lo espantoso que parece, esto es mejor para ella, como lo es para las demás. Está con las Hermanas, que la comprenden a ella y a su habilidad como otros no pueden. ¿No recuerdas la tranquilidad que te daba estar con Confesoras de más edad, que sabían cómo te sentías respecto a las cosas?

Kahlan lo recordaba, pero no dijo nada.

—Las Hermanas son la única familia que ella y las otras novicias tienen ahora. Holly no está sola. Puede que aún esté asustada, pero está haciendo algo para ayudarnos, de modo que su miedo se canaliza hacia algo que ayudará a vencer la causa de su miedo.

La frente de Kahlan seguía crispada.

—Verna, es una niña.

—Y tú tuviste que matar a un niño hoy. Lo comprendo. Pero no dejes que ese acontecimiento terrible haga las cosas más difíciles para Holly. Sí, es una cosa horrible la que está ayudando a realizar, pero así son las cosas. Podría morir esta noche junto con el resto de nosotros, ¿Imaginas lo que esos brutos le harían? Al menos eso está más allá de la imaginación de su joven mente. Lo que sí puede comprender, no obstante, ya que le produce temor suficiente. Si quisiera esconderse en alguna parte, la habría dejado, pero

tiene el derecho, si así lo elige, a contribuir a salvarse. Posee el don y puede usar su poder para llevar a cabo la parte sencilla de lo que debe hacerse. Me rogó que le diera la oportunidad de ayudar.

Angustiada Kahlan se subió el manto de piel hasta la garganta mientras echaba una ojeada a la pequeña que usaba su dos brazos largos y flacos para alzar la pesada barra de acero y dejarla caer otra vez para romper el vidrio del fondo del barril. Las facciones de Holly estaban tensas mientras se concentraba en usar su don a la vez que alzaba la barra.

—¡Queridos espíritus! —Murmuró Kahlan para sí—, esto es una locura.

Cara cambió, impaciente, el peso del cuerpo al otro pie. No era indiferencia ante la situación, sino una cuestión de prioridades. Locura o no, quedaba poco tiempo, y como decía Verna, todos ellos podían morir antes de que finalizara la noche. Por cruel que sonara había cuestiones más importantes que la vida de una única niña, o, si se quería, tres.

—¿Cómo va el trabajo? ¿Estaréis listas?

La expresión osada de Verna flaqueó.

—No lo sé. —Alzo una mano con gesto vacilante, indicando el otro lado del oscuro valle situado ante ellas—. El viento es el correcto, el acceso al valle hasta nuestras tropas es muy vasto. No es que no vayamos a tener cierta caridad, es que necesitamos tener suficiente para que cuando el enemigo este cerca, podarnos soltar el polvo para que flote a través de toda la extensión del campo de batalla.

—Pero, aunque sea poco, sin duda, lo que tenéis causará daños al enemigo.

—Si no hay suficiente, podrían eludirlo o podría no estar lo bastante concentrado para causar el daño necesario para detener sus fuerzas. Su ataque no lo rechazará un número pequeño de bajas. —Oprimió un puño en la otra mano— Si el Creador retrasara el avance de la Orden Imperial lo suficiente para concedernos otra hora, como mínimo, creo que podríamos tener suficiente.

Kahlan se pasó una mano por el rostro. Aquello era pedir mucho, pero con la oscuridad, pensó que tal vez sería posible que la Orden tuviera que avanzar lo suficientemente despacio como para dar a Verna y a sus Hermanas el tiempo que necesitaban.

—Y ¿estás segura de que no podemos ayudar?¿No hay nada que nadie excepto los que tienen el don pueda hacer para echar una mano?

La máscara de autoridad de Verna volvió a emerger bajo la luz de la luna.

—Bueno, sí, hay una cosa.

—¿Qué es, pues?

—Podéis dejarme tranquila para que pueda trabajar.

Kahlan suspiró.

—Sólo prométeme una cosa.

Verna enarcó una ceja como dispuesta a escuchar prudentemente.

—Cuando llegue el ataque, y tengáis que usar este vidrio especial, sacad a las criaturas de aquí primero. Llevadlas a la retaguardia, donde podrán trasladarlas al otro lado del paso para que estén a salvo.

—Ya lo había pensado, Madre Confesora —respondió Verna con una sonrisa de alivio.

Mientras Verna volvía apresuradamente a su trabajo, Kahlan y Cara regresaron siguiendo a la hilera de Hermanas, pasando junto a donde Holly preparaba vidrio, Kahlan no pudo evitar detenerse para hablar con ella.

—Holly, ¿qué tal te va?

Cuando la niña apoyó la barra contra el costado del barril, Cara, sin el menor cariño por la magia, dirigió una mirada suspicaz al metal que brillaba levemente. En cuanto Holly retiró las diminutas manos del metal el resplandor verdoso desapareció, como si se hubiera extinguido una mecha mágica.

—Estoy perfectamente, Madre Confesora. Pero tengo frío. Empiezo a estar terriblemente cansada de tener frío.

Kahlan le dedico una cálida sonrisa mientras pasaba una mano por la hermosa cabellera de la niña.

—Como nos sucede a todos. —Se acuclilló junto a la niña—. Cuando crucemos al otro valle, podrás calentarte junto a un buen fuego.

—Eso sería espléndido —Lanzó una mirada furtiva a la barra de acero —. Tengo que seguir con mi trabajo, Madre Confesora.

Kahlan no pudo evitar apretar a la pequeña contra ella y besar su mejilla helada. Vacilantes al principio, los delgados y pequeños brazos de la niña se rindieron para rodear desesperadamente el cuello de Kahlan.

—Tengo tanto miedo —musitó Holly.

—Yo también —le respondió Kahlan en otro susurro mientras apretaba a la niña con fuerza—. Yo también.

Holly se irguió.

—¿De veras? ¿También te asusta que esos hombres horribles nos asesinen?

Kahlan asintió.

—Me asusta, pero sé que tenemos a mucha gente buena que nos mantendrá a salvo. Como tú, trabajan tan duro como pueden para que todos podamos algún día estar a salvo, y no volver a estar asustados nunca más.

La niña introdujo las manos bajo su capa para calentarlas. Su mirada descendió al suelo.

—Echo de menos a Ann, también —Volvió a alzar la vista—. ¿Está Ann a salvo?

Kahlan intentó buscar palabras de consuelo.

—Vi a Ann no hace mucho, y estaba bien. No creo que tengas que preocuparte por ella.

—Ella me salvó. La quiero y la echo mucho de menos. ¿Se reunirá con nosotros pronto?

Kahlan acercó una mano a la mejilla de la niña.

—No lo sé, Holly. Tenía cosas importantes de las que ocuparse. Estoy segura, no obstante, de que la volveremos a ver.

Contenta con aquella noticia y al parecer aliviada ante la información de que no era la única en sentir miedo. Holly regresó a su trabajo con renovada determinación.

Mientras Kahlan y Cara recogían sus caballos, oyeron que un caballo se aproximaba al galope. Antes de reconocer al jinete, Kahlan vio la mancha negra de la grupa del animal. Al ver a Kahlan agitando la mano. Zedd hizo trotar a Araña hacia ella. Saltó del lomo desnudo del animal.

—Ya vienen —anunció sin preámbulos.

Verna se precipitó hacia ellos, pues había visto llegar a Zedd.

—¡Es demasiado pronto! ¡No se suponía que llegaran aquí tan pronto.

El hombre la miró boquiabierto por el asombro.

—¡Córcholis, mujer! ¿quieres que les diga que es un poco inconveniente que ataquen justo ahora y que les agradecería que regresaran a matarnos más tarde?

—Ya sabes lo que quiero decir—le espetó ella—. No tenemos suficiente aún.

—¿Cuánto tiempo tardaran en llegar aquí? —preguntó Kahlan.

—Diez minutos.

Aquella fina esquirla de tiempo era el único baluarte entre ellos y la catástrofe. Kahlan sintió el corazón en un puño, recordando de improviso la desolada sensación de ser atacada por una turba y apaleada hasta la muerte. Verna se puso a farfullar, llevada por la contrariedad, la cólera y el temor.

—¿Tenéis algo preparado? —preguntó Zedd con la misma calma que si preguntara por la cena.

—Sí, por supuesto —dijo ella—. Pero si van a estar aquí tan pronto, no tenemos suficiente. Querido Creador, no tenemos ni con mucho lo que necesitaremos para dispersarlo a través de todo el frente. Demasiado poco es lo mismo que nada.

—No tenemos elección.

Zedd miró a la oscuridad, viendo quizá lo que sólo un mago podía ver. Tenía las mandíbulas apretadas en amarga decepción. Habló con una voz incorpórea, como un hombre cumpliendo con las formalidades cuando sabía que se había quedado sin opciones, tal vez incluso sin fe.

—Empezad a soltar lo que tengáis. Ojala sirva para algo. Me acompañan mensajeros; informaré de la situación al general Meiffert. Necesitará estar al tanto.

Ver a Zedd abandonando aparentemente toda esperanza proyectó la luz más aterradora posible sobre el destino de todos. Zedd era siempre el que los mantenía concentrados en su tarea y les daba valor, convicción y confianza. El anciano agarró las riendas de Araña con una mano y sujetó sus crines con la otra.

—Aguarda —dijo Kahlan.

El mago se detuvo y volvió la mirada hacia ella. Sus ojos eran una ventana a un cansancio interior. Kahlan no podía imaginar todas las luchas a las que Zedd se había enfrentado en su vida, o incluso en las últimas semanas. Por la mente de la Confesora pasaron como un millar de pensamientos mientras buscaba frenéticamente algún modo de dar la espalda al sombrío destino que les aguardaba.

Kahlan no podía decepcionar a Zedd. Él les había dado sostén a menudo; ahora él necesitaba otro hombro para que lo ayudara a soportar el peso. La Confesora le dedicó una mirada de feroz determinación antes de girarse hacia la Prelada.

—Verna, ¿y si no lo liberaras del modo en que planeamos? ¿Y si no nos limitamos a dejarlo flotar a la deriva, esperando que la brisa lo conduzca a donde necesitamos que vaya?

Verna abrió las manos con una expresión de desconcierto.

—¿Qué quieres decir?

—¿No sería necesario más vidrio..., la cantidad que dices que necesitas..., sencillamente para poder tener suficiente que esparcir a lo largo de todo el valle, y que todavía quedara bastante para que flotara en el aire también?

—Bueno..., sí, desde luego, pero...

—¿Y si—pregunto Kahlan— lo soltáramos en una línea a lo largo de la parte delantera del frente? Justo donde se necesita. Para eso haría falta menos, no?

—Supongo, claro —Verna alzó las manos—. Pero ya te lo dije, no podemos usar magia para ayudarnos o ellos detectaran el conjuro y se protegerán del vidrio con la misma rapidez con que lo soltemos. Será inútil. Será mejor lanzar lo que tenemos y esperar que la suerte nos acompañe.

Kahlan echo una ojeada a la llanura vacía, iluminada débilmente por la luna. No había nada que ver en el valle, pero pronto lo habría. Pronto, la nieve virgen quedaría pisoteada por las botas de casi un millón de hombres.

Únicamente el sonido del vidrio siendo triturado sobre piedra y el golpeteo de las barras de acero en los barriles alteraba el silencio nocturno. Pronto, gritos de batalla que helarían la sangre inundarían la quietud de la noche. Kahlan sintió el temor asfixiante que había experimentado cuando se dio cuenta de que todos aquellos nombres la habían atrapado sola. También sintió la cólera.

—Reúne lo que hayáis hecho hasta el momento —dijo—. Entrégamelo. Todos la contemplaran boquiabiertos.

La frente de Zedd se crispó en un arrugado nudo.

—¿En qué piensas, exactamente?

Kahlan se apartó los cabellos del rostro mientras estructuraba rápidamente su plan, de modo que fuera un todo en su mente.

—El enemigo ataca con el viento de cara..., no directamente, pero sí la bastante para nuestros propósitos. Pensaba que si cabalgo a lo largo de la parte delantera de nuestras líneas, justo enfrente de las tropas enemigas que avanzan, y libero el polvo dejando que salga poco a poco mientras paso, entonces éste fluirá en el viento detrás de mí, directo a los rostros del enemigo. Repartiéndolo justa donde hace falta, no se necesitará tanto como se necesitaría si lo dejamos flotar desde aquí, esperando que se esparza por todo el valle— Paseó la mirada de un rostro sobresaltado a otro—. ¿Entendéis lo que digo? ¿Más cerca del enemigo, no haría falta mucho menos para que hiciera efecto?

—¡Querido Creador!—protesto Verna—, ¿tienes alguna idas de le peligroso que sería eso?

—Sí —respondió ella con lúgubre determinación—. Mucho menos peligroso que enfrentarse a un ataque directo de todo el ejército. Ahora, ¿funcionaría? ¿No se necesitaría bastante menos si yo cabalgo a lo largo del frente, soltándolo poco a poco a mi paso, en lugar de dejar que marche flotando desde aquí? ¿Bien...? Nos estamos quedando sin tiempo.

—Tienes razón; no se necesitaría tanto ni con mucho. —Verna se tocó el labio mientras clavaba la vista en la oscuridad, reflexionando—. Es mejor que el modo que íbamos a usar.

Kahlan empezó a empujarla.

—Reúnelo. Venga. Deprisa.

Verna abandonó sus protestas y marchó corriendo a reunir todo lo que tenían. Cara estaba a punto de soltar una invectiva de objeciones cuando Zedd alzó una mano como para pedir que le dejara a el la protesta.

—Kahlan, otro puede hacer esto. Es estúpido arriesgar...

—Necesitaré una diversión —dijo ella, interrumpiéndolo—. Algo que les distraiga. Cabalgaré en la oscuridad, de modo que probablemente no advertirán mi presencia, pero sería mejor si hubiese algo que ocupara su atención, por si acaso, algo que los haga mirar a otra parte... por última vez.

—Como decía, otra persona puede...

—No —replicó ella con tranquila irrevocabilidad—; no pediré a nadie que haga esto. Fue mi idea. Yo lo haré. No voy a permitir que alguien ocupe mi lugar.

Kahlan se consideraba responsable del peligro en el que estaban. Era ella quien había cometida un error y caído en la trampa de Jagang. Era a ella a quien se le había ocurrido el plan y ordenado marchar a las tropas. Era ella quien había hecho posible el ataque nocturno de Jagang.

Conocía perfectamente el terror que todos sentían. Ella misma la sentía. Pensó en Holly, que temía ser asesinada par aquellas bestias salidas de la noche. El miedo era muy real.

Sería Kahlan quien habría perdido la guerra para ellos aquella noche si no conseguían hacer retroceder a su ejército a través de aquel paso para ponerlo a salvo.

—Lo haré yo misma —repitió— Así será. Quedarse aquí, discutiendo sobre ello, sólo puede costarnos nuestra posibilidad de llevarlo a cabo. Ahora necesito una diversión, y la necesito rápidamente.

Zedd soltó un enojado suspiro. El fuego había regresado a sus ojos. Agitó la mano, señalando.

—Warren está ahí atrás, esperándome. Los dos nos trasladaremos a posiciones separadas y te proporcionaremos tu distracción.

—¿Qué harás?

Por fin, Zedd cedió a una sombría sonrisa maliciosa.

—Nada elaborado en esta ocasión. Ninguna hábil artimaña, como la que sin duda esperan. Esta vez les ofreceremos una buena y anticuada andanada de fuego.

Kahlan dio un fuerte tirón a la correa que sujetaba la coraza de cuero sobre sus hombros, pecho y cintura, apretándola bien. Asintió.

—Será fuego mágico, entonces.

—No pierdas de vista tu derecha, nuestro lado, mientras cabalgas. No quiero que te cruces con lo que tengo pensado para el enemigo. También debes vigilar lo que sus gentes con el don me envíen.

Mientras se aseguraba la capa, la Confesora asintió a las breves instrucciones de Zedd. Comprobó las correas de los protectores de las piernas, asegurándose que estaban bien sujetos, recordando el modo en que los fuertes dedos del enemigo habían arañado sus piernas, intentando tirarla del caballo.

Verna regreso corriendo, con un gran cubo al extremo de cada brazo, tensado por el peso. Algunas de las Hermanas correteaban a su lado.

—De acuerdo —dijo la resollante Prelada—. En marcha.

Kahlan alargó los brazos hacia los cubos.

—Yo tomaré...

Verna los apartó violentamente.

—¿Cómo piensas cabalgar y espolvorear esto? Es excesivo. Además, tú no conoces sus propiedades.

—Verna, no voy a dejarte que...

—Deja de comportarte como una niña obstinada. En marcha.

Cara agarró uno de los cubos.

—Verna tiene razón, Madre Confesora, No podéis manteneros montada, soltar el polvo y transportar ambos cubos todo al mismo tiempo. Vosotras dos tomad éste, yo me haré cargo del otro.

La esbelta hermana Philippa corrió junto a Cara y alzó el cubo.

—El ama Cara tiene razón, Prelada. Tú y la Madre Confesora no podéis llevar los dos cubos. Vosotras dos coged uno, el ama Cara y yo llevaremos, el otro.

No habla tiempo para discutir con las tres decididas mujeres. Kahlan sabía que nadie la convencería de no hacer lo que tenía que hacer, y ellas probablemente sentían lo misma. Además, tenían razón.

—De acuerdo —respondió, poniéndose los guantes.

Se sujetó bien el manto de piel que llevaba sobre la capa de lana. No quería que nada alterara al viento. La empuñadura de la espada quedaba tapada, pero imaginó que no la necesitaría. La empuñadura de la espada de Richard sobresalía por detrás de su hombro, su omnipresente recordatorio de su esposo... si es que necesitaba uno. Se ató rápidamente los cabellos atrás con una correa de cuero.

Verna arrojó al aire un puñado de esponjosa nieve, comprobando el viento. Había mantenido la dirección y era suave, pero constante. Al menos eso iba en su favor,

—Vosotras dos id primero —dijo Kahlan a Cara—. Verna y yo aguardaremos unos cinco minutos para permitir que lo que vosotras liberéis flote en dirección al enemigo, así evitaremos cabalgar a través de ello. Luego, os seguiremos cruzando el valle. De ese modo nos aseguraremos de que no existan brechas. Debemos asegurarnos de que no haya un lugar seguro por el que pueda pasar la Orden. Es necesario que los destrozos y el pánico sean tan uniformes y generalizados como sea posible.

La hermana Philippa, observando lo que Kahlan había hecho, se sujetó bien la capa al cuello y la cintura.

—Tiene sentido.

—Será más efectivo así —estuvo de acuerdo Verna.

—Supongo que no hay tiempo para discutir sobre esta locura —refunfuñó Zedd mientras agarraba la crin de Araña y se izaba, colocándose atravesado sobre el lomo del animal. Luego pasó una pierna por encima de la grupa de Araña y se sentó muy erguido—. Dadme un minuto o dos para que me adelante y advierta a Warren, luego empezaremos a mostrarle a la Orden Imperial un auténtico trabajo de magos.

Hizo girar al caballo y sonrió. Era alentador volver a ver su sonrisa.

—Después de todo este trajín, será mejor que alguien tenga preparada algo de cena para mí en el otro lado de ese paso.

—Aunque tenga que cocinarla yo misma para ti —prometió Kahlan.

El mago les dedicó un saludo desenfadado y se perdió al galope en la oscuridad.

13

Kahlan introdujo una bota en el estribo, agarró el pomo de la silla y se izó de un salto en el asiento. El frío cuero crujió cuando se inclinó al frente y alargó una mano al suelo para ayudar a Verna a subir. Una vez que la Prelada se hubo instalado pegada a la espalda de Kahlan, dos Hermanas alzaron con cuidado el pesado cubo de madera hasta ella. Cara y la hermana Philippa estaban ya sobre su montura, con la Hermana manteniendo el cubo en equilibrio sobre el muslo.

—Llevad a las niñas al otro lado del paso —ordenó Verna. La hermana Dulcinia inclinó su canosa cabeza.

—Me ocuparé de ello, Prelada.

—Cualquier otra cantidad de vidrio que podáis tener lista para cuando la Madre Confesora y yo hayamos pasado, deberéis soltarla al viento por si acaso, luego desperdigaos detrás de nuestras líneas si la Orden consigue pasar. Si fracasamos, las Hermanas deben hacer todo lo que puedan para contener al enemigo mientras tantos como sea posible cruzan el paso y se ponen a salvo.

La hermana Dulcinia volvió a prometer llevar a cabo las órdenes de la Prelada.

Todos aguardaron unos minutos en silencio mientras daban a Zedd la ventaja que necesitaba para llegar hasta Warren. No parecía haber nada más que decir. Kahlan se concentró en lo que tenía que hacer, más que en preocuparse por si funcionaría o no. En el fondo de su mente, no obstante, era consciente de lo imperfectos que eran tales planes de batalla de última hora.

Juzgando que habían aguardado todo lo que podían arriesgarse a esperar, Kahlan movió el brazo, indicando a Cara que se pusiera en marcha.

Las dos intercambiaron una última mirada. Cara le dedicó una breve sonrisa, buena suerte; luego salió a toda velocidad, con la hermana Philippa sujetándose con fuerza a la cintura de la mord-sith con una mano y manteniendo en equilibrio el cubo sobre el muslo con la ayuda de la otra.

A medida que el sonido de los cascos del caballo de Cara se desvanecía en la noche, Kahlan advirtió por primera vez que, a lo lejos, podía oír los gritos de cientos de miles de soldados de la Orden Imperial. Las incontables voces se fundieron en un rugido continuo al acercarse más los atacantes. Casi parecía

el gemido del viento entre los colmillos rocosos de un cañón. Su caballo bufó y piafó en el suelo helado. El horrible zumbido hizo que el pulso de Kahlan se acelerara aún más. Quiso salir al galope, antes de que los hombres estuvieran demasiado cerca, pero tenía que esperar para soltar el polvo.

—Ojala pudiéramos usar magia para protegernos —dijo Verna en voz baja, casi como en respuesta a lo que Kahlan pensaba—. No podemos, claro, o ellos la detectarían.

Kahlan asintió, sin apenas oír a la mujer. Verna se limitaba a decir cualquier cosa que le venía a la mente para no tener que estar allí sentada y escuchar al enemigo cada vez más cerca.

Olvidado hacía mucho el penetrante frío, con los latidos del corazón vibrando en los oídos, Kahlan permaneció inmóvil como la muerte, con la vista fija en la vacía noche, intentando prever cada aspecto de la tarea que le aguardaba, tratando de repasarlo todo mentalmente, para no verse sorprendida por cualquier cosa que sucediera y luego tener que decidir qué hacer. Era mejor anticiparse, si se podía, que reaccionar.

Mientras permanecía sentada en silencio sobre su caballo, dejó también que su ira aumentara. La ira convertía a uno en mejor guerrero que el miedo.

Kahlan alimentó aquella ira con imágenes de todas las cosas terribles que había visto que la Orden Imperial hacía a la gente de la Tierra Central.

Dejó que los recuerdos de todos los cadáveres que había visto pasaran por su mente, como si acudieran ante la Madre eres que había visto gimiendo sobre niños, esposos, hermanas, hermanos, madres y padres asesinados. Recordó a hombres fuertes sumidos en una aflicción impotente ante la matanza sin sentido de sus seres queridos. Mentalmente, vio a aquellos hombres, mujeres y niños padeciendo a manos de una gente a la que no habían hecho nada.

La Orden Imperial no era más que una inmisericorde banda de asesinos. No merecían piedad. No la tendrían.

Pensó en Richard, que estaba en las manos de aquel enemigo, y saboreo su promesa de matar a todos y cada uno de ellos si debía hacerlo hasta recuperar a su esposo.

—Es la hora —dijo entre los apretados dientes y, sin mirar atrás, preguntó—: ¿Estas lista?

—Lista. No reduzcas la velocidad por nada, o acabaremos siendo víctimas del polvo. Nuestra única posibilidad es que el aire corra para que se lleve todo el polvo lejos de nuestros cuerpos. Cuando lleguemos al lado opuesto, una vez que lo haya arrojado todo, estaremos a salvo. Para entonces, la Orden debería hallarse en un estado de confusión, si no presa de un pánico total.

Kahlan asintió.

—Sujétate bien. Ahí vamos.

El caballo, excitado ya, probablemente por los gritos que se aproximaban, saltó al frente demasiado rápido, tirando casi a Verna de su lomo. El brazo de la mujer dio un fuerte tirón a la cintura de Kahlan, y al mismo tiempo, la Confesora alargó un brazo atrás y agarró la manga de la Prelada, sujetándola con

fuerza. Mientras corrían a toda velocidad y Verna luchaba por recuperar el equilibrio, el cubo dio un bandazo, pero Verna consiguió estabilizarlo. Por suerte, su contenido no se derramó.

Mientras obedecía su orden y corría veloz, el musculoso caballo mantenía las orejas atentas al clamor cada vez más cercano. El animal se mostraba asustadizo al tener que transportar el nada familiar peso de dos jinetes. Estaba bien adiestrado y había entrado en combate a menudo, de modo que probablemente también estaba tan nervioso porque sabía lo que significaban los gritos de guerra. Kahlan sabía que era fuerte y rápido. Para lo que ella debía hacer, la velocidad significaba la vida.

El corazón de Kahlan galopaba tan deprisa como el corcel mientras atravesaban la oscuridad del valle con un atronador retumbo. El enemigo estaba mucho más cerca ya de lo que había estado cuando Cara pasó por allí no hacía mucho, pero los cascos del caballo ahogaban en parte los gritos de guerra de incontables soldados enemigos.

Aterradores retazos de recuerdos de puños y botas pasaron fugaces por la mente de Kahlan mientras oía a hombres que iban hacia ella en la oscuridad, pidiendo sangre. Sintió su propia vulnerabilidad como nunca antes, y convirtió aquellos recuerdos de miedo en cólera ante el atropello que significaba la llegada de aquellas bestias a la Tierra Central y el asesinato de su gente. Quería que cada uno de ellos sufriera, y los quería a todos muertos. No había forma de saber con exactitud cuánto había avanzado el enemigo ya, o, con la luz de la luna detrás de ella, incluso su dirección exacta.

A Kahlan le preocupó haber apurado demasiado el tiempo, y que pudieran inesperadamente tropezarse con un muro de hombres sedientos de sangre. Con todo, quería estar cerca para soltar el polvo cegador justo en sus rostros, para asegurarse de que tenía todas las posibilidades de funcionar, de repeler el ataque. Resistió el impulso de guiar al caballo a la derecha, lejos del enemigo.

La noche se inflamó de repente con una violenta luz amarilla. Las nubes pasaron del gris a un brillante amarillo anaranjado y la blanca nieve resplandeció con un color estridente. Un espantoso zumbido vibró bajo sus costillas.

A treinta metros por delante de ella y tal vez unos tres metros por encima del suelo, una rodante luz líquida amarilla y azul se cruzó de sopetón en su camino en medio de un fragor estruendoso, goteando fuego color miel mientras dejaba una estela de humo negro. La hirviente esfera de fuego de mago iluminó vívidamente el suelo bajo ella mientras pasaba a toda velocidad. Incluso a pesar de no ir dirigida contra ella, sólo su sonido fue suficiente para hacer que Kahlan anhelara alejarse.

Sabía lo suficiente sobre el fuego de mago, el modo en que se aferraba con tenacidad a la carne, como para recelar de él. Una vez que aquel fuego vivo te tocaba, ya no te lo podías quitar de encima. Incluso una simple gotita era capaz de devorar la carne hasta alcanzar el hueso. No existía nadie lo bastante valiente o estúpido como para no temerlo. Pocas personas alcanzadas por aquella llama conjurada vivían para relatar el horror de la experiencia, y para aquellos que lo conseguían, la venganza se convertía en una obsesión perpetua.

Entonces, a la luz de aquella brillante llama que cruzaba el suelo del valle, Kahlan avistó a la horda enemiga, todos con espadas, mazas, mayales, hachas, picas y lanzas alzadas mientras aullaban sus gritos

de guerra. Aquellos hombres, torvos, intimidantes, feroces, estaban todos dominados por el salvaje deseo del combate mientras surgían como una exhalación de la noche.

A la luz de la luna, Kahlan pudo ver por primera vez toda la extensión de las fuerzas enemigas. Los informes decían su número, pero no podían transmitir totalmente la realidad de la visión. Su número se alejaba tanto de su experiencia como para desafiar la comprensión. Con los ojos abiertos de par en par y boquiabierta, lanzó una ahogada exclamación sobrecogida.

Kahlan advirtió, alarmada, que el enemigo estaba mucho más cerca de lo que había esperado. Por todo el océano de hombres, antorchas destinadas a iniciar fuegos centelleaban en el vasto mar que inundaba el valle. En el horizonte, aquella luz que centellaba en innumerables armas se desdibujaba en una línea sobre la que ella casi esperó ver navegar barcos.

El ondulante borde que iba en cabeza, erizado de escudos y lanzas, amenazaba con cerrarle el paso. Kahlan usó el talón derecho, presionando la parte posterior del flanco del caballo, para guiarlo un poco en esa dirección, de modo que se mantuvieran alejados de la oleada de hombres. Una vez corregido el curso, golpeó con los talones las costillas del animal incitándolo a seguir adelante.

Y entonces se dio cuenta, cuando silbaron flechas y se clavaron lanzas en el suelo justo frente a ella, que bajo la luz del fuego de mago, el enemigo también podía verla a ella. La bola de fuego que la había puesto al descubierto ante el enemigo desapareció con un gemido en la oscuridad, dejándola a ella en sombras e iluminando a decenas de miles de hombres a su paso sobre sus cabezas. Allá a lo lejos, detrás de la horda que avanzaba, el fuego se estrelló finalmente en el suelo, encendiendo una conflagración en medio de la caballería. A los hombres a caballo a menudo se les mantenía atrás, listos para cargar al frente cuando sus hombres tropezaran con las líneas d'haranianas. Los distantes alaridos de muerte de hombres y animales se alzaron en la noche.

Una flecha rebotó en el protector de cuero de su pierna. Más silbaron junto a ella. Una se clavó en la silla, justo por debajo de su estómago, cuando se inclinó al frente sobre la cruz del galopante caballo. Al perecer, bajo la luz de la luna todavía podían distinguirla a ella y a Verna pasando a la carrera.

—¿Por qué no están ciegos? —gritó Kahlan volviendo la cabeza.

Veía que una nube se hinchaba detrás de ellas. No parecía muy distinta del polvo que el caballo levantaba con su galope, excepto que Kahlan vio que surgía del cubo que Verna tenía apoyado contra el muslo mientras lo inclinaba hacia las líneas enemigas, un poco más, un poco menos, controlando la cantidad que vertía, manteniéndola en un flujo constante.

Cara ya había pasado, sin embargo los hombres no mostraban ningún efecto negativo.

—Tarda un poco en funcionar —dijo Verna a su oído—. Tienen que parpadear un poco.

Tras ellas, el fuego pasaba raudo hacia el enemigo. Gotitas llameantes caían a la nieve, siseando igual que lluvia sobre piedras calientes alrededor de una hoguera. El caballo resopló mientras seguía corriendo casi despavorido.

Mientras se inclinaba sobre su cruz, Kahlan le acaricio el cuello para tranquilizarlo recordándole que no estaba solo.

La Madre Confesora dejó que su mirada recorriera la línea enemiga que avanzaba mientras corría por delante de ellos. Vio que los hombres no parpadeaban demasiado. Tenían los ojos muy abiertos en su fervor por la batalla que se avecinaba.

El fuego de mago que tanto había asustado al caballo estalló a través de las filas enemigas. Llamaradas liquidas se derramaron por la masa de soldados, desencadenando un agudo rugido de gritos horrendos. Cuando los hombres que ardían chocaban contra los soldados que los rodeaban, el fuego los salpicaba también a estos, extendiendo el horror. Alrededor del fuego, la línea que avanzaba se combó. Con todo, otros hombres que corrían temerariamente en medio de la noche pisotearon a los caídos en el suelo, perdiendo pie y cayendo sobre ellos.

Otra esfera de fuego de mago pasó zumbando e se estrelló contra el suelo, esparciendo sus llamas igual que agua de una presa reventada. Tan enorme fue la erupción que la ola barrió a hombres, arrastrándolos consigo en una corriente flamígera.

Una enorme bola de fuego brotó de la línea enemiga, no muy lejos, por delante de Kahlan, dirigiéndose a las líneas d'haranianas. Inmediatamente, una pequeña esfera de llamas azules apareció rugiendo desde la derecha de la mujer, encontrándose con el pesado globo de llama amarilla en pleno aire. La colisión provocó una lluvia de fuego que cayó a su alrededor mientras pasaba al galope. Kahlan lanzó una exclamación y tiró violentamente de las riendas hacia la izquierda cuando un grueso pegote del fuego que caía se estrello en el suelo justo ante ellas, salpicando llamas en todas direcciones.

Evitaron el fuego por cuestión de centímetros, pero se encontró aproximándose al enemigo a una velocidad alarmante, incluso pudo leer algunos de los obscenos juramentos que proferían sus labios. Espoleó al aterrado caballo a la derecha. Éste giró un poco pero no lo suficiente para desviarlas y evitar que se dirigieran hacia las líneas enemigas.

Relucientes fragmentos de fuego llovieron sobre los hombres así como sobre campo abierto. El caballo corría despavorido, demasiado asustado para obedecer las instrucciones de Kahlan. El hedor de cuero quemado alimentaba aún más el miedo del animal. Kahlan bajo la mirada y vio un pedazo de fuego ardiendo sobre el protector de cuero de su muslo. La llama, pequeña pero temible aleteaba locamente al viento, pero no se atrevió a sacudirse la refulgente mota por si acaso se le pegaba a la mano.

Temía imaginar lo que sentiría cuando finalmente se abriera paso a través del cuero. Tendría que soportar el dolor cuando lo hiciera. No tenía elección.

Verna no reparó en lo que sucedía. Estaba girada, soltando aún el vidrio triturado. Kahlan veía cómo la columna que dejaba se extendía tras ellas. El largo rastro se curvó, transportado por la brisa, penetrando en el enemigo, más allá de las primeras filas, retrocediendo a través de hileras de soldados, para perderse en la oscuridad. Mucho más atrás, en las filas de la Orden, las antorchas iluminaron la nube mientras se mezclaba con el polvo del suelo.

Una flecha rozó el cuarto delantero del caballo y saltó hada arriba. Una oleada de hombres, al verla acercarse, corrieron con salvaje frenesí en un esfuerzo por cerrarle el paso. Kahlan tiró de las riendas, in-

tentando mover la poderosa cabeza del caballo hacia la derecha. Presa del terror, el animal siguió galopando al frente y ella se sintió impotente mientras intentaba conseguir que girara. No servía de nada. Iban directas a la pared de hombres.

—¡Nos estamos acercando demasiado! —chilló Verna.

Kahlan estaba demasiado ocupada para responder. E1 brazo le temblaba por el esfuerzo de tirar de la rienda derecha, intentando girar la cabeza del caballo y dirigirlo hacia la derecha, pero el animal tenía el bocado entre los dientes y tenía mucha mas fuerza que ella. El sudor corría por el cuello de Kahlan. Estiró la pierna derecha hacia atrás y clavó el talón en el ijar derecho para hacer que girara. Los hombres situados delante de ellas giraron picas y espadas para apuntar en su dirección. Pelear era una cosa, pero no tener el control y limitarse a contemplar cómo el destino corría a su encuentro era diferente.

—¡Kahlan! ¡Qué haces!

Con la presión de su bota en la parte delantera de la pata posterior derecha, Kahlan estaba consiguiendo por fin que el caballo girara, pero no era suficiente. No podría desviar al desbocado animal. El enemigo parecía un puercoespín de acero precipitándose hacia ellos.

A tres zancadas de distancia, el caballo bajó la cabeza.

—¡Buen chico! —exclamó ella.

A lo mejor el animal tendría una posibilidad de saltar por encima de las picas. Kahlan retiró su peso de la silla y se inclinó al frente. Dobló los brazos, dejando flojas las riendas con las manos colocadas a ambos lados del cuello del caballo. Mantuvo la presión sobre él con las piernas, pero le dejó disponer de la libertad que necesitaba.

No sabía si funcionaría con el peso de Verna. Si al menos las picas fueran más cortas. Chilló a Verna que se agarrara.

Un fuego de mago pasó de repente como una exhalación frente a ellas, en un vuelo bajo. Los hombres que se habían abalanzado al frente para cerrar el paso a Kahlan se arrojaron al suelo. Toda la hilera ante ellas se desplomó. El fuego pasó con un gemido justo por encima de ellos, tocando tierra finalmente a la izquierda de Kahlan. Los gritos de un millar de hombres inundaron sus oídos.

El caballo estiró la cabeza, colocando los corvejones justo debajo del cuerpo. En el último instante, la cabeza se alzó mientras saltaba hacia arriba, utilizando los poderosos cuartos traseros para proyectarse hacia lo alto. Su lomo se curvó mientras volaban por encima de la línea de hombres. Verna chilló, su brazo rodeando igual que un garfio la cintura de Kahlan. Descendieron mas allá de los soldados que se habían arrojado al suelo. Con su peso en los estribos. Kahlan usó las piernas para absorber el impacto; Verna no pudo hacerlo. Con el peso extra, el caballo casi dio un traspié al tocar el suelo, pero mantuvo el equilibrio y siguió corriendo. Habían dejado atrás a los soldados de la Orden.

—¡Qué te pasa! —Aulló Verna—. ¡No hagas eso o no podré soltarlo uniformemente!

—Lo siento —gritó Kahlan volviendo la cabeza.

A pesar del viento frío que le azotaba el rostro, el sudor descendía de su cuero cabelludo. Los soldados de la Orden parecieron desvanecerse tras sus cuartos traseros. Una mareante sensación de alivio la inundó al darse cuenta de que habían dejado atrás la parte que sobresalía de las primeras líneas de la Orden Imperial.

A lo lejos, a su espalda, una tormenta de fuego iluminé la noche. Zedd y Warren les ofrecían una buena y tradicional batalla de fuego, tal como Zedd lo había expresado. Era una demostración aterradora, aunque insuficiente para detener a un enemigo tan vasco como la Orden. A medida que aquellos que poseían el don dentro de la Orden entraban en escena y alzaban escudos, la muerte y devastación se limitó, pero los dos magos habían dado a Kahlan y Verna el tiempo que habían necesitado.

Kahlan oyó a Cara que gritaba: «¡So!» a la vez que se acercaba al galope.

En esa ocasión, con el caballo de Cara cortándoles el paso, el corcel cubierto de sudor se detuvo rápidamente. El animal estaba exhausto, como lo estaba Kahlan. Mientras desmontaban junto a Cara y la hermana Philippa. Verna arrojó el cubo vacío al suelo. Kahlan se alegró de que fuera de noche, porque así las demás no podían ver cómo le temblaban las piernas. Le alivió comprobar que la mota de fuego se había consumido antes de llegar a la carne.

Las cuatro contemplaron cómo la noche enloquecía llena de llamaradas, la mayoría estallando contra escudos mágicos, aunque haciendo daño a cualquiera que estuviera demasiado cerca. Zedd y Warren enviaban una rodante esfera de flamígera muerte tras otra, y los gritos de los hombres se podían oír a lo largo de toda la línea. El fuego era devuelto, cosechando muerte en las filas d'haranianas, pero las Hermanas alzaban ya sus propios escudos.

Sin embargo, el enorme ejército enemigo avanzaba. Como mucho, las mortíferas llamas tan solo aminoraban su marcha y alteraban el ordenado ataque.

En cuanto los que poseían el don en ambos bandos se hicieron con el control, cada uno consiguió anular los llameantes ataques del otro. Kahlan sabía que las líneas de vanguardia d'haranianas no tenían ninguna esperanza de contener la avasalladora avalancha de la Orden. Ni siquiera tenían la menor esperanza de conseguir aminorar su marcha. A la luz de la luna, veía como empegaban a abandonar sus posiciones»

—¿Por qué no funciona? —Murmuró Kahlan, en parte para sí misma; se inclinó hacia Verna—. ¿Estás segura de que lo hemos hecho bien?

Observando la temeraria carga del enemigo y el estruendo de los gritos de guerra. Verna no pareció oír la pregunta. Kahlan comprobó su espada. Comprendía lo vano que sería intentar pelear. Sintió la espada de Richard a su espalda, y se planteó desenvainarla, pero decidió que sería mejor huir. Empujo a Verna, instándola hacia su agotado caballo. Cara hizo lo mismo con la hermana Philippa.

Aún no había puesto el pie en el estribo, cuando Kahlan reparó en que la Orden aflojaba el paso. Vio hombres que daban traspiés. Algunos avanzaban a tientas con los brazos extendidos ante sí. Otros caían.

—¡Mira! —indicó Verna.

Un gemido interminable de aterrada angustia empezó a elevarse en la noche, aumentando en intensidad. Hombres tambaleantes caían unos encima de otros. Algunas blandían las espadas contra un enemigo invisible, despedazando en su lugar a sus camaradas cegados.

El avance de los hombres que iban delante se redujo a un paso de tortuga. Los soldados seguían llegando, chocando con la atascada primera línea. Los caballos de la caballería se dejaron llevar por el pánico, arrojando al suelo a los jinetes. Animales aterrorizados salieron corriendo en todas direcciones, haciendo caso omiso de los hombres que pisoteaban. Carros que iban a toda velocidad volcaban. La confusión se adueñó de las filas enemigas

El avance se desmoronó. La Orden Imperial se detuvo completamente. Zedd y Warren cabalgaron hasta ellas y desmontaron, ambos sudando a pesar del glacial aire nocturno. Kahlan estrechó la mano huesuda de Zedd.

—Gracias a vosotros salvamos el cuello.

Zedd señalo a Warren.

—Él, yo no.

—Vi el apuro en el que estabais —dijo el encogiéndose de hombros.

Todos abrieron los ojos maravillados, contemplando al ejército que se había quedado ciego.

—Es obra tuya. Verna —dijo Kahlan—. Tú y tu vidrio nos han salvado.

Finalmente, Verna y ella se abrazaron, con lágrimas de alivio corriendo por sus mejillas.

14

Kahlan fue uno de los últimos en cruzar el paso. El valle situado al otro lado estaba bien protegido por imponentes paredes rocosas alrededor de la mitad meridional. Una ruta larga y difícil llevaba allí, entre las montañas. Si bien las tropas del Imperio d'haraniano no tenían la menor intención de permitir que las atraparan en aquel valle, por aquel momento era un lugar seguro.

Grandes píceas ocupaban la falda de esa montaña, de modo que también se veían protegidos en cierto podo del viento. Tiendas de campaña alfombraban el suelo del bosque. Era agradable contemplar todas las fogatas y oler el humo de leña..., una señal de que estaban lo bastante a salvo como para que los hombres encendieran fuegos. También el aroma a comida cocinándose inundaba el aire de medianoche. Había costado mucho trabajo mover al ejército y su equipo al otro lado del paso, y los hombres estaban hambrientos.

El general Meiffert parecía tan complacido como lo estaría cualquier general al ver que el ejército que temía perder se encontraba a salvo..., al menos por el momento. Guió a Kahlan y a Cara a través de la oscuridad salpicada de miles de fogatas hasta unas tiendas que había preparado para ellas. Durante el ca-

mino las puso al corriente de cómo había ido todo con el ejército y repasó una lista de las pocas cosas que habían tenido que dejar atrás.

—Será una noche fría —dijo el general Meiffert cuando hubieron llegado a las tiendas que había motado para ellas entre dos píceas enormes—. Hice que calentaran un saco de guijarros al fuego para vos, Madre Confesora. También para vos, ama Cara.

Kahlan le dio las gracias antes de que se marchara a ocuparse de sus deberes.

Cara marchó en busca de algo que comer, Kahlan le dijo que no la esperara, que ella sólo deseaba dormir.

En el interior de la tienda. Kahlan encontró a Espíritu de pie sobre una mesita, con la lámpara que colgaba del caballete iluminando su orgullosa pose. La mujer se detuvo para acariciar con un dedo la ondulante vestimenta.

Kahlan, con los dientes castañeando, apenas podía aguardar para introducirse en la cama y colocar aquel saco de guijarros calientes bajo el manto de piel con ella. Pensó en el frío que sentía y entonces, en lugar de meterse en la cama, volvió a salir fuera y buscó por todo el oscuro campamento hasta que encontró a una Hermana. Tras seguir las indicaciones de esta, pasando entre tiendas hasta alcanzar la zona de gruesos árboles jóvenes, Kahlan encontró el pequeño refugio instalado entre las ramas para protegerlo del viento y la climatología.

Se acuclilló, inspeccionando en el interior el montón de mantas que apenas distinguía a luz que llegaba de las fogatas cercanas.

—¿Holly?¿Estás ahí dentro?

Una cabecita asomó al exterior.

—¿Madre Confesora?—La niña titiritaba—. ¿Qué sucede? ¿Me necesitas?

—Si, en realidad sí. Ven conmigo, por favor.

Holly salio al exterior envuelta en una manta. Kahlan tomó su menuda mano y la condujo de vuelta a su tienda en silencio. Los ojos de la pequeña se abrieron de par en par cuando Kahlan la hizo pasar al interior. Ante la mesita, la niña se detuvo, permaneciendo inmóvil como una estatua mientras contemplaba a Espíritu maravillada.

—¿Te gusta? —preguntó Kahlan.

Temblando de frío, Holly pasó reverentemente los delicados dedos por el brazo de la figura.

—¿De dónde sacaste algo tan hermoso?

—Richard lo talló para mí.

Holly finalmente arranco la mirada de la figura y la alzó hacia Kahlan.

—Echo de menos a Richard. —Kahlan veía el aliento de la pequeña en el aire inmóvil de la tienda—. Él siempre era amable conmigo. Mucha gente era mezquina, pero Richard siempre fue amable.

Kahlan sintió una inesperada punzada de angustia. No había esperado que el tema fuera a girar hacia Richard.

—¿Que necesitabas, Madre Confesora?

Kahlan apartó los pensamientos de su pena y sonrió.

—Me sentía orgullosa del trabajo que hiciste para ayudarnos hoy. Te prometí que estarías caliente. Esta noche lo estarás.

Los dientes de la niña castañeteaban.

—¿De veras?

Kahlan depositó la Espada de la Verdad en el otro extremo de la cama. Se despojó de algunas de sus prendas más gruesas, extinguía la lámpara, y luego se sentó sobre el camastro relleno de paja. La luz de las hogueras cercanas proporcionaba un suave resplandor a las paredes de la tienda.

—Ven. Métete en la cama conmigo. Hará mucho frío esta noche. Te necesito para que me des calor.

Holly sólo tuvo que pensárselo un segundo.

Tumbándose de costado, Kahlan presionó la espalda de Holly contra su estómago y luego arrastró el saco de guijarros calientes hacia arriba, sobre la parte delantera de la niña. Holly abrazó el saco y gimió emocionada ante aquel calor. El gemido de satisfacción hizo sonreír a Kahlan.

Durante un buen rato, sonrió, disfrutando del sencillo placer de ver a a la niña caliente y a salvo. Tener a la pequeña allí, apretándola contra ella, ayudó a Kahlan a olvidar todas las cosas terribles que había visto aquel día.

Muy arriba en las montañas, un lobo solitario entonó una larga y solitaria llamada. El grito resonó por el valle, apagándose poco a poco, para renovarse una y otra vez con acongojada persistencia.

Con la espada de Richard a su espalda, los pensamientos de Kahlan giraron hacía su esposo. Pensando en él, preguntándose dónde estaba y si estaba bien, lloró en silencio hasta dormirse.

Al día siguiente, la nieve descendió desde las montañas más altas para arrasar las regiones meridionales de la Tierra Central. Las tormentas rugieron durante dos días. La segunda noche de la tormenta de nieve, Kahlan compartió su tienda con Holly, Valery y Helen. Se sentaron bajo las mantas, comieron el estofado del campamento, cantaron canciones, contaron historias de príncipes y princesas, y durmieron juntas para mantenerse calientes.

Cuando la tormenta finalizó por fin en un triste amanecer dorado, la mayoría de las tiendas tenían nieve amontonada hasta los aleros en su lado a favor del viento, Las más pequeñas estaban totalmente

cubiertas. Los hombres se abrieron paso al exterior, igual que marmotas salidas de sus madrigueras para echar un vistazo.

Durante las semanas siguientes, las tormentas siguieron pasando sobre ellos, arrojando más nieve. Con un tiempo así, combatir, o incluso mover un ejército a mucha distancia, resultaba difícil. Los exploradores informaron de que la Orden Imperial había retrocedido a una semana de marcha de vuelta hacia el sur.

Sería una carga tener que atender a hombres ciegos, A un día de camino alrededor del lugar donde se había soltado el vidrio especial, los exploradores d'haranianos comunicaron que habían visto más de sesenta mil cadáveres congelados, recubiertos ahora por la nieve; hombres ciegos incapaces de cuidar de sí mismos en aquellas duras condiciones climáticas, probablemente la Orden Imperial los había abandonado a su suerte. Unas cuantas docenas de los que estaban ciegos habían conseguido cruzar el paso, buscando ayuda, suplicando piedad. Kahlan había ordenado que los ejecutaran.

Era difícil saber el número exacto de personas que el vidrio especial de Verna había dejado ciegas; podría ser que hubiese muchas que retrocedieran con la Orden Imperial, llevadas con ellos para que efectuaran tareas menores. No obstante, era probable que los cuerpos de los que hablaban los exploradores fueran el grueso de los que habían quedado ciegos. Kahlan podía imaginar que Jagang no los querría en el campamento, usando comida y suministros, recordando a sus hombres la hiriente retirada.

Sabía, sin embargo, que para Jagang la retirada significaba un contratiempo momentáneo y no una reconsideración de sus objetivos. La Orden tenía hombres suficientes como para que no le afectara la pérdida de los cien mil que habían muerto desde el inicio de los enfrentamientos. Por el momento, el clima impedía a Jagang contraatacar.

Kahlan no pensaba quedarse allí quieta a esperarlo. Un mes más tarde, cuando el representante de Herjborgue llegó, se reunió inmediatamente con él en el pequeño refugio de tramperos que habían encontrado arriba, entre los árboles del lado oeste del valle. El refugio se encontraba bajo la protección de unos imponentes abetos, lejos de las zonas despejadas donde se congregaban las tiendas. El refugio se había convertido en lugar de residencia usual para Kahlan, y a menudo servía como centro de mando del ejército.

El general Meiffert se sentía muy aliviado cuando Kahlan se alojaba en el refugio. Le hacía sentir como si el ejército hiciera algo para proporcionar mejor alojamiento a la Madre Confesora: la esposa de lord Rahl. Kahlan y Cara agradecían las noches que dormían en el refugio, pero Kahlan no quería que nadie pensara que no era capaz de vivir en las condiciones que los demás tenían que soportar. En ocasiones, hacia que las niñas durmieran el refugio junco con algunas de las Hermanas, y a veces insistía en que Verna durmiese allí con Holly, Valery y Helen. No costaba mucho convencer a la Prelada.

Kahlan recibió al representante Theriault del país de Herjborgue, invitándolo al interior del acogedor refugio. Lo acompañaba una pequeña unidad de guardias, que esperaron fuera. Herjborgue era un país pequeño. Su contribución a la campaña bélica se limitaba a su único producto: la lana, Kahlan necesitaba a aquel hombre.

Después de arrodillarse ante la Madre Confesora, recibiendo el saludo tradicional, el representante Theriault se irguió y echó la gruesa capucha atrás, sobre sus hombros. El hombre sonrió abiertamente.

—Madre Confesora, cómo me alegro de veros bien.

Ella le devolvió una sonrisa sincera.

—Y yo a vos, representante Theriault. Aquí, acercaos al fuego y calentaos, junto a la chimenea de piedra, el visitante se quitó los guantes y extendió las manos ante las crepitantes llamas. Dirigió una ojeada a la reluciente empuñadura de la espada que sobresalía por detrás del hombro de la Confesora, y luego su mirada se vio atraída por Espíritu, que se alzaba orgullosa sobre la repisa de la chimenea. La contempló maravillado, como hacían todos los que veían la orgullosa figura.

—Nos enteramos de la captura de lord Rahl —dijo por fin—. ¿Ha habido alguna noticia?

Kahlan negó con la cabeza.

—Sabemos que no le han hecho daño, pero es todo. Conozco a mí esposo; es persona de recursos. Espero que hallara un modo de regresar a ayudarnos.

El hombre asintió, con el entrecejo fruncido mientras escuchaba con seriedad.

Cara, de pie junto a la mesa, a quien las palabras de Kahlan habían traído a la memoria a su lord Rahl, hizo girar distraídamente su agiel entre los dedos. Kahlan supo por la expresión en los ojos azules de la mujer, y por el modo en que dejó que el arma volviera a balancearse: como si tal cosa de la pequeña cadena que rodeaba su muñeca, que el agiel, que estaba vinculado al lord Rahl vivo, todavía poseía su poder. Mientras funcionase, sabían que Richard estaba vivo. Eso era todo lo que sabían.

—¿Cómo va la guerra? Todos aguardan noticias con ansiedad —preguntó el hombre.

—Hasta donde podemos calcular, hemos conseguido matar a más de cien mil de sus hombres.

Theriault lanzo una exclamación de sorpresa. Tales cifras eran asombrosas para alguien que provenía de un lugar tan pequeño como Herjborgue.

—Entonces deben de estar vencidos. ¿Han corrido de vuelta al Viejo Mundo?

En lugar de encontrarse con su mirada, Kahlan clavó los ojos en los troncos que crepitaban en el oscilante resplandor de las llamas.

—Me temo que la pérdida de tantos hombres no tiene resultados catastróficos para la Orden Imperial. Estamos reduciendo su número, pero tienen un ejército de más de diez veces esa cantidad. Siguen siendo una amenaza, a una semana de camino al sur de aquí.

Kahlan alzó los ojos y vio que el hombre la miraba de hito en hito Pudo darse cuenta por la expresión de sus ojos que le costaba imaginar a tanta gente. Su rostro enrojecido por el viento había palidecido.

—¡Queridos espíritus...!—murmuró—. Habíamos oído rumores, pero averiguar que son ciertos... —Con una expresión abatida, movió la cabeza—. ¿Cómo va a ser posible derrotar a un adversario de ese tamaño?

—Me parece recordar, hace unos cuantos años, que estuvisteis en Aydindril para ver al Consejo y tuvisteis cierto problema tras una esplendida cena. Aquel hombretón de Kelton, no recuerdo su nombre, alardeaba y hablaba mal de vuestro pequeño país. Os dio un nombre. ¿Recordáis esa noche? ...¿Qué os llamó?

Los ojos del representante Theriault centellearon a la vez que éste sonreía.

—Insignificante.

—Insignificante. Eso fue. Imagino que sentía que, puesto que era doble de grande que vos, eso lo convertía en superior. Recuerdo a hombres despejando una mesa, y a vosotros dos echando un pulso.

—Bueno, yo era más joven por entonces, y tomé unas cuantas copas de vino durante la cena.

—Vencisteis.

Él rió con suavidad.

—No mediante la fuerza. Él era un engreído. Yo fui listo, quizás, y rápido..., eso es todo.

—Vencisteis; ése fue el resultado. Esas cien mil tropas de la Orden no están menos muertas porque nos superaran en número.

La sonrisa abandonó los labios del hombre.

—Comprendido. Supongo que la Orden Imperial debería abandonar, ahora, mientras les quedan hombres. Recuerdo que esos cinco mil reclutas galeanos que mandabais fueron tras aquella fuerza de cincuenta mil, y los eliminaron. —Apoyó un brazo en la repisa toscamente tallada—. En cualquier caso, veo a lo que os referís. Cuando te enfrentas a una fuerza superior, debes usar la inteligencia.

—Necesito vuestra ayuda —le dijo Kahlan.

Los grandes ojos castaños del hombre reflejaron la luz de las llamas al volverse hacia ella.

—Cualquier cosa, Madre Confesora. Si está en mi poder hacerlo, cualquier cosa. Kahlan se inclinó y empujó otro tronco al fuego. Se arremolinaron chispas a su alrededor antes de ascender por la chimenea.

—Necesitamos capas de lana, capas con capucha, para los hombres.

El hombre lo meditó sólo un instante.

—Sólo decidme la cantidad, y me ocuparé de ello. Estoy seguro de que puede arreglarse.

—Necesitaré al menos cien mil, que es todo nuestro ejército aquí, en estos momentos. Esperamos más hombres en cualquier momento, de modo que si podas añadir la mitad de ese número, sería de gran ayuda para destruirá la Orden.

Mientras efectuaba, sus cálculos mentales, Kahlan usó el atizador para colocar el nuevo tronco en la parte posterior del fuego.

—Sé que no pido nada fácil.

El hombre se rascó el cuero cabelludo a través de la espesa cabellera gris.

—No es necesario que escuchéis lo difícil que será, eso no os ayudará a ganar, de modo que permitid que os diga sólo que las tendréis.

La palabra del representante Theriault era una garantía tan solvente como el oro, e igual de valiosa. Kahlan se irguió y se volvió hacia él.

—Y las quiero de lana blanqueada.

El otro enarcó una ceja lleno de curiosidad.

—¿Lana blanqueada?

—Tenemos que ser listos, como podéis comprender. La Orden Imperial viene de muy al sur. Richard estuvo allí abajo, en una ocasión, y me contó que el clima es muy diferente de cómo es aquí arriba, en el Nuevo Mundo. Sus inviernos no se parecen en nada a los nuestros. Si no ando errada, la Orden no está familiarizada con el invierno, ni tampoco está acostumbrada a sobrevivir; y mucho menos a pelear, con un tiempo así. El clima invernal puede resultar difícil, pero esto nos da ventaja.

Kahlan apretó un puño ante él.

—Quiero acosarlos sin piedad. Quiero usar el clima invernal para hacerles padecer. Quiero atraerlos..., hacer que peleen..., en condiciones que no comprenden tan bien como nosotros.

»Quiero las capas con capuchas para que ayuden a ocultar a nuestros hombres. Quiero poder usar el estado del tiempo para acercarme en incursiones, y luego desaparecer justo ante sus ojos.

—¿No tienen a gentes con el don?

—Sí, pero no van a tener a una hechicera diciéndole a cada arquero dónde apuntar su flecha.

El hombre se acarició la barbilla.

—Sí, veo a lo que os referís. —Dio una palmada en la repisa de la chimenea como para sellar su promesa—. Pondré a nuestra gente a trabajar al momento. Vuestros hombres también necesitarán mitones que calienten sus manos.

Kahlan sonrió reconocida.

—Os lo agradecerán. Haced que vuestra gente empiece a enviarnos las capas en cuanto tengan algunas listas. No esperéis a tenerlas todas. Podemos iniciar nuestras incursiones con cualquier número de personas y luego ir aumentándolo a medida que entreguéis más.

El representante Theriault se alzó la capucha y abrochó la gruesa capa de lana.

—El invierno acaba de llegar. Cuanto más tiempo tengáis para reducir su número mientras la ventaja está de vuestra parte, mejor. Ahora permitid que me ponga en marcha enseguida.

Kahlan y el hombre se estrecharon los brazos, lo que no era algo que la Madre Confesora tuviera por costumbre hacer, pero si algo que cualquiera haría en sincera apreciación de una ayuda.

Mientras Cara y ella permanecían de pie ante la puerta, contemplando cómo el representante y su escolta se alejaban con pasos lentos por la nieve, Kahlan esperó que el suministro de capas blancas empezara a llegar pronto, y que fueran tan efectivas como esperaba.

—¿Realmente creéis que podemos llevar adelante la guerra con efectividad en invierno? —preguntó Cara.

Kahlan giró hacia la puerta.

—Debemos hacerlo.

Antes de regresar al interior, Kahlan distinguió una procesión que ascendía entre los árboles. Cuando estuvieron algo más cerca, vio que era el general Meiffert, a pie, quien iba en cabeza. Consiguió distinguir a Adíe, Verna. Zedd y Warren, todos andando junto a cuatro jinetes. El sol del mediodía centelleaba en la empuñadura de la espada del jinete que iba delante.

Kahlan lanzó una exclamación al ver quién era.

Sin molestarse en volver a entrar en busca de su capa o el manto de piel, echo a correr por la nieve para ir a su encuentro, con Cara pegada a sus talones.

—¡Harold! —llamó cuando estuvo más cerca— ¡Ah. Harold! ¡No sabes lo que nos alegra verte!

Era su hermanastro, llegado desde Galea. Kahlan vio entonces a algunos de los otros hombres que iban a caballo tras él, y volvió a lanzar una exclamación de asombro. El capitán Bradley Ryan, comandante de los reclutas galeanos junto a los que ella había peleado estaba allí, y su teniente, Flin Hobson. Le pareció reconocer al sargento Frost, en la retaguardia El rostro le dolía de tanto sonreír mientras corría hacia ellos a través de la gruesa capa de nieve.

Kahlan quiso arrancar a su hermanastro del caballo y abrazarlo. Con un uniforme de campaña galeano, mucho más discreto que el uniforme de gala, tenía un aspecto espléndido sobre su montura de buena casta. Sólo entonces reparó ella en lo mucho que le habla preocupado que tardara tanto en llegar.

Actuando como el príncipe que era, Harold ladeó la cabeza hacia ella mientras efectuaba una inclinación sobre la silla. Le dedicó sólo una leve sonrisa reservada.

—Madre Confesora, me complace encontrarte bien.

El capitán Ryan sonreía de oreja a oreja aunque el príncipe Harold no lo hiciera. Kahlan tenía afectuosos recuerdos de Bradley y Flin, de su valentía, coraje y ánimo. El combate había sido horrendo, pero la compañía de aquellos excelentes soldados, jóvenes magníficos todos ellos, era un recuerdo que atesoraba. Habían hecho lo imposible antes, y habían venido a volverlo a hacer.

De pie junto al caballo, Kahlan alargó el brazo para tomar la mano de Harold.

—Ven dentro. Tenemos un buen fuego encendido. —Hizo una sena al capitán, el teniente y el sargento—. También vosotros. Venid dentro y calentaos.

Kahlan se volvió hacia los demás, que no parecían ni con mucho lo felices que Kahlan pensaba que deberían estar.

—Cabremos todos. Venid dentro.

El príncipe Harold descendió abandonando el estribo,

—Madre Confesora..,

Kahlan no pudo evitarlo. Arrojó los brazos al cuello de su hermanastro. Era todo un hombretón, muy parecido al padre de ambos, el rey Wyborn.

—Harold, me siento tan aliviada al verte... ¿Cómo está Cyrilla?

Cyrilla, hermana de Harold y hermanastra de Kahlan, era doce años mayor que Kahlan. Llevaba enferma desde lo que parecía una eternidad.

Capturada por la Orden, Cyrilla fue arrojada a un pozo con una banda de asesinos y violadores. Harold la rescató, pero los abusos padecidos la habían dejado en un estado de incoherencia, totalmente ajena a los que la rodeaban. Recuperaba la razón sólo muy raramente, y cuando recuperaba la consciencia, las más de las veces chillaba y lloraba de un modo incontrolable. Una de las veces en que estuvo lúcida, había pedido a Kahlan que prometiera ser la reina de Galea y mantener a salvo a su pueblo.

Harold, que deseaba seguir siendo comandante del ejército galeano, rechazó la corona, así que Kahlan había accedido de mala gana a su deseo.

Los ojos de Harold se movieron brevemente hacia los demás.

—Madre Confesora, tenemos que hablar.

15

Siguiendo las instrucciones del príncipe Harold, el capitán Ryan y sus dos hombres fueron a ocuparse de sus tropas y caballos mientras el resto de ellos se apiñaban en el pequeño refugio de tramperos. Zedd y Warren se sentaron sobre un banco construido con una tabla colocada encima de dos leños. Verna y Adie se sentaron en la pared opuesta, sobre otro banco. Cara se dedicó a mirar por la pequeña ventana.

De pie, cerca de Cara, el general Meiffert observaba mientras el príncipe pasaba un dedo de un lado a otro a lo largo del borde delantero de la mesa. Kahlan juntó las manos sobre la mesa anee ella.

—Bien —empezó, temiendo lo peor—, ¿cómo está Cyrilla?

Harold se alisó la parte frontal del abrigo.

—La reina se ha... recuperado.

—¿Reina...? —Kahlan se alzó de su asiento—. ¿Cyrilla se ha recuperado? Harold, esa es una noticia maravillosa. ¿Y ha vuelto a ponerse la corona por fin? ¡Aún mejor!

Kahlan estaba muy satisfecha de verse relevada del papel de reina de Galea. Como Madre Confesora, era un deber incómodo que Cyrilla podía desempeñar mejor. Más que eso, sintió un gran alivio al saber que su hermanastra se había recuperado finalmente. Si bien jamás estuvieron muy unidas, compartían un respeto mutuo.

Con todo, más que su alegría ante la recuperación de Cyrilla, Kahlan sintió una sensación de liberación ante el hecho de que Harold hubiese, traído por fin sus tropas hasta allí para unirse a ellos. Esperaba que hubiese podido reclutar a los cien mil de los que habían hablado anteriormente; sería un buen principio para el ejército que Kahlan necesitaba reclutar. Harold se lamió los labios agrietados por el frío. A juzgar por la inclinación de sus hombros, estuvo segura de que la tarea de reunir a su ejército había sido dura, y el viaje difícil. Nunca había visto en su rostro un aspecto tan extenuado. Mostraba una expresión vaga que le recordó a su padre.

Kahlan sonrió con entusiasmo, decidida a mostrar su agradecimiento.

—¿Cuántos soldados has traído? Te puedo garantizar que nos irían muy bien los cien mil. Eso más o menos doblaría lo que tenemos aquí hasta ahora. Los espíritus saben que los necesitamos.

Nadie decía nada. Mientras paseaba la mirada de una persona a la siguiente, nadie quiso devolvérsela.

La sensación de alivio iba abandonando a la Madre Confesora.

—Harold, ¿cuántos soldados has traído?

Su hermanastro se pasó los gruesos dedos por el largo y espeso cabello oscuro, alisándolo hacia atrás.

—Unos mil.

Lo miró estúpidamente, hundiéndose de nuevo en su silla.

—¿Un millar?

Él asintió, sin devolverte la mirada.

—El capitán Bradley y sus hombres. Aquellos que condujiste y junto a los que combatiste, con anterioridad.

Kahlan sintió que su rostro enrojecía.

—Necesitamos a todos tus soldados. Harold, ¿qué sucede?

Finalmente, él le devolvió la mirada.

—La reina Cyrilla rechazó mi plan de llevar a nuestras tropas al sur. Poco después de que estuvieras allí y la visitaras, superó su enfermedad. Volvió a ser ella misma..., llena de ambición y ardor. Ya sabes cómo era. Siempre fue incansable en su defensa de Galea. —Sus dedos tamborilearon distraídamente sobre la mesa—. Pero me temo que su dolencia la ha cambiado. Teme a la Orden Imperial.

—También yo —replicó Kahlan con rabia contenida; percibía la espada de Richard apretada contra la parte posterior de su hombro y vio que los ojos de Harold la contemplaban—. Todo el mundo en la Tierra Central teme a la Orden. Por eso necesitamos esas tropas.

El asentía mientras ella hablaba.

—Se lo dije. Lo hice. Dijo que ella es la reina de Galea, y que como tal, debe anteponer nuestro país a todo.

—¡Galea se ha unido al Imperio d'haraniano!

Su hermanastro abrió las manos en un gesto de impotencia.

—Cuando estaba enferma, no fue... consciente de que ese acontecimiento tenía lugar. Dijo que sólo te entregó la corona para salvaguardar a su pueblo, no para ceder su soberanía. —Dejó caer las manos a loa costados —. Afirma que jamás tuviste tal autoridad y se niega a acatar el cuerdo.

Kahlan dirigió una ojeada a las otras personas de la habitación, sentadas sin decir nada como un tribunal de sombríos jueces.

—Harold, tú y yo hemos discutido todo esto en el pasado. La Tierra Central está amenazada. —Alargó el brazo majestuosamente—, ¡Todo el Nuevo Mundo está amenazado!. Debemos rechazar esa amenaza, no dedicarnos a defender un país cada vez..., o hacer que cada país intente arreglárselas por sí solo. Si hacemos eso, caeremos todos, de uno en uno. Debemos permanecer juntos.

—Estoy de acuerdo contigo, en principio, Madre Confesora. La reina Cyrilla no.

—Entonces es que Cyrilla no se ha recuperado, Harold. Sigue enferma.

—Puede que sea así, pero no soy yo quien debe decirlo.

Con el codo sobre la mesa, Kahlan apoyo la frente en su mano. Por su cabeza aullaban pensamientos que exigían que aquello no estuviera sucediendo

—¿Qué hay de Jebra? —preguntó Zedd.

Kahlan se sintió aliviada al oír su voz, como si la razón regresara a la locura de lo que oía, como si el peso de otra voz pudiera arreglar las cosas.

—Dejamos a la vidente allí para que ayudara a cuidar de Cyrilla y os aconsejase a vos. Sin duda, Jebra debe haber aconsejado a Cyrilla en contra de tales acciones.

Harold volvió a bajar la cabeza.

—Me temo que la reina Cyrilla ordenó que arrojaran a Jebra a una mazmorra. Lo que es más, la reina dio órdenes de que si Jebra pronuncia una sola palabra de esa blasfemia suya, como la llama la reina Cyrilla, se le debe cortar la lengua.

A Kahlan le costó hasta parpadear. Ya no era el comportamiento de Cyrilla lo que tanto la asombraba. Sus palabras surgieron parcas y crispidas, los restos descarnados de un respeto muerto.

—Harold, ¿por qué cumples las órdenes de una loca?

La mandíbula de su hermanastro se irguió, como si se sintiera herido por su tono.

—Madre Confesora, no es únicamente mi hermana, sino mi reina. He jurado obedecer a mi reina para proteger al pueblo de Galea. Todos esos hombres nuestros que hay aquí, que han estado combatiendo con tu ejército, también han jurado proteger a los habitantes de Galea por encima de todo lo demás. Ya les he transmitido las órdenes de la reina. Todos debemos regresar a Galea de inmediato. Lo siento, pero así es como debe ser.

Kahlan dejó caer violentamente el puño sobre la mesa y se alzó de un salto.

—¡Galea se encuentra en la entrada del valle del Callisidrin! ¡Es una entrada al corazón mismo de la Tierra Central! ¿No te das cuerna de lo tentadora que puede ser esa ruta para la Orden Imperial? ¿No comprendes que podrían querer partir en dos la Tierra Central?

—Claro que lo veo, Madre Confesara.

Ella señaló con un brazo rígido, apuntando al campamento situado más allá del refugio.

—¿De modo que simplemente esperáis que esos hombres de ahí fuera pongan sus vidas entre vosotros y la Orden? ¿Tú y la reina Cyrilla esperáis de un modo insensible que esos hombres de ahí fuera mueran protegiéndoos?... ¿mientras vosotros permanecéis tan cómodos en Galea?... ¿esperando que impidan que la Orden llegue hasta vosotros?

—Desde luego que no, Madre Confesora.

—¡Qué te sucede! ¿No te das cuenta de que si peleas con nosotros para detener a la Orden, estas protegiendo a las gentes de tu tierra natal?

Harold se pasó la lengua por el labio.

—Madre Confesora, todo lo que dices es probablemente cierto. También es irrelevante. Soy comandante del ejército galeano. Toda mi vida ha estado dedicada a servir al pueblo de Galea y a mi sobe-

rano; primero mi madre y mi padre, y luego mi hermana. Desde que era un niño sobre las rodillas de mi padre, se me enseñó a proteger Galea por encima de todo.

Kahlan hizo todo lo posible por controlar la voz.

—Harold, es evidente que Cyrilla sigue enferma. Si de verdad estas interesado en proteger a tu gente, debes darte cuenta de que lo que estás haciendo no es el modo de conseguirlo.

—Madre Confesora, mi reina me ha encargado que proteja al pueblo de Galea, Conozco mi deber.

—¿Deber? —Kahlan se pasó una mano por el rostro—. Harold, no puedes seguir ciegamente el capricho de esa mujer. La ruta a la vida y la libertad existe sólo a través de la razón. Puede que ella sea reina, pero sólo la razón puede ser tu autentico soberano. No usar la razón en esto, no pensar, es un desvarío.

Él la miró como si fuera una pobre criatura que no comprendía el mundo de las responsabilidades adultas.

—Es mi reina. La reina está consagrada al pueblo.

Kahlan hizo tamborilear los dedos sobra la mesa.

—Lo que Cyrilla está es engañada por fantasmas que aún la persiguen. Causará daño a vuestro pueblo, y tú vas a ayudarla a provocar la ruina de Galea porque deseas que algo sea verdad, incluso aunque no es así. La ves como fue una vez, no como es ahora.

—Madre Confesora —repuso él, encogiéndose de hombros—, comprendo por qué piensas lo que piensas, pera no puede cambiar nada. Debo hacer lo que ordena mi reina.

Con los codos sobre la mesa, Kahlan sostuvo la cabeza entre las manos durante un rato, temblando de cólera ante lo demencial de la decisión de su hermana. Finalmente alzo los ojos, devolviéndole la mirada a su hermanastro.

—Harold, Galea es parte del Imperio d'haraniano, Galea tiene una reina solo por la indulgencia del imperio. Aunque sea una reina, incluso si no reconoce el gobierno del Imperio d'haraniano, sigue estando, como siempre lo ha estado, subordinada a la Madre Confesora de la Tierra Central. Como Madre Confesora, así como en mi calidad de líder del Imperio d'haraniano en ausencia de lord Rahl, formalmente pongo fin a tal indulgencia. Cyrilla se ha quedado ahora sin autoridad y queda destituida de su cargo. Ya no es la reina de nada, y mucho menos de Galea.

»Se te ordena regresar a Ebinissía, poner bajo arresto a Cyrilla por su propia protección, liberar a Jebra y regresar a este ejército con la vidente y todos los soldados galeanos a excepción de una milicia para la protección de la capital

—Madre Confesora, lo siento, pero mi reina ha ordenado...

Kahlan dio una violenta palmada sobre la mesa.

—¡Basta!

Harold se quedó callado mientras Kahlan se ponía en pie. Con las yemas de los dedos presionadas contra la mesa, se inclinó más hacia él.

—Como Madre Confesora, te estoy ordenando que lleves a cabo mis órdenes al instante. Esto es definitivo. No escucharé nada más.

La habitación parecía atenazada por la gravedad de lo que sucedía. Cada rostro severo observaba vigilante, aguardando ver qué sucedería. Harold habló en una voz que a Kahlan le recordó la de su padre.

—Comprendo que puede carecer de sentido para ti, Madre Confesora, pero debo elegir mi deber para con mi pueblo por encima de mí deber para contigo. Cyrilla es mi hermana. El rey Wyborn siempre me dijo que dirigiera un buen ejército. Un oficial debe obedecer a su reina. Los hombres que tengo aquí han recibido órdenes de su reina de regresar de inmediato a proteger Galea. Soy un hombre ligado por mi honor a proteger a mi gente, tal y como lo ha ordenado mi reina.

—Estúpido presuntuoso. ¿Cómo te atreves a hablarme de tu honor? Sacrificas las vidas de gente inocente por tus vanas ilusiones de honor. Honor es ser honesto con la realidad, no un deber ciego a lo que deseas que sea. Tú no tienes honor, Harold.

Se dejó caer en la silla y miró mis allá de él, a un lado, clavando la vista en la chimenea, en las llamas.

—He dado mis órdenes, ¿Te niegas a obedecerlas?

—Debo negarme, Madre Confesora. Deja que diga un sólo que no lo hago con mala intención.

—Harold —dijo ella con voz apagada—, estas cometiendo traición.

—Me doy cuenta de que tal vez lo veas así. Madre Confesora.

—Lo veo, ya lo creo que lo veo así. Cometes traición contra tu gente, contra la Tierra Central, contra nuestra unión d'haraniana, contra la Orden Imperial, y traición contra la Madre Confesora. ¿Qué crees que debería hacer yo al respecto?

—Esperaría que, si estas tan profundamente convencida de ello, me hicieras ejecutar. Madre Confesora.

—Si tienes suficiente sentido común para darte cuenta de eso —dijo ella, alzando los ojos hacía él—, entonces ¿de qué te servirá ceñirte a las órdenes de una loca? No hará más que provocar tu muerte, y entonces no podrás llevar a cabo las órdenes de tu reina. Mantenerte en tu decisión sólo puede conseguir que tu gente se quede sin tu ayuda, que es lo que afirmas que colocas por encima de todo lo demás. ¿Por qué simplemente no hacer lo correcto y nos ayudas para a ayudar a tu pueblo? Puesto que te niegas, te has mostrado, en realidad, carente de sentido común, y desde luego de honor.

Los ojos del hombre giraron hacia ella ardiendo de cólera. Los nudillos de sus manos se tornaron blancos.

—Quiero que se me escuche ahora. Madre Confesora. Si me atengo a mi honor, incluso aunque me cueste la vida, estaré honrando a mi familia, a mi hermana, a mí, reina y a mi país. Un país forjado por mi padre, el rey Wyborn, y mi madre, la reina Bernadine. Cuando era joven, mi padre, mi rey soberano, le fue arrebatado a mi madre, a mi familia, a mi país, por las Confesoras, arrebatado por el poder de una Confesora para complacer el deseo egoísta de aquellas mujeres de conseguirle un esposo a tu madre, para complacer el deseo egoísta de ésta de tener a un hombre fuerte que engendrara a su hija..., tú. Ahora, tú. Madre Confesora... la hija de ese robo de ese hombre amado, arrebatado a su familia cuando yo no era más que un muchacho... ¿tú querrías arrebatarme del lado de mi hermana? ¿Arrebatarla también a ella de nuestro país? ¿Arrebatarme de mi deber de servir a mi reina, mi país y por encima de todo a mi pueblo? El último deber que me encomendó mi padre antes de que tu madre se lo llevara de nuestro lado y lo destruyera por el simple motivo de que él era bueno y ella lo quería para sí, fue que yo debía hacer honor siempre a mi deber para con mi hermana y mi país. Llevaré a cabo el último encargo de mi padre, incluso aunque creas que es una locura.

Kahlan lo contempló fijamente, con fría emoción.

—Lamento que pienses así, Harold.

El rostro del hombre se había endurecido y envejecido.

—Sé que tú no eres responsable de todo lo que sucedió antes de que tú nacieras, y siempre amaré esa parte de ti que es mi padre, pero sigo siendo quien debe vivir con todo ello. Ahora debo ser fiel a mí mismo, a mis propios sentimientos.

—Tus sentimientos... —repitió ella.

—Sí, Madre Confesara. Ésos son mis sentimientos, y debo poner mi fe en ellos.

Kahlan tragó saliva superando la dolorosa opresión que sentía en su garganta. Sus dedos, que descansaban sin fuerzas sobre la mesa, hormiguearon.

—Fe y sentimientos. Harold, estás tan loco como tu hermana.

Se irguió muy tiesa y juntó las manos. Compartió una última mirada con su hermanastro, un hombre a quien jamás había conocido, excepto de nombre, mientras pronunciaba sentencia sobre él.

—A partir del amanecer de mañana, el Imperio d'haraniano y Galea están en guerra. Después de la salida del sol mañana, si eres visto por mí o por cualquiera de nuestros hombres, serás ejecutado por el delito de traición.

»No permitiré que esos hombres valientes de ahí afuera den la vida por traidores. Con toda probabilidad, la Orden Imperial girará al norte para subir por el valle del Callisidrin. Estaréis solos. Masacrarán a cada uno de los hombres de tu ejército, del mismo modo que masacraron a los habitantes de Ebinissía. Jagang entregará a tu hermana a sus hombres, como prostituía.

»Habrá sido todo por tu culpa, Harold, por negarte a usar tu capacidad para pensar, y seguir en su lugar tus sentimientos y fe en lo que no existe.

Harold, con las manos unidas a la espalda, la barbilla alzada, no dijo nada mientras Kahlan proseguía:

—Di a Cyrilla que será mejor que espere tener el destino que acabo de describir, porque si la Orden no pasa por Galea, yo lo haré. He prometido que no habrá piedad para la Orden. La traición de Galea, la condena a tener el mismo destino que la Orden. Si la Orden no captura a Cyrilla, entonces juro que lo haré yo, y cuando la tenga, voy a llevarla de vuelta a Aydindril y yo personalmente volveré a arrojarla al interior de ese pozo del que tú la rescataste, y la dejaré ahí abajo con toda bestia criminal que pueda encontrar durante todo el tiempo que ella siga con vida.

Harold se quedó boquiabierto.

—Madre Confesora..., no serías capaz...

Los ojos de Kahlan le dijeron lo contrario.

—Asegúrate de contar a Cyrilla lo que le espera, Jebra probablemente intentó decírselo, y la arrojaron a una mazmorra por ello. Cyrilla se niega a ver el foso abierto ante ella, y tú caminas hacia él con ella. Peor, llevas a tu pueblo inocente con vosotros.

Kahlan desenvainó su espada real galeana. Sujetó cada extremo en una mano y, haciendo rechinar los dientes, presionó la hoja plana sobre la rodilla. El acero se dobló, luego finalmente se partió con un sonoro estallido. Arrojó la hoja partida al suelo a los pies de Harold.

—Ahora sal de mi vista.

Él giró para marchar, pero antes de que diera un paso, Zedd se puso en pie, extendiendo una mano como para pedirle que permaneciera donde estaba.

—Madre Confesora —dijo Zedd, eligiendo las palabras con cuidado—, creo que dejas que tus emociones se inmiscuyan.

Harold señaló a Kahlan con un ademán, aliviado al oír la intercesión de Zedd.

—Decídselo, mago Zorander. Decídselo.

Kahlan no podía creer lo que oía. Permaneció donde estaba, con la mirada fija en los ojos color avellana de Zedd.

—En ese caso, ¿te importaría explicarme mi emotivo error, Primer Mago?

Zedd dirigió una veloz mirada a Harold y luego de nuevo a Kahlan.

—Madre Confesora, la reina Cyrilla evidentemente ha perdido el juicio. El príncipe Harold no sólo no le está haciendo ningún favor, sino que le está permitiendo llevar el espectro de la muerte a su pueblo. Si eligiera el lado de la razón, estaría protegiendo a su pueblo y honrando los admirables servicios pasados de su hermana cuando estaba en sus cabales.

»En lugar de eso, ha traicionado su deber para con su pueblo al abrazar lo que desea que sea cierto sobre ella en lugar de enfrentarse a lo que realmente es cierto. De este modo, abraza la muerte, y en este caso, lo hace también para su pueblo.

»El príncipe Harold ha sido hallado justamente culpable de traición. Tus emociones por él están interfiriendo con tu juicio. Evidentemente, es ahora un peligro para nuestra causa, para las vidas de nuestra gente y para las vidas de su propia gente. No se le puede permitir marchar.

Harold se mostró atónito.

—Pero Zedd...

También los ojos color avellana de Zedd eran un terrible dictamen de culpabilidad mientras aguardaba, como desafiando al hombre a probar aún más su traición. La boca de Harold se movió, pero no consiguió ofrecer palabras.

—¿Alguien está en desacuerdo conmigo? —preguntó Zedd.

Miró a Adíe: ésta negó con la cabeza. Verna negó igualmente con la cabeza. Warren contempló fijamente a Harold por un momento, luego movió negativamente la cabeza.

La expresión de Harold se tornó de indignación.

—No pienso tolerar esto. La Madre Confesora me ha dado hasta el amanecer para que me retire. Debéis hacer honor a su sentencia.

Dio dos zancadas hacia la puerca, pero entonces se detuvo, llevándose las manos al pecho y girando lentamente mientras empezaba a desplomarse con los ojos en blanco. Sus piernas se doblaron y cayó estrepitosamente al suelo.

Kahlan permaneció sentada con expresión aturdida. Nadie se movió ni dijo nada. El general Meiffert se inclinó sobre una rodilla junto al cuerpo, comprobando si el príncipe Harold respiraba o tenía pulso. El general alzó los ojos hacia Kahlan y negó con la cabeza.

La Confesora paseó la mirada de Zedd a Adie, a Verna y luego a Warren. Ninguno reveló nada en su expresión. Kahlan se puso en píe y dijo en voz baja:

—No quiero saber jamás cuál de vosotros hizo esto. No digo que estuvierais equivocados..., simplemente no quiero saberlo. Los cuatro poseedores del don asintieron.

En la puerta, Kahlan permaneció inmóvil bajo la brillante luz del sol, sintiendo el aire frío en el rostro, buscando, hasta que vio al capitán Ryan apoyado en un robusto arce joven. El hombre se cuadró cuando ella avanzó hada él por la nieve.

—Bradley, ¿os dijo el príncipe Harold por qué venía aquí?

Al llamarle por su nombre de pila, en lugar de por su rango, cambiaba la naturaleza de la pregunta. La postura rígida del oficial se relajó.

—Sí, Madre Confesora. Dijo que tenía que deciros que su reina le había ordenado regresar a defender Galea, y que además le había ordenado llevar a los hombres que tenía sirviendo con vos de vuelta a Galea con él.

—Entonces, ¿qué hacéis aquí? ¿Por qué vos y vuestros hombres vinisteis hasta aquí, si todo el mundo había de regresar con él?

El hombre alzó la cuadrada mandíbula y la miró con límpidos ojos

—Porque desertamos, Madre Confesara.

—¿Vosotros qué?

—El príncipe Harold me dio sus órdenes, tal y como las he transmitido. Le dije que era un error, y que sólo podía perjudicar a nuestra gente. Dijo que no era yo quien debía decidir tales cosas. Dijo que no era cosa mía pensar, sino obedecer órdenes.

»He combatido junto a vos, Madre Confesora. Creo que os conozco mejor que el príncipe Harold; sé que estáis consagrada a la protección de las vidas de los habitantes de la Tierra Central. Le dije que lo que Cyrilla hacia estaba mal. Se enojó, y dijo que mi deber era obedecer órdenes.

»Le dije que en ese caso, desertaba del ejército galeano e iba a ponerme a vuestro lado, en su lugar. Pensé que haría que me ejecutaran por desobedecerlo, pero habría tenido que ejecutarnos a los mil porque todo el mundo pensaba lo mismo. Un gran número se adelantó para decírselo. La pasión pareció abandonarlo entonces, y permitió que cabalgáramos con él hasta aquí.

»Espero que no estéis enojada con nosotros, Madre Confesora.

Kahlan fue incapaz de obligarse a ser la Madre Confesora en aquel momento y le rodeó con sus brazos.

—Gracias, Bradley.

Le sujetó con fuerza por los hombros y le sonrió a través de sus ojos llenos de lágrimas.

—Usasteis la cabeza. No podría enojarme por eso.

—Nos dijisteis una vez que éramos un tejón intentando tragarnos un buey entero. Me da la impresión de que habéis decidido intentar hacer lo mismo. Si alguna vez existió un tejón capaz de engullir un buey entero, ése seriáis vos, Madre Confesora, pero imagino que no querríais intentarlo sin nosotros para ayudaros a hacerlo.

Se dieron la vuelta entonces y vieron al general Meiffert dando instrucciones a algunos de sus hombres. Transportaban el cuerpo sin vida del príncipe Harold fuera del refugio, sosteniéndolo por los hombros y los pies. Sus manos se arrastraban por la nieve.

—Supuse que esto no acabaría nada bien —dijo el joven capitán—. Desde el momento en que lastimaron a Cyrilla, el príncipe Harold ya no pareció el mismo. Siempre quise a ese hombre. Me dolió tener que abandonarlo. Pero simplemente ya no tenía sentido lo que decía.

Kahlan posó una mano consoladora en su hombre y contemplaron cómo levaban el cadáver.

—Lo siento, Bradley. Al igual que vos, siempre le tuve en gran estima. Supongo que ver a su hermana y reina atenazada durante tanto tiempo por esa clase de enfermedad lo desquició. Intentad guardar vuestros buenos recuerdos de él.

—Lo haré, Madre Confesora.

Kahlan cambió de rema.

—Necesitaré a uno de vuestros hombres para que lleve un mensaje a Cyrilla. Iba a hacer que lo llevara Harold, pero ahora necesitaremos un mensajero.

—Me ocuparé de ello, Madre Confesora.

Sólo entonces advirtió ella el frío que hacía en el exterior, y que no llevaba una capa puesta. Mientras el capitán iba a ocupante de que sus hombres se instalaran y a elegir un hombre para que actuara de mensajero, Kahlan regresó al interior del refugio. Cara ponía en aquel momento más leña en el fuego. Verna y Adie se habían ido. Warren estaba ocupado seleccionando un mapa del cesto de mapas y diagramas del rincón.

Cuando este hizo intención de marchar, Kahlan lo agarró del brazo.

Clavó la mirada en los ojos azules del mago, sabiendo que eran mucho más ancianos de lo que aparentaban. Richard siempre había dicho que Warren era una de las personas más sagaces que había conocido. Además de eso, el auténtico talento de Warren se decía que se hallaba en el área de la profecía.

—Warren, ¿vamos a morir todos en esta guerra?

El rostro del joven se dulcificó con una sonrisita tímida pero pícara.

—Pensaba que no creías en las profecías, Kahlan.

Kahlan le soltó el brazo.

—Supongo que no lo hago. No importa.

Cara, que salía en busca de más leña, siguió a Warren al exterior. Kahlan se calentó ante la chimenea mientras clavaba la mirada en Espíritu, de pie en la repisa. Zedd posó una mano consoladora en su hombro.

—Lo que dijiste a Harold sobre usar la mente, sobre la razón, fue muy sensato, Kahlan. Tenías razón.

Los dedos de la Confesora rozaron las ropas de suave madera de nogal de Espíritu.

—Era lo que Richard decía, cuando me contaba lo que había llegado a comprender finalmente sobre lo que debía hacer. Decía que el único soberano que podía permitir que lo gobernara era la razón.

—¿Richard dijo eso? ¿Ésas fueron sus palabras?

Kahlan asintió mientras contemplaba la figura.

—Dijo que la primera ley de la razón es que lo que existe, existe; lo que es, es y que a partir de ese principio irreducible y sólido, está construido todo conocimiento. Dijo que eran los cimientos a partir de los cuales se abraza la vida.

»Dijo que pensar es una elección, y que deseos y caprichos no son hechos, ni son los medios para descubrirlos. Imagino que Harold demostró ese punto. Richard dijo que la razón es nuestro único modo de captar la realidad, que es nuestra herramienta básica para lograr la supervivencia. Somos libres de eludir el esfuerzo de pensar, de rechazar el razonamiento, pero no somos libres de evitar el castigo del abismo que nos negamos a ver.

Escuchó el fuego que chisporroteaba a sus pies mientras dejaba que su mirada vagara por las líneas de la figura que él había tallado para ella. Al no oír nada procedente de Zedd, miró por encima del hombro. Éste tenía la vista fija en el fuego, y una lágrima corría por su mejilla.

—Zedd, ¿qué sucede?

—El chico lo dedujo por sí mismo. —La voz del viejo mago era la desasosegada suma de la soledad y el tranquilo orgullo—. Lo comprende..., lo interpretó a la perfección. Incluso llegó a ella él solo, poniéndola en práctica.

—¿Llegó a qué?

—A la norma más importante que existe, la Sexta Norma de un mago: el único soberano al que puedes permitir gobernar es la razón.

Reflejos de la luz de las llamas danzaron en sus ojos color avellana.

—La Sexta Norma es el centro sobre el que giran todas las normas. No es sólo la norma mis importante, sino la más sencilla. No obstante, es la que se desoye y viola más a menudo, y con mucho la más despreciada. Se debe ejercer a pesar de las protestas sonoras e incesantes de los malvados.

»Sufrimiento, iniquidad y la destrucción total acechan en las sombras que existen fuera de su claridad, donde las medias verdades atrapan a los discípulos fieles, a los creyentes profundamente susceptibles, a los seguidores desinteresados.

»La fe y los sentimientos son la cálida esencia del mal. A diferencia de la razón, la fe y los sentimientos no proporcionan fronteras para poner límite a cualquier falsa ilusión, a cualquier capricho. Son un veneno virulento, que da la sensación aturdidora de sanción moral a toda depravación que se haya urdido jamás.

»La fe y los sentimientos son la oscuridad que se opone a la luz de la razón.

»La razón es la sustancia misma de la verdad. La gloria que es la vida se abraza por completo a través de la razón, a través de esta norma. Al rechazarla, al rechazar la razón, uno abraza la muerte.

A la mañana siguiente, casi la mitad de los soldadera galeanos habían desaparecido, de regreso a su país y a su reina como había ordenado el príncipe Harold antes de su muerte. El resto, como el capitán Ryan y sus jóvenes soldados, permanecieron leales al imperio d'haraniano.

El teniente Leiden, antes general, y todo su ejército de soldados keltas también habían partido al llegarla mañana. Dejó a Kahlan una carta, diciendo en ella que, puesto que Galea había elegido romper con el Imperio d'haraniano, tenía que regresar para ayudar a proteger Kelton, ya que sin duda las egoístas acciones de los galeanos darían como resultado que fuera más probable que la Orden ascendiera por el valle del río Kern y amenazara Kelton. Escribió que esperaba que la Madre Confesora se daría cuenta de lo grave que era el peligro para Kelton, y que comprendería que no era su intención abandonarla ni a ella ni al Imperio d'haraniano, sino simplemente proteger a su gente.

Kahlan estaba enterada de la marcha de los hombres; el general Meiffert y Warren habían ido a contárselo. Lo había esperado, y había estado observando. Dijo al general Meiffert que les permitiera marchar si lo deseaban. Una guerra en el campamento no sería beneficiosa. La moral de los hombres que quedaron se vio incrementada por una sensación de estar en el bando correcto y hacer lo correcto.

Aquella tarde, mientras redactaba el borrador de una carta urgente al general Baldwin, comandante de todas las tuerzas keltas, el general Meiffert y el capitán Ryan fueron a verla. Tras escuchar su plan, concedió al capitán permiso para marchar junto con un número parecido de soldados especiales d'haranianos elegidos personalmente por el general Meiffert para efectuar incursiones contra el ejercito de la Orden Imperial. Enviaron a Warren y a seis Hermanas con ellos.

Puesto que la Orden Imperial había retrocedido tan al sur, Kahlan necesitaba información sobre lo que hacían y en qué estado estaban sus fuerzas. Más que eso, con el mal tiempo a su favor, quería mantener la presión sobre el enemigo. El capitán Bradley Ryan y su grupo eran combatientes de montaña experimentados y se habían criado precisamente en tan duras condiciones climáticas. Kahlan había peleado junto al capitán y sus jóvenes soldados galeanos, y había ayudado a adiestrarlos en los modos de combatir a un ejército enormemente superior. Si al menos el enemigo no contara con más de un millón de hombres...

Las fuerzas especiales del general Meiffert, que, hasta que Kahlan lo ascendió, éste había mandado con suma habilidad, las dirigía en la actualidad el capitán Zimmer, un joven d'haraniano de mandíbula cuadrada y cuello de toro con una sonrisa contagiosa. Eran todo lo que eran los jóvenes del capitán Ryan pero triplicado: tenían experiencia bajo presión, eran incansables, audaces y fríamente eficientes cuando llegaba el momento de matar. Lo que hacía palidecer a muchos soldados a ellos les hacía sonreír burlones.

Preferían combatir justo de ese modo, en el que se veían libres de las tácticas del campo de batalla y podían utilizar sus habilidades especiales. Apreciaban que se les dejara sueltos para hacer lo que hacían mejor. Más que contenerlos, Kahlan les daba libertad de acción.

Cada uno de aquellos hombres coleccionaba orejas enemigas.

Sentían una enorme fidelidad hada Kahlan, en parte porque no intentaba refrenarlos e integrarlos en el ejercito más grande, y, quizás más aún, porque cuando regresaban de misiones, ella siempre pedía ver sus ristras de orejas. Valoraban que se apreciara su trabajo.

Kahlan tenía pensado enviarles más adelante a coleccionar orejas galeanas.

16

Kahlan echó un vistazo a la Prelada, que estaba inclinada sobre el cesto de mapas del rincón. Había transcurrido casi todo un ciclo lunar desde que Warren partiera en la misión con los capitanes Ryan y Zimmer. Si bien era difícil calcular exactamente cuánto podían durar misiones así, ya deberían haber regresado, y Kahlan conocía muy bien la clase de preocupación que debía agitarse bajo el exterior estoico de la mujer.

—Verna —preguntó Kahlan mientras se frotaba los brazos—, cuando pases por delante, ¿podrías echar un poco más de leña al fuego, por favor?

Cara salto de su taburete, en el que estaba instalada, observando a Kahlan.

—Yo lo haré.

Verna extrajo un mapa y, en su camino de vuelta a la mesa, dio las gracias a Cara.

—Aquí está, Zedd. Creo que éste es el que mejor muestra la zona de la que hablas.

Zedd desplegó el nuevo mapa encima del que ya estaba extendido sobre la mesa ante Kahlan. Era uno a una escala mayor, que ofrecía una imagen más detallada de las regiones meridionales de la Tierra Central.

—Sí —dijo Zedd, arrastrando las palabras mientras escrutaba el nuevo mapa—. ¿Veis aquí? —Dio un golpecito en el río Drun—. ¿Veis lo estrechas que son las tierras bajas en el sur? A eso era a lo que me refería. Terreno agreste, con precipicios confinando el río en algunas zonas. Por eso no creo que vayan a ascender por el valle del Drun.

—Supongo que tienes razón —repuso Verna.

—Además —Kahlan movió un dedo por encima de la zona situada al norte en el primer mapa—, ascendiendo por aquí casi todo es solo Nicobarese. Están bastante aislados, y por lo tanto son un objetivo tentador, pero no son un país rico. El botín y las mercancías serían escasos. La Orden tiene más oportunidad de conquista si permanece por aquí. Además, ¿veis lo difícil que les resultaría hacer regresar a su ejército a través de las montañas Rang'Shada, si ascendieran por el Drun? Estratégicamente, no tendría mucho sentido subir por ahí.

Verna jugueteó distraídamente con un botón de su vestido azul mientras estudiaba el mapa.

—Sí..., veo a lo que te refieres.

—Pero tomo en cuenta tu planteamiento —siguió Kahlan—. No sería una mala idea que enviaras a una Hermana o dos a vigilar esa zona; sólo porque no tenga tanto sentido logístico, no significa que Jagang no vaya a intentarlo. Al llegar la primavera, inevitablemente tendrá que avanzar sobre nosotros. No

nos gustaría llevarnos la sorpresa de encontrar a la Orden Imperial irrumpiendo por la puerta trasera de Aydindril.

Cara respondió a una llamada a la puerta. Era un jefe de exploradores llamado Hayes. Kahlan se puso en pie cuando vio a través de la puerta abierta que el capitán Ryan también se encaminaba al refugio.

Hayes saludó llevándose el puño al corazón.

—Me alegra veros de vuelta cabo Hayes —dijo Kahlan.

—Gracias, Madre Confesora. Es agradable estar de regreso.

Daba la impresión de que no le iría nada mal comer algo. Después de que el capitán Ryan cruzara a toda prisa la puerta. Cara la cerró para cortar el paso a la nieve que arrastraba el viento. Hayes se hizo a un lado, fuera del camino del capitán.

Kahlan sintió un gran alivio al ver al joven oficial galeano.

—¿Cómo ha ido, capitán? ¿Cómo están todos?

El hombre se quitó la bufanda y el gorro de lana mientras recuperaba el aliento, Verna parecía estar conteniendo el suyo.

—Bien —respondió el capitán—. Nos fue bien. Las Hermanas pudieron curar a algunos de nuestros heridos. Algunos necesitaron ser transportados un buen trecho antes de que las Hermanas pudieran ocuparse de ellos. Eso nos hizo ir más despacio. Tuvimos unas pocas bajas, pero no tantas como temíamos. Warren fue una gran ayuda.

—¿Dónde está Warren? —preguntó Zedd.

Como respondiendo a su nombre, Warren cruzó la puerta, escoltado Por una arremolinada ráfaga de nieve. La irrupción de brillante luz hizo que Kahlan entrecerrara los ojos hasta que la puerta se cerró otra vez. Captó la expresión del rostro de Verna, y recordó lo alegre que se sentía siempre al ver regresar a Richard sano y salvo cuando habían estado separados.

Warren besó informalmente a Verna en la mejilla, Kahlan reparo en la mirada que intercambiaron. Se sintió feliz por ellos pero, con todo, el recordatorio fue un golpe al dolor de su propia pena y su preocupación por Richard.

—¿Se lo habéis contado? —preguntó Warren, desabotonándose la capa,

—No —dijo el capitán Ryan—. No hemos tenido oportunidad aún.

—¿Contarnos qué? —Inquirió Zedd, frunciendo la frente.

Warren lanzó un suspiro.

—Bueno, el vidrio especial de Verna funcionó mejor de lo que pensábamos. Capturamos a varios hombres y los interrogamos extensamente. Los que vimos muertos en el valle eran sólo los que murieron primero.

Verna ayudó a Warren a despojarse de la pesada capa cubierta de nieve y la deposito en el suelo, junto al fuego, donde el capitán Ryan había dejado su abrigo marrón para que se secara.

—Parece —siguió Warren— que hubo muchos más, tal vez otros sesenta o setenta mil, que no quedaron ciegos pero que perdieron la vista de un ojo, o tuvieron problemas de visión. La Orden no podía abandonarlos, porque todavía pueden ver lo bastante bien como para permanecer con el resto, pero lo que es más importante, se espera que tal vez esos hombres se curarán y recuperarán totalmente la visión... y su capacidad para combatir.

—No es probable — dijo Verna.

—Yo tampoco lo creo —repuso Warren—, pero eso es lo que ellos piensan, de todos modos. Otro número considerable de personas, puede que veinticinco o treinta mil, están enfermas con los ojos y las narices enrojecidos y terriblemente infectados.

—El vidrio.... —sentencio Verna…

—Luego algunos más, puede que la mitad de ese número, tienen problemas para respirar.

—Así que —dijo Kahlan— con los muertos y los que han sufrido daños suficientes como para impedir que sean combatientes efectivos, tenemos aproximadamente cerca de ciento cincuenta mil fuera de circulación gracias al polvo de vidrio. Todo un logro, Verna.

Verna se mostró tan complacida como Kahlan.

—Valió la pena esa carrera a caballo que me proporciono un susto de muerte. No habría funcionado si no se te hubiera ocurrido hacerlo de ese modo.

—¿Qué clase de éxito tuvisteis, capitán? — pregunto Cara mientras iba a colocarse detrás de Kahlan.

—El capitán Zimmer y yo tuvimos la clase de éxito que esperábamos.

Yo diría que abatimos quizás a diez mil durante el tiempo que estuvimos ahí abajo.

—Eso son combates encarnizados —dijo Zedd soltando un lento silbido.

No realmente. La Madre Confesora nos enseño a hacerlo, y el capitán Zimmer. En la mayoría de casos eliminamos al enemigo del modo más eficiente posible e intentamos no tener que combatir en absoluto. Si se rebana el cuello a un hombre mientras duerme, puedes conseguir mucho más, y es mucho menos probable que resultes herido.

—Me alegro de que fuerais tan buen alumno —sonrió Kahlan.

El capitán Ryan alzó un pulgar.

—Warren y las Hermanas fueron una gran ayuda para conseguir que llegáramos a donde necesitábamos estar sin que nos descubrieran. ¿Se sabe algo ya de las capas blancas? Realmente nos irían muy bien. Puedo deciros a ciencia cierta que nos habrían permitido hacer más.

—Recibimos el primer cargamento justo anteayer —le dijo Kahlan—. Más que suficientes para vuestros hombres y los del capitán Zimmer. Tendremos más dentro de pocos días.

El capitán Ryan se frotó las manos, calentándose los dedos.

—El capitán Zimmer se sentirá complacido.

Zedd señalo en dirección sur.

—¿Descubristeis por qué retrocedieron tanto sobre el terreno que habían conquistado?

Warren asintió.

—Por los hombres que interrogamos, descubrimos que tienen fiebres en el campamento. No por nada que hiciéramos nosotros, sólo las fiebres normales que padecen en campamentos tan abarrotados situados en pleno campo. Pero perdieron decenas de miles de hombres por culpa de las fiebres. Quisieron retirarse para poner distancia entre nosotros, darse un respiro. Están convencidos de poder apartarnos de su camino cuando lo deseen.

Aquello tenía sentido. Con sus efectivos, era totalmente natural que se sintieran seguros, incluso displicentes respecto de poder librarse de cualquier oposición. Kahlan comprendía como era que Warren y el capitán Ryan parecían tan desanimados. Percibió que, no obstante sus buenas noticias, algo no iba bien.

—Queridos espíritus—dijo, intentando animarlos un poco—. Su número va menguando igual que nieve junto a una chimenea. Eso es mejor de lo...

Warren alzó una mano.

—Pedí a Hayes, aquí presente, que viniera y transmitiera su informe de primera mano. Creo que sería mejor que lo escuchases.

Kahlan hizo una seña al hombre para que se adelantara. Este fue hacia su mesa con paso rápido y se cuadró.

—Oigamos lo que tenéis que decir, cabo Hayes.

El rostro del hombre tenía un aspecto gredoso, y no obstante el frío, el soldado sudaba.

—Madre Confesora, mi grupo de exploradores descendió hacia el sudeste, vigilando las rutas que venían de la zona selvática. y vigilando también por si la Orden intentaba rodeamos. Bueno, en resumidas cuentas, avistamos a una columna que avanzaba hacia el oeste para reabastecer y reforzar a la Orden.

—Son un gran ejército —comento Kahlan—. Sin duda harán que les envíen suministros desde su tierra natal. Una columna de abastecimiento llevaría hombres para custodiarla.

—Los seguí durante una semana, para conseguir un cómputo exacto.

—¿Cuantos? —preguntó Kahlan.

—Más de un cuarto de millón, Madre Confesora.

La carne de Kahlan hormigueó como si agujas de hielo danzaran sobre ella.

—¿Cuántos?—repitió Verna.

—Al menos doscientos cincuenta mil soldados, más conductores y civiles. Todo aquello para lo que habían trabajado, todos los sacrificios, todo el esfuerzo para reducir los efectivos de la Orden, acababa de quedar anulado. Peor que anulado, su trabajo había sido borrado.

—Queridos espíritus —musitó Kahlan—, ¿cuántos hombres tiene el Viejo Mundo para lanzar contra nosotros?

Cuando trabó la mirada con Warren, supo que ni siquiera aquel número era una sorpresa para él.

Warren hizo una seña al explorador.

—Hayes vio sólo al primer grupo. Los hombres que capturamos nos hablaron de los refuerzos. No estábamos seguros de que nos estuvieran contando la verdad..., pensamos que podrían estar intentando asustarnos..., pero entonces nos encontramos con el cabo Hayes, que regresaba. Realizamos más interrogatorios y exploraciones. Ése es el motivo de que se retrasara nuestro regreso.

—Otro cuarto de millón...

Las palabras de Kahlan se apagaron. Todo parecía tan desesperado... Warren carraspeó.

—Esa es sólo la primera columna de tropas de refresco. Hay más en camino.

Kahlan se acercó a la chimenea y se calentó las manos mientras clavaba los ojos en las llamas. Estaba de pie bajo la estatua que Richard había tallado para ella. La Confesora deseó en ese momento poder rememorar la sensación de desafío que Espíritu representaba. Daba la impresión de que sólo podía contemplar la idea de la muerte.

La noticia de los refuerzos de la Orden Imperial, del mismo modo que las noticia de la partida de galeanos y keltas, se extendió por el campamento más deprisa que un viento tempestuoso. Kahlan, Zedd, Warren, Verna, Adie, el general Meiffert y todos los demás oficiales no ocultaron nada a los hombres. Aquellos soldados arriesgaban sus vidas diariamente y tenían derecho a saber la verdad. Si Kahlan cruzaba el campamento, y un soldado era lo bastante valiente para preguntarle, ella le contaba lo que sabía. Intentó darles confianza, también, pero no les mintió.

Los hombres, tras combatir durante tamo tiempo, estaban más allá del miedo. Su sombrío estado de ánimo era un palpable manto mortuorio que sofocaba la chispa de la vida de todos ellos. Realizaban sus tareas como atontados, aceptando su destino, que en aquellos momentos parecía sellado, resignados a lo inevitable. El Nuevo Mundo no ofrecía refugio, ningún lugar seguro, ningún lugar en el que ocultarse de la ilimitada amenaza de la Orden Imperial.

Kahlan mostró a los soldados un rostro decidido. No tenía elección. El capitán Ryan y sus hombres, puesto que ya habían pasado por tal desesperación antes, estaban menos atribulados por la situación. No podían morir; ya estaban muertos. Junto con Kahlan, los jóvenes galeanos hacia tiempo que habían hecho un juramento de los muertos, y sólo serían devueltos a la vida cuando la Orden fuera destruida.

Nada de ello preocupaba demasiado al capitán Zimmer y a sus hombres. Sabían lo que debía hacerse, y simplemente se dedicaron a ello. Cada uno de ellos poseía ya múltiples ristras de orejas. Iniciaban nuevas ristras cuando llegaban a cien. Era una cuestión de honor para ellos quedarse únicamente con la oreja derecha, de modo que no hubiera dos orejas que procedieran del mismo hombre.

El representante Theriault de Herjborgue mantuvo su palabra. Las capas, gorras y mitones de lana blanca llegaban semanalmente, ayudando a camuflar a los hombres que regularmente partían a llevar a cabo misiones, mientras el tiempo los favoreciera, para atacar a la Orden Imperial. Con la enfermedad que reinaba en el campamento de la Orden dejando a tantos de ellos sin fuerzas, unida a los muchos adversarios que tenían problemas de visión, aquellas misiones tenían un éxito extraordinario. También se enviaba a tropas vestidas con prendas de camuflaje para que acecharan e interceptaran caravanas de suministros, con la esperanza de neutralizar los refuerzos antes de que pudieran unirse al ejército principal.

Con todo, los ataques no eran más que una molestia para la Orden, Kahlan, tras una reunión con un grupo que acababa de regresar, encontró a Zedd solo en el refugio, examinando la última información que se había añadido a los mapas.

—Ha habido suerte —anunció ella cuando el alzó los ojos, observando cómo se quitaba el manto de piel—. Los hombres que acaban de llegar tuvieron pocas bajas, y cazaron a un gran grupo que habían envido a patrullar. Consiguieron cortarles el paso y eliminarlos, incluida una de las Hermanas de Jagang.

—Entonces, ¿por que esa cara tan larga?

Ella se limitó a alzar las manos en un desolado gesto de futilidad.

—Intenta no sentirte descorazonada —le indicó Zedd—. La desesperación a menudo es la sierva de la guerra. No sé decirte cuantos años hace, cuando yo era joven, que todos los que combatían por sus vidas en aquella guerra de entonces pensaban que era sólo una cuestión de tiempo que nos aplastaran. Acabamos venciendo.

—Lo sé, Zedd. Lo sé. —Kahlan se frotó las manos heladas; casi odió decirlo, pero finalmente lo hizo—. Richard no quería venir a liderar el ejército porque dijo que tal como están las cosas ahora, no podemos vencer. Dijo que tanto si combatimos a la Orden como si no, el mundo caerá bajo su sombra, y que si luchamos, el resultado sólo serán más muertes..., nuestro bando quedará destruido, la Orden seguirá gobernando el mundo y cualquier posibilidad de vencer en el futuro se habrá perdido.

Zedd la escrutó con un ojo.

—Entonces ¿qué haces aquí?

—Richard dijo que no podemos vencer, pero, queridos espíritus, no puedo aceptarlo. Antes prefiero morir peleando para ser libre, para ayudar a mi gente a ser libre, que vivir la muerte de una esclava. Sin

embargo, sé que violo los deseos de Richard, su consejo y sus órdenes. Le di mi palabra... Me siento corno si pisara las arenas movedizas de la traición, y me levara a todo el mundo conmigo.

Buscó en su rostro alguna señal de que Richard podría haberse equivocado.

—Dijiste que había entendido la Sexta Norma de un mago por sí mismo: que debemos usar nuestras mentes para ver la realidad tal cual es. Yo tenía esperanzas. Pensaba que él tenía que estar equivocado sobre la futilidad de esta guerra, pero ahora....

Zedd sonrió para sí, como hallando atractivo en algo que ella veía únicamente como horripilante.

—Ésta va a ser una guerra larga. No se ha perdido toda esperanza, y ni mucho menos está decidida. Ésta es la agonía del mando en una contienda así: las dudas, los miedos, los sentimientos de desesperanza. Ésos son sentimientos..., no necesariamente la realidad. Aún no. Tenemos mucho que llevar a cabo.

»Richard dijo lo que creía basado en el modo en que estaban las cosas en el momento en que lo dijo. ¿Quién puede decir que la gente no está preparada ahora para demostrarle su valía? ¿Para demostrar que están listos para rechazar a la Orden? A lo mejor lo que Richard necesitaba para poder comprometerse a la batalla, ya ha sucedido.

—Pero yo sé con qué energía me advirtió en contra de incorporarme a esta guerra. Lo decía en serio. Con todo... no tengo la fortaleza de Richard, la fortaleza para darle la espalda y permitir que suceda. —Kahlan indicó con la mano su escribanía sobre la mesa—. He enviado cartas pidiendo que nos envíen más tropas.

Él volvió a sonreír, como para decir que eso demostraba que poda hacerse.

—Hará falta un esfuerzo continuado para ir reduciendo los efectivos del enemigo. Creo que aún tenemos que asestar a la Orden un golpe realmente serio, pero lo haremos. A las Hermanas y a mí se nos ocurrirá algo. Uno nunca sabe en cuestiones así. Podría ser que de repente hagamos algo que los haga tambalearse.

Kahlan sonrió y le frotó la espalda.

—Gracias, Zedd. Estoy tan agradecida de tenerte con nosotros.

Su mirada vagó hasta Espíritu, de pie, orgullosa sobre la chimenea. Fue hacia la repisa, como hacia un altar que contuviese una talla sagrada.

—Queridos espíritus, lo echo de menos. Era una pregunta sin palabras, con la esperanza de que él la sorprendiera con algo que se le había ocurrido para traer a Richard de vuelta.

—Lo sé, querida. Yo también lo echo de menos. Está vivo..., eso es lo más importante.

Kahlan sólo pudo asentir.

Zedd dio una palmada, como entusiasmado con una idea.

—Lo que necesitamos, más que nada, es algo para aparrar la mente de todos de la tarea que tenemos entre manos durante un tiempo. Algo que les dé un motivo para alegrarse juntos durante un raro. Les haría más bien que cualquier otra cosa.

Kahlan frunció el entrecejo.

—¿Como qué? ¿Te refieres a alguna especie de juego o algo así?

El rostro del hombre estaba todo contraído, absorto en reflexiones.

—No lo sé. Algo alegre. Algo que les demuestre que la Orden no puede impedimos vivir nuestras vidas. No puede impedirnos disfrutar de la vida..., de lo que la vida es realmente. —Se pasó un pulgar por la afilada línea de la mandíbula—, ¿Alguna idea?

—Bueno, lo cierto es que no se me ocurre...

En ese instante, Warren entró con paso decidido.

—Acabo de recibir un informe del otro lado en el valle del Drun. Nuestro día de suerte..., ninguna actividad, como esperábamos.

Se detuvo en seco, con la mano puesta aún en la manecilla de la puerca, paseando la mirada de Kahlan a Zedd y luego al revés.

—¿Algún problema? ¿Qué sucede? ¿Por qué me miráis los dos de ese modo?

Verna apareció por detrás y empujó a Warren al interior del refugio.

—Vamos, vamos, entra ahí. Cierra la puerta. ¿Qué te sucede? Está helando ahí fuera.

Verna resopló y cerró la puerta ella misma. Cuando se dio la vuelta y vio a Zedd y a Kahlan, retrocedió un paso.

—Verna, Warren —dijo Zedd con voz melosa—, acercaos, ¿queréis?

Verna torció el gesto.

—¿Qué estáis maquinando vosotros dos y de qué os reís?

—Bueno —empezó Zedd, arrastrando las sílabas a la vez que guiñaba un ojo a Kahlan—, la Madre Confesora y yo justamente hablábamos del gran acontecimiento.

La expresión enfurruñada de Verna se ensombreció más mientras se inclinaba al frente.

—¿Qué gran acontecimiento? No he oído nada sobre un gran acontecimiento.

Incluso Warren, poco dado a torcer el gesto, fruncía el entrecejo en aquellos momentos.

—Es cierto. ¿Qué gran acontecimiento?

—Vuestra boda —respondió Zedd.

Las expresiones enfurruñadas de tanto Verna como Warren se evaporaron al mismo tiempo que ambos se erguían. En sus rostros aparecieron súbitamente unas sonrisas sorprendidas, cándidas y radiantes.

—¿De veras? —preguntó Warren.

—¿De veras? —preguntó Verna.

—Sí, de veras —respondió Kahlan.

17

Hicieron falta más de dos semanas para preparar la boda de Verna y Warren. No es que no se pudiera hacer más de prisa, sino más bien, como explicó Zedd a Kahlan, que él quería «alargar todo el asunto». Quería dar a todo el mundo tiempo más que suficiente para reflexionar e idear actividades fastuosas; tiempo para organizar, para confeccionar adornos, para cocinar platos especiales, para tener el campamento preparado para una magnífica fiesta; tiempo para que todos pudieran chismorrear mientras aguardaban con ansia el gran acontecimiento.

Los soldados, al principio simplemente complacidos, no tardaron en contagiarse del espíritu de la celebración. Se convirtió en un espléndido entretenimiento.

A todos les caía bien Warren. Era la clase de persona que a todos inspiraba un poco de lástima, un cierto sentido protector..., la clase de persona tímida que uno no sabe cómo tratar exactamente. La mayoría no comprendía muchas de las cosas sobre las que parloteaba. Pensaban que simplemente no era capaz de conquistar a una mujer. Que lo hubiera hecho para ellos contra todo pronóstico, proporcionaba a los hombres un orgullo interno de que era uno de ellos, y que lo había conseguido: que había conquistado el corazón de una mujer. Aquello les daba la esperanza de que un día podrían celebrar una boda, tener una esposa y una familia, incluso aunque temieran ser ellos un tanto torpes y tímidos.

Los hombres hasta expresaban en voz alta deseos de felicidad para Verna. Era una mujer a la que respetaban, pero por la que nunca habían sentido afecto precisamente. Sus vigorosos deseos de felicidad la dejaban sin saber cómo reaccionar.

Todo el campamento estaba contagiado del espíritu del acontecimiento, incluso más de lo que había esperado Kahlan. Tras una breve pausa al principio, mientras la idea calaba, los hombres, tan cansados no sólo de pelear contra una fuerza tan superior, perder amigos y estar en el campo de batalla lejos de sus familias y seres queridos durante tanto tiempo, sino también del duro, difícil y deprimente tiempo, se tomaron la diversión con entusiasmo.

Se despejó una gran zona central; se trasladaron tiendas y esa zona se limpio de nieve hasta dejar el suelo totalmente al descubierto. A la cabecera de la zona despejada, se construyo una plataforma —colocada transversalmente sobre carretas de suministros—, encima de la cual tendría lugar la boda. La

plataforma era necesaria para que los hombres pudieran ver mejor la ceremonia. A un lado se dispuso una zona de baile y los hombres que tenían instrumentos musicales, y no estaban de servicio, se pasaban día y noche practicando. Se formó un coro que marchó a una hondonada apartada para ensayar. Por dondequiera que fuera, Kahlan oía flautas y tambores, las notas agudas de una chirimía o los acordes melódicos de instrumentos de cuerda. Los hombres llegaron a temer desafinar más de lo que temían a la Orden Imperial.

Como había más de un centenar de Hermanas, se sugirió que podía haber un baile tras la ceremonia. A las Hermanas les gustó la idea, hasta que empezaron a hacer cálculos y averiguaron cuántos hombres tocaban por cada mujer, y cuanto tendrían que bailar. Con todo, les ilusionaba la perspectiva de que les prodigaran atenciones en un baile, y aprobaron la idea. Mujeres que tenían siglos de edad volvían a sonrojarse como jovencitas ante todas la solicitudes de hombres en plena adolescencia o que aún no habían cumplido los treinta para que les prometieran una pieza durante el baile.

A medida que se acercaba la boda los hombres construyeron algo parecido a calles, de modo que tras la ceremonia, el séquito nupcial desfilara por todo el campamento. Todos los hombres querían saludar a los recién casados y desearles lo mejor.

A Kahlan se le ocurrió que, tras casarse, Warren y Verna deberían disponer del refugio. Sería su regalo de bodas, así que lo mantuvo en secreto e hizo que Cara dirigiera públicamente la supuesta preparación de una tienda reservada para la pareja. Cara trasladó las cosas de Verna dentro de la tienda, y la arregló con hierbas y ramitas congeladas cubiertas de bayas silvestres. La distracción funcionó. Verna creía que la tienda seria para ella y Warren, y no quiso permitirle entrar hasta que estuvieran casados.

El día de la boda amaneció con un cielo de un azul radiante, y no tan frío como para que la gente corriera el riesgo de congelarse. La nieve caída el día anterior se eliminó rápidamente de la zona central para que la celebración pudiera tener lugar sin que a las botas de las Hermanas les entrara nieve mientras bailaban. Algunas de las Hermanas aparecieron para inspeccionar la pista de baile, paseando despreocupadamente para permitir que los hombres echaran un vistazo a aquellas con las que tal vez podrían bailar.... sí tenían suerte. Todo se llevó a cabo con mucho humor y animación.

Mientras Verna pasaba las primeras horas de la tarde en su tienda, dejando que varias Hermanas la peinaran, maquillaran y se ocuparan de su traje nupcial. Kahlan dispuso por fin de la privacidad que necesitaba para decorar el refugio. En el interior, sujetó fragantes y ligeras ramas de balsamina a una cuerda y la dispuso en forma de guirnaldas en la parte superior de todas las paredes. Ató bayas rojas —pues eso era todo lo que había disponible— a las ramas para darles algo de color.

Una de las Hermanas había dado a Kahlan un poco de tela que esta había convertido en una cortina para la ventana. Había trabajado en ella cuando se retiraba al refugio por las noches, bordando dibujos para dar al sencillo material un aspecto de encaje. Lo guardaba bajo la cama de modo que, cuando entraban para revisar estrategias de campaña, Verna y Warren no supiesen lo que hacía. Finalmente, Kahlan pudo colocar las velas perfumadas, donadas por distintas Hermanas, alrededor de toda la habitación, y colgar la cortina en una rama recta que había descortezado.

La única cosa que Kahlan no quería dejar para alegrar el refugio de la recién casada pareja era a Espíritu. Kahlan se la llevará a su nueva tienda

Mientras Kahlan hacía la cama con sábanas limpias. Cara entró con los brazos cargados de algo azul.

Kahlan dobló la manta bajo el colchón relleno de paja mientras observaba cómo Cara cerraba la puerta.

—¿Qué llevas ahí?

—No lo creeréis —dijo Cara con una amplia sonrisa—. Cinta de seda azul. Las Hermanas tienen a Verna inmovilizada en una silla mientras la arreglan, y Zedd tiene a Warren por ahí haciendo algo, de modo que pensé que vos y yo podríamos usar la cinta para decorar esto un poco. Colgarla por ahí. Hacer que esto quede bonito. —Indicó con la mano—. Como ahí arriba..., podríamos enrollarla alrededor de la balsamina para darle un aire sofisticado.

Kahlan parpadeó, sorprendida.

—Qué buena idea.

No sabía que era más asombroso, si ver a Cara con una cinta azul, u oírla decir «decorar» y «bonito» todo seguido. Sonrió para sí, contenta de haber oído tal cosa. Zedd era más mago de lo que pensaba.

Kahlan y Cara se subieron cada una a un leño y fueron recorriendo toda la pared mientras entretejían la cinta alrededor de las guirnaldas de balsamina. Fue tan hermoso ver la primera pared finalizada que Kahlan no podía dejar de mirar y sonreír. Se pusieron a trabajar en la segunda pared, enfrente de la puerta, usando cinta extra para obtener un mejor efecto cuando Verna y Warren entraran por primera vez en su nueva residencia.

—¿De dónde has sacado toda esta cinta? —preguntó Kahlan con la boca llena de alfileres.

—Benjamín me la consiguió. —Cara lanzó una risita mientras colocaba la cinta—. ¿Podeos creerlo? Me hizo prometer que no le preguntaría dónde la había obtenido.

Kahlan se sacó los alfileres de la boca.

—¿Quién?

—¿Quién qué? —farfulló Cara antes de sacar la lengua por la comisura de la boca mientras forcejeaba con un alfiler para clavarlo en un punto complicado.

—¿Quién has dicho que te consiguió la cinta? Cara alzó otro tramo de seda azul hacia el techo.

—El general Meiffert. No tengo ni idea de dónde...

—Dijiste Benjamín.

Cara bajó la cinta y miró fijamente a Kahlan.

—No lo hice.

—Sí, lo hiciste. Dijiste «Benjamín».

—Dije «general Meiffert». Sólo os pareció que...

—No sabía que el nombre de pila del general Meiffert fuese Benjamín.

—Bueno...

—¿Es «Benjamín» el nombre de pila del general Meiffert?

De haber llevado Cara su vestido de cuero rojo, su rostro habría hecho juego con él. En cualquier caso, su expresión ceñuda combinaba perfectamente con el traje de cuero marrón que llevaba.

—Ya sabéis que es así.

Una sonrisa apareció en los labios de Kahlan.

—Lo sé ahora.

Kahlan se puso su traje blanco de Madre Confesora. Le sorprendió un poco advertir que le iba algo grande, pero teniéndolo todo en cuenta, supuso que era de esperar. Debido al frío, se puso también el manto de piel lobo que Richard había confeccionado para ella, pero echado alrededor de los hombros de un modo más parecido a una estola. Permaneció de pie con la espalda tiesa y la barbilla bien alta, supervisando la ceremonia y contemplando las decenas de miles de rostros silenciosos. Detrás de ella había una magnífica pared de troncos entrelazados que permitía a los espectadores situados lejos distinguir mejor a las seis personas de lo alto de la plataforma. Una etérea neblina de silenciosa respiración se elevaba en el quieto aire dorado de media tarde.

Mientras oficiaba la ceremonia de la boda, Zedd le daba la espalda, y Kahlan se sintió fascinada al ver su ondulada cabellera blanca, perpetuamente desaliñada, cepillada y alisada ahora. Llevaba su elegante túnica granate con mangas negras y capucha sobre los hombros. Un brocado de plata rodeaba los puños, mientras que otro brocado de oro discurría alrededor del cuello y descendía por la pechen. Un cinturón de raso rojo con una hebilla de oro sujetaba la prenda a su cintura. Adie estaba junto a él, luciendo sus sencillas ropas de hechicera con sus cuentas amarillas y rojas en el escote. El contraste resultaba magnífico.

Verna llevaba un vestido morado con el cuadrado escote realzado con un pespunte dorado. El complicado bordado en oro descendía por las mangas acuchilladas, sujetas a la altura del codo con cinta dorada. El delicado nido de abeja situado sobre su estómago se prolongaba en forma de embudo hasta una falda de godets que se ensanchaba hasta casi alcanzar el suelo. La ondulada cabellera de la novia estaba engalanada con flores de color carmesí, azules y doradas que las Hermanas habían confeccionado a partir de retazos de seda. Con su sonrisa serena, la mujer aparecía como una hermosa novia hechicera, junto al apuesto novio rubio ataviado con su túnica violeta de mago.

Todo el mundo pareció inclinarse un poco al frente cuando la ceremonia alcanzó su momento crucial.

—Tú, Verna, ¿aceptas a este mago como tu esposo de por vida —prosiguió Zedd en un tono nítido que pudo oír toda la multitud—, consciente de su don y su deber para con él, y juras amarlo y honrarlo sin interrupción durante toda tu vida?

—Sí —respondió Verna con voz aterciopelada.

—Tú, Warren —dijo Adie, la voz más chirriante aún, en contraste con la de Verna— ¿tomas a esta hechicera como tu esposa de por vida, consciente de su don y su deber para con él, y juras amarla y honrarla sin interrupción durante toda tu vida?

—Sí — respondió Warren con voz segura.

—Entonces, puesto que lo haces por propia voluntad, te acepto, hechicera, como conforme y doy mi gozosa bendición a esta unión. —Zedd extendió los brazos hacia lo alto—. Pido a los buenos espíritus que sean favorables al juramento de esta mujer.

—Entonces, puesto que lo haces por propia voluntad, te acepto, mago, como conforme y doy mi gozosa bendición a esta unión. —Adie extendió los brazos hacia lo alto—. Pido a los buenos espíritus que sean favorables al juramento de este hombre.

Los cuatro cruzaron los brazos y unieron las manos. Con las cabezas inclinadas, el aire en el centro de su círculo refulgió con una luz con vida propia. La refulgente llamarada envió un rayo dorado hacia el cielo, como si llevara el juramento a los buenos espíritus. Juntos. Zedd y Adié dijeron:

—A partir de este momento, quedáis unidos para siempre como esposo y mujer, tanto por el juramento como por el amor, y ahora por el don. La luz mágica se desvaneció desde abajo hacia arriba hasta no ser más que una solitaria estrella, justo encima de ellos, en un vacío cielo de última hora de la tarde.

En el silencioso aire invernal decenas de miles de ojos embelesados contemplaron cómo una Verna temblorosa recibía el beso de Warren para sellar una boda distinta de cualquiera que pudieran volver a contemplar jamás: el matrimonio de una hechicera y un mago, que quedaban ligados por algo masque un simple juramento..., que quedaban ligados por un pacto de magia.

Cuando Verna y Warren se separaran, ambos luciendo amplias sonrisas, la multitud enloqueció. Aclamaciones, acompañadas de sombreros, se alzaron en el aire.

Sonriendo encantados, Verna y Warren se cogieron de la mano después de volverse hacia los soldados. Saludaron con los brazos libres bien alzados en el aire. Los soldados los vitorearon, aplaudieron y silbaron como si fuera su propia hermana o su mejor amigo quien se acababa de casar.

Las voces del coro incorporaron entonces una larga nota que resonó en todos los árboles a su alrededor e hizo que Kahlan sintiera un hormigueo en la piel debido al timbre de su tonalidad. El sonido trajo un silencio reverente al valle.

Cara se inclinó hacía Kahlan y le susurró que el coro cantaba una antigua canción nupcial d'haraniana, cuyos orígenes se remontaban a miles de años. Puesto que los hombres habían marchado a ensayar a solas, Kahlan no la había oído antes de la boda. Era tan impactante que arrastró sus emociones con el

ascenso y descenso de aquellas voces unidas. Verna y Warren permanecieron de pie en el borde de la plataforma, cautivados asimismo por la hermosísima canción que dedicaran a su unión.

Se incorporaron flautas, y luego tambores. Los soldados, en su mayoría d'haranianos, sonrieron al escuchar la música que tan bien conocían.

En ese momento a Kahlan se le ocurrió que, puesto que durante tanto tiempo había considerado a D'Hara como un país enemigo, jamás había pensado en los d'haranianos como poseedores de tradiciones que podían ser significativas, conmovedoras o amadas.

Kahlan echó un vistazo a Cara, de pie junto a ella, que sonreía distante mientras escuchaba la música. Existía todo un país de D'Hara que era en su mayoría un misterio para Kahlan; ella sólo había visto a sus soldados. No sabía nada de sus mujeres —aparte de las mord-sith, y estas no podían considerarse precisamente como su prototipo— o de sus niños, ni tampoco de sus casas o costumbres. Había llegado a pensar en ellos como parte de una confederación, pero comprendió entonces que eran un pueblo al que no conocía, un pueblo con su propio patrimonio cultural.

—Es hermosa —susurró a Cara.

Cara asintió dichosa, transportada por los sones de la música, que era una vieja amiga para ella, y una exótica maravilla para Kahlan.

Cuando el coro puso fin a su homenaje a los recién casados, Verna alargo el brazo atrás y oprimió la mano de Kahlan. Era una especie de disculpa..., un reconocimiento de lo penosa que debía resultar aquella ceremonia para Kahlan.

Rehusando permitir que aquel dolor empañara el feliz acontecimiento, Kahlan dedicó una radiante sonrisa a la veloz mirada de Verna. Se adelantó, colocándose detrás de Warren y Verna con un brazo alrededor de cada uno. El ruido de la multitud se fue apagando para permitir que Kahlan hablara.

—Estas dos personas están hechas la una para la otra. Tal vez siempre lo estuvieron. Ahora lo estarán para siempre. Que los buenos espíritus los acompañen siempre.

Con una sola voz, todos los reunidos repitieron la oración.

—Quiero dar las gracias a Verna y Warren desde el fondo de mi corazón —dijo Kahlan mientras contemplaba a las decenas de miles de caras que observaban—, por recordarnos qué significa realmente la vida. No existe demostración más elocuente del sencillo y a la vez profundo significado de nuestra causa que esta boda de hoy.

Se inclinaron cabezas en señal de asentimiento hasta donde alcanzaba su vista.

—Ahora —gritó—, ¿quién quiere ver a estos dos iniciar el baile? Los hombres vitorearon y clamaron mientras se desplegaban hacia atrás para dejar libre la zona central. Los músicos se pusieron en fila a lo largo de los bancos de los laterales. Mientras aguardaban a que Verna y Warren descendieran hasta la zona de baile, Kahlan pasó un brazo por los hombros de Zedd y lo besó en la mejilla.

—Ésta es la mejor idea que has tenido nunca, mago.

El la observó detenidamente con sus ojos color avellana que parecían ver hasta el interior del alma de una persona.

—¿Todo va bien querida? Sé que esto debe ser duro.

Kahlan asintió, manteniendo su franca sonrisa.

—Estoy perfectamente. Tiene que ser el doble de duro para ti.

Una sonrisa se adueño de él inesperadamente.

—Ya vuelves a hacerlo, Madre Confesora. Preocupándote por los demás.

Kahlan contempló a unos risueños Verna y Warren, del brazo, danzando graciosamente por la zona despejada rodeados de un círculo de soldados que aplaudían.

—Cuando hayan terminado —le dijo Kahlan—, y tras haber concedido el primero a Adie, ¿querrá bailar conmigo, señor? ¿Ocupar su lugar? Estoy segura que él lo querría.

Kahlan no se sintió capaz de pronunciar su nombre en aquel momento, o el hechizo de la jubilosa celebración se habría roto. Zedd enarcó una ceja con pícara alegría.

—¿Qué te hace pensar que se bailar?

—Pues no hay nada que no sepas hacer —respondió ella con una carcajada.

—Yo podría nombrar unas cuantas cosas que este viejo delgaducho no sabe hacer —dijo Adie con una sonrisa mientras se acercaba por detrás de él arrastrando los pies.

Cuando el baile finalizó, y otros empezaron a añadirse mientras los recién casados iniciaban el segundo, Zedd y Adie salieron al círculo para bailar y mostrar a los jóvenes cómo se hacía. Kahlan se colocó en el borde del círculo con Cara pegada a su lado. El general Meiffert, riendo y estrechando las manos de los hombres, y dando palmadas a otros en la espalda, se abrió paso hacia ella.

—¡Madre Confesora! —La presión de la multitud lo empujó junto a ella—. Madre Confesora, éste es un día maravilloso, ¿no es cierto?¿Habéis visto alguna vez algo parecido?

Kahlan no pudo evitar sonreír ante el gozo del oficial.

—No, general Meiffert, no creo haberlo hecho. .

El oficial dirigió una breve mirada a Cara. Permaneció allí parado sin saber que hacer por un momento y luego se dio le vuelta para contemplar el baile. No obstante lo bien que los hombres habían llegado a conocerla,

Kahlan seguía siendo una Confesora, una mujer a la que la gente temía acercarse, y aún más tocar. No era probable que nadie le pidiera un baile a una Confesora.

O a una mord-sith.

—¿General? —Dijo Kahlan, dándole un golpecito en la parte posterior del hombro—. ¿General, podríais hacerme un gran favor personal?

—Pues... desde luego... Madre Confesora —tartamudeó él—. Cualquier cosa. ¿Qué es lo que puedo hacer?

Kahlan señalo en dirección a la zona de baile y a los soldados y Hermanas que la rodeaban.

—¿Queréis bailar, por favor? Sé que se supone que debemos estar vigilantes para evitar cualquier problema, pero creo que permitiría comprender a vuestros hombres la auténtica naturaleza festiva de esta fiesta, que su general saliera ahí y bailara.

—¿Bailar?

—Sí, Por favor?

—Pero, yo..., es decir, no sé a quién...

—Vamos, por favor, dejad de quejaros. —Kahlan se dio le vuelta, como acometida por una idea repentina—. Cara, ¿Quieres salir ahí con él y bailar para que sus hombres vean que no pasa nada?

Los ojos azules de Cara se movieron veloces entre Kahlan y el general.

—Bueno, no veo...

—¿Lo harías por mí? Por favor, ¿Cara? —Kahlan volvió a girarse hacía el general—. Creo haber oído mencionar a alguien que vuestro nombre de pila es Benjamín...

Él oficial se rascó la sien.

—Es cierto, Madre Confesora.

Kahlan se volvió de nuevo hacia Cara.

—Cara, Benjamín, aquí presente, necesita una pareja de baile. ¿Qué te parece si lo eres tú?¿Por favor?¿Lo haces por mí?

Cara carraspeó.

—Bien, de acuerdo. Por vos, entonces, Madre Confesora.

—Y no le rompas las costillas, ni nada. Necesitamos sus habilidades.

Cara la miró con severidad de reojo mientras un sonriente Benjamín se la llevaba,

Kahlan enlazó las manos y sonrió de oreja a oreja mientras contemplaba como el hombre tomaba a Cara en sus brazos. Era casi un día perfecto. Casi.

La Madre Confesora contemplaba cómo Benjamín hacía girar elegantemente a Cara, y a otros soldados sacar a Hermanas repentinamente tímidas de la fila situada en el borde de b zona de baile, cuando el capitán Ryan se paró junto a ella dando un traspié.

El oficial se enderezó ante ella.

—Madre Confesora..., ah, bueno, hemos pasado por muchas cosas juntos y, si no es muy impertinente por mi parte, ¿podría pediros..., ya sabéis, un baile?

Kahlan pestañeo sorprendida, mirando al alto, joven y fornido Galeano.

—Pues, desde luego que sí, Bradley. Me encantaría bailar con vos. Me encantaría. Pero sólo si me prometéis que no me sujetareis como si yo fuera de cristal. No quieto tener un aspecto ridículo.

Él sonrió abiertamente y asintió.

—De acuerdo.

Ella colocó su mano en la de él y posó la otra sobre el hombro del capitán. Éste puso su enorme mano en su cintura, debajo del manto de piel abierto, y la hizo girar en medio de los festejantes. Kahlan sonrió y rió. Pensó en Espíritu, y se obligó a recordar aquella clase de fortaleza, y consiguió relajarse y tomarse la fiesta como lo que era, y no pensar en lo que le faltaba mientras otro hombre la sostenía en sus brazos, aunque fuera tímidamente.

—Bradley, sois un bailarín fantástico.

El orgullo brilló en los ojos del capitán. Kahlan percibió cómo él se dejaba ir y permitía que la música fluyera por sus movimientos. Distinguió a Cara y Benjamín, no muy lejos, haciendo todo lo posible por bailar y no mirarse. Cuando él la hizo girar a su alrededor, sujetándola perfectamente por la cintura, la larga trenza rubia de la joven onduló en el aire tras ella. Entonces Kahlan vio que Cara alzaba la mirada hada los ojos azules de Benjamín y sonreía.

Kahlan se sintió aliviada cuando la pieza finalizó y al capitán Ryan lo reemplazó Zedd en el siguiente baile. Lo apretó contra sí mientras se movía al compás de una melodía más lenta con él.

—Estoy orgulloso de ti, Madre Confesora. Has dado algo maravilloso a estos hombres.

—¿Y qué eso?

—Tu corazón. —Ladeó la cabeza—. ¿Ves cómo te observara? Les has dado coraje. Les has dado una razón para creer en lo que hacen.

Kahlan enarcó una ceja.

—Eres todo un embaucador. Puedes engañar a otros, pero no a mí. Eres tú quien me ha dado ánimos a mí.

Zedd se limito a sonreír.

—¿Sabes?, desde la aparición de la primera Confesora ningún hombre ha vuelto a averiguar cómo amar a una mujer así sin que su poder lo destruya. Me alegro de que fuera mi nieto quien consiguiera tal hazaña, y que fuera debido a su amor por ti. Te quiero como a una nieta, Kahlan y espero con ansia el momento en que puedas volver a estar junto a mi nieto.

Kahlan apretó a Zedd con fuerza, apoyando su cabeza en su nombro, mientras seguían danzando con sus recuerdos.

A medida que proseguía el baile; el dorado sol poniente fue reemplazado por antorchas y cálidas hogueras. Las Hermanas cambiaban de pareja tras cada baile, y todavía había hombres joviales formando fila hasta perderse de visa que aguardaban un baile, y no sólo con las Hermanas más jóvenes y atractivas. Los ayudantes de los cocineros dispusieron unos platos sencillos sobre mesas, probando algunos y bromeando con los soldados. Entre bailes, Warren y Verna probaron el surtido de comida.

Kahlan volvió a bailar con el capitán Ryan, y una vez más con Zedd, pero luego se mantuvo ocupada hablando con oficiales y soldados por igual, para no tener que bailar con nadie, en el caso de que a alguien le resultara violento pedírselo, pero reuniera el valor para hacerlo. Podía disfrutar mejor de los festejos sin tener que bailar.

Mientras saludaba a una fila de oficiales, y ellos le contaban lo mucho que agradecían la fiesta, alguien dio un golpecito a Kahlan en el hombro. Ésta volvió la cabeza y se encontró con un sonriente Warren.

—Madre Confesora, sería un gran honor para mí si quisieras bailar conmigo.

Kahlan vio que Verna bailaba con Zedd. Ese baile sería diferente.

—Warren, me encanaría bailar con el apuesto novio.

El joven se movió con soltura con ella, en absoluto vacilante como había esperado. Parecía hallarse completamente en paz, y nada nervioso por la aglomeración de gente, los hombres que le palmeaban constantemente a la espalda o los comentarios jocosos de algunas de las Hermanas.

—Madre Confesora, sólo deseaba darte las gracias por hacer de éste el mejor día de mi vida.

Kahlan sonrió al joven rostro, a sus ojos siempre jóvenes.

—Warren, gracias a ti por aceptar esta gran fiesta. Sé que no encaja del todo contigo...

—Ah, sí, la gente acostumbraba a llamarme «el topo».

—¿Lo hacían? ¿Por qué?

—Porque estaba siempre abajo, en las criptas, estudiando las profecías. No era sólo que me gustara estudiar los libros..., tenía miedo de salir fuera.

—Pero finalmente lo hiciste.

La hizo girar al compás de la música.

—Richard me sacó al exterior.

—¿Lo hizo? No lo sabía.

—En cierto modo, has ayudado a ampliar lo que él inició —Warren sonrió—. Sólo quería darte las gracias. Sé lo mucho que lo echo de menos, y lo mucho que Verna lo echa de menos. Sé que los hombres echan de menos a su lord Rahl.

Kahlan sólo consiguió asentir.

—Y sé lo mucho que echas de menos a tu esposo. Por eso quería darte las gracias..., por darnos esto, y el regalo de tu gentileza, a pesar del dolor de tu corazón. Todo el mundo aquí lo comparte contigo. Debes saber que aunque lo eches en falta, no estás sola, y te encuentras rodeada de aquellos que también lo aman.

Kahlan sonrió y consiguió pronunciar un «gracias».

Mientras bailaban por la zona despejada, riendo por la alegre melodía y los torpes pasos de algunos de los soldados, la música paró bruscamente.

Y entonces oyó las trompas.

La alarma cundió. Los hombres corrieron en busca de sus armas, hasta que uno de los centinelas llegó a la carrera, agitando el brazo y gritando a todos que se quedaran quietos, que eran fuerzas amigas.

Perpleja, Kahlan estiró el cuello junto con todos los demás, intentando ver.

La multitud se dividió a medida que trotaban caballos entre la muchedumbre. Kahlan enarcó las cejas y se quedó boquiabierta. El distinguido general Baldwin, comandante de todas las fuerzas keltas, iba al frente, montado en un hermoso caballo zaino. Detuvo el caballo con elegancia y se pasó el índice a lo largo del oscuro bigote salpicado de blanco mientras examinaba a la multitud congregada a su alrededor. Los cabellos canosos le descendían por encima de las orejas, la coronilla clareaba en lo alto. Resultaba una figura imponente con su esclavina de sarga sujeta a un hombro con dos botones, lo que le permitía mostrar su lujoso forro de seda verde. Su sobretodo color habano estaba decorado con un emblema heráldico acuchillado con una línea en diagonal que dividía un escudo amarillo y azul. Las botas altas del oficial estaban enrolladas por debajo de las rodillas y llevaba largos guanteletes negros, los puños acampanados doblados al frente y un amplio cinturón con una elaborada hebilla.

La muchedumbre dejó sitio a Kahlan para que pasara.

—¡General!

El alzó una mano con elegancia, mostrando una amplia sonrisa.

—Madre Confesora, cómo me alegro de veros.

Kahlan empezó a hablar, pero aparecieron más caballos y la multitud retrocedió para dejarles espacio. Los animales irrumpieron en la zona de baile como un fuego impelido por el viento: eran una docena de mord-sith con sus trajes de cuero rojo. Una de las mujeres saltó de su montura.

—¡Rikka! —llamó Cara.

La mirada intrépida de la mujer pasó rauda sobre los reunidos y finalmente se detuvo en Cara. Ésta abandonó los brazos del general Meiffert.

—Cara —dijo Rikka a modo de saludo y echó una ojeada a su alrededor —. ¿Dónde está Hania?

Cara se acercó más.

—¿Hania? No está aquí.

Rikka apretó los labios con amarga desilusión.

—Ya me lo pensé. Cuando no me llegó ninguna noticia, temí que la habíamos perdido. Con todo, tenía la esperanza...

Kahlan se adelantó, un poco molesta de que la mujer tuviera la osadía de colocarse frente al general Baldwin.

—Rikka, ¿verdad?

—Ah —dijo Rikka mientras una sonrisa perspicaz se abría paso en su rostro—. No podéis ser ni más ni menos que la esposa de lord Rahl..., la Madre Confesora. Reconozco la descripción. —Saludó llevándose un puño al corazón—. Sí, soy Rikka.

—Me alegro de tenerte aquí, y a tus Hermanas del agiel.

—Vine desde Aydindril en cuanto Berdine recibió vuestra carta. Explicaba muchas cosas. Ella y yo la discutimos, y decidimos que yo debía venir con algunas de mis Hermanas para ayudar en nuestra campaña. Dejé a seis Hermanas mord-sith con Berdine para velar por Aydindril y el Alcázar del Hechicero. También he traído veinte mil soldados. —Alzó un pulgar, señalando con él a su espalda—. Nos encontramos con el general, aquí presente, hace una semana.

—Desde luego nos viene muy bien vuestra ayuda. Berdine fue muy sensata; sé lo ansiosa que estaba por venir ella misma, pero conoce la ciudad y el Alcázar. Me satisface que siguiera mis instrucciones. —Kahlan posó su mirada de Madre Confesora más perturbadora en Rikka—, Ahora, si no te importa, has interrumpido al general Baldwin.

Cara empujó a Rikka, haciéndola retroceder de espaldas.

—Es necesario que hablemos, Rikka, antes de que puedas hacerte cargo de la tarea de servir a lord Rahl y a su esposa, que da la casualidad que es una Hermana del agiel.

Rikka enarcó una ceja con sorpresa.

—¿De veras? ¿Cómo...?

—Más tarde—dijo Cara con una sonrisa antes de que Rikka pudiera meterse en más problemas.

Zedd, Adie y Verna se acercaron más a Kahlan.

El general Baldwin, que ya había descabalgado, se adelantó por fin e hincó una rodilla en tierra en una reverencia.

—Mi reina, Madre Confesora.

—Levantaos, hijo mío—dijo Kahlan en formal respuesta mientras el campamento observaba con la misma atención absorta que habían dedicado a la boda. Aquello también les afectaba de un modo importante.

El general se puso en pie.

—Vine en cuanto recibí vuestra carta, Madre Confesora.

—¿Cuántos hombres habéis traído?

El oficial pareció sorprenderse ante la pregunta.

—Pues cuántos iban a ser..., todos ellos. Ciento setenta mil hombres, Cuando mi reina pide un ejército, yo le traigo uno.

Un murmullo recorrió las filas de los hombres mientras transmitían la noticia.

Kahlan estaba atónita. Ni siquiera sentía ya el frío.

—Eso es maravilloso, general. Los necesitamos con urgencia. Tenemos una autentica contienda entre manos, tal como expliqué en mi carta. A la Orden Imperial le llegan refuerzos continuamente. Es necesario que cortemos esas líneas.

—Comprendo. Con los d'haranianos de Aydindril que han venido con nosotros, podemos casi triplicar el tamaño del ejército que tenéis aquí.

—Y aún podemos traer a más desde D'Hara —intervino el general

Meiffert. Kahlan sintió que la ardiente chispa de la fe en sus posibilidades crecía en su pecho.

—Al llegar la primavera, no hay duda de que los necesitaremos. — Ladeó la cabeza en dirección al general Baldwin—. ¿Qué hay del teniente Leiden? —¿Quien? Ah, os debéis referir al sargento Leiden. Sólo manda una patrulla de exploración ahora. Cuando un hombre abandona a su reina, tiene suene si conserva la cabeza, pero actuó para proteger a los súbditos de su reina, así que lo envié a custodiar un remoto paso de montaña. Espero que vaya bien abrigado.

Kahlan quiso abrazar al gallardo general Baldwin, pero en su lugar, acercó los dedos a su brazo en un gesto de gratitud.

—Gracias, general. Desde luego que necesitamos a vuestros hombres.

—Bien, están más al norte a cierta distancia, a medio día de camino.

No cabían todos aquí, con vuestro ejército.

—Eso es estupendo. —Kahlan agitó los dedos, indicando a la mord-sith que se adelantara—. Me alegro mucho de verte también a ti, Rikka.

Con las mord-sith podemos ocuparnos mejor de los enemigos que tienen el don. Incluso es posible que podamos cambiar el curso de los acontecimientos. Nuestra amiga Cara ha ayudado a eliminar a algunos de los que tienen el don, pero me temo que lord Rahl le dio órdenes estrictas de protegerme, así que seguirá ocupándose de tal cometido. Pero vosotras seréis libres de ir tras los que poseen el don.

—Nos encantará hacerlo—dijo Rikka, inclinando la cabeza, luego se acercó y sonrió—. Berdine me advirtió sobre ella —dijo en un susurro a Cara.

—Deberías escuchar a Berdine —repuso Cara, dándole una palmada en la espalda—. Ven, te ayudaré a encontrar alojamiento...

—No —dijo Kahlan, haciendo que se detuvieran en seco—, Esto es una fiesta. El general, Rikka y sus Hermanas están invitados. Insisto en ello.

—Bien —repuso Rikka, animándose—, mientras estemos protegiendo a la esposa de lora Rahl, nos quedaremos con mucho gusto.

Kahlan sujetó el brazo de Rikka y la acercó a ella.

—Rikka, tenemos a muchos hombres aquí, y pocas mujeres. Esto es un baile. Salid ahí fuera y bailad,

—¡Qué! Habéis perdido el...

Kahlan la empujó a la zona de baile y a continuación chasqueó los dedos en dirección a loa músicos,

—¿Proseguimos? —Se volvió hacia el general Baldwin—. General, habéis venido en un momento maravilloso, un momento de celebración. Por favor, ¿queréis bailar conmigo?

—¿Madre Confesora?

—También soy vuestra reina. Los generales bailan con las reinas, ¿no es cierto?

El sonrió y le ofreció el brazo.

—Desde luego que lo hacen, mi reina.

Hacía mucho que había oscurecido cuando el séquito nupcial se abrió paso por las improvisadas calles, saludando a todos. Miles de soldados felicitaron a Warren y a Verna por su enlace, ofreciendo consejos jocosos, una amable palmadita en el hombro o sólo un alegre saludo con la mano.

Kahlan recordó una época en que la Tierra Central temía a aquellos hombres. Bajo Rahl el Oscuro, eran un invasor formidable que inspiraba temor y terror. Le sorprendió ver lo corteses que podían mos-

trarse aquellos hombres, lo humanos, cuando se les daba una oportunidad. Era Richard, en realidad, quien lea había dado esa oportunidad. Sabía que muchos de, ellos lo comprendían y lo valoraban.

Cuando alcanzaron el final de la larga avenida sinuosa a través del campamento, llegaron a la tienda que Verna y Warren creían que iba a ser para ellos. Los que los seguían les deseaban buenas noches y se alejaron de vuelta a la fiesta, dejando a los tres solos.

En lugar de dejar que Verna y Warren aminoraran el paso, Kahlan se colocó entre ellos, tomó a cada uno bajo el brazo, y los condujo al sendero que discurría entre los imponentes árboles. La luz de la luna a través de las ramas proyectaba dibujos ondulantes sobre la nieve. Puesto que no sabían qué tramaba, ni Verna ni Warren protestaron mientras Kahlan los conducía.

Finalmente. Kahlan distinguió el refugio más allá por entre los árboles y se detuvo a poca distancia para que ellos vieran la luz de las velas que surgía de detrás de la cortina con aspecto de encaje. La yuxtaposición con la vida en un campamento del ejército hacía que pareciera aun más romántico.

—Ésta es una contienda larga y difícil —les dijo Kahlan—. Iniciar un matrimonio bajo esas condiciones es una dura carga. No puedo expresaros lo feliz que me siento de que los dos eligieran seguir adelante con ello en un momento como este. Significa mucho para todos nosotros. Todos nos sentimos muy felices por vosotros. Más que nada, quisiera daros las gracias a ambos por elegir la vida en toda su gloria.

»Un día tendremos que marchar, tan seguro como que la Orden volverá a moverse cuando llegue la primavera, sí no antes. Pero por ahora, quiero que este lugar sea vuestro. Puedo daros al menos esto, ese trocito de vida normal, juntos.

Verna prorrumpió en lágrimas y enterró el rostro en el hombro de Kahlan. Kahlan palmeó la espalda de la Prelada, riendo por lo bajo ante lo inusitado que era en Verna mostrar tal emoción.

—No es una buena idea. Verna, dejar que tu esposo te vea llorar justo cuando está a punto de conducirte a su lecho.

Verna lanzó una carcajada. Agarró a Kahlan por los hombros mientras le escudriñaba los ojos.

—No sé qué decir...

Kahlan la besó en la mejilla.

—Amaos el uno al otro, sed buenos el uno con el otro y atesorad los ratos que estéis juntos..., eso es lo que más me gustaría.

Warren la abrazó con fuerza, susurrándole su agradecimiento al oído. Kahlan observó mientras el joven conducía a Verna a través del trecho que faltaba hasta el refugio. En la puerta, los dos se dieron la vuelta y saludaron con la mano. En el último momento, Warren como a Verna en brazos y la risa cantarina de la mujer flotó entre los árboles mientras él cruzaba con ella el umbral.

Sola, Kahlan regresó al campamento.

18

La puerta se abrió apenas una rendija. Un ojo inyectado en sangre atisbo por el lúgubre vestíbulo.

—¿Tenéis una habitación? Mi esposa y yo buscamos una habitación. Antes de que el hombre pudiera cerrar la puerta. Richard añadió con rapidez;

—Nos dijeron que teníais una.

—¿Y qué queréis decir con eso?

A pesar de que resultaba obvio, Richard respondió educadamente.

—No tenemos dónde alojarnos.

—¿Por qué me traéis vuestros problemas?

Richard podía oír palabras enojadas intercambiadas entre un hombre y una mujer en el piso de arriba. Detrás de varias de las puertas del pasillo, lloraban bebes. El fuerte olor a aceite rancio flotaba en la fría y húmeda atmósfera. Al otro lado de la puerta del fondo, que daba al angosto callejón, niños pequeños a los que perseguían niños de más edad, chillaban mientras corrían entre la lluvia helada.

Richard habló sin esperanzas a la estrecha rendija.

—Necesitamos una habitación.

Un perro no mucho más allá ladró con monótona insistencia.

—Muchas personas necesitan una habitación. Yo sólo tengo una. No os la puedo dar.

Nicci apartó a Richard a un lado y acercó el rostro a la rendija.

—Tenemos el dinero para la primea semana. —Apretó la mano contra la puerta cuando él empezó a cerrarla—. Vuestro deber es ayudar a la gente a encontrar habitaciones.

El hombre empujó la puerta, cerrándosela en la cara.

Richard dio media vuelta mientras Nicci empezaba a aporrearla.

—Olvídalo —dijo a la mujer—. Vayamos en busca de una hogaza de pan.

Nicci por lo general le hacía caso sin poner pegas, cuestionarlo o hacer comentarios siquiera, pero en esa ocasión, golpeó persistentemente la puerta. Capas de pintura desconchada, de rodos los colores, desde el azul al amarillo, pasando por el rojo, cayeron bajo sus nudillos.

—Es vuestro deber —gritó Nicci a la puerta cerrada—. No tenéis derecho a echamos. —No llegó ninguna respuesta—. Os denunciaremos.

La puerta volvió a abrirse una rendija. El ojo miró al exterior, amenazador.

—¿Tiene un empleo?

—No, pero...

—Marchad. Los dos... ¡U os denunciaré!

—¿Por qué motivo, si puedo preguntarlo?

—Mirad, señora, tengo una habitación, pero debo guardarla para las personas que están en primer lugar de la lista.

—¿Cómo sabéis que no estamos en primer lugar de la lista?

—Porque si lo estuvierais lo habríais dicho desde el principio y mostrado la aprobación obtenida con el sello en ella. La gente que está en primer lugar de la lista ha esperado mucho tiempo para conseguir un lugar. No sois mejores que un ladrón, intentando haceros con el lugar de un buen ciudadano que ha respetado la ley. Ahora, marchad, o anotaré vuestros nombres y se los pasaré al inspector de hospedaje.

La puerta volvió a cerrarse de golpe. La amenaza de que anotaran sus nombres pareció arrebatar a Nicci algo de su belicosidad, y ésta soltó un resoplido mientras se alejaban, con el suelo combado crujiendo y gimiendo bajo sus pies. Al menos hablan podido apartarse de la lluvia durante un breve tiempo.

—Tendremos que seguir buscando —le dijo ella—. Si tuvieras un empleo, probablemente ayudaría. A lo mejor mañana puedes buscar trabajo mientras yo sigo buscando una habitación.

Otra vez bajo la fría lluvia, cruzaron la embarrada calle hasta el camino adoquinado del otro lado. Todavía quedaban más lugares que comprobar, aunque Richard no tenía la menor esperanza de conseguir una habitación. Les habían cerrado las puertas en las narices más veces de las que podía contar. Nicci quería una habitación, no obstante, así que seguían buscando.

El tiempo era inusualmente frío para ser un lugar tan al sur en el Viejo Mundo, le había comentado Nicci. La gente decía que la racha de frío y lluvia no tardaría en pasar. Unos pocos días antes el clima había sido bochornoso, de modo que Richard no tenía motivos para dudar de su opinión. Le desorientaba ver bosques y campos de exuberante vegetación verde en pleno invierno. Había algunos árboles con las ramas desnudas debido a la estación, pero la mayoría conservaba todas las hojas.

En aquel lugar situado tan al sur en el Viejo Mundo en el que se encontraban, jamás hacía tanto frío como para que el agua se helara, y la gente se limitaba a parpadear estúpidamente cuando él hablaba de la nieve. Cuando Richard explicaba que la nieve eran como copos de blanca agua helada que caía del cielo y cubría el suelo con un algodonado manto, algunas personas se mostraban desdeñosas, pensando que les tomaba el pelo.

Él sabía que allá, en su hogar, el invierno estaría en su apogeo. Pese a la agitación que había a su alrededor. Richard sentía una tranquilidad interior sabiendo que lo más probable era que Kahlan estuviese calientita y cómoda en la casa que había construido. Visto así, nada en su nueva vida era lo bastante importante como para angustiarlo. Su esposa tenía comida para alimentarse, leña para mantenerse caliente y a Cara por compañía. Por el momento, estaba a salvo. El invierno seguía su curso y en primavera ella po-

dría marchar, pero, por el momento. Richard tenía plena confianza en que estaba segura. Aquello, y sus pensamientos y recuerdos de ella, eran su único solaz.

La gente que carecía de habitación se acurrucaba en los callejones, usando cualquier pedazo de material sólido para apuntalarlo sobre ellos a modo de techo. Las paredes se hacían a base de mantas empapadas. Supuso que Nicci y él podían seguir haciendo lo mismo, pero temía que Nicci enfermara con aquel frío y humedad..., y que entonces también Kahlan enfermara.

Nicci comprobó el papel que llevaban.

—Estos lugares de este listado que nos dieron se supone que están todos a disposición de la gente recién llegada... Necesitan trabajadores; deberían ocuparse más concienzudamente de que haya lugares disponibles. ¿Lo ves, Richard? ¿Ves lo difícil que le resulta a la gente normal salir adelante en la vida?

Richard, con las manos metidas en los bolsillos, los hombros encorvados para protegerse del viento y la lluvia, preguntó:

—Así pues, ¿cómo conseguiremos figurar en esa dichosa lista?

—Tendremos que ir a una oficina de hospedaje y solicitar una habitación. Nos pondrán en una lista de concesión de alojamiento.

Sonaba sencillo, pero las cosas estaban resultando mucho más complicadas de lo que parecían.

—¿Si no hay habitaciones suficientes, cómo va a proporcionarnos un lugar en el que alojarnos el estar en una lista?

—Muere gente todo el tiempo.

—Hay trabajo aquí, por eso vinimos..., es por lo que todos los demás han venido. Trabajan: duro y entonces podremos permitirnos pagar más. Todavía tenemos un poco de dinero. Sólo necesitamos hallar un lugar donde quieran alquilar una habitación por el precio adecuado..., sin toda esta tontería,

—Realmente, Richard, ¿tan inhumano eres? ¿Cómo conseguirían los menos afortunados habitaciones? La Orden fija precios para frenara los especuladores. Se aseguran de que no exista favoritismo. Eso lo convierte en justo para todo el mundo. Simplemente necesitamos ponernos en una lista para obtener habitación, y entonces todo irá bien.

Observando los brillantes adoquines ante el mientras andaba, Richard se preguntó cuánto tiempo estarían sin un lugar hasta que su nombre llegara a lo alto de esa lista. Le daba la impresión de que tendría que morir mucha gente antes de que su nombre y el de Nicci pudieran acceder a una habitación; con más gente a su vez aguardando a que ellos murieran.

Se desvió primero a un lado y luego al otro para no chocar contra el rió de gente que pasaba por su lado, avanzando en dirección opuesta, a la vez que intentaban mantenerse apartados del barro de la calle. Volvió a considerar la posibilidad de permanecer fuera de la ciudad; mucha gente lo hacía. Pero había forajidos y gente desesperada en abundancia que convertían en sus víctimas a aquellos obligados a quedarse en campo abierto, donde no estaban los guardias de la ciudad. De no haberse opuesto Nicci a la

idea, Richard habría encontrado un lugar algo más lejos y construido un refugio, tal vea junto con otras personas,

A Nicci no le atraía la idea. Nicci quería estar en la ciudad. Multitudes llegaban a la ciudad buscando una vida mejor. Había listas en las que apuntarse y colas que hacer para ver a funcionarios, y uno tenía una mejor posibilidad de hacer aquellas cosas si tenía una habitación en la ciudad, dijo.

E1 día empezaba a finalizar. La Cola en la panadería salía por la puerta y discurría a lo largo de una parte de la manzana,

—¿Por qué hacen cola todas esas personas? —susurró Richard a Nicci. Sucedía lo mismo cada día cuando Iban a comprar pan.

—Supongo que no hay suficientes panaderías —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—A mí me parece que con tantos clientes, más gente debería querer abrir panaderías.

Nicci se inclinó hacia él, con una expresión adusta ensombreciendo su mirada.

—El mundo no es tan sencillo como tú querrías, Richard. Había sido así el Viejo Mundo. Se permitía que la naturaleza malvada del ser humano floreciera. La gente fijaba sus propios precios para las mercancías..., siendo la codicia su único interés, no el bien de sus congéneres. Sólo la gente acomodada podía permitirse comprar pan. Ahora, la Orden se encarga de que todo el mundo obtenga la comida que se necesita a un precio justo. La Orden se preocupa por todo el mundo, no sólo de aquellos que tienen ventajas injustas.

Siempre se apasionaba cuando hablaba de la naturaleza malvada de la gente. Richard se preguntaba por qué una Hermana de las Tinieblas tendría que preocuparse por la maldad, pero no se molestaba en pedir explicaciones.

La fila no avanzaba muy deprisa. La mujer situada delante de él, desconfiando de los susurros de la pareja, lo miró con cara de pocos amigos.

Richard contestó a su mirada iracunda con una amplia sonrisa.

—Buenas tardes, señora —La sombría mirada titubeó a la luz de su radiante mueca—. Somos nuevos en la ciudad —indicó a su espalda—. Mi esposa y yo buscamos trabajo y necesitamos habitación. ¿Sabríais vos cómo una joven pareja, que no conoce la ciudad, podría apañárselas para obtener una habitación?

Ella medio se volvió, sosteniendo su bolsa de lona en ambas manos, dejando que le estirara totalmente los brazos mientras recostaba los hombros contra la pared. La bolsa contenía sólo una cuña de queso. La sonrisa de Richard y su amistoso tono coloquial —no obstante lo artificiales que eran— aparentemente era algo tan fuera de lo común que la mujer pareció incapaz de mantener su rudo semblante.

—Debéis tener un empleo si esperáis conseguir una habitación. No hay habitaciones suficientes en la ciudad, debido a todos los nuevos trabajadores que han venido a causa de la abundancia que proporcio-

na la sabiduría de la Orden. Si estáis sanos, debéis tener un trabajo. Entonces pondrán vuestro nombre en la lista.

Richard se rasco la cabeza y siguió sonriendo mientras la cola avanzaba lentamente.

—Estoy ansioso por trabajar.

—Es más fácil conseguir una habitación si no puedes trabajar —le confió la mujer.

—Pero acabáis de decir que uno debía tener un empleo si quería tener alguna esperanza de conseguir una habitación.

—Es cierto, si estáis sano, como parecéis estar. Aquellas gentes con una necesidad mayor, porque no pueden apañárselas solos, tienen derecho con toda justicia a la benevolencia y a ser colocados más arriba en la lista..., como mi esposo, pobre hombre. Está aquejado nada menos que de tisis.

—Lo siento mucho —dijo Richard.

Ella asintió con el peso de su carga.

—Es la desdichada suerte de la humanidad el tener que padecer. No se puede hacer nada al respecto, así que de nada sirve intentarlo. Únicamente en la otra vida recibiremos nuestra recompensa. En esta vida, es el deber de roda persona capaz ayudar a aquellos infortunados seres que tienen necesidad. De ese modo los que están fuertes y sanos se ganan su recompensa en la otra vida.

Richard no discutió, y ella agitó un dedo ante él

—Los que pueden trabajar les deben a aquellos que no pueden el hacer todo lo posible por el bien de todos.

—Yo puedo trabajar —le aseguró Richard—. Venimos de... un lugar pequeño. Somos gente sencilla... granjeros. No tenemos ni idea de cómo conseguir trabajo en la ciudad.

—La Orden ha traído a la gente una gran abundancia de trabajo —dijo un hombre situado detrás de Nicci, atrayendo la atención de Richard.

El abrigo de lona encerada del hombre estaba bien abotonado hasta el cuello, y sus grandes ojos castaños parpadeaban lentamente, como una vaca mientras rumia. El modo en que su mandíbula se bamboleaba lateralmente cuando hablaba no hacía más que aumentar esa impresión.

—La Orden da la bienvenida a todos los trabajadores a nuestra lucha, pero debes tener presentes las necesidades de los demás... tal como lo desea el Creador.... e ir en busca de trabajo del modo apropiado.

Richard, con las tripas retumbando de hambre, escuchó mientras el hombre se explicaba.

—En primer lugar debes pertenecer a una agrupación de ciudadanos trabajadores; ellos protegen los derechos de los ciudadanos de la Orden. Deberes presentarte ante una asamblea de revisión para que aprueben tu adhesión a la agrupación de trabajadores, y un jurado de idoneidad deberá escuchar a un por-

tavoz de la agrupación de ciudadanos trabajadores que pueda responder de ti. Debes hacer esto antes de buscar trabajo.

—¿Porqué no puedo ir sencillamente a un lugar y ofrecerme? ¿Por qué no pueden contratarme si soy adecuado a sus necesidades?

—Sólo porque procedas del campo, no significa que no debas pensar en contribuir al mayor bien de la Orden.

—Desde luego que no —respondió Richard—. Siempre he trabajado para mí mismo, no obstante: cultivando la tierra para llevar comida a mis semejantes, como es nuestro deber. No sé cómo hacen las cosas las empresas.

Los glandes ojos castaños detuvieron su parpadeo. El hombre lo escrutó con suspicacia por un instante, luego sus ojos volvieron a adoptar su expresión distraída y la mandíbula reanudó su bamboleo mientras el masticaba las palabras.

—La principal responsabilidad de la empresa es ser sensible a las necesidades de las personas, contribuir al bienestar público, ser equitativa, La asamblea de revisión ayuda a que así sea. Hay mucho más que los limitados objetivos de una empresa:

—Comprendo —dijo Richard—. Bien, os estaría agradecido sí pudierais decirme cómo hacerlo correctamente, —Echó un vistazo a Nicci—. Quiero ser un buen ciudadano y hacer las cosas bien.

A juzgar por el orgullo con el que se explicaba el hombre, y el modo en que sus grandes ojos parpadeaban más rápido a medida que efectuaba su exposición, Richard esperó que su interlocutor fuera alguien relacionado con el laberíntico proceso. No preguntó cómo se conseguía que un portavoz de la agrupación de ciudadanos trabajadores hablara a favor de uno. La cola avanzó lentamente mientras el hombre explicaba los detalles más sutiles de distintas clases de trabajos, lo que requería cada uno, y cómo todo redundaba en beneficio de los que vivían dentro de la Orden y bajo la gracia del Creador.

A medida que él segura con su perorata, proporcionando datos con petulante satisfacción, Nicci observaba a Richard discretamente, y sin hacer comentarios, mientras éste escuchaba cuáles eran los trámites. Parecía como si estuviera esperando que él pasara de ser educado a ser mortífero; pero Richard sabía que no serviría de nada enzarzarse en una pelea con aquel hombre, así que siguió mostrándose educado.

Resultó que el hombre, llamado Gudgeons, parecía saber cosas principalmente sobre los trabajadores de las canteras, y puesto que Richard sabía muy poco sobre ellas, se dedicó a pasar el rato mientras hacían cola haciendo algunas preguntas que al señor Gudgeons le complació contestar... con detenimiento.

La tienda se quedó sin pan y cerró antes de que consiguieran un poco; La cola de gente se disolvió bajo el aguacero, mascullando entre sí mientras proseguían con la existencia miserable que les había tocado en suerte. Richard dio las gracias a la mujer y al señor Gudgeons antes de que Nicci y él marcharan.

Richard se detuvo en una travesía mientras Nicci estudiaba el papel con la lista de habitaciones. Por todas partes, se alzaban las formas macizas de edificios surgiendo de la penumbra. La pintura roja del la-

teral de un edificio de ladrillo estaba tan descolorida que dejaba a la figura pintada allí con el aspecto de un fantasma ruborizado. Las descoloridas palabras pintadas en blanco bajo el hombre medio desvanecido ya no eran legibles.

Hombres que pasaban contemplaban a Nicci con sus pegadas ropas empapadas, sin fijarse precisamente en su rostro. La mujer tenía los cabellos aplastados contra la cabeza y sus manos temblaban, sin embargo no se quejaba del frío, como sí hacía todo el mundo. Les habían dicho que no podrían obtener otra lista, con nuevas habitaciones que pudieran haber quedado vacantes recientemente, hasta el día siguiente, así que Nicci intentaba conservar aquélla en una pieza, pero bajo la lluvia en una batalla imposible de ganar.

Caballos sarnosos avanzaban con dificultad por el barro, algunos de los carromatos de los que tiraban chirriaban y crujían bajo el peso de la carga. Sólo las vías principales, como aquélla en la que estaban, eran lo bastante amplias como para permitir a tiros de caballos y carros grandes pasar con facilidad en ambas direcciones. Algunas calles tenían sólo la anchura suficiente para permitir, el paso de carros en una única dirección. Algunas de esas, sin espacio para retirarse a un lado, estaban cortadas por carros averiados. Richard vio a un caballo muerto en una calle estrecha, el putrefacto animal rodeado por una nube de moscas, enganchado todavía a su carro mientras aguardaba a que alguien acudiera a retirarlo. Las calles bloqueadas no hacían más que aumentar la congestión de las restantes. La anchura de algunas calles sólo permitía el paso de carretillas, y en muchos de los pasajes más estrechos sólo cabían transeúntes.

El olor a basura y el hedor de las calles que también funcionaban como alcantarillas al aire libre habían sido suficientes para producirle náuseas a Richard durante la primera semana, hasta que el joven se volvió insensible a ellos. Los callejones en los que Nicci y él habían dormido eran lo peor. La lluvia sólo servía para hacer salir la porquería de todos los agujeros y transportarla al exterior.

Todas las ciudades que Richard había visto desde que habían entrado en el Viejo Mundo y viajado al sur desde Tanimura eran parecidas a aquélla, todas padeciendo una miseria absoluta y unas condiciones inhumanas. Todo parecía atrapado en una trampa eterna, una ciénaga de podredumbre, como si las ciudades hubiesen vibrado en el pasado con vida y gente esforzándose por realizar sueños, todos llenos de esperanza y ambiciones; pero en algún momento esos sueños se habían desintegrado para convertirse en un manto de estancamiento y deterioro. A nadie parecía importarle demasiado. Todo el mundo parecía aturdido, esperando el momento a que su suerte en la vida mejorara sin tener siquiera un concepto de la forma de esa vida mejor o de cómo podría obtenerse. Subsistían con una fe incorpórea, con la única confianza de que la otra vida sería perfecta.

Las ciudades que Richard había visto eran asombrosamente similares a lo que Richard preveía que el futuro deparaba al Nuevo Mundo bajo el yugo de la Orden.

El lugar, no obstante, era la ciudad más grande que Richard había visto nunca, y jamás habría creído su tamaño de no haberla visto. Edificios ruinosos en calles abarrotadas de gente se extendían sobre una extensión de colinas bajas, a través de una vasta hondonada, durante kilómetros, a lo largo de la convergencia de dos ríos. Destartaladas chozas construidas sin orden ni concierto a base de adobe y cañas, pedazos de leña o ladrillos de barro y paja recuperados de otras ruinas sitiaban el corazón de la ciudad, igual que espuma fétida alrededor de un tronco podrido en una charca de aguas estancadas.

Era la ciudad de Altur'Rang —en la actualidad el corazón del Viejo Mundo y la Orden Imperial—, la ciudad natal de Jagang.

Al entrar en el Viejo Mundo de camino a Altur'Rang, Richard y Nicci se habían detenido en la dudad de mayor tamaño situada más al norte en el Viejo Mundo, Tanimura, donde en una ocasión se había alzado el Palacio de los Profetas, Tanimura, uno de los últimos lugares del Viejo Mundo en caer bajo el gobierno de la Orden Imperial, era un lugar magnífico, con amplios paseos bordeados de árboles y edificios ornamentados que se alzaban a una altura de varios pisos, recubiertos de columnas, arcos y ventanas que dejaban entrar la luz. Tanimura, a pesar de lo grande que era, resultó no ser más que un puesto avanzado del Viejo Mundo, lo bastante alejado como para que la podredumbre justo empezara a alcanzarlo en aquellos momentos.

Durante un período de tiempo algo superior a un mes, Richard había encontrado trabajo en Tanimura como peón de al bañil, uno de una docena que arrastraban piedras y argamasa para la construcción de un edificio rechoncho y poco atractivo. Los al bañiles tenían sencillas chozas donde vivían con sus familias, de modo que Nicci tuvo un alojamiento. El patrón llegó a confiar en Richard y, cuando uno de los picapedreros enfermó, pidió a Richard que lo sustituyera en la tarea de igualar los bloques de granito para los albañiles.

Sostener un cincel y un mazo en sus manos, cortar piedra —darle forma según su voluntad— resultó una revelación para él. En ciertos aspectos, era como tallar madera... pero de algún modo mucho más que eso.

De vez en cuando, el patrón se paraba con los puños en las caderas, contemplando cómo Richard tallaba cantos vivos en el duro granito y, alguna que otra vez, con voz áspera, efectuaba alguna corrección menor a su trabajo. Al cabo de un tiempo, cuando el patrón vio que Richard le tomaba gusto al trabajo y podía tallar un bloque cuadrado y aplomo, ya no se molestó en observar. En poco tiempo, los bloques de Richard eran los que elegían primero los albañiles como piedras angulares.

Otros picapedreros llegaron para realizar trabajos más exigentes: los adornos. Cuando aparecieron por primera vez, Richard se había mostrado ansioso por ver su trabajo. Tallaron en la parte frontal de algunos bloques, que debían rodear la entrada, una gran llama que representaba la Luz del Creador, y debajo de eso, esculpieron una multitud de personas acobardadas.

Richard había visto tallas de piedra en los lugares en los que había estado, desde el Palacio de las Confesoras en Aydindril al Palacio del Pueblo en D'Hara, pero nunca había visto nada como las figuras que vio tallar en aquel edificio de Tanimura. No eran gráciles, ni espléndidas, ni tampoco inspiradoras, sino todo lo contrario. Eran figuras encogidas, distorsionadas y de extremidades gruesas que retrocedían asustadas bajo la Luz. Uno de los artesanos contó a Richard que aquella era la única representación correcta de la humanidad; blasfema, espantosa y pecaminosa. Richard decidió tallar sólo piedras cuadradas.

Cuando acabó el trabajo de cantería del cuartel general de la Orden, el empleo tocó a su fin. Los carpinteros no necesitaban más ayuda. Los artesanos dijeron que no les iría mal que les echaran una mano en el esculpido de la angustia de la humanidad y ofrecieron el trabajo a Richard; pero él declinó, diciéndoles que no sabía esculpir.

Además, Nicci había estado ansiosa por seguir adelante; Tanimura sólo había sido un lugar donde ganar un poco de dinero con el que comprar provisiones para el largo viaje que tenían por delante. Richard se alegró de alejarse de la deprimente visión de las esculturas que se realizaban allí

A lo largo del camino en dirección sudeste hacia Altur'Rang, en las ciudades que atravesaron, Richard vio muchas esculturas en edificios, y muchas más de píe en plazas públicas o frente a entradas. Representaban horrores; gente azotada por un sonriente Custodio del inframundo; gente que se acuchillaba los ojos; gente doliente, contrahecha, deformada y lisiada; gente igual que jaurías de perros, corriendo a cuatro patas y atacando a mujeres y niños; gente reducida a ser un esqueleto ambulante o cubierta de llagas; gente afligida arrojándose al interior de sepulturas. En la mayoría de tales escenas las lastimosas personas eran vigiladas por la Luz del siempre perfecto Creador representado por la llama.

El Viejo Mundo era una loa al sufrimiento.

A lo largo del camino al sur, se habían detenido en varías ciudades cuando Richard conseguía encontrar trabajos humildes lo bastante temporales corno para no requerir tener que aguardar en listas. Nicci y el pasaron períodos comiendo sopa de col que era principalmente agua, A veces tenían arroz o lentejas o papilla de alforfón, y, en una ocasión, se permitieron el lujo de disponer de cerdo curado. A veces. Richard conseguía capturar peces, aves o alguna liebre. Vivir de la tierra en el Viejo Mundo, no obstante, resultaba difícil, pues muchos tenían la misma idea. Ambos habían ido adelgazando en su larga marcha. Richard empezó a comprender por qué las rallas mostraban gente esquelética.

Nicci había fijado su punto de destino, pero dictaba pocas cosas más, dejándole a él la mayoría de decisiones y acatándolas sin quejas. Una semana sí y la otra no, andaban, pagando de vez en cuando unos pocos peniques de cobre para montar en carromatos que iban en su dirección. Cruzaron ríos con ciudades que ocupaban ambas orillas y eran lo bástame grandes como para tener un gran número de puentes de piedra, y atravesaron una ciudad tras otra. Existían inmensos campos de trigo, mijo, girasoles y un número indefinido de otros cultivos, aunque gran parte de la tierra estaba en barbecho. Vieron rebaños de ovejas y de vacas.

Los granjeros vendían a los viajeros queso y leche de cabra. Desde que el don se había despenado en él, Richard sólo podía comer carne cuando no peleaba, e imaginaba que ello podría ser parte del requisito para mantener el equilibrio con la necesidad que tenia a veces de matar. Puesto que no combatía, podía comer carne sin que esta lo enfermara. Por desgracia, en raras ocasiones podían permitirse carne, y el queso, que en el pasado le encantaba, apenas lo soportaba desde que el don se había manifestado en él Desafortunadamente, a menudo la alternativa era comer queso o morirse de hambre.

Pero era el tamaño del Viejo Mundo, y en particular su población, aquello que más lo alteraba. Richard había pensado ingenuamente que el Nuevo y el Viejo Mundo debían ser parecidos. No lo eran. El Nuevo Mundo no era más que una pulga en el lomo del Viejo.

De vez en cuando durante su viaje al sur, inmensas columnas de soldados pasaban junto a ellos en su camino al norte, hacia la Tierra Central En varias ocasiones, habían hecho falta días para que rodos los hombres pasaran por su lado. Siempre que veía una fila tras otra de tropas, sentía una oleada de alivio al pensar que Kahlan estaba atrapada en su hogar de las montañas. No soportaría pensar que luchaba en un ejército que se enfrentaba a tantos hombres como veía dirigiéndose a la guerra.

En primavera, cuando por fin consiguiera abandonar el hogar de las montañas, y todas aquellas tropas de la Orden Imperial pudieran iniciar su asedio al Nuevo Mundo, cualquier resistencia que el Imperio de D'Hara opusiera sería aplastada. Richard esperaba que el general Reibisch eligiera no atacar a la Orden. No soportaba pensar en todos aquellos hombres valientes masacrados bajo el peso del ataque que se avecinaba.

Estando en una ciudad pequeña, Nicci había ido a un arroyo a lavar las ropas de ambos mientras Richard pasaba el día trabajando en la limpieza de los compartimientos de un gran establo. Un buen grupo de oficiales había llegado a la ciudad y había más caballos de los que el dueño del establo podía atender. Richard había estado en el lugar adecuado y en el momento oportuno para conseguir el empleo. No mucho después de que llegaran los oficiales y ocuparan todas las habitaciones de las posadas, una gran unidad de tropas de la Orden Imperial hizo su aparición detrás de ellos y acamparon en los límites de la ciudad.

Por suerte, Nicci estaba en el otro lado de la ciudad haciendo la colada. Por desgracia, un pelotón de hombres que pasaba por la ciudad y se dedicaba a beber, decidió aceptar voluntarios. Richard mantuvo la cabeza gacha mientras llevaba agua a los caballos, pero el sargento lo vio. Por hallarse en el lugar equivocado en el momento menos oportuno, Richard se vio obligado a «alistarse voluntariamente» en la Orden Imperial. A los voluntarios los acuartelaron en el centro del inmenso campamento.

Aquella noche, una vez que oscureció y la mayoría de los hombres dormía, Richard se desalistó, aunque necesitó hasta tres horas para conseguir abandonar el servicio a la Orden Imperial. Nicci había ido al establo y averiguado lo sucedido. Richard la encontró en su lugar de acampada, paseando a un lado y a otro en la oscuridad. Recogieron a toda prisa sus pertenencias y pasaron el resto de la noche viajando en dirección sur; marcharon a campo traviesa, ya que había salido la luna, en lugar de usar las calzadas, por si una patrulla salía a buscarlo. A partir de aquel momento, siempre que veía soldados Richard hacia todo lo posible por volverse invisible.

Por lo general, no obstante, eso no fue un gran motivo de ansiedad. Hordas de jóvenes codiciosamente atraídos por la promesa de botines, se mostraban más que ansiosos de unirse al ejército y a menudo tenían que aguardar semanas o meses para ser aceptados en los campos de adiestramiento, de tantos como eran. Richard había visto multitudes de ellos en las ciudades, tomando parte en juegos, apostando, bebiendo, peleando; eran jóvenes que soñaban con la gloria de matar a los malvados enemigos del gran Imperio de la Orden. Gozaban de la adoración del populacho cuando se alistaban en el ejército para marchar a combatir la maldad espantosa y el pecado que se decía infectaba al Nuevo Mundo.

A Richard le horrorizaba ver la cantidad de gente que vivía en el Viejo Mundo, porque significaba que el ejército de la Orden que estaba ya en el Nuevo Mundo apenas constituía una sangría para la población... y era solo el principio. Había pensado que tal vez la Orden perdería el entusiasmo por una guerra que se libraba tan lejos de su país, o que la población del Viejo Mundo se cansaría de las privaciones necesarias para llevara cabo tal guerra. Comprendía ahora que aquel pensamiento no había sido más que una triste ilusión.

No hacía falta ser mago o profeta para saber que los ejércitos que el Nuevo Mundo podía reclutar, incluso dándose condiciones terriblemente optimistas, no tenían la menor esperanza de imponerse a los

millones y millones de soldados que Richard había visto marchando al norte, por no mencionar los que no había visto que debían estar tomando otras rutas. La Tierra Central estaba condenada.

Ya desde el momento en que la población de Anderith escogió a la Orden por encima de la libertad, había sabido en su interior que el Nuevo Mundo caería en manos de la Orden, y no sentía ninguna satisfacción al comprobar que había tenido razón. Al contemplar el tamaño del enemigo, comprendía que la libertad estaba perdida, y que resistirse a la Orden no era más que un suicidio.

El curso de los acontecimientos parecía irrevocable, la Orden se adueñaría del mundo. El futuro para Kahlan y para él tampoco parecía menos desesperado.

Con mucho, el lugar más extraño que Nicci y él habían visitado en su viaje al sudeste, un lugar del que ella nunca habló después de eso, había estado a menos de una semana de viaje al sur de Tanimura. Richard seguía aún deprimido pensando en las esculturas que había visto, cuando Nicci tomó un viejo sendero apenas utilizado que se desviaba de la calzada principal. Retrocedía en dirección a las colinas, hasta una ciudad más bien pequeña situada junto a un río calmoso.

La mayoría de los negocios estaban abandonados. El viento, a su libre albedrío, transportaba polvo a través de las ventanas rotas de los almacenes. Muchas de las casas estaban en ruinas, con los tejados desplomados y las malas hierbas y las enredaderas haciendo todo lo posible por derribar las paredes torcidas. Únicamente las casas de las afueras seguían ocupadas en su mayoría por gente que criaba animales y cultivaba los terrenos circundantes.

En el lado septentrional de la ciudad, permanecía una tienda pequeña que vendía productos básicos a los granjeros de los alrededores. También había una tienda de artículos de cuero, una adivina y una solitaria posada. En el centro de la población se alzaban las carcasas de edificios que los carroñeros hacía tiempo que habían despojado de todo lo que pudiera servir. Varios de los edificios todavía se mantenían en pie, pero la mayoría se habían derrumbado hacía mucho. Richard y Nicci recorrieron el centro de la ciudad observados sólo por un viento intermitente.

En el extremo meridional, llegaron ante los restos de lo que en una ocasión habla sido un gran edificio de ladrillos. Sin decir una palabra, Nicci abandonó el camino y penetró decidida en el abandonado lugar. El fuego había consumido las vigas de madera y el techo, y una espesa estera de malas hierbas y maleza se dedicaba a devorar el suelo de madera. Las paredes de ladrillo eran todo lo que quedaba, en realidad, y la mayoría había quedado reducida a escombros, con sólo una porción de la pared este lo bastante alta aún para contener un solitario marco de ventana.

El viento alborotó los cabellos iluminados por el sol de Nicci mientras esta contemplaba los desnudos restos del edificio en toda su extensión, Con los brazos lánguidos a los costados y la espalda no tan erguida como acostumbraba, permaneció parada y vulnerable en el lugar donde un techo la habría resguardado en su día.

Durante casi una hora, permaneció ensimismada entre los fantasmas.

Richard se mantuvo a distancia en un lateral, apoyando una cadera contra los restos carbonizados de parte de una mesa, una de las únicas cosas que seguían en el interior del armazón de ladrillo.

—¿Conoces este lugar? —le preguntó por fin.

La mujer pestañeó ante la pregunta y clavó la mirada en sus ojos durante un buen rato, como si también él fuera un fantasma. Se acercó a él entonces, desviando finalmente los ojos azules para dejar que sus dedos rememoraran viejos tiempos mientras se deslizaban levemente sobre los restos de la mesa.

—Me crié en esta ciudad —respondió con voz distante.

—Ah —Richard señaló a su alrededor—, ¿Y este lugar?

—Fabricaban armaduras aquí —musitó ella:

Richard no consiguió imaginar por qué querría ella ver un lugar así.

—¿Armaduras?

—Las mejores armaduras de todo el país. Con doble sello de calidad Reyes y nobles acudían a comprarlas.

Richard paseó la mirada por las ruinas del lugar, preguntándose qué más se ocultaba en aquella historia.

—¿Conocías al hombre que fabricaba las armaduras?

Ella negó con la cabeza, contemplando de nuevo fantasmas con sus ojos azules.

—No —susurró—. Lo siento mucho, jamás lo conocí.

Una lágrima descendió por su mejilla para caer al suelo. En aquellos momentos se parecía mucho a una niña, sola en el mundo, y asustada.

De no haber sabido lo que sabía sobre ella, Richard habría abrazado a aquella criatura desamparada y la habría consolado.

19

Nicci estaba cansada, helada e impaciente. Quería una habitación.

Su propósito al conducir a Richard a Altur'Rang era colocarlo frente a frente con la justa causa de la Orden. Sabía que Richard era un hombre de profunda integridad moral, y quería ver cómo reaccionaría enfrentado a la innegable virtud de las intenciones del enemigo.

Quería que Richard aprendiera las dificultades que tenía la gente corriente para vivir, para salir adelante en el mundo, y sentía curiosidad por ver cómo le iría a él en las mismas circunstancias; quería arrojarlo al fuego y ver cómo reaccionaba ante el calor, como quien dice. Había esperado que se sentiría nervioso y frustrado a aquellas alturas, pero él permanecía sereno y sin inmutarse.

Pensó que se enfurecería al averiguar lo que tenía que hacer para obtener un empleo. Pero no lo hizo. Había escuchado a aquel señor Gudgeons explicando la tarea casi imposible a la que se enfrentaba cualquiera en busca de trabajo. Nicci había esperado que asestara un puñetazo al pomposo funcionario; en su lugar, Richard le había dado las gracias alegremente. Era como si las cosas con las que tan ingenuamente se identificaba, que tan egoístamente había defendido cuando ella lo conoció, ya no le importaran.

En el Palacio de los Profetas donde había sido su maestra, cada vez que pensaba que sabía cómo reaccionaría, él hacía algo que ella jamás habría previsto. También lo hacía en aquellos momentos, pero de un modo sutilmente distinto. Lo que antes había sido, por así decirlo, una desorganizada rebelión juvenil se había convertido en el peligroso escrutinio de un depredador. Únicamente las cadenas alrededor de su corazón le impedían volver las zarpas contra ella.

Cuando había capturado a Richard, había visto por un breve instante, de pie, en la ventana de su casa, una talla de una mujer orgullosa. Nicci había sabido, tan seguro como sabía que la noche seguía al día, que Richard la había tallado; delataba aquella visión suya tan única, que ella reconocía. La estatua era prueba tangible de una vertiente oculta de su don; era una forma de equilibrio en relación con su capacidad para la guerra, más no detecto mapa en ella.

Puesto que sabía que Richard la había tallado. Nicci esperaba que sentiría interés por el empleo de escultor que le ofrecieron en Tanimura, pero él lo rechazó y se volvió taciturno, y apenas habló durante varios días después de eso.

Siempre que atravesaban una ciudad nueva, veía cómo examinaba las estatuas y los relieves. Puesto que también él tallaba, esperaba que hallara tales creaciones fascinantes, pero no era así. Nicci no lo comprendía. Ninguno de los trabajos estaba ejecutado con tanta delicadeza como lo que él había tallado, sin lugar a dudas, pero con todo, eran esculturas y pensaba que al menos sentiría interés por ellas. Le desconcertaba su sombrío estado de ánimo cada vez que las veía.

En una ocasión, los había sacado a ambos de su ruta por el simple motivo de mostrarle una famosa plaza de una ciudad y la heroica obra de arte que se exhibía allí. Su idea era proporcionarle un cierto ánimo al contemplar una obra tan aclamada. Richard no mostró ningún entusiasmo. Sorprendida, le había preguntado por qué parecía desagradarle tanto la escultura, llamada Visión atormentada…

—Es la muerte —respondió el con distante repugnancia mientras daba la espalda a la muy venerada obra.

Era una grandiosa escena de un grupo de hombres, algunos arrancándose los ojos tras haber contemplado la perfecta Luz del Creador. Otros de los hombres en la base de la estatua, que no se habían cegado, eran destrozados por bestias del inframundo. Los secuaces del Custodio huían de los hombres ciegos que gemían ante lo que habían visto antes de arrancarse los ojos.

—No —dijo Nicci, intentando no reír y así humillarlo por su ignorante punto de vista.

Pero intentó rectificar su percepción de la famosa obra de arte explicándosela.

—Es una representación de la naturaleza indigna de la humanidad. Muestra a personas que acaban de contemplar Su Luz perfecta, y al hacerlo han podido ver la desesperada naturaleza de la depravación

humana. Que sean capaces de arrancarse los ojos demuestra hasta qué punto es perfecto el Creador que ellos ya son incapaces de ver.

»Estos hombres de la estatua son héroes al demostrarnos que no debemos esforzarnos por alzarnos arrogantemente por encima de nuestra esencia corrompida, ya que eso sería compararnos pecaminosamente al Creador. Muestra que no somos más que partes anónimas e insignificantes de un conjunto más grandioso de humanidad, que Él creó, y por lo tanto ninguna vida individual puede tener la menor importancia. Esta obra nos enseña que sólo la sociedad como un todo puede valer la pena. Esos que están ahí, en la parte baja, que no se unieron a sus compatriotas, padecen su eterno destino funesto en manos del Custodio.

»¿Lo ves, ahora? Reverencia a la humanidad como la criatura imperfecta que es, para que podamos ver que cada uno de nosotros debe consagrarse al mejoramiento de nuestro prójimo porque ése es el único modo de hacer el bien y honrar la creación del Creador: nosotros. Así que, ya ves, no trata en absoluto de la muerte sino de la auténtica naturaleza de la vida.

A Nicci le habían enseñado que la estatua elevaba el espíritu de la gente, ya que contenía todo lo que ésta sabía que era cierto.

En toda su vida, nadie le había dirigido una mirada que la hiciera sentir tan insignificante como la mirada que Richard le dedicó.

Nicci tragó saliva horrorizada ante aquella expresión en sus ojos; era todo lo contrario de aquella cosa esquiva que intentaba hallar en él. Sin decir una palabra, él había conseguido que todo lo que quisiera hacer en aquel momento fuera arrastrarse bajo una roca y morir.

No comprendía cómo, pero la hizo sentir indigna de vivir. De algún modo desconcertante, aquella mirada la hizo sentir tan ciega como los hombres de la estatua. Richard no había dicho una palabra, pero pasaron días antes de que ella se viera capaz de volverlo a mirar a los ojos.

En ocasiones, Richard parecía sumiso cuando ella esperaba ferocidad. y vehemente cuando esperaba indiferencia. Empezaba a preguntarse si no se habría equivocado al pensar que había algo especial en él,

Una vez, incluso había desesperado de que realmente existiera algo en él que valiera la pena descubrir. Observando cómo dormía, abatida por haberse atrevido a esperar descubrir algún significado en la vida más allá de lo que su madre le había enseñado, había resuelto con tristeza que al día siguiente, tras visitar el lugar donde había crecido, pondría fin a toda aquella empresa un sentido y regresaría junto a Jagang.

No obstante, tras la visita al negocio de su padre, había vuelto a ver aquella cualidad en sus ojos grises, y supo sin el menor asomo de duda que no se había equivocado.

Aquel baile no haba hecho más que empezar.

Mientras recorrían el pasillo poco iluminado de una pensión, hizo una seña a Richard para que se hiciera a un lado. Nicci quería aquella habitación. Quería tumbarse en un sitio seco y dormir. Golpeó resueltamente con los nudillos en una puerta que parecía que podría hacerse pedazos si no tenía cuidado.

La mujer escudriñó la lista que tenía y luego la metió en su mochila mientras aguardaba a que abrieran la puerta. La casa de huéspedes, como todas las otras en las que habían estado, se suponía que alquilaba habitaciones a aquellos que eran nuevos en la ciudad. El emperador necesitaba trabajadores.

Mentalmente, Nicci imaginaba que aquél sería el lugar. Clavó los ojos en la mancha sobre el horrible revoque verde, e imaginó ver aquella mancha color té, en forma de grupa de caballo con la cola alzada, cada día mientras seguía con su vida, imaginó a Richard pasando junto a la mancha cada día al ir a un trabajo, y cada noche a su regreso a casa. Igual que tenía que hacer todo el mundo.

Richard vigilaba la escalera situada más allá de la puerta a la que Nicci volvía a llamar. Los peldaños se alejaban de ellos. La mujer no comprenda por que observaba él todas las cosas que observaba, pero no descartaba la intuición de su compañero. Por la expresión de su rostro, a Richard no le gustaba la escalera en sombras. Puesto que ella en una Hermana de las Tinieblas, difícilmente le asustaban las cosas sencillas que asustaban a otras personas. Volvió a llamar.

Una voz en el interior les dijo que marcharan.

—Necesitamos una habitación —declaró Nicci a la puerta en un tono que indicaba que tenía intención de obtenerla, y llamó con más tuerza—. Estáis en la lista. Queremos la habitación.

—Es un error —se oyó decir a la voz amortiguada del interior—. No hay habitación.

—Eh, oíd —dijo ella con indignación—, se está haciendo tarde...

Tres jóvenes que no había visto sentados en las escaleras aparecieron con aire arrogante de detrás del poste de la escalera. Los tres iban sin camisa, exhibiendo la musculatura como acostumbraban a hacer los jóvenes. Los tres llevaban cuchillos.

—Vaya, vaya —dijo uno de los recién llegados con una sonrisa petulante al mismo tiempo que sus ojos la examinaban con lascivia—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Dos ratoncitos ahogados?

—Me gusta la colita elegante de la ratita rubia —rió entre dientes un segundo.

Richard la agarró del brazo y sin una palabra la condujo al exterior por la puerta de la calle, de vuelta a la lluvia. Nicci arrastró los talones, protestando en un susurro todo el camino. No podía creer que lord Rahl en persona, el Buscador de la Verdad, y el portador de muerte se sintiera intimidado por tres hombres..., unos muchachos, en realidad.

Mientras descendían por la destartalada entrada delantera, Richard enarcó una ceja a la vez que inclinaba la cabeza hacia ella.

—No tienes poder, ¿recuerdas? No queremos esta clase de problemas. No me gusta que me apuñalen por una habitación. Esta pelea no merece la pena. Saber cuándo no hay que pelear es tan importante como saber cuándo hacerlo.

Nicci quería la habitación, pero finalmente admitió que Richard probablemente tenía razón. Los tres jóvenes de expresión despectiva se repantigaron en la puerta y los contemplaron, riendo, mientras insultaban a Richard. Por el momento, no estaban interesados en salir a la lluvia. Nicci había visto a jóvenes como aquellos antes, pero ese grupo era diferente de cualquiera de los otros: arrogante, agresivo, peligroso. Al menos resultaban buenos soldados en el ejército de Jagang.

Richard la hizo avanzar por la calle a toda prisa y acortó por algunos de los callejones estrechos, efectuando varios giros al azar sólo para asegurarse de que no los seguían.

La ciudad de Altur'Rang parecía interminable. Con la capa de nubes y la lluvia, la visibilidad era limitada, y las calles y vericuetos dispuestos al azar eran un laberinto confuso. Habían transcurrido muchos años desde que ella había estado allí por última vez y, no obstante todos los esfuerzos de la Orden, el lugar pasaba por tiempos difíciles. Le asusto pensar cómo habría sido de no haber estado allí b Orden para ayudar.

Cuando salieron a una calle más ancha, encontraron refugio bajo un alero junto con un grupito de otras personas que intentaban mantenerse fuera de la lluvia. Nicci se abrazó a si misma para protegerse del frío, Richard, junto con el resto de personas apiñadas bajo el tejado, se dedicó a observar a algún que otro carro que pasaba por la calle fangosa. La mujer no comprendía cómo podía Richard mantenerse caliente con un tiempo como aquel. Richard le echó una ojeada, viendo cómo tiritaba, pero no fue capaz de rodearla con un brazo para darle calor. Ella tampoco lo pidió.

Nicci suspiró; en el Viejo Mundo el frío no duraba mucho tiempo. En uno o dos días más el tiempo volvería a ser cálido.

Cuando había estado ante los restos desmoronados del negocio de su padre, justo antes de que marcharan, Richard había dado la impresión de casi querer rodearla con sus brazos y consolarla. A pesar de lo mucho que la odiaba, de lo mucho que quería huir de ella, se había sentido impelido a compadecerla.

De pie en las ruinas, Nicci había dejado que la inundaran los recuerdos, y se había deleitado en aquella exquisita angustia.

Richard tenía los ojos fijos en algo. Siguió la dirección de su mirada y vio que un carro no muy lejos calle adelante avanzaba con un bamboleo curioso. Casi en cuanto lo advirtió, la rueda se partió con un sonoro chasquido.

Los radios se habían quebrado bajo la pesada carga. El costado de la base del vehículo cayó al suelo salpicándolo todo. Las personas que había en el camino lateral quedaron cubiertas de barro y maldijeron a los dos hombres del carro. El tiro de cuatro caballos se detuvo como pudo mientras la carga mal repartida partía el eje, provocando que los radios de la rueda posterior, que seguía entera, también se quebraran. Toda la parte trasera del vehículo se vino abajo sobre el barro.

Los dos hombres descendieron para evaluar los daños. El huesudo conductor maldijo y pateó la rueda rota que descansaba en un ángulo sesgado. El otro hombre, más bajo y de constitución más fornida, comprobó con calma el resto del carro y la carga.

Frunciendo el entrecejo con curiosidad, Richard empujó suavemente a Nicci por delante de él mientras avanzaba por la calle en dirección al carro. La mujer se movió de mala gana, nada contenta de abandonar el refugio bajo el alero.

—Tenemos que hacerlo —dijo el hombre grandote con tranquila determinación—, Es sólo una distancia corra.

El otro hombre volvió a soltar una palabrota,

—No es mi trabajo, Ishaq, y lo sabes. ¡No lo haré!

Entonces Ishaq alzó las manos en un gesto de impotencia mientras su testarudo compañero iba a la parte delantera del vehículo e instaba al tiro de animales a seguir adelante, consiguiendo arrastrar el carro al lateral del camino y fuera del paso de otros carros que empezaban a retroceder calle abajo. En cuanto tuvo el cano a un lado, empezó a desenganchar los caballos.

El hombre situado en la parte posterior del vehículo se dio la vuelta y paseó aténtamele la mirada por la gente que observaba.

—Necesito un poco de ayuda —gritó Ishaq a la gente.

—¿Haciendo qué? —preguntó un hombre que estaba cerca.

—Tengo que llevar esta carga de hierro al almacén —Estiró el grueso cuello y señaló—, justo ahí..., en el edificio de ladrillo con la descolorida pintura roja en el lateral.

—¿Cuánto pagaras? —preguntó el espectador.

Ishaq empezaba a sentirse contrariado mientras echaba un vistazo por encima del hombro y veía cómo su compañero se llevaba a los caballos.

—No estoy autorizado a pagar nada, pero estoy seguro de que si por ahí mañana...

La gente que observaba rió con desabrido conocimiento de causa y siguió su camino. El hombre se quedó parado bajo el chaparrón, hundido hasta los tobillos en el barro, solo. Suspiró y se volvió hacia su carro, echando atrás la lona impermeabilizada para dejar al descubierto una carga de barras de hierro.

Richard bajó de la acera. Nicci quería probar algunas habitaciones más de la lista antes de que oscureciera e intentó agarrarle de la manga, pero el se limitó a dedicarle una mirada severa. Ella resopló para mostrar su desagrado pero lo siguió de todos modos mientras se encaminaba por el barro hasta el hombre que forcejeaba para extraer una larga barra de hierro del fondo del carro.

—Ishaq, ¿verdad? —preguntó Richard.

El hombre se volvió y asintió mirando a Richard.

—Eso es.

—Si te ayudo, Ishaq —preguntó Richard—, ¿realmente me pagarán mañana? Quiero la verdad.

Ishaq, un tipo fornido con un curioso sombrero rojo que llevaba una estrecha ala alrededor, negó finalmente con la cabeza en un gesto de resignación.

—Bien —siguió Richard—, si te ayudo a llevar esta carga a tu almacén, ¿nos permitirás a mi esposa y a mí dormir ahí dentro para que podamos pasar la noche a cobijo de la lluvia?

El hombre se rascó la nuca.

—No se me permite dejar entrar a nadie ahí. ¿Y si sucediera algo? ¿Y si luego faltaran cosas? Me quedaría sin trabajo... —chasqueó los dedos— así de rápido.

—Sólo hasta mañana. Únicamente quiero sacarla de la lluvia antes de que caiga enferma. El hierro no me sirve de nada. Además, yo no robo a la gente.

El hombre volvió a rascarse la nuca mientras echaba una mirada al carro por encima del hombro. Dirigió una veloz ojeada a Nicci. La mujer tiritaba y no fingía. Observó con atención a Richard.

—Dormir en el almacén una noche no es un precio justo por arrastrar todo esto ahí dentro. Llevará horas.

—Si tú estás de acuerdo, y yo estoy de acuerdo —dijo Richard por encima del sonido de la lluvia—, entonces es un precio justo. No he pedido nada más, y estoy dispuesto a hacerlo por ese precio.

El hombre contempló atónito a Richard como si éste estuviera loco. Se quitó el sombrero rojo y se rascó la cabeza de cabellos oscuros, luego echó los cabellos mojados hacia atrás y volvió a colocar el sombrero.

—Tendréis que largaros cuando yo llegue a primera hora de la mañana con un carro nuevo. Podría meterme en problemas...

—No dejaré que tengas problemas por mi culpa. Si me pescan, diré que me colé dentro.

El hombre lo meditó unos instantes, mostrándose sorprendido ante el último término que Richard había añadido para cerrar el trato. Echó una nueva ojeada a la carga, luego dio su consentimiento con la cabeza.

Ishaq izó una larga barra de acero y colocó el hombro debajo. Richard levantó dos y extendió el brazo al frente para sujetar la carga, descansando el pesado acero sobre los músculos tensados del hombro.

—Vamos —dijo a Nicci—. Vamos a meterte dentro para que puedas empezar a secarte y calentarte.

Ella intentó levantar una barra de metal para ayudar, pero estaba más allá de sus fuerzas. Había ocasiones en las que Nicci echaba de menos su poder, aunque al menos lo sentía a través de su vínculo con la Madre Confesora. Se requería un mayor esfuerzo, pero incluso a esa distancia más grande seguía siendo capaz de mantener la conexión. Anduvo junto a Richard mientras seguían al hombre hasta la habitación seca que Richard acababa de obtener para ella

El día siguiente amaneció despejado, aunque todavía goteaba agua de lluvia de los aleros. La noche anterior, mientras Richard ayudaba a Ishaq a llevar a cuestas la carga al almacén. Nicci había usado una fina cuerda que Richard tenía en su mochila, tendiéndola entre estantes metálicos, de modo que pudiera colgar las mojadas pertenencias de ambos. Por la mañana, la mayor parte de sus ropas estaban razonablemente secas.

Habían dormido sobre plataformas de madera, siendo la otra posibilidad el suelo de tierra. Todo olía a polvo de hierro, y estaba cubierto de una fina película negra. No había nada en el almacén pan calentarse, aparte de un solitario farol que Ishaq les había dejado, con el que Nicci podía al menos calentarse las manos. Durmieron lo mejor que pudieron con las ropas mojadas. Por la mañana, también ésas estaban razonablemente secas.

Nicci no había dormido durante gran parte de la noche, pero, a la luz del farol que la calentaba las manos, había observado dormir a Richard mientras pensaba en los ojos grises de su compañero. Había sido todo un impacto ver aquellos ojos en el negocio de su padre. Había traído de vuelta una avalancha de recuerdos.

Richard abrió la puerta del almacén justo lo suficiente para pasar al otro lado y transportó las cosas de los dos al exterior bajo el alba, que apenas despuntaba. El cielo sobre la ciudad parecía corno si se estuviera oxidando. La dejó vigilando las cosas mientras él regresaba a cerrar la puerta desde dentro. Nicci le oyó trepando por los estantes metálicos del almacén para alcanzar una ventana y saltar desde allí al suelo.

Cuando Ishaq finalmente apareció por la calle con un carro nuevo, Richard y Nicci estaban sentados sobre una pared baja en el camino de acceso a las puertas del almacén. Cuando el carro se deslizó junto a ellos para entrar en el patio situado en el exterior del edificio y te detuvo ante las puertas dobles, Nicci vio que el conductor que había abandonado a Ishaq la noche anterior llevaba las riendas.

El delgaducho cochero colocó el freno y los miró con suspicacias.

—¿Qué es esto? —preguntó a Richard.

—Lamento molestaros —respondió el—, pero sólo quería llegar aquí antes de que abrierais para saber si había algún trabajo disponible.

Ishaq echó un vistazo a Nicci y vio que se había secado. Observó la puerta cerrada y comprendió que Richard había mantenido su palabra, y le había evitado la posibilidad de meterse en un lío por haber permitido que alguien durmiera en el almacén.

—No podemos contratar gente —dijo el cochero—. Tienes que ir a la oficina y poner tu nombre en una lista,

—Entiendo —dijo Richard con un suspiro—. Bien, gracias, caballeros. Lo probaré. Os deseo un buen día a ambos.

Nicci había aprendido a reconocer en la voz de Richard cuando éste tramaba algo. Su compañero miró calle arriba y luego calle abajo, como si estuviera perdido. Algo tramaba en aquellos momentos. Pa-

recía estar dando a Ishaq una oportunidad de ofrecer más de lo que había pagado por la ayuda. El hombre había permitido que Richard transportara el doble de carga la noche anterior, y éste lo había hecho sin una palabra de protesta.

—Espera un momento —dijo Ishaq, tras un carraspeo.

Descendió del carro para abrir la puerta con la llave, pero se detuvo ante Richard.

—Soy el patrón de carga. Necesitarnos otro hombre y tú pareces tener una espalda fuerce. —Usando la puntera de la bota, dibujó un pequeño mapa en el barro—.Vea la oficina...—alzó el pulgar por encima del hombro—, calle abajo, por ahí, hasta la tercera esquina, luego a la derecha y sigue hasta dejar atrás seis calles más. —Dibujó una «X» en el barro—. Ahí está la oficina. Pon tu nombre en la lista.

Richard sonrió e inclinó la cabeza.

—Eso haré, señor.

Nicci sabía que Richard recordaba el nombre de Ishaq, pero hacía como si no debido a la presencia del conductor, en quien Richard no confiaba, después de que el hombre abandonara a su compañero la noche anterior. Lo que Richard no comprendía era que el cochero había hecho únicamente lo que se suponía que debía hacer. No se permitía que un hombre se hiciera cargo del trabajo que pertenecía a otros. Eso era robar. La carga era la responsabilidad del cargador, no del cochero.

—Ve a enrolarte primero en la agrupación de cargadores —dijo Ishaq a Richard—. Paga tu cuota. Tienen una oficina en el mismo edificio. Luego ve a poner tu nombre en la lista para el empleo. Estoy en la agrupación ciudadana de trabajadores que se presenta ante la asamblea de revisión para considerar nuevos aspirantes. Limítate a no moverte y esperar fuera. Cuando nos encontremos, más tarde, responderé de ti.

El cochero asomó la cabeza y escupió por encima del lado opuesto del carro.

—¿Por qué quieres ir a hacer eso, Ishaq? Ni siquiera conoces a este tipo.

Ishaq alzó los ojos hacia su compañero con el ceño fruncido.

—¿Viste a alguien en la agrupación que fuera tan grande como este tipo? Necesitamos otro cargador para el almacén. Acabamos de perder a un hombre y nos hace falta un sustituto. ¿Quieres que tenga que quedarme con algún anciano flacucho de modo que sea yo quien haga todo el trabajo?

—Supongo que no —respondió el cochero con una risita.

Ishaq indicó con un ademán a Nicci.

—Además, mira a su joven esposa. Necesita un poco de carne en los huesos, ¿no crees? Parecen una pareja agradable.

El cochero volvió a escupir por encima del costado del carro.

—Supongo.

Ishaq agitó una mano en dirección a Richard de camino a abrir la puerta del almacén.

—Asegúrate de estar allí.

—Estaré allí.

Ishaq se detuvo y giró.

—Casi lo olvidaba... ¿cómo te llamas?

—Richard Cypher.

Ishaq asintió con la cabeza y giró otra vez hacia la puerta.

—Yo soy Ishaq. Te veré esta noche. Richard Cypher. No me falles... ¿entendido? Si resultas ser perezoso y me defraudas, arrojare tu miserable pellejo al río con una barra de hierro atada al cuello.

—No te defraudaré, Ishaq —sonrió Richard—. Soy un buen nadador, pero no tan bueno.

Mientras avanzaban penosamente por las calles enlodadas en busca de algo de comida antes de ir a las oficinas a apuntarse en la lista para pedir trabajo, Richard preguntó:

—¿Qué sucede?

Nicci sacudió la cabeza asqueada.

—La gente corriente no tiene tu suerte, Richard. La gente corriente padece y lucha mientras que a ti tu suerte te consigue un trabajo.

—Si fue mi suerte —preguntó Richard—, entonces ¿por qué me duele la espalda de acarrear esa carga de barras de hierro al interior del almacén?

20

Cuando acabó de descargar el último carro de hierro, Richard se inclinó al frente y colocó las manos sobre el montón mientras jadeaba. Sentía un dolor punzante en los músculos de sus brazos y hombros. Siempre era más fácil con dos hombres, uno en el carro y uno en el suelo, pero el hombre que se suponía que debía ayudarlo con la carga había renunciado varios días atrás, diciendo que no lo habían tratado como era debido, Richard no lo echaba de menos en realidad; incluso cuando se ponía en movimiento, su ayuda causaba más molestias que otra cosa.

La luz que entraba por la altas ventanas se desvanecía, dejando el cielo de un intenso color morado. El sudor le corría por el cuello, formando regueros en el negro polvo de hierro. Deseó poder saltar dentro de un frío lago de montaña. Aquel pensamiento le resultó refrescante. Dejó que su mente vagara hasta allí mientras recuperaba el aliento.

Ishaq avanzo por el pasillo con el farol.

—Trabajas demasiado duro, Richard.

—Pensé que se me contrataba para trabajar.

Ishaq miró detenidamente a Richard por un momento, con un ojo capturando la fuerte luz amarilla del farol que sostenía.

—Sigue mi consejo. Trabajas demasiado duro, te meterás en problemas.

Richard llevaba tres semanas trabajando en el almacén, descargando carros y cargando otros. Había llegado a conocer a bastantes hombres, y tenía una buena idea de a qué se refería Ishaq.

—Pero todavía me preocupa tener que nadar con una barra de hierro alrededor del cuello.

Ishaq abandonó su cara de pocos amigos y gruñó una carcajada.

—Simplemente solté esa paparruchada por Jori.

Jori era el conductor que se había negado a ayudar a descargar el carro cuando éste se averió, Richard bostezó.

—Ya lo sé, Ishaq.

—Esto no es ninguna granja, como aquella de la que tú vienes. Esto es diferente. Es vivir bajo el modo de actuar de la Orden, Has de tener en cuenta las necesidades de los demás si quieres seguir adelante. Así es el mundo.

Richard captó el deje de cautela en la voz del hombre, y el significado de la suave advertencia.

—Tienes razón, Ishaq. Gracias. Intentaré recordarlo.

Ishaq indicó con el farol en dirección a la puerta.

—La agrupación de trabajadores se reúne esta noche Será mejor que te pongas en camino.

Richard lanzó un gemido.

—No sé. Es tarde y estoy cansado. Realmente preferiría...

—No querrás que tu nombre empiece a circular. No querrás que la gente empiece a comentar que no tienes mentalidad cívica.

Richard esbozó una sonrisita.

—Creía que las reuniones eran voluntarias.

Ishaq volvió a proferir una carcajada. Richard recogió su mochila de un estante en la esquina del fondo y luego corrió a la puerta para que Ishaq pudiera cerrarla con llave.

Fuera, en la creciente oscuridad. Richard distinguió apenas la figura curvilínea de Nicci sentada sobre la pared de la entrada del almacén. Sus curvas a menudo no le traían a la mente más que a una serpiente. No tenían habitación, aún, de modo que a menudo se acercaba al almacén después de haber pasado la mayor parte del día haciendo colas para comprar pan y otros artículos indispensables. Regresaban entonces andando juntos hasta su refugio en un callejón tranquilo a casi dos kilómetros de distancia. Richard había pagado una pequeña cantidad a algunos de los muchachos que había allí para que custodiaran su lugar y se aseguraran de que nadie más lo ocupaba. Los muchachos eran lo bastante jóvenes como para agradecer aquel pequeño precio y lo bastante mayores como para mostrarse diligentes en su tarea.

—¿Conseguiste pan? —preguntó Richard mientras se acercaba.

Nicci saltó del muro.

—No hay pan hoy.... no tenían. Pero he conseguido un poco de repollo. Haré una sopa.

El estómago de Richard rugía. Había estado esperando tener pan para poder comer un pedazo allí mismo. La sopa llevaría tiempo.

—¿Dónde está tu bolsa? Y si compraste repollo, ¿dónde está?

Ella sonrió y sacó algo pequeño. Lo sostuvo ante ellos mientras andaban para que se recortara en el intenso violeta del crepúsculo. Era una llave.

—¿Una habitación? ¿Tenemos un lugar?

—Pasé por la oficina de hospedaje esta tarde. Finalmente le tocó el turno a nuestro nombre. Nos asignaron una habitación. El señor y la señora Cypher. Podemos dormir bajo techo esta noche. Lo que es una buena cosa, porque parece que esta noche lloverá. Ya he dejado mis cosas en nuestra habitación.

Richard se frotó tos doloridos hombros. Sintió una oleada de repugnancia ante la farsa que ella le obligaba a representar..., que obligaba a Kahlan a representar. Había momentos en los que percibía un atisbo de algo profundamente importante respecto a ella y lo que hacía, pero la mayoría del tiempo se sentía simplemente abrumado por toda aquella locura.

—¿Dónde está esta habitación?

Esperaba que no se hallara al otro extremo de la ciudad.

—Es donde estuvimos antes..., no muy lejos de aquí. La que tenía la mancha en la pared justo una vez pasada la entrada.

—Nicci, todas tenían manchas en las paredes.

—La mancha que parecía la grupa de un caballo con la cola levantada. Pronto la veras.

Richard estaba muerto de hambre.

—Tengo que ir a una reunión de la agrupación de trabajadores otra vez esta noche.

—Ah —dijo ella—. Las reuniones de la agrupación de trabajadores son importantes. Ayudan a mantener presente en la mente de una persona lo que es correcto y el deber de todos para con el prójimo.

Las reuniones eran una tortura. Nada provechoso salía jamás de las reuniones, y en ocasiones duraban horas. Con todo, había personas que vivían para las reuniones para así poder ponerse en pie en frente del resto y hablar sobre la gloria de la Orden. Era su momento de triunfo, su momento para ser alguien, para ser importante.

Aquellos que no se presentaban a las reuniones eran puestos como ejemplo de personas que no estaban comprometidas adecuadamente con la causa de la Orden. Si el ausente no se enmendaba, era posible que acabara siendo sospechoso de subversión. La falta de veracidad era irrelevante. Formular el cargo hacía que algunas personas se sintieran más importantes en un país donde la igualdad estaba considerada como el mayor ideal.

La subversión parecía ser un nubarrón que flotaba constantemente sobre el Viejo Mundo. No era en absoluto inusual ver a la guardia de la ciudad detener a alguien por sospecha de subversión. La tortura producía confesiones que demostraban la veracidad del acusador. Las personas que hablaban largo y tendido en las reuniones habían, según esa lógica, acusado correctamente a un número de sediciosos, tal como evidenciaban las confesiones de estos.

El trasfondo de tensión en Altur'Rang dejaba a muchos preocupados por el azote constante de la insurrección... que provenía del Nuevo Mundo, se decía. Funcionarios de la Orden no perdían tiempo en erradicarla allí donde se descubría. Otras gentes estaban tan carcomidas por el temor a que el dedo acusador se volviera hacia ellas que los oradores en las reuniones de la agrupación de trabajadores tenían asegurada una gran cantidad de fervientes partidarios.

En muchas plazas públicas, como recordatorio constante de lo que podría sucederte en el caso de caer en malas compañías, se colgaban en posees altos los cuerpos de los sediciosos hasta que las aves dejaban sus huesos pelados. El acostumbrado comentario jocoso, si algún incauto decía cualquier cosa que sonara fuera de lugar, era: «¿Acaso buscas que te entierren las aves?».

Richard volvió a bostezar mientras doblaban la calle en dirección a la sala de reuniones.

—No recuerdo la mancha con aspecto de grupa de caballo.

Crujieron rocas bajo sus botas mientras caminaban por el lateral de la oscura calle. Por delante de ellos, a lo lejos, veía el farol de Ishaq balanceándose mientras el hombre acudía presuroso a la reunión.

—Prestabas atención a otra cosa en aquel momento. Es la habitación del lugar donde viven aquellos tres.

—¿Los tres qué?

Varias otras personas, algunas que conocía, la mayoría desconocidas, marchaban a toda prisa por la calle de camino a la reunión.

Richard recordó entonces. Se detuvo.

—¿Te refieres al lugar donde viven aquellos tres matones..., los tres de los cuchillos?

A duras penas consiguió verla asentir bajo la escasa luz.

—Ése es el lugar.

—Fantástico. —Richard se pasó una mano por el rostro mientras reanudaban la marcha—. ¿Preguntaste si podíamos tener una habitación diferente?

—La gente recién llegada a la ciudad tiene suerte si consigue habitación. Las habitaciones se asignan cuando tu nombre aparece en primer lugar. Si la rechazas, regresas al final de la lista.

—¿Le diste ya algo de dinero al casero?

—Sólo lo que tenía —respondió ella, encogiéndose de hombros.

Richard apretó los dientes mientras andaban.

—Eso es todo lo que tenemos durante el resto de la semana.

—Puedo alargar la sopa.

Richard no confiaba en ella. Probablemente se había encargado de algún modo de que les dieran aquel alojamiento en concreto. Sospechó que su compañera deseaba ver qué haría respecto a los tres jóvenes, ahora que se veía obligado a enfrentarse a la situación. Ella siempre hacía pequeñas cosas, efectuaba preguntas extrañas, realizaba afirmaciones atrevidas, sólo para ver cuál sería su reacción, cómo trataría él la situación. No conseguía imaginar qué quería de él.

Empezó a preocuparse por aquellos tres tipos. Recordaba claramente cómo el agiel de Cara había provocado que Kahlan sufriera el mismo dolor que Nicci. Si aquellos tres maltrataban a Nicci. Kahlan también lo padecería, y esa idea hacia que lo embargara un sudor frío de preocupación.

En la reunión de la agrupación de trabajadores, Richard y Nicci se sentaron en bancos en la parte posterior de una habitación llena de humo mientras personas situadas en la parte delantera hablaban sobre la gloria de la Orden, y cómo ayudaba ésta a la gente a llevar una vida virtuosa. Los pensamientos de Richard flotaron hacia el arroyo situado tras la casa que había construido, a las soleadas tardes de verano pasadas contemplando cómo Kahlan balanceaba los pies en el agua. Sintió una dolorosa añoranza mientras trazaba mentalmente la curva de sus piernas. Se pronunciaron discursos sobre el deber de cada trabajador para con su prójimo. Muchos de los discursos se efectuaban en un sonsonete monótono, habiéndose repetido tan a menudo que resultaba claro que las palabras carecían de significado, y que sólo la acción de pronunciarlas importaba. Richard recordó a Kahlan riendo mientras él atrapaba los peces que había colocado en tarros para ella. Muchos de los presentes, los líderes de la agrupación, o ciudadanos portavoces, expusieron con pasión y ardor sus elogios a la forma de actuar de la Orden. Unos pocos se pusieron en pie y hablaron sobre los que no estaban presentes, dando sus nombres, indicando la actitud inadecuada que mostraban por el bienestar de sus compañeros trabajadores. Circularon murmullos entre los reunidos.

Tras los discursos, algunas de las esposas de los trabajadores se levantaron y explicaron que tenían necesidades extras últimamente debido a que acababan de tener nuevos hijos, o sus esposos estaban pos-

trados en cama, o los parientes a los que cuidaban estaban enfermos. Después de que cada una hablara, se celebraba una votación a mano alzada. Si uno estaba de acuerdo en hacer lo correcto y hacer que la agrupación las ayudara, entonces levantaba la mano.

Los nombres de los que no alzaban la mano se anotaban, Ishaq había explicado a Richard que uno tenía derecho a no alzar la mano, sí no estaba de acuerdo, pero que si lo hacías muy a menudo, te ponían en una lisia de vigilancia. Richard no sabía qué era una lista de vigilancia, pero era bastante fácil figurárselo, e Ishaq le habla dicho que era mejor que no estuviera en una, y se asegurara de alzar la mano las más de las veces.

Richard la levantaba cada vez. En realidad no le importaba lo que sucedía. No tenía interés en tomar parte, ningún interés en mejorar las cosas y no le interesaba lo bien o mal que iban las vidas de la gente. La mayoría parecía desear la comodidad de tener a la Orden dirigiendo sus vidas, liberándolos de la carga de pensar por sí mismos. Igual que en Anderith. Nicci parecía sorprendida, y de vez en cuando incluso decepcionada, de ver que su mano se alzaba siempre, pero no hacía objeciones ni preguntas.

Apenas se dio cuenta de que su mano se alzaba, pues sonreía interiormente al recordar el asombro en la expresión de Kahlan, la sorpresa en sus ojos verdes, al ver a Espíritu por primera vez. Richard habría tallado una montaña para ella, sólo para ver su conmovedora dicha al contemplar algo que admiraba, algo que apreciaba, algo que valoraba.

Habló otro hombre, quejándose de las condiciones de su trabajo, de lo injustas que eran, y cómo se había visto obligado a renunciar para no verse sometido a tales abusos por parte de la compañía de transpone. Era el hombre que había abandonado el empleo y dejado que Richard se ocupara él solo de los cargamentos. Richard alzó la mano junto con todos los demás para conceder al hombre un salario completo durante seis meses como compensación.

Tras la votación a mano alzada, y algunos cuchicheos y anotaciones sobre papel a medida que se sumaban todas las obligaciones, se calculó la contribución justa por parte de los miembros con buena salud para ayudar a los que tenían necesidades. Los que estaban sanos, habían explicado a Richard, tenían una obligación de producir con rodas sus energías para ayudar a aquellos que no podían hacerla

A medida que se pronunciaban los nombres de los hombres, estos se ponían en pie para escuchar la parte que se tomaría de sus salarios la semana siguiente. Puesto que era nuevo, el nombre de Richard fue el último. Se puso en pie, mirando a través de la habitación mal iluminada a las personas con abrigos apolillados sentadas tras la larga mesa formada por dos puertas viejas. Ishaq estaba sentado en un extremo, secundando a los demás en todo. Varías de las mujeres todavía tenían las cabezas juntas. Cuando finalizaron, hablaron en susurros al presidente y éste asintió.

—Richard Cypher, puesto que eres nuevo, todavía no te has puesto al día en tu deber para con tu agrupación de trabajadores. Se establece que tu salario de las próximas semanas sea tu cuota de ayuda.

Richard se quedó en silencio unos instantes, luego:

—¿Cómo comeré..., cómo pagaré el alquiler?

Algunas personas de la habitación volvieron la cabeza para mirarlo con expresión corva. El presidente golpeó la mesa con la mano, pidiendo silencio.

—Deberías dar gracias al Creador por haber sido bendecido con buena salud de modo que puedas trabajar, joven. En estos instantes, hay gentes que no son tan afortunadas en la vida como tú, que tienen necesidades mayores que las cuyas. El sufrimiento y la necesidad deben anteponerse al egoísta enriquecimiento personal.

Richard suspiró. ¿Qué importaba en realidad? Al fin y al cabo, él era un hombre afortunado.

—Sí, señor. Entiendo lo que queréis decir. Estoy encantado de ofrecer mí contribución a los necesitados.

Deseó que Nicci no hubiera entregado todo el dinero que tenían.

—Bien —dijo a Nicci mientras salían con paso cansino a la noche—, supongo que podemos pedir al casero que nos devuelva el dinero del alquiler. Podemos quedarnos donde estábamos antes, hasta que pueda trabajar un poco más y ahorrar algo de dinero.

—No devuelven el dinero del alquiler —respondió ella—. El casero comprenderá nuestra necesidad y dejará que nuestra deuda crezca hasta que podamos empezar a saldarla. En la siguiente reunión, simplemente tienes que presentarte ante la junta de revisión y explicar tus dificultades económicas. Si las presentas adecuadamente, te pasarán una cantidad del fondo de beneficencia para pagar el alquiler.

Richard estaba agotado y se sentía como si estuviera en alguna especie de sueño estúpido.

—¿Beneficencia? Es mi salario..., por el trabajo que realizo.

—Ése es un modo egoísta de mirarlo, Richard. El empleo lo tienes por gentileza de la agrupación de trabajadores, la compañía y la Orden.

Richard estaba demasiada cansado para discutir. Además, no esperaba ninguna justicia en nada hecho en nombre de la Orden, Sólo quería llegar a su nueva habitación y dormir un poco.

Cuando abrieron la puerta, uno de los tres jóvenes manoseaba la mochila de Nicci. Sosteniendo algunas de sus piezas de ropa interior en una mano, les dirigió una sonrisita de suficiencia por encima del hombro.

—Vaya, vaya—dijo mientras se ponía en pie; seguía sin llevar camisa —. Parece que las dos ratas remojadas han encontrado un agujero en el que vivir.

Su mirada lasciva resbaló por Nicci, y no miraba precisamente su rostro.

Nicci le arrebató la mochila primero, luego sus cosas de la otra mano. Metió sus prendas íntimas de vuelta en la bolsa mientras él observaba, sin dejar de sonreír burlonamente. Richard temió que la mujer fuera a abandonar su vínculo con Kahlan para usar su poder, pero ella se limitó a dirigir una mirada airada al muchacho.

La habitación apestaba a moho. El techo bajo hacía que Richard se sintiera incómodamente constreñido. El techo había sido encalado en el pasado, pero en aquellos momentos estaba ennegrecido por el hollín de velas y lámparas, lo que daba a la habitación una sensación de cueva. Una vela colocada en un soporte oxidado en la pared proporcionaba la única luz. Un armario se alzaba torcido en la esquina frente a paredes sucias salpicadas de manchas de moscas. Al armario le faltaba una puerta. Dos sillas de madera ante una mesa bajo una ventana pequeña en la pared opuesta eran el único lugar en el que sentarse, aparte del suelo de pino combado y agujereado. Los pequeños recuadros de cristal de la ventana estaban opacos bajo una variedad de capas de pintura de distintos colores. A través de un pequeño triángulo en la esquina donde el cristal estaba roto. Richard vio la pared gris del edificio contiguo.

—¿Cómo entraste aquí? —le espetó Nicci.

—Llave maestra —Agitó la llave como un pase real—. Verás, mi padre es el casero. Me limitaba a comprobar vuestras cosas por si había literatura subversiva.

—¿Sabes leer? —se burló Nicci—. Tendría que verlo para creerlo.

La sonrisita desafiante no abandonó el rostro del joven ni por un momento.

—No nos gustaría descubrir que tenemos a sediciosos viviendo bajo nuestro techo. Podría poner en peligro a todos los demás. Mi padre tiene el deber de denunciar cualquier actividad sospechosa.

Richard se hizo a un lado para dejar pasar al joven cuando este marchó hacia la puerta, pero luego le agarró del brazo al verle coger la vela.

—Ésa es nuestra vela —dijo Richard.

—¿Sí? ¿Qué te hace pensar eso?

Richard cerró con más fuérzala mano sobre el brazo desnudo, delgado y musculoso. Mirándolo a los ojos, señaló con la otra mano.

—Nuestras iniciales están grabadas en la parte baja, ahí.

Sin pensárselo antes, el joven giró instintivamente la vela para echar una mirada, y la cera caliente se derramó sobre su mano. Soltó la vela con un chillido agudo.

—¡Cielos, lo siento! —dijo Richard, que se inclinó y recogió la vela—. Estás bien, espero. No se te metió nada de esa cera ardiente en los ojos, ¿verdad? La cera caliente en los ojos duele una barbaridad.

—¿Sí? —Se apartó el lacio pelo oscuro fuera de los ojos—. ¿Cómo podrías saber tú eso?

—Allí de donde vengo, vi cómo le sucedía a un pobre tipo.

Richard se recostó en parte hacia fuera, dentro del pasillo, a la luz de otra veta colocada sobre un estante. Con la uña del pulgar grabó ostentosamente una «R» y una «O» en la parte interior de la vela.

—¿Lo ves, aquí? Mis iniciales.

El joven no se molestó en mirar.

—Ajá.

Salió con aire arrogante por la puerta. Richard fue con él y encendió la vela en la llama de la que había en el pasillo. Antes de marchar, el joven se volvió otra vez hacia él con expresión altiva.

—¿Cómo se las arregló ese tipo para cometer la estupidez de dejar que le entrara cera caliente en los ojos? ¿Es que era un grandísimo idiota como tú?

—No —respondió Richard con naturalidad—. No, en absoluto. Era un joven engreído que puso tontamente las manos en la esposa de otro. La cera caliente se la vertió en los ojos el marido.

—¿Sí? Vaya ¿y por qué el muy zopenco no cerró los ojos?

Richard dedicó al muchacho una mortífera sonrisa por primera vez.

—Porque le habían cortado los párpados, primero, de modo que no pudiera cerrarlos. Veras, de donde yo vengo, cualquiera que toque a una mujer en contra de sus deseos no recibe un trato indulgente.

—¿Sí?

—Sí. Los parpados del joven no fueron la única cosa que se cortó.

El jovenzuelo volvió a echarse los cabellos hacia atrás.

—¿Me estas amenazando, estúpido?

—No. No habría nada que yo pudiera hacerte que te perjudicara más de lo que tú ya haces para perjudicarte.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nunca llegarás a nada. Siempre serás la despreciable inmundicia que la gente se limpia de los zapatos. Uno sólo tiene una vida y tú estás desperdiciando la tuya. Eso es una terrible vergüenza. Dudo que vayas a saber jamás qué es ser realmente feliz, obtener nada de valía, sentir auténtico orgullo de uno mismo. Tú mismo te lo buscas todo, y yo no podría hacerte nada peor.

—No puedo evitar lo que la vida me depara.

—Sí, puedes hacerlo. Tú creas tu propia vida.

—¿Sí? ¿Cómo lo explicas?

Richard indicó a su alrededor con un gesto.

—Mira esta pocilga en la que vives. Tu padre es el casero. ¿Por qué no mostráis un poco de orgullo y arregláis el lugar?

—Él es el casero, no el propietario. El hombre que fue el dueño era un bastardo codicioso, que cobraba un alquiler más alto del que la mayoría podía permitirse. La Orden se hizo cargo del lugar, y por sus crímenes contra la población le torturaron hasta la muerte. A mi padre le dieron el empleo de casero. Simplemente dirigimos el lugar para ayudar a estúpidos como vosotros que no tenéis un lugar. No tenemos dinero para dedicarnos a arreglar el edificio.

—¿Dinero? —Richard señaló con la mano—. ¿Hace falta dinero para recoger esa basura abandonada en el pasillo?

—Yo no la puse ahí.

—Y estas paredes..., no hace falta dinero para lavar las paredes. Mira el techo de esta habitación. No lo han lavado en una década, al menos.

—¡Eh! No soy una fregona.

—¿Y la escalera de la entrada? Alguien se acabará partiendo el cuello en ella. Podrías ser tú o tu padre. ¿Por qué no hacéis algo que valga la pena para variar y la arregláis?

—Ya te dije que no tenemos dinero para arreglar cosas.

—No hace falta dinero. Sólo hay que desmontarla, limpiar las junturas y poner unas cuantas cuñas nuevas. Las puedes cortar de cualquier pedazo de madera que haya por ahí.

El joven se limpió las palmas de las manos en los pantalones.

—Si eres tan listo, ¿entonces por qué no arreglas tú la escalera?

—Buena idea, lo haré.

—¿Sí? —La mueca de desprecio regresó—. No te creo.

—Mañana, cuando regrese a casa del trabajo, arreglaré la escalera. Si apareces, te enseñaré cómo se hace.

—Tal vez aparezca sólo para ver a un primo haciendo el trabajo de arreglar algo que ni siquiera es suyo, y por nada.

—No es por nada. Es porque yo también utilizo los peldaños de la entrada, y por sentirme bien en el lugar en el que vivo. Me importa si mi esposa cae y se rompe la pierna. Pero sí quieres venir a aprender cómo arreglar los escalones, llevarás una camisa como señal de respeto por las mujeres de tu edificio.

—¿Y si aparezco y te observo, y no llevo puesta una estúpida camisa como si fuera un viejales?

—Entonces no sentirte suficiente respeto por ti como para enseñarte cómo arreglar la escalera. No aprenderás nada, en ese caso.

—¿Y si no quiero aprender nada?

—Entonces me habrás enseñado algo sobre ti.

El joven puso los oscuros ojos en blanco.

—¿Por qué tendría que preocuparme por aprender a arreglar una escalera idiota?

—No tendría por qué preocuparte el saber arreglar una escalera, pero si te preocupas por ti mismo, deberías preocuparte por aprender; incluso aprender cosas sencillas. Uno llega a enorgullecerse de sí mismo únicamente mediante la consecución de cosas, aunque sólo sea el arreglo de una escalera vieja.

—¿Sí? Yo estoy orgulloso de mí mismo.

—Intimidas a la gente y luego confundes eso con el respeto. Los demás no pueden concederte amor propio, ni siquiera otras personas que se preocupen por ti. Tienes que aprenderá tener amor propio. Todo lo que sabes en estos momentos es como andar por ahí y parecer tonto.

El otro cruzó los brazos.

—¿A quien estás llamando...?

Richard clavó el dedo en el suave pecho del joven, obligándolo a dar un paso atrás.

—Sólo dispones de una vida. ¿Es eso todo lo que quieres de ella, andar por ahí insultando a la gente, asustándola, junto con tu pandilla? ¿Es eso lo que quieres que tu única vida sea para ti?

»Cualquiera que desee algo más de la vida, que quiera que su vida signifique algo, se preocuparía por aprender cosas. Mañana arreglaré esa escalera. Mañana veremos qué clase de persona eres.

El joven volvió a cruzar los brazos en una postura de desafío.

—¿A sí? Bueno, a lo mejor prefiero pasar el tiempo con mis amigos.

Richard se encogió de hombros.

—Por eso tu suerte en la vida no la marca el destino. Yo no tengo voz ni voto en muchas cotas de mi vida, pero hago aquellas elecciones que puedo. Es mi elección arreglar esa escalera y convenir el lugar en el que vivo en algo un poco mejor, en lugar de lloriquear y esperar a que otro haga algo por mí. Me enorgullece saber cómo hacerlo por mí mismo.

»Arreglar escaleras no te convertirá en un hombre, pero te dará un poco más de seguridad en ti mismo. Sí quieres, trae a tus amigos, y os enseñaré a todos a usar esos cuchillos vuestros para algo más que agitarlos frente a los rostros de la gente.

—Tal vez vengamos a reímos de ti

—Estupendo. Pero si tú y tus camaradas queréis aprender algo de valía, entonces será mejor que empecéis por mostrarme que tenéis intención de aprender mostrando respeto y apareciendo con camisas. Ésa es la primera elección que tenéis. Si elegís mal, entonces vuestras elecciones, a medida que sigáis con vuestra vida, se irán volviendo cada vez más limitadas. Y mi nombre es Richard.

—Tal como dije, tal vez sirvas para que echemos unas buenas risas —Hizo una mueca—. Richard.

—Reíd todo lo que queráis. Yo conozco mi valía y no necesito demostrársela a personas que no conocen la suya. Si quieres aprender, ya sabes lo que debes hacer. No obstante, si vuelves a agitar un cuchillo ante mí... o, peor, ante mi esposa..., estarás cometiendo el último de tus muchos errores de esta vida.

El otro prefirió hacer caso omiso de la amenaza con otra bravata.

—¿Qué llegaré a ser? Un primo, como tú, que trabaja como una mula para ese codicioso Ishaq y su compañía de transporte?

—¿Cómo te llamas?

—Kamil

—Bien, Kamil, trabajo a cambio de un salario para poderme mantener a mí y a mi esposa. Poseo algo de valor; yo mismo. Alguien me valora lo suficiente como para pagarme por mi tiempo y capacidad. En estos instantes, elegir trabajar cargando carros es una de las pocas elecciones que debo hacer en mi vida. Elijo arreglar esos escalones porque mejora mi vida —Richard entrecerró los ojos—. ¿Y qué tiene que ver Ishaq con ello, al fin y al cabo?

—¿Ishaq? Es el propietario de la compañía de transporte.

—Ishaq no es más que el patrón de canta.

—Ishaq había vivido aquí, mucho antes de que la Orden se hiciera cargo del edificio. Mi padre lo conocía. De hecho, dormiréis en su salón. En aquel entonces, era su compañía de transporte. En aquellos tiempos, era su compartía de transporte. Eligió la senda de la iluminación, sin embargo, cuando se le ofreció. Permitió que la agrupación ciudadana de trabajadores lo ayudara a aprender a ser un mejor ciudadano de la Orden, a aprender cuál era su puesto ante el Creador. Ahora sabe que no es mejor, que el resto de nosotros..., incluido yo.

Richard echó una ojeada a Nicci, que estaba de pie en medio de su habitación, observando la conversación. Se había olvidado por completo de ella. Se le pasaron las ganas de seguir charlando.

—Te veré mañana por la noche, tanto si vienes a reírte como a aprender. Es tu vida, Kamil, y tu elección.

21

El sol empezaba a despuntar. Polvorientos haces de luz penetraban oblicuamente en el almacén por las ventanas situadas en lo alto. Cuando vio a Ishaq avanzando por el lateral para darle la lista del hierro que había que cargar en los carros, Richard saltó del estante en el que había estado esperando.

Richard no había visto a su patrón desde hacía una semana,

—Ishaq, ¿estás bien? ¿Dónde has estado?

El corpulento patrón de carga avanzó apresuradamente por el pasillo.

—Hola también a ti.

—Lo siento..., hola. Estaba preocupado. ¿Dónde has estado?

El hombre hizo una mueca.

—Reuniones. Siempre reuniones. Espera en esta oficina, espera en esa oficina. Nada de trabajo, sólo reuniones para esto y para aquello. Tuve que ir a ver a gente para organizar cargamentos que la gente necesita. En ocasiones piensa que en realidad nadie desea que ninguna mercancía se mueva en esa ciudad. Les resultaría más fácil si se pagara a todo el mundo, pero nadie tuviera que hacer ningún trabajo; entonces no tendrían que firmar en un papel y preocuparse por si a lo mejor algún día los llaman para dar explicaciones por haberlo hecho.

—Ishaq, ¿es cierto que esta compañía de transporte había sido tuya?

El hombre se detuvo para recuperar aliento.

—¿Quien te cuenta esas cosas?

—¿Qué me dices? ¿Era realmente tuya la compañía de transporte?

Ishaq se encogió de hombros.

—Todavía lo es, supongo.

—¿Qué sucedió?

—¿Qué sucedió? Nada sucedió, excepto tal vez que me volví listo y descubrí que era más trabajo del que necesitaba.

—¿Con qué te amenazaron?

Ishaq miró detenidamente a Richard por unos instantes.

—¿De dónde vienes?¿ No te pareces a ningún chico de granja que haya conocido.

—No has respondido a mí pregunta, Ishaq —dijo él con una sonrisa.

El hombre gesticuló con irritación.

—¿Para qué quieres saber historias del pasado? El pasado es el pasado. Un hombre tiene que mirar el modo en que están las cosas y hacer lo mejor que pueda con aquello que la vida le ofrece. Se me presentó una elección, y elegí. Las cosas son como son. Desear no da de comer a mis hijos.

Richard sintió de repente que su inquisitivo entrecejo fruncido era cruel y lo hizo desaparecer.

—Comprendo, Ishaq. Realmente lo hago. Lo siento.

El hombre volvió a encogerse de hombros.

—Ahora trabajo aquí igual que todos los demás. Es más fácil. Debo seguir las normas o podría perder el empleo, igual que todos los demás. Todo el mundo es igual ahora,

—Alabada sea la Orden.

Ishaq sonrió ante la burla de Richard. Richard le tendió la mano.

—Dame la lista.

El patrón de carga le entregó el papel. Sólo aparecían los nombres de dos lugares, con algunas instrucciones en cuanto a calidad, longitud y cantidades.

—¿Qué es esto? —preguntó Richard.

—Necesitamos un cargador que vaya con el carro a recoger un poco de hierro y se ocupe de la entrega.

—¿Así que ahora trabajo en los carros? ¿Por qué? Pensaba que me necesitabas en el almacén.

Ishaq se quitó el sombrero rojo y se rascó la cabeza de oscuros cabellos, que empezaban a ralear.

—Tuvimos algunas... quejas.

—¿Sobre mí? ¿Qué hice? Sabes que he trabajado duro.

—Demasiado duro. —Ishaq volvió a ajustarse el sombrero en la cabeza—. Algunos hombres del almacén dicen que eres mezquino y malicioso. Son sus palabras, no mías. Dicen que haces que se sientan mal al hacer ostentación de lo joven y fuerte que eres. Dicen que te ríes a sus espalas.

Muchos de los hombres eran más jóvenes que Richard, y muy fuertes.

—Ishaq, yo jamás...

—Lo sé, lo sé. Pero a ellos les parece que lo haces. No te crees problemas. Sus sentimientos son lo que importa, no lo que es.

Richard profirió un suspiro de frustración.

—Pero la agrupación de trabajadores me dijo que yo poseo la capacidad de trabajar mientras que otros no, y que se suponía que debía contribuir con todo mi afán para ayudar a aliviar la presión sobre aquellos menos capaces..., aquellos que no poseen mis aptitudes. Dijeron que perdería mi trabajo si no ponía todo mi afán.

—Es como caminar en la cuerda floja.

—Y yo me he caído.

—Quieren que te despida.

—De modo que ya he acabado aquí—dijo Richard con un suspiro.

Ishaq meneó la mano.

—Sí, y no. Estás despedido del almacén por tener una mala actitud. Convencí al comité para que te dieran otra oportunidad y dejaran que se te trasladara a los carros. Los carros no dan tanto trabajo, porque sólo puedes cargarlo, y cuando llegas a donde va, lo descargas. No puedes meterme en muchos problemas así.

Richard asintió.

—Gracias, Ishaq.

La mirada de Ishaq buscó refugio entre los estantes cargados de hierro, los cubos de carbón vegetal y las grandes hileras de mineral que necesitaban ser entregados. Se rascó la sien.

—La paga es menor.

Richard se sacudió el polvo de hierro y de mineral de las manos y de la parte posterior de los pantalones.

—¿Qué diferencia hay? Al fin y al cabo me la quitan y la reparten. En realidad no estoy perdiendo ninguna paga, otras personas pierden su paga.

Ishaq lanzó una risita y dio una palmada a Richard en la espalda.

—Eres el único de por aquí con quien puedo contar, Richard. Eres diferente de los demás. Siento que puedo hablar contigo y que ello no irá a parar a otros oídos.

—No te haría eso.

—Lo sé. Por eso te cuento lo que no cuento a los demás. Se espera de mí que sea igual, y que trabaje como cualquier otro, pero también se espera de mí que proporcione empleos. Me quitaron el negocio, pero siguen esperando que lo dirija para ellos. Es un mundo de locos.

—No sabes ni la mitad, Ishaq. Así pues ¿qué hay de este empleo para cargar carros? ¿Qué necesitas que se haga?

—El herrero de la obra me va a provocar un ataque.

—¿Por qué?

—Tiene pedidos de herramientas, pero no tiene hierro. Muchas personas esperan cosas—Indicó con un amplio movimiento de la mano el estante lleno de hierro—. La mayoría de esto es lo que se encargó el otoño pasado. ¡El otoño pasado! Es casi primavera y no ha llegado hasta ahora.

—¿Por qué tardó tanto tiempo en llegar aquí?

Ishaq se asestó una palmada en la frente.

—Quizá si seas un ignorante chico de granja, después de todo. ¿Dónde has estado? ¿Bajo las rocas? No puedes obtener cosas simplemente porque las quieras. Debes aguardar tu turno. Tu pedido debe pasar por la junta de revisión.

—¿Porqué?

—Por qué, por qué, por qué. ¿Es eso todo lo que sabes?

Ishaq suspiró y masculló algo por lo bajo sobre el Creador y su paciencia. Se golpeó la palma con la otra mano mientras se lo explicaba a Richard.

—Porque debes pensar en los demás, ése es el motivo. Tienes que tomar en consideración las necesidades de otras personas. Tienes que considerar el bien de todos. Si yo consigo todos los encargos para recoger y entregar hierro, entonces ¿qué posibilidad tienen otros que quieran hacer lo mismo? Si yo me quedo toda la actividad comercial, eso es injusto. Dejaría a gente sin trabajo. Lo que está disponible debe repartirse. La junta de supervisión debe asegurarse de que todo es igual para todos. Algunas personas no son capaces de manejar los pedidos tan deprisa como yo puedo hacerlo, o tienen problemas, o no pueden conseguir trabajadores, o sus trabajadores tienen problemas, de modo que tengo que esperar hasta que pueden ponerse al día.

—Es tu negocio, por qué no puedes...

—Porqué, porqué, porqué. Toma, coge este pedido. Sólo me falta que ese herrero vuelva a bajar hasta aquí para chillarme. Tiene problemas con sus pedidos y necesita el hierro.

—¿Por qué tiene problemas? Creía que todo el mundo tenía que esperar su turno.

Ishaq enarcó una ceja y bajó la voz.

—Su cliente es El Retiro.

—¿El Retiro? ¿Qué es eso?

—El Retiro. —Ishaq extendió los brazos, indicando algo grande—. Ése es el nombre del lugar que están construyendo para el emperador.

Richard no había sabido el nombre. El nuevo palacio del emperador era el motivo de que todos los trabajadores fueran a Altur'Rang. Suponía que también era la razón por la que Nicci había insistido en que fueran a la ciudad. Tenía algún interés en hacer que él fuera parte del grandioso proyecto. Supuso que tenía que ver con su grotesco sentido de la ironía.

—El nuevo palacio va a ser enorme —dijo Ishaq, agitando los brazos otra vez—. Una gran cantidad de trabajo para una gran cantidad de personas. Construir El Retiro será una tarea de años.

—De modo que, cuando la mercancía es para la Orden, entonces es mejor que la entregues. Comprendo.

Ishaq sonrió e inclinó profundamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Ahora, ya empiezas a comprender, señor Richard por qué, por qué, por qué. El herrero trabaja directamente siguiendo las órdenes de los constructores del palacio, que informan a las estancias más elevadas. Los constructores necesitan que se les fabriquen herramientas y cosas, y no quieren oír excusas por parte de un humilde herrero. El herrero tampoco quiere oír excusas por mi parte, pero yo tengo que atenerme a lo que dice la junta de revisión; él no lo hace, el se atiene a lo que dice el palacio. Yo estoy en medio.

Ishaq hizo una pausa cuando uno de los otros cargadores se acercó por el pasillo con un pedazo de papel. Ishaq leyó el papel que el hombre le entregó, mientras este dedicaba una mirada de soslayo a Richard. Ishaq suspiró y dio unas breves instrucciones al trabajador. Una vez que éste marcho, Ishaq se volvió de nuevo hacía Richard.

—Sólo puedo transportar lo que la junta de revisión me permite mover. Ese papel..., son instrucciones de la junta para que retenga un cargamento de vigas en beneficio de otra compañía. ¿Lo ves? No puedo dejar a otras personas sin empleo mostrándome injusto y entregando más de lo que entregan ellas, o de lo contrario tendré problemas, y me reemplazaran por alguien que no sea tan injusto con sus competidores. Ah, no es como en los viejos tiempos, cuando era joven y estúpido.

Richard cruzó los brazos.

—Lo que quieres decir es que si haces un buen trabajo, tienes problemas; como me sucedió a mí.

—Buen trabajo… Quién puede decir qué es un buen trabajo. Todo el mundo tiene que trabajar en colaboración por el bien de todo el mundo. Eso es un buen trabajo... si ayudas a tus compañeros.

Richard contempló a un par de hombres a lo lejos que cargaban un carro con carbón vegetal.

—En realidad no crees todas esas bobadas, ¿verdad, Ishaq?

El hombre profirió un largo y doliente suspiro.

—Richard, por favor, carga el carro cuando llegues a la fundición y luego ve con el carro a El Retiro y descárgalo en la herrería. Por favor. No te me pongas enfermo, te hagas daño en la espalda ni se te enfermen los niños durante el trayecto, ¿quieres? Lo que menos necesito es volver al herrero, o tendré que nadar con una barra de hierro alrededor del cuello.

Richard gruñó una carcajada.

—Mi espalda está perfectamente.

—Estupendo. Haré venir a un conductor para que lleve el carro —Ishaq agitó un dedo a modo de advertencia—. Y no pidas al conductor que te ayude a cargar o descargar. No nos convendría que se presentara esa clase de queja en la siguiente reunión. Tuve que suplicar a Jori que no interpusiera una reclamación después de que le pidiera que me ayudara a descargar el carro aquel día bajo la lluvia, cuando se rompieron las ruedas..., el día que me ayudaste a llevar el cargamento al almacén. ¿Recuerdas?

—Recuerdo.

—Por favor, no causes problemas a Jori. No toques las riendas..., ése es su trabajo. Sé un buen tipo, ¿vale? Carga y descarga el hierro de modo que el herrero no vuelva a venir a verme, ¿de acuerdo?

—Claro, Ishaq. No te causaré problemas. Puedes confiar en mí.

—Buen chico —Ishaq empezó a alejarse, pero se dio la vuelta—. No había tantos problemas en una granja... ¿me equivoco?

—No, no los había. Ojala estuviera de vuelta allí.

Antes de llegar muy lejos, Ishaq se volvió una vez más.

—Asegúrate de hacer reverencias y mostrarte muy humilde si ves a cualquiera de esos sacerdotes. ¿Me oyes?

—¿Sacerdotes? ¿Qué sacerdotes? ¿Cómo los conoceré?

—Túnicas marrones y gorras con pliegues.... los reconocerás, ya lo creo. No puedes equivocarte con dios. Sí ves alguno, usa tus mejores modales. Si un sacerdote sospecha que muestras una actitud impropia hacia el Creador o algo parecido, puede hacer que te torturen. Los sacerdotes son los discípulos del hermano Narev.

—¿El hermano Narev?

—El sumo sacerdote de la Fraternidad de la Orden... —Ishaq agitó los brazos con impaciencia—. Tengo que hacer que Jori venga con el carro. Por favor, Richard, haz lo que te digo. Ese herrero me echará a su fragua si no tiene ese hierro ahí hoy. Por favor, Richard, lleva ese cargamento allí. Por favor.

Richard dedicó a Ishaq una sonrisa para tranquilizarlo.

—Tienes mi palabra, Ishaq. El herrero recibirá el hierro.

Ishaq suspiró profundamente y marchó a toda prisa en busca de su conductor.

22

Era entada la bochornosa tarde cuando llegaron al emplazamiento de El Retiro. Sentado en el carro junto a Jori mientras franqueaban la cima de la última colina, Richard se quedó anonadado ante lo que veía. Era más que enorme. No podía ni imaginar cuantos kilómetros cuadrados se habían desbrozado. Cuadrillas de miles de hombres, que parecían hormigas desplegadas allí abajo, trabajaban en hileras con palas y cestos dando nueva forma al contorno del terreno.

Jori se mostraba desinteresado por la construcción, y se limitó a escupir por encima del lateral, brindando algún que otro «supongo» a algunas de las preguntas de Richard.

Todavía se estaban colocando los cimientos en profundas zanjas, lo que permitió a Richard, que miraba abajo desde la carretera, ver sobre el suelo el contorno de la futura construcción. Resultaba difícil hacerse una idea de lo enorme que sería el edificio, y contemplando a los puntitos que se movían junto a él, era difícil tener presente que se trataba de hombres.

Sólo en tamaño, la construcción rivalizaría con cualquier cosa que Richard hubiera visto nunca. Tenían cabida en ella kilómetros de parque y jardines, y empezaban a erigirse fuentes y construcciones altísimas a lo largo de los caminos de acceso. Se construían amplias extensiones de laberintos usando setos y las laderas de las colinas estaban salpicadas de árboles plantados siguiendo un grandioso esquema.

El Retiro daba a un lago en lo que iba a ser un parque majestuoso. El lado cono del edificio principal discurriría unos cuatrocientos metros a lo largo del río. Un recalzo con pilotes se adentraba en parte en el río, con una serie de arcadas conectadas que apenas empezaban a construirse. Al parecer, parte del palacio se extendería sobre el agua, con muelles para la embarcación de recreo del emperador.

Al otro lado del río se extendían más zonas de la ciudad. También en el lado del río donde estaba el palacio se extendía la ciudad por todas partes pero a una gran distancia de El Retiro. Richard no podía ni imaginar cuantos edificios y personas habían sido desplazados para la construcción. Aquello no serla un lejano y remoto palacio del emperador, sino que más bien estaba colocado justo en el centro de Altur'Rang. Se estaban pavimentando los caminos con millones de adoquines, que permitían a ras multitudes de ciudadanos de la Orden ir y ver la magnífica construcción. Había ya grandes gentíos de pie tras barricadas de cuerda, contemplando la obra.

A pesar de la pobreza del Viejo Mundo, daba la sensación de que aquel espléndido palacio sería una joya de un esplendor sin igual.

Había grandes montones de piedras de distintas clases, y, a lo lejos, Richard pudo ver hombres ocupados en tallarlas según las formas requeridas. En el pesado aire de la tarde resonaban los lejanos tañidos de cientos de marrillos y cinceles. Había montones de granito y mármol de muchos colores, y enormes cantidades de bloques de piedra caliza. Carros especiales para transportar piedras aguardaban en serpenteantes columnas para descargar más material. Los largos bloques de piedra colgaban bajo gruesas vigas tendidas entre los ejes delantero y trasero. Se hablan construido cabañas y grandes zonas cubiertas para que los que labraban la piedra pudieran trabajar sin importar el tiempo que hiciera. La madera estaba dispuesta en una hilera tras otra protegidas con techumbres construidas especialmente para ellas. Lo que sobresalía estaba tapado con lonas. Montañitas de materiales para hacer argamasa estaban desperdigadas alrededor de los cimientos, recordando a hormigueros, la ilusión acrecentada por los puntos negros que eran los hombres que deambulaban por la zona.

Lejos de la obra misma, en un camino que serpenteaba por la falda de una colina, en medio de una ciudad pequeña de edificios de reciente factura que dominaba el emplazamiento, estaba la herrería. Era bastante grande, comparada con los lugares de aquel tipo que Richard habla visto anteriormente. Por supuesto, jamás había visto construir nada de aquella envergadura; había visto lugares espléndidos que ya existían, pero ver uno en sus inicios era una revelación. La sola magnitud de todo ello desorientaba.

Jori hizo retroceder el tiro con habilidad, colocando la parte posterior del carro justo ante unas puertas dobles abiertas que daban a una oscuridad total.

—Ahí lo tienes —dijo Jori.

Fue un discurso largo para el larguirucho conductor. El hombre saco una hogaza de pan y un odre lleno de cerveza, y descendió del vehículo para ir en busca de un lugar algo más allá en la colina, donde sentarse y observar la construcción mientras Richard se ocupaba de descargar el hierro.

El taller del herrero estaba oscuro y resultaba asfixiante, incluso en el atestado almacén exterior. Como todas las herrerías, las paredes del taller estaban cubiertas de hollín. Las ventanas se habían reducido al mínimo y en su mayoría estaban ubicadas en lo alto y tapadas con contraventanas, para mantenerlo a oscuras y así poder juzgar con más facilidad la naturaleza del material incandescente.

A pesar de haber sido construida recientemente para las obras en el palacio, la herrería ya parecía como si tuviera cien años. Casi cada sitio contenía una herramienta u otra en una mareante selección y variedad. Había hileras de herramientas, montones de ellas. De las vigas del techo colgaban tenazas, recipientes para brasas, crisoles, escuadras, compases y artilugios con aspecto de enormes insectos que parecían usarse para mantener piezas unidas. Colgados alrededor de bancos bajos aparentemente improvisados a toda prisa había moldes de largas asas de todas clases. En algunos bancos había piedras de afilar más pequeñas. Ranuras alrededor de algunas mesas contenían cientos de limas y escofinas. Algunas de las mesas bajas estaban cubiertas de una mezcolanza de martillos en tal variedad como Richard no había imaginado jamás, todos con los mangos hacia fuera, haciendo que los tableros parecieran enormes alfileteros.

El suelo estaba invadido de objetos: cajas llenas a rebosar de piezas, barras, remaches; cuñas; pedazos de puntales de hierro; recortes; palancas; ganchos; cazos abollados; plantillas de madera; recortes de hojalata; pedazos de cadenas; poleas; y una variedad de accesorios especiales para yunques. Todo estaba cubierto de hollín, polvo o limaduras de metal.

Había toneles anchos y bajos llenos de líquidos alrededor de los yunques donde los obreros golpeaban el hierro incandescente que sujetaban Con tenazas, para aplanado, alargado, cortado, igualarlo, recortarlo. El metal incandescente siseaba y humeaba como protesta cada vez que lo enfriaban en el líquido. Otros hombres usaban las astas de los yunques para doblar metales que parecían pedazos de una puesta de sol capturados en unas tenazas. Alzaban ante sí aquellos fascinantes pedazos y los comparaban con modelos, los martilleaban un poco más, y luego volvían a comprobar el resultado.

Richard apenas podía pensar en medio de tanto ruido.

En la oscuridad, un hombre hacía funcionar un gran fuelle, poniendo todo su peso al empujar hacia abajo. El chorro de aire hacía rugir el fuego. El carbón vegetal rebosaba de cestos colocados allí donde había espacio para depositarlos. Pequeños compartimentos guardaban tubos y restos sueltos de metal. Había aros de metal apoyados en bancos y tablones. Algunos de los aros eran para toneles, los de mayor tamaño eran para ruedas de carro. Había tenazas y marrillos desperdigados por el suelo allí donde tos hombres los habían dejado caer con las prisas.

Todo el lugar era el mayor revoltijo de cosas que había visto en su vida.

Un hombre con un delantal de cuero estaba de pie no muy lejos, junto a una puerta que daba a otro taller. Sostenía ante sí una pizarra cubierta con un laberinto de líneas mientras estudiaba un enorme objeto

de barras de metal colocado en el suelo de la habitación situada al otro lado. Richard aguardó, no deseando interrumpir la concentración del hombre. Su musculatura bien definida cubierta de hollín estaba reluciente de sudor. El hombre se llevó la tiza al labio mientras cavilaba, luego borró una línea de la pizarra y volvió a dibujarla, desplazando los puntos de conexión.

Richard contempló el dibujo con el entrecejo fruncido. Le resultaba algo familiar, a pesar de no ser un objeto reconocible.

—¿Sois vos el maestro herrero? —preguntó cuando el hombre hizo una pausa y miró por encima del hombro.

El entrecejo del hombre parecía fijado permanentemente en una mueca amedrentadora. Llevaba el cabello muy corto sobre el cráneo —una buena costumbre rodeado de tanto fuego y metal candente— lo que aumentaba el porte amenazador. Era de estatura normal y fornido, pero era su semblante lo que hacía que pareciera lo bastante fuerte para cualquier problema que pudiera surgir. Por el modo en que los otros hombres se movían, y miraban de soslayo a aquel hombre, estaba claro que lo temían.

Llevado por una compulsión inexplicable, Richard señaló la línea que el hombre acababa de dibujar.

—Eso está mal. Lo que acabáis de hacer está mal. Tenéis bien la parte superior, pero la inferior debería ir aquí, no donde la habéis puesto.

El aludido ni siquiera pestañeó.

—¿Sabes siquiera qué es esto?

—Bueno, no exactamente, pero...

—Entonces ¿cómo te atreves a decirme dónde colocar este soporte?

El hombre daba la impresión de querer meter a Richard en la fragua y fundirlo.

—Así, de pronto, no lo sé, exactamente. Simplemente algo me dice que...

—Será mejor que seas el hombre que trae el hierro.

—Lo soy —dijo Richard, contento de poder cambiar de tema y deseando haber mantenido la boca cerrada. Sólo había intentado ayudar—. ¿Dónde queréis que...?

—¿Dónde has estado todo el día? Se me dijo que estaría aquí a primera hora de la mañana. ¿Qué hiciste? ¿Dormir hasta el mediodía?

—Claro que no, señor. Lo primero que hicimos fue ir directamente a la fundición, Ishaq me envió allí al amanecer. Pero el hombre de la fundición tenía dificultades porque...

—No me interesa. Dices que has traído el hierro. Ya es bastante tarde. Descárgalo.

Richard miró a su alrededor. Todos los sitios parecían ocupados.

—¿Dónde lo queréis?

El maestro herrero paseó una mirada feroz por la atestada habitación como si esperara que algunas de las pilas se alzaran y movieran para él. No lo hicieron.

—De haber estado aquí cuando se suponía que debías estar, podrías haberlo puesto ahí, justo tras la puerta, en el almacén exterior de material. Ahora han traído ese gran trineo de rocas que necesita que lo suelden, de modo que tendrás que colocar el hierro al fondo. La próxima vez, levántate más temprano.

Richard intentaba ser educado, pero empezaba a perder la paciencia al verse maltratado debido a que el herrero tenía un día difícil.

—Ishaq dejó bien claro que debíais recibir el hierro hoy, y me envió para que me ocupara de ello. Tengo vuestro hierro, y no veo a nadie más capaz de hacer una entrega en tan corto plazo de tiempo.

La mano que sostenía la pizarra descendió. Toda la atención de la mirada encolerizada del hombre estaba puesta en Richard por primera vez. Los hombres que habían oído las palabras de Richard salieron disparados a ocuparse de tareas importantes en puntos más alejados.

—¿Cuánto hierro has traído?

—Cincuenta barras, de dos metros y medio.

El hombre profirió un bufido irritado.

—Encargué cien. No sé por qué envían a un idiota con un carro cuando...

—¿Queréis oír cómo están las cosas, o lo que queréis es chillarle a alguien? Si deseáis lanzar una perorata que no viene al caso y no servirá de nada, podéis seguí, ya que oíros despotricar no me afecta en demasía, pero cuando finalmente queráis escuchar la verdad sobre cómo están las cosas, me lo indicáis y os lo contaré.

El herrero lo miró detenidamente por un momento, como un toro desconcertado por un abejorro.

—¿Cómo te llamas?

—Richard Cypher.

—Bien, ¿cuál es la verdad sobre cómo están las cosas, Richard Cypher?

—La fundición quería cumplimentar el pedido. Tienen barras en existencia apiladas hasta las vigas del techo. Y no consiguen que se entreguen. Querían darme todo el pedido, pero un inspector de transporte destinado allí no permitió que nos entregaran las cien barras porque se supone que otras compañías de transporte deben obtener cargas equivalentes, pero tienen los carros estropeados.

—Así que a los carros de Ishaq no se les permite tomar más que su cuota, y cincuenta era su asignación.

—Así es —dijo Richard—. Al menos hasta que las otras compañías puedan mover algunas mercancías más.

El herrero asintió.

—La fundición se muere por venderme todo el hierro que pueda utilizar, pero no puedo conseguir que me lo traigan. Tampoco se me permite transportado a mí... porque dejaría a trabajadores del transporte, como tú, sin trabajo

—Si fuera por mí —repuso Richard—, regresaría en busca de otro cargamento hoy, pero me dijeron que no podían darme nada más hasta la semana próxima como muy pronto. Os sugeriría que hagáis que todas las compañías de transporte que podáis encontrar os entreguen un carro cargado. De ese modo, tendréis mejores posibilidades de obtener lo que necesitáis.

El herrero sonrió por primera vez. Era de regocijo ante lo estúpido de la idea de Richard.

—¿Es que crees que no lo he pensado ya? Les hice pedidos a todas ellas, Ishaq es el único que dispone de equipo en este momento. El resto tienen problemas con los carros, con los caballos o con los trabajadores.

—Al menos tengo cincuenta barras para vos.

—Eso sólo me mantendrá en funcionamiento durante el resto del día y mañana por la mañana. —El herrero se dio la vuelta—. Por aquí. Te mostraré dónde puedes apilarlo.

Condujo a Richard a través del abarrotado taller, entre la confusión de trabajo y material. Cruzaron una puerta y descendieron por un corto pasillo de comunicación. El ruido se desvaneció detrás de ellos. Penetraron en un edificio silencioso adjunto en la parte posterior. El herrero soltó una cuerda sujeta a una cornamusa y bajó una trampilla que tapaba una ventana en el tejado.

La luz cayó como una cascada al centro de la gran habitación, donde se alzaba un enorme bloque de mármol. Richard se quedó contemplando boquiabierto el deslumbrante corazón de piedra de una montaña.

Parecía totalmente fuera de lugar en el taller de un herrero. Había puertas altísimas en el otro extremo, por donde habían entrado el monolito sobre rodillos. El resto de la habitación dejaba el espacio libre alrededor de la imponente piedra. Cinceles de todas clases y mazos de distintos tamaños sobresalían de ranuras dispuestas a lo largo de las paredes negras como la noche.

—Puedes colocar las barras aquí, en el lateral. Ten cuidado cuando las entres.

Richard parpadeó; casi había olvidado que el hombre estaba allí con él. Con todo, siguió con la vista fija en la reluciente cualidad de la piedra que tenía delante.

—Tendré cuidado —dijo sin mirar al herrero—. No golpearé la piedra con ellas.

Cuando el hombre hizo intención de marchar, Richard le preguntó;

—Os dije mi nombre. ¿Cuál es el vuestro?

—Cascella.

—¿Va acompañado de alguno más?

—Si, señor. Asegúrate de utilizarlo entero.

Richard sonrió mientras le seguía al exterior.

—Sí, señor, señor Cascella. Ah, ¿os importa si pregunto qué es esto?

El herrero aminoró el paso hasta detenerse y se dio la vuelta. Contempló el mármol bajo la luz, como si fuera una mujer amada.

—No es asunto tuyo.

Richard asintió.

—Sólo he preguntado porque es un trozo de piedra bellísimo. Nunca había visto mármol antes de ser una estatua o así.

El señor Cascella observó a Richard contemplando la piedra.

—Hay mármol por todas partes en este lugar. Miles de toneladas. Esto es sólo un trozo pequeño. Ahora, descarga mi recortado pedido de hierro.

Cuando finalizó su tarea, estaba empapado de sudor, y mugriento, no sólo debido a las barras de hierro, sino al hollín de la herrería.

Pregunto si podía usar un poco del agua de un barril de agua de lluvia que los hombres estaban utilizando para lavarme mientras se preparaban para marchar una vez finalizada la jornada, y le dijeron que podía hacerlo.

Cuando acabó, Richard encontró al señor Cascella de nuevo con la pizarra, solo en el repentinamente silencioso taller, efectuando correcciones al dibujo y escribiendo números a lo largo del lateral.

—Señor Cascella, he terminado. Mantuve las barras bien arrimadas al lateral, lejos del mármol.

—Gracias —farfulló él.

—¿Os importa si os pregunto cuánto tendréis que pagar, por esas cincuenta barras de hierro?

La mirada iracunda regresó.

—¿Qué te importa a ti eso?

—Por lo que oí en la fundición, el hombre que hay allí había esperado poder cumplir con todo el pedido para así conseguir tres con cincuenta marcos de oro, así que, puesto que obtuvisteis la mitad del pedido, creo que pagareis uno con setenta y cinco marcos de oro por las cincuenta barras de hierro. ¿Estoy en lo cierto?

La expresión iracunda se ensombreció más.

—Como ya he dicho, ¿qué te importa a ti eso?

Richard introdujo las manos en los bolsillos traseros.

—Bueno, me preguntaba si estaríais dispuesto a comprar otras cincuenta barras por uno con cincuenta marcos de oro.

—Vaya, eres un ladrón.

—No, señor Cascella, no soy un ladrón.

—Entonces, ¿cómo me vas a vender hierro por un cuarto de marco menos de lo que lo vende la fundición? ¿Te dedicas a fundir mineral de hierro en tu habitación por la noche, señor Richard Cypher?

—¿Queréis oír lo que tengo que decir o no?

—Habla —dijo, y su boca se torció en una mueca de fastidio,

—El hombre de la fundición estaba furioso porque no le permitían transportar todo vuestro pedido. Tiene más hierro del que puede vender porque no le permiten transportarlo, y las compañías de transporte están inmovilizadas de modo que no aparecen. Dijo que estaría dispuesto a vendérmelo por menos.

—¿Por que?

—Necesita el dinero. Me mostró sus fríos altos hornos. Debe sueldos y necesita carbón vegetal y mineral y azogue, entre otras cosas, pero no tiene dinero suficiente para comprarlo todo. Lo único que tiene os una barbaridad de metal fundido. Su negocio se está asfixiando porque no puede mover su producción. Pregunté a qué precio estaría dispuesto a venderme el hierro, si no tenía que transportarlo, si lo recogía yo mismo. Me dijo que si iba después de oscurecer, me vendería cincuentas barras por uno con veinticinco marcos de oro. Si vos estáis dispuestos a comprármelas por uno con cincuenta, os traeré otras cincuenta barras por la mañana, cuando dijisteis que las necesitaríais.

El hombre se quedó boquiabierto igual que si Richard fuera una barra de hierro que acababa de cobrar vida ante sus ojos y empezado a hablar.

—Sabes que estoy dispuesto a pagar uno con setenta y cinco, ¿por qué Tendrías que vendérmelas por uno con cincuenta?

—Porque —explicó Richard— quiero venderlas por menos de lo que tendríais que pagar a través de una compañía de transporte, de modo que me las compréis a mí, y, porque necesito que me prestéis los uno con veinticinco marcos de oro, primero, para que pueda comprar las barras y traéroslas. La fundición solo me las venderá si pago al momento.

—¿Que te impedirá desaparecer con mis marcos de oro?

—Mi palabra.

El hombre lanzó una sonora carcajada.

—¿Tú palabra? No te conozco.

—Os le dije, mi nombre es Richard Cypher. Ishaq os tiene un miedo terrible, y confío en mí para que consiguiera el hierro y no le retorcierais el pescuezo.

El señor Cascella volvió a sonreír.

—No le retorcería el pescuezo a Ishaq. Me cae bien ese tipo. Se encuentra en un buen apuro. Pero no le digas que lo dije. Me gusta mantenerlo alerta.

Richard se encogió de hombros.

—Si no queréis que lo haga, no le diré que sabéis sonreír. No obstante, sé que estáis en un apuro mayor que Ishaq. Tenéis que entregar material a la Orden, pero estáis a merced de sus métodos.

El hombre volvió a sonreír.

—Entonces, Richard Cypher, ¿a qué hora estarás aquí con tu carro?

—No tengo carro. Pero, si estáis de acuerdo, tendré vuestras cincuenta barras de hierro justo ahí... —Señaló un punto frente a las puertas dobles junto a las que Jori había estacionado el carro— en un montón, al amanecer.

—Sí no tienes un carro —dijo el señor Cascella, frunciendo el entrecejo—, ¿cómo vas a traer las barras hasta aquí? ¿Andando?

—Eso es.

—¿Estás loco?

—No tengo un carro, y quiero ganar dinero. No está tan lejos como eso. Calculo que puedo cargar cinco a la vez. Eso hace que sólo sean diez viajes, puedo terminar al amanecer, Estoy acostumbrado a andar.

—Cuéntame el resto; ¿por qué quieres hacer esto? Quiero la verdad.

—Mi esposa no está comiendo lo suficiente. La agrupación de trabajadores me quita la mayor parte de mi salario, ya que estoy en condiciones de producir, y lo entrega a aquellos que no trabajan. Debido a que puedo trabajar, me he convertido en un esclavo de aquellos que no pueden o no desean hacerlo. Sus métodos estimulan a los demás a encontrar una excusa para dejar que otros se ocupen de ellos. Siento una auténtica aversión a ser un esclavo y me figuro que puedo tentaros para que aceptéis el trato ofreciendo un precio mejor. Los dos obtenemos un beneficio. Valor por valor.

—Si acepto, ¿qué planeas hacer con todo el dinero? ¿Vivir de él una temporada? ¿Bebértelo?

—Necesito el dinero para comprar un carro y un tiro de caballos.

El entrecejo se frunció aún más.

—¿Para qué necesitas un carro?

—Necesito un carro para entregares todo el hierro que vais a comprarme porque puedo obtenerlo para vos más barato, y porque lo puedo entregar cuando lo necesitéis.

—¿Acaso buscas que te entierren las aves?

Richard sonrió.

—No. Simplemente sucede que me parece que el emperador quiere que le construyan el palacio. Por lo que he oído, tienen gran cantidad de esclavos ahí abajo; gente que han capturado. Pera no tienen esclavos suficientes para que lo hagan todo por ellos. Necesitan a gente como vos, y las fundiciones.

»Si los funcionarios de la Orden quieren que el trabajo avance, y no tener que explicar al emperador Jagang por qué no lo hace, se sentirán inclinados a mirar hacia otra lado. En esa estrecha grieta abierta por la necesidad, hay una oportunidad. Imagino que tendré que sobornar a unos cuantos funcionarios para que estén ocupados en otro lugar cuando aparezca para recoger los cargamentos, pero ya he calculado ese coste en la operación. Actuaré en mi propio nombre, no en el de una compañía de transporte oficial, así que se sentirán más inclinados a contemplarlo como un modo de conseguir lo que necesitan.

»Obtendréis hierro por menos de lo que pagáis ahora, y puedo entregarlo. Vos no podéis obtener lo que necesitáis ni siquiera pagando más. Ganaréis más también. Ambos nos beneficiaremos.

El herrero se lo quedó mirando unos instantes mientras intentaba encontrar un fallo en el plan de Richard.

—O eres el sinvergüenza más estúpido que he conocido, o el..., ni siquiera sé qué. Pero tengo al hermano Narev encima, y eso no es agradable. Nada agradable. Probablemente no debería decirte esto, pero ¿sabes el modo en que hago sudar a Ishaq? Pues yo sudo diez veces más cuando el hermano Narev viene a preguntarme por qué no están listas las herramientas. Los Hermanos no quieren saber nada de mis problemas, sólo quieren lo que quieren.

—Lo comprendo, señor Cascella.

El herrero lanzó un suspiro.

—Muy bien, Richard Cypher, uno con cincuenta marcos de oro por cincuenta barras entregadas mañana al amanecen pero sólo te daré uno con veinticinco ahora. Tendrás los veinticinco restantes, por la mañana, cuando mi hierro esté aquí.

—De acuerdo. ¿Quién a ese hermano Narev, a todo esto?

—¿El hermano Narev? Es el sumo sacerdote...

—¿He oído mencionar mi nombre?

La voz era, lo bastante profunda como para casi hacer repiquetear todas las herramientas de las paredes.

Richard y el herrero giraron y se encontraron con un hombre que se acercaba doblando la esquina de la tienda. Sus gruesas vestiduras delataban su enorme cuerpo huesudo. Su rostro parecía absorber la creciente oscuridad, y sus ojos brillaban al exterior desde debajo de unas cejas prominentes, sobre las que se extendía una maraña de cabellos canosos, Sus cabellos hirsutos, por encima de las orejas, se enroscaban hacia arriba desde debajo de los bordes de un oscuro gorro con pliegue. Llevaba el gorro medio caído sobre la frente. El personaje parecía una aparición que hubiese cobrado vida para asolar el mundo.

El señor Cascella efectuó una reverencia. Richard lo imitó.

—Estábamos tratando el problema de conseguir hierro suficiente, hermano Narev,

—¿Dónde están todos mis cinceles nuevos, herrero?

—Aún tengo que...

—Tengo piedra operando ahí abajo sin cinceles para cortarla. Tengo picapedreros que necesitan más herramientas. Estás retrasando mi palacio.

El herrero alzó una mano en dirección a Richard.

—Éste es Richard Cypher, hermano Narev. Justo ahora me decía que creía que podría proporcionarme el hierro que necesito y...

El sumo sacerdote alzó la mano pidiendo silencio.

—¿Puedes conseguirle al herrero lo que necesita? —espetó el hermano Narev a Richard.

—Puede hacerse.

—Entonces hazlo.

Richard inclinó la cabeza.

—A vuestras órdenes, hermano Narev.

La espectral figura volvió la cabeza hacia el herrero.

—Muéstrame, herrero.

El herrero parecía saber lo que el sacerdote quería y lo siguió, haciendo una seña a Richard para que fuera con ellos. Richard comprendió; no podía obtener el dinero para comprar el hierro hasta que el herrero se ocupara primero del hombre importante que acababa de desaparecer en el interior de las sombras del taller.

Cuando el herrero chasqueó los dedos e indicó una lámpara al pasar junto a ella. Richard se apresuró a levantarla; luego prendió una anilla larga en los carbones encendidos de la forja y a continuación en-

cendió la lámpara. La sostuvo en alto por detrás de los dos hombres mientras permanecían en el umbral de la habitación con el complejo artilugio de barras de metal descansando en el suelo.

El señor Cascella sostuvo la pizarra en alto hacía la luz. El hermano Narev miró el dibujo de la pizarra, luego el laberinto de líneas de hierro del suelo, comparándolos.

Richard sintió un gélido hormigueo en la base del cráneo al comprender de improviso qué era la cosa del suelo.

El hermano Narev señaló el dibujo, indicando la línea que Richard había dicho que estaba mal,

—Esta línea está mal —refunfuñó.

El herrero agitó el dedo por encima del dibujo de tiza.

—Pero tengo que estabilizar esta masa de aquí.

—Té dije que añadieras abrazaderas, no te invité a que arruinaras todo el esquema principal. Puedes dejar la parte superior del soporte donde la tienes, pero el pie debería ir sujeto... aquí.

El hermano Narev indicó el lugar donde Richard había dicho que debería ir

El señor Cascella se rascó la cabeza de cortos cabellos mientras echaba una mirada furtiva a Richard con el entrecejo fruncido,

—Eso funcionaría —concedió el herrero—. No será fácil, pero funcionará.

—No me preocupa lo fácil que sea —replicó el hermano Narev en tono amenazador—. No quiero nada sujeto aquí.

—No, señor.

—Debe ser de una pieza, de modo que ninguna juntura se transparente cuando esté recubierto de oro. Consígueme esas herramientas, primero.

—Si, hermano Narev.

El sumo sacerdote inició un incómodo y minucioso examen de la persona de Richard.

—Hay algo en ti... ¿Te conozco?

—No, hermano Narev. No os había visto nunca antes de ahora. Lo recordaría... Haber conocido a un gran hombre como vos, quiero decir. Recordaría algo así.

El hombre miro a Richard con recelo.

—Si, supongo que lo harías. Consíguele el hierro al herrero.

—Dije que lo haría.

—Eso dijiste —refunfuñó el Hermano.

Mientras aquel hombre alto con aspecto espectral clavaba la mirada en los ojos de Richard, este distraídamente movió la mano para alzar un poco la espada y asegurarse de que salía sin problemas de la vaina. La espada no estaba allí.

El hermano Narev abrió la boca para decir algo, pero su atención se vio atraída por dos hombres jóvenes que entraban en aquellos momentos en el establecimiento. Vestían túnicas como el sumo sacerdote, pero sin gorros. En su lugar, llevaban sencillas capuchas echadas sobre las cabezas.

—Hermano Narev —llamó uno.

—¿Qué sucede, Neal?

—El libro que enviasteis a buscar ha llegado. Pedisteis que os viniéramos a buscar inmediatamente.

El hermano Narev asintió en dirección al joven discípulo, luego dirigió una agria mirada al señor Cascella y a Richard.

—Hacedlo —dijo a ambos.

Tanto Richard como el herrero inclinaron las cabezas mientras el sumo sacerdote abandonaba con paso majestuoso el establecimiento. Fue como si un nubarrón acabara de desaparecer en el horizonte.

—Vamos —dijo el señor Cascella a Richard—, te daré el oro.

Richard le siguió al interior de un cuarto pequeño donde el maestro herrero sacó una caja fuerte sujeta con una cadena maciza a un enorme perno en el suelo, bajo el tablero que le servía de escritorio. Abrió con llave la caja fuerte y entregó a Richard un marco de oro.

—Víctor.

Richard alzó los ojos del marco de oro y frunció el entrecejo.

—¿Qué?

—Víctor. Preguntaste que más me llamaba. —Colocó más monedas de plata para completar el cuarto de marco—. Víctor.

23

Tras abandonar la empresa de Ishaq y antes de ir en busca del hierro para Víctor, Richard regresó corriendo a su habitación. No era cenar lo que quería, sino informar a Nicci de que tenía que regresar a trabajar. En el pasado ella había dejado claro que eran marido y mujer, y que no miraría con buenos ojos una desaparición suya.

Kamil y uno de sus amigos lo esperaban. Los dos llevaban camisas.

Richard se quedó al píe de las escaleras, con la mirada alzada hacia ellos.

—Lo siento, Kamil, pero tengo que regresar a trabajar...

—Entonces eres más primo aún de lo que pensaba..., aceptando trabajo nocturno... Sencillamente deberías dejar de intentarlo. En la vida no sirve de nada intentarlo. Debes limitarte a tomar lo que la vida te da. Sabía que tendrías una excusa para no hacer lo que dijiste que harías. Casi me hiciste pensar que podrías ser una persona distinta...

—Iba a decir que tengo que regresar a trabajar, de modo que tenemos que hacer esto ahora mismo.

Kamil torció la boca, como era su costumbre para expresar su desagrado con aquellos que tenían más edad y eran más estúpidos que él.

—Éste es Nabbi. También quiere contemplar tu ridículo trabajo.

Richard asintió, sin mostrar ninguna irritación ante la actitud arrogante de Kamil.

—Me alegra de conocerte, Nabbi.

El tercer joven observaba desafiante desde las sombras del fondo. Era el más grandullón y no llevaba camisa.

Para arrancar los peldaños, Richard usó su cuchillo y una barra de metal oxidado que Kamil encontró. No fue difícil; estaban a punto de caerse a pedazos ellos solos. Mientras los dos jóvenes observaban, Richard limpió las ranuras de los largueros. Puesto que estaban machacadas por estar sueltas, las hizo más profundas, mostrando a los dos muchachos lo que hacía y explicando cómo biselaría los extremos de los peldaños para, que encajaran bien en el canal que había hecho más profundo, Observó a Kamil y a Nabbi mientras éstos tallaban cuñas que se correspondieran con la que él había hecho como modelo. Los dos le mostraron entusiasmados lo que habían hecho con sus cuchillos, y Richard se sintió encantado ya que ayudó a finalizar el trabajo antes.

Una vez que volvieron a tenerlos colocados, Kamil y Nabbi se dedicaron a subir y bajar corriendo los peldaños reparados, al parecer sorprendidos de que ahora resultaran realmente sólidos bajo sus pies, y satisfechos de ser en parte responsables de la reparación.

—Los dos habéis hecho un buen trabajo —les dijo Richard, porque lo habían hecho.

Los dos, jóvenes no hicieron comentarios sarcásticos. Lo cierto fue que sonrieron.

La cena de Richard era mijo aguado comido a la luz de una mecha encendida que flotaba en aceite de linaza. El olor de la sencilla luz no congeniaba demasiado con la cena, que era más agua que mijo. Nicci dijo que ya había comido y que no quería más, y lo animó a terminársela.

No dio a Nicci detalles sobre su segundo trabajo. Ella simplemente insistía en que trabajara, el trabajo en sí le resultaba irrelevante. Ella se ocupaba de las tareas domesticas y esperaba que él se ganara la vida por ambos.

Parecía satisfacerle que él estuviera aprendiendo cómo la gente normal tenía que matarse casi a trabajar sólo para ganar lo justo para seguir adelante. La promesa de dinero para que pudieran comprar más comida pareció encender un anhelo en sus ojos que los labios no expresaron. Richard reparo en que la tela negra que cubría su pecho antaño abundante estaba flácida y medio vacía. Los codos y las manos de la mujer se habían vuelto huesudos.

Mientras él tomaba otra cucharada de mijo, Nicci mencionó como si tal cosa que el casero, el padre de Kamil, había pasado por allí.

Richard alzo los ojos de la sopa.

—¿Qué dijo?

—Dijo que puesto que tienes un empleo, el comité ciudadano de inmuebles de la zona nos había gravado con el pago de más alquiler para ayudar a pagar el alquiler de aquéllos en los inmuebles que no pueden trabajar. ¿Ves, Richard, cómo la Orden cultiva la solidaridad entre las personas, para que todos trabajemos juntos en beneficio de todos?

Casi todo lo que no se llevaba la agrupación de trabajadores se lo llevaba el comité de inmuebles de la zona, o algún otro comité, y todo para el mismo propósito; para el mejoramiento de la gente. A Richard y Nicci apenas les quedaba nada para comer. A Richard la ropa cada vez le quedaba mas holgada, pero no tan holgada como empezaban a quedarle a Nicci sus vestidos.

La mujer parecía la mar de complacida de que el pago de su alquiler estuviera tan retrasado. Los alimentos al menos eran relativamente baratos... cuando se podían conseguir. La gente decía que era sólo por la gracia del Creador y la sabiduría de la Orden que podían disponer de comida, pero Richard había oído decir en el establecimiento de Ishaq que era posible obtener comida en más abundancia y más variada, por un precio. Richard no podía pagar ese precio.

Durante su viaje en carro con Jori a la fundición y a la herrería, había distinguido casas a lo lejos que parecían bastante espléndidas. Gente bien vestida recorría aquellas calles. De vez en cuando la veía montada en carruajes. Eran personas que ni se ensuciaban las manos ni manchaban su moralidad con ocupaciones empresariales. Eran hombres con principios. Eran funcionarios de la Orden que se encargaban de que todos los que podían hacerlo se sacrificaran por la causa de la Orden.

—Ser abnegado es el deber moral de todas las personas —dijo ella en desafío a los dientes apretados de él.

Richard no pudo callarse.

—La abnegación es el suicidio sin sentido de los esclavos.

Nicci lo contempló boquiabierta. Fue como si acabara de decir que la leche de una madre era veneno para su recién nacido.

—Richard, realmente creo que ésa es la cosa más cruel que te he oído decir jamás.

—¿Es cruel decir que no me sacrificaría alegremente por ese matón de Gadi? ¿O por cualquier otro matón que no conozco? ¿Es cruel no sacrificar voluntariamente lo que es mío a favor de cualquier desgraciado codicioso que ambiciona poseer bienes usurpados, lo que no se ha ganado, incluso a expensas de la sangre de sus víctimas?

»Sacrificarse por un valor que se tiene en estima, por una vida que se estima, por la libertad y la libertad de aquellos a quienes se respeta..., un sacrificio como el mío por la vida de Kahlan..., es el único sacrificio racionalmente válido. Ser desinteresado significa que eres un esclavo que debe entregar su posesión más preciada, su vida, a cualquier ladrón sonriente que la exija.

»La abnegación no es más que un requisito impuesto por los amos sobre los esclavos. Puesto que hay un cuchillo apoyado en mi garganta, no es por mí bien que se me despoja de lo que gano mediante mis propias manos y mi cerebro. Es sólo para el bien de quien sujeta el cuchillo, y de aquellos que mediante la fuerza de su número pero no por la de la razón dictan qué es el bien de todos; aquellos que lo alientan a seguir adelante de modo que puedan lamer cualquier gota de sangre que sus amos pasan por alto.

»La vida es valiosísima. Por eso el sacrificio por la libertad es racional; es por la vida misma y la propia capacidad de vivir que uno actúa, ya que la vida sin libertad es la muerte lenta y segura, por el «bien» de la humanidad... que siempre es alguna otra persona. La humanidad no es más que un conjunto de individuos. ¿Por qué tiene que ser la vida de todo el mundo más importante, más preciosa, más valiosa que la tuya? La abnegación insensata y obligatoria es una locura.

Ella tenía la vista fija, pero no en él, sino en la llama que danzaba en el charco de aceite de linaza.

—En realidad no lo dices en serio, Richard. Simplemente estás cansado y enojado por tener que trabajar también por la noche. Deberías comprender que todos esos otros a los que ayudas están ahí para ayudar a la sociedad, incluido tú, en el caso de que fueras tú quién tuviera una gran necesidad.

Richard no se molestó en discutir, y dijo solamente:

—Me das lástima, Nicci. Ni siquiera conoces el valor de tu propia vida. El sacrificio no podría significar nada para ti.

—Eso no es cierto, Richard —musito ella—. Me sacrifico por ti..., te guarde a mijo que teníamos, para que tuvieras energías.

—¿La energía para mantenerme erguido cuando estoy desperdiciando mi vida? ¿Por qué sacrificaste tu cena, Nicci?

—Porque era lo correcto… por el bien de los demás.

Richard asintió mientras la miraba con atención bajo la débil luz.

—Pondrías en peligro tu vida hasta morir de inanición por los demás... por otras personas, fueran las que fueran. —Indicó con un pulgar hacia atrás por encima del hombro—, ¿Qué hay de ese matón, de Gadi? ¿Te dejarías morir de hambre para que él comiera? Podría significar algo, Nicci, si fuera un sacrificio por alguien que tuvieras en estima, pero no es así; es un sacrificio a un ideal sin sentido de la Orden.

Cuando ella no respondió, Richard empujó el resto de su cena ante ella.

—No quiero tus sacrificios sin sentido.

La mujer contemplo fijamente el cuenco de mijo durante una eternidad.

Richard sintió pena por ella, por lo que no podía comprender mientras mantenía los ojos fijos en la escudilla. Pensó en lo que le sucedería a Kahlan si, Nicci enfermaba por no comer lo suficiente.

—Come, Nicci —dijo en voz baja.

Finalmente ella tomó su propia cuchara e hizo lo que le decía.

Cuando terminó, alzó aquellos ojos azules que parecían tan ansiosos por la visión de algo que él no podía hacerle ver y deslizó la escudilla al centro de la mesa.

—Gracias, Richard, por la comida.

—¿Por qué darme las gracias? Soy un esclavo abnegado, del que se espera que se sacrifique por cualquier persona inútil que presente sus necesidades ante mí.

Marchó hacia la puerta con paso decidido y, con la mano en el pomo, volvió la cabeza.

—Tengo que irme o perderé mi trabajo.

La mujer asintió mientras a sus grandes ojos azules se les saltaban las lágrimas.

Richard realizó el primer viaje desde la fundición a través de las oscuras calles hasta el establecimiento de Víctor transportando cinco barras. Desde ventanas situadas en el camino, unas pocas personas pestañearon ante la visión del hombre que pasaba con una carga a cuestas. Richard no trabajaba más que para su propio beneficio.

Doblado bajo el peso, Richard se repetía que transportando cinco barras cada vez sólo tendría que hacer diez viajes, y que cuantos menos viajes, mejor. Transportó cinco en el segundo viaje, y en el tercero. La cuarta vez que regresó a la fundición, decidió que tendría que hacer un viaje extra para poder concederse un descanso y llevar únicamente cuatro barras durante unos cuantos de los viajes. Perdió la cuenta de cuántas idas y venidas realizó a lo largo de la vacía noche. La penúltima vez, tuvo que hacer un supremo esfuerzo para poder levantar sólo dos barras. Eso dejaba tres. Se obligó a transportar las tres en el último viaje, diciéndose que el esfuerzo extra se vería compensado por un viaje menos.

Consiguió llevar las tres últimas barras al establecimiento de Víctor antes del amanecer. Tenía los hombros llenos de moretones y doloridos, y tuvo que andar todo el camino hasta su trabajo en el local de Ishaq, de modo que no pudo esperar a que Víctor llegara para completar el pago del último cuarto de marco de oro.

El día de trabajo significó un descanso tras la noche de agotador transporte de barras de hierro, Jori no hablaba a menos que le hablaran, así que Richard se tumbó en el suelo del carro con un cargamento de carbón de leña y se las apaño para dormir unos cuantos minutos aquí y allí mientras el carromato circulaba dando botes. Pero se sentía aliviado porque había hecho lo que había prometido.

Al regresar casa tras una jornada interminable, Richard alzo la vista y vio a Kamil y a Nabbi de pie en lo alto de la escalera. Los dos llevaban camisas.

—Estábamos esperando a que regresaras y terminaras el trabajo —dijo Kamil.

Richard osciló sobre los pies.

—¿Qué trabajo?

—La escalera.

—Hicimos eso anoche.

—Sólo hiciste las escaleras de la entrada. Dijiste que tenías intención de reparar la escalera. La entrada es sólo parte de la escalera. La escalera de atrás es el doble de larga y está peor de lo que estaba la de la entrada. No querrás que tu esposa o las otras mujeres del edificio se caigan y se partan el cuello cuando salen por detrás para ir a los fogones o al excusado, ¿verdad?

A los dos jóvenes se les habla ocurrido hacer aquella pequeña prueba con él y Richard sabía que perdería una oportunidad si los desanimaba. Estaba tan cansado que no conseguía pensar con claridad.

Nicci sacó la cabeza por la puerta de la calle.

—Me pareció oír tu voz. Entra a cenar. Tengo sopa preparada para ti.

—¿Tienes té?

Nicci dirigió una mirada de soslayo a los dos jóvenes con camisa.

—Puedo hacer té. Entra, y lo prepararé mientras te tomas la sopa.

—Por favor llévalo a la parte trasera —dijo Richard—. Prometí arreglar las escaleras.

—¿Ahora?

—Todavía quedan un par de horas de luz. Puedo comer mientras trabajamos.

Kamil y Nabbi hicieron más preguntas que la tarde anterior. El tercer joven, Gadi, pasó por allí de vez en cuando mientras Richard y los otros dos trabajaban. Gadi, sin su camisa, miró a Nicci de arriba abajo cuando le llevó a Richard su sopa y el té.

Cuando acabó por fin, Richard marchó a la habitación que en una ocasión había sido el talón de Ishaq y que ahora era su hogar y el de Nicci. Se quitó la camisa y se echó agua al rostro en el lavamanos. Su cabeza estaba a punto de estallar.

—Lávate la cabeza —dijo Nicci—. Estás lleno de mugre. No quiero piojos aquí.

Antes que protestar diciendo que no tenía piojos, Richard sumergió el rostro en el agua y se restregó la cabeza con la pastilla de basto jabón. Era más fácil que disuadirla de ello y así podría irse a dormir. Nicci odiaba los piojos.

Suponía que debía sentirte agradecido de que al menos fuera una esposa limpia dentro de tu fraudulento acuerdo. Mantenía la habitación, la ropa de cama y la ropa de Richard limpias, a pesar de la dificultad que implicaba acarrear agua desde el pozo situado calle abajo, y jamás ponía objeciones a ninguna tarea necesaria para simular la vida de la gente normal. Parecía querer algo con tanta intensidad que a menudo se concentraba en el papel hasta el punto de que, aunque que el jamás olvidaba que era una Hermana de las Tinieblas y su capturadota, ella en ocasiones sí lo hacía. Volvió a sumergir la cabeza, agitando los cabellos para aclarar el habón.

Mientras un chorro de agua discurría por su barbilla y volvía al interior del lavamanos, pregunto:

—¿Quién es el hermano Narev?

Nicci, sentada en tu jergón, cosiendo, hizo una pausa y alzó la mirada. Su costura de improviso pareció fuera de lugar, como si su parodia de una vida doméstica perdiera su aura para ella.

—¿Por qué lo preguntas?

—Lo conocí ayer, en la herrería.

—¿Allá, en el proyecto?

Richard asintió.

—Tuve que entregar hierro allí.

Ella volvió a inclinarse sobre su labor. Richard se mantuvo a la expectativa a la luz de la lámpara de aceite de linaza situada junto a ella mientras Nicci daba unas cuantas puntadas más al remiendo de las rodillas de un par de sus pantalones. Finalmente, la mujer se detuvo y dejó que los brazos, uno introducido en la pernera del pantalón, cayeran sobre su regazo.

—El hermano Narev es el sumo sacerdote de la Fraternidad de la Orden una antigua secta dedicada a hacer la voluntad del Creador en este mundo. Es el alma de la Orden, su guía moral, como si dijéramos. Él y sus discípulos guían a las gentes virtuosos de la Orden por los senderos de la eterna Luz del Creador. Es un consejero del emperador Jagang.

Richard se sintió desconcertado. No había esperado que estuviera tan versada en el tema. Su cautela, junto con los cabellos del cogote, se erizo.

—¿Qué clase de consejero?

Ella dio otra puntada, haciendo pasar el largo hilo.

—El hermano Narev era el pedagogo de Jagang: su profesor, consejero y mentor. El hermano Narev puso el fuego en el vientre de Jagang.

—Es un mago, verdad. —Fue más una afirmación que una pregunta. Nicci alzó los ojos de su costura y él pudo ver en sus ojos azules que sopesaba si decírselo o no, o tal vez cuánto quería contarle. Su mirada fija indicó a la mujer que esperaba toda la verdad.

—En el lenguaje de la calle podrías describirlo así.

—¿Que significa eso?

—La gente corriente, aquellos que comprenden muy poco sobre magia, lo describirían como un mago. Hablando en sentido estricto, no obstante, no es un mago.

—Entonces ¿qué es? Hablando en sentido estricto.

—En realidad, es un hechicero.

Richard solo pudo mirarla con asombro. Siempre había dado por sentado que un mago y un hechicero eran lo mismo. Al pensar en ello, advirtió que la gente que sabía sobre magia hablaba exclusivamente de un varón con el don como de un mago, jamás había oído a ninguna de aquellas personas mencionar a un hechicero.

—Te refieres a que es como tú, como una hechicera, ¿sólo que varón?

La pregunta la colocó en una situación embarazosa por un momento.

—Supongo que podrías considerarlo de ese modo, pero no es realmente correcto. Si quieres compararlo, entonces tendrías que decir que él tiene más en común con un mago, puesto que ambos son varones. La noción de hechicera introduce cuestiones irrelevantes.

Richard se quito agua del rostro con la mano.

—Por favor, Nicci, he estado levantado toda la noche trabajando, y no me aguanto de pie. No me vengas con ideas abstractas y complejas, ¿quieres? ¿Puedes decirme simplemente qué significar?

La mujer dejo a un lado la costura e indicó el jergón de Richard para que este se sentara junto a ella, a la luz. Richard volvió a ponerse la camisa. Bostezó mientras cruzaba los pies bajo el cuerpo sobre su jergón.

—El hermano Narev es un hechicero —empezó ella—. Lo siento, pero la distinción no es algo que se pueda explicar con sencillez. Es un tema muy complejo. Intentare dejarlo tan claro como me sea posible, pero debes comprender que no puedo reducirlo demasiado o perderá todo su significado.

»Los hechiceros son muy parecidos a los magos, pero diferentes... en casi el mismo modo en que el agua y el aceite son líquidos, se podría decir. Ambos se vierten y pueden disolver cosas, pero no se mezclan y disuelven cosas distintas. Tampoco se mezclan la magia de un mago y de un hechicero, ni funcionan sobre las mismas cosas.

»Cualquier cosa que hiciera contra el don de un mago o cualquier cosa que un mago hiciera contra él no funcionaría. Si bien ambas cosas son el don, son aspectos distintos..., no se mezclan. La magia de cada uno anula la otra, conviniéndola en una especie de... fiasco.

—¿Te refieres al modo en que la de Suma y la de Resta son opuestas?

—No. Mientras que a primera vista, eso parecería un buen modo de comprenderlo, es un modo totalmente erróneo de considerarlo. —Alzó las manos como si fuera a empezar de nuevo, pero luego las dejó caer otra vez sobre el regazo—. Es muy difícil explicar la diferencia a alguien como tú, que apenas comprende cómo funciona su propio don; no posees ninguna base en la que cimentar nada que yo te pudiera contar. No existen palabras que sean a la vez exactas y que pudieras comprender; esto está más allá de tu comprensión.

—Bueno... ¿lo que quieres decir es que, por mucho que un lobo y un puma sean ambos depredadores, no son la misma dase de criatura?

—Eso se le acerca bastante.

—¿Hasta qué punto son comunes estos hechiceros?

—Mas o menos tan comunes como los caminantes de los sueños... —dijo ella a la vez que le dirigía una mirada significativa— o los magos guerreros.

Incluso a pesar de que no era capaz de comprenderlo y ella no podía explicarlo, a Richard, por algún motivo, le resulto preocupante aquella información.

—¿Qué es, no obstante, lo que él hace de un modo diferente?

Nicci soltó un suspiro.

—No soy una experta, y no estoy totalmente segura, pero creo que hace la misma clase de cosas básicas que haría un mago, pero sencillamente las hace con una cualidad mágica única en el hechicero; el licor y la cerveza te emborrachan, pero son diferentes clases de bebidas hechas con ingredientes distintos.

—Una de ésas o más fuerte.

—No sucede así con magos y hechiceros. ¿Ves por que las palabras y estas clases de comparaciones son tan inadecuadas? La fuerza del don de un mago y de un hechicero depende del individuo, no está influida por la naturaleza fundamental de su magia.

Richard se rascó la incipiente barba mientras reflexionaba sobre sus palabras. En visa del hecho de que ambos podían hacer magia, no se le ocurría ninguna distinción que pareciera tener una importancia práctica.

—¿Hay algo que él pueda hacer que no pueda un mago?

Aguardó. Ella no pareció estar pensando en su pregunta, sino más bien estar considerando si quería responderla.

—Nicci, me dijiste el día de mi captura que me dirías la verdad sobre las cosas. Dijiste que no tenías motivos para engañarme.

Ella observó con atención sus ojos, pero finalmente desvió la mirada mientras se apartaba los rubios cabellos del rostro. El gesto, de un modo inesperado y doloroso, le recordó a Kahlan.

—Tal vez. Creo que puede haber aprendido como reproducir el hechizo que rodeaba el Palacio de los Profetas. Hicieron falta magos, hace miles de años, con los dos lados del don para crear ese hechizo en concreto. Creo que uno de los modos en que los hechiceros son diferentes es que su poder no es divisible en los elementos que lo constituyen, como sucede en los magos. Así pues, mientras que su magia funciona de un modo diferente puede haber aprendido lo suficiente del modo en que los magos, que en aquellos tiempos poseían los dos aspectos del don, como sucede contigo, pudieron crear el hechizo alrededor del Palacio de los Profetas para poder repetirlo a su modo.

—¿Te refieres al hechizo que retrasaba el envejecimiento? ¿Crees que puede lanzar tal telaraña mágica?

—Sí. Jagang me dio a entender más o menos eso. Conocí al hermano Narev cuando era joven. Era un visionario que predicaba la doctrina de la Orden. Hablaba con melancolía sobre desear vivir el tiempo suficiente para ver como se cumplía su visión de la Orden. Cuando me llevaron a vivir ahí palacio en Tanimura, creo que eso pudo haberle dado la idea, ya que no mucho después fue allí, también.

»Las Hermanas no sabían nada de él. No lo consideraron otra cosa que un humilde trabajador. Puesto que su don es diferente del de un mago, no detectaron su habilidad. Ahora creo que fue allí con el propósito específico de estudiar el hechizo que rodeaba el Palacio de los Profetas para poder recrear tal hechizo en su propio beneficio.

—¿Por qué no asalto el palacio, se apodero de él? Así habría tenido el hechizo para sus propósitos...

—Es posible que al principio pensara que podría apoderarse del palacio para su causa..., de hecho, el emperador Jagang tenía exactamente ese plan..., pero también es posible que desde el principio estuviera estudiando el hechizo porque no quería recrearlo, sino mejorarlo.

Richard se frotó las cejas, intentando confortar su dolorida cabeza.

—¿Te refieres a que ahora a lo mejor cree que puede recrear el hechizo sobre El Retiro, el nuevo palacio del emperador, como el que había en el Palacio de los Profetas, pero mejor, de modo que el envejecimiento sea aún más lento y así él y sus elegidos puedan vivir aún más?

—Sí. No olvides que la edad es algo relativo. Para alguien que vive hasta los mil años, vivir menos de un siglo parecería demasiado breve. Para una persona que vive muchos miles de años, no obstante, una existencia que no dura más que un milenio resultaría fugaz.

»Sospecho que el hermano Narev ha aprendido a retardar el envejecimiento hasta tal punto que ello lo convertiría en lo más parecido a ser inmortal. Jagang había planeado capturar el Palacio de los Profetas. Podría haber sido posible que, una vez conseguido el palacio, el hermano Narev tuviera la intención de incrementar el hechizo para que se adaptara a sus propósitos.

—Pero yo estropeé ese plan.

Nicci asintió.

—Como nos sucede a todos los que estuvimos en el pasado en el palacio, el hermano Narev envejece ahora igual que todo el mundo. Una vez lejos del hechizo, es como estar en una carrera desenfrenada en dirección a la tumba. El hermano Narev sin duda debe estar ansioso por preservar aquella juventud que pueda quedarle aún. Permanecer relativamente joven tiene mucho en su favor. Permanecer como un anciano para siempre sería menos atractivo. Debido a que destruiste el Palacio de los Profetas, donde habría disfrutado de tiempo más que suficiente para poner en práctica su plan, se ha visto obligado a actuar antes.

Richard se dejó caer de espaldas en la cama y posó el dorso de una muñeca sobre la frente.

—Tiene al herrero fabricando un molde de hechizo en hierro. El herrero no tiene la menor idea de lo que está creando. El molde de hechizo se recubrirá de oro, al final.

—Por una cuestión de pureza. Es probable que eso sea simplemente parte del proceso. Incluso podría ser que el molde de hechizo cubierto de oro no sea más que un modelo, a partir del cual se funda el autentico molde de hechizo en oro puro.

Richard entrecerró los ojos, pensativo.

—Si es un modelo para un vaciado, eso haría que fuera más probable que Narev intente fundir cierto número de esos moldes de hechizo..., para que actúen en conjunto.

Nicci alzó los ojos y frunció el entrecejo.

—Sí, es una posibilidad.

—¿Construir algo así dañaría al herrero?

—No, es un conjuro auspicioso. Dejando de lado por el momento el propósito para el que se desea, un hechizo así tiene una intención beneficiosa; sirve para retardar el envejecimiento y así alargar la vida.

—¿Qué hay de los discípulos del hermano Narev?

—Son jóvenes magos del Palacio de los Profetas.

Alarmado, Richard se incorporo.

—Yo estuve en el Palacio de los Profetas. Me reconocerán.

—No, eran magos jóvenes que estaban allí recibiendo instrucción, pero marcharon para seguir al hermano Narev antes de que llegases. Si te ven, no sabrían quien eres.

—¿Sí son magos, no reconocerán que poseo magia?

Una sonrisa desdeñosa coloreo las facciones de Nicci.

—No poseen tanto talento. No son más que microbios comparados con lo que tú eres.

Richard no encontró consuelo en el cumplido.

—¿Y no te reconocerán a ti el hermano Narev, o sus discípulos?

El rostro de la mujer se torno serio.

—Ah, sí me reconocerán.

—Da la impresión de que el hermano Narev debe tener un don poderoso. ¿No sería capaz de reconocer que paseo el don? Me miraba de un modo raro. Me pregunto si me conocía. Percibió algo.

—¿Por qué pensaste que era un mago?

Richard jugueteo con el relleno de paja que escapaba del jergón mientras consideraba la pegunta.

—No había nada que lo delatara como una realidad, pero me lo hicieron sospechar muchas cosas: el modo en que te comportaba el modo en que miraba la gente, el modo en que hablaba..., todo en él. Sólo después de que di por supuesto que Narev era un mago comprendí que la cosa que el herrero construía para él se parecía a una especie de molde de hechizo.

—Él sospecharía que posees el don de un modo muy parecido. ¿Puedes reconocer a los que tienen el don?

—Sí, he aprendido a reconocer la mirada en sus ojos. De algún modo puedo ver el aura del don alrededor de aquellos en los que es potente. Tú, por ejemplo. En ocasiones, el aire chisporrotea a tu alrededor.

Lo contemplo fijamente, fascinada.

—Jamás había oído tal cosa. Debe estar relacionado con el hecho de que poseas los dos lados.

—Tú tienes los dos lados. ¿No lo ves?

—No, pero yo adquirí el lado de Resta de un modo diferente.

Ella había entregado su alma al Custodio del inframundo.

—Pero no ves nada parecido en el hermano Narev, ¿verdad? —Cuando Richard negó con la cabeza, ella prosiguió con su explicación—. Eso se debe a que, como te he explicado, tenéis diferentes aspectos del don. Aparte de con tu facultad de razonamiento, no posees una capacidad mágica para reconocer el don en él; él tampoco posee una habilidad como hechicero que le permita reconocer el don en ti. Vuestra magia no funciona robre el otro, Únicamente tu capacidad de razonamiento te revelo su don.

Richard comprendió que, sin decirlo, Nicci le estaba indicando que si no quería que Narev averiguara que tenía el don, era mejor que tuviera cuidado cuando estuviera cerca de aquel hombre.

Había momentos en los que pensaba que había averiguado cuál era el juego de su secuestradora.

Y había momentos, como aquel, en el que parecía que toda su percepción de sus propósitos cambiaba. En ocasiones, casi le parecía como si ella le arrojara sus propias creencias a la cara, no porque creyera en ellas, sino porque esperaba desesperadamente hallar una razón para no hacerlo, esperaba que él la

encontrara en algún mundo perdido y oscuro y le mostrara la salida. Richard suspiro interiormente; había dado a Nicci sus razones sobre porque sus creencias eran equivocadas: pero, en lugar de convencerla, ello sólo la enfurecía, en el mejor de los casos, o lo que era peor, la atrincheraba aún más en sus convicciones,

Cansado como estaba, se tumbó en la cama, con los ojos apenas unas estrechas rendijas, observando a Nicci iluminada por la luz de una única mecha, inclinada sobre su costura con total concentración; una de las mujeres más poderosas que jamás habían pisado el mundo, y parecía totalmente a gusto cosiendo un remiendo en la rodilla de sus pantalones.

Accidentalmente, la mujer se pinchó con la aguja y, mientras sacudía la mano y hacía una mueca de dolor. Richard recordó con desaliento el vínculo entre ella y Kahlan; su amada habría sentido aquel pinchazo.

24

Richard tomó la rodaja blanca como la nieve cuando Víctor se la tendió.

—¿Qué es esto?

—Pruébalo —dijo Víctor a la vez que agitaba la mano con insistencia—. Come. Dime qué te parece. Procede de mi país de origen. Toma, una cebolla roja va bien con él.

La blanca rodaja era suave, espesa y con un alto contenido de sal y hierbas. Richard profirió un gemido extasiado y puso los ojos en blanco.

—Víctor, esto es lo mejor que he comido nunca. ¿Qué es?

—Lardo.

Estaban sentados en el umbral de las puertas dobles fuera de la habitación que contenía el monolito de mármol, contemplando cómo amanecía sobre la obra, donde las paredes de El Retiro habían empezado a alzarse. Únicamente unas pocas personas se movían allí abajo. Dentro de poco, los obreros llegarían en gran número para iniciar de nuevo el trabajo en la construcción, que proseguía día tras día sin pausa, pasara lo que pasase. Ahora que la primavera estaba ya allí, el tiempo era agradable casi, con lluvia por la tarde cada pocos días, pero nada deprimente u opresivo... sólo lo suficiente para limpiarlo a uno y hacerle sentir como nuevo.

De no ser por el omnipresente dolor de echar de menos a Kahlan, su preocupación por la guerra que se libraba allá en el norte, su aversión por estar prisionero, la explotación de los trabajadores en la obra, el maltrato a la gente, las personas que desaparecían o aquellas que confesaban bajo tortura, y la naturaleza totalmente represiva de la vida en Altur'Rang, podría haber encontrado la primavera bastante agradable.

Además, día tras día, aumentaba su preocupación de que Kahlan tardaría en poder abandonar el hogar de ambos en la montaña. Sentía pavor ante la idea de que se viese atrapada en una guerra como la que no tardaría en rugir en toda su intensidad.

Tras haber comido un poco de la cebolla, Richard regresó al delicioso lardo. Volvió a gemir.

—Víctor, nunca he probado nada como esto. ¿Qué es el lardo?

Víctor le tendió otra fina rodaja, que Richard aceptó gustoso. Tras una larga noche de trabajo, aquella exquisitez le sabía a gloria.

Víctor indicó con el cuchillo la lata que tenía junto a él y que contenía el taco de purísimo color blanco.

—El lardo es grasa de la panza del jabalí.

—¿Y esta lata procede de tu tierra?

—No, no..., lo preparo yo mismo. Provengo de muy al sur de aquí, de muy lejos..., cerca del mar. Es ahí donde nacemos el lardo. Ahora yo lo hago aquí.

»Coloco la grasa del vientre en toneles que yo mismo tallé en mármol tan blanco como el lardo. —Víctor gesticuló con las manos al hablar, con la misma energía con que trabajaba el hierro—. La grasa se coloca en los toneles junto con sal gruesa, romero y otras especias. De vez en cuando, la remuevo. Tiene que descansar un año para curar, para convertirse en lardo.

—¡Un año!

Víctor asintió.

—Esto que estamos comiendo, lo preparé la primavera pasada. Mi padre me enseñó a hacer lardo. El lardo es algo que sólo hacen los hombres. Mi padre trabajaba en las canteras, y el lardo da a los trabajadores de las canteras el vigor que necesitan para trabajar largas horas cortando bloques de nuestro mármol, o blandiendo un pico. También a los herreros, el lardo nos da la fuerza para levantar un martillo todo el día.

—¿Así que tú vivías en canteras?

El herrero agitó la gruesa mano en dirección al imponente bloque que tenían detrás.

—Esto. Esto es mármol de Cavatura; procede de mi país. —Señalo varias de las zonas de almacenamiento situadas abajo—. Eso de ahí, y de ahí, también es mármol de Cavatura.

—¿Es de ahí de dónde eres? ¿De Cavatura?

Víctor sonrió igual que un lobo mientras asentía.

—El lugar del que vino todo ese hermoso mármol. Nuestra ciudad recibe su nombre de las canteras de mármol. En mi familia todos son talladores o canteros. Yo acabé siendo un herrero que les fabricaba herramientas.

—Los herreros son escultores.

El hombre gruño una carcajada.

—¿Y tú?¿De dónde eres?

—¿Yo? De muy lejos. No tienen mármol allí. Sólo granito. —Cambió de tema, para no tener que inventar mentiras, además empezaba a clarear—. Así pues, Víctor, ¿necesitas más de ese acero especial?

—Mañana. ¿Puedes hacerlo?

El acero que Víctor necesitaba provenía de más lejos, de una fundición situada cerca de los que fabricaban el carbón vegetal. Necesitaban gran cantidad de carbón para quemarlo con el hierro y conseguir acero de calidad superior. El mineral llegaba por barcaza, de no muy lejos. Richard necesitaría casi toda la noche para llegar allí y regresar.

—Desde luego. Me pondré enfermo hoy y dormiré un poco. Había caído enfermo bastantes veces durante los últimos meses. Encajaba con el modo en que la mayoría de los demás trabajaban. Trabajar poco, ponerse enfermo, di a la agrupación de trabajadores que no te encuentras bien. Algunos entraban cojeando con una historia que contar. No era necesario. La agrupación de trabajadores nunca hacía preguntas.

La única cosa que raras veces se perdía eran me reuniones donde se daban los nombres de aquellos que mostraban una mala actitud. A menudo se nombraba a personas que estaban en las reuniones, pero tenías más posibilidades de atraer la atención si faltabas. Aquellos a los que se nombraba eran a menudo arrestados después y se les ofrecía la oportunidad de confesar. En más de una ocasión, alguna persona nombrada en una reunión por tener una actitud poco satisfactoria se había matado.

—Uno de los discípulos del hermano Narev, Neal, pasó por aquí ayer tarde con algunos pedidos nuevos. —La voz de Víctor había adoptado un tono tenso—. Lo que acabas de traer me durará todo el día de hoy, pero necesito ese acero mañana.

—Lo tendrás.

—¿Estás seguro?

—¿Te he defraudado alguna vez, Víctor?

El rostro duro del hombre se transformo en una sonrisa. Entregó a Richard otra rodaja de lardo.

—No, Richard, nunca lo has hecho. Ni una vez. Había perdido la esperanza de llegar a conocer jamás a otro hombre que mantuviera su palabra.

—Bueno, será mejor que marche y me ocupe de mis caballos. Han tenido una noche dura, y los necesito descansados para esta noche. ¿Cuánto acero necesitas?

—Doscientas. La mitad cuadradas y la otra mitad redondas.

Richard efectuó un gemido de dolor.

—Vas a hacerme fuerte o a matarme, Víctor.

Víctor sonrió mostrando su aprobación.

—¿Quieres el oro?

—No. Puedes pagarme cuando haga la entrega.

Richard ya no necesitaba el dinero por adelantado. Ahora poseía un carro resistente y un fuerte tiro de caballos, y pagaba a Ishaq para que cuidara de ellos junto con los tiros de la empresa de transporte había en los establos de la compañía. Ishaq ayudó a Richard con muchos de los arreglos especiales que había tenido que hacer. El hombre sabía que funcionarios vivían en las casas bonitas. Eran gentes que no podían permitirse aquellos hogares con sólo su paga como funcionarios de la Orden.

—Ten cuidado con Neal —dijo Richard.

—¿Cómo es eso?

—Por algún motivo, cree que necesito que me sermoneen. Realmente cree que la Orden es la salvadora de la humanidad. Coloca el bien de la fraternidad de la Orden por encima del bien de la humanidad.

Víctor suspiró mientras se ponía en pie y se ataba el delantal de cuero.

—Justo lo que yo también pensaba de él.

Cuando pasaron al interior del edificio, el sol empezaba a iluminar justo en ese instante el mármol que había allí de pie Richard se rezago y posó una mano sobre la fría piedra, como hacía siempre cada vez que pasaba junto a ella. Casi le parecía viva. Llena de potencial.

—Víctor, te pregunté una vez qué era esto. ¿Te importaría decírmelo ahora?

El herrero se detuvo junto a Richard e hizo ascender la mirada por la inmaculada piedra. Alargó la mano y la tocó con suavidad, dejando que las yemas de los dedos se deslizaran por la superficie, comprobándola, acariciándola.

—Esto es mi estatua.

—¿Qué estatua?

—La que quiero esculpir, algún día. Muchos en mi familia son escultores. Hasta dónde puedo remontar mis recuerdos, siempre he querido esculpir piedra. Quería ser un gran escultor. Quería crear grandes obras.

»En lugar de ello, tuve que trabajar para el maestro herrero en la cantera. Mi familia tenía que comer. Yo era el hijo vivo de más edad. Mi padre y el herrero eran amigos. Mi padre le pidió al herrero que me aceptara... No quería perder a otro hijo por culpa de las piedras. Es una vida dura y peligrosa, cortar piedra de una montaña.

—¿Tallaste otras cosas? Quiero decir, como madera, o algo.

Víctor, con la vista fija aún en su piedra, negó con la cabeza.

—Sólo quería tallar piedra. Compré este bloque con mis ahorros. Es mío. Pocos hombres pueden decir que poseen parte de una montaña. Una parte tan pura y hermosa como ésta.

Richard comprendía sus sentimientos.

—Entonces, Víctor, ¿qué tallarás en ella?

Él entrecerró los ojos, como si intentara atisbar más allá de la superficie.

—No lo sé. Dicen que la piedra te hablará y dirá que debe ser.

—¿Crees eso?

Víctor rió con aquella profunda risa suya.

—No..., en realidad no. Pero lo cierto es que éste un hermoso trozo de piedra. No hay mejor mármol que el de Cavatura para las estatuas, y pocos bloques de mármol de Cavatura poseen un grano tan fino como esta pieza. No podía soportar ver que la tallaran para crear algo feo, como lo que esculpen actualmente.

»Hace muchísimo tiempo, solo se esculpía belleza. Ya no es así —murmuró con remota amargura—. Ahora, al hombre hay que esculpirlo con una naturaleza retorcida, como algo de lo que avergonzarse.

Richard había entregado herramientas abajo, en el lugar donde se hacían las esculturas, y había tenido la oportunidad de ver más de cerca el trabajo que se llevaba a cabo. El exterior de los muros de piedra iba a cubrirse de escenas inmensas a una escala asombrosa. Los muros que circundarían el palacio se extendían a lo largo de kilómetros. Las esculturas que se llevaban a cabo para El Retiro eran iguales a las que Richard habla visto por todas partes en el Viejo Mundo, pero no tendrían igual en cuanto a su abrumadora cantidad. Todo el palacio iba a ser una representación épica del punto de vista de la Orden sobre la naturaleza de la vida, y la redención en el inframundo.

Las figuras que se tallaban eran rígidas, con extremidades que no era posible que funcionaran. Aquellas talladas en relieve estaban ligadas eternamente a la piedra de la que sólo emergían vacilantes. Las posturas reflejaban una visión del ser humano como una criatura incompetente, superficial, insustancial.

Los elementos de la odiada anatomía del hombre, su musculatura, huesos y carne, se fusionaban en forma de extremidades sin vida, con las proporciones distorsionadas para despojar a las figuras de su humanidad. Las expresiones eran o bien impasibles, si se suponía que la estatua reflejaba virtud, o bien llenas de terror, agonía y tormento, si la intención era ilustrar el destino de los malvados. A los hombres y las mujeres decentes, doblados bajo el peso del trabajo, siempre se les hacía contemplar el mundo a través del ausente estupor de la resignación.

Con mucha frecuencia, resultaba difícil diferenciar al varón de la hembra: sus cuerpos terrenales, una continua fuente de vergüenza, quedaban ocultos por prendas voluminosas como las que llevaban los

sacerdotes de la Orden. Para reflejar aún más las enseñanzas de la Orden, únicamente a los pecadores se les mostraba desnudos, de modo que todos vieran sus aborrecibles cuerpos ulcerosos.

Las esculturas representaban al hombre como un ser impotente, condenado por la insuficiencia de su intelecto a padecer todos los golpes de la existencia.

Richard sospechaba que la mayoría de los trabajadores temían caer bajo sospecha, o incluso que los torturaran, y por lo tanto repetían el punto de vista de que al hombre había que tallarlo aceptando su naturaleza vil, y que sólo había una recompensa a través de la muerte. Las tallas tenían como misión asegurar a las masas que aquel era el único objetivo decente que el ser humano podía esperar, Richard sabía que unos pocos de los escultores creían con vehemencia en tales enseñanzas, y siempre tenía mucho cuidado con lo que decía cuando estaba entre ellos.

—Ah, Richard, ojala pudieras ver estatuas hermosas, en lugar de las calamidades de hoy en día.

—He visto estatuas de gran belleza —aseguró Richard en voz baja a su compañero.

—¿Las has visto? Me alegro tanto... La gente debería ver esas cosas, no esta, esta... —agitó una mano en dirección a las paredes cada vez más altas de El Retiro— maldad bajo la apariencia de bondad.

—¿De modo que algún día tallaras una belleza así?

—No lo sé, Richard—admitió el finalmente—. La Orden lo toma todo. Dicen que el individuo carece de importancia excepto en la medida en que puede contribuir al bien de otros. Toman aquello que puede ser el arte, la parte vital del alma, y lo convierten en veneno, lo convierten en muerte.

Víctor sonrió con añoranza.

—De este modo, como está, puedo disfrutar de la hermosa estatua que hay dentro de la piedra.

—Comprendo, Víctor. Del modo en que lo describes, yo también lo puedo ver.

—Ambos disfrutaremos de mi estatua tal como está. —Víctor apartó la mano de la estatua y señaló la base—. Además, ¿ves esto de ahí? Hay una imperfección en la piedra. Discurre por toda ella. Por eso pude permitirme este pedazo de mármol, porque tiene ese defecto. La mayoría de aquellos que quisieran tallarla, pondrían en peligro la piedra. Si no se hace como debe hacerse, y teniendo presente el defecto, toda la pieza podría hacerse pedazos con facilidad. Nunca he sido capaz de pensar en cómo tallar esta piedra para aprovechar su belleza, pero evitando también el defecto.

—A lo mejor, un día, vendrá a ti el modo de tallar la piedra, de crear algo lleno de nobleza.

—Nobleza. Ah, pero no sería eso algo..., la forma más sublime de belleza. —Sacudió la cabeza—. Pero no lo haré. No a menos que llegue la revuelta.

—¿Revuelta?

La cautelosa mirada de Víctor barrió la ladera a través de la puerta abierta.

—La revuelta. Llegara. La Orden no puede durar; la maldad no puede durar eternamente. En mi tierra natal, cuando yo era joven, había belleza, y había libertad. Les hicieron avergonzarse hasta que acabaron entregando sus vidas, su libertad, pedazo a pedazo, por la causa de la justicia para todo el mundo. La gente no sabía lo que tenía, y dejaron que la libertad se les escapara a cambio de nada, aparte de la promesa vacía de un mundo mejor, un mundo sin esfuerzo, sin lucha para alcanzar cosas, sin trabajo productivo. Siempre era otra persona la que haría esas cosas, la que proveería, la que haría que sus vidas fueran fáciles.

»Éramos un país de abundancia. Ahora, la comida que se cultiva se pudre, mientras aguarda a que unos comités decidan quién debe tenerla, quien debe moverla y qué debe costar. Entre tanto, la gente se muere de hambre.

»A los insurgentes, aquellos que son desleales a la Orden, se les culpa de todo el hambre y conflictos que nos destruyen lentamente, y de ese modo se arresta aún a más personas y se las ejecuta. Somos una tierra de muerte. La Orden proclama continuamente sus sentimientos por la humanidad, pero su forma de actuar no puede hacer otra cosa que cultivar muerte. En mi camino hasta aquí, he visto cadáveres a miles que ya nadie cuenta ni entierra. Se culpa al Nuevo Mundo de todos los males, de todos los fracasos, y los jóvenes, ansiosos por aniquilar a sus opresores, marchan a la guerra.

»Muchas personas, no obstante, han acabado por ver la verdad. Ellos, y los hijos de esas gentes..., yo, y otros como yo..., ansiamos poder tener la libertad de vivir nuestras propias vidas, en lugar de ser esclavos de la Orden y de su reinado de muerte. Existe malestar en mí tierra, como lo hay aquí. Se acerca una revuelta.

—¿Malestar? ¿Aquí? No veo ningún malestar.

Víctor le dedicó una sonrisa maliciosa.

—Aquellos que llevan la revuelta en sus corazones no muestran sus auténticos sentimientos. La Orden, temiendo siempre la insurrección, saca confesiones con torturas a aquellos que arresta. Cada día se ejecuta a más gente. Aquellos que quieren que las cosas cambien saben bien que no deben convertirse en objetivos antes de que llegue el momento. Algún día, Richard, la revuelta llegará.

Richard meneó la cabeza.

—No sé, Víctor. La sublevación requiere determinación. No creo que exista esa determinación.

—Has visto a gente que está descontenta con el modo en que están las cosas. Ishaq, las personas de las fundiciones, mis hombres y yo. Todos aquellos con los que tratas, aparte de los funcionarios que sobornas, ansían el cambio. —Víctor enarcó una ceja mirando a Richard—. Ninguno de ellos se queja a ninguna junta ni comité de lo que tú haces. Puede que no quieras tener nada que ver con ello, como creo que es tu derecho, pero hay aquellos que hacen caso a los susurros de la libertad en el norte.

Richard se puso tenso.

—¿Libertad en el norte?

Víctor asintió solemnemente.

—Hablan de un salvador Richard Rahl. Él los lidera en la lucha por la libertad. Dicen que ese Richard Rahl nos traerá nuestra revuelta.

De no haber sido todo tan abrumadoramente trágico, Richard habría prorrumpido en carcajadas.

—¿Cómo sabes que ese Rahl es digno de que lo sigan?

Víctor clavó en Richard una mirada que éste recordó de su primer encuentro con el herrero.

—Uno puede juzgar a un hombre por sus enemigos. A Richard Rahl lo odian el emperador, el hermano Narev y los discípulos de éste, como no odian a ningún otro hombre. Es la persona indicada. Empuña la antorcha de la revolución.

Richard sólo pudo mostrar una sonrisa desconsolada.

—No es más que un hombre, amigo mío. No veneres a un hombre. Venera su causa, pero no a él.

La mirada iracunda de Víctor, tan llena de la emoción que sentía, de su ardiente ansia de libertad, retornó a su sonrisa lobuna.

—Ah, pero eso es lo que Richard Rahl diría. Por eso él es la persona indicada.

Richard se dijo que sería mejor cambiar de tema. Reparó en que se hada de día.

—Bueno, tengo que marchar. Estoy seguro de que se te ocurrirá qué hacer con la piedra, Víctor. Vendrá a ti cuando sea el momento oportuno

El herrero fingió una expresión severa, pero era una pobre parodia de aquella muy real que acababa de desaparecer.

—Eso es lo que siempre he pensado.

Richard se rascó la cabeza.

—¿Has tallado alguna vez algo, Víctor?

—No, nada.

—¿Estás seguro de saber tallar? ¿De que posees esa habilidad?

Víctor se dio un golpecito en la sien, como para disuadir a un escéptico.

—Aquí dentro tengo talento. Aquí dentro tengo belleza. Eso es todo lo que me importa. Si jamás acerco una herramienta a esta piedra, entonces siempre tendré la belleza de lo que podría ser, y eso, la Orden no me lo puede arrebatar jamás.

25

Nicci se secó el sudor de la frente mientras recorría el tendedero para comprobar si sus ropas estaban secas. El verano estaba a la vuelta de la esquina, y hacía ya calor. Le dolía la espalda por el trabajo llevado a cabo antes en la tina de lavar y por otros quehaceres. Las otras mujeres charlaban bajo la cálida luz solar, y de vez en cuando reían tontamente sobre alguna peculiaridad que una de ellas, tras una tanda de afables ruegos, decidía divulgar sobre su esposo. Daba la impresión de que todo el mundo en el edificio había cobrado vida junto con la ebullición de la nueva primavera.

Nicci sabía que la primavera no tenía nada que ver con ello.

Esa seguridad que la frustración emergiera desde los recovecos más sombríos de su ser. No conseguía explicarse cómo lo hacía Richard. No importaba lo mucho que ella lo intentara, no podía deshacer el nudo que él parecía atar alrededor de todo. Empezaba a creer que si lo llevaba a la cueva más profunda que encontrara, la luz del sol se abriría camino hasta las zonas más oscuras para brillar sobre él. Pensaría que se trataba de alguna clase de suerte mágica, de no saber sin el menor asomo de duda que no había usado ninguna clase de magia en absoluto.

El patio trasero, un lugar tan cubierto de maleza enmarañada, tan asqueroso, con montones de sobras de comida y basura, era en la actualidad un huerto. Los hombres que vivían en el edificio, después de llegar a casa del trabajo, habían, eliminado la porquería del patio. Incluso algunos de los que no trabajaban habían salido de sus habitaciones para sacar de allí un objeto o dos. Una vez que quedó despejado, las mujeres del edificio habían aireado la tierra y plantado un huerto. Tendrían hortalizas. ¡Hortalizas! Se hablaba de conseguir unas cuantas gallinas.

La única letrina situada en el rincón del fondo, tan utilizada y tan hedionda se había convenido ahora en dos excusados en buen estado. En la actualidad, apenas había que esperar para usar un retrete y ya no había súplicas apremiantes o ánimos caldeados. Kamil y Nabbi habían ayudado a Richard a construirlos, en parte con pedazos de madera rescatados de los montones de desperdicios del patio, antes de que se los llevaran, y algunos que habían recogido en otros montones de basura.

Nicci apenas había creído lo que contemplaban sus ojos cuando vio a Kamil y a Nabbi —con camisa— cavando agujeros para los nuevos retretes. Todo el mundo les dio las gracias efusivamente, y los dos matones sonrieron de oreja a oreja, orgullosos.

Los fogones al aire libre se habían reparado, de modo que las mujeres podían colocar más pucheros en ellos, lo que requería el acarreo de menos leña, Richard y algunos de los otros hombres del edificio habían construido bases para las tinas de lavar, de modo que las esposas no tuvieran que inclinarse tanto ni despellejarse las rodillas. Los hombres hicieron un sencillo techo de lona rescatada de la basura para que las mujeres pudieran cocinar y lavar sin mojarse cuando llovía.

Las gentes de los edificios situados a ambos lados, en unos principios hoscos y suspicaces ante aquella actividad, empezaron a hacer preguntas quisquillosas. Richard, Kamil y Nabbi se acercaron a los edificios y explicaron lo que habían hecho, y cómo podían ellos poner en condiciones el lugar donde vivían, también, e incluso los ayudaron a ponerse manos a la obra. Nicci se había enfurecido con Richard por pasar el tiempo en casa de otras personas, y él respondió que era ella quien le había dicho que era su deber ayudar a los demás. Nicci no tuvo una respuesta a eso; al menos, una que no la hiciera parecer estúpida.

Cuando Richard mostraba a la gente cómo mejorar sus hogares, no sermoneaba ni predicaba, sino que más bien, de algún modo —Nicci no comprendía cómo— se las arreglaba para contagiarles su entusiasmo. No les había dicho qué hacer, sino que más bien había conseguido que quisieran descubrir por si mismos cómo podían mejorar las cosas. Todo el mundo le cogió simpatía a Richard y aquello la hacía enfurecerse por lo bajo.

Nicci recogió la colada en el cesto tejido que Richard había enseñado a las mujeres del edificio cómo confeccionar usando tiras finas de madera. La mujer tuvo que admitir que el cesto era bastante fácil de hacer y un modo mejor de transportar ropa.

Ascendió las sólidas escaleras; escaleras que en una ocasión había creído que acabarían costándole la vida. El pasillo interior estaba impecable.

Los suelos se habían fregado y, de algún lugar, Richard había conseguido ingredientes para hacer pintura, y los hombres se lo pasaron divinamente mezclándola y cubriendo con ella las manchas de las paredes. Uno de los hombres del edificio sabía de tejados, de modo que reparó la techumbre para que no hubiera goteras y volvieran a mancharse las paredes.

Mientras recorría el pasillo, Nicci vio a Gadi, sin camisa, sentado en la parte alta de la escalera, en los sombras. Usaba su enorme cuchillo para cortar un pedazo de madera y al hacerlo dejaba bien clara su peligrosa naturaleza. Más tarde, las mujeres del edificio chasquearían la lengua y lo limpiarían. Gadi, nada contento de que la gente lo regañara últimamente, le lanzó una mirada lasciva. Nicci ofrecía ahora motivos para que la contemplara con lujuria, pues había recuperado su peso.

A Richard su segundo trabajo por la noche le permitía adquirir más comida y traía a casa cosas que ella había echado de menos durante meses: pollo, aceite, especias, tocino, queso y huevos. Ella jamás podía encontrar tales cosas en los almacenes de la ciudad, y había pensado que se vendía la misma comida en todas las tiendas de la ciudad, pero los viajes de Richard mientras hacía entregas, dijo él, lo llevaban a sitios en los que vendían una mayor diversidad de comida.

Kamil y Nabbi, sentados en los peldaños de la entrada, la vieron a través de la puerta abierta y se levantaron y efectuaron una educada inclinación de cabeza mientras ella avanzaba por el pasillo.

—Buenas tardes, señora Cypher —dijo Kamil.

—¿Podemos ayudarla a cargar con eso? —preguntó Nabbi.

La mujer encontró aquello aún más irritante porque sabía o ciencia cierta que eran sinceros. Ella les caía bien porque era la esposa de Richard.

—Gracias, no. Ya he llegado.

Le sostuvieron la puerta y la cerraron tras ella cuando hubo entrado en su habitación.

Los consideraba como los soldados de Richard, pues éste parecía tener un ejército privado de personas que prorrumpían en sonrisas en cuanto lo veían aparecer. La mayoría de las personas parecían más que encantadas de hacer lo que fuera que pensaran que a Richard le gustaría que se hiciera, Kamil y Nabbi habrían lavado pañales, si él se lo pidiera, a cambio de una oportunidad de ir con él por la noche en el

carro mientras recogía y entregaba cosas por todo Altur'Rang. Él sólo los llevaba en contadas ocasiones, diciendo que podía tener problemas con la agrupación de trabajadores. Los jóvenes no querían que Richard se metiera en problemas y perdiera su empleo, así que aguardaban pacientemente las raras veces en que él ladeaba la cabeza para indicar que lo acompañaran.

La habitación que compartían habla sido transformada. El techo se había limpiado y encalado; las paredes ensuciadas por las moscas se habían fregado y pintado de un color salmón; un color que ella había elegido, pensando que en imposible que Richard consiguiera los raros ingredientes necesarios para obtener el color. Las paredes eran en aquel momento de un burlón tono salmón.

Un día, un hombre había hecho acto de presencia con los brazos cardados de herramientas. Kamil dijo que Richard lo había enviado allí para que arreglara la habitación. El hombre hablaba un idioma que Nicci no comprendió. Agitó los brazos una barbaridad, parloteó y rió afablemente, como si ella debiera entender al menos un poco de lo que le decía, Señaló las paredes a su alrededor e hizo preguntas. Ella no tenía la menor idea de lo que debía hacer allí.

Sospechó que habla venido a arreglar la tambaleante mesa, así que dio golpearos en la parte superior con la palma de la mano y luego le mostró cómo se bamboleaba. El asintió, sonrió ampliamente y parloteó. Nicci lo dejó finalmente con su trabajo mientras ella iba al almacén de la ciudad a hacer cola para comprar pan. Pasó allí toda la mañana. Por la tarde, hizo cola para conseguir mijo.

Cuando por fin regresó a casa, el hombre se había ido. La vieja ventana, rota y no tan sólo repintada hacía mucho tiempo sino pintada de modo que no podía abrirse, tenía un cristal nuevo. Y tenían una ventana nueva en la otra pared. Ambas ventanas estaban abiertas y una fresca brisa dejaba entrar aire fresco en la viciada habitación.

Nicci se quedó parada en el centro de la estancia, atónita de poder mirar por la ventana el edificio situado al lado. Miró boquiabierta por la ventana de la pared donde antes no había habido ventana, y pudo ver la calle. La señora Sha'Rim, de la casa de al lado, le sonrió y saludo.

Nicci depositó el cesto de la colada en el suelo y abrió la ventana lateral, para dejar entrar un poco de aire en la sofocante habitación. Aparto las cortinas. Con ventanas por las que se podía ver, había decidido que tener unas cortinas sería lo indicado, y Richard se las había apañado para conseguirle tela. Cuando las terminó, él le dijo que había hecho un estupendo trabajo, y Nicci se encontró sonriendo de oreja a oreja tal y como todos los demás sonreían cuando Richard les decía que lo habían hecho bien.

Había conducido a Richard al peor lugar del Viejo Mundo, al peor edificio que había podido encontrar, y el de algún modo había acabado por hacer que todo fuera mejor... tal y como ella había insistido que era su deber.

Pero jamás había sido su intención obtener aquel resultado.

No sabía cuál había sido su intención,

Sólo sabía que vivía esperando los momentos en que Richard estaba con ella. Incluso aunque sabía que él la odiaba, y nada deseaba unto como perderla de vista y regresar con su amada Kahlan. Nicci no podía evitar sentir cómo el corazón se le subía a la garganta cuando él llegaba a casa. A través del vínculo

con Kahlan, le parecía que en ocasiones era capaz de percibir lo mucho que la mujer lo echaba de menos, y sentía un dolor punzante en cada centímetro de su ser al comprender el anhelo de ésta.

La habitación se oscureció mientras aguardaba. La vida no empezaba hasta que Richard llegaba a casa. A medida que la luz del día se desvanecía, la luz de la lámpara ocupó su lugar. Tenían ya una auténtica lámpara, no simplemente una mecha atravesada en un botón de madera que floraba en aceite de linaza.

La puerta se abrió, Richard puso un pie en el interior. Hablaba con Kamil mientras el joven marchaba a la vivienda de su familia en el piso superior. Se hacía tarde. Finalmente, sonriendo todavía, Richard entró y cerró la puerta. La sonrisa se apagó, como sucedía siempre.

—Encontré algunas cebollas, zanahorias y un poco de cerdo —dijo, alargándole un saco de arpillera—. Pensé que te gustaría hacer un estofado.

Nicci alzó débilmente una mano en dirección al mijo que le había costado toda una tarde de cola adquirir. Tenía bichos y estaba mohoso.

—Compré mijo. Pensaba hacerte una sopa.

Richard se encogió de hombros.

—Si lo prefieres. Tu sopa de mijo nos permitió sobrevivir durante una época de gran penuria.

Nicci sintió un ramalazo de orgullo al ver que él había reconocido lo que había hecho como algo valioso.

Cerró las ventanas. Era de noche fuera. Con la espalda a las ventanas mientras lo observaba, corrió las cortinas.

Richard estaba de pie en el centro de la habitación, observándola, con una expresión de perplejidad frunciendo su entrecejo. Nicci recorrió la distancia que la separaba de él. Era consciente de la carne de su pecho que quedaba al descubierto ascendiendo y descendiendo por encima del escote de su vestido negro. Gadi había estado contemplando fijamente aquel pecho y ella quería que Richard la mirara a ella del mismo modo. Richard contemplaba únicamente sus ojos.

Los dedos de la mujer se cerraron alrededor de sus fornidos brazos.

—Hazme el amor —musitó.

Richard arrugó la frente.

—¿Qué?

—Richard, quiero que me hagas el amor. Ahora.

Él evaluó sus ojos durante una eternidad. A Nicci el corazón le retumbaba en los oídos. Todas las fibras de su cuerpo chillaban pidiendo que él la tomara. Se tambaleaba en el filo de un precipicio, aguardando, toda su vida suspendida en la angustia exquisita de la expectación.

Sonó la voz de él, sin rudeza. Si tenía algo, era ternura, pero también resolución.

—No.

Nicci sintió como si un millar de agujas de hielo danzaran por sus brazos. Su negativa la dejó atónita. Ningún hombre la había rechazado jamás.

Le dolió en lo más profundo. Fue peor que cualquier cosa que Jagang o cualquier otro hombre le hubiesen hecho. Ella había pensado que...

Enrojeció violentamente y el hielo se fundió en un fogonazo de calor. Nicci abrió la puerta de par en par.

—Sal al pasillo y espera —ordenó con voz temblorosa.

Él permanecía de pie en el centro de la habitación, mirándola a los ojos. La lámpara de la mesa proyectaba fuertes sombras sobre su rostro. Los hombros parecían tan amplios, estrechándose hasta la cintura, una cintura que ella se moría por rodear con sus brazos. Quiso chillar, pero en su lugar habló en voz baja, con una autoridad que él no podía poner en duda.

—Saldrás al pasillo y esperarás, o...

Hizo un gesto de cortar con dos dedos.

Por la expresión de sus ojos, Richard supo que no era un farol. La vida de Kahlan pendía en aquel momento de un hilo, y si no hacía lo que ella ordenaba, Nicci no vacilaría en cortar aquel hilo.

Con los ojos grises fijos en ella todo el tiempo, Richard salió al pasillo. La mujer apoyó un dedo en el centro de su pecho y empujó hasta que la espalda de él quedó apoyada en la pared junto a la puerta.

—Esperarás justo aquí, en ese punto, hasta que yo diga que puedes apartarte de él. —Apretó los dientes—. O Kahlan morirá. ¿Entendido?

—Nicci, tú no eres así. Piensa en lo que estás...

—O Kahlan morirá. ¿Entendido?'

—Sí —respondió, soltando aire con fuerza.

Nicci marchó en dirección al hueco de la escalera. Gadi estaba de pie en mitad de las escaleras, observando con sus ojos oscuros. Descendió hacia ella con arrogancia, hasta encontrarse al pie de la escalera con ella. Poseía un buen tipo, supuso Nicci, a juzgar por lo que exhibía la ausencia de camisa. Lo tenía lo bastante cerca como para percibir su calor.

Lo miró a los ojos. Era de su misma estatura.

—Quiero que tengas relaciones sexuales conmigo.

—¿Qué?

—Mi esposo no se ocupa adecuadamente de mis necesidades. Deseo que ni lo hagas.

Una sonrisa burlona apareció en el rostro del joven mientras su mirada se deslizaba hacia Richard; luego volvió otra vez los ojos hacia el pecho de la mujer, a lo que en aquellos momentos estaba en sus manos poseer.

Gadi era joven y atrevido, y lo bastante estúpido como para creerse irresistible para ella, para creer que su pueril acicalamiento había eliminado todas las inhibiciones de la mujer hasta el punto de provocarle un deseo irrefrenable de él.

Un brazo la atrajo hacia él, y con la otra mano, le apartó el cabello. Sus finos labios le besaron el cuello, y cuando los dientes arañaron su carne, ella gimió para animarlo a ser rudo. Lo último que deseaba en el mundo era ternura. No existía castigo en la ternura. La ternura no podía partir el alma de Richard. La ternura no lo heriría.

Las manos de Gadi le oprimieron el trasero, apretándola violentamente contra su entrepierna. Se removió contra ella de un modo lascivo, y ella jadeó en su oreja para alentar su confianza en su dominio sobre su cuerpo.

—Dime por qué.

—Estoy harta de su carácter tierno, sus caricias amables, su actitud afectuosa. Eso no es lo que una auténtica mujer necesita. Quiero que sepa lo que un hombre de verdad puede hacen quiero lo que él no puede darme.

Estuvo a punto de chillar de dolor cuando él le retorció el pezón.

—¿Ah, sí?

—Sí. Quiero lo que un hombre de verdad como tú puede hacer por una mujer.

Sus manos toscas le apretaron el pecho y ella profirió otro gemido. Él sonrió.

—Será un placer.

Su sonrisita le produjo náuseas,

—No, el mío —susurró ella en entrecortada sumisión.

El joven dirigió otra odiosa mirada desafiante a Richard, luego se inclinó para introducir una mano ascendente por la parte frontal del vestido de Nicci y comprobar si ella realmente hablaba en serio, si realmente le dejaría hacer lo que quisiera con ella. Su mano ascendió por la parte interior del desnudo muslo, ordenando rendición. Ella, obedientemente, separó las piernas para él.

Nicci se aferró a sus hombros mientras él la manoseaba. El labio superior del joven se torció en una mueca altanera. Sus dedos trabajaron inmisericordes. Los ojos de Nicci se llenaron de lágrimas. Tembló y se mordió el interior de la mejilla para contener el llanto. Confundiendo su tormento por deseo carnal, Gadi se sintió inflamado por sus gimoteos.

Jagang y su amigo Kadar Kardeef, por nombrar sólo a unos pocos, la tomaban sin su consentimiento, pero nada de ello se había aproximado a la sensación de violación que sentía en aquel momento mientras permanecía allí, en el pasillo, dejando que aquel sonriente matón le hiciera lo que quisiera.

Obligo a su mano a descender entre ambos y le sujetó.

—Gadi, ¿tienes miedo de Richard? ¿Eres lo bastante hombre para tomarme mientras él está fuera de la habitación, escuchándonos, sabiendo que eres mejor que él?

—¿Miedo? ¿De él?—Su voz surgió en un ronco gruñido—. Sólo dime cuando.

—Ahora mismo. Lo necesito ahora, Gadi.

—Eso pensaba.

Nicci sonrió interiormente ante su expresión de lascivia.

—Di «por favor» primero, pequeña furcia.

—Por favor. —No ansiaba otra cosa que aplastarle el despreciable cráneo—. Por favor, Gadi.

Con el brazo alrededor de la cintura de ella, Gadi dedicó a Richard una mueca burlona mientras pasaba junto a él con aire arrogante. Los dedos de Nicci apoyados en la espalda del joven le instaron a entrar en la habitación y aguardar. El sonrió por encima del hombro e hizo lo que ella quería. Nicci se detuvo para dirigir una mirada iracunda a los ojos de Richard.

—Estamos conectadas. Lo que me sucede a mí, le sucede a ella, espero que no seas lo bastante estúpido como para no pensar que no te haría arrepentirte durante el resto de tus días si no te quedas justo aquí. Te lo juro, ella morirá esta noche si no te quedas aquí.

—Nicci, por favor no hagas esto. Sólo te haces daño a ti misma.

Su voz era tan tierna tan llena de compasión, que ella estuvo a punto de arrojarle los brazos al cuello y suplicarle que la detuviera... pero la llama de su rechazo todavía ardía vergonzosamente en su corazón.

Nicci dio la espalda al umbral y lanzó a Richard una mueca feroz.

—Espero que tu Kahlan disfrute con esto tanto como yo voy a disfrutar. Después de esta noche, no volverá a creer en ti jamás.

Kahlan lanzó un grito ahogado. Sus ojos se abrieron, pero sólo pudo distinguir formas confusas en la arremolinada oscuridad. Volvió a lanzar una exclamación.

Una sensación que no podía definir, que no podía interpretar, a la que no podía atribuir una naturaleza, la invadía. Era algo totalmente extraño a ella, empero al mismo tiempo cautivadoramente familiar. Algo impropio, pero a la vez ansiado. Llenaba su cuerpo con una especie de terror apasionado que ondulaba seductoramente hasta rayar en placer indecente, empujando ante él una sensación de temor informe.

Sintió el peso de una sombra sobre ella.

Sentimientos y sensaciones que no conseguía captar o controlar la inundaron incluso a pesar de combatirlas. Nada parecía real. Volvió a lanzar un grito ahogado ante la cruda sensación. Aquello la confundía. Le hacía daño, y al mismo tiempo sentía despertar una especie de ansia salvaje.

Era como si Richard estuviera allí, en la cama con ella. Volvía a resultar tan agradable. Jadeaba. Tenía la boca seca como el polvo.

En el último abrazo de Richard siempre había sentido una especie de placer expectante en que la lujuria descarada de ambos jamás podía saciarse por completo... que siempre existía una chispa de algo que quedaba por explorar, por alcanzar, por definir. Siempre se había sentido exaltada por la idea de aquella interminable búsqueda de lo inalcanzable

Aspiró con fuerza. En aquellos momentos se sentía inmersa en aquella desbandada precipitada.

Pero aquello era algo que jamás había imaginado. Sus puños aferraron las sábanas, su boca se abrió en un grito silencioso en protesta por la desgarradora estocada de dolor.

Aquello no era humano. No tenía sentido. Volvió a jadear llena de pánico mientras las sensaciones más terribles florecían a través de ella. Gimió ante lo horroroso de todo ello, ante el indicio de placer en ello, y la confusión de casi disfrutar de la sensación.

Entonces comprendió. Supo lo que significaba.

Las lágrimas acudieron a sus ojos. Rodó sobre el costado, dividida entre la dicha de sentir a Richard y el dolor de saber que Nicci lo sentía también de aquel modo. Se vio arrojada de espaldas.

Volvió a lanzar una exclamación, a la vez que sus ojos se abrían de par en par y todo su cuerpo se quedaba rígido.

Gritó de dolor. Se retorció y debatió, cubriéndose los pechos con los brazos. Los ojos se le llenaron de lágrimas ante un suplicio que no podía explicar ni identificar por completo.

Echaba tanto de menos a Richard. Le deseaba tanto que el sentimiento le hacía daño.

Se entregó a él, incluso en aquello, se rindió a él. Un gemido quedo escapo de su garganta.

Sus músculos se agarrotaron tan tensos como raíces de roble. Se vio barrida por una oleada tras otra de dolor sorprendente mezclado con un anhelo insatisfecho que se había convertido en repugnancia. No conseguía respirar.

Prorrumpió en lágrimas cuando cesó, el cuerpo finalmente capaz de moverse otra vez, pero demasiado apocado para hacerlo. Había odiado cada brutal segundo de ello, y la entristecía que hubiera terminado porque al menos había sentido a Richard.

Se sentía dichosa por haberlo percibido de un modo tan inesperado, y presa de una furia ciega ante lo que significaba. Agarró firmemente las sábanas que tenia entre sus puños mientras lloraba sin consuelo.

—¿Madre Confesora? —Una figura oscura se deslizó dentro de la tienda—. ¿Madre Confesora?

Era el susurro de Cara. La mord-sith deposito una vela sobre la mesa y la luz pareció cegadoramente brillante mientras Cara bajaba la mirada.

—Madre Confesora, ¿os encontráis bien?

Kahlan lanzo un suspiro entrecortado. Yacía sobre la espalda en su cama, enredada en ka manta, que estaba retorcida entre sus piernas.

A lo mejor había sido solo un sueño. Deseó que lo fuera. Sabía que no lo había sido.

Kahlan se pasó los dedos hacia atrás sobre los cabellos mientras se incorporaba.

—Cara...

El nombre surgió en forma de sollozo estrangulado. Cara se arrodilló en el suelo junto a ella y sujetó a Kahlan por los hombros.

—¿Qué sucede?

La Madre Confesora luchó por recuperar el aliento.

—¿Qué sucede? ¿Qué puedo hacer? ¿Estáis enferma?

—Ah, Cara..., él ha estado con Nicci.

Cara la sostuvo ante si con los brazos extendidos, con el rostro convertido en la viva imagen de la preocupación.

—¿De qué habláis? ¿Quien ha estado...?

Sus palabras se interrumpieron cuando comprendió a qué se refería Kahlan.

Kahlan se debatió para librarse de las manos de Cara.

—Como ha podido...

—Sin duda ella lo obligo —adujo Cara—. Él debe haberlo hecho para salvar vuestra vida. Ella debe haber tenido que amenazarlo.

Kahlan negaba con la cabeza.

—No, no. Disfrutaba demasiado con ello. Era como un animal. Jamás me tomó de ese modo. Jamás actuó... Oh, Cara, se ha prendado de ella. No ha podido resistirse a ella por más tiempo, Ha...

Cara la zarandeó hasta que Kahlan pensó que los dientes iban a saltarle de la boca.

—Despertad. Abrid los ojos. Madre Confesara, despertad. Estáis medio dormida. Aún están medio en sueños.

Kahlan parpadeó mientras miraba a su alrededor. Jadeaba, intentaba aún recuperar el aliento. Había dejado de llorar.

Cara tenía razón. Había sucedido, no había la menor duda de ello en la mente de Kahlan, pero había sucedido cuando ella dormía, y en su sueño, la había cogido desprevenida. No había reaccionado racionalmente.

—Tienes razón —dijo con una voz ronca de tanto llorar, tenía la nariz tapada, de modo que sólo podía respirar por la boca.

—Ahora —indico Cara con voz calmada—, contadme que sucedió.

Al sentir como enrojecía, Kahlan deseo que todo estuviera oscuras otra vez. ¿Cómo podía contar a nadie lo sucedido? Deseó que Cara no la hubiese oído.

—Bueno, a través del vinculo... —Kahlan trago saliva— pude percibir que, que, bueno, que Richard hacia el amor con Nicci.

Cara se mostró escéptica.

—Parecía como cuando, bueno, quiero decir, ¿estáis segura? ¿Podíais saber que era él?

Kahlan sintió que su rostro adquiría una tonalidad más oscura de rojo.

—No exactamente, imagino. No lo sé. —Se cubrió los pechos—. Sentía sus... sus dientes sobre mí. Estaba mordiendo...

Cara se rascó la cabeza, apartando la mirada, no muy segura de como formular su pregunta. Kahlan la respondió por ella.

—Richard jamás me hizo daño de ese modo.

—Ah. Bien entonces, no era Richard.

—¿Qué quieres decir con que no en Richard? Tenía que ser Richard.

—¿Tenía? ¿Querría Richard hacer el amor con Nicci?

—Cara..., ella podía obligarlo. Amenazarlo.

—¿Consideráis que Nicci es una persona honorable?

—¿Nicci?—Kahlan frunció el entrecejo—, ¿Has perdido el juicio?

—Ahí lo tenéis, entonces. ¿Por qué tenía que ser Richard? Nicci podría simplemente haber encontrado a algún hombre al que quisiera poseer..., algún apuesto mozo de granja. Podrá no ser nada más que eso.

—¿De veras? ¿Piensas eso?

—Dijisteis que no parecía que fuera Richard. Quiero decir, estabais medio dormida, y... conmocionada. Dijisteis que él nunca...

Kahlan desvió la mirada.

—No, supongo que no. —Volvió a mirar a la mord-sith bajo la tenue luz—. Lo siento, Cara. Gracias por estar aquí conmigo. No me habría gustado de haber sido Zedd o alguna otra persona... Gracias.

—Creo que será mejor que mantengamos esto entre nosotras dos —repuso ella con una sonrisa. Kahlan asintió agradecida.

—Si Zedd empezara alguna vea a hacerme todas sus minuciosas preguntas sobre esto, bueno, me moriría de vergüenza.

Kahlan reparó entonces en que Cara iba envuelta en una manta que estaba abierta en la parte delantera lo suficiente como para mostrar que estaba desnuda debajo. Había una marca oscura en la mitad superior de su pecho. Había unas cuantas más, pero tenues. Kahlan había visto a Cara desnuda, y no recordaba que hubiese ninguna marca parecida en ella. De hecho, excepto por sus cicatrices, su cuerpo era exasperantemente perfecto.

Frunciendo el entrecejo, Kahlan señaló.

—Cara, ¿qué es eso de ahí?

La mujer echó una ojeada y luego cerró la manta.

—Es... Quiero decir... bueno, es... sólo un moretón.

Un moretón de amor... hecho por la boca de un hombre.

—¿Está Benjamín ahí, en tu tienda, contigo?

Cara se irguió sobre sus pies desnudos.

—Madre Confesora, todavía estáis medio dormida y soñando. Volved a dormir.

Kahlan sonrió mientras observaba salir a la mord-sith. La sonrisa desapareció cuando volvió a tumbarse en la cama. En la silenciosa soledad, sus dudas regresaron sigilosamente.

Sostuvo los pechos en las manos. Sentía un dolor punzante en los pezones. Al moverse sobre la cama un poco, hizo una mueca de dolor empezando a advertir sólo entonces lo dolorida que estaba, y dónde.

No podía creer que, incluso durmiendo, una parte de ello había sido... Sintió que su rostro volvía a enrojecer. La embargó una abrumadora sensación de vergüenza ante lo que había hecho.

No. Ella no había hecho nada. Simplemente notaba algo a través de su vínculo con Nicci. No era real. No lo había experimentado en realidad. Nicci sí. Pero Kahlan padecía las mismas lesiones.

Tal como le había sucedido en varias ocasiones, Kahlan todavía percibía aquella conexión con Nicci a través del vínculo, y una dolorosa especie de sentimiento afectuoso por la mujer. Lo que había sucedido dejó a Kahlan entristecida. Sentía que Nicci había deseado de un modo tan desesperado... algo.

Deslizo la mano abajo, entre las piernas, y se estremeció de dolor al tocarse. Alzó los dedos hacia la luz de la vela. Brillaban manchados de sangre. Había mucha sangre.

No obstante el ardiente dolor de estar desgarrada interiormente, la confusa sensación de bochorno y la sombra de vergüenza, lo que más sintió fue una sensación de alivio.

Lo supo sin la menor duda: Cara tenía razón, no había sido Richard.

26

Ann atisbó por entre el bosque de abedules que crecían en las profundas sombras de los precipicios que daban al lugar su nombre. El espeso bosque estaba atestado de aquellos árboles de blanca corteza, lo cual hacia que fuera difícil moverse por él. Vagar por allí, en la dirección equivocada, sin ser invitado, era el último error que uno cometería.

Había sido en su juventud cuando había ido por allí por última vez, a los Sanadores del Despeñadero Rojo. Se había prometido a sí misma no regresar nunca. Algo parecido había prometido a los sanadores también. Esperaba que los casi mil años transcurridos desde entonces, ellos lo hubieran olvidado.

Pocas personas conocían el lugar, y aún menos acudían jamás a él... con buen motivo.

El término «sanadores» era una designación curiosa y sumamente taimada para una gente tan peligrosa. Pero no era del todo inmerecido. A los Sanadores del Despeñadero Rojo no les preocupaban las dolencias humanas, sino el bienestar de cosas que les importaban a ellos. Y eran cosas realmente muy extrañas las que les importaban a ellos. Si tenía que ser sincera, le sorprendería descubrir que seguían existiendo después de todo ese tiempo.

No obstante lo mucho que esperaba de ellos, y lo desesperadamente que necesitaba ayuda, esperaba descubrir que ya no acechaban por el bosque del Despeñadero Rojo.

—Visitanteee... — siseó una voz burlona desde la opaca sombra de los peñascos del risco situado tras los árboles.

Ann se quedo inmóvil. Un sudor frío salpicó su frente. Entre la confusión de líneas y manchas que creaban los árboles, no conseguía distinguir que era lo que veía moverse. En realidad no era necesario que los viera. Había oído la voz. No había otros como ellos. Tragó saliva e intentó parecer serena.

—Sí, soy un visitante. Me alegro de encontraros bien.

—Sólo pocos de nosotros quedad — dijo la voz, resonando entre las paredes rocosas—. Los repiiiiques se llevaron a la mayora...

Eso era lo que Ann había temido..., lo que había esperado.

—Lo siento —mintió.

—Lo intentamos —dijo la voz, moviéndose a través de los árboles—. No pudimos sanar los repiiiiques para que se marcharan.

La mujer se preguntó si podría aún sanar, y cuanto tiempo durarían.

—¿Viene ellaaa para una curación? —se burló una voz desde las profundidades de las irregulares hendiduras del otro lado.

—Vengo a dejar que echéis un vistazo —respondió ella, dejándoles saber que también tenía condiciones que imponer, no sería todo tal como ellos quisieran.

—Tiene un cossste, ya sabes.

—Si lo sé —dijo Ann, asintiendo.

Había intentado todo lo demás, y nada había funcionado. No tenía otra elección, al menos ninguna que se le ocurriera. Ya no estaba segura de si le importaba la que sucediera, si importaba si salía alguna vez de bosque del Despeñadero Rojo.

Ya no estaba segura de si había hecho algún bien real en toda su vida.

—¿Bien? —pregunto al sombrío silencio.

Algo centelló al fondo, tras los árboles, al fondo en la sombra, bajo unas repisas bajas de roca, como incitándola a seguir adelante por el sendero, más al interior de la sinuosa hendida en las montañas. Frotándose los nudillos, que todavía le dolían por las quemaduras cicatrizadas, siguió el sendero y el susurro de la maleza. Al poco, llegó a un pequeño espacio en los árboles. A través de aquella brecha, distinguió la escarpada abertura de una cueva.

Unos ojos la observaban desde la oscura boca.

—Entra allaaa —siseó la voz.

Resignada, Ann soltó un suspiro mientras abandonaba el sendero y penetraba en un lugar que jamás había olvidado, no obstante lo mucho que lo había intentado.

* * *

Los cabellos de Kahlan se agitaban violentamente, azotándole el rostro.

Los recogió en un puño por encima de la parte frontal de acorazado hombro mientras avanzaba por el agitado campamento. Tormentas eclécticas colisionaban violentamente con las montañas del lado este del valle, vomitando relámpagos, truenos e intermitentes cortinas de lluvia. Esporádicas ráfagas de viento curvaban los árboles, y sus hojas rielaban como si temblaran asustadas ante el ataque.

Por lo general, el campamento permanecía relativamente silencioso para no revelar información no deseada al enemigo. En aquellos momentos, el ruido de un campamento que se levantaba resultaba discordante en comparación. El ruido sólo aceleraba su pulso. Si al menos eso fuera todo...

Mientras Kahlan apresuraba el paso a través de lo que al ojo inexperto parecería un desorden generalizado. Cara con su traje de cuero rojo, apartaba a empujones a los hombres para abrir una senda despejada a la Madre Confesora. Kahlan sabía bien que era mejor no impedir que la mord-sith hiciera aquello. Al menos no causaba ningún daño. La mayoría de los hombres, cuando veían a Kahlan vestida con la armadura de cuero con la espada d'haraniana sujeta a la cadera y la empuñadura de la Espada de la Ventad sobresaliendo por encima del hombro, se apartaban de su camino sin la ayuda de Cara.

Unos caballos a poca distancia se encabritaron mientras los enganchaban a un carro. Los hombres gritaban y maldecían mientras forcejeaban para conseguir controlar al tiro. Los caballos relincharon en protesta. Otros hombres atravesaban corriendo el campamento, saltando sobre hogueras y equipo mientras se apresuraban a entregar mensajes. Algunos hombres saltaban a un lado para dejar espacio a carros que pasaban veloces, lanzando salpicaduras de barro y agua. Una larga columna de lanceros marchaba ya al interior de la amenazadora penumbra y sus arqueros de apoyo se esforzaban por alcanzarlos.

El sendero hasta el refugio de caza estaba recubierto de piedras para que las personas que fueran a él no tuvieran que andar sobre el lodo, aunque uno aun debía aguantar el acoso de los mosquitos. La lluvia hizo su aparición justo cuando Kahlan y Cara llegaban a la puerta. Zedd estaba allí, con Adie, el general Meiffert y varios de sus oficiales, Verna y Warren. Estaban todos dispuestos de cualquier modo alrededor de la mesa arrastrada al centro de la habitación. Media docena de mapas descansaban unos sobre otros encima de la mesa.

La atmósfera en la habitación era tensa.

—¿Cuánto hace? —preguntó Kahlan pasando por alto los saludos.

—Justo ahora —dijo el general Meiffert—. Se están tomando su tiempo para levantar el campamento. No se están organizando para un ataque. Simplemente forman para marchar.

Kahlan se frotó la frente con las yemas de los dedos.

—¿Alguna noticia sobre la dirección?

El general alteró su postura, delatando su contrariedad.

—Los exploradora dicen que según todas las indicaciones van hacia el norte, pero no tenemos nada más específico que eso, aún.

—¿No vienen a por nosotros?

—Siempre podrían cambiar de rumbo, o enviar un ejército hacia aquí, pero justo ahora, da la impresión de que no están interesados en entrar en combate.

—Jagang no necesita venir a por nosotros —indicó Warren.

A Kahlan le pareció que estaba un poco pálido. No era de extrañar. Imaginó que todos estaban un poco pálidos.

—Jagang tiene que saber que vamos ir a por él. No se molestará en venir a buscarnos.

Kahlan no pudo discutir su lógica.

—Si va al norte, tiene que saber que no nos quedaremos aquí quietos y le diremos adiós con la mano.

El emperador había cambiado su táctica... otra vez. Kahlan no había visto nunca a un comandante como él. La mayoría de militares tenían sus métodos preferidos. Si en una ocasión habían ganado una batalla de un cierto modo, soportaban una docena de derrotas con la misma táctica, pensando que tenía que funcionar porque lo habían hecho una vez. Algunos se veían limitados por su intelecto. Esos eran fáciles de interpretar; por lo general llevaban a cabo una campaña sin malicia, contentándose con arrojar hombres a una picadora de carne, con la esperanza de atascarla mediante su superioridad numérica. Algunos eran listos e inventaban tácticas sobre la marcha. Esos a menudo tenían demasiada buena opinión de sí mismos y acababan en la punta de una pica. Otros se dedicaban a usar ciegamente libros de táctica, considerando la guerra como una especie de juego, y que cada bando debía complacer al otro siguiendo reglas.

Jagang era distinto. Aprendía a interpretar al enemigo y no se atenía a ningún método favorito. Después de que Kahlan lo golpeara con ataques veloces y limitados lanzados al centro de su campamento, aprendió la táctica y, en lugar de confiar en el abrumador número de sus efectivos, envió la misma clase de ataque contra el ejército de D'Hara con buenos resultados. A algunos hombres se les podía empujar a cometer equivocaciones estupidas avergonzándolos. Jagang no cometía el mismo error dos veces. Refrenaba su orgullo y cambiaba la táctica otra vez, sin complacer a Kahlan con contraataques insensatos.

Los d'haranianos habían conseguido de todos modos infligirle daños. Habían eliminado tropas imperiales en un número sin precedentes. Sus propias pérdidas, aunque dolorosas, eran extraordinariamente bajas considerando lo que habían conseguido.

El invierno, no obstante, había matado a muchos más enemigos que Kahlan y sus hombres. La Orden Imperial, al proceder de muy al sur, no estaba familiarizada con el invierno ni preparada para resistirlo. Más de medio millón de hombres habían muerto congelados; varios cientos de miles más habían sucumbido a fiebres y enfermedades debidas a la dura vida en el campo de batalla.

Solo el invierno le había costado a Jagang casi setecientos cincuenta mil hombres. Resultaba casi incomprensible.

Kahlan mandaba en aquellos momentos aproximadamente a trescientos mil soldados en el extremo meridional de la Tierra Central. En circunstancias normales, eso sería una fuerza capaz de aplastar a cualquier adversario.

Los soldados que fluían a torrentes del Viejo Mundo habían reemplazado las pérdidas del enemigo con creces y el ejército de Jagang sobrepasaba en la actualidad los dos millones y medio de hombres. Crecía día a día.

Jagang se había contentado con quedarse quitecito todo el invierno. Combatir en tales condiciones era, en su mayor parte, imposible, así que, muy sensatamente, había aguardado a que cambiara el tiempo. Al llegar la primavera, siguió quieto. Al parecer, era lo bastante listo como para saber que la guerra en medio del barro era una empresa letal. En la estación del lodo, se podían perder los carros de suministros si se quedaban atascados en el camino. Los arroyos se convertían en riadas infranqueables. Perder carros significaba una muerte lenta por inanición. La caballería era prácticamente inútil en el barro. Las bajas debidas a caídas en una carga de caballería significaba la pérdida de monturas valiosas, por no mencionar a los hombres. Los soldados podían llevar a cabo un ataque, desde luego; pero, sin servicios de apoyo, era probable que se convirtiera en un baño de sangre que no iba a obtener una ganancia real.

Jagang, había aguardado hasta la desaparición del lodo primaveral, y sus esbirros habían usado el tiempo para propagar las nuevas sobre «Jagang el Justo». Kahlan se enfureció al recibir informes, semanas después de que sucediera, sobre «enviados de paz» que habían aparecido en varias ciudades por toda la Tierra Central, pronunciando discursos sobre unir al mundo por el bien de toda la humanidad. Prometían paz y prosperidad si se les daba la bienvenida en las ciudades.

Ahora, con el verano finalmente encima, Jagang reanudaba su campaña. Planeaba que sus tropas visitaran las ciudades en las que habían estado sus enviados.

La puerta se abrió de golpe. No era el viento, sino Rikka, la mord-sith daba la impresión de no haber dormido en días.

Cara fue a colocarse a su lado, lista para ofrecer ayuda si se le solicitaba, pero no tendió directamente una mano. Una mord-sith no veía con buenos ojos que se le prestara ayuda cuando había otras personas delante.

Rikka fue hacia la mesa, colocándose frente a Kahlan, y arrojó dos agieles sobre el mapa.

Kahlan cerró los ojos un instante, luego los alzó para clavarlos en los fieros ojos azules de Rikka.

—¿Qué sucedió?

—No lo sé, Madre Confesora. Encontré sus cabezas empaladas en picas. Sus agieles estaban atados a las picas.

Kahlan controló su ira.

—¿Estás satisfecha, ahora, Rikka?

—Galina y Solvlig murieron como querría morir una mord-sith.

—Galina y Solvlig murieron por nada, Rikka. Después de las primeras cuatro, sabíamos que no funcionaría. Con el Caminante de los Sueños en sus mentes, los poseedores del don no son vulnerables a las mord-sith del modo en que lo serían en caso contrario.

—Podría haber sido alguna otra cosa. Si podemos atrapar a sus dotados donde las mord-sith puedan tener acceso a ellos, entonces podríamos eliminarlos. Vale la pena correr el riesgo. Sus poseedores del don pueden acabar con miles de soldados con un gesto de la mano.

—Comprendo tu deseo, Rikka. Sin embargo, desear algo no hace que sea posible. Tenemos a seis mord-sith muertas que nos demuestran lo que realmente hay. No vamos a malgastar la vida de ninguno más sólo porque nos negamos a reconocer la verdad.

—Sigo pensando...

—Los que estamos aquí tenemos cosas importantes que decidir; no tengo tiempo para esto. —Kahlan apoyó los puños sobra la mesa y se inclinó hacia la mujer—. Soy la Madre Confesora, y la esposa de lord Rahl. Haras lo que diga o te irás. ¿Entendido?

Los ojos azules de Rikka se desviaron hacia Cara. Cara permaneció impasible como una roca. Rikka volvió a mirar a Kahlan y soltó un largo suspiro.

—Deseo permanecer con nuestras fuerzas y cumplir con mi deber.

—Magnifico. Entonces, ve a conseguir algo de comer mientras aún tienes esa posibilidad. Necesitamos que estés fuerte.

Para una mord-sith, el leve movimiento de cabeza que efectuó Rikka era lo más parecido a un saludo. Una vez que hubo marchado, Kahlan asestó un manotazo a la plaga de mosquitos y devolvió su atención al mapa.

—Así pues —dijo, retirando los dos agieles de encima del mapa—, ¿quién tiene alguna sugerencia?

—Yo diría que debemos mantenernos en sus flancos —propuso Zedd—. Evidentemente, no podemos arrojamos frente a ellos. No podemos hacer otra cosa que no sea combatirlos como hemos estado haciendo.

—Estoy de acuerdo —dijo Verna.

El general Meiffert se frotó la barbilla mientras bajaba la mirada para contemplar con atención el mapa extendido ante ellos sobre la mesa.

—De lo que tenemos que preocuparnos es de su tamaño.

—Bien, desde luego tenemos que preocuparnos del tamaño de la Orden —dijo Kahlan—. Tienen hombres suficientes para dividirse y seguir siendo demasiado grandes para manejarlos. Es de eso de lo que hablo..., de lo que vamos a hacer cuando efectúe la división. Si yo fuera él, eso es lo que haría.

Se oyó una llamada apremiante en la puerta. Warren, situado junto a la ventana, abrió la puerta.

El capitán Zimmer pasó al interior, saludando rápidamente con el puño en el corazón. Jadeando al entrar, trajo con él una ráfaga arremolinada de aire caliente que olía igual que un caballo. Sin prestar atención al resto de los reunidos, Warren regresó a sus meditaciones, junto a la ventana.

—Esta dividiendo su ejército —anunció el capitán Zimmer, como si sus temores hubieran dado a luz esa realidad.

La mayoría de los presentes suspiraron con pesar ante la noticia.

—¿Van en alguna dirección, ya? —preguntó Kahlan.

El capitán asintió.

—Por lo que parece, está enviando un tercio, posiblemente un poco más, por el valle del Callisidrin en dirección a Galea. El grueso de sus fuerzas se dirige al nordeste, probablemente para ascender al norte por el valle del Kern.

Todos sabían el objetivo final.

Zedd cerró, el puño.

—No es ninguna alegría haber acertado, pero eso es justo a lo que Kahlan y yo nos referíamos. Eso era lo que imaginábamos.

El general Meiffert seguía frotándose la barbilla mientras estudiaba el mapa.

—Es un movimiento obvio, pero con el tamaño de su ejército lo obvio no es obligatorio.

Nadie deseaba sacar el tema, de modo que Kahlan zanjó la cuestión.

—Galea depende de sí misma. No vamos a enviar tropas a ayudarlos.

El capitán Zimmer movió finalmente un dedo ante el mapa.

—Tenemos que colocar a nuestros hombres frente al grueso de sus fuerzas para retrasarlos. Si nos quedamos detrás de ellos, nos limitaremos a limpiar la porquería que dejen.

—Tengo que darle la razón. —El general cambió el peso del cuerpo al otro pie—. No tenemos otra elección que intentar retrasarlos. Tendremos que ir cediendo terreno todo el tiempo, pero al menos podemos hacer que avancen más despacio. De otro modo, ascenderán por el centro de la Tierra Central con la velocidad y la fuerza de una riada primaveral.

Zedd observaba al joven mago, que se mantenía aparte, junto a la ventana.

—Warren, ¿qué piensas tú?

Warren alzó la mirada al oír su nombre, como si no hubiera estado prestando atención. Algo en él no parecía estar bien. Tomó aire y se irguió a la vez que su rostro se animaba, haciendo que Kahlan pensara que se había equivocado. Con las manos cruzadas a la espalda. Warren fue hacía la mesa con paso decidido.

Miró detenidamente el mapa por encima del hombro de Verna.

—Olvidad Galea..., es una causa perdida. No podernos ayudarlos. Sufrirán la sentencia que les impuso la Madre Confesora..., no porque ella pronunciara las palabras, sino porque sus palabras eran simplemente la verdad. Perderíamos cualquier tropa que enviemos para ayudar.

Zedd miró de soslayo a su colega mago.

—¿Qué más?

Warren se acercó finalmente mas a la mesa, introduciéndose entre Verna y el general. Con autoridad, plantó un dedo con fuerza sobre el mapa, más al norte; casi a tres cuartas partes de la distancia que mediaba hasta Aydindril desde el lugar donde estaban acampados.

—Tenéis que ir ahí.

El general Meiffert frunció el entrecejo.

—¿Ahí arriba? ¿Por qué?

—Porque —respondió Warren— no podéis detener al ejército de Jagang..., al grueso de sus fuerzas. Sólo podéis esperar retrasar su avance mientras marchan al norte, ascendiendo al interior del valle del Kern. Aquí es donde debéis oponer resistencia, si queréis retrasarlos el próximo invierno. Una vez que os atraviesen, caerán sobre Aydindril.

—¿Nos atraviesen? — inquirió el general Meiffert con actitud hosca.

Warren alzó los ojos hacia él.

—Bueno, ¿es que suponéis qué vais a poder detenerlos? No me sorprendería si para entonces tienen ya entre tres millones y medio cuatro millones de hombres.

El general soltó un bufido.

—Entonces ¿por qué creéis que deberíamos estar en ese punto... justo en su camino?

—No podéis detenerlos, pero si los hostigáis lo suficiente mientras se mueven hacia el norte, podéis impedir que lleguen a Aydindril este año. En este punto, perderán tiempo mientras se aproxima el invierno. Con un poco de resistencia férrea, podéis pararlos en seco durante el invierno, consiguiendo para Aydindril una estación más de libertad.

Alzó la mirada para clavarla en los ojos de Kahlan.

—El verano siguiente, dentro de un año. Aydindril caerá. Prepáralos para ello como te sea posible, pero no te quepa la menor duda: la ciudad caerá en manos de la Orden.

A Kahlan se le heló la sangre. Oírlo pronunciar esas palabras en voz alta la dejó pasmada. Quiso abofetearlo.

Pensar en la Orden Imperial conduciendo su ataque al corazón de la Tierra Central era aterrador. Aceptar, como predeterminado, que la Orden Imperial se apoderara del corazón de la Tierra Central en impensable. La imagen mental que tuvo Kahlan de Jagang y sus sanguinarios matones paseando por los pasillos del Palacio de Las Confesoras le producía náuseas.

Warren se inclinó alrededor del general para mirar a Zedd.

—Hay que proteger el Alcázar del Hechicero: lo sabes mejor que yo. Sería el fin de toda esperanza si sus poseedores del don consiguieran hacerse con el Alcázar y los peligrosos objetos mágicos que allí se guardan. Creo que ha llegado el momento de tener eso en mente por encima de todo lo demás. Conservar el Alcázar es vital.

Zedd se echó hacia atrás los rebeldes cabellos blancos.

—Podría defender el Alcázar yo solo, si tuviera que hacerlo.

Warren apartó la mirada de los ojos color avellana de Zedd.

—Puede que tengas que hacerlo—dijo con voz queda—. Cuando lleguemos a este lugar... —volvió a golpear el mapa—, ya no podrás hacer nada más con el ejército, Zedd y deberás marchar a salvaguardar el Alcázar del Hechicero y los objetos mágicos que hay allí.

Kahlan sintió que la sangre le hervía en el rostro.

—Hablas de esto como si estuviera todo decidido... como si lo hubiera decidido el destino y no hubiera nada que podamos hacer. No podemos vencer si mantenemos una postura tan derrotista.

Warren sonrió, su timidez afloró.

—Lo siento, Madre Confesora. No era mi intención darte esa impresión. Sólo ofrezco mi análisis de los datos de la situación. No vamos a poder detenerlos..., de nada sirve engañarnos. Su número aumenta día a día. También debemos tener en cuenta que habrá, territorios como Anderith y Galea, que teman a la Orden y se unan a ella antes que sufrir el brutal destino de los que rehúsan rendirse.

»Viví en el Viejo Mundo mientras caía, pedazo a pedazo, ante la Orden Imperial. He estudiado los métodos de Jagang. Conozco la paciencia de ese hombre. Conquistó metódicamente todo el Viejo Mundo cuando tal proeza parecía inconcebible. Pasó años construyendo calzadas sólo para poder conseguir sus planes. Jamás se desvía de su objetivo. Hay momentos en los que puedes enfurecerlo o humillado para que cometa una acción precipitada, pero enseguida recupera la razón.

»Recupera la razón rápidamente porque tiene una causa que es primordial para él.

»Debes comprender algo importante sobre Jagang. Es lo más importante que puedo contarte sobre ese hombre: cree con todo su corazón que lo que hace es correcto. Se recrea en la gloria de la conquista y la victoria, sin duda, pero su mayor placer es ser quien ha traído lo que considera rectitud a aquellos a los que ve como paganos. Cree que la humanidad sólo puede avanzar, éticamente, si todo el mundo queda sometido a la autoridad moral de la Orden.

—Eso no es más que una estupidez —dijo Kahlan.

—Puedes pensar eso, pero él realmente cree que sirve a la causa del bienestar común de la humanidad. Cree piadosamente en eso. Es una verdad moral sagrada para él y los de su clase.

—¿Cree que el asesinato, la violación y la esclavización son algo justo? —preguntó el general Meiffert—. Tendría que estar loco.

—Se crió a los pies de sacerdotes de la Fraternidad de la Orden—Warren alzó un dedo para asegurarse de que todos reparaban en ese hecho—. Cree que todas esas cosas y más están justificadas. Cree que sólo el otro mundo importa, porque entonces nos hallaremos ante la luz eterna del Creador. La Orden cree que uno obtiene esa recompensa en el otro mundo sacrificándose por el prójimo en éste. A todos los que se niegan a comprenderlo..., esos seriamos nosotros..., o bien hay que obligarlos a seguir los mandamientos de la Orden o bien hay que eliminarlos.

—Así pues —dijo el general Meiffert—, es su sagrado deber aplastarnos. No es un botín lo que busca, ante todo, sino llevar a cabo su estrafalaria visión de la salvación de la humanidad.

—Exactamente.

—De acuerdo —indicó Kahlan con un suspiro—. En ese caso, ¿qué crees que ese hombre santo de la rectitud hará?

—Básicamente tiene dos elecciones, creo. Si quiere conquistar el Nuevo Mundo y poner a toda la humanidad bajo la autoridad de la Orden, debe hacerse con dos lugares importantes, o no habrá tenido éxito realmente: Aydindril, porque es la sede del poder en la Tierra Central, y el Palacio del Pueblo en D'Hara, porque reina sobre los d'haranianos. Si esos dos lugares caen, todo lo demás se desmoronará. Podría haber ido a por cualquiera de ellos, pero el emperador Jagang ha efectuado su elección.

»La Orden Imperial ve por Aydindril para dividir la Tierra Central. ¿Por qué otro motivo iría al norte? ¿Qué mejor modo de derrotar a un enemigo que partirlo en dos? Una ver que tengan Aydindril, volverán sus espadas hacia un D'Hara aislado. ¿Qué mejor modo de desmoralizar a un enemigo que ir primero a por su corazón?

»No estoy diciendo que sea algo predestinado, sino que simplemente os explico el modo en que la Orden lleva a cabo su espeluznante obra. Esto es lo mismo que Richard ya ha entendido. Dado que, de manera realista, no podemos esperar detenerlos, considero que lo sensato es enfrentarnos a la cruda realidad, ¿no os parece?

La mirada de Kahlan descendió al mapa.

—Creo que en las horas más oscuras debemos creer en nosotros mismos. No tengo intención de entregar el Imperio d'haraniano a la Orden Imperial. Debemos combatir lo mejor que podamos hasta que logremos dar la vuelta a la contienda.

—La Madre Confesora, tiene razón —insistió Zedd con tranquila autoridad—. La última gran guerra que libré, en mi juventud, pareció igual de desesperada durante un tiempo. Venimos y enviamos a los invasores de vuelta al lugar del que habían venido.

Ninguno de los oficiales d'haranianos dijo nada. D'Hara había sido aquel invasor,

—Pero las cosas son diferentes ahora. Aquélla fue una guerra instada por un líder perverso. —Los ojos de Zedd se encontraron con la mirada del general Meiffert, el capitán Zimmer y los otros oficiales d'haranianos— Todos los bandos en una guerra tienen a gente buena, del mismo modo que todos tienen a gente mala. Richard, como el nuevo lord Rahl, ha dado a esas buenas personas una oportunidad.

»Debemos prevalecer en esto. Por difícil que resulte ahora creerlo, hay buenas personas en el Viejo Mundo, también, que no desearían estar bajo la bota de la Orden, ni llevar a cabo una guerra por los motivos que esgrime la Orden. Con todo, debemos detenerlos.

—Así pues —dijo Kahlan, indicando con la mano el mapa que Warren tenía delante—, ¿cómo crees que Jagang llevará a cabo la guerra?

Warren volvió a dar un golpecito sobre el mapa, al sur de Aydindril

—Conociendo a Jagang y el modo en que vence a sus adversarios, creo que se mantendrá fiel a su magno plan. Tiene un objetivo y seguirá moviéndose obstinadamente hacia él. No hay nada que le hayamos mostrado que no haya visto en otros adversarios a lo largo de toda su vida. Con esa experiencia, estoy seguro de que encuentra esta guerra como una de tantas. No es mi intención dejar de lado nuestros esfuerzos; toda guerra tiene sus sorpresas, y le hemos dado unas cuantas desagradables. Pero yo diría que se desarrolla en buena parte tal como él esperaba.

»Les llevará todo el verano avanzar hasta este lugar que os he mostrado teniendo en cuenta su ritmo de marcha habitual y el hecho de que lo estaréis hostigando. Jagang, en general, siempre se ha movido despacio, pero con una fuerza imparable. Simplemente añadirá hombres suficientes para aplastar la oposición. Considera que si se toma tiempo para llegar hasta su enemigo, eso no hace más que darle más tiempo para temblar de miedo, así cuando finalmente llega, sus enemigos a menudo están ya listos para derrumbarse debido al suplicio de la espera.

»Si colocáis vuestras fuerzas ahí, donde os he mostrado, podréis proteger Aydindril el próximo invierno, ya que Jagang se contentará con aguardar el momento oportuno. Ha aprendido lo rigurosos que son los inviernos en el Nuevo Mundo, de modo que no llevará a cabo una campaña invernal innecesariamente. Pero en el verano, cuando vuelvan a ponerse en marcha, como hacen ahora, entonces Aydindril caerá... tanto si oponéis resistencia como si no. Cuando avancen sobre Aydindril, debemos defender el Alcázar del Hechicero. Eso es todo lo que podernos hacer.

La habitación estaba en silencio. La chimenea apagada. Warren y Verna habían empaquetado ya sus cosas y estaban listos para partir, como lo estaba la mayor parte del resto del ejército. Warren y Verna perdían su hogar. Kahlan echó un vistazo, dejando que la mirada se entretuviera en las cortinas que les había confeccionado hacía tiempo. Su boda no parecía más que un recuerdo vago.

Su propia boda no parecía más que un sueño lejano. Cada vez que despertaba. Richard parecía casi un fantasma para ella. La embrutecedora, implacable e interminable guerra parecía ser la única realidad. Existían efímeros momentos esporádicos en los que pensaba que a lo mejor sólo lo había soñado, que no podía haber existido en realidad, que su feliz hogar veraniego en las montañas jamás había sucedido. Aquellos momentos de duda la aterraban más que el ejército de Jagang.

—Warren —preguntó Kahlan en voz baja— ¿qué crees que sucederá el próximo verano, después de que se hayan apoderado de Aydindril?

—No lo sé —respondió él, encogiéndose de hombros—. Puede que Jagang se contente con Aydindril durante un tiempo, para establecer un firme control sobre la Tierra Central. Cree que es su deber para

con su Creador poner a toda la humanidad bajo la Orden. Más tarde o más temprano, avanzara sobre D'Hara.

Kahlan dirigió finalmente su atención al capitán Zimmer.

—Capitán prepare a sus hombres. Mientras reunimos todos nuestros pertrechos de camino, podríais ir a recordar a Jagang que hemos mantenido afiladas nuestras armas.

El capitán sonrió con una mueca y se golpeo el corazón con el puño.

Kahlan paseó la mirada por todos los presentes.

—Tengo intención de hacer que la Orden derrame sangre por cada centímetro de terreno que tome. Si eso es todo lo que puedo hacer, entonces lo haré hasta exhalar mi último suspiro.

27

La atmósfera totalmente inmóvil, era sofocante y apestaba a aguas estancadas. Richard se secó el sudor de la frente. Al menos mientras su sólido carromato siguiera avanzando por las calles podía disfrutar de una leve brisa.

Distraído de la preocupación que le causaba saber que Kahlan y Cara sin duda hacía tiempo que habían abandonado la seguridad de su hogar en la montaña, reparó en que había una insólita actividad para ser tan entrada la noche. Figuras borrosas corrían presurosas por las oscuras calles y penetraban rápidamente en edificios poco iluminados. Cuchilladas de luz caían brevemente sobre la calle hasta que las puertas se cerraban. La luna había salido, y en los callejones más oscuros le pareció ver gente que lo observaba, esperando hasta que pasaba para proseguir su camino. Con el retumbar de las ruedas de su carro le era imposible oír cualquier cosa que pudieran decir.

Al girar para tomar la calzada que lo conduciría al fabricante de carbón vegetal, tuvo que detener en seco su tiro cuando hombres con largas picas salieron a su encuentro y le cerraron el paso. Un guardia sujetó los bocados de los caballos. Otros miembros de la guardia de la ciudad surgieren veloces de la calle lateral para apuntarlo con lanzas.

—¿Qué hace aquí? —preguntó una de las voces desde el costado del carro.

Richard, calmosamente, tiró de la palanca hacia arriba para colocar el freno.

—Tengo un pase especial para trasladar mercancía de noche. Es para el palacio del emperador.

Las palabras «palacio del emperador» por lo general eran suficientes para permitirle proseguir su camino.

El guardia meneó los dedos.

—Si tienes un pase especial, veámoslo entonces.

Esa noche, los guardias querían más. Richard sacó un pedazo doblado de papel de una funda protectora de cuero que llevaba dentro de la camisa y se lo tendió al hombre. Chirrió el metal cuando el guardia deslizo a un lado una diminuta puertecilla en la pantalla que cubría su farol, dejando que una estrecha rendija de luz cayera sobre el papel. Varias cabezas se inclinaron para leer las palabras e inspeccionar los sellos oficiales. Todos eran auténticos. Tenían que serlo..., le habían costado a Richard una pequeña fortuna.

—Aquí tienes. —El guardia devolvió el papel a Richard—. ¿Has visto alguna cosa inusual mientras cruzabas la ciudad?

—¿Inusual? ¿Qué queréis decir?

El guardia lanzó un gruñido.

—Si hubieras visto algo, no tendrías que preguntan —Agitó la mano—. Sigue tu camino.

Richard no hizo intención de marchar.

—¿Debería estar preocupado? —Fingió mirar a su alrededor—. ¿Hay bandoleros? ¿Estoy en peligro? ¿Es seguro para un ciudadano andar por ahí? Volveré atrás con el carro si es peligroso.

El hombre rió con sorna.

—No tienes nada que temer. Son sólo unos cuantos idiotas creando dificultades porque no tienen nada mejor que hacer.

—¿Es eso todo lo que hay? ¿Estáis seguros?

—Tienes trabajo que hacer para el palacio. Ponte a ello.

—Sí, señor.

Richard chasqueó la lengua y sacudió las riendas. El pesado carro avanzo con una sacudida.

No sabía que sucedía, pero sospechaba que los guardias iban a la búsqueda de insurgentes. Probablemente querían regresar a su puesto, de modo que cualquiera al que le pusieran las manos encima probablemente acabaría siendo un insurgente. A un hombre del negocio de Ishaq lo habían arrestado hacía varios días. Se había emborrachado con licor casero y abandonó una reunión temprano. Jamás llego a casa. Algunos días más tarde, Ishaq recibió la noticia de que el hombre había confesado crímenes contra la Orden. Arrestaron a su esposa y a su hija. A la mujer la soltaron tras recibir un número específico de latigazos por confesar haber hablado mal de la Orden y pensar cosas abominables de sus vecinos. A la hija aun no la habían liberado. Nadie sabía siquiera donde la retenían.

Finalmente llego al linde de la ciudad, donde esta daba paso a campo abierto. Richard aspiró una profunda bocanada del agradable aroma de la tierra recién removida. Luces procedentes de alguna que otra granja brillaban como estrellas solitarias. A la luz de la luna, distinguió finalmente el irregular perfil del bosque. Mientras el carro rodaba al interior del establecimiento del carbonero, éste, un hombre nervioso llamado Faval, se acercó disparado al costado del vehículo.

—¡Richard Cypher! Estás aquí. Me preocupaba que no vinieras.

—¿Por qué?

El hombre soltó una aguda risita ahogada. Faval a menudo reía tontamente de cosas que no eran divertidas. Richard comprendía que, simplemente, era su modo de ser. Era un tipo nervioso y sus carcajadas no tenían una intención ofensiva. No obstante, mucha gente evitaba a Faval debido a su extraña risa, temiendo que estuviera loco: un castigo, creían, impuesto a los pecadores por el Creador. Otras personas se enojaban con él porque pensaban que se reía de ellas, y eso solo conseguía poner más nervioso a Faval, lo que le hacía reír aún más. A Faval le faltaban los dientes delanteros y su nariz estaba torcida por haberse roto en vanas ocasiones, Richard sabía que el hombre realmente no podía evitarlo, y por lo tanto jamás lo incomodaba. Faval le había cogido afecto.

—No sé, sólo pensé que podrías no venir.

Los enormes ojos del carbonero parpadearon a la luz de la luna y el rostro de Richard se arrugó en una expresión de desconcierto.

—Faval, dije que vendría. ¿Por qué pensabas que a lo mejor no venía?

El hombre se toqueteó el lóbulo de la oreja.

—No hay ningún motivo.

Richard descendió del carro.

—Los guardias de la ciudad me detuvieron...

—¡No! —Esbozó su risita ahogada—. ¿Qué querían? ¿Te preguntaron algo?

—Querían saber si había visto algo fuera de lo corriente.

—Pero no lo viste —Rió nerviosamente—. Te dejaron marchar. No viste nada.

—Bueno —dijo Richard arrastrando las palabras—, si vi a un tipo con dos cabezas.

Los grillos chirriaron en medio del silencio. Faval pestañeo, estupefacto. A la luz de la luna. Richard vio que tenía la boca abierta.

—¿Viste un hombre con dos cabezas?

En esa ocasión fue Richard quien lanzo una carcajada.

—No. Faval, no lo vi. No era más que una broma.

—¿Lo era? Pues no ha sido divertido.

—Supongo que no —dijo Richard con un suspiro—. ¿Tienes el cargamento de carbón listo? Me espera una larga noche. Víctor necesita un cargamento de acero y Priska necesita carbón o tendrá que cerrar. Dijo que no enviaste el último pedido.

El hombre rió nerviosamente.

—¿No pude? Quería hacerlo, Richard. Necesito el dinero. Debo dinero a los leñadores por los árboles con los que hago el carbón. Dijeron que dejarían de traerme leña si no les pagaba.

Faval vivía en el linde de un bosque, de modo que tenía a mano su fuente de madera, pero no se le permitía cortar la leña. Todos los recursos pertenecían a la Orden. Los árboles se cortaban cuando los leñadores, que disponían de permisos, necesitaban trabajo, no cuando alguien necesitaba madera. La mayor parte de la leña permanecía tirada en el suelo y se pudría, pero a cualquiera que atraparan recogiendo leña se le podía arrestar por robar a la Orden.

Faval alzó las manos como para implorar la comprensión de Richard.

—Intente hacerle llegar el carbón a Priska, pero el comité me negó el permiso para transportarlo. Dijeron que no necesito el dinero. ¡Qué no necesito el dinero! ¿Puedes imaginarlo? —Rió dolorosamente—. Me dijeron que era un hombre rico, porque tenía un negocio, y que tenía que esperar mientras se ocupaban de las necesidades de la gente corriente. Yo sólo intento vivir.

—Lo sé, Faval. Dije a Priska que no era culpa tuya. Él lo comprende..., tiene problemas parecidos. Pero está desesperado porque necesita el carbón. Ya conoces a Priska. Le dije que le llevaría un cargamento de carbón esta noche, y otros dos mañana por la noche. ¿Puedo contar contigo para que me tengas dos cargamentos más mañana?

Richard le tendió las monedas de plata que valía el cargamento de carbón.

Faval junto las manos en actitud devota.

—Ah, gracias, Richard Cypher. Eres un salvador. Esos leñadores son unos tipos desagradables. Sí, si y dos mañana. Los tengo enfriándose ya. Eres tan bueno conmigo, como un hijo Richard Cypher. —Hizo un gesto para indicar más allá en la oscuridad, mientras reía entre dientes—. Están allí, cociéndose. Los tendrás.

Richard pudo ver las docenas y docenas de montículos, como pequeños almiares, que eran los hornos de tierra. Trozos pequeños de madera partida se apiñaban bien juntos en un círculo, con yesca introducida en el centro, dándoles la forma de una pila redonda que luego se recubría con hojas de helecho y retama, y que, acto seguido, se tapaba con una capa de tierra bien apisonada. Se prendía fuego en el interior de la base y luego se taponaba esa abertura. Humedad y humo escapaban por pequeños respiraderos situados en lo alto durante un periodo de seis a ocho días. Cuando dejaba de salir humo, se sellaban los respiraderos para apagar el fuego. Una vez que se enfriaba, los hornos de tierra se podían abrir y extraer el carbón. Era una ocupación que requería mucho esfuerzo, pero el trabajo era muy simple.

—Deja que te ayude a cargar el carro —dijo Faval.

Richard agarro la camisa del hombre por el hombro cuando éste empezó a alejarse.

—Faval, ¿qué está pasando?

El carbonero posó un dedo en su labio inferior mientras reía. Casi pareció que le resultaba doloroso reír. Titubeó, pero finalmente murmuro su respuesta.

—La revuelta. Se ha iniciado.

Richard ya había sospechado algo así.

—¿Qué sabes al respecto, Faval?

—¡Nada! ¡No sé nada!

—Faval, soy yo, Richard. No voy a delatarte.

El hombre lanzó una carcajada. En esa ocasión sonó más bien como de alivió.

—Desde luego que no. Desde luego, que no. Perdóname, Richard Cypher. Me pongo tan nervioso, que no pensaba.

—Así pues, ¿qué hay de esa revuelta?

Faval giró las manos haca arriba en un gesto de impotencia.

—La Orden asfixia al pueblo. No podemos vivir. De no ser por ti, Richard Cypher, estaría..., bueno no quiero pensar en ello. Pero otros no son tan afortunados. Pasan hambre. La Orden coge la comida que cultivan. Hay gente que tiene seres queridos que han sido arrestados, que confiesan cosas que no hicieron.

»¿Sabías eso, Richard Cypher? ¿Qué confiesan cosas que no hicieron? Yo jamás lo creí. Pensaba que si confesaban, eran culpables. ¿Por qué confesar si eres inocente? —Rió nerviosamente—. ¿Por qué? Pensaba que eran personas terribles que querían hacer daño a la Orden. Pensaba que les estaba bien empleado, y me alegraba que fueran arrestados y castigados.

—¿Que te hizo cambiar de idea?

—Mi hermano —Las risitas de Faval eran ahora sollozos—. Me ayudaba a hacer carbón. Lo hacíamos juntos. Manteniendo a nuestras familias haciendo carbón. Trabajábamos desde el alba al anochecer. Dormíamos en la misma casa, allí. Ésa de ahí. Una habitación. Estábamos juntos todo el tiempo.

»El año pasado, en una reunión en la que todos teníamos que ponernos en pie y contar cómo la Orden hacía mejores nuestras vidas, cuando marchábamos, lo arrestaron. Alguien dio su nombre como un posible insurgente. No me preocupé. Mi hermano no era culpable de nada. Hace carbón.

Richard aguardó en la oscuridad, con el sudor corriendo por su cuello, mientras Faval mantenía la vista fija en el vacío, en sus sombrías visiones.

—Durante una semana, fui cada día al cuartel para decirles que él no haría nada contra la Orden Amábamos a la Orden. La Orden desea que todo el mundo tenga alimentos y esté atendido.

»Los guardias dije ron que mi hermano finalmente confesó. Crímenes importantes, lo llamaron.... conspiraciones para derrocar a la Orden. Dijeron que los confesó.

»Al día siguiente, quise ir a ver a más gente, a los funcionarios del cuartel..., estaba tan enfadado..., para decirles que eran animales crueles. Mi esposa lloro y me suplicó que no regresara al cuartel una vez más, por miedo a que me arrestaran también a mí. Por ella, y por los niños, no fui. Tampoco servirla de nada. Tenían la confesión de mi hermano. Nadie que confiese es inocente. Todo el mundo sabe eso.

»Ajusticiaron a mi hermano. Su esposa e hijos viven con nosotros, todavía. Difícilmente podemos... —Faval lanzó una risita mientras se mordía los nudillos.

Richard posó una mano en el hombro del carbonero.

—Lo comprendo, Faval. No había nada que pudieras hacer.

Faval se secó los ojos.

—Ahora soy culpable de tener pensamientos odiosos. Eso es un crimen, ya sabes. Soy culpable. Pienso en la vida sin la Orden. Sueño con tener una carreta propia, sólo una carreta, y que mis hijos y sobrinos puedan repartir el carbón que fabricamos. ¿No sería eso maravilloso, Richard? Podría comprar... —Su voz se apagó.

Alzó los ojos con expresión desconcertada.

—Pero la Orden dice que tales pensamientos son un crimen porque coloco lo que me hace falta por delante de las necesidades de otros. ¿Por qué son sus necesidades mis importantes que las mías? ¿Por qué?

»Fui a pedir un permiso para comprar una carreta, pero dicen que no puedo tener una porque dejaría a los propietarios de carretas sin trabajo. Dijeron que era codicioso por querer dejar a personas sin trabajo. Me llamaron egoísta por pensar en tales cosas.

—Eso está mal —dijo Richard con tranquila convicción—. Tus pensamientos no son un crimen, ni tampoco son malvados, Es tu vida, Faval. Deberías poder vivirla como creas conveniente. Deberías poder comprar tu carreta y trabajar duro y sacar el mejor partido a tu vida para ti y para tu familia.

Faval lanzó una carcajada satisfecha.

—Pareces un revolucionario, Richard Cypher.

Richard suspiro, pensando en lo inútil que era todo aquello.

—No, Faval.

El carbonero lo estudió bajo la luz de la luna durante un rato.

—Ya ha empezado. Richard Cypher; La revuelta. Ha empezado.

—Tengo carbón que entregar.

Richard fue a la parte trasera y alzó un cesto para depositarlo en el fondo del carro.

Faval lo ayudó con el siguiente cesto.

—Deberías unirte a ellos, Richard Cypher. Eres un hombre listo. Les serías de ayuda.

—¿Por qué? —Richard se preguntó si debía hacerse ilusiones—. ¿Qué han planeado? ¿Qué van a hacer con esta revuelta?

El otro rió por lo bajo.

—Vaya, pues saldrán a las calles, mañana. Van a exigir cambios.

—¿Qué cambios?

—Bueno, creo que quieren poder trabajar. Van a exigir que se les permita hacer lo que deseen. —Rió nerviosamente—. A lo mejor, podré conseguir una carreta... ¿Lo crees, Richard? ¿Crees que cuando hagan esa revuelta podré tener una carreta y repartir mi carbón? Podría hacer más carbón entonces.

—Pero ¿qué planean hacer? ¿Cómo van a cambiar nada si la Orden dice no?... Qué es lo que hará.

—¿Hacer? Vaya, creo que se enfadarán mucho si la Orden les dice que no. Puede que no regresen a sus empleos. Algunos dicen que asaltarán los almacenes y cogerán el pan.

Las esperanzas de Richard volvieron a desaparecer en las sombras.

El hombre agarró la manga de Richard.

—¿Qué debería hacer, Richard? ¿Debería unirme a la revuelta? Dime.

—Faval, no deberías preguntar a nadie qué deberías hacer respecto a algo como esto. ¿Cómo puedes poner en peligro tu vida, las vidas de tu familia, por lo que te diga un hombre que tiene un carro?

—Pero tú eres un hombre listo, Richard Cypher. Yo no soy tan listo como tú.

Richard golpeó con el dedo la frente del carbonero.

—Faval, aquí dentro, en tu cabeza, eres lo bastante listo como para saber lo que debes hacer. Ya me has contado por qué la Orden no puede ayudar a la gente a tener una vida mejor. Lo has averiguado por tí mismo. Tú, Faval, el carbonero, eres más listo que la Orden.

—¿Eso crees, Richard? —Faval sonrió radiante—. Nadie me había dicho jamás que era listo.

—Eres lo bastante listo como para decidir por ti mismo cuánto significa para ti y que quieres hacer al respecto.

—Temo por mi esposa, y por la esposa de mí hermano, y por todos nuestros hijos. No quiero a la Orden, pero temo por ellos si me arrestan. ¿Cómo vivirían?

Richard alzo con un gran esfuerzo otro cesto hasta colocarlo dentro del carro.

—Faval, escúchame. Una revuelta es la clase de cosa sobre la que hay que estar seguro. Es una empresa peligrosa. Si vas a unirte a una revuelta, debes estar muy seguro de lo que quieres hacer para estar preparado para dar tu vida por tu libertad.

—¿De veras? ¿Eso piensas. Richard?

La chispa de esperanza había desaparecido.

—Faval, permanece aquí y haz carbón. Priska necesita carbón. La Orden arrestará a esas personas, y eso pondrá fin a todo. Eres un buen hombre. No quiero verte arrestado.

Faval sonrió ampliamente.

—De acuerdo, Richard. Si tú lo dices, permaneceré aquí y haré carbón.

—Magnifico. Regresare mañana por la noche. Pero Faval, si todavía hay disturbios, puede que no pueda venir mañana por la noche. Si todavía hay manifestaciones y las calles y calzadas están bloqueadas, puede que no consiga llegar hasta aquí.

—Lo comprendo. Regresarás tan pronto como puedas. Confío en ti, Richard Cypher. Jamás me fallas.

Richard sonrió.

—Mira, si llevan a cabo la revuelta mañana, y no puedo venir directamente, aquí tienes el dinero para el siguiente cargamento. —Entregó el hombre un marco de plata—. No quiero que esos leñadores dejen de traerte leña. Las fundiciones necesitan carbón.

Faval lanzó una risita de auténtico gozo. Besó la moneda de plata y la deslizó al interior de su bota.

—El carbón estará listo. Ahora, deja que te ayude a cargar el carro. Faval era sólo uno de los carboneros con los que Richard trataba. Tenía toda una serie de ellos para que las fundiciones dispusieran de carbón Todos eran gentes humildes que simplemente intentaban salir adelante. Lo hacían lo mejor que podían bajo el yugo de la Orden.

Richard obtenía unos beneficios modestos vendiendo carbón a las fundiciones, pero obtenía más vendiendo el hierro y el acero que compraba a éstas. El carbón era sólo una pequeña actividad complementaria, lo que obtenía con el carbón cubría los sobornos, en su mayoría. Obtenía bastante más acarreando algún que otro cargamento de mineral, arcilla, plomo, azogue, antimonio, sal, polvos y una variedad de otras cosas que las fundiciones precisaban pero para las que no podían conseguir permisos o que se las trajesen cuando las necesitaban. Existía tanto de ese comercio como Richard podía desear, y cubría los costes del cuidado de su tiro dejando algún beneficio. El hierro y el acero eran todo beneficio.

Cuando por fin llego a la fundición con la carga de carbón vegetal, Priska, el grandullón jefe de la fundición, paseaba de un lado a otro, Sus poderosas manos agarraron el costado del carro. Atisbo al interior.

—Ya era hora.

—Tuve que esperar una hora después de dejar el negocio de Faval mientras los guardias de la ciudad inspeccionaban la carga.

Priska agitó las rechonchas manos.

—¡Esos bastardos!

—Todo está bien..., tranquilízate. No cogieron nada. Lo tengo todo.

El hombre suspiró.

—Te lo digo, Richard, es un milagro que haya mantenido mis hornos funcionando.

Richard se arriesgó a hacer una pregunta peligrosa.

—No estás involucrado en los... disturbios, de la ciudad, ¿verdad?

Bajo la luz que surgía de la ventana de su oficina —en realidad poco más que una cabaña— Priska evaluó a Richard unos instantes.

—Richard, se avecinan cambios. Cambios para mejorar.

—¿Qué cambios?

—Se ha iniciado una revuelta.

Richard sintió que la chispa de la esperanza volvía a encenderse, pero más fuerte en esa ocasión; no tanto para él, sus cadenas lo retenían con demasiada tenacidad, pero si para las personas que anhelaban ser libres. Faval era una buena persona, un hombre trabajador, pero no era el hombre listo y con recursos que era Priska. Priska sabía más de lo que parecía posible que pudiera saber. Priska había dado a Richard los nombres de todos los funcionarios que podía sobornar para obtener documentos, y le había asesorado sobre cuánto ofrecer.

—¿Una revuelta? —Preguntó Richard—. ¿Una revuelta para qué?

—Por nosotros; para los que queremos ser capaces de vivir nuestras vidas como deseemos. El nuevo comienzo se está iniciando. Esta noche. De hecho, ya ha empezado. —Se dio la vuelta hacia su edificio y abrió las puertas— Cuando llegues a la herrería de Víctor, debes esperarlo, Richard. Tiene que hablar contigo.

—¿Sobre qué?

Priska agitó la mano como quitándole importancia.

—Ven, entrégame mi carbón y luego carga tu acero. Víctor me arrancara la cabeza de un mordisco si te entretengo.

Richard saco el primer cesto del carro y lo transportó a un lado, donde Priska añadió otro.

—¿Qué han hecho esas gentes que han iniciado la revuelta? ¿Cuáles son sus planes?

Priska se inclinó junto a Richard mientras éste arrastraba otro cesto hasta la parte posterior del carro.

—Han capturado a varios funcionarios de la Orden. Funcionarios de alto rango.

—¿Los han matado, ya?

—¡Matado! ¿Estás loco? No van a hacerles daño. Los retendrán hasta que estén de acuerdo en relajar las normas, en satisfacer las exigencias de la gente.

Richard lo contempló boquiabierto.

—¿Relajar las normas? ¿Qué es lo que piden?

—Las cosas deben cambiar. La gente quiere tener más voz y voto en sus negocios, en su vida, en su trabajo. —Alzó un cesto de carbón—. Menos reuniones. Exigen que se tengan más en cuenta sus necesidades.

En esa ocasión, la chispa de las esperanzas de Richard no se oscureció, más bien, se sumergió directamente en aguas heladas

No prestó demasiada atención a Priska mientras descargaban el carro y luego cargaban el acero. Realmente no deseaba escuchar los planes para la revuelta, pero de todos modos captó lo esencial.

Los revoluciónanos lo tenían todo calculado. Querían juicios públicos para las personas que la Orden arrestaba. Querían que se les permitiera ver a los prisioneros. Querían que la Orden les entregara una lista de lo que había sucedido a cierto número de personas que habían sido arrestadas, pero de las que nunca se había vuelto a saber. Existían otros detalles y exigencias pero la mente de Richard vagó hacía otras cosas.

Cuando le encaramaba al carro para marchar, Priska le sujetó el brazo con mano férrea.

—Ha llegado el momento, Richard, de que los hombres que se preocupan se unan a la revuelta.

Los dos compartieron una larga mirada.

—Víctor espera.

Priska soltó el brazo de Richard y sonrió de oreja a oreja.

—Es cierto. Te veré más tarde, Richard. Quizá, el siguiente viaje que hagas sea después de que la Orden acepte las reivindicaciones, y puedas venir de día, sin papeles.

—Eso sería magnífico, Priska.

Cuando llegó al establecimiento de Víctor, a Richard le dolía la cabeza. Le producía náuseas lo que había oído, y lo que temía que aún tendría que oír.

Víctor estaba allí, esperándolo. Era un poco temprano, todavía, para que estuviera allí, pues nunca llegaba hasta poco antes del amanecer. Él herrero abrió de par en par las puertas de su almacén y colocó un farol en un estante de modo que Richard pudiera ver para hacer retroceder el carro

Víctor mostraba una sonrisa lobuna cuando Richard descendió.

—Vamos. Richard, descarga el carro, luego comeremos un poco de lardo y charlaremos.

Richard se dedicó a su tarea metódicamente, pues no tenía realmente ganas de conversar. Tenía una muy buena idea sobre de qué quería hablar Víctor. Víctor, como era su costumbre, dejó que Richard se encargara de la descarga. Él era la persona que compraba el acero, y disfrutaba con el servicio de tenerlo entregado cuando lo quería. Era un servicio que raras veces conseguía obtener de una compañía de transpones, a pesar del precio más elevado.

A Richard no le importó que lo dejara solo. El verano, tan al sur, en el Viejo Mundo era deprimente. La humedad era opresiva, con las noches raramente mejores que los días.

Mientras trabajaba, pensó en los luminosos días veraniegos pasados con Kahlan junto al arroyo en su hogar de la montaña. Parecía haber transcurrido una eternidad desde entonces. Era difícil mantener vivas sus esperanzas de volver a verla alguna vez, pero su preocupación por ella, ahora que había llegado el verano, jamás cesaba. En ocasiones, le dolía tanto pensar en ella, echarla de menos, preocuparse, que tenía que alejarla de sus pensamientos. En otras ocasiones, pensar en ella era lo único que le permitía seguir adelante.

Cuando finalizó su tarea, el cielo empezaba a iluminarse. Encontró a Víctor en la habitación del fondo, con las puertas abiertas de par en par, de modo que la luz del amanecer iluminara el monolito de mármol. E1 herrero contemplaba la belleza de la piedra, la estatua todavía en su interior que sólo él veía.

Tardó un buen rato en reparar en Richard.

—Richard, ven a comer lardo conmigo.

Se sentaron en el umbral que daba sobre las obras de El Retiro, observando como los kilómetros de muros de piedra se tornaban de color rosa bajo el neblinoso amanecer. Incluso desde la distancia, Richard distinguió a lo largo de la parte superior de una pared las repugnantes figuras que representaban la maldad de la humanidad.

Víctor le entregó una blanquísima rodaja de lardo.

—Richard, la revuelta de la que te hablé ha empezado. Pero probablemente ya lo sabes.

—No, no ha empezado —respondió él.

Víctor lo miro fijamente, anonadado.

—Pero sí que lo ha hecho.

—Han empezado unos disturbios. No es la revuelta de la que tú y yo hablamos.

—Lo será. Ya lo veras. Muchos hombres se harán a la calle hoy —Víctor gesticuló ampliamente—. Richard, queremos que nos líderes.

Richard había estado esperándolo.

—No.

—Lo sé, lo sé, piensas que los hombres no te conocen, y que no te seguirán, pero te equivocas, Richard. Muchos sí te conocen. Más de los que crees. He hablado a muchos de ellos sobre ti. Priska y otros han hablado de ti. Puedes hacerlo, Richard.

Richard clavo la mirada a lo lejos, en los muros, en las esculturas de hombres atemorizados.

—No.

En esa ocasión. Víctor se sintió desconcertado.

—Pero ¿por qué no?

—Porque muchos hombres van a morir.

Víctor lanzó una risita.

—No. Richard, no. Lo malinterpretas. Esto no será esa clase de revuelta. Esta será una revuelta de gentes de buena voluntad. Esta es una revuelta para que la humanidad esté mejor. Eso es lo que la Orden predica. Nosotros somos el pueblo. Ellos dicen que miran por el pueblo, y ahora, cuando pongamos ante ellos las demandas del pueblo, tendrán que escuchar y ceder.

Richard meneó tristemente la cabeza,

—¿Quieres que te lidere?

—Sí.

—Entonces quiero que hagas algo por mí, Víctor.

—Desde luego, Richard. Nómbralo.

—Mantente bien alejado de cualquier cosa relacionada con este levantamiento. Ésas son mis órdenes para ti como tu líder. Quédate aquí y trabaja hoy. Mantente aparrado de ella.

Víctor pareció como si pensara que Richard podría estar bromeando, pero al cabo de un instante, se dio cuenta de que éste hablaba enserio

—Pero ¿por qué? ¿No quieres que las cosas mejoren? ¿Deseas vivir así toda tu vida? ¿No quieres que las cosas se arreglen?

—¿Estás dispuesto a matar a esos hombres de la Orden que han sido capturados?

—¿Matarlos? Richard, ¿por qué hablas de matar? Esto trata de la vida. De que las cosas mejoren.

—Víctor, escúchame. Estos hombres contra los que os alzáis no seguirán vuestras normas.

—Pero querrán...

—Quédate aquí y trabaja, o morirás junto con una gran cantidad de otros hombres. La Orden aplastará el levantamiento en un día o dos, y luego irán a por todos aquellos que sospechen que tuvieron algo que ver. Va a morir mucha gente.

—Pero si tú nos lideraras, podrías presentar nuestras reivindicaciones. Por eso queremos que nos líderes..., para impedir esa clase de problemas. Sabes convencer a la gente. Sabes conseguir que se hagan las cosas; sólo mira cómo ayudas a toda la gente de Altur'Rang: a Faval, a Priska, a mí y a todos los demás. Te necesitamos, Richard. Te necesitamos para que des a la gente una razón para sumarse a la revuelta.

—Si la gente no sabe lo que defiende y lo que quiere, nadie puede darles una razón. Sólo tendrán éxito cuando deseen ardientemente la libertad, y estén no sólo dispuestos a matar por ella, sino a morir por ella. —Richard se puso en pie y se sacudió los pantalones—. Mantente aparrado de ello. Víctor, o morirás con ellos.

Víctor lo siguió hasta el carro. A lo lejos, los hombres empezaban a llegar para trabajar en el palacio del emperador. El herrero toqueteó la madera del lateral del carromato, aparentemente deseando decir algo más.

—Richard, sé lo que sientes. Realmente lo sé. También yo creo que esos hombres no arden con la clase de ansia de libertad que yo tengo, pero no proceden de Cavatura, como yo, de modo que a lo mejor no saben lo que es la auténtica libertad, pero por ahora, esto es todo lo que podemos hacer. ¿No quieres intentarlo, Richard?

»Richard Rahl, del Imperio d'haraniano allá en el norte, comprende nuestra pasión por la libertad, y lo intentaría.

Richard se encaramo en el asiento del carro. Se preguntaba dónde oía la gente tales cosas, y lo maravilloso cómo la chispa de tales ideas era capaz de viajar tan lejos. Después de tomar las riendas y el látigo, compartió una prolongada mirada con el herrero, un hombre embriagado por el olor a libertad que había en el aire.

—Víctor, ¿intentarías batir acero frío para convertirlo en una herramienta?

—Desde luego que no. El acero tiene que estar al rojo blanco antes de poder convertirse en algo.

—Lo mismo sucede con los hombres, Víctor. Estos hombres son acero frío. No malgastes tu martillo. Estoy seguro de que ese Richard Rahl te diría lo mismo.

28

El levantamiento duró un día. Richard permaneció en casa y pidió a Nicci que se quedara también. Le contó que había oído rumores de que podía haber problemas y dijo que no quería que resultase herida.

La purga que la Orden hizo de los insurrectos duró una semana. Hombres que habían participado en la marcha fueron masacrados en las calles o capturados por los guardias de la ciudad. A los que fueron capturados los interrogaron hasta que finalmente confesaron los nombres de otras personas. Las personas a las que la Orden interrogaba siempre confesaban.

Las oleadas de arrestos, confesiones y mis arrestos se extendieron por la ciudad y continuaron durante días. Cientos de hombres fueron enterrados por las aves. Con el tiempo, el fuego del desconcierto quedó sofocado y las cenizas del arrepentimiento cubrieron todas las lenguas mientras a la gente deseaba olvidarse de todo aquello. La marcha apenas se mencionaba jamás, como si nunca hubiera sucedido nada.

Richard regresó al trabajo en la compañía de transpones, en lugar de arriesgarse a sacar su carro por la noche. Jori no tuvo nada que decir mientras circulaban por la ciudad, pasando junto a los postes que sostenían los cadáveres en descomposición.

Jori y Richard efectuaron viajes a la minas con destino a recoger mineral para las fundiciones. Hicieron un viaje a una cantera de arenisca un poco más al este de la ciudad y este les ocupó todo el día entre ir y volver. Al día siguiente entregaron la piedra en el lado oeste de El Retiro, donde la necesitaban para un contrafuerte. Había unos cuantos postes, unos cincuenta o sesenta, al otro lado de los muros, cerca de la zona de esculpido. Al parecer, también se había purgado a algunos de los obreros.

En el camino de vuelca, ascendieron por el sendero que pasaba junto al establecimiento del herrero. Richard saltó del carro y dijo a Jori que ascendería la colina y se reuniría con el después de que el carro hubiera dejado atrás las curvas de la calzada. Dijo que tenía que informar al herrero sobre la siguiente entrega que le harían.

En el interior del oscuro taller, Víctor martilleaba un largo trozo de acero, doblando el metal al rojo sobre la punta de un yunque. El herrero alzó la vista y, cuando vio que era Richard, introdujo el metal candente en el líquido colocado junto al yunque, donde borboteó y siseó.

—Richard, me alegro de verte.

Richard reparó en que faltaban varios de los hombres de Víctor.

—¿Enfermos?

Víctor, sombrío, negó con la cabeza.

Richard respondió a la información con un movimiento de cabeza.

—Me alegro de verte bien, Víctor. Sólo quise detenerme y asegurarme de que estabas bien.

—Richard, estoy perfectamente —Inclinó la cabeza—. Gracias por tu consejo. Podría estar enterrado por las aves. —Indicó en dirección a El Retiro—. ¿Lo viste? Muchos de los escultores..., colgando de postes ahí abajo.

Richard había visto los cuerpos, pero no se había dado cuenta de que eran muchos de los escultores de piedra. Sabía lo que habían pensado algunos sobre las cosas que tallaban..., cómo odiaban crear escenas de muerte.

—¿Priska?

Víctor sacudió lúgubremente la cabeza, demasiado afectado para decirlo.

—¿Faval?

—Lo vi ayer —Víctor aspiró penosamente—. Dijo que le indicaste que se quedara en casa e hiciera carbón. Creo que va a volver a bautizar a uno de sus hijos con tu nombre.

—Si Priska... ¿Qué hay de tu acero especial?

El herrero hizo un ademán con la barra que sujetaba con unas tenazas.

—Su encargado seguirá con el negocio. ¿Puedes hacer un viaje en busca de hierro? No he recibido un suministro desde antes de los incidentes. El Hermano Narev está de un humor de perros, quiere soportes de hierro para los muelles. Sugirió que un herrero leal a la Orden y al Creador conseguiría fabricarlos.

Richard asintió.

—Creo que las cosas se han calmado lo suficiente. ¿Cuándo?

—En realidad lo necesitaría ya, pero me las puedo apañar hasta pasado mañana. Tengo que hacer unos cuantos de esos cinceles tan especiales, para el trabajo detallado, y me faltan hombres, de modo que puede esperar ese tiempo.

—Pasado mañana, entonces. No debería haber peligro para entonces.

El sol se había puesto cuando Richard ascendió por la calle en dirección a la habitación que compartía con Nicci, pero la luz crepuscular le permitía ver el camino con bastante claridad. Pensaba en Víctor cuando media docena de hombres salieron de detrás de un edificio.

—¿Richard Cypher?

No iban vestidos como guardias de la ciudad, pero eso no significaba gran cosa, últimamente. Había hombres sin uniforme, que, se decía, iban a la caza de alborotadores.

—Así es. ¿Qué deseáis?

Vio que cada hombre llevaba una espada bajo las ligeras esclavinas. Cada uno tenía una mano puesta sobre un cuchillo que colgaba del cinturón.

—Como oficiales bajo juramento de la Orden Imperial, es nuestro deber ponerte bajo arresto por sospecha de insurrección.

Cuando Nicci despertó, Richard aún no había vuelto. Refunfuñó desconsolada. Rodó sobre la espalda y vio que penetraba luz a través de las cortinas. Por el ángulo de la luz del sol, daba la impresión de que había amanecido hacía poco.

Bostezó y se desperezó en la cama, dejando que los brazos volvieran a caer mientras contemplaba fijamente el techo, el limpio techo encalado. Sintió que su enojo crecía. Se sentía disgustada cuando él no estaba allí por la noche, pero se sentía como una farsante si le reprendía por trabajar tan duro. Su intención había sido hacerle ver lo duro que tenía que trabajar la gente normal para poder salir adelante, hacerle ver que la Orden era la única esperanza de mejorar las vidas de la gente corriente.

Le había advertido que no se involucrara en la reciente insurrección y le satisfizo que él ni siquiera intentara discutírselo. Más bien, parecía contrario a ella. Le sorprendió que incluso permaneciera en casa sin ir a trabajar mientras tuvieron lugar las manifestaciones, y que además, adviniera a Kamil y a Nabbi, en los términos más categóricos, que se mantuvieran apartados de la insurrección.

Ahora que la rebelión había sido aplastada, y las autoridades habían arrestado a muchos de los alborotadores, volvía a existir seguridad, de modo que Richard había podido por fin regresar al trabajo. La rebelión había significado una conmoción. La Orden necesitaba hacer más para conseguir que la gente comprendiera su deber de ayudar a hacer más tolerable la vida de aquellos menos afortunados. Entonces no habría disturbios en las calles. Con ese fin, se había purgado a muchos de los funcionarios por no hacer suficiente para promover la causa de la Orden. Al menos había servido para eso.

Nicci se echó agua al rostro usando la jofaina que Richard había llevado a casa un día. Las flores alrededor de los bordes hacían juego con las paredes color salmón, y con la alfombra que él había conseguido adquirir con algunos ahorros. Desde luego era diligente, pues conseguía ahorrar algo de su mísero sueldo.

Se quitó el sudado camisón y se lavó lo mejor que pudo con un paño húmedo. Se sintió refrescada. Odiaba aparecer sudorosa y sucia ante Richard.

Observó que el cuenco de estofado que le había preparado para cenar la noche anterior seguía sobre la mesa. No le había dicho que tuviera que trabajar por la noche, pero en ocasiones no tenía tiempo de regresar a casa para cenar primero. Cuando trabajaba de noche, por lo general regresaba a casa poco después de amanecer, de modo que esperaba verlo en cualquier momento.

Sin duda estaría hambriento. Quizá podría hacerle unos huevos. A Richard le gustaban los huevos. Se dio cuenta de que sonreía. Había estado enfadada al despertar, y en aquel momento, pensando en lo que le gustaba a Richard, sonreía. Se pasó los dedos por los cabellos, esperando ya con ansiedad verlo entrar, poderle preguntar si le gustaría que le cocinara unos huevos. El diría sí, y ella disfrutaría del placer de hacer algo que sabía que él quería.

Detestaba hacer cosas que sabía que no le gustaban.

Habían transcurrido varios meses desde aquella horrible noche con Gadi. Aquello había sido un error. Lo supo después de hacerlo. Al principio, habla disfrutado con ello, no porque quisiera tener relaciones sexuales con aquel matón repulsivo, sino porque Richard la habla humillado tanto al negarse a hacerle el amor que quería desquitarse. Al empezar se había deleitado con lo que Gadi le hacía, deleitado en

el modo en que le hacía daño, porque eso lastimaba a Kahlan. Nicci disfrutó con ello sólo en el sentido de que era un castigo por lo que Richard le había hecho. Nada hacía daño a Richard como lastimar a Kahlan.

Gadi odiaba a Richard. Poseer a Nicci, pensó, le permitía desquitarse y lo convertía de nuevo en un rey. No obstante lo mucho que la deseaba a ella, deseaba aún más vengarse de Richard. Richard se había apoderado del reino de Gadi y lo había hecho suyo. Nicci se sentía encantada de permitir que el insignificante matón volviera a ser rey. Sabía que Richard oía cada uno de sus sinceros gritos y que era consciente de que Kahlan sentía el mismo dolor.

Pero mientras Gadi la acometía salvajemente, haciendo todo lo posible por degradar a Richard mediante lo que le hacía a ella, las palabras de Richard —«Nicci, por favor no hagas esto. Sólo te haces daño a ti misma»— empezaron a perseguirla.

Mientras Gadi la tomaba, intentó fingir que era Richard, intentó tener a Richard aunque sólo fuera a través de un substituto. Pero no consiguió creérselo, ni siquiera por el placer de tal fantasía. Sabía que Richard jamás humillaría ni lastimaría a una mujer de aquel modo. No podía fingir ni por un segundo que era Richard.

Lo que era más, Nicci empezó a darse cuenta de que las palabras de Richard no eran una súplica para ahorrar dolor a Kahlan, sino para ahorrarle dolor a ella. No obstante lo mucho que debía odiarla, Richard había expresado preocupación por ella. No obstante lo mucho que debía odiarla, no quería verla lastimada.

Ninguna otra cosa que Richard pudiera haber dicho le habría llegado tanto al corazón. Aquella bondad era lo más cruel que podía haberle hecho.

El dolor que sintió luego fue su castigo. Nicci estaba tan avergonzada de lo que había hecho que fingió ante Richard no haber sufrido durante el incidente. Quiso ahorrarle la angustia de saber lo que Kahlan padecía junto con ella. A la mañana siguiente, contó a Richard que había cometido un error. No esperaba su perdón; quería que supiera que ella sabía que había estado equivocada, y que lo sentía.

Richard no dijo nada. Únicamente la contempló con aquellos ojos grises suyos mientras escuchaba antes de marchar al trabajo.

Nicci sangró durante tres días.

Gadi había fanfarroneado ante sus amigos sobre haberla poseído y, para mayor humillación de Nicci, reveló todos los detalles. Para sorpresa de Gadi, Kamil y Nabbi se habían enfurecido con él. Estaban resueltos a tirarle cera caliente en los ojos y hacer varias otras cosas. Qué cosas, Nicci no estaba segura, pero podía imaginarlo. La amenaza fue tan sumamente seria que Gadi había puesto pies en polvorosa y se había alistado en la Orden Imperial aquel mismo día. Se había unido a ella justo a tiempo de marchar con una tropa nueva que se dirigía al norte para combatir en la guerra. Gadi se había despedido despectivamente de Kamil y Nabbi ese día, diciéndoles que marchaba a convertirse en un héroe.

Nicci oyó pisadas que se acercaban por el pasillo. Sonrió y sacó tres huevos de la alacena. En lugar de abrir Richard la puerta como esperaba alguien llamó.

La mujer fue hacia el centro de la habitación.

—¿Quién es?

—Nicci, soy yo, Kamil.

La urgencia en su voz hizo que se le erizara el fino vello de los brazos.

—Estoy vestida. Entra.

El joven irrumpió en la habitación, jadeando. Su rostro estaba blanco, igual que los nudillos alrededor del pomo de la puerta. Tenía las mejillas manchadas de lágrimas.

—Han arrestado a Richard. Anoche. Lo tienen ellos.

Nicci fue sólo vagamente consciente de que los huevos caían al suelo.

29

Con Kamil a su lado, Nicci ascendió los doce peldaños de piedra que daban acceso al cuartel de la guardia de la ciudad. Era una fortaleza enorme, con altos muros extendiéndose a lo largo de todo el bloque. Nicci no había pedido a Kamil que la acompañara, pero dudaba de que nada que no fuera la muerte hubiera impedido a este hacerlo. Realmente era incapaz de descifrar cómo se las arreglaba Richard para inspirar tales sentimientos en la gente.

Cuando habían salido de la casa, Nicci se encontraba en un estado de conmoción frenética, pero había advertido que todos los habitantes del edificio parecían alerta y en tensión. Atisbaban rostros por las ventanas cuando Kamil y ella habían salido apresuradamente del inmueble y marchado calle abajo, y había salido gente de otros edificios para verla marchar. Todo el mundo mostraba expresiones sombrías.

¿Qué hacía que a la gente le importara tanto aquel hombre en concreto?

¿Qué hacía que a ella le importara?

El interior del inmundo cuartel estaba atestado de gente. Ancianos de mejillas hundidas y sin afeitar permanecían inmóviles como aturdidos, con la vista fija en la nada. Mujeres de mejillas regordetas con pañuelos cubriéndoles las cabezas lloraban mientras niños gimoteantés se aferraban a sus faldas. Otras mujeres estaban por allí, paradas y con un rostro inexpresivo, como si esperaran comprar pan o mijo. Un niño pequeño, que llevaba sólo una camisa y nada más de cintura para abajo, estaba de pie, desamparado, con los diminutos puños metidos en la boca mientras berreaba.

La sala parecía un velatorio.

Guardias de la ciudad, la mayoría corpulentos jóvenes con expresiones de indiferencia, se abrían paso entre el gentío en su avance al interior de oscuros pasillos custodiados por sus camaradas. Una pared corta, toscamente construida en madera mantenía atrás a toda la gente, confinando el caos a la mitad de la

habitación. Al otro lado de la corta pared, más guardias conversaban con toda tranquilidad, mientras otros llevaban informes a hombres sentados ante una sencilla mesa, bromeaban o recogían órdenes al pasar.

Nicci marchó directamente a través de la muchedumbre, abriéndose paso hasta la corta pared donde se agolpaban mujeres encogidas, con la esperanza de que las llamaran, esperando noticias, esperando el milagro de la intercesión del Creador en persona. Apretándose contra las toscas tablas, lo que recibían eran astillas.

Nicci agarró la manga de un guardia que pasaba y el hombre se detuvo en mirad de la zancada. Su mirada airada se alzó desde la mano hasta los ojos de la mujer. Ésta se recordó que carecía de su poder y soltó la manga.

—¿Podría preguntar, por favor, quién está al mando?

El guardia la miró de arriba abajo; una mujer que estaba a punto de quedarse sin esposo y disponible. Una sonrisa afectada se deslizó a su rostro. Indicó con la mano.

—Ahí. En la mesa. El Protector del Pueblo Muksin.

El hombre de más edad estaba arrellanado tras montones de papeles. Bajo una barbilla que descendía hacia el pecho, su desparramado cuerpo parecía estarse fundiendo bajo el calor del verano. La amplia camisa blanca mostraba enormes círculos oscuros de sudor, añadiendo su porción de hediondez al hedor de la sofocante habitación.

Algunos guardias se inclinaban a hablarle al oído mientras la mirada apagada del hombre vagaba, sin posarse jamás. Otros hombres situados detrás de la mesa a cada lado de él trabajaban afanosamente con montones de papeles, hablaban entre ellos o se ocupaban del otro desfile de funcionarios y guardias que entraban y salían de la habitación.

El Protector Muksin, la reluciente parte superior de la cabeza oculta casi tan bien como una tortuga anciana bajo unas pocas briznas de hierba, observaba la habitación. Sus ojos oscuros no dejaban de moverse ni un momento, deslizándose por los guardias, los funcionarios, la arremolinada multitud. Cuando resbalaron sobre el rostro de Nicci, no mostraron interés. Todos eran ciudadanos de la Orden, piezas idénticas, sin importancia.

—¿Podría verle? —Preguntó Nicci—. Es importante.

La sonrisa del guardia se transformó en mofa.

—Estoy seguro de que lo es. —Agitó un dedo en dirección al montón de personas del lateral—. Final de la cola. Aguarda tu tumo.

Nicci y Kamil no tuvieron otra elección que aguardar. Nicci sabía lo suficiente sobre aquellos funcionarios de poca monta como para saber que era mejor no montar una escena. Vivían para los momentos en que alguien montaba una escena. Recostó el hombro contra la pared encalada oscurecida con manchas grasientas de otros hombros. Kamil se apostó detrás de ella.

La cola no se movía porque los funcionarios no estaban recibiendo a nadie. Nicci no sabía si solo veían a ciudadanos a ciertas horas, así que no podían hacer otra cosa que mantener su puesto en la cola. La mañana transcurrió tediosamente sin que la cola que tenía delante se moviese. Pero credo más y más.

—Kamil —dijo en voz baja al cabo de varias horas—, no es necesario que esperes conmigo. Puedes irte a casa.

Los ojos del muchacho estaban enrojecidos e hinchados.

—Deseo esperar —Sonó sorprendentemente receloso—. Me importa Richard —añadió en un tono que sonó como una acusación.

—A mí también me importa. ¿Por qué crees que estoy aquí?

—Sólo fui a buscarte porque estaba preocupado por Richard, y no sabía qué otra cosa hacer. Todos los demás estaban fuera trabajando o en colas para comprar pan. —Kamil se dio la vuelta y apoyó la espalda contra la pared—. No creo que te importe él, pero no sabía que otra cosa hacer.

Nicci se apartó un sudoroso mechón de pelo de la frente.

—No te gusto, ¿verdad?

Él siguió sin mirarla.

—No.

—¿Podría preguntar por qué?

La mirada del joven dirigió una subrepticia ojeada a su alrededor para ver si alguien escuchaba. Todos estaban preocupados con sus propios problemas.

—Eres la esposa de Richard, sin embargo lo traicionaste. Llevaste a Gadi a vuestra habitación. Eres una ramera.

Nicci parpadeó sorprendida ante sus palabras. Kamil volvió a mirar en derredor antes de proseguir.

—No sabemos por qué un hombre como Richard querría estar contigo. Todas las mujeres sin esposo de la casa, y en las otras casas próximas, me dijeron que serían su esposa y jamás yacerían con otro hombre mientras vivieran. Todas dicen que no comprenden por qué querrías hacerle eso a Richard. Todos se sintieron tristes por él, pero él no quiso escucharnos.

Nicci volvió la cabeza. De improviso, no podía soportar la vergüenza de mirar a un joven que acababa de llamarla con un nombre soez, y con razón.

—No comprendes la situación—murmuró.

Por el rabillo del ojo vio cómo Kamil se encogía de hombros.

—Tienes razón. No lo comprendo. No comprendo cómo alguien podría hacer una cosa tan injuriante a un esposo como Richard, que trabaja duro y te cuida tan bien. Para hacer algo así, debes ser una mala persona y qué no te preocupe tu esposo.

Nicci sintió que las lágrimas se unían al sudor de su rostro.

—Me preocupa Richard más de lo que podrás comprender jamás.

Él no respondió, y ella volvió la cabeza para mirarlo. El muchacho se dedicaba hacer rebotar suavemente la espalda contra la pared. Se sentía demasiado avergonzado de ella, o enojado con ella, para mirarla a los ojos.

—Kamil, ¿recuerdas cuando vinimos por primera vez a vivir en la habitación de vuestro edificio?

Él asintió, todavía sin mirarla.

—¿Recuerdas la crueldad con la que Nabbi y tú tratasteis a Richard, todas las cosas mezquinas que le dijisteis? ¡Todos los insultos que le dedicasteis? ¿Cómo le amenazasteis con vuestros cuchillos?

—Cometí un error —dijo él, y sonó como si lo dijera realmente en serio.

—Kamil, yo también cometí un error. —No se molestó en intentar ocultar sus lágrimas..., la mitad de las mujeres de la sala lloraban—. No puedo explicártelo, pero Richard y yo estábamos discutiendo. Estaba enfadada con él. Quería hacerle daño. Me equivoqué. Fue una estupidez por mi parte. Cometí un terrible error.

Sorbió por la nariz y se pasó un pequeño pañuelo por la nariz. Kamil la contempló por el rabillo del ojo.

—Admito que no es la clase de error que Nabbi y tú cometisteis cuando os hacíais los bravucones al principio de conocer a Richard, pero fue un error. Hice una bravuconada, también.

—¿No deseas a Gadi?

—Gadi me revuelve el estómago. Únicamente lo utilicé porque estaba enojada con Richard.

—¿Y lo lamentas?

A Nicci le tembló la barbilla.

—Desde luego que lo lamento.

—¿No volverás a enfadarte y hacerlo otra vez? ¿Con otro hombre?

—No. Dije a Richard que había cometido un error, que lo sentía, que nunca volvería a hacerle algo así. Lo dije en serio.

Kamil lo meditó mientras contemplaba cómo una mujer zarandea a un niño. El niño no dejaba de llorar porque quería que lo cogieran en brazos. La mujer dijo algo entre dientes y el niño se apoyó contra su pierna e hizo un mohín, pero dejó de llorar.

—Si Richard puede perdonarte, entonces yo no debo estar enfadado contigo, Él es tu esposo. Sois vosotros dos quienes debéis solucionado, no yo. —Le tocó el brazo—. Cometiste un error estúpido. Se acabó. No sigas llorando por eso. Hay cosas más importantes ahora.

Nicci sonrió a través de las lágrimas y asintió.

Él sonrió un poco.

—Nabbi y yo dijimos a Gadi que no queríamos saber nada de él..., le dijimos que le íbamos a clavar un cuchillo por lo que le había hecho a Richard. Gadi sacó su cuchillo, para que le dejásemos pasar. Gadi adora su cuchillo. Ya ha herido a hombres con él antes. Los ha malherido. Nos dijo que le dejáramos pasar para que pudiera unirse al ejército, que iba a usar su cuchillo para rebanarle las tripas al enemigo, para ser un héroe de guerra, y tener muchas mujeres mejores que la esposa de Richard.

—Estoy segura de que no seré la única mujer que lamentará haber conocido a Gadi.

Entrada la tarde, el Protector del Pueblo Muksin empezó a recibir a la gente. A Nicci le dolía la espalda, pero eso no era nada comparado con el temor que sentía por Richard. Una pareja de guardias conducía a la gente, de una en una, ante el Protector Muksin.

La cola avanzó con bastante rapidez porque el Protector no toleraba conversaciones largas. Como mucho, hojeaba unos papeles antes de decirle algo al suplicante. Pero con todos los lamentos y lloros de la habitación, Nicci no podía oír nada de lo que decía.

Cuando llegó su tumo, uno de los guardias empujó a Kamil hacia atrás.

—Sólo un ciudadano puede hablar con el Protector.

Nicci ladeó la cabeza para indicar a Kamil que se mantuviera a distancia y no armara un escándalo. Los guardias la cogieron cada uno de un brazo y la transportaron prácticamente en volandas hasta dejarla frente al Protector. A Nicci le indignó verse tratada con tanta brusquedad; como una... ciudadana corriente.

Siempre había disfrutado de una especie de autoridad, algunas veces verbal, otras tácticas, y jamás le había prestado demasiada atención. Quiso hacer que Richard viera lo que era vivir como la gente trabajadora normal, y Richard pareció prosperar haciéndolo.

Los dos guardias se mantuvieron pegados a sus hombros, por si causaba problemas. Sin duda lo habían visto muchas veces. Se sintió enrojecer ante aquel tratamiento.

—Protector Muksin, mi esposo fue...

—Nombre.

Los oscuros ojos del hombre saltaban sobre la gente que quedaba en la cola, sin duda calculando cuánto faltaba para que pudiera cenar.

—Richard.

El hombre alzó los ojos bruscamente.

—Nombre completo.

—Su nombre es Richard Cypher. Lo cogieron ayer por la tarde.

Nicci no quería decir la palabra «arrestado», temiendo dar más peso a una acusación seria.

El hombre empezó a revolver papeles, sin dar la menor muestra de estar interesado en mirarla. A Nicci le resultó ligeramente desconcertante que el hombre no la mirara de aquel modo que tenían los hombres de tomarle las medidas mentalmente, imaginando lo que no podían ver, como si ella no supiera lo que hacían. Los dos guardias, no obstante, contemplaban la parte delantera de su vestido.

—Ah. —El Protector Muksin agitó un papel—. Tienes suerte.

—¿Lo han soltado?

El funcionario alzó la mirada para contemplarla como si estuviera chiflada.

—Lo tenemos. Su nombre está en este papel. Hay muchos sitios a los que se lleva a la gente. A los Protectores del pueblo no se les puede pedir que sepan dónde están todos.

—Gracias —dijo Nicci sin saber por qué le estaba dando las gracias—. ¿Por qué lo retienen? ¿Cuáles son los cargos? El hombre frunció el entrecejo.

—Cómo vamos a saber los cargos. No ha confesado aún.

Nicci sintió un vahído. Un buen número de mujeres se desmayaban cuando hablaban con el Protector. Las manos de los guardias alrededor de sus brazos se cerraron con más fuerza. La mano del Protector empezó a alzarse para indicarles que la sacaran de allí, pero antes de que pudiera hacerlo, Nicci habló con toda la calma de que fue capaz.

—Por favor, Protector Muksin, mi esposo no es un alborotador. Nunca hace otra cosa que trabajar. Nunca habla mal de nadie. Es un buen hombre. Siempre hace lo que le dicen.

Durante una fracción de segundo, mientras ella contemplaba cómo el sudor descendía por las mejillas del hombre, este pareció estar considerando algo.

—¿Sabe hacer algo?

—Es un buen trabajador de la Orden. Carga carros.

Supo que la respuesta era un error antes de haber acabado de darla. La mano se alzó e hizo un veloz movimiento, quitándosela de encima como si fuera un mosquito. Con un poderoso tirón, los guardias la alzaron del suelo y la alejaron rápidamente de la presencia de aquel hombre importante.

—¡Pero mi esposo es un buen hombre! ¡Por favor. Protector Muksin! ¡Richard no causó ningún problema! ¡Estaba en casa!

Sus palabras eran sinceras, y muy parecidas a las pronunciadas por las mujeres que habían pasado antes que ella. Le enfurecía no poder convencerlo de que ella era diferente..., que Richard era diferente. Las demás, lo supo entonces, habían intentado todas hacer lo mismo.

Kamil corrió tras ella mientras los guardias la llevaban por un corto pasillo oscuro hasta una puerta lateral que daba al exterior de la fortaleza de piedra. La luz del atardecer penetró a hurtadillas cuando abrieron la puerta. La empujaron fuera y Nicci descendió los escalones dando traspiés. A Kamil lo empujaron justo detrás de ella y cayó de bruces sobre el polvo. Nicci se arrodilló para ayudarlo a levantarse.

Desde su posición arrodillada, la mujer alzó los ojos hacia la entrada.

—¿Qué hay de mi esposo? —insistió.

—Puedes regresar otro día —dijo un guardia—. Cuando confiese, el Protector podrá decirte los cargos.

Nicci sabía que él jamás confesaría. Antes moriría.

Eso no era un problema con aquellos hombres.

—¿Puedo verlo? —Nicci juntó las manos en acritud de plegaria mientras permanecía arrodillada junto a Kamil—. Por favor, ¿puedo verlo al menos?

Uno de los guardias susurró al otro.

—¿Tienes dinero? —preguntó a Nicci

—No —respondió día con un grito de congoja.

Los hombres iniciaron el regreso al interior.

—¡Esperad! —chilló Kamil.

Al ver que se detenían, corrió escaleras arriba. Se alzó la pernera del pantalón y se sacó una bota. Al darle la vuelta, una moneda cayó sobre su palma. Sin reservas, entregó la moneda de plata al guardia.

El hombre mostró una expresión de pocos amigos al contemplar la moneda.

—Esto no es suficiente para una visita.

Kamil sujetó la muñeca del hombretón cuando éste empezó a darse la vuelta.

—Tengo otra en casa. Por favor, dejad que vaya a buscarla. Puedo correr. Puedo estar de vuelta en una hora.

El hombre negó con la cabeza.

—Esta noche no. Las vistas para aquellos que pueden pagar la tasa son pasado mañana, al ponerse el sol, Pero sólo se permite un visítame,

Kamil indicó a Nicci con la mano.

—Su esposa. Ella lo visitará.

El guardia dedicó una mirada evaluativa a Nicci, sonriendo burlón, como para considerar qué más tendría ella que ofrecer.

—Asegúrate de traer la tasa.

La puerta se cerró de un portazo.

Kamil corrió escaleras abajo y la agarró del brazo, con los enormes ojos rebosantes de lágrimas.

—¿Qué vamos a hacer? Eso son dos días más que lo tendrán, ¡Dos días más!

El pánico empezaba a asfixiarlo. No lo había dicho, pero ella sabía a qué se refería, Eso eran dos días más de tortura para arrancarle una confesión. Luego las aves enterrarían a Richard.

Nicci agarró el brazo del muchacho y se lo llevó de allí.

—Kamil, escúchame. Richard es fuerte. Estará bien. Ha pasado por muchas cosas ya. Es fuerte. Sabes que es fuerte, ¿verdad?

Kamil asentía al mismo tiempo que se mordía el labio y lloraba, reducido a un chiquillo por el miedo que sentía por su amigo.

Nicci permaneció con la vista fija en el techo toda la noche. Al día siguiente, fue a hacer cola para conseguir pan. Cayó en la cuenta, mientras permanecía de pie con las otras mujeres, de que sin duda mostraba el mismo aspecto apagado que ellas. Estaba aturdida. No sabía qué hacer. Todo parecía estar desintegrándose.

Aquella noche, durmió sólo unas horas. Se hallaba en un estado de ansiedad, contando los minutos que faltaban para que saliera el sol. Cuando lo hizo, se sentó ante la mesa, aferrando la hogaza de pan que llevaría a Richard, aguardando la eternidad que tardó el día en transcurrir. La vecina, la señora Sha'Rim, llevó a Nicci un cuenco de sopa de col y permaneció de pie junto ella, sonriendo compasiva, mientras aguardaba para asegurarse de que Nicci se tomaba la sopa. Nicci dio las gracias a la señora Sha'Rim, y dijo que la sopa estaba deliciosa. En realidad no tenía ni idea de a qué sabía la sopa.

A primeras horas de la tarde. Nicci decidió ir a esperar en la fortaleza hasta que le permitieran entrar. No quería llegar tarde. Kamil estaba sentado en la escalera, esperándola. Un pequeño grupo de personas pululaba por la zona.

Kamil se puso en pie de un salto.

—Tengo el marco de plata,

Nicci quiso decirle que no tenía que pagarlo él, que ella lo haría, pero no tenía un marco de plata. Sólo disponía de unos cuantos peniques de plata.

—Gracias, Kamil. Te lo devolveré.

—No quiero que me lo devuelvas. Es para Richard. Lo quiero hacer por Richard. Para mí lo vale.

Nicci asintió. Sabía que se pudriría antes de que alguien apareciera con un penique para ella, sin embargo había dedicado toda su vida a ayudar a otros. Su madre le dijo en una ocasión que no estaba bien esperar agradecimiento, que debía ayuda a aquellas gentes porque era capaz de darla.

Mientras descendía los peldaños, se le acercaron personas y le ofrecieron sus mejores deseos. Le pidieron que dijera a Richard que debía ser fuerte, y no ceder. Le pidieron que les dijera si había algo que pudieran hacer o si necesitaba dinero.

Hacía días que tenían a Richard. Nicci ni siquiera sabía si seguía vivo. La silenciosa caminan hasta la fortaleza fue aterradora. Temía descubrir que lo habían ajusticiado, o verlo, y saber que moriría en una agonía prolongada debido al interrogatorio. Nicci sabía muy bien cómo interrogaba la Orden.

En la puerta lateral, media docena de otras mujeres junto con unos cuantos hombres más viejos estaban de pie bajo el sofocante sol. Todas las mujeres tenían sacos de comida. Ninguna de aquellas personas hablaba. Todos estaban encorvados bajo el peso del mismo temor.

Nicci contempló fijamente la puerta mientras el sol se ponía. En la creciente oscuridad, Kamil colgó su odre de agua en el hombro de Nicci.

—Richard probablemente querrá algo de beber con su pan y pollo.

—Gracias —murmuro ella.

La puerta revestida de hierro se abrió con un chirrido. Todo el mundo alzó la vista hacia el guardia, que hacia señas para que se acercaran. Cuando la primen mujer corrió escaleras arriba, la detuvo y le preguntó su nombre. Una vez que se lo dijo, lo comprobó en su lista y luego la dejó pasar. A la segunda mujer no la dejó entran esta gritó, diciendo que había pagado por la visita, pero el contestó que su esposo había confesado delitos de traición y que no se le permitían visitas.

La mujer lanzó un gemido mientras caía al suelo. Todos los demás la contemplaron horrorizados, temiendo el mismo destino. Otra mujer dio su nombre y entró. Otra más entró. A la siguiente le dijeron que su esposo había muerto.

Nicci, aturdida, empezó a subir la escalera. Kamil le agarró el brazo y puso la moneda en su mano.

—Gracias, Kamil.

El joven asintió.

—Di a Richard que dije... Sólo dile que regrese a casa.

—Richard Cypher —respondió al guardia con el corazón martilleando con fuerza.

El hombre echo una breve ojeada al papel, luego le hizo una seña para que entrara.

—Ese hombre te llevara hasta él.

Una sensación de alivio la inundó. Seguía vivo.

En el interior del oscuro pasillo, otro soldado aguardaba. El hombre ladeó la cabeza en actitud de mando.

—Sígueme.

Penetró en la oscuridad, con una lámpara balanceándose en cada mano, y Nicci permaneció pegada a él mientras el hombre descendía dos largos tramos de angostos peldaños para penetrar en el húmedo y oscuro subterráneo.

En una habitación pequeña con una antorcha sibilante el Protector del Pueblo Muksin estaba sentado en un banco, sudando, mientras hablaba con dos hombres, funcionarios de rango inferior, a juzgar por el tratamiento deferente que daban al corpulento Protector.

El Protector se puso en pie tras inspeccionar brevemente el papel que el guardia le entregaba.

—¿Tienes la tasa?

—Sí, Protector Muksin —Nicci entregó la moneda.

El hombre le echó una ojeada antes de guardarse la moneda de plata.

—Las multas por infracciones civiles son elevadas —dijo enigmáticamente a vez que sus ojos se detenían para evaluar su reacción.

Nicci se pasó la lengua por los labios, sus esperanzas repentinamente optimistas. Había pasado la primera prueba al purgar la casa. El codicioso bastardo exigía ahora dinero a cambio de la vida de Richard.

Nicci habló con cautela, temiendo cometer un error.

—Si supiera la multa, Protector, creo que podría reunir el dinero.

El Protector la escudriño con una intensidad que hizo aparecer sudor en la frente de Nicci.

—Un hombre necesita demostrar su arrepentimiento. Una multa sustanciosa es un modo seguro de mostrar remordimiento por una infracción civil. Si es menos, sabremos que la penitencia no es sincera. Pasado mañana, a esta hora, aquellos que han confesado tal infracción y tienen a alguien que pueda pagar el precio de la multa, serán llevados ante mí para su disposición.

Había estipulado un precio: todo. Le había dicho lo que Richard debía hacer. Deseó desgarrarle la rechoncha garganta a aquel hombre.

—Gracias por vuestra amable comprensión de la infracción civil de mi esposo. Si pudiera verlo, me aseguraré de que se arrepienta hasta lo más profundo de su ser.

El hombre mostró una leve sonrisa sudorosa.

—Ocúpate de que así sea, mi joven dama. Los hombres que permanecen demasiado tiempo allí abajo con su culpa acaban confesando las cosas más terribles.

Nicci tragó saliva.

—Comprendo, Protector Muksin.

La tortura no finalizaría hasta que el hombre tuviera el dinero.

El guardia la agarro bruscamente por el brazo y la sacó de un tirón para conducirla por un corredor negro como la boca del lobo, sujetando los dos faroles en la otra mano. Descendieron otro tramo de escalones, bajando al fondo mismo de la fortaleza. El angosto corredor se encontraba situado a través de la piedra de los cimientos, pasando junto a habitaciones construidas especialmente para encerrar criminales. Al no estar muy lejos del río, el agua se filtraba al lugar, dejándolo permanentemente viscoso, húmedo y apestando a podredumbre. Vio cosas que correteaban en la oscuridad.

El sonido de sus pies chapoteando en agua, que les llegaba hasta los tobillos resonaba en la distancia. Cuerpos en descomposición de ratas enormes cabeceaban en las olas provocadas por sus pisadas al pasar. El lugar recordó a Nicci una de sus pesadillas de la infancia sobre el inframundo, un destino que su madre había prometido que aguardaba a todos aquellos que no cumplían su deber para con el prójimo.

Las puertas bajas de los calabozos tenían todas una abertura pequeña aproximadamente del tamaño de una mano para que los guardias pudieran mirar al interior, supuso. No había la menor luz aparte de la que llevaban los guardias, de modo que no había nada que mirar para los que estaban dentro. En varias de aquellas puertas, había dedos que sujetaban el borde de la abertura. Al paso de la luz de la lámpara, Nicci vio ojos muy abiertos que atisbaban por los negros agujeros. De muchas de las aberturas surgían llantos de angustia o agonía.

El guardia se detuvo.

—Es aquí.

Con el corazón latiendo violentamente, Nicci aguardó, pero en lugar de abrir la puerta, el hombre giró hacia ella y le agarró los pechos. Ella permaneció inmóvil, temiendo moverse. Él la acarició como si comprobara melones en el mercado. Nicci estaba demasiado asustada para decir nada, no fuera a ser que no le permitiera ver a Richard. El guardia se apretó más contra ella e hizo bajar la rechoncha mano por el interior de su escote, toqueteando sus pechos.

Nicci sabía que hombres como aquél eran necesarios si la Orden quería llevar sus enseñanzas a todos. Uno debía aceptar que la naturaleza de la humanidad era pervertida, había que hacer sacrificios. Eran

necesarias bestias para imponer la moralidad a las masas. Sofocó un grito agudo cuando él le pellizcó la tierna carne.

El guardia lanzó una risita complacida, satisfecho con su toqueteo, y se giró hacia la puerta. Tras algunas dificultades con la oxidada cerradura, finalmente consiguió que la llave girara. Agarró la puerta por la abertura y dio un poderoso tirón. La puerta se abrió lentamente con un chirrido, justo lo suficiente para poder pasar, y el guardia colgó un farol dentro.

—Una vez que me haya ocupado de otros asuntos, regresaré y tu visita habrá finalizado —Volvió a reír satisfecho. Levántate las faldas para él sin perder tiempo..., si es que está en condiciones de hacerlo.

La empujó al interior de la habitación.

—Ahí tienes, Cypher. La ha puesto cachonda para ti.

La puerta se cerró con un estrépito que resonó arriba y abajo del sinuoso presidio. Nicci oyó girar la llave y el chapoteo de los pasos del guardia que se alejaba.

La habitación cuadrada era tan diminuta que podía haber estirado los brazos y tocado las paredes de ambos lados al mismo tiempo. El techo rozaba la parte superior de su cabeza. Se sintió abrumada por la aterradora estrechez y deseó salir de allí.

Temió que el cuerpo a sus pies estuviera muerto.

—¿Richard?

Oyó un leve gemido. Richard tenía los brazos a la espalda, metidos en una especie de grilletes de madera. Temió que se ahogara. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y cayó de rodillas. El agua viscosa que había chapoteado al interior de sus zapatos empapó su vestido ahora.

—¿Richard?

Tiró de su hombro para darle la vuelta. Él lanzó un grito y se apartó de su mano.

Cuando lo vio, tuvo que cubrirse la boca con ambas manos para ahogar su grito, Sintió cómo las lágrimas corrían por su rostro mientras jadeaba para recuperar el aliento.

—¿Richard?

Se puso en pie y desgarró una tira de la combinación que llevaba debajo del vestido, luego, arrodillándose otra vez, usó la tela para limpiarle con cuidado la sangre del rostro.

—Richard, ¿me oyes? Soy Nicci.

Él asintió.

—Nicci.

Tenía un ojo hinchado y cerrad. Sus cabellos estaban enmarañados y apelmazados con barro y cieno procedente del agua en la que yacía. Las ropas estaban desgarradas y bajo la cruda luz de la pequeña lámpara vio rojas heridas hinchadas que entrecruzaban su carne.

Vio cómo ella contemplaba fijamente sus heridas.

—Me temo que nunca conseguirás remendar esta camisa.

Nicci respondió con una débil sonrisa al macabro chiste, y sus dedos temblaron mientras le limpiaba el rostro. No sabía cómo podía reaccionar de aquel modo.

Richard echó la cabeza atrás, apartándola de sus cuidados.

—¿Te hago daño?

—Sí.

—Lo siento, Tengo un poco de agua.

Él asintió ansiosamente, y Nicci vertió agua en su boca desde el odre. Richard bebió con avidez.

Mientras él recuperaba aliento, Nicci le dijo:

—Kamil consiguió el dinero para que pudiera venir a verte.

Richard se limitó a sonreír.

—Kamil quiere que salgas de aquí.

—Yo quiero salir de aquí.

No sonaba como él. La voz era ronca y casi no se le oía.

—Richard el Protector...

—¿Quién?

—El funcionario a cargo de esto, de esta prisión. Me dijo que hay un modo de sacarte. Dijo que debes confesarte culpable de una infracción civil, y pagar una multa.

Richard asentía con la cabeza.

—Ya me lo figuraba. Me preguntó si tenía dinero. Le dije que sí.

—¿Tienes dinero? ¿Has ahorrado dinero?

—Tengo dinero —respondió él.

Los dedos de Nicci sujetaron con desesperación el cuello de la camisa de Richard.

—Richard, no puedo pagar la multa para sacarte hasta dentro de dos días. ¿Puedes aguantar? Por favor, ¿puedes aguantar hasta entonces?

Él sonrió bajo la débil luz.

—No voy a ir a ninguna parte.

Nicci lo recordó entonces, y sacó el pan del saco.

—Te he traído comida. Pan, y un poco de pollo asado.

—Pollo. El pan no me sustentará durante mucho tiempo. No me dan de comer.

Desgarró el pollo con los dedos ella misma y le acercó un pedazo a la boca. No soportaba ver a Richard indefenso. La enfurecía, le producía náuseas.

—Come, Richard —la instó al ver que su cabeza se hundía al frente, y el sacudió la cabeza como si quisiera desterrar el sueño—. Toma, come un poco más.

Lo contempló mientras masticaba.

—¿Puedes dormir en esta agua?

—No te dejan dormir. Te...

Niccí le introdujo un largo pedazo de pollo en la boca. Conocía demasiados de los detalles de los métodos de la Orden. No quería saber qué técnica habían elegido para él.

—Te sacaré, Richard. No te des por vencido. Te sacaré.

Él se encogió de hombros como para indicar que no importaba.

—¿Por qué? ¿Codicias a tu prisionero? ¿Sientes celos al ver que otros lo maltratan en tu lugar? ¿Temes que puedan destruirle antes de que tú puedas hacerlo?

—Richard, eso no es...

—Soy sólo un hombre. Únicamente el bien mayor importa. Que sea inocente es irrelevante, porque la vida de ningún hombre tiene valor. Si debo sufrir y morir de este modo para ayudar a conducir a otros a la forma de vida que marca tu Creador y tu Orden, ¿quién eres tú para privarles de ese virtuoso fin? ¿Qué importan tus deseos? ¿Cómo puedes poner tu vida, o la mía, por encima del bien de otros?

¿Cuántas veces le había sermoneado ella con aquella misma doctrina? Qué despectiva, qué ponzoñosa, qué traicionera sonaba en sus labios.

Se odió a sí misma en aquel momento. De algún modo él contradecía todo lo que la Orden representaba, todo a lo que ella había dedicado su vida. De algún modo. Richard hacía que hacer el bien pareciera... malvado. Por eso él era tan peligroso. El simple hecho de que existiera amenazaba todo lo que ellos representaban.

Ella estaba tan cerca... Tan cerca de saber lo que necesitaba comprender. El hecho mismo de que corrieran lágrimas por su rosero le indicaba que realmente existía algo que convertía toda aquella terrible experiencia en algo que merecía la pena, que la convertía en esencial. La chispa indefinible que había visto en sus ojos desde el primer momento era real.

Si sólo pudiera alcanzar aquel poco más, entonces podría hacer por fin lo que era mejor. Sería lo mejor para él. ¿Qué clase de vida podría tener él jamás? ¿Cuánto padecimiento podía soportar? Detestaba estar condenada a servir al Creador de aquel modo.

—Mira en derredor, Nicci. Querías mostrarme el modo mejor de hacer las cosas que era la Orden. Mira en derredor. ¿No es glorioso?

—Richard, necesito el dinero que has ahorrado. Si he de sacarte de aquí, lo necesitaré todo. El funcionario me dijo que tenía que ser todo lo que tenías.

Un susurro ronco fue toda la voz que le quedaba a él.

—Está en nuestra habitación.

—¿Nuestra habitación? ¿Dónde? ¿Dime dónde?

El negó con la cabeza.

—Jamás conseguirías sacarlo. Tienes que conocer el truco para abrirlo. Ve a ver a Ishaq.

—¿Ishaq? ¿En la compañía de transportes? ¿Por qué?

—Fue su salón, en el pasado. Existe un compartimiento oculto en el suelo. Dile por qué necesitas el dinero. Lo abrirá para ti.

La mujer le acercó más pollo a la boca.

—De acuerdo. Iré a ver a Ishaq. —Titubeó mientras lo observaba masticar—. Lamento que tengas que desprenderte de lo que has ahorrado. Sé lo duro que trabajas. No es justo que se lo queden.

Él volvió a encogerse de hombros.

—Sólo es dinero. Prefiero vivir.

Nicci sonrió y se limpió las lágrimas de las mejillas. Aquélla era la mejor cosa que podía oír.

La puerta se abrió.

—Bájate las faldas, mujer. Se acabó el tiempo.

Mientras el hombre la arrastraba del brazo para sacarla, introdujo lo que quedaba del pollo en la boca de Richard.

—¡Infracción civil! —le gritó—. ¡No lo olvides!

Debía confesar una infracción civil que podía subsanarse con una multa. Entonces lo soltarían. Cualquier otro delito significaba la muerte.

—No lo olvidaré.

Alargó las manos hacia él mientras tiraban de ella fuera de la diminuta celda.

—¡Regresaré a buscarte, Richard! ¡Lo prometo!

30

Nicci se dedicó a pasear por la habitación mientras Ishaq permanecía inclinado sobre la trampilla de la esquina. Llevaba mucho rato con ello. Había empujado el armario a un lado para tener acceso al lugar oculto en el suelo y, de vez en cuando, mascullaba algo entre dientes, maldiciéndose a sí mismo por haber hecho que fuera tan difícil abrirlo.

—¡Por fin! —Ishaq se levantó con dificultad.

Nicci esperó que la exigua cantidad que Richard había podido ahorrar fuera suficiente para satisfacer al Protector Muksin. Mentalmente, estaba revisando una lista de personas que habían ofrecido dinero para ayudar a Richard.

Ishaq se le acercó a toda prisa.

—Aquí lo tienes.

Depositó apresuradamente la bolsa de cuero en su mano. El peso la dejó atónita. La bolsa ocupaba toda la palma de la mano. No tenía sentido. Comprendió que Richard debía haber colocado algunos objetos de metal junto con los ahorros. Eso explicaría el peso. Abrió la parte superior y vertió el contenido en su palma.

Lanzó una exclamación de sorpresa. Había casi dos docenas de marcos de oro. No había ninguna moneda de plata. Todas eran de oro.

—Querido Creador... —musitó, los ojos abiertos de par en par— ¿De dónde puede haber sacado Richard todo este dinero?

Era más dinero del que muchos hombres acaudalados veían en toda su vida. Alzó la mirada hacia los ojos de Ishaq.

—¿De dónde puede haber sacado Richard todo este dinero?

El hombre se quitó el sombrero rojo de la cabeza. Señaló con gesto impaciente todas las monedas que Nicci tenía en la palma de la mano.

—Richard lo ganó.

La mujer sintió que su expresión se ensombrecía.

—¿Lo ganó? ¿Cómo? Ningún hombre puede ganar todo este dinero. No de un modo honrado, al menos —Sintió crecer su enojo—. Richard robó este oro, ¿no es cierto?

—No seas ridícula. —Ishaq gesticuló con irritación—. Richard lo ganó. Compró y vendió mercancías.

Nicci rechinó los dientes.

—¿Cómo obtuvo este dinero?

El hombre alzó las manos.

—Te lo estoy diciendo. Lo ganó él.... él solo. Compró cosas, y las vendió a gente que las necesitaba.

—¿Cosas? ¿Qué clase de cosas? ¿Contrabando?

—¡No! Cosas como hierro y acero...

—Tonterías. ¿Cómo iba mover eso? ¿Lo llevaría a cuestas?

—Al principio. Pero luego compró un carro para...

—¡Un carro!

—Sí; y caballos. Compró carbón vegetal y mineral, y lo vendió a las fundiciones. Principalmente, compró metal a la fundición y lo vendió al herrero. El herrero utiliza gran cantidad de metal. Se lo compraba a Richard. Así ganó el dinero.

Nicci lo agarró por el cuello de la camisa.

—Llévame a ver a ese herrero.

Estaba furiosa. Todo aquel tiempo había considerado a Richard un trabajador honrado, y acaba de descubrir que lo habían encarcelado con razón. Era culpable de estafar dinero a honrados trabajadores. Especulaba.

En aquel momento, no lamentó nada de lo que le estaban haciendo en la prisión. Merecía todo eso, y más. Era un delincuente, que le arrebataba su oro a gente honrada y trabajadora. Ardía de humillación, la había engañado.

Nicci había visto el lugar donde se construía el palacio con anterioridad, pero de lejos mientras llevaba a cabo sus tareas en la ciudad. Nunca había estado tan cerca. Iba a ser todo lo que Jagang había dicho que seria. La dejó sobrecogida. Todas las palabras inspiradoras del hermano Narev cuando ella era una jovencita fueron como un coro sagrado cantando desde las profundidades de sus recuerdos mientras contemplaba el sinfín de escenas que se erigían.

Las paredes se alzaban ya por encima de las aberturas que serían las ventanas de primer piso. En algunas secciones, se estaban colocando vigas, uniendo las paredes interiores para sostener el siguiente piso.

Pero fue el exterior la que la dejó sin habla. Las paredes de piedra estaban ribeteadas con tallas a una escala que jamás había imaginado. Tal como el hermano Narev habría ordenado, las esculturas eran inspiradoras y convincentes, Nicci vio a personas que contemplaban las escenas, que lloraban ante los acontecimientos narrados en piedra, que lloraban ante la representación de la criatura miserable que era el ser humano, y la gloria inalcanzable que era la perfección del Creador. Con tan conmovedoras imágenes, no podía existir la menor duda de que la Orden era la única esperanza que tenía la humanidad de salvarse. Tal como Jagang había dicho, aquél sería un palacio que provocaría una emoción irresistible en la gente.

—¿Por qué esos postes de ahí? —preguntó a Ishaq mientras marchaban por el amplio sendero de adoquines en el que la gente se paraba para observar la construcción, en tanto que otras personas se arrodillaban y oraban ante varias escenas espeluznantes representadas en los muros.

—Escultores —Ishaq se quitó el sombrero rojo mientras contemplaba el espectáculo—. Dijeron que tomaron parte en la revuelta.

La mirada de Nicci pasó por los cuerpos en descomposición colgados en lo alto de los postes.

—¿Por qué tendrían los escultores que tomar parte en la revuelta? Tienen trabajo.

Más que eso, trabajan en las escenas de la gloria de la Orden. Ellos, precisamente, deberían haber sabido que su única esperanza de recompensa en el otro mundo requería padecer en éste.

—No dije que formaran parte. Dije que dijeron que tomaron parte en la revuelta.

Nicci no lo corrigió. Todos los hombres eran corruptos. No había un hombre a quien no se pudiera ajusticiar sin que este estuviera justificado. Eso incluía a Richard.

Muchas de las piedras bajo tejados protectores donde habían trabajado hombres permanecían en aquellos momentos abandonadas. Se estaban construyendo rampas, junto con andamios, para que los albañiles trabajaran en las paredes del palacio. A medida que éstos colocaban sus piedras, otros hombres, esclavos, se dedicaban a arrastrar bloques enormes rampa arriba hacia ellos, a acarrear cestos de argamasa o tierra y roca, o trabajaban en zanjas construyendo las celdas subterráneas, donde la Orden purgaría el mundo de los peores pecadores y donde los criminales confesarían sus crímenes.

Era una tarea terrible, pero uno no podía tener un jardín a menos que se ensuciaran las manos primero.

El establecimiento del herrero, arriba en las laderas de una colina que daba a la colosal empresa, era el más grande que había visto nunca. Con un proyecto de aquella envergadura, era comprensible. Permaneció fuera mientras Ishaq se apresuraba a in en busca de herrero para traérselo.

Los sonidos de martillos repicando sobre acero, los olores de la forja, el humo, los aceites, el ácido, todo ello trajo de vuelta una avalancha de recuerdos del taller de su padre. Por un instante, el corazón de

Nicci latió más deprisa; volvía a ser una niña. Casi esperó ver cómo su padre salía y le sonreía con aquella fabulosa energía suya reflejándose en sus ojos azules.

En su lugar, un hombre musculoso salió de las sombras, a la luz del día. No mostraba ninguna sonrisa, sino una furiosa mirada amenazadora. En un principio, creyó que era calvo. Luego vio que todo el pelo que recubría la cabeza estaba cortado casi a ras del cuero cabelludo. Algunos de los hombres de su padre que trabajaban con hierro candente hacían lo mismo. La cara de pocos amigos del hombre habría hecho retroceder a cualquier otra mujer.

Se limpiaba las manos en un trapo mientras avanzaba a través de la lechosa luz solar hacia ella, evaluando los ojos de Nicci con más cuidado que la mayoría de los hombres..., aparte de Richard. El grueso delantal de cuero estaba salpicado de centenares de marcas diminutas de quemaduras.

—¿La señora Cypher?

Ishaq retrocedió, contentándose con ser una sombra.

—Así es. Soy la esposa de Richard.

—Curioso. Richard jamás habló realmente de ti. Supongo que di por sentado que tenía una esposa, pero él nunca dijo...

—Han detenido a Richard.

La cara de pocos amigos se transformó en boquiabierta inquietud.

—¿Han arrestado a Richard? ¿Por qué?

—Al parecer, por el más vil de los crímenes: estafar a la gente.

—¿Estafar a la gente? ¿Richard? Están locos.

—Me temo que no. Es culpable. Tengo la prueba.

—¿Qué prueba?

Ishaq se aproximó rápidamente, incapaz de contenerse por más tiempo.

—El dinero de Richard. El dinero que ganó.

—¡Ganó! —El grito de Nicci hizo que Ishaq retrocediera un paso—. Quieres decir el dinero que robó.

La expresión malhumorada del herrero había regresado.

—¿Robó? ¿A quién crees que robó su dinero? ¿Quiénes lo acusan? ¿Dónde están sus víctimas?

—Bien, tú eres una.

—¿Yo?

—Sí, me temo que fuiste una de sus víctimas. Estoy aquí para devolverte el dinero. No puedo utilizar dinero robado para salvar a un criminal de su justo castigo. Richard tendrá que pagar el precio de su crimen. La Orden se ocupará de que así sea.

El herrero arrojó su toalla a un lado y se puso en jarras.

—Richard jamás robó un solo penique a nadie... ¡y mucho menos a mí! Ganó su dinero.

—Te estafo.

—Me vendió hierro y acero. Necesito hierro y acero para fabricar cosas para El Retiro. El hermano Narev viene aquí y me gruñe para que haga las cosas, pero él no me entrega el hierro con el que debo hacerlas. Richard si lo hace. Hasta que Richard apareció, casi estuve a punto de que me enterraran las aves, porque Ishaq, aquí presente, no podía conseguirme suficiente hierro y acero.

—¡No podía! El comité sólo me da permiso para traer lo que traigo. Yo mismo acabaría enterrado por las aves si trajera más de lo que tengo permitido para traer. Todo el mundo en la compañía de transporte me vigila. Serían capaces de denunciarme si escupiera donde no debo.

—Así pues —dijo Nicci, cruzando los brazos—, Richard te tiene bien cogido. Te trae hierro por la noche y tú no puedes hacer otra cosa que pagarte lo que pide, y él lo sabe. Obtiene todo este oro extorsionándote. Así es como se hizo rico; cobrándote más de la cuenta. Es la peor clase de latrocinio.

El herrero la contempló con el ceño fruncido como si estuviera chiflada.

—Richard me vende hierro y acero por mucho menos de lo que tengo que pagar a través de las compañías de transporte oficiales..., como la de Ishaq.

—¡Cobro lo que el comité de precios justos me dice! ¡No tengo ni voz ni voto!

—Eso es simplemente una locura —dijo Nicci al herrero, sin hacer caso a Ishaq.

—No, es inteligente. Verás, las fundiciones producen más del que pueden vender, porque no consiguen que se transporte. Sus hornos tienen que mantenerse calientes tanto si fabrican una tonelada como diez, y necesitan fabricar hierro suficiente para que valga la pena mantener el calor, para pagar a sus trabajadores y para mantener los hornos en funcionamiento. Si no compras suficiente mineral, las minas cierran y entonces la fundición no puede conseguir nada de mineral. No pueden existir si no consiguen material en bruto. Pero la Orden no permite que Ishaq, y los que son como él, transporten tanto como las fundiciones necesitan que se transporte. La Orden tarda semanas en decidir sobre la petición más simple. Toman en consideración a toda persona imaginable que creen que cabría la posibilidad que pudiera resultar perjudicada si Ishaq transportara el cargamento. Las fundiciones estaban desesperadas. Ofrecieron vender su sobrante a Richard por menos dinero...

—¡De modo que también resultan estafadas en la confabulación de Richard!

—No, debido a que Richard lo toma, ellas pueden vender más, de modo que les resulta más barato fabricarlo. Ganan más dinero del que ganarían de otro modo. Richard me lo vende por menos de lo que tengo que pagar a las compañías de transporte normales, porque lo compra más barato.

Nicci alzó las manos asqueada,

—Y para rematarlo, está dejando a hombres sin trabajo. Es la peor clase de delincuente: ¡obtiene sus ganancias a costa de los pobres, los necesitados y los trabajadores!

—¡Qué! —Protestó Ishaq—. Yo no consigo suficiente gente que trabaje conmigo, y no puedo obtener permisos suficientes para acarrear la mercancía que la gente necesita. Richard no deja a nadie sin trabajo; ayuda a crear más actividad comercial para todos. Las fundiciones para las que rea1iza transportes han contratado todas más hombres desde que pueden vender a través de Richard.

—Eso es cierto —dijo el herrero.

—Pero, ¿no os dais cuenta? —Insistió Nicci mientras se echaba hacia atrás los cabellos con los dedos—. Os ha engañado como niños. Os está estafando... os está exprimiendo. Os estáis empobreciendo debido a que Richard...

—¿Es qué no lo entiendes, señora Cypher? Richard ha hecho que media docena de fundiciones ganen dinero. En estos momentos trabajan sólo gracias a Richard. Él transporta su mercancía cuando necesitan que se transporte, no cuando pueden conseguir finalmente algún estúpido permiso cubierto de sellos por todas partes. Richard, el solo, ha permitido a toda una serie de fabricantes de carbón vegetal ganarse la vida abasteciendo a esas fundiciones, junto con un buen número de mineros y quien sabe cuanta más gente. ¿Y yo? Richard me ha hecho ganar más dinero del que jamás pensé que ganaría.

»Richard nos ha hecho ricos a todos haciendo algo que se necesitaba desesperadamente, y haciéndolo mejor que otros. Nos ha mantenido trabajando a todos. No ha sido la Orden y sus comités, juntas y agrupaciones..., ha sido Richard.

»He podido mantener hombres contratados debido a Richard. Él jamás dice que algo no puede hacerse; idea un modo de hacerlo. Y al hacerlo, se ha ganado la confianza de todos los hombres con los que tiene tratos. Su palabra vale tanto como ese oro.

»Pero si incluso el hermano Narev dijo a Richard que hiciera lo que fuera necesario para conseguirme el hierro que necesitaba... El palacio no estaría tan adelantado si no fuera porque Richard nos mantiene a todos trabajando con el material que nos consigue, cuando lo necesitamos.

»La Orden tiene una deuda de gratitud con Richard, no de tortura y castigo. Ha ayudado a la Orden haciendo lo que era necesario hacer. Esos muelles que sobresalen ahí no estarían construidos aún, si Richard no me hubiese encontrado el hierro para fabricar las riostras de apuntalamiento. Esas esculturas en los muros del palacio ahí abajo no estarían hechas si no me hubiese conseguido el acero que necesitaba para fabricar las herramientas con las que tallarlas Los materiales de ahí abajo se transportan sólo mediante ruedas que giran sobre aros de hierro que fabrico porque Richard me consiguió el acero. Richard ha hecho más para alzar ese palacio del suelo que cualquier otro hombre. Además de eso, ha hecho amigos.

Nicci no conseguía que su cerebro lo aceptara. Tenía que ser cierto; recordaba que Richard había conocido al hermano Narev. ¿Cómo podía alguien ganar tanto dinero, ayudar a la Orden y conseguir que la gente con la que trataba confiara en él además?

—Pero ha obtenido todos estos beneficios...

El herrero meneó la cabeza como si la mujer fuera una serpiente aparecida entre ellos.

—«Beneficios» es una palabra vergonzosa únicamente para las sanguijuelas del mundo, que quieren que se vea como algo malo, para así poder apoderarse con más facilidad de lo que no se ganaron.

La expresión ceñuda regresó mientras el hombre se inclinaba hacia ella. Su voz se tornó tan ardiente como el hierro que moldeaba.

—Lo que quiero saber, señora Cypher, es ¿por qué está Richard en una prisión apestosa siendo torturado para que confiese cualquier cosa, mientras su esposa permanece aquí de pie diciendo estupideces sólo porque él ha ganado dinero y nos ha hecho felices y ricos a todos al hacerlo?

Nicci sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—No puedo pagar la multa hasta mañana por la noche.

—Hasta que te he conocido, pensaba que Richard no se equivocaba jamás. —El hombre se quitó el delantal pasándoselo por encima de la cabeza y lo arrojó a la pared de su establecimiento—. Con todo ese dinero, podemos negociar para que salga antes. Espero que sea lo bastante pronto. Ishaq, ¿estás conmigo?

—Desde luego. Me conocen. Confían en mí. Yo también voy.

—Dame el dinero —ordenó el herrero.

Nicci lo dejó caer sobre la palma de su mano sin siquiera pensar en lo que hacía. Richard no era realmente un ladrón. Era maravilloso. No sabía cómo, pero aquellas personas se sentían todas felices con él. Las había hecho ricas a todas. Carecía totalmente de sentido para ella.

—Por favor, si puedes ayudar, estaré en deuda contigo.

—No hago esto por ti, señora Cypher; estoy ayudando a un amigo que aprecio y que merece que lo ayuden.

—Nicci. Me llamo Nicci.

—Yo soy el señor Cascella —gruñó el mientras empezaba a alejarse.

El señor Cascella arrojó cuatro monedas de oro sobre la mesa frente al Protector del Pueblo Muksin. Había explicado a Nicci y a Ishaq que quería guardar algo en reserva para poder «accionar los fuelles» en el caso de «necesitar más calor».

El herrero se alzaba imponente por encima del hombre senado tras la mesa. Varios oficiales hundieron las narices en su trabajo, mientras los guardias de la habitación observaban con atención.

—Richard Cypher. Lo tenéis aquí. Hemos venido a pagar la multa.

El Protector Muksin pestañeó ante las monedas igual que una carpa gorda demasiado repleta para comerse un gusano.

—No calcularemos multas hasta mañana por la noche. Regresa entonces, y si ese hombre, Cypher, no ha confesado su participación en nada más grave, podrás pagar entonces.

—Trabajo en el nuevo palacio —dijo el señor Cascella—. El hermano Narev me mantiene muy ocupado. Estoy aquí ahora, así que ¿no podríamos ocupamos de esta cuestión mientras nos encontramos todos aquí? Al hermano Narev le satisfaría que su herrero jefe no tuviera que volver a recorrer todo ese camino hasta aquí mañana, cuando estoy aquí, ahora.

Los ojos oscuros del Protector Muksin se movieron de un lado a otro, recorriendo la habitación atestada de gente que lloriqueaba. Su silla repiqueteó cuando la arrastró más cerca de la mesa. Dobló los regordetes dedos encima de un montón de papeles pringosos.

—No desearía causar molestias al hermano Narev.

El herrero sonrió.

—Eso pensaba.

—No obstante, el hermano Narev no querría que descuidara mi deber para con el pueblo.

—¡Por supuesto que no! —intervino Ishaq, Se quitó de un manotazo el sombrero rojo de la cabeza cuando los oscuros ojos se volvieron hacia él—. Eso no se insinuaba, desde luego. Confiamos en vos para que cumpláis con vuestro deber.

—¿Quién eres tú? —preguntó el Protector a Nicci.

—Soy la esposa de Richard Cypher, Protector Muksin. Estuve aquí antes. Pagué una tasa para verlo. Me explicasteis lo de la multa.

—Veo a tanta gente... —repuso él, asintiendo.

—Mirad —prosiguió el señor Cascella—, tenemos mucho dinero para la multa. Si pudiéramos pagarla ahora y sacar a Richard Cypher hoy, claro. Parte de él es dinero que otras personas podrían no estar dispuestas a aportar mañana.

El herrero deslizó otras cuatro monedas de oro sobre la mesa. Los ojos oscuros del Protector no se mostraron impresionados.

—El dinero pertenece al pueblo. Hay una gran necesidad.

Nicci sospechó que la gran necesidad estaba en su propio bolsillo, y se mostraba renuente porque intentaba conseguir más. Como para responder ante tal acusación, el Protector Muksin deslizó las ocho monedas de oro —una fortuna se mirara como se mirara— de vuelta sobre la mesa.

—El dinero no se pagara aquí. Nosotros no hacemos nada con él. Somos humildes servidores de la Orden. El importe de la multa se anotará en el libro de contabilidad, pero tendréis que entregarlo a un comité de ciudadanos para su distribución a aquellos que lo necesiten.

A Nicci le sorprendió haberse equivocada respecto al hombre. Realmente era un funcionario honrado. Eso cambiaba la naturaleza de todo el asunto. Sus esperanzas se volvieron más optimistas. A lo mejor no resultaría tan difícil liberar a Richard después de todo.

Detrás de ella, al otro lado de la pared corta, gimoteaban mujeres, lloraban niños y había gente que rezaba. Nicci apenas podía respirar en la apestosa y bochornosa habitación. Esperó que el funcionario se sintiera inclinado a acelerar el caso para poder atender al pequeño grupo de guardias que esperaban más allá en los pasillos laterales a la espera de documentos y órdenes.

—Pero cometéis un error —añadió el Protector—, si pensáis que el dinero puede comprar la libertad de este hombre. A la Orden no le importa la vida de un hombre solo, pues ningún hombre por sí solo tiene una importancia real. Me siento inclinado a deciros que os guardéis el dinero... hasta que podamos investigar por qué alguien dispondría de una suma tan grande. Creo que este hombre debe ser perjudicial para el orden civil si despierta tanto apoyo, Ningún hombre es mejor que otro. Que pueda aportar tanto dinero para escapar de su justo castigo prueba mi sospecha de que tiene algo que confesar.

Su silla crujió cuando se recostó hacia atrás para escrutarles,

—Parece que vosotros tres pensáis diferente; que pensáis que es mejor que cualquier otro hombre,

—No—respondió el herrero de un modo espontáneo—, sucede simplemente que es nuestro amigo.

—La Orden es vuestro amigo. Los necesitados deben ser vuestro motivo de preocupación. No tenéis derecho a preocuparos por un hombre por encima de otro. Tal comportamiento impropio es una blasfemia.

Los tres, de pie ante la mesa, permanecieron mudos. Detrás de ellos, los lloros, los gemidos, las oraciones aterradas por aquellos que estaban en la oscuridad allá en las profundidades, prosiguieron sin pausa. Todo lo que decían sólo parecía volver más en su contra al hombre.

—Si tuviere un talento, entonces podría ser distinto. Hay una gran necesidad de contribuciones a la Orden por parte de aquellos con una habilidad. Hay muchos que no se dan a conocer cuando deberían hacer todo lo posible por contribuir. Es el deber de aquellos con una habilidad el...

Todo quedó claro para Nicci en un cegador instante.

—Pero él posee una habilidad —soltó.

—¿Qué habilidad? —preguntó el Protector, a quién no gustó nada que lo interrumpieran.

Nicci se acercó más.

—Es el mejor... —La grandeza es una falsa ilusión de los perversos. Todos los hombres son iguales. Todos los hombres son malvados por naturaleza. Todos los hombres deben luchar pan vencer a su

naturaleza abyecta dedicando desinteresadamente sus vidas a la causa de ayudar al prójimo. Únicamente acciones desinteresadas permitirán a una persona obtener su recompensa en la otra vida.

Los puños del señor Cascella se cerraron más, y el herrero empezó a inclinarse al frente. Si empezaba a discutir, en aquel momento, la situación se volvería irreparable. Nicci le asestó uno subrepticia parada con el costado del pie, esperando convencerlo para que callara y la dejara hablar antes de que fuera demasiado tarde. La mujer inclinó le cabeza mientras retrocedía un paso, obligando al herrero a hacerse a un lado sin que pareciera demasiado evidente.

—Sois sabio, Protector Muksin. Todos podríamos aprender lecciones valiosas de vos. Por favor perdonad las ineptas palabras de una pobre esposa, una sencilla mujer, que se siente empequeñecida y turbada en la presencia de un representante tan sabio de la Fraternidad de la Orden.

Sobresaltado, el Protector no dijo nada. Nicci había traficado con palabras como aquéllas durante más de cien años, y conocía su valor. Había dado al hombre, que no era más que un insignificante funcionario, una posición en el núcleo de la Orden —en la fraternidad misma— que jama podría alcanzar. Aquella clase de hombre aspiraba a llevar sobre sus espaldas el mando del mérito social. Para un hombre como aquél, que se le considerara poseedor de tal categoría intelectual, era lo mismo que obtenerla; la percepción era realidad para aquellas personas. La imagen era lo que contaba, no el logro real.

—¿Cuál es la habilidad de este hombre?

Nicci volvió a inclinar la cabeza.

—Richard Cypher es un escultor irrelevante, Protector Muksin.

Los hombres que tenía a ambos lados la contemplaron con incredulidad.

—¿Un escultor? —preguntó el Protector, meditando sobre las palabras.

—Un artesano anónimo, su única esperanza en la vida es poder algún día trabajar con piedra pura para mostrar la perversidad del hombre, de modo que pueda ayudar a otros a comprender la necesidad de sacrificarse por el prójimo y la Orden y de este modo esperar obtener su recompensa en la otra vida.

El herrero se recuperó rápidamente y añadió a sus palabras:

—Como tal vez sepáis, muchos de los escultores de El Retiro eran traidores..., agradecemos al Creador que fueran descubiertos..., y por lo tanto hay aún mucho que esculpir para la gloria de la Orden. El hermano Narev puede confirmar eso, Protector Muksin.

Los oscuros ojos del Protector se movieron por entre los tres.

—¿Cuánto dinero tenéis?

—Veintidós marcos de oro —dijo Nicci.

El hombre frunció el entrecejo para mostrar su repulsa mientras acercaba a él un libro de contabilidad y sumergía su pluma en una botella de tinta desportillada. Se inclinó al frente y escribió la multa en el libro, a continuación escribió una orden en un pedazo de papel y lo alzó para entregárselo al herrero.

—Lleva esto a la sede de los trabajadores en los muelles... —indicó con la pluma al exterior detrás de ellos—, bajando esa calle. Soltaré al prisionero una vez que me traigan un sello de la agrupación de trabajadores que demuestre que la multa se pagó a los hombres que más lo merecen: los necesitados. Richard Cypher debe ser despojado de sus ganancias mal adquiridas.

Richard se merecía el dinero mucho más, pensó amargamente Nicci. Él lo había ganado, no aquellos otros hombres. Pensó en las noches que él había trabajado sin dormir, sin comer. Recordó haberle visto hacer una mueca de dolor al acostarse, con la espalda dolorida por el duro trabajo. Richard había ganado aquel dinero..., ella lo sabía, ahora. Aquellos hombres que lo recibirían no habían hecho nada para conseguirlo aparte de desearlo, proclamando así su derecho a él.

—Si, Protector Muksin —dijo Nicci a la vez que hacía una reverencia—Gracias por vuestra sabía justicia.

El señor Cascella soltó un quedo suspiro, Nicci se inclinó en actitud confidencial hacia el Protector.

—Llevaremos a cabo vuestras justas instrucciones de inmediato — Sonrió con deferencia—. Puesto que nos habéis tratado con tanta imparcialidad en este asunto, ¿podría pediros que tuvierais una consideración más con nosotros?

Era una gran cantidad de oro que se atribuiría a su labor en beneficio de la Orden. Nicci sabía que posiblemente se hallaría de un humor magnánimo en aquellos instantes.

—Es más bien una cuestión de curiosidad, en realidad.

El hombre soltó un asmático suspiro de irritación.

—¿Qué quieres?

Nicci se inclinó aún más hacia él, lo bastante cerca para oler su sudor rancio.

—El nombre de la persona que denunció a mi esposo. Aquel que con toda razón llevó a Richard Cypher ante la justicia.

Nicci sabía que el funcionario estaba pensando en que era más probable que se acogiera a alguien en la fraternidad si esa persona ayudaba a recaudar grandes sumas para los necesitados. La cuestión del nombre sería solo como un mosquito incomodando sus agradables pensamientos. El hombre atrajo hacia si unos documentos y los leyó rápidamente, dejándolos a un lado mientras buscaba.

—Aquí está —dijo finalmente el Protector Muksin—, dio parte del nombre de Richard Cypher un soldado joven que se alistó voluntariamente en el ejército de la Orden Imperial. Se llama Gadi. La denuncia es de hace meses. Se tardó algo de tiempo en hacer justicia, pero la Orden siempre se ocupa de que se haga justicia finalmente. Por eso llaman a nuestro gran emperador «Jagang el Justo».

—Gracias, Protector Muksin —respondió Nicci, irguiéndose.

Su rostro tranquilo ocultaba su furia interior ante el hecho de que aquel matón de poca monta se encontraba en aquellos momentos fuera de su alcance. Gadi merecía sufrir.

El Protector escribió se sentencia para un delito civil mientras decía:

—Llevad la orden de multa a la agrupación de trabajadores de los muelles regresad aquí cuando tengáis los sellos que demuestren que se ha pagado totalmente la multa de veintidós marcos de oro,

»Además, se ordena a Richard Cypher que se presente ante el comité de escultores para que se le asigne trabajo. —Entregó a Nicci el papel con las órdenes—. Richard Cypher es ahora un escultor de la Orden.

El sol se ponía cuando regresaran con todos los documentos y sellos. El herrero se sintió impresionado por el modo en que Nicci había manejado al funcionario cuando no surtió efecto la oferta de dinero, Ishaq le dio las gracias un centenar de veces. A ella lo único que le importaba era liberar a Richard.

La aliviaba saber que se había equivocado, que Richard no era un timador después de todo. Había sido una sensación tan desagradable, pensar mal de Richard. Por un momento había mancillado todo su mundo. Jamás se había alegrado tanto de haberse equivocado.

Mejor aún, lo habían conseguido. Iba a recuperarlo.

El señor Cascella, Ishaq y Nicci aguardaron ante la puerta lateral de la fortaleza. Las sombras se tornaron más oscuras. Por fin, la puerta se abrió. Dos guardias sostenían a Richard entre ambos. Cuando vieron a Richard, el estado en que se encontraba, el señor Cascella maldijo por lo bajo, Ishaq murmuro una plegaría.

Los guardias soltaron a Richard dándole un empujón y éste dio un traspié al frente. El herrero e Ishaq corrieron hacia los escalones para ayudarlo.

Richard recupero el equilibrio y se enderezo. Era una oscura figura erguida bajo los últimos vestigios de luz, desafiando las largas sombras que lo rodeaban. Extendió una mano al frente, ordenando a los dos hombres que permanecieran donde estaban, Ambos se detuvieron con un píe en el peldaño inferior, listos para correr hacia él si los necesitaba. Nicci no podía ni imaginar todo el dolor que debía costarle a Richard descender las escaleras con un paso tan firme y orgulloso sin ayuda, como si fuera un hombre libre.

Todavía no sabía lo que ella había hecho.

Nicci sabía que no podía existir algo peor para Richard. La tortura sufrida en las profundidades de la fortaleza no era tan mala como lo que ella le había hecho.

Nicci estaba segura que con aquello conseguiría obtener la respuesta que buscaba, si es que realmente existía una respuesta.

31

El hermano Narev se detuvo tras el hombro de Richard, como una sombra, A menudo merodeaba por las proximidades, asegurándose de que las esculturas progresaban según las instrucciones. Aquella era la primera vez que el gran hombre en persona se había detenido para observar el trabajo de Richard.

—¿Te conozco? —Su voz sonó como una piedra rascando sobre otra.

Richard dejó que el brazo que sostenía el martillo cayera al costado mientras alzaba los ojos. Se limpió el polvoriento sudor de la frente con el dorso de la mano izquierda, sin soltar el cincel.

—Sí, hermano Narev. Era un obrero que acarreaba hierro. Le traía un cargamento al herrero un día cuando tuve el honor de conoceros.

El hermano Narev frunció el entrecejo con suspicacia. Richard no permitió la aparición de ningún resquicio en su fachada de inocente serenidad.

—¿Un obrero, y ahora un escultor?

—Poseo una habilidad que me siento dichoso de aportar a mí prójimo. Estoy agradecido por la oportunidad que me ha dado la Orden de ganarme mí recompensa en la otra vida sacrificándome en esta.

—Dichoso... —Neal, la sombra de la sombra, se adelantó—. Te sientes dichoso de poder esculpir, ¿verdad?

—Sí, hermano Neal.

Richard se sentía dichoso de que Kahlan estuviera viva. No pensaba en nada más. En un prisionero, y lo que tuviera que hacer para mantener viva a Kahlan, lo haría. Eso era todo.

El hermano Neal sonrió con aire de superioridad ante la deferencia de Richard. El hombre había acudido a menudo a sermonear a los que tallaban la piedra, y Richard había llegado a conocerlo muy bien. El trabajo de los escultores, al ser el rostro que el palacio mostraría a la gente, tenía una importancia fundamental y Richard era a menudo el objeto de las arengas de Neal. Éste, un mago, no un hechicero como el hermano Narev, siempre parecía sentir la necesidad de probar su autoridad moral con Richard, quien no le daba nada a lo que aferrarse. Sin embargo Neal persistía.

El hermano Narev creía en sus propias palabras con lúgubre convicción: la humanidad era malvada; únicamente a través del sacrificio desinteresado hacia el prójimo tenía uno alguna esperanza de redimirse en la otra vida. No había ninguna dicha en su fe, era simplemente un deber implacable.

Neal creía en la doctrina de la Orden con un orgullo apasionado y arrogante, jubilosamente convencido de que el mundo precisaba una dirección férrea que sólo intelectuales ilustrados, como él, podían proporcionar; con una renuente deferencia hacia el hermano Narev, por supuesto.

Richard había oído en más de una ocasión a Neal proclamar que si tenía que ordenar que cortaran las lenguas de un millón de inocentes, eso sería mejor que permitir que un solo hombre blasfemara contra la manifiesta naturaleza virtuosa del modo de actuar de la Orden.

El hermano Neal, un joven de rostro lozano—sin duda engañosamente joven, teniendo en cuenta que Nicci había dicho que había vivido en una ocasión en el Palacio de los Profetas—, acompañaba frecuentemente al hermano Narev, regodeándose en la aprobación de su mentor. Neal era el lugarteniente del hermano Narev. Su rostro podría parecer joven, pero sus ideas no lo eran; la tiranía era algo antiguo, incluso aunque Neal se engañase a si mismo creyéndola la salvación de la humanidad. Sus ideas eran un ser querido que abrazaba con la pasión sin límites y ciega de un amante..., una verdad descubierta con la lujuria de un amante.

Nada provocaba más deprisa su ira que la sombra de la crítica, sin importar lo razonada que estuviera. Llevado por su ardor, Neal estaba totalmente dispuesto a destruir cualquier disensión, torturar cualquier oposición, matar a cualquier número de personas, que no se inclinaran ante el pedestal sobre el que estaban colocados sus nobles ideales.

Ningún suplicio, ningún fracaso, ni todo el llanto, angustia o muerte del mundo, podían atenuar su convicción de que la forma de actuar de la Orden era la única opción correcta para la humanidad.

Los otros discípulos, todos, como Neal, vestidos con túnicas marrones con capuchas, eran una heterogénea colección de seres crueles, idealistas pomposos, codiciosos feroces, resentidos, maliciosos, tímidos y, más que nada, peligrosamente crédulos. Todos compartían una implícita, cáustica e íntima aversión por la humanidad que se manifestaba en la convicción de que cualquier cosa que resultara grata a la gente sólo podía ser malvada y, en consecuencia, únicamente el sacrificio podía ser bueno.

Todos, con la excepción de Neal, eran seguidores obcecados y se hallaban totalmente bajo el hechizo del hermano Narev. Consideraban que el hermano Narev estaba mucho más cerca del Creador que del hombre y se mantenían pendientes de todas sus palabras, creyendo que cada una provenía de la inspiración divina. Si les dijera que debían matarse por la causa, Richard estaba seguro de que saldrían corriendo en busca del cuchillo más cercano.

Neal era el único que creía en la divinidad de sus propias palabras, además de en la de las del hermano Narev. Cada líder debía tener un sucesor, y Richard estaba más que seguro de que Neal había decidido ya quién serviría mejor para ser la siguiente encamación de la Orden.

—Una peculiar elección de palabras, dichoso... —El hermano Narev hizo que un nudoso dedo trazará un circulo en dirección a las figuras acurrucadas, deformadas y aterrorizadas en las que Richard trabajaba—, ¿Esto te hace sentir... dichoso?

Richard señaló la Luz que había tallado de modo que brillara sobre los desdichados seres.

—Esto, hermano Narev, es lo que me hace ser dichoso..., ser capaz de mostrar a los hombres encogidos de temor ante la perfección de la Luz del Creador. Me produce dicha mostrar la perversidad de la humanidad para que todo el mundo pueda verla, pues de este modo conocerán su deber para con la Orden.

El hermano Narev emitió un sospechoso sonido desde las profundidades de su garganta. La luz del sol ocultó sus ojos oscuros más que de costumbre y pareció hacer más profundos los pliegues alrededor de su boca mientras contemplaba a Richard con una mirada que compartía desconfianza y aversión. Únicamente un matiz de aprensión en ella la diferenciaba de la que dedicaba a todo el mundo. Richard le de-

dico una mirada fija y ausente. La boca del Hermano finalmente se crispó cuando desestimó sus pensamientos.

—Lo apruebo... He olvidado tu nombre. Pero de todos modos, los nombres no son importantes. Individualmente, cada hombre no es más que un diente insignificante en la gran rueda de la humanidad. Cómo gira esa rueda es todo lo que importa, no los dientes.

—Richard Cypher.

Una ceja de enmarañados pelos blancos y negros se alzó.

—Si... Richard Cypher. Bien, apruebo tu talla. Richard Cypher. Pareces comprender mejor que la mayoría cómo se representa debidamente al hombre.

Richard hizo una reverencia.

—No es mi mano, sino el Creador que la guía para ayudar a la Orden a mostrar el camino.

La mirada suspicaz regresó, pero la expresión de Richard hizo que el hermano Narev creyera en sus palabras. El sacerdote, con las manos cruzadas a la espalda, se alejó majestuosamente para ocuparse de otras cuestiones. Neal, igual que un niño pegado a las faldas de su madre, salió disparado para permanecer cerca de la túnica del hermano Narev. Echó una mirada de pocos amigos de soslayo y Richard creyó que iba a sacarle la lengua.

Por lo que Richard podía calcular, había unos cincuenta discípulos de túnicas marrones, y los veía con la suficiente frecuencia como para llegar a conocer su carácter. Víctor le había mencionado que una de las fundiciones había forjado en oro puro, a partir de la matriz que el herrero había fabricado, más o menos el mismo número de configuraciones de hechizo. Víctor pensaba que sólo eran adornos. Richard había visto que instalaban varias de las configuraciones de hechizo de oro en la parte superior de ornamentados pilares de piedra colocados en los jardines de El Retiro. Los pilares, de mármol pulido, estaban diseñados y dispuestos para parecer espléndidos adornos de un lujoso palacio, pero él sospechaba que eran más que eso.

Richard reanudó la tarea de cincelar una gruesa extremidad inflexible. Al menos, sus propias extremidades volvían a funcionar. Había tardado un poco, pero estaba curado. Aquello, no obstante, era otra tortura.

Cada día se congregaba gente para mirar los bajorrelieves instalados ya en los muros. Algunas personas se arrodillaban ante las escenas, orando, hasta que les sangraban las rodillas; algunas traían trapos que colocar bajo sus rodillas mientras rezaban. Muchas sé limitaban a contemplar fijamente, con miradas desoladas, la naturaleza de la humanidad representada en piedra.

Richard podía ver en los rostros de muchos de los que acudían que hablan ido con alguna especie de vaga esperanza, anhelando alguna respuesta esencial a una pregunta que no eran capaces de formular. La vacuidad de sus ojos cuando marchaban resultaba angustiosa. Eran personas a las que habían vaciado de vida tanto como a las que desangraban hasta morir en las mazmorras de la Orden.

Algunas de aquella, persona se congregaban para ver trabajar las escultores. En los dos meses que Richard llevaba trabajando para El Retiro, las multitudes te tornaron mayores para observarlo a él. La gente a veces lloraba ante lo que veía surgir de los cinceles de Richard

En los dos meses que llevaba trabajando para El Retiro, Richard había llegado a comprenderlos matices de la escultura en piedra. Lo que esculpía era descorazonador, pero el acto mismo de esculpir ayudaba a compensarlo. Richard se deleitaba con los aspectos técnicos de trabajar la piedra.

No obstante lo mucho que detestaba las cosas que tenía que tallar, llegó a gustarle trabajar la piedra con el cincel. El mármol parecía casi vivo bajo su mano. A menudo tallaba alguna parte diminuta con reverencia: un dedo elevado con elegancia, un ojo con una mirada perspicaz, un pecho que contenía un corazón prudente.

Una vez conseguida tal elegancia, la afeaba para contentar a la Orden. Por lo general, era entonces cuando la gente lloraba.

Richard inventó gentes contorsionadas y rígidas hasta extremos imposibles, dobladas bajo el peso de la culpa y la vergüenza. Si ese era el modo de proteger la vida de Kahlan, entonces haría que todos los que vieran las esculturas lloraran desconsoladamente. En cierto modo, ellos lloraban en su lugar, sufrían debido a las esculturas en su lugar, eran destruidos por lo que veían, en su lugar.

De aquel modo conseguía soportar la tortura.

Cuando las sombras se alargaban con el atardecer y el día finalizaba, los escultores empezaban a guardar sus herramientas en sencillas cajas de madera antes de regresar a su casa para pasar la noche. Todos regresarían no mucho después de que clareara. El contratista mayor les proveía de órdenes para zonas y formas que debían cubrirse con esculturas, de modo que pudieran dar a las piedras el tamaño correcto al tallarlas. Los discípulos del hermano Narev pasaban por allí para proporcionar los detalles de las historias que debían contarse en piedra.

La piedra que Richard esculpía era para la magnífica entrada de El Retiro. Escalones de mármol giraban majestuosamente en semicírculo, ascendiendo hasta la inmensa plaza redonda, y una columnata de pilares en semicírculo, a modo de reflejo de los peldaños, rodeaba la mirad posterior de la plaza. El trabajo de Richard consistía en tallar toda la procesión de escenas colocadas encima de aquellas columnas.

Esa entrada marcaría el tono de todo el palacio. El hermano Neal había contado a Richard que la visión del hermano Narev era que allí, en el centro de la plaza, estaría la estatua que dominaría la entrada del palacio.

Y que sería una obra que golpearía a cualquier observador con una aplastante sensación de su propia culpa y vergüenza ante la naturaleza perversa de la humanidad. La estatua, en su horror, era una llamada al sacrificio desinteresado, y se construiría en forma de reloj de sol, mostrando a gente encogida de miedo bajo la Luz de su Creador,

Neal la había descrito con tal deleite que la imagen que creó en la mente de Richard asqueó a éste.

Richard fue el último en abandonar la obra. Como hacía a menudo, marchó colina arriba, siguiendo el sinuoso camino en dirección a los talleres. Víctor estaba cubriendo las brasas hasta la mañana siguiente. Con el otoño prácticamente allí, los días no eran insoportablemente calurosos, de modo que la forja no era el lugar deprimente que había sido en pleno verano. El invierno allí nunca era riguroso pero en esta época la forja era un buen lugar para desterrar el helor que se dejaba sentir en los fríos días lluviosos.

—¡Richard! Cómo me alegro de verte. —El herrero sabía por qué estaba Richard allí—. Ve al fondo. ¿Qué te parece sí voy a sentarme contigo cuando haya terminado, aquí?

Richard dedicó una sonrisa a su amigo y dijo:

—Me gustaría.

Richard abrió las puertas dobles de la parte posterior, dejando que los últimos rayos de luz inundaran la habitación donde se alzaba el mármol. Acudía a menudo a contemplar el monolito. A veces, tras un día de esculpir fealdad, iba allí a mirar la piedra e imaginar la belleza que llevaba dentro. Ese equilibrio parecía a veces ser todo lo que le sustentaba.

Sus dedos, llenos de polvo por su trabajo, se alargaron al frente para palpar el blanco mármol de Cavatura. Era ligeramente distinto de la piedra que tallaba abajo, en la obra. Ahora poseía la experiencia necesaria para reconocer la sutil diferencia. El grano era más fino en la piedra de Víctor, más duro; aceptaría y retendría mejor los detalles.

Bajo los dedos de Richard, la piedra era tan fría como la luz de la luna, e igual de casta.

Cuando alzó los ojos, Víctor estaba parado a poca distancia, sonriendo, observando a Richard y a la piedra.

—Después de esculpir tal fealdad, ¿resulta agradable contemplar la belleza de mi estatua?

Richard lanzó una risita como respuesta.

El herrero cruzó a zancadas la habitación, haciéndole señas.

—Ven, siéntate conmigo y come un poco de lardo.

Se sentaron en el umbral, bajo la luz menguante, comiendo finas rodajas de aquella nutritiva exquisitez, inhalando el fresco aire que ascendía por la colina.

—¿Sabes?, no tienes por qué venir aquí a contemplar mi hermosa estatua —dijo Víctor—. Tienes una esposa hermosa a la que mirar.

Richard no dijo nada.

—No recordaba que hubieras mencionado jamás a tu esposa. Nunca supe de su existencia, hasta que vino a verme aquel día. Por algún motivo, siempre creí que tenías una buena mujer…

Víctor torció el gesto en dirección a las obras de El Retiro.

—¿Por qué no la mencionaste nunca?

Richard se encogió de hombros,

—Espero que no me consideres una mala persona, Richard, pero ella no encaja con mi idea de la que podía ser tu mujer.

—No te considero una mala persona, Víctor. Todo el mundo debería tener el derecho a pensar por sí mismo.

—¿Te importa si te hago preguntas sobre ella?

Richard suspiró.

—Víctor, estoy cansado. Realmente preferiría no hablar sobre mi esposa. Además, no hay nada que decir. Es mi esposa. Lo que es, es.

Víctor gruñó mientras masticaba un enorme bocado de cebolla roja. Una vez que se lo tragó, agitó la media cebolla que le quedaba.

—No es bueno para un hombre esculpir tales cosas durante el día, y luego por la noche tener que regresar a casa a... ¿Qué estoy diciendo? ¿Qué bicho me ha picado? Perdóname, Richard. Nicci es una mujer hermosa.

—Sí, supongo que sí.

—Y se preocupa por ti.

Richard no dijo nada.

—Ishaq y yo intentamos sacarte de aquel lugar ofreciendo tu dinero a cambio. No fue suficiente. El hombre era un funcionario pomposo. Nicci supo ganárselo. Usó sus palabras para hacer girar la llave de la puerta de tu prisión. Sin Nicci, estarías muerto.

—Así pues, les dijo que sabía esculpir... para salvarme la vida.

—Eso es. Fue ella quien te consiguió el empleo de escultor.

Víctor esperó que dijera más, y finalmente suspiró con resignación cuando no añadió nada más.

—¿Qué tal esos cinceles que envié ahí abajo?

—Buenos. Trabajan bien. No obstante, no me iría mal un cincel de garra con dientes más finos.

Víctor entregó a Richard otra pequeña rodaja de lardo.

—Lo tendrás.

—¿Que hay del acero?

Víctor agitó su cebolla.

—No hay por qué preocuparse. A Ishaq le va bien en tu lugar, No es tan bueno como tú, pero le va bien. Me consigue lo que necesito. A todo el mundo le gusta Ishaq, y les satisface que decidiera ocuparse de nuestras necesidades. La Orden está tan desesperada por hacer progresar los trabajos que hace la vista gorda. Faval, el carbonero, preguntó por ti. Le cae bien Ishaq, pero te echa de menos.

Richard sonrió al recordar a aquel tipo tan nervioso.

—Me alegro de que Ishaq le compre su carbón.

Había mucha gente buena en el Viejo Mundo. Richard los había visto siempre como el enemigo, y en la actualidad era amigo de un buen número de ellos. A menudo le había sucedido lo mismo: la gente era básicamente igual en todas partes, una vez que uno llegaba a conocerla.

Los había que amaban la libertad, que pedían a gritos vivir sus propias vidas, poder esforzarse para obtener algo, lograr cosas, y los que estaban empeñados en estancarse mediante la imposición forzada de una uniformidad artificial, arbitraria y gris; aquellos que deseaban ir más allá mediante sus propios esfuerzos, y aquellos que querían que otros pensaran por ellos y estallan dispuestos a pagar el precio supremo por ello.

Kamil y Nabbi se pusieron en pie los dos y sonrieron abiertamente cuando Richard subió los peldaños.

—Nabbi y yo trabajamos en nuestra escultura, Richard. ¿Quieres venir a verla?

Richard sonrió y rodeó con el brazo los hombros de Kamil.

—Desde luego. Veamos qué habéis hecho hoy.

Los siguió por el limpio pasillo hasta la parte trasera, donde Kamil y Nabbi habían tallado caras en un viejo tronco. Las esculturas eran terribles.

—Bueno, Kamil, no está nada mal. La tuya también, Nabbi.

Las tallas de las caras lucían sonrisas, y para Richard eso por sí solo era inestimable. No obstante su poca calidad, había más vida en ellas que en lo que Richard veía ejecutar día tras día en valioso mármol a maestros escultores.

—¿De verdad, Richard? —preguntó Nabbi—. ¿Crees que Kamil y yo podríamos ser escultores?

—Algún día, tal vez. Necesitáis más práctica, aún tenéis mucho que aprender, pero todos los escultores tienen que practicar para llegar a ser expertos. Aquí, mirad esto, justo aquí, por ejemplo. ¿Qué os parece esto? ¿Qué está mal?

Kamil cruzó los brazos mientras contemplaba con el entrecejo fruncido, en actitud concentrada, el rostro que había tallado.

—No sé.

—¿Nabbi?

Incómodo, Nabbi se encogió de hombros.

—No parece un rostro auténtico. Pero no sé decir por qué.

—Mirad mi rostro, mis ojos. ¿Qué es diferente?

—Bueno, me parece que tus ojos tienen una forma distinta —dijo Kamil.

—Y están más juntos... —añadió Nabbi.

—Muy bien,

Richard cogió un terrón de tierra del huerto y luego lo modeló. Usó el índice y el pulgar para formar un sencillo rostro.

—¿Veis esto? Al colocar los ojos más juntos, se parece más a una persona auténtica.

Los dos jóvenes asintieron mientras estudiaban lo que había hecho.

—Entiendo —dijo Kamil—. Empezaré otra nueva, y lo haré mejor.

Richard le dio una palmada en la espalda.

—Buen chico.

—A lo mejor algún día podamos ser escultores —indicó Nabbi.

—A lo mejor —respondió Richard.

Nicci tenía la cena en la mesa, esperándolo. Un cuenco de sopa descansaba junto a la lámpara encendida, mientras el resto de la habitación quedaba bajo la penumbra. Nicci estaba sentada a la mesa, aguardando.

—¿Qué tal el trabajo con las esculturas hoy? —preguntó cuándo Richard fue a la jofaina para limpiarse.

Él se echó agua jabonosa en el rostro, eliminando el polvo que dejaba la piedra.

—Esculpir es esculpir.

Nicci pasó el pulgar por la base de la lámpara.

—¿Puedes soportarlo?

—¿Qué elección tengo? —Inquirió él, secándose las manos—. O lo soporto o pongo fin a todo. ¿Qué clase de elección es ésa? ¿Me estas preguntando si estoy preparado ya para suicidarme?

Ella alzó los ojos.

—No es eso a lo que me refiero.

Richard arrojó la toalla junto a la jofaina.

—Además, ¿cómo puedo no estarte agradecido por el empleo que me conseguiste?

Los ojos azules de Nicci regresaron a la mesa.

—¿Víctor te lo contó?

—No era difícil imaginarlo. Víctor sólo dijo que eras hermosa, y que me salvaste la vida.

—No tenía elección, Richard. Sólo podía liberarte si poseías una habilidad. Tuve que decírselo.

Más que en otras ocasiones Richard percibió en ese momento la esencia del combate con ella, la danza. Ella se sentía segura tras su escudo de «tuve que decírselo». Sin embargo ello le permitía observarlo, ver cómo reaccionaría.

Todos los esfuerzos del día, moviendo pesados bloques de piedra, alzando el martillo innumerables veces, le hablan minado las fuerzas. Las manos le hormigueaban por el efecto de todos aquellos golpes resonantes. Ya había vuelto a iniciarte una vez más la batalla con Nicci. Se sentó en su región vencido por el agotamiento.

La fatiga era parte de cualquier batalla. En la misa medida en que la había sentido cuando empuñaba la espada, la sentía en aquel momento, Aquella era una batalla en toda regla. Nicci se oponía a la libertad, a la vida,

Aquélla era una danza con la muerte.

La danza con la muerte en la definición da la vida misma, puesto que todo el mundo acababa por morir.

—Quiero saber algo, Nicci.

Ella lo miró expectante.

—¿Qué?

—¿Puedes percibir si Kahlan está viva?

—Desde luego. Puedo percibir el vínculo con ella en todo momento.

—¿Y sigue viva?

Nicci sonrió de aquel modo suyo tan convincente.

—Richard, Kahlan está perfectamente. No permitas que eso te preocupe.

La miró con fijeza durante un rato Finalmente, apartó la mirada y se tumbó en el lecho. Dio la espalda a la mirada de Nicci, a la danza.

—Richard... te he hecho sopa. Ven a comer.

—No tengo hambre.

La expulsó de su mente e intento recordar los ojos verdes de Kahlan mientras el cansancio lo envolvía.

32

Richard sentía la respiración de Neal en el cogote. El joven discípulo observaba por encima del hombre de Richard mientras éste iba dando golpecitos a la parte posterior del cincel, tallando la boca abierta de un pecador que gritaba desesperado de dolor mientras el Custodio del Inframundo le desgarraba el cuerpo.

—No está nada mal —murmuró Neal, lleno de gozo ante lo que contemplaba.

—Gracias, hermano Neal.

Los ojos castaños de Neal, el mismo color de su deslustrada tónica, se clavaron en él en arrogante desafío. Richard no hizo nada por responder.

—¿Sabes, Richard? No me gustas.

—Ningún hombre merece despertar simpatía, hermano Neal.

—Siempre tienes una respuesta, ¿verdad, Richard? —El joven mago sonrió mientras introducía la mano bajo la capucha y se rascaba los cortísimos cabellos castaños—. ¿Sabes por qué tienes este empleo?

—Porque la Orden me proporcionó una oportunidad de ayudar...

—No, no—lo Interrumpió Neal, impacientándose—. Quiero decir ¿sabes por qué estaba disponible el puesto? ¿Sabes por qué necesitábamos escultores, y de ese modo obtuviste este trabajo?

Richard sabía perfectamente por qué habían necesitado tallistas.

—No, hermano Neal. Yo era un peón por entonces.

—Muchos de ellos fueron ajusticiados.

—Entonces debían ser traidores a nuestra causa. Me alegro de que la Orden los atrapara.

La sonrisa taimada de Neal regresó al tiempo que éste se encogía de hombros.

—Quizá. Me di cuenta de que mostraban una mala actitud. Se creían muy importantes, daban demasiada importancia a lo que egoístamente consideraban su... talento. Una idea muy anticuada, ¿no te parece, Richard?

—No sabría decirlo, hermano Neal. Sólo sé que puedo esculpir, y estoy agradecido por la oportunidad de cumplir con mi deber de ayudar a mi prójimo.

Neal retrocedió, dirigiendo a Richard una mirada evaluativa, como para calcular si esas palabras habían sido dichas en tono de burla o no. Richard no había proporcionado a Neal la oportunidad que buscaba, de modo que este simplemente se extendió en el tema.

—Me pareció que algunos de entre ellos podrían estar mofándose de la Orden con su trabajo. Me pareció que podrían estar usando sus esculturas para burlarse y ridiculizar nuestra noble causa.

—¿De veras, hermano Neal? Jamás lo sospeché.

—Por eso no eres nadie, y nunca serás alguien. Eres un cero a la izquierda. Igual que todos esos escultores.

—Me doy cuenta de que no soy nadie, hermano Neal. Estaría mal pensar que mi valor es otro que aquello con lo que puedo contribuir al prójimo. No aspiro más que a trabajar duro en servicio al Creador para poder obtener mí recompensa en la otra vida.

La sonrisa de Neal había desaparecido, reemplazada por una mirada furibunda.

—Ordené que los ajusticiaran..., después de hacer que los torturaran para obtener confesiones de cada uno de ellos.

La mano de Richard se cerró con más fuerza sobre el cincel. Pese a su expresión tranquila, meditó la posibilidad de hundirle el cincel a Neal en el cráneo. Sabía que podía hacerlo antes de que el hombre pudiera reaccionar. Pero ¿que ganaría con ello? Nada.

—Me alegro, hermano Neal, de que sacarais a la luz a los traidores que había entre nosotros.

Neal entrecerró los ojos con expresión suspicaz, pero finalmente lo dejó correr con una mueca antes de girar sobre sí mismo con un revuelo de su túnica.

—Ven conmigo —le ordenó en tono grave mientras se alejaba. Richard lo siguió por el terreno, donde los trabajadores iban de un lado a otro, arrastrando suministros hasta el emplazamiento de la construcción, Pasaron ante lo que parecía la interminable fachada del palacio. Las paredes de piedra eran cada vez más altas, con una hilera tras otra de ventanas. Sus rebordes empezaban a tomar forma. Muchas de las vigas del segundo piso ya estaban colocadas y también empezaba a alzarse un laberinto de paredes internas, definiendo las habitaciones y pasillos. El palacio tendría kilómetros de pasillos. Docenas de huecos de escalera se hallaban en varios estadios de construcción.

No se tardaría mucho en colocar los suelos de madera de roble sobre algunas de las habitaciones del piso inferior. Aunque primero había que colocar el techo sobre aquellas secciones, no fuera a ser que la lluvia estropeara el revestimiento del suelo. Algunas de las habitaciones exteriores tendrían techos mis bajos que la sección principal, que iba a alzarse hasta una altura imponente. Richard esperaba ver aquellas habitaciones más bajas cubiertas con techos de pizarra y plomo antes de las lluvias invernales.

Permaneció bien pegado a los talones del hermano Neal mientras marchaban hacia la entrada principal del palacio. Allí las paredes eran más altas y más completas, con muchas elaboradas decoraciones ya en su sitio. Neal ascendió de dos en dos el semicírculo de peldaños de mármol que conducía a la plaza. Los pilares de mármol blanco se alzaban en una curva impresionante, y en lo alto se habían instalado muchas de las esculturas de piedra. Con toda aquella gente torturada congelada en piedra, resultaba una visión amedrentadora, que era lo que se pretendía.

El suelo de la plaza era de mármol blanco de Cavatura veteado de gris, y el sol, al caer sobre el mármol, hacía que la plaza, medio circundada por las vertiginosas columnas, resplandeciera con una luz soberbia. Los decrépitos personajes en piedra que la rodeaban parecían chillar de dolor ante aquella luz, justo el efecto que el hermano Narev había deseado.

Neal hizo un amplio gesto con un brazo.

—Aquí estará la gran estatua; la estatua que coronará la entrada a El Retiro del emperador. —Dio un giro completo mientras mantenía el brazo en alto—. Éste será el lugar por donde la gente entrará al gran palacio. Aquí es a donde vendrá la gente cuando acuda a ver a los funcionarios de la Orden. Aquí estarán más cerca del Creador.

Richard no dijo nada. Neal lo observó por un momento, luego fue a pararse en el centro y alzó los brazos hacia la luz solar.

—Aquí... estará la estatua a la gloria del Creador, usando Su Luz en un reloj de sol. La Luz permitirá ver las repugnantes criaturas de las estatuas: la humanidad. Esto será un monumento a la naturaleza malvada del hombre, condenado al suplicio de su existencia en este mundo, con su carácter perverso, acurrucado en total humillación mientras Su Luz revela tal como son el cuerpo y espíritu aborrecibles del hombre..., pervertidos más allá de toda esperanza.

Richard se dijo que si la locura tenía un adalid, era la Orden y sus acólitos.

Los brazos de Neal volvieron a descender en un veloz movimiento, como un director de orquesta concluyendo una actuación triunfal.

—Tú. Richard Cypher, esculpirás esta estatua.

Richard fue plenamente consciente del martillo que sostenía en el tenso puño.

—Sí, hermano Neal.

Neal agitó un dedo muy cerca de su propia nariz mientras sonreía con diabólico regocijo.

—Me parece que no lo comprendes, Richard. —Alzó una mano autoritaria—. Aguarda. Aguarda justo aquí.

Se alejó con pasos majestuosos, con la túnica marrón arremolinándose tras él como aguas fangosas en una inundación. Recogió algo de detrás de los pilares de mármol y regresó sosteniéndolo en una mano.

Era una estatua pequeña. La depositó en el suelo, en el lugar en que las líneas en forma de radios del suelo de mármol convergían en un punto en mitad de la plaza. Era una estatua de escayola de lo que el hermano Neal acababa de describir a Richard. Era, sí cabe, aún más horripilante de lo que Neal la había descrito. Richard ansió hacerla pedazos con su marrillo, allí mismo. Casi valdría la pena morir por destruir algo tan repugnante.

Casi.

—Aquí la tienes —dijo Neal—. El hermano Narev hizo que un maestro escultor realizara el modelo del reloj de sol según sus instrucciones. La visión del hermano Narev es realmente extraordinaria. Es perfecto, ¿no crees?

—Es exactamente tan espeluznante como dijisteis que era, hermano Neal.

—Y tú vas a esculpirlo. Simplemente agranda este modelo hasta convertirlo en una gran estatua de mármol blanco.

Sintiéndose como petrificado, Richard asintió.

—Sí, hermano Neal. El dedo del otro volvió a menearse.

—No, no, aun no lo comprendes, Richard —Sonreía de oreja a oreja, igual que una lavandera con el cesto lleno de sabrosos chismorreos—. Verás, he hecho algunas averiguaciones sobre ti. El hermano Narev y yo jamás confiamos en ti, Richard Cypher. No, jamás lo hicimos. Ahora, lo sabemos todo respecto a ti. Descubrí tu secreto.

A Richard se le heló la carne. Sus músculos se tensaron, tan duros como piedras. Se preparó para lanzarse al combare. Ya no parecía existir otra opción que no fuera pelear. Neal estaba a punto de morir.

—Verás, hablé con el Protector del Pueblo Muksin.

Richard se sintió desconcertado.

—¿Quién?

Neal exhibió una sonrisa triunfal.

—El hombre que te sentenció, trabajar como escultor. Conocía tu nombre. Me mostró la instrucción del caso. Confesaste una infracción civil. Me mostró la multa: veintidós marcos de oro. Toda una suma —Neal volvió a menear el dedo—. Eso fue un fallo injusto, Richard, y lo sabes. Nadie puede conseguir una fortuna como esa lícitamente o cometiendo una simple infracción civil. Unas ganancias así sólo pueden obtenerse cometiendo grandes delitos.

Richard se relajó un poco. Los dedos le dolían debido a lo fuerte que había estado sujetando el martillo.

—No—dijo Neal—, tenías que haber hecho algo mucho más serio para haber reunido esa fortuna. Evidentemente eres culpable de un crimen muy grave.

Neal extendió las manos igual que el Creador ante uno de sus hijos.

—Voy a ser clemente contigo, Richard.

—¿Aprueba el hermano Narev que seáis clemente?

—Ah, sí. Veras, la estatua será tu penitencia; tú forma de expiar tu acción malvada. Crearas esta estatua cuando no estés realizando tus otras esculturas para el palacio. No recibirás una paga por ello. Se te ordena no emplear ningún pedazo del mármol que la Orden haya adquirido para El Retiro del emperador, sino procurarte el mármol con tu propio dinero. Si debes trabajar durante una década para ganar esa suma, mucho mejor.

—¿Queréis decir, que tengo que esculpir durante el día, cumpliendo mi trabajo, y luego, en mi tiempo libre, esculpir esta estatua para vos por la noche?

—¿Tu tiempo libre? Qué concepto tan corrupto.

—¿Cuando voy a dormir?

—Que tú duermas no es de la incumbencia de la Orden... la justicia sí.

Richard tomó aire para tranquilizarse. Señaló con el martillo el objeto depositado en el suelo.

—¿Y esto es lo que tengo que esculpir?

—Así es. La piedra la comprarás tú, y tú trabajo será tu contribución al prójimo. Será tu regalo a las gentes de la Orden, en penitencia por tus acciones malvadas. Hombres como tú, con la habilidad para hacerlo, deben contribuir gustosos con todo lo que tienen para ayudar a la Orden.

El hermano Neal extendió el brazo majestuosamente.

—Tendrá lugar una consagración del palacio este invierno. La gente necesita ver pruebas tangibles de que la Orden puede convertir en realidad un proyecto tan grandioso como este magnífico palacio. Necesita con desesperación las lecciones que este palacio les enseñará.

»El hermano Narev está ansioso por consagrar el palacio. Desea celebrar una gran ceremonia, este invierno, a la que asistirán muchos dignatarios de la Orden. La guerra avanza; la gente necesita ver que este palacio también lo hace. Necesita ver los resultados de sus sacrificios.

»Tú, Richard Cypher, esculpirás la grandiosa estatua de la entrada de El Retiro del emperador.

—Me siento honrado, hermano Neal.

Neal sonrió con afectación.

—Deberías.

—¿Y si no estoy... a la altura de la tarea?

La sonrisita afectada se amplió a una sonrisa burlona.

—Entonces volverás a quedar bajo arresto, y los interrogadores del Protector Muksin dispondrán de ti hasta que confieses. Una vez que hayas confesado, se te colgará en un poste. Las aves se darán un festín contigo.

El hermano Neal señaló al suelo, al grotesco modelo.

—Recógelo. A esto es a lo que debes dedicar tu vida.

Nicci alzó la cabeza al oír la voz de Richard. Hablaba con Kamil y Nabbi. Le oyó decir que estaba cansado y que no podía echar una mirada a lo que habían rallado, que lo haría al día siguiente. Nicci comprendió que se sentirían decepcionados. Aquello no era propio de Richard.

Vertió con una cuchara gachas de maíz y guisantes desde una olla abollada a una escudilla, luego colocó la escudilla y una cuchara de madera sobre la mesa. No había pan.

Deseo poder prepararle algo mejor pero, una vez descontadas sus contribuciones voluntarias, carecían de dinero. De no ser por el huerto que Las mujeres del edificio cultivaban ahora, se encontrarían en una situación desesperada. Nicci había aprendido a cultivar también para poderle ofrecer comida.

Los hombros de Richard estaban encorvados, los ojos distantes. Llevaba algo en una mano.

—Te he preparado la cena. Ven y come.

Richard depositó el objeto sobre la mesa, junto a la lámpara de aceite. Era una escultura pequeña de intrincadas figuras, acurrucadas en acritudes temerosas. Estaban parcialmente rodeadas por la sección de un aro, y un largo rayo, un símbolo común de castigo por parte del Creador, descendía sobre su parte central, atravesando a varios hombres y mujeres, evidentemente malvados, inmovilizándolos contra el suelo. Era una pasmosa representación de la naturaleza perversa de la humanidad y de la cólera del Creador ante sus costumbres licenciosas.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Richard se dejó caer pesadamente en una silla. Su rostro se hundió entre sus manos, los dedos entre los cabellos. Al cabo de un rato, alzó la cabeza.

—Lo que tú querías —dijo en voz baja.

—¿Lo que yo quería?

—Mi castigo.

—¿Castigo?

Richard asintió.

—El hermano Narev averiguó lo de la multa de veintidós marcos de oro. Dijo que debía haber hecho algo criminal para conseguir tanto dinero, y me sentenció a hacer una estatua para la espléndida entrada del palacio del emperador.

Nicci bajó la mirada hacia el pequeño objeto de la mesa.

—¿Qué es?

—Un reloj de sol. Esto es el aro en el que están grabadas las horas. El rayo proyecta una sombra de la Luz del Creador sobre el aro para indicar la hora.

—Sigo sin comprender. ¿Por qué es una sentencia? Eres un escultor, ese es tu trabajo.

Richard negó con la cabeza.

—Tengo que comprar la piedra con mi propio dinero, y tengo que esculpir esto por la noche, en mi tiempo libre, como mi regalo a la Orden.

—¿Y por qué crees que esto es lo que yo quería?

Richard pasó un dedo a lo largo del rayo mientras sus ojos estudiaban la estatua.

—Tú me trajiste aquí, al Viejo Mundo, por que querías que conociera lo equivocada que era mi forma de ser. Lo he hecho. Debería haber confesado un crimen y haber dejado que pusieran fin a esto.

Sin pensar, Nicci alargó el brazo a través de la mesa y posó su mano sobre la de él.

—No, Richard, no es eso lo que quería.

Él apartó la mano.

—Come, Richard —dijo ella, acercándole la escudilla—. Necesitas tus energías.

Sin quejarse, él hizo lo que le decía. Era un prisionero que hacía lo que le ordenaban. Odió verlo así.

La chispa había desaparecido de sus ojos, tal y como había abandonado los ojos de su padre.

Cuando miraba a la estatua colocada en el centro de la mesa, sus ojos carecían de vida. Era como si la energía, la esperanza, lo hubiesen abandonado. Cuando terminó de comer, marchó a la cama sin decir una palabra y se tumbó, dándole la espalda.

Nicci permaneció sentada en la mesa, escuchando el chisporroteo de la llama de la lámpara, contemplando la respiración acompasada de Richard a medida que este se dormía.

Parecía que su espíritu estaba aniquilado. Ella había creído durante mucho tiempo que podría averiguar algo valioso cuando él se viera empujado a tales extremos. Daba la impresión de que había estado equivocada, que Richard finalmente se había dado por vencido. Ya no averiguaría nada de él.

No le quedaba gran cosa que hacer. No había motivos para proseguir con todo aquello. Por un momento, sintió el peso aplastante de su decepción. Luego, incluso eso desapareció.

Vacía e insensible. Nicci recogió la escudilla y la cuchara, y las llevó al balde de lavar. Trabajó sin hacer ruido, para dejarle dormir, mientras se resignaba a regresar junto a Jagang.

No era culpa de Richard que él no pudiera enseñarle nada; en la vida no había nada que aprender. Aquello era todo lo que había. Su madre tenía razón.

Cogió el cuchillo y lo colocó sin hacer ruido sobre la mesa.

Richard había padecido suficiente.

Sería lo mejor.

33

Nicci permaneció sentada ante la mesa, con el cuchillo entre los dedos, durante una eternidad. Contempló la espalda de Richard. El pecho de este crecía lentamente, inhalando vida y luego volvía a descender. Había tiempo más que suficiente para deslizar el cuchillo en su espalda, entre las costillas, para atravesarle el corazón.

Quedaba mucho tiempo aún hasta el amanecer.

La muerte era algo definitivo, y deseaba contemplarlo durante un rato, Nicci jamás se cansaba de contemplar a Richard.

Después de que lo hiciera, ya no podría contemplarlo nunca más. Habría desaparecido para siempre. Con el daño que los repiques habían hecho a los mundos y su interrelación, ni siquiera sabía ya si el alma de una persona poda ir aun al mundo de los espíritus. Tampoco sabía si el inframundo seguía existiendo y si el espíritu de Richard ira allí, o si simplemente desparecería... para siempre; si él y su alma sencillamente dejarían de existir.

En su estado de estupefacción, Nicci perdió la noción del tiempo.

Cuando echó un vistazo por la ventana que Richard había hecho instalar con el dinero que había ganado, reparó en que el cielo había adoptado el tono rosado de la aurora.

Vinculada como estaba a Kahlan. Nicci no podía llevar a cabo la acción con su magia y, no obstante lo mucho que aborrecía la idea de hacerlo, y sabiendo lo truculento que seria, tenía que utilizar el afilado cuchillo

Enroscó los dedos alrededor del mango de madera del recio cuchillo. Quería que fuera rápido. No podía soportar la idea de que Richard sufriera. Había padecido suficiente en la vida, no quería que sufriera también en la muerte.

Se debatiría brevemente, pero luego todo acabaría.

Richard giró repentinamente sobre su espalda y luego se sentó en la cama. Nicci se quedó totalmente inmóvil, sentada aún en la silla, mientras él se restregaba el sueño de los ojos. ¿Podía matarlo estando despierto? ¿Podía mirarlo a los ojos mientras le hundía el cuchillo en el pecho?

Tendría que hacerlo.

Lo hacía con la mejor intención,

Richard bostezó y se desperezó. Se puso en pie de un salto.

—Nicci. ¿Qué haces? ¿No te has acostado?

—Su... supongo que me quedé dormida en la silla.

—Ah, bueno, yo... ahí está. Lo necesito.

Le arrebató el cuchillo de la mano.

—¿Te importa si me lo llevo esto? Lo necesito. Me temo que tendré que afilártelo más tarde. Ahora no tendré tiempo, me tengo que marchar. ¿Puedes prepararme algo de comer? Tengo prisa. Debo ir a ver a Víctor antes de empezar a trabajar.

Nicci estaba atónita. Richard estaba repentinamente reanimado. A la luz de la lámpara, bajo la tenue luz del amanecer que penetraba por las ventanas, tenía aquella mirada en los ojos. Parecía... resuelto, lleno de determinación.

—Sí, claro —respondió ella.

—Gracias —le gritó él volviendo la cabeza mientras salía por la puerta a toda prisa.

—¿Adónde...?

Pero ya se había ido. Decidió que debía haber salido al huerto de atrás en busca de hortalizas. Pero ¿por qué necesitaría un cuchillo tan grande para eso? Se sentía confusa, pero también reanimada. Richard parecía volver a ser él mismo.

Sacó unos huevos de la despensa que había estado guardando, junto con una sartén, y marchó presurosa al exterior, a los fogones. Las brasas de los fuegos de la noche anterior brillaban aún, proporcionando un poco de luz. Las alimentó con unas astillas, luego amontonó una capa de ramas encima. Colocó la sartén de hierro directamente encima de la leña, en lugar de colocar la rejilla; los huevos se cocinaban enseguida.

Mientras esperaba que la sartén se calentara, oyó un sonido chirriante. A la luz parpadeante del fuego, no vio a Richard en el huerto. No se le ocurría adonde había ido, ni qué tramaba. Partió los huevos sobre la sartén caliente y arrojó las cáscaras en el balde para abono colocado junto a los fogones. Con una cuchara de madera revolvió los huevos.

Cuando se erguía, usando la falda para sujetar el asa caliente de la sartén, a Nicci le sorprendió ver a Richard acercándose.

—Richard, ¿qué estás haciendo?

—Hay unos ladrillos sueltos ahí atrás. Sólo me ocupaba de ellos antes de ir a trabajar. He limpiado las junturas. Traeré un poco de argamasa a casa y los arreglaré más tarde.

Cogió unas hojas gruesas y las usó como agarrador para tomar la sartén que ella sostenía. Con la otra mano, arrojó el cuchillo al aire, lo cogió por la punta, y le tendió el mango a ella. Nicci tomó el grueso cuchillo, arañado y mellado ahora tras raspar los ladrillos para limpiarlos. Richard se comió los huevos revuelcos de pie, usando la cuchara de madera.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Muy bien —respondió él, y engulló una cucharada—. ¿Por qué?

Nicci señaló en dirección a la casa.

—Bueno, anoche... parecías tan... derrotado.

Él la miró con el entrecejo fruncido.

—¿De modo que yo no tengo derecho a lamentarme de mi suerte de vez en cuando?

—Bueno, sí, supongo. Pero ¿ahora...?

—Ahora he reflexionado.

—¿Y...?

—Ha de ser mi regalo a la gente, ¿verdad? Daré a la gente el regalo que necesita.

—¿De qué estás hablando?

Richard agitó la cuchara de madera.

—Los hermanos Narev y Neal dijeron que esto será mi regalo a la gente, y eso será. —Se metió otra cucharada en la boca.

—¿Así que esculpirás la estatua que quieren?

Él corría ya escaleras arriba antes de que ella finalizara la pregunta.

—Tengo que recoger el modelo de la estatua y marcharme a trabajar.

Nicci corrió tras él, escaleras arriba. Richard seguía comiendo huevos mientras andaba. Se quedó parado en la habitación, mirando la pequeña estatua de la mesa mientras se terminaba el desayuno. Nicci no conseguía entender nada..., Richard sonreía.

Richard depositó la sartén sobre la mesa y recogió el modelo.

—Probablemente regresaré tarde. Tengo que empezar mi penitencia para la Orden. Tal vez trabaje toda la noche.

Boquiabierta, contempló cómo se marchaba corriendo a trabajar.

Apenas podía creer que él hubiera vuelto a esquivar a la muerte. Nicci no recordaba haber estado nunca tan agradecida por algo. No entendía nada.

Richard llegó al establecimiento del herrero poco después de que Víctor hubiese abierto para iniciar la tarea diaria. Sus hombres no habían llegado aún. A Víctor no le sorprendió verlo; Richard a veces aparecía temprano y los dos se sentaban y contemplaban cómo salía el sol sobre la obra.

—¡Richard! Me alegro de verte,

—Y yo a ti, Víctor. Tengo que hablar contigo.

El hombre soltó un gruñido.

—¿La estatua?

—Así es —respondió Richard, un tanto desconcertado—. La estatua. ¿Lo sabes?

Con Richard marchando tras él, Víctor atravesó el oscuro taller, abriéndose paso entre el desorden de bancos y herramientas.

—Oh, sí, lo oí.

En el camino, se detuvo para recoger un martillo aquí, una barra de hierro allá, y depositarlos sobre una mesa o introducirlos en un cubo, como si uno pudiera ordenar una montaña arreglando unos cuantos guijarros y recogiendo una rama caída.

—¿Qué has oído?

—El hermano Narev me hizo una visita ayer por la tarde. Dijo que se celebrará una consagración de El Retiro, para mostrar nuestro respeto al Creador por todo lo que nos proporciona. —Echó una ojeada de soslayo mientras pasaba junto a su enorme bloque de mármol de Cavatura—. Me dijo que has de esculpir una estatua para la plaza de acceso. Una estatua grande. Dijo que tiene que estar hecha para la consagración.

»Por lo que he oído decir a gente, a Ishaq y a otros, la Orden atribuye el levantamiento al desgaste de construir un proyecto tan monumental como es El Retiro, además de librar una guerra. Tienen legiones de hombres trabajando en la construcción; no sólo aquí, sino en canteras a lo largo y a lo ancho del territorio, en minas para extraer el oro y la plata, en bosques donde cortan la madera. Incluso a los esclavos hay que alimentarlos. La purga de funcionarios, jefes y trabajadores calificados tras el levantamiento salió cara. Con una consagración, creo que el hermano Narev quiere mostrar a la gente los avances hechos, inspirarla, hacer partícipes a los territorios lejanos en la celebración, creyendo que esto ahorrará más problemas.

En la oscuridad de la estancia, únicamente la claraboya del alto techo dejaba descender luz sobre la piedra. El mármol absorbía aquella luz en su fina estructura cristalina, y la devolvía en forma de amoroso regalo.

Víctor abrió las puertas dobles que daban sobre El Retiro.

—El hermano Narev me dijo que tu estatua iba a ser también un reloj de sol con la Luz de Creador brillando sobre el suplicio de la humanidad. Me indicó que debo supervisar la construcción del gnomón y el plano de la esfera sobre la que caerá su sombra. Dijo algo sobre un rayo...

Víctor se dio la vuelta, siguiendo con la mirada a Richard, que estaba colocando el modelo de la estatua sobre un estante de herramientas.

—Queridos espíritus... —musitó Víctor—. ¡Eso es grotesco!

—Quieren que esculpa esto. Quieren que sea una estatua que irradie poder y domine la gran entrada.

Víctor asintió.

—El hermano Narev dijo algo parecido. Me dijo lo grande que sería el metal para el plano de la esfera. Quiere bronce.

—¿Puedes fundir bronce?

—No. —Con el dorso de los dedos, Víctor dio golpecitos a Richard en el brazo—. Aquí viene lo bueno: pocas personas pueden fundir una pieza así. El hermano Narev ordenó que soltaran a Priska para que la fundiera.

Richard pestañeó atónito.

—¿Priska está vivo?

Víctor asintió.

—Gente importante no debía querer que lo enterraran las aves por si se necesitaban sus habilidades. Lo encerraron en una mazmorra. La Orden sabe que necesita artesanos; lo soltaron para que haga esto. Si quiere seguir con vida, y fuera de la mazmorra, debe fundir el bronce, a su costa, como un regalo a la gente. Dicen que es su penitencia. Yo debo darle las especificaciones y ocuparme de su ensamblaje y colocación en la estatua.

—Víctor, quiero comprar tu piedra.

Las cejas del herrero se unieron en una expresión de pocos amigos.

—No.

—Narev y Neal averiguaron lo de mi multa. Creen que se me trató con demasiada indulgencia. Me ordenaron que esculpa su estatua..., de un modo muy parecido al que Priska debe proporcionar el metal fundido..., como penitencia. Tengo que comprar la piedra yo, y tengo que tallada después de que mi trabajo diario en la obra haya finalizado. La quieren para la consagración de este invierno de El Retiro.

Los ojos de Víctor giraron en dirección al modelo del estante, como si fuera algún monstruo venido a traerle la ruina.

—Richard, sabes lo que esta piedra significa para mí. No voy a...

—Víctor, escúchame.

—No. —Alzó la palma de la mano en dirección a Richard—. No me pidas esto. No quiero que mi piedra se transforme en algo feo, como todo lo que toca la Orden. No lo permitiré.

—Tampoco yo.

El herrero señaló con ira el modelo.

—Esto es lo que tienes que esculpir. ¿Cómo puedes pensar siquiera en infringir esa fealdad a mi mármol.

—No puedo.

Richard depositó el modelo en yeso sobre el suelo, luego tomó un enorme martillo, cuello mango descansaba contra la pared, y con un fortísimo golpe hizo mil pedazos aquella abominación. Permaneció inmóvil mientras el polvillo blanco formaba una nube en el umbral, salía por la puerta y descendía por la colina, en dirección a El Retiro, como una especie de fantasma del mal regresando al inframundo.

—Víctor, véndeme tu piedra. Deja que libere la belleza que lleva en su interior.

Víctor entrecerró los ojos con expresión suspicaz.

—La piedra tiene un defeco. No se puede esculpir.

—He pensado en ello. Tengo un modo. Sé que puedo hacerlo.

Víctor pasó la mano sobre su piedra, casi como si consolara a un ser querido angustiado.

—Víctor, me conoces. ¿He hecho jamás algo para traicionarte? ¿Para hacerte daño?

La voz del herrero se dulcifico.

—No, Richard, no lo has hecho.

—Víctor, necesito esta piedra. Es la mejor pieza de mármol..., el modo que tiene de absorber la luz y devolverla. Tiene un grano que permite un gran detalle. Necesito lo mejor para esta estatua. Víctor, si me la confías, será fiel a tu visión. No traicionare tu amor por esta piedra, lo juro.

El herrero hizo ascender con delicadeza la mano fornida y encallecida por el costado de la piedra, que se alzaba hasta casi el doble de su altura.

—¿Qué pasaría si te negaras a esculpir su estatua?

—Neal dijo que me volverían a llevar a la prisión hasta que me arrancaran una confesión o hasta que muriera debido a los interrogatorios. Me enterrarían las aves a cambio de nada.

—¿Y si —Víctor hizo una seña en dirección a los fragmentos del modelo— no esculpes lo que ellos quieren?

—Quizá me gustaría volver a ver belleza antes de morir.

—¡Bah! ¿Qué esculpirías? ¿Qué verías antes de morir? ¿Que podría valer tu vida?

—La nobleza humana..., la forma más sublime de belleza.

La mano del hombre se detuvo sobre la piedra, escudriñando con sus ojos los de Richard, pero no dijo nada.

—Víctor, necesito que me ayudes. No te estoy pidiendo que me regales nada. Estoy dispuesto a pagar tu precio. Dilo.

Víctor devolvió su amorosa mirada a la piedra

—Diez marcos de oro —dijo muy seguro de sí mismo, sabiendo que Richard no tenía dinero.

Richard introdujo la mano en su bolsillo y contó diez marcos de oro. Tendió aquella fortuna a Víctor. El herrero frunció el entrecejo.

—¿De dónde has sacado ese dinero?

—Trabajé y lo ahorré. Lo gané ayudando a la Orden a construir su palacio. ¿Recuerdas?

—Pero ellos cogieron todo tu dinero. Nicci les contó cuanto tenías, y se lo llevaron todo.

Richard ladeo la cabeza.

—No creerías que sería tan estúpido de colocar todo mi dinero en un único lugar, ¿verdad? Tengo oro escondido por todas partes. Si esto no es suficiente, te pagaré lo que pidas.

Richard sabía que la piedra era valiosa, aunque no valía diez marcos de oro; pero los valía paro Víctor, de modo que no iba a discutir el precio. Pagaría lo que pidiera el herrero.

—No puedo coger tu dinero, Richard. —Agitó una mano con resignación—. No sé esculpir. No era más que un sueño. Mientras no la esculpiera, podía soñar con la belleza de esa piedra. Esto procede de mi tierra natal, donde existió una vez la libertad. —Sus dedos recorrieron la pared de mármol—. Esto es una piedra noble. Quisiera ver nobleza en este mármol de Cavatura. Puedes quedarte con la piedra, amigo mío.

—No, Víctor. No quiero quedarme con tu sueño. Quiero en cierto modo, realizarlo. No puedo aceptada como un regalo. Quiero comprarla.

—Pero ¿por qué?

—Porque sigo teniendo que entregarla a la Orden. No quiero que seas tú quien la dé a la Orden; tendré que hacerlo yo. Lo que es más, no hay duda de que querrán que sea destruida, y debe ser mía cuando lo hagan. Quiero pagarla.

Víctor extendió la mano.

—Diez marcos, entonces.

Richard contó los diez marcos de oro y luego cerro los grandes dedos del hombre alrededor de ellos.

—Gracias, Víctor —musitó.

—¿Dónde quieres que te la entregue? —preguntó el otro con una amplia sonrisa.

Richard le tendió otro marco de oro.

—¿Puedo alquilar esta habitación? Me gustaría esculpida aquí. Desde aquí, cuando haya terminado, se puede transportar en trineo hasta la plaza de la entrada.

—Hecho —respondió Víctor con un encogimiento de hombros.

Richard le entregó una duodécima moneda de oro.

—Y quiero que me hagas las herramientas con las que esculpiré esta piedra: las herramientas más magníficas que hayas fabricado jamás. La clase de herramientas que se usen para esculpir belleza en tu país. Este mármol exige lo mejor. Haz las herramientas con el mejor acero.

—Punteros, gradinas de diente plano y cinceles para trabajos delicados..., puedo hacértelos. Hay muchos martillos por ahí que puedes usar.

—También necesito raspines de varías formas. Y limas, también. Rectas, curvas, las limas de alisar más finas. Necesito que me consigas piedras pómez, la delicada piedra pómez blanca de grano fino... pulida para tener exactamente las mismas formas que los raspines y limas, y una buena provisión de piedra pómez en polvo.

Los ojos de Víctor se habían abierto de par en par. El herrero procedía de un lugar donde se había esculpido de aquel modo el pasado. Sabía perfectamente qué pensaba hacer Richard.

—¿Tienes intención de esculpir carne?

—Eso es.

—¿Sabes hacerlo?

Richard sabía por estatuas que había visto en D'Hara y en Aydindril, y por lo que otros escultores le habían contado, y por sus propias pruebas en su trabajo para el palacio de la Orden, que si se esculpía adecuadamente, luego se alisaba y pulía hasta darle un buen lustre, el mármol de calidad podía absorber la luz y devolverla de un modo que parecía liberar a la piedra de su dureza, suavizándola, de modo que

adoptara el aspecto de carne. Si se hacía como era debido, el mármol casi daba la impresión de cobrar vida.

—He visto hacerlo antes, Víctor. He esculpido antes. He aprendido a hacerlo. He pensado en ello durante meses. Desde el momento en que empecé a esculpir para ellos, este propósito ha mantenido viva mi mente. He utilizado mi trabajo para la Orden para practicar lo que he visto, lo que he aprendido, y lo que he pensado por mí mismo. Incluso antes, cuando me interrogaron..., pensaba en esta piedra, en la estatua que sé que hay en su interior, para apartar la mente de lo que me hacían.

—¿Quieres decir que te ayudó a soportar sus torturas?

Richard asintió.

—Puedo hacerlo, Víctor. —Alzó un puño con firme convicción—. Carne en piedra. Sólo necesito las herramientas adecuadas.

Víctor hizo sonar el oro de su puño.

—Hecho. Puedo fabricar los utensilios adecuados, para lo que quieres hacer. Esto es lo que sé hacer. No sé esculpir, pero ésta será mi contribución..., para extraer la belleza de esa piedra.

Richard y Víctor se cogieron por los antebrazos para sellar su acuerdo.

—Hay una cosa que querría pedirte... como favor.

Víctor lanzó una de aquellas sonoras risotadas suyas.

—¿Debo darte de comer lardo para que tengas la energía necesaria que requiere esculpir esta noble piedra?

—Jamás rechazaría un trozo de lardo —replicó él con una sonrisa.

—¿Qué es entonces? —Preguntó Víctor—. ¿Cuál es el favor?

Los dedos de Richard acariciaron con ternura la piedra. Su piedra.

—Nadie debe verla hasta que esté terminada. Eso te incluye a ti. Quisiera disponer de una lona encerada, para cubrirla. Quisiera pedirte que no la mires hasta que esté acabada.

—¿Por qué?

—Porque necesito que sea solamente mía mientras la esculpo. Necesito estar a solas con ella mientras le doy forma. Cuando haya terminado, entonces el mundo puede tenerla; pero cuando trabaje con ella, debe ser mi visión y sólo la mía. No deseo que nadie la vea hasta que esté acabada.

»Pero sobre todo, no quiero que la veas porque si algo sale mal, no quiero verte involucrado en esto. No quiero que sepas lo que hago. Si no lo ves, no podrán culparte por no decírselo.

Víctor se encogió de hombros.

—Si ése es tu deseo, así será. Diré a los hombres que han alquilado la habitación trasera, y que está prohibido el acceso. Pondré un cerrojo en la puerta interior. Colocaré una cadena en las puertas dobles exteriores, éstas de aquí, y te daré la llave.

—Gracias. No sabes lo que esto significa para mí.

—¿Cuándo necesitas los cinceles?

—Necesito el de punta gruesa para bosquejarla, primero. ¿Puedo tenerlo listo para esta noche? Necesito empezar. No hay mucho tiempo.

Víctor desechó las inquietudes de Richard con un gesto ceremonioso.

—El de punta gruesa es fácil. Puedo hacer eso con rapidez. Estará hecho cuando vengas de tu trabajo; tu trabajo con la fealdad Y mucho antes de que necesites los otros cinceles, éstos estarán listos para que esculpas belleza.

—Gracias, Víctor.

—¿A qué vienen todas esas «gracias»? Esto es un negocio. Me has pagado por adelantado; un negocio entre hombres honrados. No puedo expresarte lo agradable que es tener un cliente que no sea la Orden.

El herrero se rascó la cabeza y se tornó más serio.

—Richard, ellos querrán ver tu trabajo. Querrán ver cómo te va con su estatua.

—No lo creo. Confían en mi trabajo. Me dieron el modelo que quieren que haga a una escala mayor. Ya lo han aprobado. Me han dicho que mi vida depende de esto. Neal disfrutó contándome cómo ordenó que torturaran y ajusticiaran a aquellos otros escultores. Quería asustarme. Dudo que vuelvan a pensar en ello.

—Pero ¿y si un Hermano viene a verla?

—Entonces tendré que doblar una barra de hierro alrededor de su cuello y ponerlo a escabechar en el barril de salmuera.

34

Richard se llevó el puntero longitudinalmente a la frente, de un modo muy parecido a como había acercado allí tan a menudo la *Espada de la Verdad*. Aquello era otra batalla. Aquello era a vida o muerte,

—Hoja, sé certera hoy —murmuró.

El cincel tenía ocho lados, para proporcionar una buena sujeción en una mano sudorosa. Víctor le había dado una apropiada punta roma y gruesa. También había puesto sus iniciales —«V» «C»— en letras pequeñas en una de las caras, proclamando el orgullo de su fabricante.

Un cincel tan grueso haría añicos la piedra y eliminaría una gran cantidad de material superfluo con rapidez. Era un arma que haría mucho daño, fracturando la estructura del mármol a lo largo de una anchura de tres dedos de ancho. Un puntero utilizado sin la debida atención sobre defectos no detectados podía hacer pedazos toda la pieza.

Puntas más finas causarían fracturas más superficiales, pero eliminarían menos material. Incluso con los punzones más finos, Richard sabía que sólo podía acercarse hasta el último medio dedo de la capa final. La red de finísimas grietas que dejaba una punta eran fracturas en la estructura cristalina del mismo mármol. Así dañada, la piedra perdía su traslucidez y capacidad para admitir un gran lustre.

Para reproducir carne en piedra, había que acercarse a las capas finales con cuidado, y no dejar que ninguna herramienta las dañara.

Después de que el puntero grueso eliminara gran parte de lo que sobraba, los cinceles de puntas, más finas permitirían a Richard ahondar más, perfeccionando la forma. Una vez que estuviera a la distancia de medio dedo de la capa final, pasaría a los cinceles de uñas, simples cinceles con muescas en el borde, para raspar la piedra sin agrietar la estructura subyacente del mármol. Las uñas burdas se llevaban mayor cantidad de piedra, dejando toscos surcos. Utilizaría cinceles con una serie de dientes cada vez más finos para perfeccionar el trabajo. Por fin, usaría los cinceles de hoja lisa, algunos con una anchura que era la mitad de la de su dedo meñique. Abajo en la obra, donde tallaba escenas para el friso, a la primera fase era a lo más que llegaban los escultores; lo que dejaba una superficie fea y burda, dando a la carne un aspecto rígido, sin dar definición ni delicadeza a músculo y hueso. Les robaba la humanidad a las figuras de las esculturas.

En aquella estatua, Richard empezaría realmente a trabajar en el punto donde las esculturas de la Orden finalizaban. Usaría raspines para definir hueso, músculo, incluso Venas en los brazos. Delicadas limas eliminarían las marcas que dejaran los raspines y pulirían los contornos más sutiles. Las piedras pómez eliminarían las marcas de las limas, dejando la superficie lista para pulida con pasta de piedra pómez.

Si lo hacía correctamente, conseguiría llevar su visión a la piedra. Carne en piedra. Nobleza.

Sujetando el grueso puntero contra la palma, Richard apoyó la mano en la piedra, palpando su fría superficie. Sabía que había dentro, no sólo de la piedra, sino de él mismo. No tenía dudas, únicamente la palpitante pasión de la expectativa. Como hacía tan a menudo, Richard pensó en Kahlan. Había transcurrido casi un año desde la última vez que había mirado aquellos ojos verdes, que había tocado su mejilla, que la había tenido entre sus brazos. Haría mucho tiempo que ésta habría abandonado la seguridad del hogar de ambos para correr peligros que podía imaginar vívidamente. Por un momento, se sintió abrumado por el peso de la desesperación, asfixiado por la tristeza de lo mucho que la echaba de menos, rendido ante lo mucho que la amaba. En aquellos momentos, sabía que debía apartarla de sus pensamientos para dedicarse por completo a la tarea que debía llevar a cabo. Como solía hacer, le dio en silencio las buenas noches a Kahlan. Luego colocó la punta con una inclinación de noventa grados sobre la superficie de la piedra, y le asestó un violento golpe con la maza de acero. Hubo un estallido de pedacitos de piedra.

Su respiración se hizo más profunda y veloz. Había empezado. Con terrible violencia, Richard atacó la piedra.

A la luz de lámparas que Víctor le dejó una vez finalizada la tarea diaria. Richard se sumergió es su trabajo, descargando golpe tras golpe. Afilados pedazos de piedra impactaron contra las paredes de madera, y le aguijonearon al alcanzar sus brazos o pecho. Con una clara visión de lo que quería hacer, desprendió toda la piedra superflua.

Los oídos le zumbaban con el sonido del acero sobre el acero y el acero sobre la piedra. Era música. Esquirlas y pedazos irregulares se fueron desprendiendo. Eran el enemigo caído. El aire hervía con el polvo blanco de la batalla.

Richard sabía exactamente que quería conseguir. Sabía qué era necesario hacer y cómo hacerlo. Le inundaba una claridad de propósito, un rumbo a seguir. Ahora que había empezado, estaba absorto en la tarea.

Nubes de polvo se alzaron a su alrededor hasta que sus ropas oscuras quedaron blancas, como si la piedra lo absorbiera, como si se transformara con ella, hasta ser ambos una sola cosa. Afilados fragmentos le producían cortes al salir volando por los aires, y sus brazos desnudos, blancos como el mismo mármol, no tardaron en quedar surcados aquí y allí por la sangre de la batalla.

De vez en cuando, abría las puertas para sacar a paletadas la capa de piedrecillas que le llegaba hasta los tobillos. Los blancos guijarros descendían como un alud por la colina, tintineando con un sonido que recordaba a un millar de diminutas campanillas. El polvo blanco que le cubría aparecía hendido por oscuros riachuelos de sudor y rojos arañazos. El aire fresco resultaba reconfortante sobre su piel empapada de sudor. Pero enseguida volvía a dejar fuera la noche, volvía a dejar fuera al mundo para estar solo.

Por primera vez en casi un año, Richard se sintió libre. En aquello tenía todo el control. Nadie lo observaba. Nadie le decía lo que debía hacer.

Aquel trabajo era su objetivo individual, en el que se esforzaba por alcanzar la perfección. No había cadenas, ni limitaciones, ni deseos de otras personas ante los que debiera inclinarse. En su lucha por obtener lo mejor de sí mismo, estaba totalmente libre.

Lo que pensaba hacer estaría en abierta oposición a todo lo que la Orden representaba. Intentaba mostrarles la vida.

Sabía que cuando los hermanos vieran la estatua, lo sentenciarían a muerte.

Esquirlas de piedra sallan disparadas con cada golpe, acercándole más a su meta. Tenía que permanecer encaramado en un taburete para alcanzar la parte superior del mármol, moviéndose alrededor del monolito para trabajar en todos los lados, reduciéndolo a lo que acabaría siendo.

Richard blandía la maza de acero con la furia de la batalla. La mano que sujetaba el cincel le escocía debido a los resonantes golpes. A pesar de lo violento que era el ataque, este era controlado, no obstante. Se podía usar un martillo de desbastar para aquella ardua tarea. Este retiraba el sobrante con más rapidez que un puntero grueso para dar forma al bloque, pero se usaba asestando golpes violentos, y Richard temía, debido a la imperfección, liberar tanto poder sobre la piedra. En un principio, el bloque poseía resistencia suficiente debido a su masa total, pero incluso así, consideró que aquel martillo era demasiado peligroso para aquella piedra en concreto.

Richard haría que Víctor le hiciera una colección de brocas para un taladro de arco. Con una cuerda de arco pasada alrededor del mango del taladro, lo podría retorcer y hacer que atravesara el mármol. Richard había pensado largo y tendido sobre el problema de la imperfección, y había resuelto recortarla mayor parte de ella. Primero, para impedir que otras grietas surcaran más zonas de la piedra, perforaría agujeros en la grieta para aliviar la tensión. Con otra serie de agujeros muy poco espaciados, debilitaría la piedra en una zona amplia alrededor del defecto y simplemente eliminaría la mayor parte de éste.

Habría dos figuras: un hombre y una mujer. Cuando estuvieran finalizadas, el espacio entre ellas sería el lugar del que Richard habría retirado lo peor de la imperfección. Con la piedra más endeble retirada, la piedra sana que quedara sería lo bastante fuerte para soportar la tensión de la obra. Puesto que el defecto empezaba en la base, no podía eliminarlo todo, pero podía reducir el problema que presentaba a un nivel manejable. Aquél era el secreto de aquella pieza de piedra: eliminar su punto débil y luego trabajaren en el fuerte.

Richard lo consideró una imperfección afortunada, en primer lugar porque había reducido el valor de la piedra, permitiendo a Víctor adquirirla. Desde el punto de visa de Richard, no obstante, el defecto había sido valioso porque le había hecho pensar en la piedra, en cómo esculpirla. Aquel pensamiento lo había conducido a su diseño. Sin el defecto, tal vez no se le habría ocurrido ese diseño.

Mientras trabajaba, se sentía embargado con la energía del combate, empujado a seguir adelante. Se interponía piedra entre él y lo que deseaba esculpir, y ansiaba eliminar aquel sobrante de modo que pudiera llegar a la esencia de las figuras. Una enorme esquina de material de desecho se soltó, resbalando, despacio primero, y luego chocando violentamente concia el suelo. Llovieron esquirlas y fragmentos mientras trabajaba, enterrando al adversario caído.

Varias veces más tuvo que abrir las puertas y echar a paletadas los desperdicios. Resultaba estimulante ver que lo que antes era un bloque de forma irregular, adquiría una forma tosca. Las figuras estaban aun totalmente encajonadas, los brazo, muy lejos de ser libres, las piernas no estaban separadas, aun, pero empezaban a emerger. Tendría que tener cuidado perforando agujeros en los espacios abiertos para no romper los brazos

Le sorprendió ver luz penetrando a raudales por la ventana situada sobre su cabeza. Había trabajado toda la noche sin darse cuenta.

Se distanció y evaluó la estatua que en aquellos momentos tenía más o menos la forma de un tosco cono. En aquel momento, había sólo unos bultos en el lugar donde los brazos se extenderían hacia fuera desde los cuerpos. Quería que los brazos estuvieran libres, que los cuerpos transmitieran elegancia y movimiento. Vida. Lo que esculpía para la Orden no era nunca libre, estaba siempre firmemente ligado a la piedra, eternamente rígido, incapaz de moverse, igual que cadáveres.

La mitad de lo que había habido allí la noche anterior había desaparecido. Richard ansió quedarse y seguir trabajando, pero sabía que no podía. De una esquina, extrajo la lona que Víctor había dejado para él y la arrojó sobre la estatua.

Cuando abrió de par en par la puerta, el polvo blanco salió al exterior en una ondulante nube. Víctor estaba sentado entre los escombros de su monolito de piedra.

El herrero parpadeó.

—¡Richard, has estado aquí toda la noche!

—Me parece que sí.

El hombre gesticuló mientras una sonrisa hendía su rostro.

—Pareces de buen ánimo. ¿Cómo va la batalla con la piedra?

A Richard no se le ocurrió qué decir. Sólo pudo sonreír ante el gozo que sentía.

Víctor profirió una risotada.

—Tu cara lo dice todo. Debes estar cansado y hambriento. Ven, siéntate y descansa.... come un poco de lardo.

Nicci oyó a Kamil y a Nabbi gritar un saludo mientras Richard descendía por la calle, y luego sus pisadas al descender corriendo las escaleras de la entrada. Echó una ojeada por la ventana delantera y, a la menguante luz del crepúsculo. Los vio encontrarse con Richard. También ella estaba contenta de verlo regresar tan temprano.

Nicci había visto muy poco a Richard durante las semanas transcurridas desde que había asumido la obligación de esculpir la estatua para el Hermano Narev. No conseguía imaginar cómo podía Richard soportar esculpir una estatua que ella sabía que tenía que resultar una agonía para él; no tanto por su tamaño, sino por su naturaleza.

No obstante, Richard parecía fortalecido. A menudo, tras trabajar todo el día tallando las lecciones morales para la fachada del palacio, trabajaba luego hasta entrada la noche en la gran estatua para la plaza de la entrada. Cansado como debía estar cuando regresaba a casa, en ocasiones se dedicaba a dar vueltas por la habitación. Había noches en las que dormía solamente un par de horas, se levantaba, y marchaba a trabajar en la estatua durante horas antes de que se iniciara su jornada laboral. Varias veces había trabajado toda la noche.

Richard parecía obsesionado. Nicci no lo comprendía. En ocasiones regresaba a casa para comer y echar una cabezadita durante una hora, y luego volvía al trabajo. Ella lo instaba a que se quedara y durmiera, pero él decía que era necesario pagar la penitencia o volverían a llevarlo a la prisión. Nicci temía esa posibilidad, de modo que no insistía en que se quedara en casa a dormir. Perder horas de sueño era preferible a que perdiera la vida.

Siempre había sido fornido, pero sus músculos se habían vuelto aún más magros y definidos desde su llegada al Viejo Mundo. Todo aquel trabajo cargando hierro y en la actualidad moviendo rocas y blandiendo un martillo lo habían fortalecido aún más. Cuando salía a la parte trasera, donde estaban las tinas de lavar, y se quitaba la camisa para eliminar el polvo de las piedras, sólo verlo hacía que le flaquearan las rodillas.

Nicci oyó que unas pisadas avanzaban por el pasillo, y las voces entusiasmadas de Kamil y Nabbi haciendo preguntas. No consiguió comprender las palabras de Richard, pero reconoció con facilidad el timbre de su voz ofreciendo con calma a ambos las respuestas a sus preguntas.

No obstante lo cansado que estaba, no obstante el mucho tiempo que estaba fuera trabajando, todavía dedicaba tiempo a hablar con Kamil y Nabbi, y con las personas del edificio. Sin duda iba de camino en aquel momento a la parte trasera para ofrecer sugerencias a los dos jóvenes sobre sus esculturas. Durante el día, los jóvenes trabajaban en el edificio, limpiando y ocupándose del lugar. Removían la tierra en el huerto, mezclando en ella el abono cuando estaba listo, y las mujeres agradecían que hicieran por ellas el trabajo pesado con la pala. Los dos muchachos lavaban, pintaban y reparaban, esperando que Richard lo aprobaría y luego les enseñaría a hacer cosas nuevas. Kamil y Nabbi siempre se ofrecían a ayudar a Nicci con cualquier cosa que pudiese necesitar; al fin y al cabo, era la esposa de Richard.

Richard entró por la puerta mientras Nicci estaba ante la mesa cortando zanahorias y cebollas y echándolas en una olla. Se dejó caer pesadamente en la silla situada al otro lado de la mesa. Parecía agotado por la labor del día... tras haber estado levando varias horas antes trabajando en la estatua.

—He venido a comer algo. Tengo que regresar y trabajar en la estatua.

—Esto es para el estofado de mañana. Tengo un poco de mijo preparado.

—¿Lleva algo más?

Ella negó con la cabeza.

—Hoy sólo tenía dinero suficiente para el mijo.

Él asintió sin quejarse.

A pesar de lo agotado que parecía, había una especie de extraordinaria cualidad en sus ojos, una pasión interior, que hizo que el pulso de Nicci latiera más tapido. Lo que fuera que ella hubiese visto en él desde el primer momento parecía no haber hecho más que volverse más fuerte desde aquella noche en que había estado a punto de atravesarle el corazón con un cuchillo.

—Mañana comeremos este estofado —anunció.

Los ojos grises de Richard estaban puestos en sus visiones íntimas.

—Con cosas del huerto.

Tomó el puchero tras depositar una escudilla de madera en la mesa ante él y echó mijo con la cuchara en el recipiente hasta llenarlo. No sobró mucho, pero él lo necesitaba más que ella. Se había pasado la mañana haciendo cola para conseguir el mijo, y luego dedicado la tarde a quitarle todos los gusanos. Algunas de las mujeres se limitaban a cocinarlo hasta que era imposible distinguirlos, pero a Nicci no le gustaba darle de comer aquello a Richard.

De pie junto a la mesa, cortando zanahorias, finalmente ya no pudo soportarlo más.

—Richard, quiero ir a la obra contigo y ver esa estatua que estas esculpiendo para la Orden.

El permaneció en silencio por un instante mientras masticaba y luego tragaba. Cuando por fin habló, fue con una tranquila cualidad que se correspondía con la inexplicable expresión de sus ojos.

—Quiero que veas la estatua, Nicci; quiero que todo el mundo la vea. Pero cuando esté terminada.

—¿Por qué?

Él revolvió con la cuchara en el interior de la escudilla,

—Por favor, Nicci, ¿puedes concederme esto? Deja que la termine, entonces la verás.

Nicci sintió que el corazón le martilleaba contra las costillas. Aquello era importante para él.

—No estás esculpiendo lo que dijeron que esculpieras, ¿verdad?

El rostro de Richard se alzó hasta que su mirada se encontró con la de ella.

—No, no lo estoy haciendo. Estoy esculpiendo lo que necesito esculpir lo que la gente necesita ver.

Nicci tragó saliva. Lo sabía; aquello era lo que había estado esperando. Él había estado a punto de darse por vencido, luego quiso vivir, y ahora estaba dispuesto a morir por aquello.

Nicci asintió, viéndose obligada a desviar la mirada de aquellos ojos grises suyos.

—Esperaré hasta que esté lista.

Ahora sabía por qué el parecía tan obsesionado últimamente. Aquella cualidad insinuada en los ojos de su padre, y que llameaba en los de Richard, sintió que estaba de algún modo ligada a aquello. La idea misma resultaba embriagadora.

En más de un modo, aquello era una cuestión de vida o muerte.

—¿Estás seguro, Richard?

—Lo estoy.

—De acuerdo —dijo, volviendo a asentir—, respetaré tu petición.

Al día siguiente, Nicci se levantó temprano para ir a comprar pan. Quería que Richard tuviera pan con el estofado que estaba cocinando. Kamil se ofreció a ir por ella, pero ella deseaba salir de la casa. Le pidió que vigilara el estofado de Richard que hervía a fuego lento sobre los carbones amontonados.

El día era nublado, y frío..., un indicio del invierno que se aproximaba rápidamente. Las calles estaban atestadas de personas que habían salido en busca de trabajo, de carretas acarreando de todo, desde estiércol a piezas de áspera tela oscura, y de carros, la mayoría transportando materiales de construcción para el palacio. Tuvo que pisar con cuidado para evitar las boñigas en la calzada y abrirse paso entre toda la gente que se movía tan despacio como el lodo de las alcantarillas al aire libre mientras atravesaba la ciudad.

Había montones de personas necesitadas en la calle, muchas de ellas llegadas a Altur'Rang en busca de trabajo, sin duda, aunque había poca gente en la sede de la agrupación de trabajadores Las colas en las panaderías eran largas. Al menos la Orden se ocupaba de que la gente consiguiera pan, incluso aunque fuera gris y duro. Uno debía ir temprano, con todo, antes de que se agotara. Con más gente llegando todo el tiempo, las tiendas se quedaban sin pan más temprano cada semana.

Algún día, se rumoreaba, iban a poder proporcionar más de una clase de pan. Espero que, al menos, pudiesen tener algo de mantequilla también. A veces, vendían mantequilla. El pan y la mantequilla eran baratos, si es que tenían. Casi nunca tenían mantequilla.

Nicci había pasado ciento ochenta años intentando ayudar a la gente y la gente no parecía estar mejor ahora de lo que estaba antes. Los que vivían en el Nuevo Mundo disfrutaban de bastante prosperidad, no obstante. Algún día, cuando la Orden gobernara el mundo, y se obligara a aquellos con los medios para hacerlo a contribuir con su parte correspondiente a ayudar al prójimo, entonces todo se arreglaría y toda la humanidad podría vivir por fin con la dignidad que merecía. La Orden se ocuparía de ello.

La panadería estaba en un cruce de dos calles, de modo que la cola doblaba la esquina y penetraba en otra calle Nicci estaba al otro lado de aquella esquina, con el hombro apoyado en la pared, contemplando el paso de la muchedumbre, cuando un rostro en la multitud llamó su atención.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras se erguía. Apenas podía creer lo que veía. ¿Qué hacia ella en Altur'Rang?

Nicci no quería averiguarlo realmente: en aquel momento no, cuando parecía que estaba cerca de conseguir sus respuestas. Las cosas parecían hallarse en un estado crítico con Richard, y estaba segura de que pronto se llegaría a una resolución.

Se echó el oscuro chal sobre la cabeza de rubios cabellos y se lo ató bien ajustado bajo la barbilla, luego volvió a hundirse tras una mujer oronda y se apretó contra la pared mientras asomaba los ojos por entre la gente de la cola.

Nicci observó con atención a la hermana Alessandra, que mantenía la nariz bien erguida mientras su mirada calculadora recorría los rostros de todas las personas de la calle. Parecía un puma en busca de presa.

Nicci sabía tras quien iba Alessandra.

Por lo general, a Nicci le habría encantado cruzarse en el camino de la mujer, pero en aquel momento no.

Volvió a dejarse caer contra las toscas tablas, manteniéndose agachada tras la gente que tenía delante, hasta que la hermana Alessandra hubo desaparecido en el interior del extenso océano de gente que atestaba las calles.

Mientras abandonaba a caballo la ciudad de Aydindril, donde había nacido, por última vez, Kahlan se alzó más el manto de piel de lobo sobre los hombros para protegerse del glacial viento. Recordó que la última, vez que se aproximaba el invierno había sido la última vez que había visto a Richard. Con el mundo en tal agitación y la batalla en plena efervescencia, sus pensamientos, por necesidad, siempre parecían estar puestos en cuestiones apremiantes. El inesperado recuerdo de Richard fue un bienvenido, aunque agridulce, respiro a las preocupaciones de la guerra.

Dio una última mirada antes de coronar la colina, para contemplar el esplendor del Palacio de las Confesoras sobre la distante elevación. Sentía una aguda sensación de hogar cada vez que veía las altísimas columnas de mármol blanco y las hileras de altas ventanas. Otras personas se veían afectadas por una sensación de sobrecogimiento o temor ante la visión del palacio, pero el corazón de Kahlan siempre se sentía reconfortado por ella. Había crecido allí, y era un lugar que guardaba muchos recuerdos felices para ella.

—No será para siempre, Kahlan.

Kahlan echó una mirada, a Verna.

—No, no lo será.

Deseó poder creerlo.

—Además —dijo Verna, brindándole una sonrisa—, le estaremos negando a la Orden Imperial la gente, y eso es realmente lo que buscan. El resto es simplemente piedra y madera. ¿Qué importa la piedra y la madera si la gente está a salvo?

Kahlan, a pesar de sus desconsoladas lágrimas, sucumbió a una sonrisa.

—Tienes razón, Verna. Eso en realidad es todo lo que importa. Gracias por recordármelo.

—No os preocupéis, Madre Confesora —dijo Cara—, Berdine y el resto de las mord-sith, junto con las tropas, velarán por la gente y la conducirán sana y salva hasta D'Hara.

La sonrisa de Kahlan se ensanchó.

—Ojala pudiera ver el rostro de Jagang cuando llegue aquí la próxima primavera y sea recibido por fantasmas,

La temporada de combates tocaba a su fin. Si el varano con Richard en su hogar de las montañas había sido un sueño maravilloso, aquel otro verano de guerra interminable había sido una pesadilla.

Los combates habían sido desesperados, intensos y sangrientos. Hubo momentos en los que Kahlan pensó que ni ella ni el ejército podrán seguir adelante, que estaban acabados. Cada una de esas veces, habían conseguido salir adelante. Hubo ocasiones en que casi había dado la bienvenida a la muerte, sólo para poner fin a la pesadilla, sólo para dejar de ver a la gente angustiada y sufriendo, para dejar de contemplar todas aquellas vidas preciosas destrozadas.

Enfrentadas a los aparentemente indomables millones de hombres de la Orden Imperial, las fuerzas del Imperio d'haraniano habían conseguido retrasar al enemigo lo suficiente para impedir que tomaran Aydindril aquel año. Con miles de vidas perdidas en los combares, habían conseguido para los cientos de miles de habitantes de Aydindril y otras ciudades situadas a lo largo del recorrido de la Orden el tiempo que necesitaban para escapar.

Al mismo tiempo que el otoño se había tornado más frío, el inmenso ejército de la Orden Imperial había alcanzado un amplio valle en una convergencia del río Kern con un gran afluente, donde la configuración del terreno proporcionaba espacio suficiente para acomodar todos sus efectivos. Con el invierno a las puertas, Jagang sabía que éste no debía cogerle desprevenido, así que se habían atrincherado mientras aún podían. Las tuerzas d'haranianas habían instalado sus líneas defensivas al norte, protegiendo el camino a Aydindril.

Como Warren había pronosticado, Aydindril era más de lo que el ejército de Jagang podía tomar en aquella temporada de combates. Jagang una vez más, había demostrado su prudente paciencia; había elegido conservar su ejército para avanzar con éxito cuando las condiciones lo permitieran. A corto plazo, daba a Kahlan y a sus fuerzas un respiro, pero a la larga, eso significaría su sentencia de muerte.

Kahlan sentía una agradable sensación de alivio ante el hecho de que la predicción de Warren, sobre que Aydindril caería al año siguiente, al menos no se traduciría en una matanza de los habitantes de la ciudad. No sabía qué penurias tendría que soportar la gente en su huida a D'Hara, pero era mejor que la esclavitud cierta y la muerte generalizada que implicaba permanecer en Aydindril.

Sabía que algunas personas se negarían a marchar. En ciudades situadas en el camino ascendente de la Orden por la Tierra Central, algunas personas ponían su fe en «Jagang el Justo». Algunas personas creían que los buenos espíritus, o el Creador, velarían por ellas pasara lo que pasara. Kahlan sabía que no podían salvar a todo el mundo de sí mismo. Aquellos que deseaban vivir, y estaban dispuestos a atender a razones, tenían una posibilidad. Los que sólo veían lo que deseaban ver, caerían, como mínimo, bajo el manto de la dominación de la Orden.

Kahlan alargó la mano atrás y tocó la empuñadura de la Espada de la Verdad, que sobresalía por detrás de su hombro. Era reconfortante, a veces, tocarla. El Palacio de las Confesoras ya no era su hogar. Su hogar estaba donde fuera que Richard y ella estuvieran juntos.

Los combates eran a menudo tan intensos, el miedo tan palpable, que había momentos —días seguidos— en que nunca pensaba en él. A veces tenía que dedicar todo su esfuerzo mental y físico a simplemente permanecer con vida un día más.

Algunos hombres, sintiendo que la guerra estaba perdida, habían desertado. Kahlan comprendía lo que sentían. Parecía como si todo lo que hacían no fuera más que pelear por sus vidas teniéndolo todo en contra mientras retrocedían a través de la Tierra Central.

Galea había caído. Que no llegaran noticias de ninguna ciudad de Galea probablemente lo decía todo.

También habían perdido Kelton. Muchos de los keltas de Winstead, Penverro, y otras ciudades, habían huido antes. La mayor parte del ejército kelta seguía con ellos, aunque algunos habían corrido a sus hogares presas de la desesperación.

Kahlan intentaba no pensar durante demasiado tiempo en todo lo que había salido mal, no fuera a ser que se diera por vencida. Habían salvado a muchísima gente..., la habían apartado del avance de la Orden. Al menos por el momento. Era lo mejor que podían hacer.

En la larga retirada al norte, decenas de miles de sus fuerzas conjuntas habían perdido la vida en las encarnizadas batallas. La Orden había perdido muchas veces ese número. Durante el calor de pleno verano, la Orden: había perdido a un cuarto de millón de hombres sólo debido a fiebres. No importó demasiado. Siguieron creciendo y avanzando.

Kahlan recordaba las cosas que Richard le había dicho, que no podían vencer, que el Nuevo Mundo caería bajo la Orden, y que si resistían, sólo se provocaría un mayor derramamiento de sangre. Muy a su pesar empezaba a comprender aquel desesperado punto de vista, y temía no estar haciendo otra cosa que conseguir que mataran a gente sin que sirviera para nada, Con todo, darse por vencida seguía siendo imposible pan ella.

Volvió la cabeza y miró, más allá de la larga columna de hombres que la escoltaban, más allá de los árboles y montaña arriba, a la enorme masa oscura del Alcázar del Hechicero, elevándose imponente en la montaña que dominaba Aydindril,

Zedd tendría que ir allí. No podían impedir que la Orden Imperial se apoderara de Aydindril, pero no se atrevían ni a imaginar que se hiciera con el Alcázar.

Anochecía, diez días más tarde, cuando Kahlan y su compañía regresaron a caballo al campamento. Desde el primer instante resultó obvio que algo no iba bien. Corrían hombres por el campamento, con las espadas desenvainadas, y otros llevaban a toda prisa picas y lanzas a las barricadas. Los soldados se ponían corazas de cuero y cotas de mallas mientras corrían a sus puestos. Era una escena tensa, pero una que Kahlan había visto repetida tan a menudo que parecía casi rutina.

—Me pregunto qué pasa —dijo Verna con cara de pocos amigos—. No me hará ninguna gracia que Jagang me estropee la cena.

Kahlan, que no llevaba su coraza de cuero, se sintió repentinamente desnuda. Era incómoda de llevar en cabalgadas largas, de modo que, cuando atravesaba territorio amigo, la ataba a la silla de montar. Cara se colocó junto a ella cuando desmontaron. Entregaron las riendas a unos soldados mientras otros se acercaban para rodearlas a modo de protección.

Kahlan no recordaba que color de tela se usaría para indicar las tiendas de mando. Había perdido la cuenta del número exacto de días que llevaba fuera. Había transcurrido algo más de un mes. Sujetó el brazo de un oficial que se hallaba entre los hombres que se habían apresurado a rodearla,

—¿Dónde están los comandantes?

El hombre señaló con la espada.

—Por allí, Madre Confesora.

—¿Sabéis qué sucede?

—No, Madre Confesora. Sonó la alarma. Mientras una Hermana pasaba a toda velocidad, le oí decir que era autentica.

—¿Sabéis donde están mis Hermanas o Warren?

—He visto Hermanas corriendo por todas partes, Prelada. No he visto al mago Warren.

Caía la noche, dejando únicamente las hogueras para guiarlas a través del campamento. La mayoría de las fogatas, no obstante, habían sido apagadas debido a la alarma, de modo que el campamento empezaba a convertirse en un oscuro laberinto.

Caballos con jinetes d'haranianos pasaban como rayos, marchando de patrulla. Soldados de a pie salían corriendo del campamento en tareas de reconocimiento. Nadie parecía saber cuál era la amenaza, pero no era insólito. Además de ser frecuentes y variados, los ataques acostumbraban a causar confusión, además de resultar aterradores.

Transcurrió más de una hora antes de que Kahlan, Cara, Verna y su grueso círculo de guardias consiguiera atravesar el extenso campamento, que tenía el tamaño de una ciudad, y llegar a las tiendas de los oficiales superiores. Ninguno estaba allí.

—Éste es un modo estúpido de hacer las cosas —masculló Kahlan. Encontró su tienda, con Espíritu de pie en una mesita, y arrojó sus alforjas al interior, junto con la coraza.

—Limitémonos a esperar aquí, de modo que nos puedan encontrar.

—Estoy de acuerdo —dijo Verna,

Kahlan dijo al grupo de hombres que habían montado una guardia defensiva a su alrededor:

—Desperdigaos y localizad a los comandantes. Decidles que la Madre Confesora y la Prelada están en las tiendan de mando. Aguardaremos aquí los informes.

—Avisad a todas las Hermanas que veáis —añadió Verna—. Y si veis a Warren o a Zedd, decidles, también a ellos, que hemos regresado.

Los hombres se perdieron a toda prisa en la noche para llevar a cabo sus instrucciones.

—No me gusta esto —refunfuño Cara.

—A mí tampoco —dijo Kahlan mientras penetraba en su tienda.

Cara monto guardia, junto con un pequeño grupo de hombres, mientras Kahlan se quitaba el manto de piel y se colocaba la coraza de cuero. La había evitado resultar herida muy a menudo el no avergonzarse de llevarla puesta. Todo lo que se necesitaba era que un hombre consiguiera aproximarse lo bastante cerca y clavarle una espada, y aquello podría muy bien ser su fin. Si tenía suerte y le atravesaban una

pierna, o incuso el vientre, tenía una posibilidad de que una Hermana pudiera curarla, pero sí era en otro lugar —el corazón, la cabeza, alguna arteria importante, de modo que la pérdida de sangre fuera demasiado rápida— entonces ni siquiera los que poseían el don podrían curarla.

El cuero poseía una gran resistencia, y aunque no era inmune a espadas, lanzas o flechas, proporcionaba un buen grado de protección a la vez que ofrecía suficiente libertad de movimientos como para permitirle pelear. Un golpe con una espada tenía que ser dado del modo correcto, o de lo contrario rebotaría sobre el cuero. Muchos de los hombres llevaban... cota de malla, que proporcionaba mejor protección, pero en demasiado pesada para Kahlan. En combate, la velocidad y la maniobrabilidad significaban la vida.

Kahlan era lo bastante lista como para no arriesgar la vida innecesariamente. Era más valiosa para la causa como líder que como combatiente. Con todo, si bien raras veces entraba directamente en combate, el combate había ido a ella muy a menudo.

Un sargento llegó finalmente para entregarle un informe.

—Asesinos —fue todo lo que dijo.

Aquella palabra escalofriante bastó. Era lo que había imaginado, y explicaba el estado en que se hallaba el campamento.

—¿Cuántas bajas? —pregunto Kahlan.

—Solo sé con seguridad que uno atacó al capitán Zimmer. Estaba comiendo ante una fogata con sus hombres. El capitán consiguió eludir un golpe mortal, pera recibió una sería herida en la pierna. Ha perdido mucha sangre. Los cirujanos se ocupan de el en estos momentos.

—¿Qué hay del asesino? —pregunto Verna.

El sargento pareció sorprendido ante la pregunta,

—El capitán Zimmer mato al asesino. —Hizo una mueca de desagrado ante el resto de lo que tenía que decir— El asesino iba vestido con un uniforme d'haraniano. Cruzó el campamento sin llamar la atención hasta que encontró un blanco, el capitán Zimmer, y atacó.

Verna lanzó un preocupado suspiro.

—Una Hermana tal vez podría ayudar al capitán,

Kahlan despidió al sargento con un movimiento de cabeza. El hombre saludo con el puño sobre el corazón antes de marchar a toda prisa a cumplir con sus tareas.

Fue entonces cuando Kahlan divisó a Zedd, que se aproximaba. La parte delantera de su túnica estaba húmeda y oscura..., sin duda sangre, y corrían lágrimas por su rostro. Kahlan sintió que se le ponía carne de gallina.

Verna lanzó una exclamación ahogada cuando Zedd la vio de improviso y vaciló por un instante antes de correr hacia ellas. Verna sujetó con fuerza el brazo de Kahlan.

Zedd agarró la mano de Verna.

—De prisa —fue todo lo que dijo.

Era todo lo que necesitaba decir. Todos comprendieron.

Verna profirió un grito lastimero mientras era arrastrada tras el anciano mago. Kahlan y Cara corrieron detrás mientras Zedd las conducía en una carrera sinuosa entre la confusión de hombres que gritaban, caballos que galopaban, pelotones en formación apresurándose en todas direcciones y jefes de unidad pasando lista.

Era necesario pasar lista porque los asesinos llevaban uniformes d'haraninanos para poder acercarse mucho a su presa sin ser detectados, Era necesario comprobar a cada uno de los hombres para separar a los infiltrados. En tedioso y difícil, pero esencial.

Se lanzaran precipitadamente a la revuelta confusión que rodeaba las tiendas donde se atendía a los heridos. Algunos hombres gritaban órdenes mientras otros conducían hasta allí a combatientes que gritaban de dolor, o a soldados con los brazos inertes arrastrando por el suelo. Cada tienda podía dar cabida a entre diez y doce hombres.

La serenidad de Verna estaba exacerbaba por el pánico. Zedd la detuvo, sujetándola por los brazos; tenía la voz ahogada por la emoción.

—Un hombre apuñalo a Holly. Warren estaba cerca e intentó proteger a la niña. Verna, te juro por el alma de mi difunta esposa... que hice todo lo que podía hacer. Queridos espíritus, perdonadme, pero debo ser yo quien te diga... que esta fuera de mí poder ayudarlo. Preguntó por ti y por Kahlan.

Kahlan se quedó parada, como atontada, con el corazón en un puño. La mano de Zedd en su espalda la instó a moverse con rapidez. Siguió a Verna, agachando la cabeza para entrar en la tienda.

Media docena de hombres yacían en el extremo opuesto de la tienda, tapados con mantas. Aquí y allá una mano ensangrentada sobresalía de debajo de un cobertor. A un hombre le faltaba una bota. Kahlan se lo quedo mirando, incapaz de hacer funcionar su mente, incapaz de comprender cómo el soldado había perdido la bota. Parecía ridículo: morir y perder una bota. Tragedia y comedia juntas bajo una mortaja.

Warren yacía sobre la espalda en un jergón sobre el suelo. La hermana Philippa estaba a su izquierda, con su elevada estatura inclinada sobre el juvenil mago, sosteniendo su mano. La hermana Phoebe estaba a la derecha, sosteniendo la otra. Ambas mujeres se giraron y alzaron rostros cubiertos de lágrimas y se encontraron con Verna, que se alzaba por encima de ellas.

—Warren —dijo la hermana Philippa—, es Verna. Esta aquí. Y Kahlan también.

Las dos Hermanas se apartaron rápidamente para que Verna y Kahlan ocuparan sus puestos. Se cubrieron las bocas para contener el llanto mientras abandonaban corriendo la tienda.

Warren estaba tan blanco como los montones de vendajes limpios situados a poca distancia. Tenía los ojos muy abiertos mientras miraba fijamente a lo alto... como si ya no fuera capaz de ver. Su rizado cabello rubio estaba apelmazado de sudor. Su túnica estaba empapada de sangre.

—Warren —gimió Verna—. Warren.

—¿Verna? ¿Kahlan? —preguntó el con un susurro entrecortado.

—Sí, mi amor —Verna le besó la mano una docena de veces.

Kahlan oprimió su otra mano inerte.

—Estoy aquí, también, Warren.

—Tenía que aguantar. Hasta que las dos regresarais. Para decíroslo.

—¿Decirnos qué. Warren? —preguntó Verna entre lágrimas.

—Kahlan... —musitó él.

Ella se inclinó sobre él.

—Estoy aquí, Warren. No intentes hablar, solamente...

—Escúchame.

Kahlan apretó la mano del herido contra su mejilla.

—Te escucho, Warren.

—Richard tiene razón. Su visión. Tenía que decírtelo.

Kahlan no supo qué decir.

Una sonrisa asomó al rostro lívido de Warren.

—Verna...

—¿Qué quieres, mi amor?

—Te amo. Siempre te he amado.

Verna apenas consiguió que las palabras se abrieran paso éntrelas lagrimas que la ahogaban,

—Warren, no te mueras. No te mueras. Por favor no te mueras.

—Dame un beso —susurró Warren—, mientras sigo vivo. Y no llores por lo que termina, recuerda los buenos momentos que compartimos. Bésame, amor mío.

Verna se inclinó y unió sus labios con los de él, dándole un delicado y amoroso beso mientras sus lágrimas caían sobre el rostro del moribundo.

Incapaz de soportar la escena. Kahlan abandonó la tienda con paso tambaleante, encontrando los brazos protectores de Zedd, que la aguardaban. Ocultó su llanto en el hombro del anciano.

—¿Qué estamos haciendo? —gritó— ¿Para qué es todo esto? ¿Para qué sirve nada de todo ello? Lo estamos perdiendo todo.

Zedd no tenía respuesta para sus lágrimas.

Los minutos se alargaron interminablemente. Kahlan se obligó a ser fuerte, a ser la Madre Confesora. No podía dejar que los hombres la vieran darse por vencida.

Había hombres silenciosos a poca distancia, que no querían mirar en dirección a la tienda donde Warren agonizaba.

Cuando el general Meiffert surgió de la oscuridad, la expresión de alivio en el rostro de Cara fue evidente. El oficial se apresuró a acercarse a la mord-sith, pero no la tocó.

—Me alegro de veros de vuelta sana y salva —dijo a Kahlan—. ¿Cómo esta Warren?

Kahlan no pudo hablar.

Zedd negó con la cabeza.

—No creí que viviría tanto tiempo. Creo que aguantó para poder ver a su esposa.

El general asintió, pesaroso.

—Cogimos al hombre que lo hizo.

Kahlan le dedicó toda su atención.

—Traedlo ante mí —masculló.

Sin una vacilación, el general marchó presuroso para ir en busca del asesino. A un ademán de Kahlan, Cara marchó con él.

—¿Qué te dijo? —preguntó Zedd en voz baja, de modo que nadie lo oyera—. Quería decirte algo.

Kahlan tomó aire pesarosa.

—Dijo, «Richard tiene razón».

Zedd desvió la mirada con desesperada amargura. Warren era su amigo. Kahlan jamás había visto a Zedd tomarle afecto a alguien del modo en que lo había hecho con Warren. Compartían cosas que ella sabía que nunca podría comprender. No obstante su aspecto juvenil, Warren tenía más de ciento cincuenta años, casi la misma edad que Verna. Para Zedd, al que siempre se consideraba como el sabio mago anciano, debía haber sido un consuelo especial compartir cuestiones mágicas con alguien que las comprendía.

—Me dijo lo mismo a mí —musitó Zedd, lloroso.

—¿Por qué no usó Warren su don? —preguntó Kahlan.

Zedd se pasó un dedo por la mejilla.

—Pasaba por allí, justo cuando él hombre apuñaló a Holly. A lo mejor el asesino no pudo encontrar su objetivo, o a lo mejor se perdió y estaba aturdido, o simplemente podría haberle entrado el pánico y decidido apuñalar a alguien y Holly estaba a mano en aquel momento. Kahlan se pasó las manos por las mejillas.

—A lo mejor le habían dicho que buscara un mago vestido de tal modo y cuando vio a Warren, apuñalo a Holly para provocar un, alboroto, de modo que pudiera atacarlo.

—Podría ser. Warren no lo sabe realmente. Todo sucedió en un instante, Warren estaba justo allí, y simplemente reaccionó. Le pregunté, pero no sabía por qué no usó su poder. A lo mejor en aquel terrible destello del cuchillo, temió matar a Holly, puesto que el hombre la sujetaba y la apuñalaba. Su instinto de salvarla sencillamente hizo que se lanzara a arrebatarle el cuchillo. Fue un error fatal.

—A lo mejor Warren simplemente vaciló antes de usar su poder.

Zedd se encogió de hombros penosamente.

—Una vacilación de una fracción de segundo ha sido el fin de muchos magos.

—Si yo no hubiese vacilado —dijo Kahlan mientras contemplaba amargos recuerdos—, Nicci no me habría cogido. No tendría a Richard ahora.

—No intentes arreglar el pasado, querida..., no puede hacerse.

—¿Qué hay del futuro?

La mirada de Zedd buscó la de ella.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas el final del pasado invierno, cuando levantamos el campamento..., cuando la Orden empezó a moverse? —Cuando Zedd asintió, ella prosiguió—: Warren indicó este lugar en el mapa. Dijo que teníamos que estar aquí para detener a la Orden.

—¿Estás sugiriendo que sabía que moriría aquí?

—Dímelo tú.

—Soy un mago, no un profeta.

—Pero Warren lo es. —Cuando él no dijo nada, Kahlan preguntó en un susurro—. ¿Qué hay de Holly?

—No lo sé. Yo llegaba para hablar con Warren. Acababa de suceder. Los soldados caían sobre el hombre, Warren ordenó a gritos que no lo mataran. Imagino que pensaba que el asesino podría tener in-

formación valiosa. Vi a Holly, sangrando por las heridas, en estado de shock. Hice traer inmediatamente a Warren aquí dentro y empecé a trabajaren él. Unas Hermanas llegaron a toda prisa y llevaron a Holly a otra tienda.

La mirada abatida de Zedd se hundió en el frío suelo.

—Hice todo lo que sé hacer. No fue suficiente.

Kahlan le rodeó los hombros protectoramente con el brazo.

—Estaba fuera de tus manos desde el principio, Zedd.

La desorientaba ver su fuente de energía en un estado de tan dolorosa debilidad. Era irracional esperar de él que fuera objetivo y fuerte en tales circunstancias, pero seguía siendo desconcertante. En aquel momento, a Kahlan la embargó el recuerdo de todas las pérdidas que Zedd había padecido en su vida: estaba todo allí, en sus húmedos ojos color avellana.

Unos hombres abrieron paso para el general Meiffert y Cara, que regresaban. Tras ellos, dos soldados corpulentos sujetaban a un joven enjuto y fuerte... apenas algo más que un muchacho en realidad. Tenía buenos músculos, pero no era rival para los hombres que lo retenían. Sus cabellos caían desordenados sobre una frente situada encima de unos ojos oscuros y desdeñosos. Mostraba una mueca despectiva.

—Vaya —dijo el muchacho, intentando hacerse el duro—, imagino que en mi servicio a la Orden acuchillé a alguien importante. Eso me conviene en un héroe.

—Haced que se arrodille ante la Madre Confesora —dijo el general Meiffert con tranquila autoridad.

Los dos soldados asestaron un puntapié a la parte posterior de las rodillas del joven para hacerle caer. Éste lanzo una risita mientras se arrodillaba ante ella.

—Así que eres esa ramera tan importante de la que tanto he oído hablar. Es una lástima que no estuvieras por aquí. Me habría encantado haberte apuñalado a ti. Imagino que demostré a unos cuantos que soy muy bueno con el cuchillo.

—De modo que en mi ausencia —dijo Kahlan—, heriste a una criatura.

—Sólo para practicar. Habría acabado con muchas más personas si esos entupidos brutos no hubieran tenido la suerte de poder echárseme encima. Pero, de todos modos, cumplí con mi deber para con la Orden y el Creador.

Era la bravuconada de alguien que sabía que estaba a punto de pagar el precio supremo por sus acciones. Intentaba convencerse a sí mismo de que había realizado un servicio valioso. Quería morir como un héroe, y luego ir directamente al Creador en busca de su recompensa en la otra vida.

Verna salió de la tienda. No había prisa en sus movimientos. Su rostro estaba lívido y demacrado. Kahlan la tomó del brazo, lista para ayudar si la mujer lo necesitaba.

Verna se detuvo al ver al joven de rodillas.

—¿Es éste? —preguntó.

Kahlan posó delicadamente la otra mano en la espalda de Verna, ofreciendo apoyo en silencio.

—Es éste —confirmó.

—Eso es. —El muchacho dedicó una mirada despectiva a Verna—; soy el que acuchilló al mago enemigo. Soy un héroe. La Orden llevará auxilio y justicia a la gente y yo ayudé a hacerlo. Los de vuestra clase siempre intentáis mantenernos sojuzgados.

—Manteneros sojuzgados... —repitió Verna en una voz apagada.

—Aquellos que nacen con toda la suerte y las ventajas..., esos jamás quieren compartir nada. Esperé pero nadie dio jamás una oportunidad en la vida hasta que la Orden lo hizo. Soy un héroe de las gentes oprimidas de todo el mundo. He asestado un golpe a los opresores de la humanidad. He ayudado a llevar justicia a aquellos a los que nunca se les da una oportunidad. Maté a un hombre malvado. ¡Soy un héroe!

El silencio de todos los que estaban cerca resultaba más lúgubre aún en medio del telón de fondo de incesante actividad mientras se registraba el campamento en busca de otros asesinos. Los oficiales pronunciaban nombres, obteniendo rápidas respuestas. Tropas buscando invasores trotaban en medio de la noche, con las cotas de mallas y las armas tintineando igual que miles de campanillas diminutas.

El hombre caído de rodillas sonrió burlón a Verna.

—El Creador me dará mi recompensa en la otra vida. No temo morir. Me he ganado la eternidad bajo su Luz imperecedera.

Verna paseó la mirada por los ojos de todos los reunidos.

—No me importa lo que le hagáis —dijo—, pero quiero oír sus gritos toda la noche. Quiero que este campamento oiga sus gritos toda la noche. Quiero que los exploradores de la Orden oigan sus gritos. Ése será mi tributo a Warren.

El joven se lamió los labios, comprendiendo que las cosas no iban como había esperado.

—¡Eso no es justo! —protestó a gritos el joven asesino.

El pánico empezó a estremecerle todo el cuerpo. Había estado preparado para la muerte de un mártir, un fin rápido. Aquello era algo imprevisto.

—Él murió deprisa. ¡Debería tener la misma consideración! ¡Esto no es justo!

—¿Justo? Lo que no es justo —replicó Verna con terrible calma—, es que tu madre le abriera jamás las piernas a tu padre. Nosotros corregiremos ahora su equivocación. Lo que no es justo es que un hombre bueno y amable ha muerto a manos de un cobarde lloriqueante tan carente de sentido común que es incapaz de reconocer las mentiras que escupe.

»¿Deseas canjear tu vida por la que has eliminado? ¿Deseas morir por una causa que, como un estúpido, consideras noble? Obtendrás tu deseo, muchacho. Pero antes de morir, comprenderás a la perfec-

ción qué has entregado, lo preciosa que es tu vida y en qué modo se ha desperdiciado. Acabaras por lamentar el acto de procreación de tu madre tanto como nosotros.

Verna pasó una mirada de irrevocabilidad sobre el grupo que observaba.

—Ése es mi deseo. Por favor, ocuparos de que se ejecute.

Cara dio un paso al frente.

—Deja que lo haga yo. —Su rostro adusto no mostraba el menor atisbo de entusiasmo—. Yo sería la mejor para llevar a cabo tu deseo tal como quieres, Verna.

El muchacho río histéricamente.

—¿Una mujer? ¿Acaso creéis todos vosotros que un zorrón rubio va a poder darme una lección? Estáis tan locos como había oído decir.

—Estoy en deuda contigo, Cara —dijo Verna, asintiendo; empezó a alejarse pero se detuvo—. No lo dejes morir hasta la mañana. Iré a ser testigo de ello. Deseo mirarlo a los ojos y ver si este joven ha llegado a comprender la naturaleza de la realidad y su falta de equidad, antes de perder la vida por una gran maldad.

—Te prometo —dijo Cara en voz baja a Verna—que aunque esta noche te parecerá eterna en tu dolor, será infinitamente más larga para él. Verna se limitó a acariciar el hombro de Cara en señal de reconocimiento.

Una vez que Verna hubo desaparecido en la oscuridad, Cara se volvió hacia Kahlan.

—Desearía una tienda. Nadie debe ver lo que le hago. Sus alaridos proporcionarán información suficiente.

—Como desees.

—¿Madre Confesora?

El joven se debatió frenéticamente, pero el peso los soldados lo sujetaban con firmeza.

—¿Si eres tan buena como afirman, muéstrame clemencia?

Un hilillo de baba discurrió por la comisura de la boca del joven y colgó balanceándose al ritmo de sus jadeos.

—Pero lo he hecho —respondió Kahlan—.Te permito padecer la sentencia que Verna ha indicado y no la que yo impondría. Cara chasqueó los dedos y señaló al joven mientras se ponía en marcha.

Los soldados arrastraron al aullante muchacho tras ella.

—¿Qué hacemos con los demás que capturamos? —preguntó el general a Kahlan.

Kahlan inicio el regreso a su tienda.

—Cortadles el cuello.

36

Kahlan se incorporó en el lecho al darse cuenta de que ya no oía los lejanos alaridos. Aún faltaban horas para el amanecer. A lo mejor el corazón del prisionero se había detenido de repente.

No, Cara era una mord-sith, y estaba bien adiestrada.

Mientras yacía totalmente vestida en su cama, escuchando los espeluznantes alaridos, afligida por Verna y echando de menos a Warren, el sudor había perlado de vez en cuando su frente cada vez que recordaba que Richard en una ocasión había estado bajo el agiel de una mord-sith.

Para desterrar las horrendas imágenes no deseadas que invadían sus pensamientos, alzo la mirada hacia Espíritu. La lámpara proyectaba una luz cálida sobre la talla, subrayando las elegantes líneas de la ondulante túnica, las manos apretadas, la cabeza echada atrás. No importaba cuantas veces contemplaba Kahlan la estatua, jamás se cansaba de hacerlo. La emocionaba cada vez.

Richard había elegido esa visión de la vida por encima de la terrible amargura en la que podría haber caído. Aferrarse a tal amargura únicamente le habría robado su capacidad de ser feliz.

Oyó una algarabía fuera cuando se ponía en pie de un salto. Cara asomó la cabeza a través del faldón que Kahlan había dejado abierto. Los ojos azules de la mord-sith mostraban una furia letal. Pasó al interior de la tienda, arrastrando al muchacho tras ella por los cabellos. El joven temblaba mientras parpadeaba frenéticamente, cegado por la sangre que había en sus ojos.

Rechinando los dientes, Cara le dio un empujón y le hizo caer sobre el polvo a los pies de Kahlan.

—¿Qué es esto? —pregunto Kahlan.

La expresión en los ojos de Cara revelaba a una mujer al borde de una furia salvaje, en los límites del control, en un lugar situado muy lejos de lo que era un ser humano. Pisaba el suelo de otro mundo: la locura.

Cara se arrodilló y agarró al joven por los cabellos. Tiró de él para ponerlo en pie y lo sujetó contra su cuerpo vestido de cuero rojo mientras apretaba el agiel contra su garganta. El muchacho boqueó y tosió. De su boca espumeó sangre

—Díselo —masculló Cara.

Él extendió las manos a los costados en señal de rendición.

—¡Lo conozco! ¡Lo conozco!

Kahlan contempló con el entrecejo fruncido al aterrado joven.

—¿Conoces a quién?

—¡Richard Cypher! ¡Conozco a Richard Cypher!... Y a su esposa, Nicci.

Kahlan sintió como si el mundo se derrumbara a su alrededor. El peso de aquel mundo b hizo caer de rodillas sobre el prisionero.

—¿Cómo te llamas?

—!Gadi! ¡Me llamo Gadi!

Cara apretó el agiel contra su espalda, haciéndole soltar un salvaje alarido. Le aplastó la cara contra el suelo.

Kahlan extendió una mano.

—Cara, espera..., necesitamos hablar con él.

—Lo sé. Solo me aseguraba de que quiere hablar con nosotras.

Kahlan no había visto nunca a Cara así, desquiciada de aquel modo. Aquello era más de lo que Verna había pedido. Aquello era algo personal para Cara. Warren le caía bien, pero Richard era la vida de Cara.

La mord-sith volvió a ponerlo de pie de un tirón y aparecieron burbujas rojas alrededor de su nariz rota. Cuando la luz caía sobre Cara en el ángulo correcto, Kahlan podía ver sangre brillando sobre el cuero rojo.

—Ahora, quiero que se lo cuentes todo a la Madre Confesora.

Él asentía mientras lloraba y antes de que Cara finalizara siquiera la orden.

—Yo vivía allí..., en el lugar al que fueron a vivir. Vivía donde Richard y su esposa...

—Nicci —corrigió Kahlan.

—Sí, Nicci. —El no comprendía lo que ella quería decir—. Vinieron a vivir a una habitación de nuestra casa. A mis amigos y a mí no nos gustaba él. Luego, Kamil y Nabbi empezaron a hablar con él. Empezó a gustarles Richard. Yo estaba furioso...

Se puso a lloriquear de tal modo que no pudo terminar. Kahlan lo agarró por la mandíbula, resbaladiza debido a la sangre, y le zarandeó la cabeza.

—¡Habla! ¡O haré que Cara vuelva a empezar!

—No sé qué decir, ¿qué quieres? —sollozó él.

—Todo lo que sepas sobre él y Nicci. ¡Todo! —Aulló Kahlan a pocos centímetros de su rostro.

—Cuéntale el resto —le dijo Cara al oído.

—Richard empezó a conseguir que la gente arreglara el lugar. Trabaja para Ishaq, en la compañía de transporte. Cuando llegaba a casa por la noche, se dedicaba a arreglar cosas. Enseñó a Kamil y a Nabbi cómo arreglar cosas.

»Yo lo odiaba.

—¿Lo odiabas porque hacía que las cosas estuvieran mejor?

—Hizo que Kamil y Nabbi y otros pensaran que podían hacer cosas por sí mismos, cuando no pueden; las personas no pueden hacer cosas por sí mismas. Es un engaño cruel. A las personas tienen que ayudarlas aquellos que poseen el talento para hacer algo. Es su deber. Richard debería haber mejorado las cosas, porque él podía..., no debería haber hecho que Kamil, Nabbi y los demás creyeran que podían cambiar sus vidas por sí mismos. Nadie puede hacer eso. La gente necesita ayuda, no unas expectativas tan crueles e insensibles.

»Descubrí que Richard trabajaba por la noche. Acarreaba cargamentos extra para gente codiciosa. Ganaba dinero que no se le debería permitir ganar.

»Luego, una noche, estaba sentado en los escalones y oí que Nicci se enfurecía con Richard. Salió a buscarme a las escaleras y me pidió que tuviera relaciones sexuales con ella. Las mujeres siempre me quieren. Ella era una ramera..., no mejor que las demás..., a pesar de sus aires. Me dijo que Richard no era lo bastante hombre para ocuparse de ella, y que quería entregarse a mí porque él no quería tomarla.

»Le di lo que quería..., tal y como lo quería. Le di un buen meneo a esa zorra. Le hice mucho daño, como se merecía...

Con todas sus fuerzas, Kahlan le estrelló la rodilla contra la entrepierna. Gadi se dobló al frente, incapaz de respirar. Puso los ojos en blanco y cayó violentamente al suelo.

Cara sonrío.

—Pensé que os gustaría oír esa parte.

Kahlan se secó las lágrimas de las mejillas.

—No era Richard. Sabía que no era Richard. Fue este cerdo.

Kahlan le pateó en las costillas cuando empezó a recuperar el sentido, y él lanzó un grito. La mujer agitó los dedos con impaciencia. Cara, lo agarró por los cabellos y lo puso en pie de un fuerte tirón.

—Acaba tu historia —dijo Kahlan con gélida furia.

Él tosió, boqueó y babeo. Cara tuvo que sostenerlo para que se mantuviera en pie. Le sujetó los brazos a la espalda para que no pudiera aliviar su entrepierna. El dolor resultaba evidente en su rostro crispado.

—¡Habla, o volveré a hacerlo!

—¡Por favor!¡Te lo estaba contando cuando me detuviste!

—¡Sigue!

El joven suspiro frenéticamente.

—Cuando termine con esa zo... cuando dejé a Nicci, Kamil y Nabbi estaban como locos.

Kahlan le alzó la barbilla.

—¿Qué quieres decir con que estaban como locos?

—Estaban hechos una furia conmigo porque estuve con la esposa de Richard. Les cae bien Richard, de modo que se enfurecieron conmigo. Iban a hacerme daño. Así que decidí alistarme en el ejército para luchar por la Orden contra los infieles, y...

Kahlan aguardó. Echó una mirada a Cara. La mord-sith hizo algo tras la espalda de Gadi que provocó que lanzara un grito ahogado.

—Y ¡entonces di el nombre de Richard!

—¿Hiciste qué?

—Di su nombre antes de irme. Dije a los guardias de la oficina de Protector Muksin que Richard hacia cosas delictivas, que robaba trabajo a la gente trabajadora..., que estaba ganando más de lo que le correspondía.

Kahlan frunció el entrecejo.

—¿Qué significa eso? ¿Qué sucede cuando uno da un nombre?

Gadi temblaba atemorizado. Estaba claro que no quería responder. Cara presiono el agiel contra su costado. Resurgió sangre su camisa empapada de sudor. Lo intentó, pero no consiguió tomar aire. Su rostro ceniciento empezó a tornarse morado.

—Díselo —ordenó Cara en tono frío.

Gadi aspiro penosamente cuando ella eliminó la presión

—Lo arrestarán. Le harán... le harán... confesar.

—¿Confesar? —inquirió Kahlan, temiendo la respuesta.

Gadi asintió de mala gana.

—Lo más probable es que lo torturen para sacarle una confesión. Podrían incluso colgar su cuerpo de un poste y dejar que los pájaros le dejen los huesos pelados si confiesa algo malo.

Kahlan se tambaleó. Pensó que iba a vomitar. El mundo se había desintegrado en forma de locura.

Volteó de una patada el cesto de los mapas y los revolvió hasta encontrar el que quería. Sacó una pluma y una botella de tinta de su caja, colocó la estatuilla de Espíritu en el suelo y extendió el pequeño mapa sobre la mesa.

—Ven aquí —ordenó Kahlan, chasqueando los dedos y señalando el suelo ante la mesa.

Colocó la pluma entre sus dedos temblorosos una vez que él se hubo acercado arrastrando los pies.

—Estamos aquí —Kahlan señalo el mapa—, muéstrame por dónde viajaste con la Orden.

Él indicó con el dedo.

—Este río. Subí desde el Viejo Mundo con tropas de refuerzos, después de un poco de adiestramiento. Nos unimos al ejército del emperador y avanzamos ascendiendo por la cuenca de este río durante el verano.

Kahlan señalo el Viejo Mundo.

—Ahora, quiero que señales el lugar donde vivías.

—Altur'rang. Es eso ahí.

Contempló cómo el mojaba la pluma y trazaba un circulo alrededor del punto y el nombre Altur'Rang, muy al sur... en el centro del Viejo Mundo.

—Ahora —siguió ella—, señala las carreteras del Viejo Mundo por las que viniste..., incluyendo cualquier ciudad o pueblo que atravesaras.

Cara y Kahlan contemplaron como Gadi señalaba carreteras y dibujaba círculos alrededor de cierto número de poblaciones. Warren y las Hermanas procedían del Viejo Mundo, conocían muchas cosas sobre la disposición del terreno, lo que les permitía proporcionar mapas detallados.

Cuando hubo finalizado, Gadi alzó la mirada.

—Dibuja la ciudad de Altur'Rang. Quiero ver las calzadas principales..., cualquier cosa que sepas sobre ellas.

Gadi se puso de inmediato a dibujarle el mapa. Cuando terminó, volvió a alzar la mirada.

—Ahora, muéstrame dónde está esa habitación donde vive Richard.

Gadi hizo una marca en el mapa para indicar el lugar.

—Pero no sé si estará allí. Mucha gente da los nombres de sospechosos de fechorías contra el prójimo. Si lo arrestaron... los Hermanos pueden ordenar una penitencia, o pueden incluso interrogarlo y luego ordenar que lo ejecuten.

—¿Hermanos? —pregunto Kahlan.

Gadi asintió.

—El hermano Narev y sus discípulos. Son los que encabezan la Fraternidad de la Orden, El hermano Narev es nuestro guía espiritual. Él y los hermanos son el corazón de la Orden.

—¿Qué aspecto tienen? —preguntó Kahlan, cuya mente ya maquinaba.

—Los hermanos llevan túnicas marrón oscuro, con capuchas. Son hombres sencillos que han renunciado a los lujos de la vida para servir los deseos del Creador y las necesidades de la humanidad. El hermano Narev está más cerca del Creador que cualquier hombre vivo. Es el salvador de la humanidad.

Estaba claro que Gadi sentía un temor reverencial por el hombre. Kahlan escuchó mientras el muchacho le contaba todo lo que sabía sobre la Fraternidad de la Orden y el hermano Narev.

Gadi tembló en medio del silencio una vez que finalizó, Kahlan no lo miraba, sino que tenía la vista fija a lo lejos.

—¿Qué aspecto tenía Richard? —preguntó con voz distante—. ¿Estaba bien? ¿Tenía buen aspecto?

—Sí. Es grande y fuerte. A la gente estúpida le cae bien.

Kahlan giró en redondo, golpeando con la base de la mano el rostro de Gadi con tanta fuerza que lo derribó.

—Sácalo de aquí —ordenó a Cara.

—¡Pero tienes que mostrarme demencia ahora! ¡Te he contado lo que querías saber! —Se echó a llorar—, ¡Debes mostrarme clemencia!

—Tienes una tarea que acabar —dijo Kahlan a Cara.

Kahlan echó hacia atrás el faldón de la tienda y asomó la cabeza. La hermana Dulcinia roncaba levemente. Holly alzó los ojos.

Las lágrimas inundaron los ojos de la niña mientras alargaba los brazos en actitud suplicante. Kahlan se arrodilló junto a ella y se inclinó para abrazarla. Holly empezó a llorar.

La hermana Dulcinia despertó con un resoplido.

—Madre Confesora...

Kahlan posó una mano sobre el brazo de la Hermana.

—Es tarde. Por qué no vas a dormir un poco, Hermana.

La hermana Dulcinia sonrió y luego gruñó por el esfuerzo de ponerse en pie en la baja tienda. A lo lejos, en el otro extremo del campamento. Kahlan podía oír los escalofriantes alaridos de Gadi.

Kahlan apartó suavemente los sedosos cabellos de la frente de Holly y la besó.

—¿Cómo te encuentras, querida? ¿Estás bien?

—Madre Confesora, fue horrible. Hirieron al mago Warren. Lo vi.

Kahlan la abrazó cuando empezó a llorar otra vez.

—Lo sé. Lo sé.

—¿Está bien? ¿Está curado como me curaron a mí?

Kahlan tomó en su mano la pequeña mejilla y le secó una lágrima con el pulgar.

—Lo siento, Holly, pero Warren murió.

La frente de la niña se crispó.

—No debería haber intentado salvarme. Es culpa mía que esté muerto.

—No —la consoló Kahlan—. No es así. Warren dio su vida para salvarnos a todos. Hizo lo que hizo por su amor a la vida. No quiso dejar que el mal se moviera libremente entre aquellos que amaba.

—¿Realmente lo piensas?

—Claro que lo pienso. Recuérdalo por cómo amaba la vida y cómo quería ver a aquellos que amaba libres para vivir sus propias vidas.

—Bailó conmigo en su boda. Me pareció que era el novio más apuesto que haya habido nunca.

—Realmente era un novio muy apuesto —dijo Kahlan con una sonrisa al recordarlo—. Fue uno de los mejores hombres que he conocido jamás, y dio su vida para ayudar a mantenernos libres. Honraremos su sacrificio viviendo las mejores vidas que podamos vivir.

Kahlan hizo intención de levantarse, pero Holly la abrazó más fuerte, de modo que Kahlan se tumbó junto a ella. Acarició la frente de la niña y le besó la mejilla.

—¿Te quedarás conmigo, Madre Confesora? ¿Por favor?

—Me quedaré un raro, bonita.

Holly se durmió acurrucada contra Kahlan, y Kahlan derramó amargas lágrimas de frustración sobre la dormida criatura, una criatura que debería tener el derecho a vivir su vida. Otros, no obstante, anhelaban arrebatarle ese derecho a punta de cuchillo.

Una vez que hubo decidido por fin lo que debía hacer, Kahlan se deslizó en silencio fuera de la tienda para ir a empaquetar sus cosas.

Apenas empezaba a clarear cuando Kahlan salió de su tienda llevando su saco de dormir, las alforjas, la espada d'haraniana, la Espada de la Verdad, la coraza de cuero y la mochila con el resto de sus cosas. Espíritu iba bien envuelta en el saco de dormir. Empezaba a caer una ligera nevada, anunciando al quedo campamento que el invierno había llegado a la parte norte de la Tierra Central.

Todo parecía como si tocara a su fin. No era sólo la muerte de Warren lo que la convenció, sino más bien la futilidad que simbolizaba. Ya no podía engañarse a sí misma. La verdad era la verdad. Richard tenía razón.

La Orden se lo quedaría todo. Más tarde o más temprano, la tendrían a ella y la matarían, junto con aquellos que peleaban a su lado. Era sólo una cuestión de tiempo que consiguieran esclavizar a todo el Nuevo

Mundo. Ya tenían gran parte de la Tierra Central. Algunos territorios habían caído voluntariamente No había modo de resistirse a una fuerza de su aplastante tamaño, al terror de sus amenazas, o a la seducción de sus promesas.

Warren lo había atestiguado: Richard tenía razón.

Ella había pensado que podía hacer que las cosas fueran distintas. Había pensado que podía hacer retroceder a las huestes que avanzaban... mediante su voluntad. Fue arrogancia por su parte. Las fuerzas de la libertad estabas pérdidas.

Muchas de las personas de aquellos territorios caídos habían puesto su fe en la Orden a expensas de su libertad.

¿Qué le quedaba? Huir. Retroceder... Terror. Muerte

Ya no tenía nada que perder, en realidad. Casi todo estaba ya perdido, o lo estaría pronto. Mientras al menos le quedara su vida, iba a usarla.

Iba a ir al corazón de la Orden.

—¿Qué estáis haciendo?

Kahlan giró en redondo y se encontró con Cara que la miraba con el entrecejo fruncido.

—Cara, me... me voy.

Cara asintió una vez.

—Estupendo. También yo creo que ha llegado la hora. No tardaré en reunir mis cosas. Vos coged los caballos, y me reuniré con...

—No. Me voy sola. Tú te quedaras aquí.

Cara acarició la larga trenza rubia que le caía por delante del hombro.

—¿Por qué os marcháis?

—No me queda nada por hacer aquí..., nada que pueda hacer. Voy a hendir mi espada en el corazón de la Orden el hermano Narev y sus discípulos. Es lo único que puedo hacer para devolverles el golpe.

—¿Y creéis que yo quiero quedarme aquí?—repuso Cara con una sonrisa.

—Tú te quedarás aquí, donde debes estar..., con Benjamín.

—Lo siento, Madre Confesora —replicó Cara con ternura—, pero no puedo seguir tales órdenes. Soy una mord-sith. Mi vida está dedicada a proteger a lord Rahl. Prometí a lord Rahl que os protegería, no que me quedaría con Benjamín.

—Cara, quiero que te quedes aquí...

—Es mi vida. Si esto es el fin, todo lo que hay, entonces haré con el resto de mi vida lo que desee. Es mi vida, no la vuestra. Voy a ir, y eso es definitivo.

Kahlan vio en los ojos de Cara que lo era, y no creía haber oído jamás a la mord-sith expresar un sentimiento parecido sobre sus propios deseos. Ciertamente se trataba de su vida. Además, Cara sabía adónde iba Kahlan. Sí Kahlan marchaba sin ella. Cara se limitaría a seguirla. Conseguir que las mord-sith obedecieran órdenes a menudo era más difícil que pastorear hormigas.

—Tienes razón. Cara; es tu vida. Pero cuando entremos en el Viejo Mundo, vas a tener que llevar algo que oculte lo que eres. El cuero rojo en el Viejo Mundo significaría nuestro fin.

—Haré lo que deba para protegeros a vos y a lord Rahl.

Kahlan sonrió.

—Creo que sí lo harías. Cara.

Cara no sonreía. La sonrisa de Kahlan se esfumó.

—Lamento haber intentado marchar sin ti, Cara. No debería haberlo hecho. Eres una hermana del agiel. Debería haberlo discutido contigo. Ése es el modo correcto de tratar a alguien a quien se respeta.

Cara sonrió.

—Ahora sí que habláis con sentido común.

—Puede que no regresemos jamás.

La mord-sith se encogió de hombros.

—¿Y creéis que viviremos una gran vida si nos quedamos? Creo que solo nos aguarda una muerte cierta si nos quedamos.

Kahlan asintió.

—Eso es también lo que yo pienso. Por eso debo ir.

—No voy a discrepar.

Kahlan contempló la nieve que caía. La última vez que había llegado el invierno, ella y Cara apenas habían conseguido escapar a tiempo.

Se armó de valor y preguntó:

—Cara, ¿realmente crees que Richard sigue vivo?

—Desde luego que lord Rahl está vivo. —Cara alzó el agiel y lo hizo girar en sus dedos—. ¿Recordáis?

Y en entonces lo recordó: el agiel sólo funcionaba si el lord Rahl al que ella servía estaba vivo.

Entregó a Cara parte de su carga.

—¿Gadi?

—Murió como Verna deseaba.

—Bien. La piedad para con los culpables es traición hacia los inocentes.

Poco después del amanecer Kahlan se encaminó a la tienda de Zedd. Cara había ido a conseguir caballos y provisiones. Cuando Kahlan lo llamo. Zedd le dijo que entrara. El mago se alzó del banco en el que estaba junto con Adie, la anciana hechicera.

—Kahlan, ¿qué sucede?

—He venido a despedirme.

Los ojos de Zedd no demostraron sorpresa.

—¿Por qué no te quedas y descansas un poco? Vete mañana.

—No quedan mañanas. El invierno está a las puertas. Si he de hacer lo que debo, no tengo un día que perder.

Zedd la sujetó cariñosamente por los hombros.

—Kahlan, Warren quería verte. Sentía que debía decirte que Richard tenía razón. Significó mucho para él que lo supieras. Richard nos dijo que no debes atacar el corazón de la Orden antes de que la gente le demuestre su valía, o todo estará perdido. Tal cosa es aún menos probable que suceda hoy que el día en que lo dijo.

—Y a lo mejor Warren quería decir que Richard tenía razón..., que vamos a perder el Nuevo Mundo a manos de la Orden, de modo que ¿por qué quedarnos? A lo mejor fue el modo que tuvo Warren de decirme que fuera a Richard antes de que esté muerta, o que él esté muerto, y entonces sea demasiado tarde para probarlo.

—¿Y Nicci?

—Lo averiguaré cuando llegue allí.

—Pero, no puedes esperar que...

—Zedd, ¿qué otra cosa me queda? ¿Contemplar cómo cae la Tierra Central? ¿Aspirar como máximo a llevar una vida en continua huida, a vivir como una prófuga, ocultándome cada día de las garras de la Orden? »Incluso aunque Warren no lo hubiese dicho, he comprendido..., sin importar lo mucho que desearía lo contrario..., que Richard tiene razón. La Orden sólo estará inmovilizada durante el invierno. En primavera, el enemigo inundará mi ciudad. Luego irán a por D'Hara. No habrá adonde escapar. Aunque escapen por el momento, la Orden sojuzgará a esa gente.

»No hay futuro para mí. Richard tenía razón. Lo menos que puedo hacer es pasar lo que me queda de vida viviendo para mí misma, y para Richard. No me queda nada, Zedd.

Afloraron lágrimas a los ojos del mago.

—Te echaré de menos. Has traído de vuelta buenos recuerdos de mi propia hija y me has dado momentos felices.

Kahlan lo rodeó con los brazos.

—Zedd, te quiero.

Ella misma no pudo contener las lágrimas. Él tampoco. Ella era todo lo que le quedaba, y también la perdía.

No..., eso no era cierto. Kahlan se apartó

—Zedd, ha llegado el momento de que tú marches también. Debes ir al Alcázar y protegerlo.

Él asintió con gran renuencia, con gran tristeza.

—Lo sé.

Kahlan se arrodilló ante la hechicera y le tomo la mano.

—Adié, ¿irás con él y le harás compañía?

Una hermosa sonrisa apareció en el rostro curtido por los años de la mujer.

—Bueno, yo... —Alzó los ojos—. ¿Zedd?

Zedd puso mala cara.

—¡Joder! Acabas de estropear la sorpresa de la invitación.

Kahlan le dio una palmada en la pierna,

—Deja de decir palabrotas delante de damas... y deja de mostrarte tan avinagrado. Me gustaría saber que no vas a estar solo allí.

Una sonrisa se abrió paso en el rostro del anciano.

—Desde luego que Adie viene al Alcázar conmigo.

Fue Adíe quien frunció el entrecejo entonces.

—¿Cómo lo sabes, anciano? No has pedido mi aprobación. Vaya, me dan ganas de...

—Por favor, basta —dijo Kahlan—. Los dos. Esto es demasiado importante para mostrarse quisquilloso.

—Puedo ser quisquilloso si lo deseo —protestó Zedd.

—Eso es cierto. —Adie agitó un delgado dedo—. Somos lo bastante viejos para ser quisquillosos si queremos.

Kahlan sonrió entre lágrimas.

—Desde luego que podéis. Es sólo que, después de que Warren..., me recuerda lo mucho que odio ver cómo la gente malgasta su vida en cosas que no importan.

Zedd frunció el entrecejo.

—Hay una o dos cosas que debes aprender, querida mía, si no sabes lo importante que es ser quisquilloso.

—Eso es cierto —dijo Adie—. Ser quisquilloso te mantiene perspicaz. Cuando te haces viejo, necesitas seguir siendo perspicaz.

—Adie tiene toda la razón —indico Zedd—. Por supuesto, en mi opinión...

Kahlan lo acalló con un abrazo al que Adie se unió.

—¿Estas segura, querida? —preguntó Zedd cuando se separaron,

—Lo estoy. Voy a introducir mi espada en el vientre de la Orden.

Zedd asintió mientras sujetaba con los huesudos dedos la parte posterior del cuello de Kahlan. Atrajo la cabeza hacia él y le besó la frente.

—Si debes ir, entonces cabalga duro y golpea aún más fuerte.

—Justo lo que yo pienso —dijo Cara a la vez que entraba en la tienda.

A Kahlan le pareció que los ojos azules de la mord-sith tenían un aspecto más líquido que de costumbre.

—¿Estas bien, Cara?

Cara puso mala cara.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada —dijo Kahlan.

—El general Meiffert nos consiguió los seis caballos más rápidos que pudo encontrar. —Cara sonrió de gozo ante la perspectiva—. Llevaremos monturas de refresco con nosotras y podremos cubrir mucho terreno rápidamente. Tengo cargadas todas nuestras provisiones.

»Si marchamos ahora, podríamos escapar de las garras del invierno, Tenemos el mapa, de modo que podemos mantenernos fuera de las rutas que usan las tropas de la Orden, y los centros de población más grandes. Hay buenas calzadas y campo abierto. Si cabalgamos sin tregua, creo que podemos llegar en pocas semanas. Un mes como mucho.

El rostro de Zedd se crispó de preocupación.

—Pero la Orden controla gran parte de la parte meridional de la Tierra Central. Es un terreno peligroso.

—Tengo un camino mejor —Cara mostró una sonrisa maliciosa—. Yo conozco el territorio. Marcharemos al este desde aquí y cruzaremos al otro lado de las montañas, luego bajaremos al sur a través de D'Hara..., cruzando principalmente campo abierto, donde podemos ir más deprisa..., para bajar a través de las llanuras Azrith, hasta alcanzar por fin el río Kern, muy al sur. Una vez que el valle del río abandone las montañas, iremos al interior del corazón del Viejo Mundo.

Zedd asintió, dando su aprobación al plan. Kahlan rodeó cariñosamente con los dedos el delgado brazo del anciano mago.

—¿Cuándo irás al Alcázar?

—Adie y yo partiremos por la mañana. Creo que es mejor no entretenerse más aquí, Hoy resolveremos cuestiones referentes al ejército con los oficiales y las Hermanas. Creo que tan pronto como la gente haya salido de Aydindril, y en cuanto la nieve cuaje para asegurar que la Orden no va a ir a ninguna parte hasta la primavera, nuestros hombres deberían empezar a partir de este lugar para pasar al otro lado de las montañas, a la seguridad de D'Hara. La marcha será lenta al ser invierno, pero sin tener que combatir mientras viajan, no será tan difícil.

—Eso sería lo mejor —estuvo de acuerdo Kahlan—. Pondrá a salvo a nuestros nombres por el momento.

—No me tendrán para que sea la magia contra la magia para ellos, pero tendrán a Verna y a sus Hermanas. Ahora saben ya lo suficiente para seguir protegiendo al ejército de la magia.

Unas palabras flotaron en el aire, sin ser pronunciadas.

—Quiero ver a Verna antes de partir —dijo Kahlan—. Creo que será bueno para ella tener otras personas de las que preocuparse. Luego quiero ver al general Meiffert; y a continuación será mejor que iniciemos la marcha. Tenemos un largo camino por recorrer, y quiero estar en el sur antes de que la nieve nos ponga impedimentos.

Kahlan abrazó a Zedd con fuerza una última vez.

—Cuando lo veas —le susurró él al oído—, di que lo quiero muchísimo, y que lo echo en falta una barbaridad.

Kahlan asintió contra su hombro, y le dijo una mentira;

—Nos volverás a ver, Zedd. Te lo prometo.

Kahlan salió al exterior, a las primeras luces del gélido hálito del invierno. La nieve lo espolvoreaba todo, dando la impresión de que el mundo estaba tallado en mármol blanco.

37

Con un largo y grácil movimiento, con las yemas de los dedos guiando diestramente el extremo opuesto de la lima, Richard deslizó la herramienta de acero en sentido descendente por el pliegue de tela en mármol blanco. Concentrándose en aplicar una presión uniforme para cortar una capa fina y precisa, se hallaba absorto en su trabajo.

La lima contenía cientos de protuberancias, hilera tras hilera de diminutas hojas de acero endurecido, que servían para tallar y modelar la noble piedra. Eran cuchillas que empuñaba con la misma entrega con la que empuñaba un arma. Alargó la mano atrás, a ciegas, y depositó la lima en el banco, teniendo cuidado de depositarla sobre la madera y no dejar que repicara contra otro instrumento de acero. Cambió la lima por otra, con dientes aún más finos, y eliminó las asperezas dejadas por la corrección efectuada con la anterior.

Con dedos tan cubiertos de polvillo blanco como los de un panadero trabajando con harina, Richard examinó la superficie del brazo del hombre, en busca de defectos. Hasta que estuviera pulido, los defectos menores y facetas se percibían a menudo mejor con los dedos que con la vista. Donde los encontraba, usaba una lima más pequeña con una mano, mientras la otra mano iba detrás, recorriendo la ondulación del músculo, percibiendo la sutil diferencia en lo que la herramienta había hecho a la piedra. En la actualidad retiraba sólo capas de material finas como papel.

Había necesitado varios meses para llegar a aquella capa final. Era estimulante estar tan cerca. Los días habían transcurrido, uno tras otro, en un interminable desfile de trabajo, tallando muerte durante el día, abajo, en la obra, y vida por la noche. Esculpir para la Orden quedaba equilibrado con lo que esculpía para sí mismo: esclavitud y libertad

Siempre que uno de los Hermanos preguntaba por la estatua. Richard tenía buen cuidado de ocultar su satisfacción con lo que estaba creando Lo conseguía recordando el modelo que le habían ordenado esculpir. Siempre inclinaba la cabeza respetuosamente e informaba de los progresos en su penitencia, asegurándoles que su trabajo iba según lo previsto y estaría acabado a tiempo para instalarlo en la plaza para la consagración.

Recalcar la palabra «penitencia» ayudaba a dirigir los pensamientos de los Hermanos hacia aquella cuestión y apartarlos de la estatua en sí. Los Hermanos se mostraban invariablemente más satisfechos con su fatiga por su duro trabajo que interesados en otra aburrida obra escultórica. Había esculturas por todas

partes; aquella no era más que otra manifestación de la irredimible ineptitud de la humanidad. Del mismo modo que ningún hombre era importante en el cosmos de los Hermanos, tampoco importaba una obra en concreto. Era el abrumador número de obras lo que conformaría el aplastante argumento de la Orden sobre la impotencia del ser humano. Las esculturas eran simplemente útiles, para el escenario sobre el que los Hermanos moralizaban sobre el sacrificio y la salvación.

Richard siempre informaba con humildad sobre sus noches con poca comida y pocas horas de sueño mientras trabajaba en su penitencia, tras su trabajo de escultor durante el día. Puesto que el sacrificio abnegado era la cura adecuada para la perversidad, los Hermanos marchaban complacidos.

Richard cambió a una lima más pequeña, una doblada en una curva de radio decreciente, y trabajó el músculo en el punto donde se estrechaba para convertirse en tendón, mostrando la tensión en el brazo que revelaba la estructura subyacente. Durante el día observaba a otros hombres mientras trabajaban, para poder estudiar las complejas formas del músculo vivo al moverse. Por la noche, se remitía a sus propios brazos alzados hacia la luz de la lámpara para representar con precisión Vernas y tendones, que se marcaban orgullosos. En ocasiones recurría a un espejo pequeño. La superficie de la piel que tallaba era un paisaje suntuoso que se extendía sobre hueso y músculo, arrugado en esquinas y terso al discurrir sobre curvas.

Para el cuerpo de la mujer, su recuerdo de Kahlan era lo bastante vívido como para requerir más referencias.

Quería que aquel trabajo mostrara la capacidad de movimiento, de propósito, de logro. La postura de las figuras manifestaba conciencia. La expresión de los rostros, en especial de los ojos, mostraría aquella característica humana más sublime: el pensamiento.

Si las estatuas que había visto en el Viejo Mundo eran un canto al sufrimiento y a la muerte, aquella era un canto a la vida.

Quería que su obra mostrara el poder en bruto de la voluntad.

El hombre y la mujer que esculpía eran su refugio contra la desesperación provocada por su cautiverio. Encarnaban la libertad de espíritu, razón alzándose para triunfar.

Con gran irritación por su parte, Richard reparó en que entraba luz por la ventana que había sobre la estatua, reemplazando a las lámparas que habían ardido toda la noche. Toda la noche. Otra vez.

No era la cualidad de la luz, que en realidad le gustaba mucho, lo que le irritaba, sino que era el fin de su trabajo con la estatua; ahora tenía que ir a esculpir fealdad en la obra. Por suerte, aquel trabajo no requería atención o esfuerzo cuidadoso.

Mientras trazaba con la lima la curva del músculo del hombro del hombre, sonó un golpe en la puerta.

—¿Richard?

Era Víctor. Suspiró. Tenía que parar.

Richard bajó la tela roja atada alrededor de la nariz y la boca, que impedía que respirara todo el polvo de mármol. Era un truquito del que Víctor le había hablado, que usaban los escultores de mármol de Cavatura, su tierra.

—Ya voy.

Descendió de la repisa por la base, donde había esculpido las piernas hasta la mitad de la pantorrilla. Estiró la espalda advirtiendo lo mucho que le dolía de tanto estar encorvado, y por la falta de sueño. Recogió la lona y le sacudió el polvo.

Justo antes de lanzar la lona sobre la estatua, obtuvo la visión completa de la figura. El suelo, estantes y herramientas estaban cubiertas de una fina capa de polvo de mármol. Pero en contraposición con las negras paredes, el mármol destacaba bajo el esplendor de la luz que caía desde lo alto.

Arrojó la lona sobre las figuras incompletas y luego abrió la puerta.

—Pareces un fantasma —lo saludó Víctor con una sonrisa torcida.

Richard se sacudió el polvo.

—Olvide la hora.

—¿Lo viste en el taller anoche?

—¿El taller? No, ¿qué?

La sonrisa de de Víctor regresó, más amplia en esa ocasión.

—Priska hizo que trajeran la esfera ayer, Ishaq la trajo. Ven a ver.

En el otro lado del taller del herrero, en el almacén, el bronce descansaba en el suelo en varias piezas. Era demasiado grande para que Priska pudiera fundirlo en una sola pieza, de modo que había hecho varias que Víctor uniría y montaría. El pedestal para el aro principal que sería el plano de la esfera era enorme. Sabiendo que era para una estatua que Richard estaba esculpiendo, Priska había hecho un trabajo del que se enorgullecía.

—Es hermoso —dijo Richard.

—¿Lo es, verdad? Le he visto hacer trabajos magníficos otras veces, pero esta vez Priska se ha superado a sí mismo.

Victor se acuclilló y pasó los dedos sobre los extraños símbolos pintados de negro.

—Priska dijo que en una ocasión, hace mucho tiempo, su ciudad natal de Altur'Rang disfrutaba de libertad, pero que, como muchas otras, la perdió. Como homenaje a esa época, lo fundió con símbolos en su lengua nativa. El hermano Neal lo vio, y le gustó porque pensó que era un homenaje al emperador, que también procede de Altur'Rang.

Richard suspiró.

—Priska sabe colar las cosas tan bien como cuela sus metales.

—¿Quiere comer un poco de lardo? —preguntó Víctor mientras se erguía.

El sol estaba ya en el horizonte. Richard alargó el cuello y escudriño la obra situada abajo.

—Será mejor que no lo haga. Debo ir a trabajar. —Se acuclillo y alzó un extremo del pedestal—. Primero, no obstante deja que te muestre dónde va esto.

Víctor agarró el otro extremo y juntos acarrearon las piezas de bronce fundido rodeando el taller. Cuando Richard abrió las puertas dobles, Víctor vio la estatua por primera vez, aun cuando estaba cubierta por una lona que revelaba sólo los bultos redondeados que eran las dos cabezas. Aun así, Víctor se regaló los ojos. Resultó obvio en aquellos ojos el modo en que su vivida imaginación daba forma a la piedra basándose en lo que esperaba de todo corazón.

—¿Tú estatua va bien? —Víctor dio u codazo a Richard—. ¿Hermosa?

Richard no pudo reprimir una sonrisa.

—Ah, Víctor, lo verás por ti mismo muy pronto. Faltan sólo un par de semanas para la consagración. Estaré preparado. Será algo que hará cantar nuestros corazones... antes de que me maten, por lo menos.

Víctor desechó tales palabras con un ademán.

—Mi esperanza es que cuando vean tal belleza, y en su palacio, darán su aprobación.

Richard no se hacía tales ilusiones. Entonces recordó algo, e introdujo la mano en un bolsillo para sacar un trozo de papel que entregó al herrero.

—No quise que Priska fundiera palabras en la parte posterior de la esfera porque no quería que la gente equivocada las viera. Quisiera pedirte que grabes estas palabras en la superficie posterior..., aproximadamente del mismo tamaño que los símbolos de la parte delantera.

Víctor tomó el papel y lo desdobló. Su amplía sonría se desvaneció. Alzo los ojos hacia Richard con una franca expresión de sorpresa.

—Esto es traición.

Richard se encogió de hombros.

—Sólo pueden matarme una vez.

—Pueden torturarte durante mucho tiempo antes de matarte. También tienen modos muy desagradables de matar gente, Richard. ¿Has visto nunca a un hombre vivo, sangrando por mil heridas con los brazos atados de modo que los buitres puedan darse un festín con su cuerpo aún con vida?

—La Orden ata mis brazos ahora, Víctor, Mientras trabajo ahí abajo, mientras contemplo la muerte a mí alrededor, estoy sangrando por mil heridas. Los buitres de la Orden ya se están dando un banquete conmigo. —Con lúgubre determinación, Richard sostuvo la mirada de Víctor—. ¿Lo harás?

El herrero volvió a echar una ojeada al papel. Aspiró profundamente y luego soltó el aire despacio mientras estudiaba el papel que tenía en la mano.

—Aunque estas palabras signifiquen traición, me gustan. Lo haré. Richard lo palmeó en el hombro y le dedico una sonrisa llena de confianza.

—Eres una buena persona. Ahora, mira aquí, donde debe ir sujeto el pedestal.

Richard alzó la lona lo suficiente para destapar la base.

—Te he tallado una superficie plana inclinada en el ángulo adecuado. No sabía dónde irían los agujeros en la pieza fundida, de modo que te he dejado que perfores los agujeros y que los rellenes con plomo para los pernos. Una vez que instales el pedestal, podré calcular el ángulo del agujero para el gnomón. Víctor asintió.

—El mástil del gnomón pronto estará listo. Te haré una broca del tamaño adecuado para él.

—Estupendo. ¿Y un raspín redondo para loa ajustes finales del agujero?

—Lo tendrás —dijo Víctor mientras ambos se erguían; agitó una mano en dirección a la estatua tapada—. ¿Confías en que no echaré un vistazo mientras estás fuera esculpiendo esas feas obras?

Richard lanzo una risita.

—Víctor, sé que deseas más que nada ver la nobleza de esa estatua cuando esté finalizada por completo. No estropearías ese placer por nada del mundo.

Víctor lanzó aquella risotada suya tan característica.

—Supongo que tienes razón. Ven después del trabajo, y comeremos lardo y hablaremos de la belleza representada en piedra y de cómo era el mundo en el pasado.

Richard apenas oyó a Víctor. Tenía la vista fija en aquello que conocía tan bien. Incluso aunque estaba oculto a sus ojos, no estaba oculto a su espíritu.

Estaba listo para iniciar el proceso de pulido. Para convertir en carne la piedra.

* * *

Con la cabeza inclinada al frente y la bufanda protegiéndola del helado viento invernal, Nicci apresuró el paso por el estrecho callejón. Un hombre que venía en dirección opuesta chocó contra su hombro, no porque fuera deprisa, sino porque sencillamente no parecía importarle por dónde iba. Nicci lanzó una llameante mirada a sus ojos vacuos, pero su mirada furibunda se hundió en un pozo sin fondo de indiferencia. Aferró su saco de semillas de girasol con más fuerza contra el estómago mientras seguía adelante por el embarrado callejón. Se mantuvo pegada a las toscas paredes de madera de los edificios para evitar

los empellones de las personas que iban en dirección contraria. Mucha gente bien abrigada para protegerse de la actual ola de frío, atravesaba el callejón en dirección a la calle situada más allá, buscando habitaciones, comida, ropas, trabajos,

Pudo ver hombres fuera del callejón que estaban sentados en el suelo, apoyados contra los edificios del lado opuesto de la calle, mirando sin ver mientras los carros retumbaban por las calles, transportando suministros a las obras del palacio del emperador.

Nicci quería llegar a la tienda que vendía pan. Le habían dicho que tal vez tendrían mantequilla aquel día y quería conseguirla para el pan de Richard. Regresaría a casa a cenar..., lo había prometido, y ella quería ofrecerle una buena comida. Necesitaba comer. Había perdido algo de peso, aunque ello sólo añadía una trastornante definición a sus músculos. Era como una estatua en carne y hueso..., como las estatuas que ella había visto, hacía mucho tiempo.

Recordó que, cuando era pequeña, las sirvientas de su madre confeccionaban pasteles con harina de girasol. Había conseguido comprar suficiente para hacerle unos cuantos pastelillos de girasol, ya lo mejor obtendría mantequilla que añadirles.

Nicci se sentía cada vez más nerviosa. La consagración tendría lugar en pocos días, Richard decía que su estatua estaría lista, y parecía muy tranquilo, como si hubiera alcanzado una especie de paz interior.

Parecía casi un hombre que había aceptado su inminente ejecución.

Siempre que Richard hablaba con ella, cualquiera que fuese la conversación, su mente parecía estar en otra parte, y sus ojos mostraban aquella cualidad que ella tanto valoraba. En el crial que era la vida, el sufrimiento que era la existencia, aquella era la única esperanza que le quedaba a Nicci. A su alrededor, la gente sólo esperaba ilusionada la muerte. Únicamente en los ojos de su padre cuando ella era más joven, y ahora en los de Richard, veía alguna prueba de que existía algo que podía hacer que todo valiera la pena, alguna razón de existir. El tintineo de guijarros en una taza hizo que Nicci aminorara el paso detenerse: El sonido era el inconfundible repiqueteo de sus cadenas. Había sido una sirvienta de la necesidad toda su vida, y por mucho que lo intentaba, ahí estaba, la taza de algún pobre mendigo, que todavía repiqueteaba pidiendo su ayuda. No podía negarla.

Las lágrimas llenaron sus ojos. Había deseado tanto servirle a Richard mantequilla con el pan. Pero tenía sólo un penique de plata, y aquel mendigo no tenía nada. Ella al menos tenía un poco de pan y algunas semillas de girasol. ¿Cómo podía querer mantequilla para el pan y los pasteles de Richard, cuando aquel hombre no tenía nada?

Era malvada, lo sabía, por querer guardarse su penique de plata, el penique que Richard había ganado con su propio sudor y esfuerzo. Era malvada por querer comprar mantequilla para Richard con él. ¿Quién era Richard, para poder tener mantequilla? Era fuerte. Era capaz. ¿Por qué debía tener él más, mientras que otros no teman nada?

Nicci casi podía ver a su madre meneando la cabeza con amarga decepción porque el penique seguía aún en el puño de Nicci, y no ayudando a aquel necesitado.

¿Por qué nunca parecía estar a la altura del ejemplo de moralidad que ofrecía su madre? ¿Por qué jamás conseguía vencer a su naturaleza malvada?

Nicci giró despacio y dejó caer la moneda de plata en la taza del mendigo.

La gente rehuía al mendigo. Evitaban acercársele. Se mostraban sordos al tintineo de su taza. ¿Cómo era posible que la gente no hubiese aprendido aún las enseñanzas de la Orden? ¿Cómo era posible que no ayudaran a los necesitados? Siempre le tocaba a ella.

Lo miró, entonces, y retrocedió impresiona ante la visión del espantoso hombre envuelto en harapos roñosos. Retrocedió más al ver piojos saltando por su mata de cabellos grasientos. Él alzó la vista para inspeccionarla a través de una rendijilla en los harapos que rodeaban su rostro.

Pero fue lo que ella vio por entre aquella rendija lo que le hizo un nudo en la garganta. Las cicatrices eran horripilantes, desde luego, como si lo hubieran fundido los propios fuegos del Custodio, sin embargo fueron los ojos los que la atenazaron mientras el hombre se alzaba lentamente.

Los dedos mugrientos del hombre, igual que una zarpa, se enroscaron alrededor de su brazo.

—Nicci —siseó con sobresaltado triunfo, atrayéndola más hacia él.

Arrapada en la tenaza de sus poderosos dedos, y su mirada ardiente, ella fue incapaz de moverse. Estaba tan cerca de él que veía cómo sus piojos saltaban sobre ella.

—Kadar Kardeef.

—Vaya, ¿me reconoces? ¿Incluso así?

Ella no dijo nada más, pero sus ojos debieron decir que lo creta muerto, ya que él respondió a su pregunta no formulada

—¿Recuerdas aquella niñita? ¿Aquella que parecía importarte tanto? Instó a la gente del pueblo a salvarme. Se negó a permitir que muriese allí en el fuego, donde tú me habías puesto. Te odiaba tanto que estaba decidida a salvarme. Se dedicó desinteresadamente a cuidarme, a ayudar a su prójimo, como tú habías ordenado a la gente del pueblo que hiciese.

»Ah, yo deseaba morir. Jamás creí que una persona pudiera sentir tanto dolor y seguir viviendo. A pesar de lo mucho que quería morir, viví, porque aún mayor es mi deseo de que mueras. Tú me hiciste esto. Quiero que el Custodio hunda sus colmillos en tu alma.

Nicci contempló sus grotescas cicatrices.

—Y por lo tanto, por esto, has venido en busca de tu venganza.

—No, no por eso. Por hacerme suplicar, donde mis hombres podían oírlo. Por permitir que otras personas me oyeran suplicar por mi vida. Por ese motivo me salvaron... y por su odio hacia ti. Por eso busco venganza..., por no permitirme morir, por condenarme a esta vida de fenómeno en la que las mujeres que pasan arrojan peniques a mi taza.

Nicci le dedicó una suave sonrisa.

—Bueno, Kadar, si quieres morir, puedo complacerte.

El hombre le soltó el brazo como si le hubiese quemado los dedos. Su imaginación le proporciona a ella poderes de los que carecía.

Escupió a Nicci.

—Mátame, entonces, zorra asquerosa. Acaba conmigo.

Nicci hizo un veloz movimiento con la muñeca y se hizo con su dacra. El dacra era un arma parecida a un cuchillo que llevaban las Hermanas. Una vez que la afilada vara se clavaba en una víctima, sin importar dónde, liberar su poder en el interior del dacra los mataba al ínstame. Kadar Kardeef no sabía que ella no tenía poder. Pero incluso sin ni poder, el dacra seguía siendo un arma peligrosa que podía hundirse en el corazón o en el cráneo.

El hombre retrocedió sabiamente. Quería morir, pero a la vez temía hacerlo.

—¿Por qué no fuiste a Jagang? El no habría permitido que te convirtieras en un mendigo. Jagang era tu amigo. Se habría ocupado de tí. No tendrías que mendigar

Kadar Kardeef rió.

—Eso te habría gustado, ¿verdad? ¿Verme vivir de las migajas de la mesa de Jagang? Té encantaría sentarte a su lado, la Reina Esclava, y hacer que me viera convertido en esto, observar mientras los dos me arrojabais vuestras migajas.

—¿Convenido en qué? ¿Verte herido? Los dos habéis resultado heridos otras veces.

El volvió a agarrarle la muñeca.

—Morí como un héroe para Jagang. No me gustaría que supiera que supliqué como cualquiera de esos débiles idiotas que hemos aplastado bajo nuestras botas.

Nicci apretó el dacra contra su vientre, haciéndole retroceder.

—Mátame, pues, Nicci. —Abrió los brazos—. Acábalo, como deberías haber hecho. Nunca antes dejaste un trabajo incompleto. Elimíname, como deberías haber hecho hace tiempo.

Nicci volvió a sonreír.

—La muerte no es un castigo. Cada día que vives es igual a mil muertes. Peso ya lo sabes, ¿verdad. Kadar?

—¿Tan repulsivo era para ti, Nicci? ¿Tan cruel fui contigo?

¿Cómo podía ella decirle que sí, y lo mucho que, aborrecía que él la poseyera como si fuera una pertenencia para su diversión? Por el bien de todos la Orden usaba a hombres como Kadar Kardeef. ¿Cómo podía ponerse ella, sus propios intereses, por encima del bien de la humanidad.

Nicci dio media vuelta y abandonó a toda prisa el callejón.

—¡Gracias por el penique! —gritó, burlón, tras ella—. ¡Deberías haberme concedido mí petición. ¡Deberías haberlo hecho, Nicci!

Nicci sólo quería llegar a casa y quitarse los piojos del cabello. Notaba cómo se enterraban en su cuero cabelludo.

38

Richard apartó el puñado de paja y se sacudió los fragmentos de hierba del delantal de cuero. Le dolían los brazos de tanto frotar la paja, ligeramente cargada de finas arcillas abrasivas, contra la piedra.

Con todo, cuando vio el lustre de la piedra, el modo en que el mármol brillaba, llevando la luz a las profundidades de la piedra y devolviéndola, no sintió más que euforia.

Las figuras emergían de una centelleante base de mármol tosco. Las líneas acanaladas de los cinceles de uña utilizados en direcciones opuestas para retirar capas finas de piedra seguían siendo evidentes en la parte inferior de las pantorrillas, donde emergían las piernas: quería que la estatua diera testimonio de la mano del hombre y del origen en piedra de las figuras.

Se alzaban a casi el doble de su altura. La estatua era en parte una representación de su amor por Kahlan —Kahlan era su ideal femenino—, sin embargo la mujer de la estatua no era Kahlan. Se trataba de un hombre virtuoso con una mujer virtuosa, unidos en un objetivo. Se complementaban, eran las dos partes universales de lo que es un ser humano.

La sección curva del reloj de sol la habían colocado Víctor y sus hombres varios días antes, cuando Richard se encontraba trabajando en la obra del palacio del emperador. Habían dejado la lona sobre la estatua mientras trabajaban. Una vez instalado el aro, Richard había colocado el mástil que servía como gnomón, y terminado la mano que lo sujetaba. La base del mástil estaba fijada con una bola de oro.

Víctor aún no había visto la estatua, y la ansiosa expectación lo tenía fuera de sí.

Mientras Richard contemplaba las estatuas, únicamente la luz procedente de la ventana del techo penetraba en la oscura habitación. Le habían dado el día libre de su trabajo en la obra para que pudiera preparar el traslado de la estatua a la plaza. En las habitaciones situadas más allá de la puerta del taller, los martillos de los herreros repicaban incesantemente mientras los hombres de Víctor trabajaban en pedidos para el palacio.

Richard permaneció de pie en la penumbra, oyendo los sonidos de la herrería, mientras alzaba la vista para Contemplar con atención el poder de lo que había creado. Era exactamente como quería que fuera.

Las figuras del hombre y la mujer parecía como si fueran a empezar a respirar en cualquier momento y descender del pedestal de piedra. Poseían hueso y músculo, tendones y carne.

Carne esculpida en piedra.

Sólo faltaba una cosa..., sólo quedaba una cosa por hacer.

Richard tomó su mazo y un cincel afilado.

Cuando alzaba la vista hacia la estatua terminada, había momentos en que podía casi creer, como Kahlan insistía, que usaba magia para esculpir, sin embargo sabía que no era así. Aquello era un acto consciente: del intelecto humano, y nada más.

Cuando estaba allí de pie, con cincel y mazo en las manos, contemplando la estatua que era su visión en piedra, Richard podía saborear el logro supremo de conseguir que su creación existiera exactamente como él la había concebido.

Durante aquel singular momento en el tiempo, estaba completa, y era sólo suya.

Durante aquel momento era pura en su existencia, incontaminada por lo que otros pensaran. Durante aquel momento era su logro, y reconocía su valor.

Richard hincó una rodilla en tierra ante las figuras. Colocó el frío acero del cincel sobre su frente y cerró los ojos mientras se concentraba en lo que le quedaba por hacer.

—Hoja, sé certera.

Alzó la tela roja hasta la nariz para no tener que respirar el polvo de piedra, luego apoyó el cincel en las marcas de la zona plana que ya había preparado, justo por encima del centro de la imperfección. Richard hizo descender el mazo, y empezó a esculpir el título de la estatua en la base para que todo el mundo lo viera.

Nicci, de pie tras la esquina de un edificio, a la vuelta de una curva, observaba algo más abajo de la colina cómo Richard abandonaba el taller en el que había esculpido su estatua. Probablemente iba a ocuparse de reunir los hombres necesarios para trasladar la piedra. Cerró la puerta, pero no le puso la cadena. Sin duda, no tenía intención de estar, fuera mucho tiempo.

Por toda la ladera de la Colina trabajaban hombres en distintos talleres. Los artesanos, desde talabarteros a orfebres, contribuían a un estrépito constante de sierras, chirridos y martilleos. La incesante barahúnda de los trabajos destrozaba los nervios. Si bien muchos de los hombres que iban y venían dedicaban a Nicci un buen vistazo, la mirada hostil de la mujer los mantenía alejados.

En cuanto vio que Richard desaparecía por detrás de la herrería, empezó a descender por la calzada. Le había dicho que esperaría a que hubiera acabado antes de ir a ver la estatua. Había mantenida su palabra.

Con todo, estaba intranquila. No sabía el motivo, pero se sentía casi como si fuera a invadir un lugar sagrado. Richard no la había invitado a ver su estatua. Le había pedido que esperara hasta que estuviera acabada. Puesto que estaba acabada, ella ya no esperaría más.

Nicci no quería verla colocada en la plaza del palacio junto con todas las demás personas. Quería estar a solas con ella. No le importaban la Orden y sus intereses en la estatua. No quería estar de pie junto con todos los demás, con gente que no reconocería la obra como algo con un significado. Aquello era personal, y quería vería en privado

Llegó a la puerta sin que nadie la abordara, o le prestara atención siquiera. Miró a su alrededor en la brillante luz calinosa de media tarde, pero solamente vio hombres ocupándose de su trabajo. Abrió la puerta y entró.

La habitación estaba oscura, las paredes negras, pero la estatua que había dentro estaba bien iluminada por luz que descendía desde una ventana situada en el elevado techo. Nicci no miro directamente a la estatua, sino que mantuvo los ojos fijos en el suelo mientras rodeaba apresuradamente la enorme piedra para poder tener su primera visión de ella desde la parte frontal. Una vez allí, con el pulso martilleando, se dio la vuelta.

La mirada de Nicci se alzó por las piernas, las vestiduras, los brazos, los cuerpos de las dos personas, hasta llegar a los rostros, y sintió como sí un puño gigante oprimiera su corazón hasta pararlo.

Aquello era lo que había en los ojos de Richard, plasmado en refulgente mármol blanco. Verlo hecho realidad por completo era como verse alcanzada por un rayo.

En aquel instante, toda su vida, todo lo que le había ocurrido, todo lo que había visto, oído o hecho, pareció juntarse en un fogonazo de violencia emocional. Nicci gritó de dolor ante aquella belleza, y aún más ante la belleza de lo que representaba.

Sus ojos cayeron sobre el nombre tallado en la base de piedra.

VIDA.

Se desplomó al suelo llorando, presa de vergüenza, de horror, de repugnancia, de repentina y cegadora comprensión.

De puro alborozo.

39

Tras regresar con la delicada tela de hilo blanco que había comprado para cubrir la estatua hasta la ceremonia del día siguiente,

Richard ayudó a Ishaq y a varios de los hombres a iniciar el lento proceso de deslizar la pesada piedra hasta la plaza situada abajo. Por suerte, no había llovido durante un tiempo, y el terreno era firme.

Ishaq, que conocía bien el tema, había traído con él patines de madera engrasada, que se colocaron delante de los robustos raíles que sostenían la plataforma de madera situada debajo de la estatua, de modo que los caballos pudieran tirar con más facilidad de la pesada carga. Una vez arrastrada la estatua sobre el segundo juego de patines engrasados, los hombres llevaban los que habían quedado atrás al frente, haciendo que la estatua pasara de unos a otros en su avance.

La ladera de la colina estaba blanca debido a los fragmentos de piedra obrante, de modo que la estatua pesaba considerablemente menos de lo que había pesado. Víctor había contratado originalmente carros especiales para mover el bloque, pero no los podía usar ahora porque la pieza terminada no podía tumbarse sobre un costado ni manejarse de un modo tan tosco.

Ishaq no dejó de agitar su sombrero rojo en la mano, chillando órdenes, advertencias y plegarias durante la marcha. Richard sabía que su estatua no podía estar en mejores manos. Los hombres que ayudaban parecieron contagiarse de la tensión nerviosa de Ishaq. Percibían que aquello era algo importante, y, aunque el trabajo era arduo, parecían más complacidos de formar parte de él que de lo que estaban con su tarea diaria en la obra. Les llevó hasta bien entrada la tarde mover la estatua la distancia que separaba el taller del pie de la escalinata que ascendía hasta la plaza.

Los hombres echaron tierra a paletadas al pie de los escalone y la apisonaron bien para facilitar la ascensión a la cuesta. Se llevó un tiro de diez caballos al otro lado de las columnas y se pasaron largas cuerdas por las entradas y ventanas vacías, que luego se aseguraron alrededor de la base de la piedra para tirar del trineo escaleras arriba. Los patines extras se colocaron en el borde delantero de la rampa de tierra, para ser movidos luego a los peldaños a medida que la estatua ascendía. Casi doscientos hombres acudieron en respuesta a los frenéticos gritos de Ishaq pidiendo ayuda. Centímetro a centímetro, la estatua subió la escalera.

Richard apenas podía soportar observar todo aquello. Si algo iba mal, todo su trabajo caería hacia atrás y se haría pedazos. El defecto de la piedra lo destruiría todo. Sonrío para sí, al comprender lo estúpido que era preocuparse de que la prueba de su crimen contra la Orden pudiera hacerse pedazos.

Cuando la piedra hubo llegado por fin sana y salva a lo alto de la plaza, se amontonó arena bajo la plataforma para sostener el peso. En cuanto la arena mantuvo firme la plataforma, se retiraron los gruesos patines. Una vez fuera los patines, se deslizó la plataforma fuera de su colina de arena. Desde allí, fue una tarea relativamente sencilla que la estatua abandonara la base de madera y pasara a la plaza. Por fin, el mármol descansaba sobre mármol. Cuadrillas de hombres con cuerdas pasadas alrededor de la base de piedra arrastraron la estatua hasta su lugar definitivo de descanso, en el punto central de la plaza.

Ishaq se paró junto a Richard cuando todo terminó, secándose la frente con el sombrero rojo. Toda la estatua y el reloj de sol estaban envueltos en la funda de hilo blanco, con cordel sujetándola, de modo que Ishaq no podía ver cómo era. Con todo, percibía que algo importante se hallaba ante él.

—¿Cuándo? —fue todo lo que Ishaq preguntó. Richard comprendió a que se refería.

—Es una conjetura, no estoy seguro. El hermano Narev efectuará la consagración del palacio mañana, ante todos los funcionarios que han viajado para ver cómo se está gastando el dinero que han robado a la gente. Imagino que mañana, los funcionarios, junto con todos los demás que acudan a la ceremo-

nia, verán la estatua junto con el resto del palacio. Es simplemente otra exhibición del punto de vista de la Orden sobre el lugar que ocupa el nombre... No creo que tengan pensada ninguna ceremonia inaugural ni nada parecido

Por lo que Richard había averiguado, la ceremonia era un asunto que preocupaba enormemente a los Hermanos. La sangría que significaba el dispendio del palacio, además de los gastos de la guerra, requería justificación ante la gente que pagaba aquel coste no sólo con su sudor, sino con su sangre. La Fraternidad de la Orden gobernaba, a través de la Orden Imperial, con la necesaria colaboración de brutos a lo que otorgaban ratificación moral. Si bien los brutos habían aplastado los cuerpos de los que se habían sublevado, los Hermanos querían aplastar las ideas que tal sublevación representaba, antes de que pudieran extenderse, porque tales ideas eran la mayor amenaza para ellos.

Con ese fin, también era importante estimular a los funcionarios: los esbirros de la tiranía de la Orden. Richard imaginaba que, con escenas de la depravación del ser humano esculpidas en cientos de metros de pared de piedra, el tropel de funcionarios de la Orden venidos de lugares remotos, iban a tener visitas guiadas por todos los defectos de la humanidad, y así se veían coaccionados a cumplir con su deber. A tales funcionarios se les permitía quedarse con una parte por su servicio a la Orden, pero sin duda los hermanos deseaban disuadirlos de querer ir más allá.

Bajo la dirección de los Hermanos, el colectivo de la Orden, como cualquier autócrata, gobernaba en última instancia sólo merced a la aquiescencia de la gente, a la que controlaba bien mediante la intimidación moral, la amenaza física, o por ambos medios. La tiranía requería una atención continua, no fuera a ser que la ilusión de la autoridad virtuosa se evaporara a la luz de su sombrío peaje, y los brutos fueran vencidos por el pueblo, que los superaba enormemente en número.

Por eso Richard había sabido que no podía liderarlos: no podía hacer que la gente comprendiera que sus vidas eran de gran valor, en tanto que la Orden podía intimidarlos para que obedecieran haciendo creer a la gente que sus vidas carecían de tal valor. A la gente libre no se la gobernaba. Había que valorar primero la libertad para exigirla.

—Por lo que me han dicho, será un gran acontecimiento —dijo Ishaq—. Viene gente de todo el territorio a la consagración, la ciudad está repleta.

Richard paseó la mirada por la obra mientras los trabajadores regresaban lentamente a sus trabajos habituales.

—Me sorprende que ninguno de los funcionarios haya venido a echar un vistazo al palacio.

Ishaq agitó su sombrero con gesto displicente.

—Están todos en la reunión de la Fraternidad de la Orden. En el centro de Altur'Rang. Comida, bebida, discursos. Ya sabes cómo le gustan las reuniones a la Orden. Muy aburrido, imagino. Por lo que sé de tales acontecimientos, a los funcionarios los mantendrán ocupados escuchando las necesidades de la Orden y su deber de conseguir que la gente se sacrifique.

Los Hermanos los mantendrán a todos bajo un control estricto.

Eso significaba que los Hermanos estarían muy ocupados demasiado ocupados para ir a la obra y revisar una estatua que había esculpido uno de sus esclavos. En el orden del universo, la estatua de Richard era insignificante. Era únicamente el punto de partida del majestuoso recorrido de los kilómetros de muros que exhibían escenas que representaban la grandiosa causa de la Orden, tal y como la habían dictado los Hermanos, bajo el liderazgo de Narev.

Si los funcionarios y los Hermanos estaban demasiado ocupados para ir allí hoy, la gente de la ciudad no lo estaba. La mayoría probablemente asistiría a los acontecimientos del día siguiente, pero querían verlo sin los discursos aburridos que alargarían la ceremonia, Richard contempló a muchas de esas personas ir de una escena de las paredes a otra, con los rostros acongojados por la desconsolada emoción provocada por lo que veían. Unos guardias mantenían a la gente a respetuosa distancia, y fuera del laberinto de habitaciones y pasillos del interior, encerrados por los pisos superiores, y en algunos lugares, tejados. Ahora que la estatua estaba en su puesto, aquellos guardias marcharon hacia allí para despejar la entrada a la plaza.

Richard sólo había dispuesto de unas pocas horas de sueño en la última semana, y ahora que la estatua estaba en su lugar el agotamiento se adueñó de él. Con todo el trabajo, el poco descanso y la escasa comida, estaba casi a punto de caer redondo allí mismo.

Víctor surgió de las sombras. Algunos trabajadores se marchaban, pero otros aún seguirían trabajando varias horas más. Richard ni siquiera había advertido que les había ocupado la mayor parte del día mover la estatua. Tras la dura tarea, su camisa empapada de sudor parecía hielo contra su piel.

—Toma —dijo Víctor, entregando a Richard una rodaja de lardo—. Come. Para celebrar que has acabado.

Richard dio las gracias a su amigo antes de devorar el lardo. Su cabeza parecía a punto de estallar. Había hecho todo lo que había podido para mostrar a la gente lo que ésta necesitaba ver. Con el trabajo finalizado, no obstante, Richard s sintió repentinamente perdido. Sólo entonces reparo en lo mucho que odiaba haber acabado, estar sin su noble tarea. Había sido su razón para seguir adelante.

—Ishaq, no me tengo de pie. ¿Crees que podrías llevarme en tu carro parte del camino hacia mi casa?

—Vamos, puede ir en la trasera. Estoy seguro de que a Jori no le importará. Al menos puede ahorrarte parte del camino. Yo debo quedarme aquí y ocuparme de los tiros y los carros.

Richard le dio las gracias al sonriente Víctor.

—Por la mañana, amigos míos a plena luz, retiraremos la funda y contemplaremos a la belleza una última vez. Después de eso... bueno, quien sabe.

—Mañana, entonces—díjo Víctor con una picara risa—. No creo que duerma esta noche —gritó a Richard, que ya se alejaba.

Los meses de esfuerzo parecieron caer todos sobre él a la vez. Trepó a la parte posterior del carro de Ishaq y dio este las buenas noches. Mientras Ishaq marchaba, Richard se enroscó bajo la lona para no

dejar pasar la luz y se quedó dormido antes de que Jori regresara. Dormía profundamente cuando el carro se puso en marcha.

Nicci observó mientras Richard marchaba con Ishaq. Quería hacer aquello por sí sola. Quería que fuera su parte. Quería contribuir con algo valioso.

Solo entonces podría enfrentarse a él.

Sabía exactamente cómo reaccionaría la Orden ante la estatua. La considerarían una amenaza. No permitirán que otras personas la vieran. La Orden la destruiría. Desaparecería. Nadie sabría jamás que había existido.

Entrelazando los dedos, se preguntó cómo proceder..., qué debería ser lo primero. Entonces se le ocurrió. Había acudido a él antes. Había ayudado a Richard. Era el amigo de Richard. Nicci corrió por el vasto emplazamiento del palacio y colina arriba.

Estaba sin aliento cundo llegó por fin a la herrería. El adusto herrero estaba guardando herramientas y ya había apilado lo carbones en el fuego de la forja para que los rescoldos ardieran lentamente. Los olores, las imágenes, incluso la capa de polvo de hierro y hollín proporcionaron a Nicci un jubiloso y fugaz recuerdo del negocio de su padre. En aquellos momentos comprendía la expresión que tenía en sus ojos. Dudaba de que él mismo la hubiese comprendido totalmente, pero ella lo comprendía ahora. El herrero alzó los ojos sin sonreír cuando Nicci entró precipitadamente en su taller.

—Te necesito.

El entrecejo del herrero se frunció todavía más.

—¿Qué suceder? ¿Por qué gritas? ¿Es Richard? Lo han...

—No. Nada de eso. —Agarro su rolliza mano y tiró de él, era como tirar de una peña—. Por favor, ven conmigo. Es importante.

Él indicó con la otra mano todo el establecimiento.

—Pero tengo que limpiar antes de irme.

Ella volvió a tirar de su mano, Sintió qua las lágrimas afloraban a sus ojos.

—¡Por favor! ¡Esto es importante!

El herrero se pasó la mano libre por la cara.

—Adelante, pues.

Nicci se sitió un tanto estúpida arrastrando de la mano al fornido herrero mientras corría colina abajo. É1 preguntó dónde iban, pero no le respondió. Quería llegar abajo antes de que desapareciera la luz.

Cuando llegaron a la plaza, había guardias patrullando en lo alto de la escalinata, manteniendo a todo el mundo fuera de la plaza. Nicci vio a Ishaq en las proximidades, cargando largas tablas en un carro. Lo llamó, y, al ver al herrero con ella, él acudió a toda prisa.

—¡Nicci! ¿Qué sucede? Tienes un aspecto horro...

—Tengo que mostraros la estatua. Ahora. La expresión enfurruñada de Víctor se incrementó.

—Se descubrirá mañana cuando Richard...

—¡No! Debéis verla ahora. Los dos se quedaron en silencio.

Ishaq se inclinó hacia ella mientras indicaba disimuladamente.

—No podemos subir ahí arriba. Está custodiado.

—Yo puedo.

Nicci se secó furiosamente las lagrimal de las mejillas. Su voz recuperó la cualidad de solemne autoridad que había usado tan a menudo, aquella entonación siniestra que había dictado sentencia sobre innumerables vidas, y enviado a gente a la muerte.

—Aguardad aquí. Los dos hombres se apartaron ante la expresión amenazadora de sus ojos.

Nicci irguió la espalda. Alzo la barbilla. Era una Hermana de las Tinieblas.

Ascendió los peldaños con paso mesurado, como si el palacio fuera suyo. Lo era. Ella era la Reina Esclava. Aquellos hombres estaban bajo su mando.

Era la Señora de la Muerte.

Los guardias se acercaron a ella con cautela, sintiendo que la mujer de negro era una amenaza. Antes de que pudieran hablar, habló ella primero.

—¿Qué hacéis aquí? —siseó.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó uno—. Custodiamos el palacio del emperador, eso es lo que hacemos...

—Cómo te atreves a replicarme. ¿Sabes quién soy?

—Bueno... No creo que...

—La Señora de la Muerte. Tal vez habéis oído hablar da mí...

Los dos hombres se irguieron. Vio que sus ojos volvían a estudiar su vestido negro, luego su larga melena rubia, sus ojos azules. Por su reacción, resulto evidente para Nicci que su reputación la precedía. Antes de que pudieran decir otra palabra, volvió a hablar:

—¿Y qué suponéis que hace aquí la consorte del emperador Jagang? ¿Suponéis que he venido sin mi señor? ¿Claro que no, idiotas?

—El emperador... —farfullaron varios a la vez, conmocionados.

—Así es, el emperador ha venido para la consagración. Yo he venido para efectuar mí propio examen, primero, y ¿qué encuentro? ¡Idiotas! Aquí estáis vosotros, con los pulgares en las orejas, cuando deberíais estar en posición para recibir a su Excelencia cuando llegue a la ciudad dentro de pocas horas.

Los ojos de los guardias se abrieron de par en par.

—Pero... nadie nos lo dijo. ¿Por dónde entrara? No hemos sido informados...

—¿Y suponéis que un hombre tan importante como Jagang desea que su paradero sea conocido para que cualquier asesino pueda encontrarlo? ¿Y mientras puede que haya asesinos por ahí, vosotros estáis aquí plantados!

Los hombres se apresuraron a inclinar la cabeza.

—¿Por dónde? —Preguntó el sargento—. ¿Por dónde va a llegar su Excelencia?

—Viene por el norte.

El hombre se lamió los labios.

—Pero, pero ¿qué calzada? Hay muchas rutas...

Nicci se puso en jarras.

—¿Supones que su Excelencia va a anunciar su ruta de antemano? ¿Y a gente como vosotros? Si sólo se custodiara una calzada, cualquier asesino sabría dónde esperar al emperador, ¿no es así? ¡Todas las calzadas deben ser custodiadas! ¡Y vosotros aquí plantados, en lugar de hacerlo!

Los hombres menearon las cabezas y efectuaron nerviosas reverencias, deseando marchar para cumplir con su deber, pero no sabiendo adonde ir,

Nicci rechinó los dientes y se inclinó hacia el sargento.

—Lleva a tus hombres a una de las calzadas del norte. Ahora. Ese es vuestro deber. Hay que custodiar todas las calzadas. ¡Elige una!

Los hombres se inclinaron repetidamente mientras se apartaban. Tras corretear unos pasos, salieron a la carrera. Nicci observó que llamaban a más guardias por el camino.

Mientras desaparecían de la plaza, Nicci se volvió hacia los dos sobresaltados hombres. Éstos ascendieron la escalinata, ahora sin que ningún guardia les pusiera trabas. Algunas de las personas que recorrían los senderos de adoquines, llegadas para contemplar las tallas de las paredes, habían oído gritos y se dieron la vuelta para observar. Mujeres arrodilladas, que oraban a las esculturas en piedra de la Luz brillando sobre gente depravada, miraron de reojo.

Cuando Víctor e Ishaq llegaron a lo alto de la plaza, Nicci desató la cuerda, agarró la tela de hilo y arrancó la envoltura a la estatua.

Los dos hombres se detuvieron en seco.

En un semicírculo alrededor de la plaza, los muros estaban cubiertos con la historia de la ineptitud del ser humano. A su alrededor, se mostraba, al hombre pequeño, depravado, deforme, impotente, aterrado, cruel, insensato, perverso, codicioso, corrompido y pecador. Se le representaba debatiéndose eternamente entre fuerzas de otro mundo que controlaban cada uno de los aspectos de su miserable existencia, una existencia incomprensible en su caldero de maldad, con la muerte como única escapatoria para conseguir la salvación.

Aquellos que habían hallado la virtud en este mundo, bajo la protección de la Luz del Creador, aparecían inánimes, los rostros sin emoción, sin conciencia de sí mismos, los cuerpos tan inflexibles como cadáveres. Contemplaban el mundo a través de un estupor vacuo e insensato, mientras a su alrededor danzaban ratas, se retorcían serpientes entre sus piernas y volaban buitres sobre sus cabezas

En el vórtice de aquel torrente de vida torturada, de aquel cataclismo de corrupción, aquella depravación y libertinaje, se alzaba la estatua de Richard en osada y brillante oposición.

Era una censura devastadora de todo lo que la rodeaba.

La masa y el peso de la fealdad que rodeaba la estatua de Richard parecía encogerse hasta la insignificancia. La maldad de las esculturas de los muros parecía ahora proclamar su propia falsedad ante la belleza y la verdad incorruptibles.

Las dos figuras del centro posaban en un estado de armonioso equilibrio. El cuerpo del hombre exhibía una orgullosa masculinidad, y en la mujer, aunque iba vestida, no había la menor duda de su feminidad. Ambos reflejaban un amor por la forma humana igual de sensual, noble y puro. La maldad a su alrededor daba la impresión de retroceder aterrorizada por aquella noble pureza.

Más que eso, la estatua de Richard existía sin conflictos las figuras mostraban conciencia racionalidad y determinación. Era una manifestación de poder, habilidad y propósito humanos. Era vida vivida por amor a la vida. Era la humanidad levantándose orgullosamente por su propia voluntad.

Era exactamente el nombre que le daba la única palabra tallada en su parte inferior.

VIDA.

Que existiera era prueba de la validez del concepto.

Aquello era la vida tal y como debía vivirse: orgullosa, razonada y sin ser esclava de ningún otro hombre. Aquello ere la justa exaltación del individuo, de la nobleza del espíritu humano.

Todo lo que había en las paredes de alrededor ofrecía muerte como respuesta.

Aquello ofrecía vida,

Víctor e Ishaq estaban de rodillas, llorando.

El herrero alzo los brazos en dirección a la estatua que tenía delante, riendo mientras las lágrimas corrían por su rostro.

—Lo hizo. Ha hecho lo que dijo que haría. Carne esculpida en piedra. Nobleza. Belleza.

Personas que habían venido a ver las otras esculturas, empezaron a congregarse para ver lo que se alzaba en el centro de la plaza. Lo contemplaban fijamente con ojos como platos, muchos viendo por primera vez el concepto del hombre como algo virtuoso. La declaración era tan poderosa que ella sola invalidaba todo lo que había en los muros. El hecho de haber sido tallada por el hombre subrayaba su veracidad.

Muchos la contemplaron con la misma comprensión que había tenido Nicci.

Los escultores se apartaron de su trabajo para acercarse a ver lo que había en la plaza. Los albañiles descendieron de los andamios. Los peones dejaron en el suelo sus baldes. Los carpinteros bajaron de las escaleras abandonando la instalación de vigas. Los enlosadores dejaron a un lado los cinceles. Los cocheros estacaron a sus caballos. Hombres que cavabas y plantaban los jardines circundantes dejaron sus palas. Fueron, de todas direcciones, hacia la estatua de la plaza.

La gente fluyó escaleras arriba, en filas cada vez más amplias, y se agolpó alrededor de la estatua, mirándola sobrecogida. Muchos cayeron de rodillas llorando, no debido a la aflicción como les había sucedido antes, sino de júbilo. Muchos, como el herrero, reían, mientras lágrimas de dicha corrían por sus rostros felices. Unos pocos se cubrieron los ojos, atemorizados.

A medida que la gente asimilaba aquella belleza, marchaban corriendo a buscar a más personas. Al poco, descendían ya hombres de los talleres de la colina para ver lo que se alzaba en la plaza. Hombres y mujeres venidos a contemplar la construcción marchaban corriendo a casa en busca de sus seres queridos para traerlos allí y que contemplaran lo que se alzaba en el palacio del emperador.

Era algo que la mayoría de aquellas personas no había visto en su vida.

Era visión para los ciegos.

Era agua para los sedientos.

Era vida para los moribundos.

40

Kahlan sacó el mapa y echó una mirada. Era difícil saberlo con seguridad. Miro a un lado y otro de la calzada y reparó en que los otros edificios no estaban tan bien conservados.

—¿Qué os parece? —preguntó Cara en voz baja.

Kahlan volvió a deslizar el mapa bajo el manto. Se acomodó la piel un poco sobre loa hombros, asegurándose de que cubría la empuñadura de la espada de Richard que llevaba sujeta tras el hombro. Su propia espada iba oculta bajo la capa. Al menos el sol acababa de ponerse.

—No lo sé. No nos queda mucho tiempo de luz. Supongo que sólo hay un modo de estar seguras.

Cara observó a la gente que miraba en dirección a las dos mujeres. En su mayoría, todo el mundo en la ciudad parecía extraordinariamente falta de curiosidad. Con sus caballos guardados en una cuadra en las afueras de la ciudad, no habría posibilidad de una veloz huida. Con todo, la indiferencia general de la gente en cierto modo mitigaba la inquietud de Kahlan.

Habían decidido mostrarse tan distantes y despreocupadas como fuera posible. Kahlan había considerado que tenían un aspecto más que modesto con sus ropas de viaje, pero en un lugar tan gris como Altur'Rang, a las dos les costaba mucho pasar desapercibidas. Mirándolo en retrospectiva, Kahlan deseó que hubieran dispuesto de tiempo para encontrar algo raído que ponerse, pues sentía que pasaban tan inadvertidas como un par de fulanas pintarrajeadas en una feria rural.

Ascendió los peldaños del lugar como sí supiera adónde iba y tuviera derecho a estar allí. En el interior, el pasillo estaba limpio. Olía a suelos de madera recién fregados. Con Cara pegada a sus talones, Kahlan avanzó hasta la primera puerta a la derecha. Veía la escalera al final del pasillo. Si aquél era el edificio correcto aquella sería la puerta.

Mirando en ambas direcciones. Kahlan llamó suavemente con los nudillos. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar, un poco más fuerte. Probó el pomo, pero estaba cerrado con llave. Tras volver a comprobar el pasillo, sacó un cuchillo del cinto y lo metió bajo la moldura, moviéndolo hasta que la puerta se abrió con un chasquido. Agarró la manga de Cara y arrastró a la mujer al interior con ella

Dentro, ambas adoptaron una pose listas para atacar. No había nadie en la habitación. Bajo la luz que penetraba por dos ventanas, Kahlan vio en primer lugar que había dos jergones para dormir. Lo siguiente que vio fue la mochila de Richard.

Arrodillándose en el suelo de la esquina opuesta, echó la solapa atrás y vio sus ropas en el interior, la vestimenta de mago guerrero estaba en el fondo. A punto de llorar, aferró la bolsa contra el pecho.

No lo había visto en más de un año. Durante casi la mitad del tiempo que hacía que lo conocía, había estado separado de ella. Le pareció como si ya no pudiera soportarlo un momento más.

Kahlan oyó un repentino ruido y Cara agarró la muñeca de un joven cuando éste se abalanzaba al interior empuñando un cuchillo. Con un grácil movimiento le torció el brazo a la espalda. Kahlan alzo la mano en el aire.

—¡Cara! No.

La mord-sith puso mala cara mientras bajaba el agiel, que había acercado a la garganta del joven. Los ojos de éste estaban abiertos de par en par tanto de miedo como de indignación.

—¡Ladronas! ¡Sois ladronas! ¡Eso no es vuestro! ¡Dejadlo!

Kahlan como hacia el muchacho, haciéndole señas para que mantuviera la voz baja,

—¿Te llamas Kamil o Nabbi?

El joven pestañeó, sorprendido. Se lamió los labios mientras echaba una mirada de reojo a la mujer que se alzaba más alta que él.

—Soy Kamil. ¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre?

—Soy una amiga, Gadi me contó...

—¡Entonces no eres una amiga!

Antes de que pudiera chillar pidiendo ayuda, Cara le puso una mano sobre la boca.

Kahlan lo acalló.

—Gadi asesinó a un amigo nuestro. Después da que lo capturásemos, Gadi nos dio tu nombre.

Cuantío vio que el otro se mostraba desconcertado por la noticia, Kahlan hizo una seña a Cara para que bajara la mano.

—¿Gadi mató a alguien?

—Eso es —dijo Cara.

Él dirigió una veloz, mirada furtiva.

—¿Qué le hicisteis? ¿A Gadi?

—Lo matamos —respondió Kahlan, sin revelar todo lo sucedido.

El joven sonrió.

—Entonces sois realmente amigas. Gadi era una mala persona. Hizo daño a mí amigo. Espero que sufriera.

—Tardó mucho en morir —dijo Cara.

El Joven tragó saliva cuando la vio sonreír burlona desde encima de su hombro, Kahlan hizo una seña y Cara lo soltó.

—Así pues, ¿quiénes sois vosotras dos? —preguntó el.

—Me llamo Kahlan, y ésta es Cara.

—Y, ¿qué hacéis aquí?

—Eso es un poco complicado, pero buscamos a Richard.

La suspicacia regresó a él.

—¿Ah, sí?

Kahlan sonrió. Realmente era amigo de Richard. Poso una mano en un lado de su hombro mientras le sostenía la mirada.

—Soy su esposa. Su auténtica esposa.

Kamil parpadeó estúpidamente.

—Pero, pero...

La voz de Kahlan se endureció.

—Nicci no es su esposa.

Las lágrimas afloraron a los ojos del joven mientras sucumbía a una amplia sonrisa,

—Lo sabía. Sabía que no la amaba, jamás pude comprender cómo podía haberse casado con ella.

Kamil rodeó inopinadamente a Kahlan con sus brazos, abrazándola con feroz dicha por Richard. Kahlan rió con suavidad mientras acariciaba los cabellos del muchacho. Cara lo agarró por el cuello de la camisa y tiró hacía atrás de él, pero con delicadeza.

—¿Y tú? —preguntó Kamil a Cara.

—Yo, soy mord...

—Cara es una buena amiga de Richard.

Kamil abrazó entonces inesperadamente a Cara, Kahlan temió que la mord-sith le aplastara el cráneo, pero lo soportó educadamente, aunque sintiéndose incómoda. Kahlan se dijo que Cara podría haber esbozado una sonrisa.

Kamil se volvió de nuevo hacia Kahlan.

—Pero ¿que está haciendo Richard con Nicci, entonces?

—Es una larga historia —respondió ella, aspirando profundamente.

—Cuéntamela.

Kahlan evaluó sus ojos oscuros durante un momento. Le gustó lo que vio. De todos modos, pensó que lo mejor era dar una explicación sencilla.

—Nicci es una hechicera. Usó magia para obligar a Richard a ir con ella.

—¿Magia? ¿Qué magia? —insistió el sin darle un respiro.

Kahlan volvió a tomar aire.

—Ella podía haber usado su magia para hacerme daño, matarme, si Richard no aceptaba ir con ella.

Kamil miró hacia el cielo mientras lo meditaba. Finalmente asintió.

—Eso tiene sentido. Ésa es la clase de hombre que es Richard..., haría cualquier cosa por salvar a la mujer amada. Sabía que no amaba a Nicci.

—¿Y cómo sabías eso?

Kamil indicó los jergones.

—No dormía con ella. Apuesto a que dormía contigo cuando estabais juntos.

Kahlan sintió cómo su rostro enrojecía ante el descaro del joven.

—¿Cómo sabes eso?

—No lo sé —Se rascó la cabeza—. Tú das la impresión de que tu lugar está junto a él. Cuando dices su nombre veo que te importa.

Kahlan no pudo evitar sonreír a pesar de su cansancio. Habían estado cabalgando como alma que lleva el diablo durante semanas. Habían perdido unos cuantos caballos en el camino, y habían tenido que adquirir otros. Habían dormido muy poco durante la última semana y le costaba incluso pensar con claridad.

—Bien, ¿sabes dónde está Richard ahora? —preguntó Kahlan.

—En el trabajo, estoy seguro. Por lo general regresa sobre esta hora... a menos que tenga que trabajar por la noche.

Kahlan escudriñó brevemente la habitación.

—¿Qué hay de Nicci?

—No lo sé. Puede haber ido a comprar pan o algo. Es un tanto raro..., por lo general regresa a casa mucho antes de esta hora. Casi siempre tiene la cena preparada para Richard.

La mirada de Kahlan se paseó por la habitación cada vez más oscura, desde la mesa, a la jofaina y la alacena. Odiaría irse, y que él apareciera justo un minuto después de su marcha. Kamil pensaba que era extraño que Nicci no estuviera en casa. Que los dos estuvieran fuera resultaba inquietante.

—¿Dónde trabaja?

—En la obra.

—¿Obra? ¿Qué obra?

Kamil señaló a lo lejos.

—En el nuevo palacio del emperador que están construyendo. Mañana es la gran consagración.

—¿El palacio nuevo está acabado?

—No, Le faltan años y años para estar acabado. En realidad lo acaban de empezar. Pero van a consagrarlo al Creador. Ha venido mucha grate a Altur'Rang para la ceremonia.

—¿Richard es un obrero?

—Es un escultor—respondió Kamil, asintiendo—. Al menos lo es ahora. Antes trabajaba en la compañía de transpones de Ishaq, pero lo arrestaron...

Kahlan lo agarró por la camisa.

—¿Lo arrestaron? ¿Lo... torturaron?

Los ojos de Kamil se desviaron.

—Di a Nicci mí dinero para que pudiera entrar a verlo. Ella, Ishaq y Víctor el herrero lo sacaron. Estaba muy malherido. Cuando se restableció, los funcionarios lo obligaron a aceptar un trabajo de escultor.

Las palabras de Kamil dieron vueltas en su cabeza. Las que notaron por encima de todas las demás fueron que Richard se había restablecido.

—¿Esculpe estatuas ahora?

Kamil volvió a asentir.

—Esculpe personas en piedra para decorar los muros del palacio. Me ayuda con mis propias esculturas. Te las puedo mostrar, están en la parte trasera.

Maravilla de maravillas. Richard esculpiendo. Pero todas las esculturas que habían visto en el Viejo Mundo eran grotescas. A Richard no le gustaría tallar una fealdad así. Evidentemente, no tenía elección.

—Tal vez más tarde. —Kahlan se pasó los dedos por la frente mientras meditaba qué hacer—. ¿Puedes llevarme allí, ahora¿ ¡A la obra donde trabaja Richard?

—Sí, sí quieres. Pero ¿no quieres esperar para ver si vuelve a casa? Puede que llegue pronto.

—Dijiste que trabaja por la noche, a veces.

—Durante los últimos meses ha trabajado de noche una barbaridad.

—Está esculpiendo una estatua especial para ellos. —El rostro de Kamil se iluminó—. Me dijo que fuera mañana a verla. Como la consagración es mañana, puede que aún la esté terminando. Nunca he visto el lugar donde trabaja, pero Víctor, el herrero, tal vez lo sepa.

—Deberíamos ir a ver a ese herrero, pues.

Kamil se rascó la cabeza otra vea mientras su expresión se trocaba en una de desilusión.

—Pero es de noche y el herrero se habrá marchado ya.

—¿Hay alguna otra persona allí, ahora?

—Puede que haya mucha gente. Van multitudes allí para ver el lugar; yo mismo he ido..., y esta noche puede que haya más personas que de costumbre, porque mañana es la ceremonia.

Aquello podría ser justo lo que necesitaban. No estarían tan fuera de lugar si había una multitud de gente. Les daría una excusa para echar un vistazo.

—Le daremos una hora —dijo Kahlan—. Si no regresa para entonces, se deberá probablemente a que está trabajando. Si no vuelve, tendremos que ir allí y buscarlo.

—¿Y si Nicci aparece? —preguntó Cara.

Kamil agitó la mano para indicarles que no debían preocuparse.

—Saldré a los escalones de la entrada y vigilaré por si viene Nicci. Vosotras dos podéis esperar aquí, donde nadie os verá. Vendré a avisaros si veo venir a Nicci por la calle. Siempre puedo sacaros por la parte trasera si la veo regresar a casa. Kahlan posó una mano sobre su hombro y le dio un apretón.

—Eso me parece bien, Kamil. Esperaremos aquí dentro.

Kamil marchó a toda prisa a su puesto de guardia. Kahlan echó una mirada a la ordenada habitación.

—¿Por qué no dormís un poco? —dijo Cara—. Yo montaré guardia. Vos montasteis guardia la última vez.

Kahlan estaba agotada. Dirigió una mirada al jergón situado más cerca de las cosas de Richard, luego asintió y se tumbó en la cama de su esposo. La habitación se iba quedando a oscuras, Simplemente estar donde él dormía era un consuelo. Estando tan cerca, pero tan lejos, no conseguía dormirse.

A Nicci se le cayó el alma a los pies cuando descubrió que Richard no estaba en la habitación. A Kamil no se le veía por ninguna parte. Se había sentido tan bien en la obra, contemplando cómo coda la gente acudía a ver la estatua de Richard. Multitudes hablan ido a verla y se habían sentido elevadas espiritualmente.

A algunos los había enojada Ella, mejor que nadie, lo comprendía. Con todo, Nicci apenas podía creer la reacción llena de odio de algunas personas hacia tal belleza. Algunas personas odiaban la vida. También eso lo comprendía. Existían gentes que se negaban a ver..., que no querían ver.

Otras personas, no obstante, tuvieron una reacción parecida a la suya.

Todo había quedado claro para ella. Por primera vez en su vida, la vida tenía sentido. Richard había intentado decírselo, pero no había escuchado. Había oído la verdad antes, también, pero otros —su madre, el hermano Narev, la Orden— la habían hecho callar a gritos, y le habían hecho sentirse avergonzada para que no la escuchara.

Su madre la había adiestrado bien, y desde el primer día en que había visto al hermano Narev, Nicci había sido un soldado en el ejército de la Orden.

Al ver la estatua, comprendió por fin la verdad que siempre se había negado a ver, alzándose ante ella de improviso y con claridad. Aquélla era la visión válida de la existencia que había anhelado, pero que había esquivado toda su vida.

Comprendía, ahora, por qué la vida le había parecido tan vacía, tan sin sentido: ella misma había hecho que fuera así al negarse a pensar, Nicci había sido una esclava de todo el mundo. Había dado a sus amos su única arma real contra ella: se había rendido a sus mentiras retorcidas colocando las paralizantes cadenas de la culpa alrededor de su propio cuello, entregándose libremente a la esclavitud a los deseos y caprichos de los demás en lugar de vivir su vida como debería haber hecho... por sí misma. Nunca había preguntado por qué estaba bien que fuera una esclava de los deseos de otro, pero por qué no estaba mal que ellos la esclavizaran. Ella no contribuía al mejoramiento de la humanidad, sino que era simplemente una sirvienta de innumerables pequeños tiranos. El mal no en una entidad enorme, sino un incesante torrente de pequeñas injusticias dejadas sin respuesta, hasta que degeneraban en monstruos.

Había vivido toda su vida en arenas movedizas, donde no se debía confiar en la razón y el intelecto, donde únicamente la fe era válida, y la fe ciega sagrada. Ella misma había impuesto una insensata conformidad a aquel mal vacío.

Había ayudado a reunir a todo el mundo en un cuello colectivo alrededor del cual los peores de entre los hombres, en al nombre del bien, pudieran colocar su correa.

Richard había respondido a su torre de mentiras vacías con una declaración virtuosamente hermosa para que todos la vieran, y la había recalcado con las sencillas palabras del dorso del reloj de sol de bronce.

Su vida era suya para vivirla. Ella no pertenecía a nadie.

La libertad existe ante todo en la mente del individuo racional y pensante; aquello era lo que la estatua de Richard le había enseñado. Que la hubiera esculpido, lo demostraba. Pese a ser un cautivo de ella y de la Orden, sus ideales se habían alzado por encima de ambos. Nicci comprendía sólo ahora que siempre había sabido que su padre valoraba lo mismo —lo había visto en sus ojos— incluso aunque él no pudiera explicarlo jamás. Sus valores quedaban expresados mediante la integridad de su trabajo, por eso ella, desde temprana edad, había querido ser armero como él. Era su visión de la vida lo que ella siempre había amado y admirado, pero reprimido, debido a su madre y a los de su calaña. Tenía esa misma expresión que los ojos de Richard, aquella misma estima por el valor de la vida. Eso era lo que le había atraído a Nicci de él.

Nicci supo entonces que había vestido de negro desde el momento de la muerte de su madre por un infinito e informe anhelo de enterrar no sólo el dominio de su madre sobre ella, sino, más importante aún, los ideales perversos de su madre.

Lamentaba tanto que Richard no estuviera en casa... Quería decirle que le había proporcionado la respuesta que buscaba. Jamás podría pedir su perdón, no obrante. Lo que le había hecho estaba más allá del perdón, Lo veía ahora. Lo único que podía hacer en aquel momento era subsanar el mal que había hecho.

En cuanto lo encontrara, se marcharían. Regresarían al Nuevo Mundo. Localizarían a Kahlan. Entonces Nicci arreglaría las cosas. Tenía que estar cerca de Kahlan, al menos tenerla al alcance de la vista, para poder deshacer el hechizo. Entonces Kahlan sería libre. Entonces Richard seria libre. A pesar de lo mucho que Nicci amaba a Richard, comprendía que él debía estar con Kahlan, la mujer que amaba. Su deseo por él no le daba derecho a hacer lo que había hecho. No tenía derecho a adueñarse de la vida de otra persona, igual que ellos no tenían derecho a adueñarse de la suya. Se tumbó en su cama y lloró al pensar en la afrenta que le había hecho a ambos. Se sentía abrumada por la vergüenza. Había estado ciega durante tanto tiempo.

No podía creer el modo en que había arrojado por la borda coda su vida peleando por el mal sólo porque éste afirmaba ser bueno. Realmente había sido una Hermana de las Tinieblas

Al menos podía corregir el daño que había causado.

Kahlan apenas podía creer el tamaño de la multitud. A la luz de la luna que iluminaba la fina capa de nubes brumosas, y gracias a antorchas colocadas aquí y allí, parecía como si la zona despejada, hasta donde alcanzaba su vista, estuviera atestada de gente. Tenían que ser cientos de miles.

Estupefacto, Kamil alzó los ojos al cielo.

—Es plena noche. Jamás he visto tanta gente aquí. ¿Qué hacen?

—¿Cómo vamos a saberlo nosotras?—soltó Cara, que estaba de mal humor y se sentía desdichada porque no habían encontrado a Richard aún.

La ciudad también estaba repleta de gente. Con los guardias de la ciudad rondando por las calles, inquietos ante toda aquella actividad a altas horas de la noche, había sido necesario refrenar su entusiasmo y proceder con cautela. Habían necesitado horas para conseguir salir y llegar a la obra usando callejuelas poco transitadas y calzadas oscura, y la visita guiada de Kamil a los callejones.

El muchacho señaló con el dedo.

—Es ahí arriba.

Lo siguieron ascendiendo por una calzada bordeada de talleres, la mayoría cerrados y oscuros. Unos pocos tenían hombres en su interior, trabajando aún a la luz de lámparas o velas.

Kahlan introdujo la mano bajo la capa y enroscó los dedos alrededor de la empuñadura de su espada al ver que un hombre corría hacia ellos. Él los vio y se detuvo.

—¿Lo habéis visto?

—¿Visto qué? —preguntó Kahlan.

El hombre señaló, muy excitado.

—Abajo, en el palacio. En la plaza. —Volvió a echar a correr y les chilló mientras se alejaba—: Tengo que ir a buscar a mi esposa e hijos. Tienen que verlo.

Kahlan y Cara compartieron una mirada.

Kamil corrió hasta un taller y tiró de una puerta, pero estaba firmemente cerrada.

—Víctor no esa aquí. —Su voz no conseguía ocultar su decepción—. Es demasiado tarde.

—¿Sabes qué hay abajo, en la plaza? —le preguntó Kahlan.

El muchacho reflexionó un instante.

—¿La plaza? Conozco el lugar, pero... aguardad, ahí es a donde Richard me dijo que fuera. La plaza. Dijo que fuera a la plaza mañana.

—Bajemos ahí ahora y echemos un vistazo —propuso Kahlan.

Kamil agitó una mano, señalando.

—Éste es el camino más corto, colina abajo, por detrás del taller del herrero.

Tan atestado estaba el lugar, que tardaron más de una hora en bajar la colina y cruzar los extensos jardines que rodeaban el palacio. Incluso a pesar de ser en mitad de la noche, la gente seguía llegando continuamente.

Una vez que llegaron al palacio, Kahlan descubrió que no podían aproximarse a la plaza. Había un gentío enorme que se extendía hacia atrás interminablemente, a lo largo de la pared delantera, aguardando para subir a la plaza. Cuando Kahlan, Cara y Kamil intentaron sortearlo y ascender hasta allí para ver qué sucedía, estuvieron a punto de iniciar un alboroto. La gente llevaba esperando mucho tiempo para alcanzar la plaza, y no le gustó que otros intentaran abrirse paso. Kahlan vio a varios hombres que intentaban colarse rodeando la multitud que aguardaba. La muchedumbre se les echó encima.

Cara sacó la mano de debajo de su capa y mostró disimuladamente a Kahlan su agiel. Kahlan negó con la cabeza.

—Unas probabilidades bajas con el ejército de Jagang son una cosa, pero los tres solos contra unos cuantos cientos de miles no me suena nada bien.

—¿De veras? —Preguntó Cara—. Yo lo consideraba más o menos equilibrado.

Kahlan se limitó a sonreír. Incluso Cara sabía bien que era mejor no enfrentarse a una muchedumbre. Kamil frunció el entrecejo, desconcertado ante el sentido del humor de Cara. Cuando encontraron el final de la cola se fundieron con ella.

No pasó mucho rato antes de que la cola detrás de ellos creciera, tanto que ya no pudieron ver el extremo posterior serpenteando al interior de los jardines. Las personas a su alrededor parecían llenas de una extraña expectación nerviosa.

Una mujer rechoncha delante de ellas, envuelta en apenas otra cosa que harapos, volvió la cabeza para dedicarles una sonrisa. Les tendió lo que parecía una hogaza de pan.

—¿Queréis un poco? —preguntó.

—Gracias, no —respondió Kahlan—. Pero sois muy amable.

—Nunca antes había hecho un ofrecimiento así —La mujer lanzó una risita nerviosa—, Parece ser lo correcto ahora, ¿verdad?

Kahlan no tenía ni idea de a qué se refería la mujer, pero dijo:

—Sí, lo es.

A lo largo de toda la noche, la cola avanzó paso a paso. A Kahlan le dolía terriblemente la espalda. Incluso vio que Cara hacia una mueca de dolor mientras se desperezaba.

—Sigo pensando que deberíamos sacar las armas y subir ahí arriba —se quejó finalmente la mord-sith.

Kahlan se inclinó hacia ella.

—¿Qué importa? ¿Adónde hemos de ir antes de que sea de día? Cuando amanezca, podemos subir al taller del herrero o ir a las zonas de esculpido de ahí y con un poco de suerte encontrar a Richard, pero no podemos hacer nada esta noche.

—Tal vez esté en su habitación ahora.

—¿Quieres volver a encontrarte con Nicci? Ya sabes lo que es capaz de hacer. La próxima vez puede que no tengamos la suerte de escapar. No hemos recorrido todo este camino para pelear con ella..., simplemente quiero ver a Richard. Incluso si Richard regresa allí... y no sabemos que vaya a hacerlo..., sí sabemos que tiene que regresar aquí por la mañana.

—Supongo —refunfuñó Cara.

El cielo empezaba a adquirir un tenue resplandor rojizo cuando por fin llegaron a los pies de los escalones de mármol. Oían gemidos y llantos en lo alto, por delante de ellas. Kahlan no podía ver la causa, pero gente situada en lo alto de la plaza lloraba a lágrima viva. Lo que era más curioso, se oían a algunas personas que reían jubilosas. Unas pocas maldecían, como si les hubieran robado los ahorros de roda la vida a punta de cuchillo.

A medida que ascendían lentamente los peldaños, Kahlan y Cara intentaron mantenerse camufladas entre la gente que las rodeaba para no atraer la atención hacia ellas. La plaza sobre sus cabezas estaba iluminada por docenas de antorchas, cuya luz parpadeante proporcionaba una indicación de la inmensidad del gentío. E1 olor de la brea en combustión se mezclaba agriamente con el sudor rancio de la apelotonada muchedumbre.

A través de una momentánea rendija entre la gente que tenía delante, Kahlan echó una rápida ojeada al frente. Parpadeó ante lo que veía, pero desapareció casi con la misma rapidez con que lo vio, tapado por la multitud. La gente que tenían delante lloraba; algunos, al parecer, de alegría.

Kahlan empezó a distinguir las educadas voces de hombres pidiendo a la muchedumbre que siguiera avanzando, implorando a la gente que dieran a los demás una oportunidad de ver. La variopinta colección de gente ascendió sin pausa hasta alcanzar el mármol blanco de la plaza, igual que mendigos en una coronación. El sol empezaba a salir por el horizonte y la radiante luz diurna iba reemplazando finalmente la que ofrecían las antorchas. Rayos dorados bañaron la fachada del palacio.

Las escenas esculpidas en la piedra sobre las paredes eran perturbadoras. Si había alguna diferencia en ellas respecto a las que había visto en el Viejo Mundo, era únicamente que eran más truculentas, más espantosas, más desconsoladamente desesperadas y más abundantes.

La mente de Kahlan recorrió las líneas de la figura de Espíritu. Pensar en Richard teniendo que esculpir cosas como las que veía en las paredes la enfermaba.

Sintió que se apoderaba de ella el pesimismo. Aquello en la Orden; dolor, sufrimiento, muerte. Aquello era lo que esperaba, al Nuevo Mundo a manos de aquellos monstruos. Le era imposible apartar los ojos de las escenas de las paredes, del destino que aguardaba a la gente de su país..., el destino que tantos abrazaban ciegamente.

Entonces, de improviso, a medida que la gente avanzaba lentamente para rodearlas y dejarlas atrás. Kahlan vio a las figuras de mármol blanco alzándose ante ella. La visión le hizo lanzar una exclamación de asombro. Los rayos del amanecer las iluminaban como si el mismo sol se hubiese alzado sólo para acariciar las relucientes formas en toda su gloria.

Cara sujeto con fuerza el brazo de Kahlan, clavándole dolorosa mente los dedos mientras también ella se quedaba prendada con aquella visión. La estatua del hombre y la mujer capturó la imaginación de Kahlan con su nobleza de espíritu.

Sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas, y a continuación se puso a llorar abiertamente, como las personas que la rodeaban, ante la majestuosidad, la dignidad, la belleza, de lo que tenía ante ella. Era todo lo que las esculturas de las paredes circundantes no eran. Ofrecía libremente lo que aquellas negaban.

VIDA, ponía en la base.

Kahlan tuvo que jadear entre las lágrimas para tomar aliento. Aferró el brazo de Cara, y Cara aferró el de ella, las dos sujetándose mutuamente para darse apoyo mientras la muchedumbre las arrastraba en una corriente de emociones compartidas. El hombre de la estatua no era Richard, pero había mucho de Richard en él. La mujer no en Kahlan, pero había suficiente de su figura en ella como para que Kahlan se sintiera ruborizar ante la idea de que otros la contemplaran.

—Por favor, mirad y seguid adelante para que otros también puedan contemplarla —seguían indicando los hombres de los laterales.

Aquellos hombres no llevaban uniformes; tenían un aspecto tan andrajoso como todos los demás. Parecían ser ciudadanos corrientes que habían decidido ayudar. La mujer que les había ofrecido pan cayó de rodillas, presa del llanto.

Unos brazos la levantaron respetuosamente y la ayudaron a seguir adelante. La mujer, puesto que vivía en el Viejo Mundo, probablemente no había visto jamás algo de tal belleza.

Mientras rodeaba con pasos lentos la estatua, incapaz de apartar los ojos de ella, Kahlan alargó la mano para tocarla, como hacía todo el mundo.

Mientras la empujaban al frente, sus dedos entraron en contacto con la suave carne esculpida en piedra, sabiendo que era también donde habían estado los dedos de Richard. Su llanto se tornó más intenso aún.

Mientras se alejaba, Kahlan vio que la curva del reloj de sol tenía unas palabras en la parte posterior.

«Vuestra vida es solo vuestra. Alzaos y vividla.»

Las palabras eran visibles en los labios de muchos que las veían.

La multitud seguía ascendiendo la escalinata, obligando a las personas que rodeaban la estatua a seguir adelante. Hombres situados en la parte posterior guiaban a la gente entre las columnas, para que salieran por la parte trasera del palacio a medio construir, e hicieran lugar para que otros pudieran subir a contemplar la estatua.

—Ojala Benjamín pudiera ver esto —dijo Cara, con los ojos azules llenos de lágrimas.

Kahlan se sintió acometida por un borboteo de risa.

—Yo iba a decir: «Ojala Richard pudiera verlo».

Cara rió con ella mientras ambas eran arrastradas por el río de gente.

Kamil agarró la mano de Kahlan, y esta advirtió que también tomaba la de Cara.

—Sí —dijo con autoridad—. Richard la esculpió.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Kahlan—. ¿Dónde crees que podemos encontrarle?

—Me parece que deberíamos volverá subir a la herrería. Es de esperar que Richard aparezca por allí. Si no, a lo mejor Víctor sabrá dónde está.

Las palabras de Kamil: «Richard la esculpió», resonaron jubilosas en la mente de Kahlan.

41

Richard trepó a través de la ventana alta y saltó al suelo. Sus botas lo golpearon con un ruido sordo. Casi no podía creer que hubiera dormido toda la noche bajo b lona de un carro. Casi no podía creer que Jori no lo hubiera despertado cuando pasaron cerca de su casa. Probablemente el hombre no consideró

que fuera tarea suya, y por lo tanto no quiso hacerlo. Suspiró. A lo mejor Jori no había enterado de que él iba en el carro.

Richard se sacudió las ropas. Estaba frente al edificio de la compañía de transporte en la que había trabajado al principio de su llegada a Altur'Rang.

No sabía adónde ir: si a casa o a El Retiro. El cielo resplandecía naranja y violeta bajo el brillante amanecer. Supuso que no servía de nada ir a casa; eso le haría llegar tarde al trabajo. Decidió que era mejor ir a trabajar.

Trabajar. ¿Qué trabajo? Era el día de la celebración, de la consagración. Cuando el hermano Narev viera la estatua Richard ya no tendría que volver a preocuparse de tener que trabajar.

Sabía que si huía, si intentaba escapar, no conseguiría más que desencadenar la cólera de Nicci, y entonces Kahlan perdería la vida. Richard había pasado más de un año con Nicci —tanto tiempo como el que había pasado con Kahlan— y Nicci le había dejado claro repetidamente las opciones que tenía. La vida de Kahlan siempre era el precio.

Richard carecía de una alternativa real. Al menos vería el rostro de Víctor cuando contemplara la estatua. Sonrió al pensarlo. Era la única perspectiva agradable que guardaba el día para él.

Lo más probable era que acabara el día en el oscuro agujero de una mazmorra. Dio un traspié al pensarlo. No quería regresar a aquel lugar. Era tan pequeño, A Richard no le gustaba estar encerrado y menos en sitios pequeños. No le gustaba ninguna de esas dos cosas; juntas resultaban espantosas.

Aterradora como era tal perspectiva, había esculpido la estatua con un propósito consciente con premeditación, conociendo el probable precio. Lo que había conseguido valía aquel precio. La esclavitud no era vida. Nicci le había prometido en una ocasión que si el moría, o elegía la muerte, eso en sí mismo sería la respuesta que ella buscaba, y que no haría daño a Kahlan. En aquellos momentos, Richard solo podía confiar en aquella promesa.

La estatua existía. Eso era lo que importaba. Vida existía. La gente necesitaba verla. Tantas personas en el Viejo Mundo necesitaban ver que la vida existía, y que había que vivirla...

Para ser una hora tan temprana, había una inusitada actividad en las calles de Altur'Rang. De vez en cuando, pelotones de guardias fuertemente armados pasaban corriendo por las calles. Había llegado mucha gente a la ciudad para la fiesta de la consagración. Supuso que ése era el motivo de que hubiese tanta gente por las calles.

Los guardias no le prestaban atención, pero sabía que pronto lo harían.

Cuando llegó a El Retiro, Richard se quedó impresionado por lo que veía. Los kilómetros de jardines al aire libre estaban cubiertos de gente. La gente se apiñaba alrededor de los muros del palacio igual que hormigas alrededor de miel derramada. No era ni remotamente capaz de calcular cuantas personas cubrían las colinas circundantes. Resultaba desorientador ver la panoplia de color donde antes había visto solo polvo marrón y verde centeno invernal. No tenía ni idea de que toda aquella ingente cantidad de per-

sonas quería acudir a la ceremonia. Pero por otra parte, había estado trabajando día y noche durante meses... ¿cómo podía haberse enterado de lo que planeaba la gente?

Richard esquivó las zonas más abarrotadas y empezó a ascender por la calzada hacia el taller del herrero. Quería recoger a Víctor y bajar con él a la obra para ver la estatua antes de que la Orden apareciera para dar inicio a la consagración. Sin duda Víctor lo estaría aguardando ansiosamente.

La carretera estaba atestada de gente. Todo el mundo parecía entusiasmado, feliz y expectante Era muy distinto al modo en que la mayoría de los habitantes del Viejo Mundo se mostraban o comportaban. Quizás una festividad, incluso una como aquélla, era lo mejor que les podía parar en sus deprimentes vidas.

A algo menos de un kilómetro de la herrería de Víctor, un hermano Neal de aspecto enloquecido saltó a la calzada y alargó el brazo en dirección de Richard.

—¡Ahí está! ¡Cogedlo!

Los guardias que vigilaban la muchedumbre circundante sacaron las armas al oír la orden de Neal. Mientras se abalanzaban sobre él desde todas partes, el primer instinto de Richard fue pelear. En un instante ya había evaluado a1 enemigo y calculado su ataque. Sólo tenía que arrebatarle la espada a un guardia torpe. Mentalmente, la osada acción ya estaba realizada. Únicamente tenía que hacerla realidad.

Los guardias le cayeron encima, y la gente se desperdigó, quitándose de en medio, algunas personas chillaron asustadas.

Estaba la cuestión de Neal, no obstante. Neal era un mago. Pero Richard podía ocuparse de esa amenaza también..., la necesidad agudizaba su talento. La necesidad y la rabia. Ciertamente poseía rabia suficiente para la tarea. Aquella parte de él que la Espada de la Verdad usaba, aquella cólera de siniestra violencia, tronaba ya en su interior.

Excepto que Nicci le había dicho que si usaba su magia. Kahlan moriría. ¿Lo sabría ella si la usaba?

Más tarde o más temprano, lo sabría.

Richard permaneció sumisamente inmóvil mientras los guardias lo agarraban con brutalidad por los brazos para dominarlo. Otros agarraron su camisa por detrás.

¿Qué importaba realmente? Si se resistía, eso solo lastimaría a Kahlan. Si lo ejecutaban, Nicci dejaría que Kahlan viviera.

Pero no quería regresar a aquel oscuro agujero.

Neal llegó corriendo hasta él y agitó un dedo ante el rostro de Richard. ¡Qué significa esto, Cypher! ¡Qué creías que ibas a conseguir!

—¿Puedo preguntaros de qué habláis, hermano Neal?

El rostro de Neal estaba rojo como la grana.

—¡La estatua!

—Vaya, ¿no os gusto?

Con todas sus fuerzas, Neal le asestó un puñetazo en el estómago. Los guardias que lo retenían rieron. Richard lo había previsto y había tensado los músculos, pero de todos modos lo dejó sin respiración. Finalmente consiguió recuperar el aliento.

Neal descubrió que disfrutaba administrando un correctivo, y volvió a hacerlo.

—Ah, pagarás por tu blasfemia, Cypher. Pagaras el precio esta vez. Lo confesarás todo, antes de que hayamos terminado. Pero primero, contemplaras como se destruye tu infame perversión.

Neal, con el rastro contraído por una indignación altanera y farisaica, hizo una seña a los corpulentos guardias.

—Llevémoslo ahí abajo. Y no os lo penséis dos veces para abriros paso entre la muchedumbre.

Mediada la mañana, las esperanzas de Kahlan de que el herrero hiciera aparición casi se habían desvanecido.

—Lo siento —dijo Kamil, cabizbajo mientras la contemplaba pasear de un lado a otro—. No sé por qué Víctor no está aquí. Pensaba que estaría, realmente lo pensaba.

Kahlan se detuvo por fin y dio al preocupado muchacho una palmada en el hombro.

—Sé que lo pensabas, Kamil. Con la celebración, y con lo que está sucediendo ahí abajo con la estatua, este no es precisamente un día normal.

—Mirad—indicó Cara.

Kahlan vio que la mord-sith miraba atentamente abajo, en dirección a la plaza.

—Guardias con lanzas están sacando a la gente de la plaza.

Kahlan entrecerró los ojos para mirar colina abajo.

—Tu vista es mejor que la mía, yo no lo veo. —Lanzó una mirada de contrariedad al cerrado taller del herrero—. Pero no nos sirve de nada aguardar aquí arriba. Veamos si podemos llegar ahí abajo y ver mejor lo que sucede. —Posó una mano sobre el brazo de Cara para refrenarla—. Pero no empecemos una guerra, ¿de acuerdo?

La boca de Cara se crispo. Kahlan volvió la cabeza hacia el joven, que daba patadas al polvo, frustrado por no poder ayudarlas a encontrar a Richard.

—Kamil, ¿harías una cosa por mí?

—Claro. ¿Qué?

—¿Quieres esperar aquí, por si Richard viene, o lo hace el herrero? Si el herrero acude a su taller, podría saber algo.

Kamil alargó el cuello y bajó la mirada hacia el palacio.

—Bueno, de acuerdo. Si Richard viene aquí, no me gustará que se quedara sin verte. ¿Qué debo decirle, si lo veo?

Kahlan sonrío. «Que lo quiero», pensó, pero en su lugar dijo:

—Dile que estoy aquí, con Cara, y que hemos ido abajo en su busca. Si aparece, no quiero que se me escape. Haz que espere aquí. Regresaremos,

Kahlan pensó que podían bajar hasta la plaza para echar una mirada, pero todas las demás personas parecían tener la misma idea. Tardaron una eternidad en descender de la colina hasta los jardines. Cuanto más se acercaban, más apretada estaba la gente. El avance de Kahlan se fue frenando poco a poco. Sólo mantener el contacto con Cara ye era muy difícil, Todo al mundo parecía decidido a abrirse paso hacia la plaza, y cada vez se concentraban más personas.

Kahlan no tardó en darse cuenta de que Cara y ella estaban atrapadas en el gentío.

Todo el mundo hablaba de una sola cosa: la estatua.

Era entrado el día cuando Nicci llegó a mitad de camino de la plaza. Cada centímetro ganado había significado una batalla. Estaba, lo bastante cerca como para ver a gente que estaba alrededor da la estatua, pero no podía acercarse más. Por mucho que lo intentaba, no podía avanzar. Igual que ella, todas las demás personas también querían acercarse más y se apretaban contra ella, inmovilizándola. En ocasiones resultaba un aterradora sensación de impotencia. Se las apaño para liberar un brazo de mudo que pudiera ayudarse a mantener el equilibrio. Se le ocurrió que caer en tales circunstancias podía resultar fatal... Si al menos tuviera su poder.

Su propia arrogancia la había llevado a intercambiarlo. Lo que había obtenido, no obstante, era la vida. Pero les había costado a Richard y a Kahlan su libertad. Nicci no podía retirar su poder del vínculo, y volver a usar su don, o Kahlan morirla. Nicci no quería su vida a costa da la de otra persona. Había llegado a comprender que eso ara la auténtica maldad.

Había buscado a Richard y no lo había encontrado. Tampoco había podido localizar al herrero, ni a Ishaq. En cuanto encontrara a Richard, podría decirle que había estado equivocada, y entonces podrían marcharse de Altur'Rang. Deseaba tanto ver su rostro cuando le dijera, que lo llevaba de vuelta con Kahlan y que iba a anular el hechizo... De todas las personas, ellos eran los últimos que debían sufrir por lo que Nicci había averiguado.

El único lugar que quedaba en el que se le ocurría que podía buscarlo era alrededor de la estatua. Podría estar allí. Pero, por mucho que lo intentaba, no conseguía acertarse más. En aquel momento, reparó en que probablemente ni siquiera podría conseguir salir ella misma de aquella aglomeración. Sin duda más de medio millón de personas envolvían al palacio.

Y entonces, Nicci vio al hermano Narev y a sus discípulos aparecer en lo alto de la plaza, todos con sus túnicas, el hermano Narev con su gorro, el resto con los rostros ocultos por amplias capuchas. Abarrotando la parte posterior de la plaza había unos centenares de funcionarios de la Orden que habían viajado hasta allí para asistir a la consagración del palacio; hombres importantes todos ellos.

Si tuviera su poder, podría haberlos matado a todos allí mismo.

Entonces vislumbró por un mirante a Richard detrás de los funcionarios, rodeado de guardias. Toda la zona central alrededor de la plaza estaba repleta de guardias de expresión hosca.

El hermano Narev se adelantó hasta el borde de la plaza, todo aristas bajo el oscuro hábito. Bajo su gorro, bajo la frente prominente, su oscura mirada recorrió a los reunidos. La gente se hallaba en un estado bullicioso y emotivo, y el hermano Narev no pareció, complacido, pero de todos modos, el hermano Narev jamás parecía complacido. El placer, decía, era perverso. Alzo los brazos, pidiendo silencio,

Cuando la multitud se acalló, empezó a hablar con aquella voz, chirriante suya, una voz que la había perseguido desde aquel día en su casa, cuando era pequeña, aquella voz que había permitido que gobernara su mente, aquella voz que, junto con la de su madre, había pensado por ella.

—Conciudadanos de la Orden. Tenemos un acontecimiento especial planeado pare vosotros hoy. Hoy, os traemos el espectáculo de le tentación... y más.

Su brazo se deslizó hacia atrás, en dirección a la estatua. Sus largos dedos se abrieron. Su voz retumbo con repugnancia:

—El mal, en persona.

Le multitud murmuró. El hermano Narev sonrío, la fina raja que era su boca remarcó sus hundidas mejillas mientras sonreía igual que la calavera de le muerte. Sus ojos eran tan oscuros como su hábito. El sol poniente huía de le escena, llevándose le claridad, dejando atrás los temblores de la luz parpadeante de docenas de antorchas para que proyectaran su titilante luz naranja sobre las enormes columnas que se alzaban detrás de le plaza, y la débil luz de la luna para bañar los rostros de los adustos funcionarios. El aire, tan denso con los fuertes olores de le multitud, se había vuelto gélido.

—Conciudadanos de la Orden —dijo el hermano Narev con una voz que Nicci pensó que podría agrietar las paredes de piedra—, hoy veréis lo que le sucede al mal cuando le hace frente la virtud de la Orden.

Curvó un dedo esquelético. Era una señal. Unos guardias empujaron a Richard al frente, Nicci gritó, pero su voz quedó ahogada en el clamor de decenas de millares de otras voces.

El hermano Neal se adelantó con arrogancia, llevando a cuestas una almádena.

Nicci comprobó los laterales y vio que había varios miles de guardias armados. Había más rodeando la plaza. El hermano Narev no había corrido riesgos. Neal, con une educada sonrisa y una respetuosa reverencia, entregó la almádena al hermano Narev.

El hermano Narev alzó la almádena por encima de la cabeza, como si fuera una espada alzada en actitud triunfal.

—El mal, donde sea que se le encuentre, debe ser destruido. —Apuntó la cabeza de la almádena hacia la estatua—. Esto es un objeto diabólico, creada por un extremista que odia a su prójimo, que trata injustamente a los débiles. Este hombre no aporta nada a la mejora de su prójimo, nada a su auxilio, nada a su educación. Ofrece sólo imágenes lascivas y profanas para que hagan presa en aquellos de entre nosotros que son vacilantes e irresolutos.

La multitud permanecía silenciosa en medio de su perpleja decepción. Por lo que Nicci pudo colegir, la gente había llegado a creer que aquella estatua era alguna nueva ofrenda de la Orden a la población; una cosa magnifica que pudieran contemplar en el palacio del emperador, una refulgente esperanza. Se sentían confusos y desconcertados por lo que oían. El hermano Narev alzó la almádena.

—¡Antes de que el cadáver de este criminal sea colgado de un poste por sus crímenes contra la Orden, éste verá su repugnante obra destruida ante las aclamaciones de las gentes virtuosas!

Mientras el último rayo del sol desaparecía bajo el horizonte, el hermano Narev alzó la pesad a herramienta bien alta a la luz parpadeante de las humeantes antorchas. La almádena se bamboleó momentáneamente en la cúspide de su arco antes de descender con un potente balanceo. La muchedumbre lanzó una exclamación ahogada cuando el metal repicó al golpear la pierna de la estatua masculina. Se desprendieron unas diminutas esquirlas. Sorprendentemente, había ocasionado muy pocos daños.

En el absoluto silencio que siguió, Richard rió con sorna ante el impotente golpe del hermano Narev.

Incluso desde lejos, Nicci vio cómo el rostro del hermano Narev enrojecía violentamente mientras Richard se quedaba observándolo y riendo. La multitud murmuró, apenas capaz de creer que ningún hombre pudiera reírse de un hermano de la Orden..., del mismísimo hermano Narev. El hermano Narev apenas podía creerlo. Las docenas de guardias que apuntaban a Richard con sus lanzas apenas podían creerlo.

En el tenso silencio, la risa de Richard resonó en el semicírculo de paredes de piedra y elevadas columnas. La sonrisa de la muerte regresó. El hermano Narev alzó la almádena y tendió el mango a Richard.

—Tú mismo destruirás tu depravada obra.

Las palabras «o morirás aquí mismo» no se pronunciaron, pero todo el mundo las oyó insinuadas.

Richard aceptó el mango de la herramienta. No podría haber parecido más noble si hubiera tomado una espada incrustada de piedras preciosas.

La mirada de Richard abandonó al hermano Narev y paseó sobre la multitud mientras se acercaba a los escalones. El hermano Narev alzó un dedo, indicando a los guardias que mantuvieran quietas las lanzas. A juzgar por la sonrisita de suficiencia en los rostros de los hermanos Narev y Neal, éstos no creían que la multitud quisiera oír nada que un pecador tuviera que decir.

—Os gobiernan —dijo Richard en una voz que resonó por encima del gentío— unos hombrecillos mezquinos.

La gente lanzó un ahogado grito de asombro al unísono. Hablar contra un hermano era traición, y herejía.

—¿Mi crimen? —Preguntó Richard en voz alta—. Os he dado algo hermoso que contemplar, osando mantener la convicción de que tenéis derecho a verlo si lo deseáis. Peor aún..., he dicho que vuestras vidas son vuestras, para vivirlas.

Un murmullo continuado recorrió la multitud. La voz de Richard se alzó poderosa, exigiendo ser oída por encima de los cuchicheos.

—El mal no es una entidad enorme, sino una colección de innumerables depravaciones pequeñas cometidas por hombres mezquinos. Viviendo bajo la Orden, habéis trocado la riqueza de vuestros sueños por una niebla gris de mediocridad..., la fértil inspiración del esfuerzo y el desarrollo personal, por el estancamiento estúpido y la lenta decadencia..., el soberbio territorio de los intentos, por el tímido cenagal de la apatía.

Con los ojos fijos en él y los labios inmóviles, la multitud escuchó. Richard alzó hacia ellos la almádena, empuñada con el donaire de una espada regia.

—Habéis cambiado la libertad por menos de una escudilla de sopa, siguiendo los dictados de unas personas que dicen que merecéis tener menos que una escudilla de sopa, y que, además, os la debe proporcionar otra persona.

»La felicidad, la alegría, la perfección, los logros personales... no son artículos que pueden dividirse. ¿Es que hay que dividir y repartir la risa de un niño? ¡No! ¡Hay que crear más risas!

Las risas complacidas corrieron como un murmullo a través de la muchedumbre.

La mueca de desagrado del hermano Narev se acrecentó.

—¡Ya hemos oído suficiente de tus delirios extremistas! Destruye tu profana estatua. Ahora.

Richard ladeó la cabeza.

—¿Ah? ¿Toda la Orden, y sus Hermanos, temen oír lo que un hombre insignificante puede decir? ¿Tanto miedo os da unas simples palabras, hermano Narev?

Los oscuros ojos del aludido dirigieron una veloz mirada a la multitud mientras, ésta se inclinaba al frente, ansiosa por oír su respuesta.

—Ninguna palabra nos asusta. La virtud está de nuestra parte, y prevalecerá. Pronuncia tus blasfemias, de modo que todos puedan comprender por qué la gente con valores morales irá contra ti.

Richard sonrió, y habló con brutal honestidad.

—La vida de cada persona pertenece a ésta por derecho. La vida del individuo puede y debe pertenecerle solo a él, no a ninguna sociedad o comunidad, o de lo contrario no será más que un esclavo. Nadie puede negarle a otra persona su derecho a su vida, ni arrebatar por la fuerza lo que produce otra persona, porque eso es robarle su medio de vida. Es traición contra la humanidad colocar un cuchillo en la garganta de un hombre y dictar cómo debe éste vivir su vida. Ninguna sociedad puede ser más importante que los individuos que la componen, o de lo contrario estáis atribuyendo una importancia suprema, no al hombre, sino a cualquier idea que resulte atractiva a esa sociedad, con un interminable coste de vidas. La razón y la realidad son los únicos medios para obtener leyes justas: los deseos insensatos, si se les concede el poder, se convierten en amos letales.

»Entregar la razón en aras de la fe en estos hombres justifica que os puedan esclavizar..., que os puedan asesinar. Tenéis el poder de decidir cómo viviréis vuestra vida. Estos hombrecillos mezquinos de aquí arriba no son más que cucarachas, si vosotros decís que lo son. ¡No tienen más poder que el que vosotros les concedáis!

Richard señaló hacia atrás con la almádena, en dirección a la estatua.

—Esto es la vida. Vuestra vida. Para vivirla como elijáis. —Balanceó la almádena es un arco, señalando las esculturas de las paredes—. Esto es lo que la Orden os ofrece: la muerte.

—¡Ya te hemos oído blasfemar suficiente! —chilló el hermano Narev—. ¡Destruye tu diabólica creación ahora, o muere!

Las lanzas se alzaron.

Richard paseó con calma una mirada osada por los guardias, luego fue hacia su estatua. El corazón de Nicci latía con fuerza contra sus costillas. Ella no quería que se destruyera la estatua. Era demasiado buena para destruirla. Aquello no podía estar sucediendo.

Richard apoyó la almádena sobre el hombro. Alzó la otra mano hacia la estatua mientras se dirigía a la multitud una última vez.

—Esto es lo que la Orden os está quitando: vuestra humanidad, vuestra individualidad, vuestra libertad para vivir vuestra propia vida.

Se llevó la almádena a la frente.

Con un poderoso balanceo, la cabeza de acero describió un arco. Nicci pudo oír cómo silbaba el aire. Toda la estatua pareció estremecerse cuando el mazo golpeó la base con un estruendo atronador.

Durante un instante de silencio oyó un sonido apenas perceptible, el susurro de la piedra al desgarrarse con una serie de chasquidos.

Entonces, toda la estatua se desmoronó con un rugido de fragmentos y nubes de polvo blanco.

Los funcionarios de la plaza gritaron entusiasmados. Los guardias profirieron silbidos y aclamaciones mientras agitaban las armas en el aire.

Fueron los únicos. La multitud permanecía totalmente en silencio mientras el polvo recorría la plaza. Toda su esperanza, representada por la estatua, acababa de ser destruida.

Nicci lo miró todo como aturdida. La desesperación le hizo un nudo en la garganta. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Todos observaron, como si acabaran de ser testigos de una muerte trágica e inútil.

Los guardias se acercaron a Richard apuntándolo con las lanzas, empujándolo de vuelta hacia otros guardias que aguardaban con pesados grilletes.

Abajo, desde el punto más cercano a los escalones, una voz clara se dejó oír desde la anonadada multitud:

—¡No! ¡No lo permitiremos!

En la creciente oscuridad. Nicci vio al hombre que había gritado. Estaba muy cerca de las primeras filas, intentando furiosamente abrirse paso por entre el gentío para acceder a la plaza.

Era el herrero.

—¡No lo permitiremos! —rugía—. ¡No os permitiré que me sigáis esclavizando! ¿Lo oís? ¡Soy un hombre libre! ¡Un hombre libre!

Toda la masa de gente reunida ante el palacio estalló en un rugido ensordecedor.

Y entonces, como uno solo, todos arremetieron al frente.

Con los puños levantados, las voces alzadas en gritos de rabia, la masa humana se abalanzó hacia la plaza. Filas de hombres armados descendieron los escalones para enfrentarse a su avance, y desaparecieron bajo la avalancha.

Nicci chilló con todas sus fuerzas, intentando atraer la atención de Richard, pero su voz se perdió en aquel huracán.

42

Richard no supo qué lo aturdió más: ver su estatua convertida en escombros, o ver a la multitud cargando escaleras arriba después de que Víctor se declarara un hombre libre. La turba avanzó sin detenerse sobre los guardias armados que descendían los peldaños para enfrentarse a ella. Algunas personas cayeron heridas o muertas, y sus cuerpos fueron pisoteados por la marea de gente. Los que iban delante no podían detenerse aunque quisieran; el peso de decenas de miles tras ellos los impulsaba al frente. Pero no querían detenerse. El clamor era ensordecedor.

Los hermanos se aterrorizaron. Los funcionarios situados en la parte de atrás fueron presa del pánico. Los pocos miles de guardias armados fueron presa del pánico. En aquel momento, la naturaleza del mundo cambio: el poder pasó de la Orden a cada hombre en sí mismo.

Richard quería hacerse con el hermano Narev. Pero unos hombres armados se abalanzaban sobre él. Movió el brazo y enterró la cabeza de la almádena en el pecho del guardia que iba a por él con la espada en alto. Con el mango del mazo sobresaliendo del cráter abierto en su pecho, Richard le arrebató la espada del puño, y entonces, arma en mano; dio rienda suelta a su furia,

Un grupo pequeño de guardias consideró apropiado proteger a los hermanos. Richard arremetió contra ellos, hiriendo con cada golpe. Cada cuchillada o mandoble acababa con un soldado.

Pero los guardias, no eran el principal interés de Richard. Sí iba a perderlo todo, quería la cabeza de Narev. Mientras se abría paso a mandobles entre el caos de gente que atestaba la plaza, no conseguía encontrara Narev por ninguna parte.

Víctor rugió del tumulto sujetando a un hermano por los cabellos.

Otros hombres se habían unido a él, y cada uno tenía una mano sobre el hermano. El fornido herrero mostraba una expresión enfurecida capaz de doblar el hierro. Los ojos del hermano daban vueltas como si le hubiesen golpeado en la cabeza y no consiguiera recuperar la conciencia.

—¡Richard!—lo llamó Víctor.

Los hombres, algunos sujetando aún la vestimenta marrón del hermano, se apresuraron a rodear a Richard. Lo envolvieron como un manto de diez o quince hombres.

—¿Qué debemos hacer con él? —preguntó un hombre.

Richard paseó una mirada por toda la gente. Vio artesanos que conocía de la obra. Priska estaba entre ellos, y también Ishaq.

—¿Por qué me preguntáis a mí? Es vuestra revuelta. —Los miró a los ojos con expresión desafiante—. ¿Qué creéis que debéis hacer él?

—Dínoslo tú, Richard—dijo uno de los escultores.

—No. —Richard negó con la cabeza—. Decidme vosotros qué pensáis hacer con él. Pero debéis saber que este hombre es un mago. Cuando recupere el sentido, empezara a matar gente. Esto es una cuestión de vida o muerte, y él lo sabe. ¿Lo sabéis vosotros? Esto tiene que ver con vuestras vidas. Sois vosotros quienes debéis decidir, no yo.

—Te queremos con nosotros esta vez. Richard —exclamo Priska—. Pero si sigues sin querer unirte a nosotros, recuperaremos nuestras vidas, llevando a cabo esta revuelta, sin ti. ¡Así será!

Los hombres agitaron todos los puños y vociferaron su asentimiento.

Víctor le retorció la cabeza al hermano hasta pararle el cuello. Su cuerpo inerte resbaló al suelo.

—Eso es lo que pensamos hacer con él—declaro el herrero.

Richard le tendió la mano mientras sonreía.

—Siempre me alegra conocer a un hombre libre —Se sujetaron por los antebrazos y Richard miró a Víctor a los ojos—. Soy Richard Rahl.

Víctor pestañeó; luego soltó su potente risotada. Con la mano libre, dio una palmada a Richard en el hombro.

—Claro que lo eres. ¡Todos lo somos! Me engañaste por un segundo, Richard. Realmente lo hiciste.

La presión de la multitud los empujó atrás, hacia las columnas. Richard alargó el brazo y agarró los hábitos del hermano muerto, arrastrando el cuerpo con él. La masa de imponentes muros de piedra y columnas de mármol proporcionaba cierta protección contra el enfurecido río de gente.

El suelo se estremeció. Una explosión procedente del interior abrió un agujero a través de la pared. La oscuridad se iluminó con una llamarada y fragmentos de piedra silbaron por los aires. Docenas de personas ensangrentadas fueron lanzadas hacia atrás.

—¡Qué ha sido eso! —gritó Víctor entre el estruendo de gritos y alaridos.

Haciendo caso omiso del peligro, la multitud prosiguió su avance sobre los hombres que la habían esclavizado. Grupos de personas irrumpieron en el lugar en el que se había alzado la estatua, recogiendo fragmentos de mármol. Se besaban los dedos y, al pasar veloces junto a ellas, depositaban aquellos besos en las palabras inscritas en la parte posterior del caído aro de bronce. Estaban eligiendo la vida.

Hordas de personas habían capturado a cierto número de hermanos y funcionarios, y los golpeaban hasta matarlos con pedazos de mármol procedente de los restos de la estatua.

—El hermano Narev es un hechicero —dijo Richard—. Víctor, tienes que organizar a algunos de estos hombres..., hacerte con el control de esta multitud. Narev puede usar magia poderosa. Alabo el deseo de la gente de ser libre, pera vamos a tener muchos muertos y heridos si no conseguimos controlar esto.

—Entiendo —dijo Víctor mientras luchaba para impedir que lo arrastraran lejos.

Unos cuantos hombres que habían estado apelotonados alrededor de Richard, protegiéndolo, oyeron lo que decía y asintieron. Las órdenes de organizarse empezaron a propagarse por la multitud. Aquella gente quería tener éxito. Estaba dispuesta a trabajar para obtener su objetivo, y vieron la sensatez de las órdenes que empezaban a transmitirse a gritos. Muchos de aquellos hombres estaban acostumbrados a manejar grandes grupos de trabajadores. Sabían organizar hombres.

Richard empezó a quitarle la ropa al hermano muerto.

—Vosotros debéis mantener estas gentes fuera del palacio. Narev está ahí dentro. Cualquiera que entre podría acabar muerto fácilmente. Tenéis que mantener a la gente fuera. Estando los Hermanos, eso de ahí dentro será una trampa mortal.

—Comprendo —dijo Víctor.

—Los mantendremos atrás —gritaron los hombres a Richard. Richard se puso los hábitos marrones del Hermano por la cabeza. Víctor lo agarró del brazo.

—¿Qué haces?

Richard sacó la cabeza por la abertura del cuello.

—Voy a entrar ahí. En la oscuridad. Narev pensará que soy un Hermano, y podré acercarme a él.

Metió la espada que había cogido entre la ropa, para ocultar la hoja, y cubrió la empuñadura con la muñeca.

—Mantened a la gente fuera. Narev dispone de magia poderosa. Tengo que detenerlo.

—Ten cuidado —dijo Víctor.

Los hombres que habían asumido el mando empezaron a abrirse en abanico, instando a la gente a seguir sus órdenes. Algunas personas lo hicieron, y a medida que lo hacían, aún más los siguieron. Con todos los funcionarios que habían capturado ahora muertos, la muchedumbre empezaba a ser encauzada, y muy a tiempo. El peso aplastante de la gente que ascendía en tropel a la plaza era un peligro para todos.

La gente que pasaba lloraba mientras recogía pedazos de mármol de la estatua, apretando aquellas divisas de libertad y belleza contra el pecho a la vez que seguían adelante para permitir que otros hicieran lo mismo. Eran personas a las que se había ofrecido la vida, y la habían aceptado. Habían demostrado su valía.

Víctor vio lo que todo el mundo hacía.

—Richard—, lo siento tanto...

Una llameante explosión detonó en toda la plaza, abatiendo a más de un centenar de personas. Los cuerpos quedaron hechos pedazos por su violencia. Una enorme columna de piedra se derrumbó, aplastando a gente que no podía apartarse debido a la presión de la multitud.

—¡Luego! —exclamó a voz en grito Richard por encima del caos—. ¡Tengo que detener a Narev! ¡Mantened a esa gente apartada..., sólo conseguirán morir!

Víctor asintió mientras marchaba a toda prisa junto con los otros hombres que conocía para hacerse con el control de la situación.

Richard dejó tras él el tumulto y la confusión, y cruzó una entrada enorme situada entre las columnas... penetrando en la oscuridad.

Había kilómetros de pasillos inacabados, algunos obstruidos por cadáveres. Durante el primer tumulto, mientras ascendía en tropel a la plaza, la gente había perseguido a Hermanos y funcionarios al interior del laberinto que era el palacio. Muchas de aquellas personas habían tenido la desgracia de encontrarse con el hermano Narev. El hedor a carne quemada inundó las fosas nasales de Richard mientras avanzaba en silencio por la oscuridad.

Richard había sido un guía de los bosques mucho antes de convertirse en el Buscador, mucho antes de convertirse en lord Rahl. La oscuridad era su elemento. Mentalmente, se envolvió en aquel manto de oscuridad.

Entre las sólidas paredes de piedra, bajo las gruesas vigas, suelos parcialmente cubiertos de madera y tejados de pizarra, el alboroto de la multitud sonaba como un retumbo lejano. Al otro lado de las vastas aberturas de entradas desnuda había habitaciones sin tetados sobre ellas, que dejaban entrar a chorros la luz de la luna. Todo ello creaba una enmarañada trama de sombras y luces tenues que sugerían todos los peligros.

Richard tropezó con una mujer de más edad que él que yacía sangrando en el pasillo, gimoteando de dolor. Se agachó sobre una rodilla, posando una mano con suavidad sobre el hombro de la mujer mientras mantenía los ojos puestos en el oscuro pasillo al frente y las negras cavidades situadas a cada lado.

Noto que la mujer temblaba bajo sus dedos.

—¿Dónde estas herida? —susurro.

Echó la capucha del hábito atrás para que, a la luz de la luna que entraba entre las vigas inacabadas de lo alto, ella pudiera ver su rostro.

—Soy Richard.

Una sonrisa de reconocimiento la invadió.

—La pierna —respondió.

Se alzó el vestido. Bajo la débil luz. Richard vio una herida oscura justo por encima de la rodilla. Con la espada le cortó el dobladillo del vestido para usarlo como venda.

—Quiero vivir. Quería ayudar. —Tomó la tira de tela y le apartó las manos—. Gracias por cortarme la tela Yo puedo hacerlo. —Le agarró la túnica, acercándolo a ella—. Nos has mostrado la vida con tu estatua. Gracias.

Richard sonrió mientras le apretaba el hombro.

—Intentaba atrapar a esa cucaracha.

—¿Lo harás?

Richard se besó el dedo y lo presionó contra la frente de la herida.

—Lo haré. Véndate la pierna y quédate quieta hasta que tengamos la situación bajo control; entonces enviaremos gente aquí dentro a ayudar. Volvió a ponerse en marcha. A lo lejos se oían gritos de cólera, y dolor. Los guardias que habían escapado al interior del laberinto que era el palacio inacabado peleaban contra gente que habla ido tras ellos.

Richard distinguió a un hermano que temblaba tras una esquina. No era Narev; lucía una capucha, no un gorro. Haciéndose pasar por un Hermano. Richard volvió a subirse la capucha y se dirigió resueltamente hacia el hombre. El Hermano pareció aliviado de ver a un camarada.

—¿Quién eres? —susurró en dirección a Richard, alzando la mano para usar su magia para encender una pequeña llama sobre la palma.

—La justicia —respondió Richard a sus ojos asombrados mientras le hundía la espada en el corazón.

Liberó la espada y volvió a ocultarla bajo la túnica.

No había duda de que Nicci se vengaría, pero no parecía que hubiese nada que él pudiera hacer para evitarlo. Nicci había dejado bien, claras sus opciones a Richard. Estaba obligado y decidido a arrasar la Orden. Si por lo menos existiera un modo de conseguir hacer entrar en razón a Nicci, conseguir que lo ayudara... En ocasiones, la mirada de sus ojos azules parecía tan exasperantemente cercana a la comprensión... Sabía que Nicci sentía algo por él, y deseó poder usar aquellos sentimientos para conseguir que entrara en razón, que lo ayudara, que le despojara de sus cadenas, pero no sabía cómo.

Retrocedió al interior de una habitación a oscuras al oír que unos guardias corrían en su dirección. Mientras doblaban la esquina para entrar en el pasillo. Richard volvió a sacar la espada. En cuanto estuvieron cerca, salió de repente y cercenó la cabeza del primero. El segundo blandió la espada, erró y la alzó para asestar otra estocada. Richard le atravesó el vientre. El guardia herido se echó hacia atrás, liberándose de la espada. Antes de que Richard pudiera acabar con él, más hombres irrumpieron en el pasillo. El soldado con la herida en las tripas ya no sería un problema; tardaría horas de agonía en morir.

Richard retrocedió a través de la oscura entrada, tentando a los hombres a ir tras él. Permaneció muy quieto en las tinieblas, y cuando entraron en tropel, jadeando. Richard los localizó sólo por el sonido y acabó con ellos. Media docena de hombres murieron en aquella habitación oscura como boca de lobo antes de que el resto huyera.

Richard corrió al frente, en dirección a los sonidos de las explosiones. Cada vez que pequeñas llamaradas centelleaban entre el dédalo de pasillos, se tapaba los ojos con una mano para protegerse. Cuando cesaban los cegadores fogonazos proseguía en la dirección de la que habían venido.

Había kilómetros y más kilómetros de corredores. Algunos daban a terrenos donde aun no se había construido nada. Otros seguían adelante entre paredes abiertas en lo alto. Otros más se hundían en la oscuridad, cubiertos por pisos superiores o tejados. Richard descendió escaleras que se hundían en los subterráneos del palacio, siguiendo el rugido de las llamas conjuradas.

Por debajo de la planta principal había una red de habitaciones interconectadas, compuesta por una confusa maraña de cámaras y pasillos estrechos. Mientras se lanzaba a través de un laberinto de habitaciones umbrías, atravesando agujeros en paredes inacabadas, se encontró de improviso con un hombre embozado que empuñaba una espada. Sabía que ninguna de las personas de la sublevada multitud iba armada.

El hombre giró en redondo, con la espada al frente, pero puesto que él iba disfrazado con la túnica, Richard sabía que el desconocido podría no ser un auténtico enemigo.

Bajo un destello de luz de luna, Richard se quedó atónito al ver la Espada de la Verdad asomando por encima del hombro de aquella persona. Era Kahlan. Se quedó paralizado por la sorpresa.

Ella sólo vio una figura con un hábito marrón—un Hermano— de pie bajo un haz de luz de luna. La capucha le ocultaba el rostro.

En aquel mismo instante, antes de que él pudiera pronunciar su nombre, vio, por encima del hombro de Kahlan, a alguien que corría hacia ellos, Nicci.

En un terrible y cegador instante, Richard supo qué debía hacer. Era su única oportunidad —la única oportunidad de Kahlan— de ser libre.

En aquel momento de meridiana comprensión, el terror relampagueó a través de él. No sabía si podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Richard sacó su espada y bloqueó la estocada de Kahlan. Y luego la atacó.

La empujó a una violencia controlada, teniendo cuidado de no herirla. Sabía cómo combatía su esposa. Lo sabía porque él le había enseñado. Representó el papel de un adversario torpe pero afortunado. Nicci estaba cada vez más cerca.

Richard no podía alargarlo. Tenía que suceder en el momento justo. Aguardó hasta que Kahlan estuvo ligeramente desequilibrada y entonces con un poderoso entrechocar de espadas, atrapó su arma cerca del guardamano. Ella lanzó un grito de sorpresa mientras su espada salía disparada de su mano y el golpe la hacía girar a ella en redondo, tal como él había querido que sucediera.

Kahlan no vaciló ni un instante. Sin una pausa, girando aún, su mano se alzó y extrajo la Espada de la Verdad. El aire repicó con el excepcional sonido de acero que él tan bien conocía.

Kahlan se dio media vuelta a toda velocidad, dirigiendo la espada al frente. Richard vio por una décima de segundo la violenta ira de sus ojos. Le dolió ver aquello en los hermosos ojos de Kahlan. Sabía lo que le hacía a una persona.

Richard penetró en un entumecido mundo propio. Sabía lo que debía hacer. No sentía emoción. Bloqueó alto, controlando el ataque de Kahlan y el lugar al que quería que fuera con la espada. Tenía que conseguir que la colocara donde él quería, para que existiera alguna posibilidad.

Rechinando los dientes, Kahlan lanzó su espada hacia la derecha en su defensa que él le ofrecía deliberadamente.

Kahlan se hallaba presa de una furia incontrolable. En cuanto sujetó la empuñadura, la Espada de la Verdad la había inundado de rabia. Nada en el mundo resultaba más agradable que saber que iba a matar con ella. También el arma exigía sangre.

Aquellas personas tenían a Richard. Aquellos Hermanos habían retorcido sus vidas. Aquellos hombres habían enviado criminales a su país. Aquellos hombres hablan enviado asesinos a matar a Warren.

Ahora tenía a uno de ellos.

Chilló mientras giraba, chilló con la furia, chilló con la exigencia de sangre. Resultaba glorioso tener al objeto de su cólera al alcance.

El cometió un error..., dejando un punto desprotegido. Sin una vacilación, fue a por él con fría rabia, con la espada por delante.

Ya lo tenía.

Richard sintió que la hoja lo hería. Fue espantoso. La sensación fue distinta de lo que había esperado. Fue algo parecido a como imaginaba que podría ser recibir el potente golpe que la almádena había descargado contra la estatua.

Su boca se abrió. Era el momento; tenía que detenerla..., impedir que hiciera más. Tenía que hacerlo ahora. Sí retorcía la hoja a través de él, si le, desgarraba más, Nicci no podría curarlo. Su poder sólo podía curar hasta cierto punto.

Nicci tendría que liberar a Kahlan del hechizo para poder recuperar el uso de su magia de hechicera... para poder curarlo.

Razonó que a ella le importaba él lo suficiente como para hacer eso.

La boca de Richard estaba abierta mientras sentía cómo la espada seguía penetrando. Fue una impresión escalofriante. Incluso esperándola, como era el caso, seguía pareciendo irreal. Todavía lo sorprendía.

Necesitaba decirle que en él. Que parara.

Necesitaba al menos pronunciar su nombre de modo que dejara de hacerle tanto daño.

Su boca seguía abierta.

No tenía aliento.

No conseguía pronunciar su nombre.

Mientras buscaba frenéticamente a Richard. Nicci vio a dos personas que combatían. Una era un Hermano. A la otra no la reconoció, pero sin embargo había algo profundamente perturbador en todo ello. Sintió una extraña conmoción interior. La sensación era curiosamente familiar, pero en medio de la confusión de emociones, no la reconoció.

Se encontraban a bastante distancia.

El hombre de la esclavina perdió la espada. Parecía como si el Hermano lo tuviera ya. Nicci quería ayudar... pero ¿cómo? Tenía que encontrar a Richard. Alguien dijo que le habían visto entrar en el palacio. Tenía que encontrarlo.

Corrió hada la pareja. El nombre sacó otra espada que llevaba sujeta al hombro. La extraña sensación inundo a Nicci. Algo iba terriblemente mal, pero no sabía qué.

Y entonces vio que el Hermano cometía un error. Nicci se detuvo en seco.

Con un grito de furia letal, el hombre de la esclavina atravesó con su espada al Hermano.

Cuando la fuerza del golpe obligó al Hermano a dar un paso atrás, un haz de luz de luna cayó sobre el rostro oculto bajo la holgada capucha.

Y entonces reconoció la sensación con una violenta sacudida. Los ojos de Nicci se abrieron de par en par. Chilló:

—Kahlan. Detente.

Los ojos de Kahlan se alzaron sobresaltados, y vio el rostro de su adversario a la luz de la luna. En ese mismo instante, el oyó chillar a Nicci.

Kahlan reculó, la mano abandonando veloz la empuñadura de la Espada de la Verdad como si le hubiera alcanzado un rayo.

Retrocedió con un agudo chillido horrorizado.

Richard agarró la hoja de la espada, su espada, para impedir que el peso la retorciera en su interior. Kahlan la había hundido en él casi hasta la cruz. Sangre cálida corrió por la hoja hasta sus dedos.

—¡Richard! —Chilló Kahlan—. ¡Nooo! ¡Nooo!

Richard sintió que sus rodillas golpeaban el suelo de piedra. Le sorprendió que no doliera más tener una espada clavada. Fue el impacto de sentirla, principalmente, lo que había revuelto su mente. Resultaba difícil pensar. Luchó por no caer al frente, caer sobre la espada y hundírsela en las tripas. La habitación parecía moverse.

—Sácala —musitó.

La quería fuera. Como si eso fuera a ayudar. Quería aquella cosa horrible fuera. Sentía los bordes afilados como cuchillas por todo tu interior. La sentía sobresaliendo por su espalda

Kahlan, casi histérica, gateó para hacer lo que pedía. Richard vio a Cara que salía cojeando de la oscuridad. La mord-sith le sujetó los hombros mientras Kahlan extraía la espada con un veloz tirón aterrado, como si esperara que la acción de algún modo deshiciera lo que había hecho.

—¿Qué ha pasado? —gritó Cara—. ¿Qué has hecho?

El mundo pareció dar vueltas. Richard sintió la calidez repugnantemente húmeda de su sangre empapándole de cintura para abajo. Notaba el peso de su cuerpo apoyado en Cara. Kahlan permanecía inclinada muy cerca de él.

—¡Richard! Queridos espíritus, no. Esto no puede estar sucediendo. No puede.

Lágrimas aterradas corrían a raudales por su hermoso rostro. Richard no comprendía que hacia ella allí. ¿Qué hacía en el palacio del emperador?

No pudo evitar sonreír al verla.

Se preguntó si había visto ella su estatua antes de que la destruyera.

Se preguntó si no habría cometido él un terrible error.

No, era la única posibilidad de libertad para Kahlan. Su única posibilidad de romper el hechizo de Nicci.

Nicci seguía corriendo hacia ellos.

—Ayúdame, Nicci —llamó Richard, y las palabras surgieron apenas más fuertes que un susurro—. Necesito que me salves, Nicci. Por favor

Incluso aunque no fuera más que un susurro. Nicci oyó su suplica.

Nicci no había corrido jamás tan rápido. El terror la atenazaba. Kahlan lo había atravesado con la espada. Era un terrible error. Todo era un error tan terrible. Nicci les había traído tal dolor a ambos. Era su culpa.

Incluso en medio de su conmoción. Nicci sabía claramente que debía hacer.

Podía curarlo. Kahlan estaba allí. Nicci no era capaz de imaginar por qué, ni cómo, pero ella estaba allí. Con Kahlan allí, Nicci podía romper el hechizo, y una vez roto el hechizo, podía usar su don. Podía curar a Richard. Podía salvarlo. Todo iría bien. Podía arreglarlo. Podía hacerlo.

Podía hacer algo correcto y ayudar —ayudar realmente—por una vez. Podía ayudarlos a ambos.

Un brazo salió disparado de la oscuridad y la agarró por el cuello, levantándola en vilo. Lanzó un grito mientras era arrastrada violentamente a la oscuridad. Noto el bulto de unos músculos duros cuando arañó el brazo, el hombre apestaba. Sintió sus piojos golpeando contra su rostro mientras sallaban sobre ella.

El terror la domino. Tal terror repentino e intenso era una sensación desconocida que asfixiaba su mente.

Clavó los talones contra la piedra mientras él la arrastraba de nuevo al interior del negro laberinto. Pateó furiosamente. Intento sacar su dacra de la manga pero él le agarro el brazo y se lo retorció a la espalda.

Su antebrazo se aplastó contra la garganta desnuda de la mujer, dejándola sin aire mientras la alzaba del suelo.

Nicci no podía respirar. Él rió con júbilo mienten la arrastraba a los recovecos más oscuros de las habitaciones situadas bajo el palacio de Jagang.

Sus ojos se encontraron justo en el momento en que había sido brusca y violentamente arrebatada al interior de la oscuridad. Richard vio en aquellos ojos algo importante, vio que Nicci tenía intención de ayudarlo. Pero había desaparecido.

Cara le sujetó con desesperación los hombros mientras él se recostaba contra ella. Tenía frío. Ella le proporcionaba calor.

Kahlan cayó de espaldas, retorciéndose en la oscuridad. Se llevó las manos a la garganta. Richard pudo oír que se asfixiaba.

—¡Madre Confesora! ¡Madre Confesora! ¿Qué sucede?

Richard alzó el brazo y agarró a Cara por detrás de la cabeza, atrayendo su rostro hacia el.

—Alguien ha cogido a Nicci. La están estrangulando. Cara... tienes que salvar a Nicci, o Kahlan morirá. Y Nicci es la única que puede curarme. Ve. Deprisa.

Vio que Cara asentía antes de soltarle la cabeza.

—Comprendo —fue todo lo que ésta dijo mientras con suavidad, pero con rapidez, lo depositaba de nuevo sobre la fría piedra. Y luego desapareció.

Estaba húmedo. No sabía si era sangre o agua. Estaban bajo tierra, en las zonas más inferiores de El Retiro. A través de vigas al descubierto donde el suelo del piso superior no se había colocado, la luz de la luna descendía a raudales para iluminar a Kahlan, que se debatía a poca distancia. Distinguió, entonces, mientras ella combatía a un adversario invisible, que se trataba de agua. Era eso. No era sangre. Agua. El palacio estaba junto al río.

—Kahlan —murmuró, pero ella no respondió—. Aguanta...

Sujetándose el abdomen, manteniendo la herida cerrada no fueran a salírsele las entrañas, avanzó lentamente a través del agua, sobre la fría piedra. El dolor había llegado por fin y con tuerza, Notaba los terribles daños interiores. Intentó eliminar con un parpadeo sus lágrimas de intensa agonía. Tania que aguantar. Un sudor helado cubría su rostro. Kahlan también tenía que aguantar.

Su mano, cubierta de sangre, buscó la de ella. Sus dedos encontraron los de ella. Kahlan apenas respondió, pero al menos sus dedos se movieron. Richard se sintió agradecido más allá de las palabras de que los dedos de Kahlan se movieran.

Había sido un buen plan. Estaba seguro. Habría funcionado, si alguien no se hubiera llevado a Nicci. Habría funcionado.

La verdad era que parecía un modo estúpido de morir. Pensó que debería ser en cierto modo más... solemne.

No en un sótano oscuro, frío y húmedo de un palacio.

Deseó poder decir a Kahlan que la amaba, y que ella no lo había matado sino que lo habla hecho él. Había sido cosa suya, no de ella. Simplemente la había utilizado para su plan. Habría funcionado.

—Kahlan —susurró, sin saber si en su inmovilidad ella podía oírlo—, te amo. A nadie más. Sólo a ti. Me alegro de que pasáramos un tiempo juntos. No lo cambiaría por nada.

Richard abrió los ojos y gimió de dolor. Quería que aquello terminara. Dolía demasiado. En aquel momento, simplemente quería que terminara. No había funcionado. Tendría que pagar el precio. Pero quería que el horrible, espantoso y desgarrador dolor acabara.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido. Miró y vio a Kahlan tumbada en el suelo mojado. No se movía.

Una sombra cayó sobre él.

—Bien, bien. Richard Cypher —rió Neal entre dientes—. Hay que ver. —Volvió a reír mientras echaba un vistazo a Kahlan—. ¿Quién es esa mujer?

Richard percibió la Espada de la Verdad, percibió su magia. No estaba lejos de sus dedos.

—No lo sé. Me ha matado. Debe ser de los vuestros.

Los dedos de Richard encontraron la espada, y se enroscaron alrededor de la empuñadura recubierta de malla de metal.

Neal pisó la hoja.

—No puedo permitírtelo. Ya has causado suficientes problemas.

Un resplandor apareció alrededor de los dedos de Neal. Estaba conjurando magia. Magia letal. Richard, en su estado, no podía recurrir a su propia habilidad para hacer algo que detuviera a Neal. Al menos el dolor terminaría. Al menos, Kahlan no pensaría que había sido ella quien lo había matado.

Oyó un repentino y terrible chasquido de huesos que se quebraban, y Neal cayó de rodillas.

Richard, con la mano ya alrededor de la empuñadura, sacó la espada de debajo de las piernas del hombre y con una violenta estocada, la clavo en el corazón de Neal.

Neal alzó la mirada sorprendido, los ojos vidriosos. Richard advirtió entonces que el hombre estaba ya prácticamente muerto antes de que la espada lo atravesara. Los ojos de Neal se quedaron en blanco y éste se desplomó a un lado mientras Richard liberaba la espada de un tirón.

De pie, detrás de Neal, estaba la mujer que Richard había ayudado. Se había vendado la pierna. En las dos manos, sostenía la mano de mármol de la mujer que Richard había esculpido. Le había aplastado el cráneo a Neal con su recuerdo de la estatua.

43

Richard oyó que unas pisadas chapoteaban hacia él por el mojado pasillo. La mujer habla ido a buscar ayuda. Tal vez la había encontrado.

En las habitaciones y corredores lejanos, Richard podía oír gritos esporádicos a medida que descargas mágicas estallaban, a medida que gente resultaba herida o moría.

Una mujer apareció bajo la luz de la luna.

—¿Richard? ¿Richard?

Richard entrecerró los ojos para poder ver en la oscuridad.

—¿Quién eres? —consiguió susurrar.

Ella se precipitó a su lado y cayó de rodillas. Lanzó un grito ahogado al ver a Kahlan tendida en el suelo cerca de él.

—¿Qué le ha sucedido a la Madre Confesora?

Richard frunció el entrecejo. La mujer conocía a Kahlan.

—¿Quién eres?

Ella volvió a mirarlo.

—Soy una Hermana. La hermana Alessandra. Llevo un tiempo en la ciudad, buscando a Nicci. y... no importa. Una mujer me encontró, allí, en el pasillo, y dijo que estabas herido... El hombre que esculpió la estatua... Estuve intentando desesperadamente llegar hasta ti antes, pero no puede acercarme..., vaya ya empiezo otra vez. Dime dónde estás herido.

Puedo Intentar curarte.

—Me atravesaron con una espada.

La mujer permaneció quieta y callada durante un momento.

—Bajo mis manos... Ella miró entonces, y pronunció una plegaria por lo bajo.

—Creo que puedo ayudar. Temí...

—Necesito que Nicci lo haga.

La hermana Alessandra miró en derredor.

—¿Nicci? ¿Dónde esta? La he estado buscando. Ann me envío en su busca.

Los ojos de Richard cayeron sobre la figura inmóvil de Kahlan.

—¿Puedes ayudarla?

Vio que los ojos de la mujer se apartaban de los suyos.

—No, no puedo. Está mágicamente ligada a Nicci. No puedo hacer nada a través del escudo protector del vínculo de Nicci.

—Está..., está inmóvil.

La mujer miró y luego volvió a inclinarse sobre él.

—Está viva, Richard.

Él cerró los ojos aliviado, y también debido al dolor.

—Quédate quieto —le indicó la mujer.

—Pero necesito que Nicci...

—Estás sangrando. Esto es grave, Richard. En un poco más de tiempo, habrás perdido demasiada sangre. Si espero, nadie podrá curarte. Te habrás deslizado demasiado de este mundo para que ningún don te ayude. No puedo esperar.

»Además vine a detener a Nicci. La conozco mejor que nadie. No puedes depositar tu vida en sus manos. No puedes depositar tu fe en ella.

—No es fe. Sé que...

—Es una Hermana de las Tinieblas. Yo fui quien la condujo por esa oscura senda. Vine para intentar llevarla de vuelta. Hasta que llegue ese momento, no puedes confiar en ella. Si llega. Bien, no tienes mucho tiempo. ¿Quieres vivir o no?

Todo ello no había servido para nada. Notó que una lágrima le descendía por el rabillo del ojo y discurría por la mejilla.

—Elijo la vida —dijo.

—Lo sé —susurró ella con una sonrisa—. Vi la estatua. Ahora, aparta las manos. Necesito poner las mías ahí.

Richard dejó que sus manos cayeran a los costados mientras las de ella cubrían la herida. Se sintió impotente. No podía concentrarse en nada que no fuera el abrasador dolor.

Sintió la magia penetrando con un cosquilleo, resiguiendo los daños por lo más profundo de su interior. Apretó los dientes mientras contenía un grito.

—Aguanta —susurró ella—. Esto es grave. Dolerá, pero al cabo de un rato pasará.

—Entiendo — dijo él y luego jadeó con fuerza—. Hazlo.

El dolor de la magia de la mujer laceró su interior igual que brasas al rojo vivo arrojadas sobre carne desnuda. Estuvo a punto de chillar, pero entonces el dolor cesó súbitamente. Richard permaneció con los ojos cerrados, sin aliento, aguardando a que volviera a empezar. Sintió que las manos de la Hermana se aparraban de su cuerpo.

Abrió los ojos y vio que los ojos de la hermana Alessandra abiertos como platos. Por un instante, se preguntó el motivo.

Y entonces vio treinta centímetros de acero sobresaliendo de su pecho. Los dedos de la mujer fueron hacia su garganta mientras manaba sangre de su boca abierta. Un mudo grito se formó en sus labios.

Una mano huesuda la empujo a un lado.

La habían atravesado con la espada que Richard había utilizado para pelear con Kahlan. Su mano fue a tientas en busca de la empuñadura que sabía que estaba allí, pero un pie apartó de un puntapié la Espada de la Verdad.

La calavera de la muerte le dedico una sonrisa.

—Eres un hombre molesto. Richard Cypher —pronunció una chirriante voz desde la oscuridad que reinaba por encima de el—. Pero por fin, la molestia ha finalizado.

La alta figura angulosa vestida con una túnica y un gorro con pliegues se alzó imponente sobre él mientras Richard yacía indefenso en el suelo.

—Esta pequeña rebelión tuya será aplastada, eso te lo puedo prometer antes de que mueras. Se pondrá fin a esa estúpida algarada. La gente no tardará en volver en sí. Los de tu clase solo atraen a los extremistas. La mayoría de la gente comprende su deber para con su prójimo. Tus esfuerzos han sido vanos.

El hermano Narev efectuó un amplio movimiento con el brazo; como si hiciera una presentación.

—Un lugar apropiado para que mueras, ¿no te parece, Richard? Estas habitaciones son las futuras salas de interrogatorio. Las esquivaste una vez, pero ésta no. Moráis aquí, como deberías haber muerto antes.

»Yo, por mí parte, viviré aquí mucho, mucho tiempo, y veré cómo la Orden lleva la moralidad al mundo. Aquí abajo, en esta sala, radicales como tú confesarán su perversidad. Sólo deseaba que lo supieras, antes de que los fríos brazos del Custodio te abracen durante toda la eternidad.

Las manos esqueléticas del hermano Narev se cerraron mientras recurría a su magia. Richard vio florecer una ardiente luz blanca alrededor de las manos del sumo sacerdote y cómo se expandía hacía abajo. Oprimió la mano blanca de Kahlan mientras contemplaba como la luz blanca de la muerte iba a por él.

La florescencia lumínica adquirió un tono del color de la miel. Como si el aire se hubiese espesado, la luz se desplomó hacia los lados.

Un alarido de rabia creció en la garganta de Narev, que agitó los puños enfurecido.

—¡Posees el don de un mago! ¿Quién eres?

—Sor tu peor pesadilla. Soy un hombre que piensa, al que no pueden engañar tus mentiras, del mismo modo que no le puede abrasar tu magia asquerosa.

El hermano Narev intento aplastar el rostro de Richard con el pie, pero éste consiguió desviar el golpe Acarro el tobillo del sacerdote. El hombre recuperó el equilibrio y tiró violentamente para soltarse. Richard sintió como si el esfuerzo de retenerlo le desgarrara la herida abierta en las entrañas. Intentó aferrarse a él, pero sus dedos se escurrieron del húmedo cuero.

Una vez libre, y fuera del alcance de Richard. Narev se inclinó y agarró la empuñadura de la espada alojada en la espalda de la Hermana. Dio un tirón pero no salió por completo. Gruño enfurecido, con las botas resbalando en el suelo, mientras tiraba violentamente de la espada.

Richard sabía que una vez armado, Narev sería un verdugo veloz. Con todas sus fuerzas, Richard arremetió contra las piernas del hombre. El hermano Narev perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre el suelo mojado. Richard, presa de un dolor insoportable en la cintura, se arrojó sobre las piernas del caído para mantenerlo en el suelo. Unos dedos huesudos trataron de alcanzarle el rostro, intentando arrancarle los ojos, pero Richard desvió la cabeza. Con un esfuerzo feroz, agarró las gruesas vestiduras, arrastrándose sobre el cuerpo del hombre, sin hacer caso de los golpes que recibía en el rostro mientras lo hacía.

Sujetó al hermano Narev por la garganta, y los dedos huesudos de éste se cerraron salvajemente alrededor de la suya. Los dos hombres gruñeron con el esfuerzo de intentarse estrangular mutuamente. Richard torció la cabeza intentando evitar que Narev pudiera apretar hasta acabar con él, mientras al tiempo trataba de colocar los pulgares sobre la tráquea del sacerdote para dejarlo sin aire.

Narev intentó rodar sobre sí mismo, quitarse a Richard de encima. Richard extendió las piernas para que a Narev le resultara mis difícil zafarse, y se agarró con firmeza mientras su adversario se retorcía y debatía. Sintió como se le desgarraban las entrañas.

Richard había empuñado un cincel y un mazo para la Orden durante meses. Era más fuerte, pero también perdía mucha sangre, y sus energías se iban debilitando. Apretó con todas sus fuerzas. Los dedos alrededor de su garganta se aflojaron un poco.

Los ojos del hombre se salieron de sus órbitas cuando Richard finalmente consiguió empezar a asfixiarlo. Sus manos huesudas golpearon los hombros de Richard.

Esas manos agarraron de improviso y con ferocidad los cabellos de Richard.

Narev liberó una pierna y clavó la rodilla en la herida de Richard. El mundo se tornó blanco de dolor.

Nicci despertó, aturdida, con el sonido de una risa baja y perversa. Conocía la voz. Conocía el olor. Era Kadar Kardeef.

Oyó un sonido chasquéame, un chisporroteo acompañado de un siseo. Una antorcha, comprendió. Él la hizo girar veloz frente a ella, tan cerca que Nicci pudo sentir al terrible calor sobre la carne. Eran gotas de brea ardiendo que caían sobre su pierna.

Nicci lanzó un alarido de dolor cuando la brea le quemó el muslo.

—Todo lo que se va vuelve —le dijo Kadar al oído.

—No me importa lo que me hagas —gritó Nicci, enfurecida—. Me alegro de haberte quemado. Me alegro de que tuvieras que suplicar.

—Ah, tú también suplicaras, dentro de poco. Tal vez no lo creas, pero te sorprendería lo que el ruego le hace a una persona. Ya averiguaras lo que fue. Ya suplicarás.

Nicci luchó contra él con todas sus fuerzas. Podía deshacer el hechizo, sólo con que Kahlan estuviera más cerca. Estaba cerca, pero tan lejos.

El fuego ante sus ojos la embargaba de un terror abrasador. No tenía más que seccionar el cordón umbilical que la unía a Kahlan. Podía romper el vínculo. No tenía que deshacerlo para poder recuperar su poder. Nicci podría escapar entonces. Le costaría la vida a Kahlan, pero Nicci tendría su poder, y podría escapar de las llamas.

Pero tendría que matar a Kahlan para hacerlo.

—¿Te quemo la cara primero, Nicci? ¿Tu hermosa cara? ¿O tal vez debería empezar con las piernas? Tú eliges.

Nicci jadeó mientras forcejaba, intentando apartarse del calor que sentía en la carne. La sibilante antorcha se agitó ante su rostro. Sabía que merecía tal fin, pero el miedo a él le provocaba un pánico desaforado.

No quería cortar el vínculo, matar a Kahlan, pero no quería morir de ese modo. No quería que su carne ardiera

—Yo digo que empecernos por abajo, de modo que podamos oír tus chillidos.

Kadar bajó la antorcha y la acercó al repulgo del vestido. Nicci chilló cuando la negra tela prendió. Un temor como aquel era una sensación nueva para ella; por primera vez desde que era muy pequeña, tenía algo que le importaba, y que no quería perder la vida.

En un instante de terror absoluto, Nicci supo que por mucho que fuera a doler, por muy aterrador que fuera a ser, no acabaría con la vida de Kahlan. Richard le había dado la respuesta que había buscado. Ella ya había tomado demasiado. En respuesta a aquella lección, ahora no podía profanarla.

Incluso aunque Kahlan, unida a Nicci, iba a sufrir el mismo fin, padecería la misma muerte atroz de Nicci, no sería Nicci quien la infligiría. No le arrebataría la vida a Kahlan. Kadar las mataría, pero Nicci no. No maniría a Kahlan para salvarse.

Kadar Kardeef rió mientras contemplaba cómo su vestido se encendía. La sujetaba con una mano firme de la que Nicci no podía escapar.

Justo entonces, una figura oscura se abalanzó sobre ella desde el aire, chocando contra ambos, y cayeron pesadamente hacia atrás. Mientras Nicci rodaba, el agua del suelo apagó el vestido que ardía.

La persona que se había estrellado contra ellos empezaba a incorporarse ya, sacudiendo la cabeza como para despejarla. Nicci la reconoció. Era la mord-sith, Cara.

Kadar se sentó en el suelo, vio a la mujer, y se abalanzó sobre ella con la antorcha.

Nicci se arrojó sobre Kadar, agarrando la antorcha con ambas manos mientras la empujaba hacia el rostro del hombretón. La brea salpicó su máscara de harapos. La tela del pecho y la de alrededor de la cabeza prendieron con un sonoro silbido.

Kadar chilló cuando las llamas abrasaron su carne ya deshecha. Nicci había oído que acercar calor a carne quemada dolía más que la primera quemadura. Por el sonido de sus gritos, parecía ser cierto.

Nicci agarró la mano de Cara mientras la mujer empezaba a ponerse en pie.

—¡Deprisa! ¡Debo llegar junto a Richard!

Fuera de la habitación, donde los alaridos de Kadar se convenían en lloriqueos estrangulados a medida que las llamas lo asfixiaban. Cara sujetó a Nicci por los cabellos y sostuvo su agiel a pocos centímetros de su rostro.

—Dame una razón por la que debería confiarte la vida de lord Rahl.

Nicci miró a Cara a los ojos.

—Porque vi su estatua, y ahora comprendo lo equivocada que he estado. ¿Has estado equivocada alguna vez, Cara? ¿Realmente equivocada? ¿Puedes comprender lo que es darse cuenta de que has estado sirviendo al mal de un modo totalmente maquinal, y haciendo daño a la gente? ¿Puedes comprender que Richard me ha mostrado que existe algo por lo que vivir?

Nicci encontró a Richard yaciendo sobre la espalda, inconsciente, o al menos muy cerca de estarlo. Tenía la cabeza recostada en una mano de mármol. Kahlan yacía junto a él, aferrada a él, llorando mientras la vida de su esposo se escapaba junto con su sangre.

Nicci se sintió conmocionada al ver los cuerpos desperdigados por el suelo alrededor de ambos. La hermana Alessandra, el hermano Neal, el hermano Narev. Por el aspecto de Richard, supo que no quedaba demasiado tiempo..., si es que no era ya demasiado tarde.

Se arrodilló junto a Kahlan. La mujer estaba destrozada, colgando de las últimas hebras de esperanza sobre el negro precipicio de la desesperación. Había realizado aquel largo viaje, deseando estar con él,

dispuesta a sufrir cualquier destino con tal de conseguirlo. Y allí yacía él, con la vida apagándose de aquel a quien más amaba en la vida, sabiendo que había sido por su mano.

Nicci tomó a Kahlan por los hombros y la apartó con suavidad. Kahlan alzó los ojos con expresión confundida, odio y esperanza.

—Kahlan, necesito retirar el hechizo de ti si he de ayudarlo. No queda mucho tiempo.

—No confío en ti. ¿Por qué tendrías que ayudar?

—Porque se lo debo... os lo debo a ambos.

—No has traído nada aparte de sufrimiento y...

Cara cogió el brazo de Kahlan.

—Madre Confesora, no tenéis que confiar en ella. Confiad en mí. Yo os digo que Nicci podría salvarlo. Creo que ella hará todo lo que pueda. Por favor, dejad que lo haga.

—¿Por qué debería confiarle sus últimos minutos de vida?

—Por favor, dejad que Nicci tenga la oportunidad que lord Rahl me dio a mí en una ocasión.

Kahlan escudriñó los ojos de Cara por un momento, luego volvió la cabeza hacia Nicci.

—Sé lo que es estar donde él está ahora. He estado ahí. Yo elegí la vida. Ahora, él debe hacerlo. ¿Qué tengo que hacer?

—Richard y tú ya habéis hecho suficiente. —Nicci tomó el rostro manchado de lágrimas de Kahlan entre sus manos—. Sólo quédate quieta, y déjame hacer.

La mujer tiritaba de aflicción. Sus largos cabellos estaban apelmazados empapados. Estaba cubierta con la sangre de Richard. No podía hacer nada más por él, y lo sabía. Nicci tenía que hacerlo.

Mientras Kahlan la miraba a los ojos, Nicci volvió a activar el cordón mágico que las conectaba, esperando disponer de tiempo suficiente.

Kahlan se quedó rígida debido a la violenta sensación de dolor provocada. Nicci sabía exactamente que sentía, porque ella sentía el mismo dolor. Una luz lechosa conectó a ambas mujeres, corazón con corazón. El ondulante resplandor aumentó hasta adquirir un brillo cegador, llevando el dolor a un nuevo nivel de intensidad.

La boca de Kahlan se abrió en un silencioso grito. Sus ojos verdes se abrieron de par en par por el suplicio que fluía a través de ambas... a medida que la raíz de la magia, incrustada en cada fibra de sus dos seres vibraba en respuesta a la llamada de la luz.

Nicci coloco las manos sobre su corazón, en aquel haz de luz incandescente, y empezó a retirar su poder.

44

Richard inhaló con un estremecimiento a la vez que abría los ojos. Sin saber cómo, yacía en una posición que no le producía dolor. Temió moverse, no fuera a regresar aquel abrumador sufrimiento.

¿Cómo podía ser? Lo habían atravesado con una espada.

La oscuridad a su alrededor era silenciosa e inmóvil. A lo lejos, oía que seguían sonando los sonidos de la lucha. El suelo bajo él se estremeció debido a un gran impacto.

Había gente a su alrededor. Yacían cuerpos en el suelo mojado. Se dio cuenta de que estaba sobre una tabla, que lo mantenía alzado, fuera del agua. Estaba tapado con una cálida capa. Vio oscuras figuras encorvadas, apiñadas en la pequeña habitación.

Bajo sus dedos descansaba la empuñadura de la Espada de la Verdad.

Debido a que la tormenta de magia se había calmado, sabía que la espada estaba en su vaina.

Miró arriba a través de las aberturas entre vigas, por entre la piedra rota y la madera astillada, distinguió el rubor sonrosado del amanecer.

—¿Kahlan? —murmuró.

Tres figuras en la habitación se pusieron en pie de un salto, como si la piedra hubiese cobrado vida de repente. La más próxima se inclinó hacia él.

—Estoy aquí. —Le tomó la mano.

Con la otra, Richard tanteó de mala gana en busca de su herida. No pudo encontrarla. No sentía dolor, sólo un hormigueo persistente.

Otra figura se inclinó hacia él.

—¿Lord Rahl? ¿Estáis despierto?

—¿Que ha pasado?

—Richard, lo siento tanto... Lo siento tanto... Te clavé la espada. Fue culpa mía. Debería haberme tomado un instante para estar segura antes de hacerlo. Lo siento tanto...

Richard frunció el entrecejo.

—Kahlan, te dejé ganar.

La frase fue recibida en silencio.

—Richard —dijo por fin Kahlan—, no tienes que intentar mitigar mi culpa, Sé que es mi culpa. Te atravesé con la espada.

—No —insistió él—, te deje ganar. —Cara le palmeo el hombro.

—Claro que lo hicisteis, lord Rahl. Claro que lo hicisteis.

—No, de verdad.

Cuando la tercera figura se volvió hacia él, los dedos de Richard se cerraron con fuerza alrededor de la empuñadura de su espada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Nicci con aquella voz sedosa que él conocía tan bien.

—¿Has retirado el vínculo con Kahlan?

Nicci alzó la mano y realizo un movimiento de tijera con dos dedos.

—Para siempre.

Richard soltó aire.

—Entonces me siento estupendamente. —Intentó incorporarse, pero la mano de Nicci lo detuvo.

—Richard, nunca podré pedir tu perdón porque nunca podré devolverte lo que te quité, pero quiero que sepas que ahora comprendo lo equivocada que he estado. Toda mi vida, he estado ciega. No me estoy excusando. Es sólo que quiero que sepas que me has devuelto la vida. Al darme la respuesta que buscaba, me diste mi vida. Me diste una razón para querer vivir.

—¿Y que viste, Nicci?

—La vida. La esculpiste tan grande que incluso alguien que había servido al mal tan ciegamente como yo, pudo verla. Ya no debes seguirme demostrando tu valía. Ahora es mi turno y el de aquellos a los que has inspirado de demostrarte nuestra valía.

—Tú y ellos ya habéis empezado, o yo no estaría vivo.

—Así que... ¿vuelves a ser una Hermana de la Luz? —pregunto Kahlan. Nicci negó con la cabeza.

—No. Soy Nicci. Mi habilidad como hechicera es mía. Es lo que soy. Mi habilidad no me esclaviza a otros porque ellos lo quieran. Es mi vida. No le pertenece a nadie..., excepto tal vez a vosotros dos.

»Ambos me habéis enseñado el valor de vida, la razón de ser de la libertad. Si tengo que servir junto a alguien, ahora, será junto a otros que tengan en estima lo mismos valores que yo.

Richard poso su mano sobre la de Nicci.

—Gracias por salvarme la vida. Por un momento, pensé que había cometido un error al permitir que Kahlan me atravesara con la espada.

—Richard —objetó Kahlan—, no tienes que intentar mitigar mi culpa diciendo eso.

—No lo hace —dijo Nicci, sin dejar de mirarlo a los ojos mientras se dirigía a Kahlan—. Te está diciendo la verdad. Le vi hacerlo. Me estaba obligando a salvarlo, para que tuviera que romper el hechizo que te dominaba. Lamento que tuvieras que soportar algo así, Richard. Yo ya había hecho mi elección... en el momento en que vi tu estatua.

Richard volvió a intentar incorporarse, Nicci volvió a refrenarlo.

—Tardarás tiempo en recuperarte por completo. Todavía padeces los persistentes efectos de la herida. Solo porque estés vivo, no significa que no tenga que pasar algún tiempo hasta que estés completamente recuperado. Has vivido una experiencia formidable. Perdiste mucha sangre. Necesitaras restablecer tus energías. Aún podrías morir si no te lo tomas con calma.

—De acuerdo—concedió Richard, y ahora se sentó con cuidado con la ayuda de Kahlan—. Tendré presentes tus palabras, pero de todos modos tengo que ir ahí arriba —Volvió la cabeza hacia Kahlan—. A propósito, ¿qué haces tú aquí, tan al sur? ¿Cómo supiste donde estaba? ¿Qué está sucediendo en el norte, en el Nuevo Mundo?

—Hablaremos sobre todo eso más tarde—respondió ella—. Tenía que estar contigo. Decidí que era mi vida, y que quería estar contigo. Tenías razón respecto a la guerra en el Nuevo Mundo. Me llevó mucho tiempo llegar a comprenderlo. Finalmente lo hice. Vine para esta contigo porque eras todo lo que me quedaba.

Richard miro a Cara.

—¿Y tú?

—Siempre quise ver mundo.

Richard sonrío burlón mientras se ponía en pie con la ayuda tanto de Kahlan como de Cara. Se sentía mareado, pero era mucho mejor que lo que había sentido antes. Kahlan le entrego su espada. Se pasó el tahalí por encima de la cabeza, colocando el cuero sobre el hombro y la vaina en la cadera. Puesto que ahora conocía el arma un poco más íntimamente, sentía un nuevo respeto por ella.

—No puedo expresarte lo feliz que me siento de devolvértela —dijo Kahlan, y sonrió tímidamente—. De este modo, quiero decir.

Algo más adelante en el pasillo, Kamil esperaba ansiosamente en la oscuridad, atravesada sólo por un par de velas. Había bastantes personas con él. Richard no conocía a ninguna, excepto a Kamil. Posó una mano sobar el hombro del sonriente muchacho.

—Kamil. Me alegro de verte.

—Richard, la vi. Vi la estatua. —Su sonrisa se apagó—. Lamento que fuera destruida.

—No en más que un trozo de piedra. Las ideas que representaba eran su auténtica belleza.

Las personas del mal alumbrado pasillo asintieron. Richard vio, entonces, a la mujer de la pierna herida. Le sonrío, y ella le devolvió el beso, que deposito con la puna de los dedos sobre su frente.

—Bendito seas por tu valentía al esculpir la estatua —dijo la mujer—. Todos estamos felices de que sobrevivieras a esta noche, Richard.

El les dio las gracias a todos por su preocupación.

El suelo volvió a temblar.

—¿Qué es eso? —preguntó Richard.

—Las paredes —dijo uno de los hombres—. La gente está derribando las paredes con esas esculturas de muerte.

Al tiempo que algunas personas se dedicaban a derribar los muros, otras seguían enzarzadas en una batalla campal. Parecía ser que a mucha gente no le gustaban las ideas que la estatua de Richard había representado. Eran aquellos que temían a la libertad, y preferían la aletargada existencia de no tener que pensar por si mismos.

Los jardines del palacio, no obstante, estaban en manos firmes. Las hogueras de la libertad se extendían hacia el exterior, encendiendo las llamas del cambio.

En la plaza, el semicírculo de paredes y todas las columnas, excepto una, seguían en pie. La sensación que se sentía era distinta allí; era el lugar donde la gente había visto la estatua y escogido la vida. No estaban destruyendo aquella parte del palacio.

Richard arrastro los pies por el polvo de mármol. En el centro de la plaza, la capa de polvo blanco era todo lo que quedaba. Cada precioso fragmento había sigo guardado como recordatorio.

En los jardines donde había reunidos varios hombres, Víctor diviso a Richard, Kamil y Nicci, a los que conocía. Lo llamó mientras Ishaq y él se acercaban corriendo.

—¡Richard! —Víctor subió loa escalones a la carrera—. ¡Richard!

Richard tenía a Cara bajo un brazo y a Kamil bajo el otro, sosteniéndolo. Carecía de fuerzas para gritar, de modo que simplemente aguardo hasta que los dos hombres estuvieron cerca, ambos jadeantes por la carrera,

—¡Richard, estamos venciendo! —dijo Víctor mientras señalaba a las colinas—. Todos esos funcionarios se han ido, y nosotros...

El herrero calló cuando sus ojos te posaron en Kahlan. También Ishaq la miró fijamente, luego se quitó a toda prisa el sombrero rojo.

La boca de Víctor se movió unos instantes antes de que las palabras consiguieran salir por fin. Su mano, por lo general tan expresiva, se limitó a señalarla como si no pudiera ser de carne y hueso.

—Tú... —dijo a Kahlan—. Tú eres el amor de Richard.

Kahlan sonrió.

—¿Cómo sabes eso?

—Vi la estatua.

A la luz del amanecer, Richard pudo ver cómo el rostro de su esposa enrojecía.

—No era exactamente como yo —protestó ella levemente.

—No en su aspecto, pero el... carácter. Tú tienes esa cualidad.

Kahlan sonrió, complacida por sus palabras.

—Víctor, Ishaq, esta es Kahlan. Mi esposa.

Ambos hombres parpadearon y miraron a Nicci.

—Cómo sabéis —dijo ésta—, yo no soy un persona muy buena. Soy una hechicera. Usé mi poder para obligar a Richard a venir aquí conmigo. Richard me ha mostrado, al igual que a muchas otras personas, la nobleza de la vida.

—Entonces ¿eres tú quien le salvó la vida? —preguntó Víctor.

—Kamil nos contó que estabas herido, Richard —dijo Ishaq—, y que una hechicera te estaba curando.

—Nicci me curó —confirmó Richard.

Víctor gesticuló exageradamente... por fin.

—Bien, supongo que eso debe contar para algo, salvar a Richard Cypher.

—Richard Rahl —dijo Richard.

La estruendosa risa de Víctor ascendió retumbante desde lo más profundo de su ser.

—De acuerdo. Este día todos somos Richard Rahl.

Nicci se inclinó al frente.

—Es realmente Richard Rahl.

—Es Richard Rahl — ratificó Kahlan.

—Lord Rahl —indicó Cara de malhumor—. Mostrad el respeto debido al Buscador de la Verdad, señor del Imperio d'haraniano, mago guerrero y esposo de la mismísima Madre Confesora. —Cara alzó la mano en elegante presentación regia—. Lord Rahl.

Richard se encogió de hombros. Alzó la refulgente empuñadura envuelta en plata de su espada, mostrándoles la palabra verdad en oro, y luego la dejó caer de nuevo en su vaina.

—¡Qué belleza! —exclamó Kamil.

Víctor e Ishaq volvieron ambos a pestañear, y luego hincaron una rodilla en tierra. Los dos inclinaron las cabezas. Richard puso los ojos en blanco.

—Queréis parar vosotros dos... —Lanzó a Cara una mirada enfurruñada. Víctor levantó la vista cautelosamente.

—Pero no lo sabíamos. Lo siento. ¿No estas enfadado porque me burlé de ti?

—Víctor, soy yo, Richard. ¿Cuántas veces hemos comido lardo juntos?

—¿Lardo? —Preguntó Kahlan—. ¿Sabes cómo hacer lardo, Víctor?

Víctor se alzó, con una amplia sonrisa en su cara mientras la miraba detenidamente.

—¿Conoces el lardo?

—Desde luego. Los hombres que venían a trabajar en el mármol blanco del Palacio de las Confesoras acostumbraban a comer lardo que preparaban ellos mismos en enormes tinas de mármol. Yo me sentaba y comía con ellos cuando era pequeña. Me decían que acabaría llevando el vestido blanco de la Madre Confesora algún día porque comía su lardo y crecería fuerte debido a ello.

Víctor se golpeó el pecho con su enorme pulgar.

—Yo hago lardo en tinas de mármol también.

—¿Lo dejas madurar durante un año? —Preguntó Kahlan—. Al auténtico lardo hay que dejarlo madurar durante un año.

—¡Desde luego, un año! Yo sólo hago autentico lardo.

Los ojos verdes de Kahlan se iluminaron al dedicarle la más hermosa de sus sonrisas.

—Me encantaría comerlo alguna vez.

Víctor pasó su enorme brazo por los hombros de Kahlan.

—Vamos, esposa de Richard, te dejare probar mi lardo.

Cara, con una expresión sombría en el rostro, puso una mano en el pecho del herrero para detenerlo y le apartó el brazo de los hombros de Kahlan.

—Nadie excepto lord Rahl toca a la Madre Confesora. —Víctor dedicó a Cara una mirada socarrona.

—¿Has comido lardo alguna vez? —No.

Víctor asestó una palmada a Cara en la espalda mientras decía con una carcajada:

—Ven, entonces, y te daré lardo también a ti. Entonces te darás cuenta..., cualquiera que coma lardo conmigo es mi amigo de por vida.

Kahlan ocupó el lugar de Kamil bajo uno de los brazos de Richard. Víctor se puso bajo el otro, y ascendieron hacía el taller del herrero, a comer un poco de lardo.

45

Verna acercó la vela. Se calentó las manos sobre ella un momento, luego depositó el libro de viaje sobre la mesa. Los sonidos del campamento militar eran a aquellas alturas tan familiares que casi no los oía.

Era una fría noche invernal d'haraniana, pero al menos ellos y todas las personas a las que habían ayudado estaban a salvo al otro lado de las montañas. Verna comprendía la queda ansiedad de la gente: era un lugar nuevo y misterioso, D'Hara, una tierra que en una ocasión sólo fue una fuente de pesadillas. Al menos estaban a salvo por el momento. A lo lejos los prolongados aullidos quejumbrosos de los lobos resonaban a través de las gélidas montañas, surgiendo de la nieve iluminada por la luna que cubría las aparentemente interminables laderas desoladas.

Era la fase correcta de la luna, incluso aunque se tratara de la luna en una tierra nueva, una tierra extraña y desconocida. Verna lo había comprobado durante meses, pero nunca había un mensaje. En realidad no esperaba uno, ya que Kahlan había arrojado el hermanado libro de viaja de Ann al fuego. Pero de todos modos, era un libro de viaje, un antiguo objeto mágico, y Ann era una mujer de recursos. No hacía daño echar un vistazo,

Verna abrió el pequeño libro sin auténticas esperanzas. Allí, en la primera página, había un mensaje. Todo lo que decía, era: *Verna, estoy esperando, si estás ahí...* Verna sacó el estilo del lomo e inmediatamente empezó a escribir. *¡Prelada! ¿Has podido arreglar el libro de viaje dañado? Eso es maravilloso. ¿Dónde estás? ¿Estás bien? ¿Has encontrado a Nathan?*

Aguardó. Al poco, la respuesta empezó a aparecer.

Verna estoy bien. Conseguí restaurar el libro de viaje con la ayuda de una... persona,.. Gente extraña. Pero la importante es que está reparado... en su mayor parte. Sigo buscando al profeta. Poseo algunas buenas pistas sobre el paradero de Nathan, y las estoy investigando. Pero ¿cómo estás tú, Verna? ¿Cómo va la guerra? ¿Warren? ¿Kahlan? ¿Os causa muchos problemas Zedd? Ese hombre puede poner a prueba la paciencia de una piedra. ¿Has tenido noticias de Richard?

Verna contempló fijamente las palabras de la página. Una lágrima cayó cerca del nombre de Warren. Volvió a tomar el estilo, y lentamente empezó a escribir su respuesta.

Ah, Prelada, han ocurrido algunas cosas terribles.

Lo sienta. Verna, le llegó la respuesta. *Verna, estoy aquí. No voy a ir a ninguna parte esta noche. Tómate todo el tiempo que necesites. Cuéntame qué sucedió. Dime cómo estás, primero. Me preocupo mucho por ti. Verna, te quiero como a una hija. Sabes que es así.*

Verna asintió mirando al libro. Lo sabía.

Y yo también te quiero, Prelada, empezó a escribir. *Me temo que tengo roto el corazón.*

* * *

Kahlan permanecía de pie en silencio, a su lado, en la cálida brisa del mediodía mientras Richard miraba más allá del río, a la ciudad situada al otro lado. La ciudad estaba tranquila ahora. La encarnizada batalla se había prolongado semanas, con varias facciones luchando por el poder, ambicionando ser la nueva encarnación local de la Orden, cada bando jurando que su principal preocupación eran los intereses de las personas, cada uno prometiendo ser compasivo en su gobierno, cada uno dando su palabra de que la vida sería más fácil bajo su mandato porque se encargarían de que todos los que tuvieran buena posición económica contribuyeran al bien común.

Tras décadas de aquella tiranía, la decadencia y la muerte habían sido el único fruto de la Orden y su pretendida búsqueda del bien común. No obstante tener cementerios llenos de pruebas y una población que había quedado empobrecida, esos aspirantes al poder ofrecían únicamente más de lo mismo, y sin embargo muchos aún los creían simplemente porque proclamaban tales buenas intenciones.

Si bien se había eliminado a un gran número de Hermanos y funcionarlos, algunos habían escapado. Algunos de los que no habían huido pensaron en sacar provecho de la confusión y hacerse con el control, pensando que podían refrenar el ansia de libertad y hacer que las cosas volvieran a ser como antes.

La gente libre de Altur'Rang, cuyo número crecía día a día, erradicó cada una de esas fracciones a medida que emergían de debajo de las piedras. Nicci había sido de gran ayuda en las sangrientas batallas. Conocía los métodos de tales personas, adónde iban a esconderse, y se abalanzaba sobre ellas como un lobo sobre alimañas.

Las fuerzas que ambicionaban supervisar el bienestar y mejora de la humanidad acabaron por sentir un auténtico temor a aquello que, de hecho, habían creado: a la Señora de la Muerte.

No podía saber aun si la llama de la libertad, encendida ahora, se extendería por el Viejo Mundo. Todavía era una llama muy pequeña en un lugar vasto y oscuro, pero Richard sabía que aquella llama ardía con fuerza.

En el norte, las cosas no eran ni con mucho tan prometedoras. Ahora que la magia de Nicci ya no funcionaba, Richard suponía que los d'haranianos sabrían donde se encontraba, y le enviarían mensajes. Cara estaba inmensamente aliviada de poder percibir su ubicación otra vez a través de su vínculo con él.

Había escuchado en silencio mientras Kahlan y Cara le contaban todos los detalles de la guerra, y cómo habían enviado a la gente de Aydindril en un largo y arduo viaje a D'Hara antes de que Jagang pudiera penetrar en la ciudad en primavera. Les daría ánimos saber que Lord Rahl había asestado un tremendo golpe al Viejo Mundo, saber que la Madre Confesora estaba con él, y que ambos estaban bien. Unos cuantos hombres habían solicitado la tarea de llevar aquella inestimable noticia al norte.

Pronto, el Imperio d'haraniano y las personas que protegían que habían huido de sus hogares conocerían la victoria lograda en el sur. Los mensajeros estarían transportando un bien más preciado que esa noticia: esperanza.

Richard también había enviado a su abuelo la misma información. Richar apenas podía creer que Warren, su amigo, ya no estuviera, y sabía que aquella terrible angustia tardaría en desaparecer. Richard había enviado otra cosa al norte.

Nicci había hablado de lo importante que era el hermano Narev para el emperador Jagang, de su larga historia juntos, de su visión compartida del futuro de la humanidad. En la primavera, cuando Jagang entrara finalmente, triunfante, para apoderarse del Palacio de las Confesoras, aguardándole allí, ante su vacía victoria, estaría la cabeza de su mentor en una pica, coronada por su gorro con pliegue de color marrón.

Nicci había tejido un hechizo a su alrededor, para conservarlo, para mantener alejado a los carroñeros. Richard quería estar seguro de que cuando Jagang lo viera, no tuviera dudas sobre quien era.

En la atestada ciudad se Altur'Rang, la paz había regresado junto con la libertad. La vida había vuelto y la gente había empezado a abrir negocios. En cuestión de semanas, había ya mucho pan disponible. Se iniciaban nuevas empresas cada día. Ishaq estaba reuniendo una fortuna transportando mercancías, pero tenía competidores que se disputaban el negocio, Nabbi había ido a trabajar para él, Ishaq había suplicado a Richard que fuera a trabajar con él cuando tuviera suficientes fuerzas, Richard se había limitado a lanzar una carcajada.

Faval, el carbonero, había rogado a Ishaq que pidiera a Richard que fuera a visitarlo y a cenar con él y su familia. Faval había adquirido una carreta, y sus hijos repartían ahora carbón.

Richard se recostó con los antebrazos sobre la barandilla del borde del muelle y miró abajo, por encima del borde, a las arremolinadas aguas, como si intentara adivinar qué deparaba el futuro.

Los muelles que penetraban en el río y la pasarela situada sobre ellos, junto con la plaza, eran casi todo lo que quedaba del palacio. Richard se había ocupado de que se retiraran las configuraciones del hechizo de lo alto de las columnas de los jardines, y había hecho que Priska las fundiera.

Había recuperado casi todas sus fuerzas, Kahlan estaba fuerte, y tan hermosa como la recordaba. Había cambiado, no obstante. Su rostro había madurado en al año que habían estado separados, y cuando la contemplaba, ansiaba disponer de un trozo de mármol y sus cinceles para poder esculpir su rostro en piedra.

Carne esculpida en piedra.

Se dio la vuelta y miró atrás, a lo largo del muelle, en dirección a la plaza, con un semicírculo de columnas tras ella. Se había restituido la columna derribada y habían vuelto a bautizar la plaza con el nombre de «Plaza de la libertad», por idea de Víctor. Richard preguntó si no debería llamarse «Círculo de la Libertad», ya que era redonda, pero Víctor pensaba que sonaba mejor como Plaza de la Libertad, de modo que Richard la llamó así. Al fin y al cabo, el primer hombre en declararse libre, allí, había sido Víctor.

Kahlan miró atrás, con él, en dirección a la plaza.

—¿Qué crees? —preguntó Richard.

Ella sacudió la cabeza, con una expresión un tanto inquieta.

—No lo sé, Richard. Simplemente resulta tan extraño verla tan... grande. Tan... blanca.

—¿No te gusta?

Ella posó rápidamente una mano en su brazo para disipar la idea.

—No, no es eso, es solo que es tan... —su mirada vacilante regresó a la contemplación del muelle— grande.

El centro de la plaza, donde la estatua que Richard había esculpido se había alzado brevemente, contenía en la actualidad una imponente estatua de mármol en la que trabajaban cierto número de escultores que habían esculpido aflicción y muerte. Kamil estaba allí abajo, aprendiendo el oficio de escultor. Su educación se inició con una escoba.

Richard había contratado a los escultores. Con la fortuna que había reunido ayudando a la Orden a construir su palacio, podía permitírselo. Los escultores estaban contentos de tener tal trabajo... de intercambiar valor por valor.

Los escultores expertos trabajaban en una versión a mayor escala de la pequeña estatua de Espíritu, que Richard había tallado para Kahlan, allá en su hogar de las montañas, cuando ella necesitaba contemplar vitalidad, coraje y un espíritu inquebrantable. La figura emergía de nuevo en el mejor mármol blanco de Cavatura.

El aro de bronce del reloj de sol había sobrevivido intacto, y lo estaban añadiendo a la pieza. La estatua que se alzaba en el centro proyectaría su sombra sobre el plano curvo de la esfera. Las palabras que tantos habían tocado aquel día estarían allí para que todos las contemplaran.

Kahlan se había mostrado entusiasmada con la idea, pero había pasado tantos meses con la escultura que Richard había hecho que la desorientaba verla ahora a una escala tan enorme. Ansiaba el día en que los talladores acabaran con la tarea de ampliar sus proporciones y volver a tener con ella su propia estatua de Espíritu.

—Espero que no te importe compartirla con el mundo —dijo Richard.

Kahlan sonrió.

—No, en absoluto.

—A todo el mundo le encanta —le dijo él.

La maravillosa risa cantarina de su esposa flotó en el cálido aire de la tarde.

—Tendré que acostumbrarme a que muestres a todo el mundo mi cuerpo y alma.

Juntos, observaron cómo los escultores que trabajaban en la ondulante túnica verificaban su trabajo aplicando calibradores en la estatua tallada por Richard y en los puntos de referencia de los puntales de madera usados para ampliar la escala de la obra.

Kahlan le frotó la espalda.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien. Ahora que estás conmigo, no podría sentirme mejor,

Kahlan rió.

—¿Siempre y cuando no te atraviese con una espada?

La risa de Richard se unió a la suya.

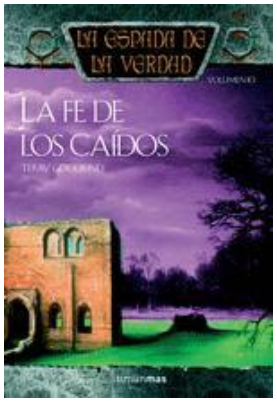
—¿Sabes?, cuando les relatemos a nuestros hijos cómo atravesó su madre a su padre con una espada, dará una impresión bastante mala de ti.

—¿Vamos a tener hijos, Richard?

—Sí, claro que sí.

—Entonces me arriesgaré a que se lo cuentes.

Mientras la cálida brisa le alborotaba la melena, Richard la besó en la frente.

Echando una mirada a la hilera de árboles, con las hojas brillando a la luz del sol, Richard contempló cómo las aves retozaban por encima de la orilla, descendían para formar un grupo, y luego ascendían para remontar el vuelo sobre el semicírculo de columnas de mármol blanco que se alzaban en la gran extensión de hierba verde.

Kahlan se recostó satisfecha en el hombro de Richard mientras contemplaban a hombres, llenos de orgullo, que sonreían mientras trabajaban en la estatua que se erguía ante aquellas columnas. En Altur'Rang, existía un nuevo espíritu. En el antiguo corazón de la Orden palpitaba la libertad.